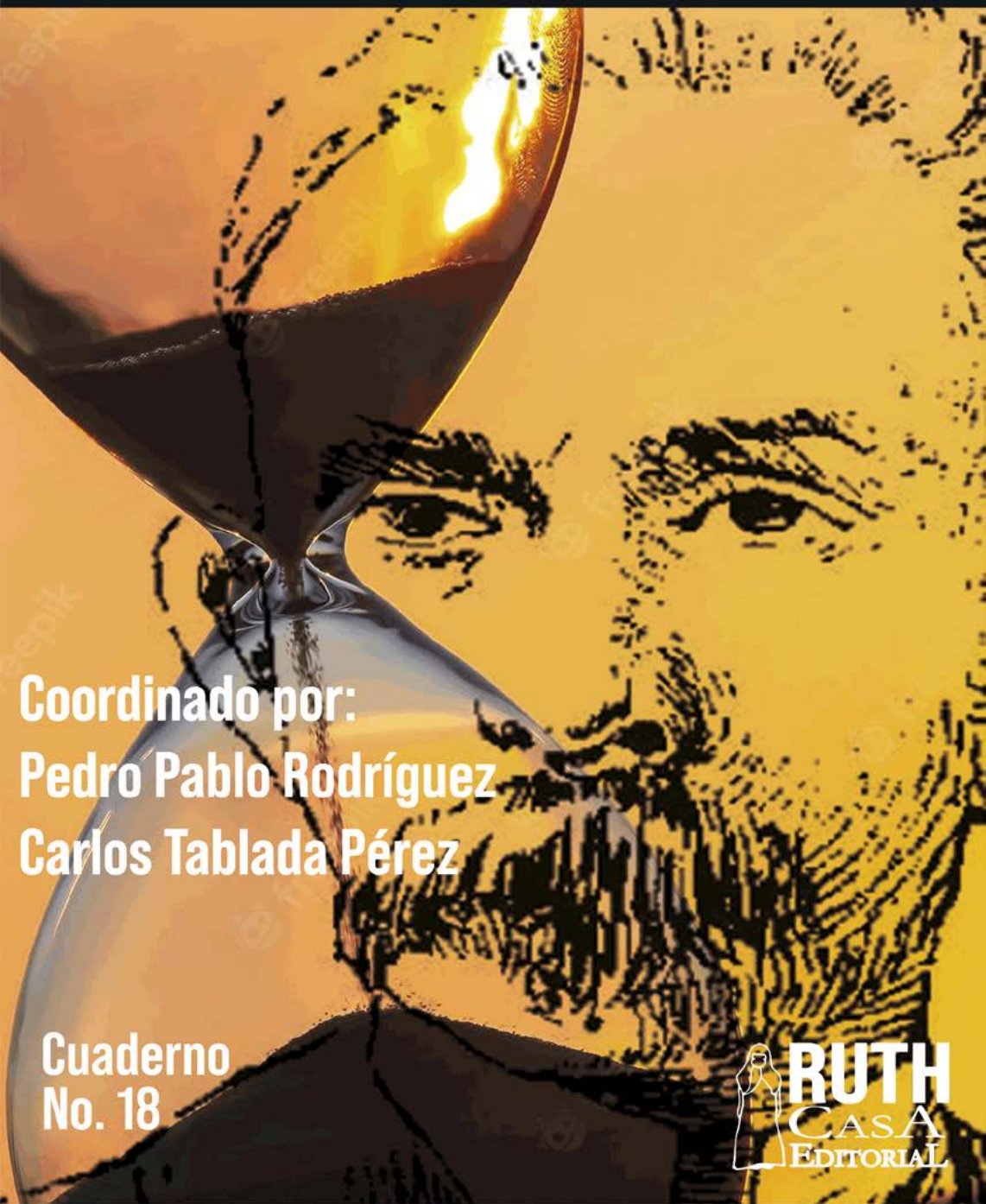




RUTH
CUADERNOS
DE PENSAMIENTO
CRÍTICO

JOSÉ MARTÍ: AYER Y HOY



Coordinado por:
Pedro Pablo Rodríguez
Carlos Tablada Pérez

Cuaderno
No. 18



RUTH
CASA
EDITORIAL

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Si precisa obtener licencia de reproducción para algún fragmento en formato digital diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o entre la web www.conlicencia.com EDHASA C/ Diputació, 262, 2º 1ª, 08007 Barcelona. Tel. 93 494 97 20 España.

Editor ejecutivo: Carlos Tablada Pérez

Diseño de cubierta: Jadier Iván Martínez Rodríguez

Plane digitalizado para ebook: Idalmis Valdés Herrera

© Pedro Pablo Rodríguez, 2022

© Carlos Tablada Pérez, 2022

© Sobre la presente edición:

Ruth Casa Editorial, 2022

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-9962-740-08-7

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin la autorización de Ruth Casa Editorial. Todos los derechos reservados en todos los idiomas. Derechos Reservados conforme a la ley.

Ruth Casa Editorial

Calle 38 y ave. Cuba, edif. Los Cristales, oficina no. 6

apdo. 2235, zona 9A, Panamá

www.ruthtienda.com

www.ruthcasaeditorial.com

www.ruthtienda21@gmail.com

Ruth Casa Editorial no es una empresa imparcial o exenta de compromisos sociales. Nace en un momento muy especial de la historia universal, cuando la humanidad ha llegado al umbral de la catástrofe total o del parto de una nueva civilización. No obedece a intención apocalíptica alguna afirmar que este es el dilema que se dibuja en el horizonte.

Hoy hemos aprendido de nuestros fracasos que el trazado de la transformación socioeconómica que puede conducir a un mundo mejor pasa por una mudanza moral, que depende de la inteligencia que las generaciones involucradas logren transmitirse en esta dirección y de la implantación consecuente de una cultura de vida. Sin esto, otra democracia, no solo distinta, sino incompatible con la caricatura que ha prevalecido, sería imposible. Con eso se compromete Ruth Casa Editorial, con un mundo en el cual la libertad no pueda ser concebida fuera de la igualdad y de la fraternidad, sino exclusivamente a partir de ellas.

El nombre de la editorial se inspira precisamente en aquel pasaje bíblico que nos invita a apreciar más generosamente el significado de la solidaridad como virtud, y el núcleo de valores que nos impele al rescate y a la reflexión, a creer y a crear con coherencia, a decidir con lealtad y valentía, y a restituir al ser humano toda su dignidad.

Ruth Casa Editorial quiere proclamar desde el comienzo mismo su sentido de amplitud, sin fronteras, pero sin ambigüedades. Asocia su proyección a los movimientos sociales y en particular al Foro Mundial de Alternativas, sin constituir un órgano de este, ni contemplar restricciones nacionales, continentales, sectoriales o institucionales. Con la única aspiración de servir al impulso que reclama la marcha hacia un futuro donde todos tengan cabida. Los lectores dirán si lo logramos.

RUTH Casa Editorial

Índice

- Editorial / 8
Al lector / 9
José Martí, Cuba y los Estados Unidos de hoy / 10
Prólogo / 20

Trípode

José Martí ayer y hoy **Las relaciones Cuba-Estados Unidos**

- “Vindicación de Cuba” / 27
Madre América / 33
Nuestras ideas / 41
“Mi raza” / 49
El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma
de la Revolución, y el deber de Cuba en América / 52
La verdad sobre los Estados Unidos / 58
A Manuel Mercado / 62

Estilete

- De Ismaelillo / 65
De *Versos sencillos* / 72
De *Versos libres* / 87

Practicar la verdad

- Fidel Castro / 101
Ernesto Che Guevara
Discurso el 28 de Enero de 1960 / 107

Documentos públicos

- Bases del Partido Revolucionario Cubano / 112

Manifiesto de Montecristi
El Partido Revolucionario Cubano a Cuba / 114

Documentos íntimos

A Manuel Mercado / 122
A Gonzalo de Quesada / 124
A Serafín Bello / 130
A Gonzalo de Quesada / 134
A Gonzalo de Quesada / 136
A Gonzalo de Quesada / 138
A Roque Sáenz Peña / 139
Al General Porfirio Díaz Mory / 140

Visiones

El carácter de la *Revista Venezolana* / 142
Prólogo a *El Poema del Niágara* / 147
A Francisco Domínguez y José Alfonso Lucena / 163
Nuestra América / 168

En las entrañas del monstruo

Coney Island / 177
Carta de Nueva York expresamente escrita para *La Opinión Nacional* / 183
Carta de Nueva York expresamente escrita para *La Opinión Nacional* / 191
Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional* / 200
El tratado comercial entre los Estados Unidos y México / 211
Exposición de electricidad / 217
La industria en los países nuevos / 220
Respeto a Nuestra América / 223
A aprender en las haciendas / 225
Educación científica / 227
Mente Latina / 229
Los propósitos de *La América* bajo sus nuevos propietarios / 231

Trabajo manual en las escuelas. Informe de los colegios de agricultura de los Estados Unidos / 235
Maestros ambulantes. Espíritu de la Instrucción que proponemos manera en que puede realizarse urge establecer la enseñanza elemental científica (artículo escrito para la Revista Científica y Literaria de Santo Domingo) / 238

Filiación política

El origen del Partido Republicano de los Estados Unidos / 243
Cartas de Martí / 249
Cartas de Martí / 275
El problema industrial en los Estados Unidos / 281
Los indios en los Estados Unidos / 288
El problema indio en los Estados Unidos / 295
Las huelgas en los Estados Unidos / 301
Las grandes huelgas en Estados Unidos / 306
(Conclusión) [Las grandes huelgas en Estados Unidos] / 313
Correspondencia particular para el Partido Liberal / 320
Grandes motines de obreros / 333
[Conclusión] Grandes motines de obreros / 339
Correspondencia particular para el Partido Liberal / 345
México y Estados Unidos / 351
Las escuelas en los Estados Unidos / 357
Correspondencia particular de *El Partido Liberal* / 364
Correspondencia particular de *El Partido Liberal* / 378
Las escuelas en los Estados Unidos / 386
Correspondencia particular de *El Partido Liberal* / 393
Correspondencia particular de *El Partido Liberal* / 401
La muerte del expresidente Arthur. Estudio político / 401
Correspondencia particular de *El Partido Liberal* / 413
Correspondencia particular de *El Partido Liberal* / 418
Cartas de José Martí / 427
Movimiento social y político de los Estados Unidos / 427
Correspondencia particular de *El Partido Liberal* / 436
La religión en los Estados Unidos / 445

La linterna

José Martí en tiempos de reenquiciamiento y remolde / 453

La república cubana de Martí / 465

El concepto de República en José Martí / 477

Palabra propia

Con Cintio Vitier sobre José Martí: Cosmovisión Humanista
Americana / 494

Datos de los compiladores / 508

Editorial

Cada época genera sus urgencias críticas. El siglo xx finalizó con la frustración rotunda de las esperanzas que había creado la Revolución de Octubre y con el encumbramiento del imperialismo bajo el liderazgo más absoluto de los Estados Unidos. Estos hechos resumen las complejidades, la irracionalidad, los peligros y los desafíos de nuestro tiempo. Desafíos para el pensamiento crítico y para la praxis.

Bajo el sello Ruth Casa Editorial se funda RUTH. CUADERNOS DE PENSAMIENTO CRÍTICO, que se reconoce precisamente así, de pensamiento crítico. Internacional por la naturaleza de la problemática que aborda, por la determinación de las alternativas y por una obligada vocación de universalidad. Tan universal debe aspirar a ser el proyecto como ha llegado a ser el mundo del capital que luchamos por subvertir. Nada de lo que ocurre en el tiempo que nos ha tocado vivir puede sernos ajeno. Nada debe escapar al raso de la reflexión comprometida.

Por tal motivo nos reconocemos, como publicación, bajo el signo de la radicalidad revolucionaria, que diferenciamos de la radicalidad doctrinal. Rechazamos cualquier exclusión dogmática que margine el ingenio y el espíritu de búsqueda en el camino hacia el socialismo. Del mismo modo que no podemos ceder a propuesta de tipo alguno que nos distancie de la ruta hacia un mundo signado por la seguridad, la justicia, la libertad y la equidad para todos los pueblos.

RUTH
CUADERNOS DE PENSAMIENTO CRÍTICO

Al lector

La presente compilación ha tomado los textos de José Martí hasta 1888 de las *Obras Completas. Edición Crítica* en ejecución por el Centro de Estudios Martianos (CEM) de los que ha suprimido el aparato crítico, mientras que a partir de ese año se han copiado de las *Obras completas* en 27 tomos cuyas varias reimpresiones son idénticas. Las cartas posteriores a ese año siguen el *Epistolario* martiano en cinco tomos preparado por Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, sin incorporar las notas. Igual procedimiento se ha seguido con la edición crítica del ensayo *Nuestra América* preparado por Cintio Vitier.

En el caso de los poemas de *Versos libres*, nunca terminados por Martí, se han combinado las lecciones de la edición crítica, basadas en una cuidadosa revisión de los manuscritos martianos y de las *Obras completas* en 27 tomos para entregar las versiones habitualmente reproducidas de esos poemas.

Se han empleado los corchetes [] para indicar la inclusión de alguna palabra imprescindible posiblemente desaparecida por errata en los textos impresos en vida de su autor.

José Martí, Cuba y los Estados Unidos de hoy

“La mayor fuerza de nuestra revolución
estará siempre en su raíz martiana”.

FIDEL CASTRO²

En esta nueva entrega el sello **RUTH Cuadernos de Pensamiento Crítico**, publica una excelente selección de textos originales que, por su vigencia, constituye un material de altísimo valor práctico y conceptual para un público muy amplio. Representa una contribución imprescindible para los estudiosos que en el mundo siguen los temas de América Latina y en particular la relación de Cuba con Estados Unidos. Son documentos valiosos para interpretar los acontecimientos actuales de Cuba y del mundo con una conceptualización política e histórica efectiva y real. Con mucha nitidez se presenta la esencia que ha marcado, como pocos, la relación de Cuba con Estados Unidos, en esa lucha larga de un país para alcanzar y defender su soberanía, independencia y proyecto de justicia social frente a la pretensión de su vecino poderoso de dominarla por cualquier vía, a cualquier costo y bajo cualquier pretexto.

1 Embajadora. Licenciada en Relaciones Políticas Internacionales en el Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García” (ISRI), La Habana, Cuba. Diplomado de Administración Pública en Escuela Superior de Cuadros de la República de Cuba. Estudios de Post grado sobre La Organización Mundial del Comercio y el Sistema Multilateral de Comercio, El sistema político estadounidense, Relaciones Cuba-EE.UU. Curso de Dirección Estratégica, Historia de las Relaciones América Latina con Estados Unidos, Curso Superior de idioma francés. Ha trabajado en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Especialista en la Dirección de Europa 1993-1996; Tercer y Segundo Secretario en Sección de Intereses de Cuba en Washington 1996-2000; Jefa del Grupo de Análisis, Dirección de América del Norte 2000-2004; Consejera en la Embajada de Cuba en Belice 2004-2008; Subdirectora de la Dirección de América del Norte y de la Dirección de EE.UU 2008-2013; Embajadora de Cuba en Portugal 2013-2017; Subdirectora General de EE.UU. del Ministerio de Relaciones Exteriores desde 2017. Ha encabezado y formado parte de delegaciones oficiales en eventos, negociaciones, visitas y conversaciones bilaterales e internacionales. Inglés, francés y portugués.

2 Fidel Castro Ruz: “Prólogo” a la edición crítica, en *Obras Completas* de José Martí, 1983.

Es este también un Cuaderno maravilloso para los jóvenes, lleno de sabiduría y explicaciones sorprendentes para problemas contemporáneos. Es una guía para la consulta y estudio de los funcionarios, directivos y decisores de la política exterior y para la actualización sistemática de las políticas públicas de las autoridades de Cuba. Son textos que podrían interesar a funcionarios estadounidenses que participan en el proceso de toma de decisión de la política hacia Cuba pues les permitiría comprender mejor las bases en las que se sustenta la cultura política y la decisión irreductible del pueblo cubano de ser libre, independiente, soberano, de construir un país abierto al mundo y al conocimiento, con justicia social y sin injerencia extranjera en sus asuntos.

RUTH Casa Editorial se viste de largo también con el prólogo brillante de Pedro Pablo Rodríguez, quien, como pocos, ha estudiado la obra del Maestro y la ha divulgado, fiel a la práctica martiana, de manera que la profundidad de sus conocimientos, lejos de impedir, facilita la comunicación más diáfana y placentera.

José Martí ilumina a todo el que se adentre en su vida y obra. A veces como un rayo que estremece y cambia todo para siempre y otras irradiando una luz tenue y misteriosa que nos conduce al mismísimo centro de las cosas. Enfrentándonos a nosotros mismos, en medio de la claridad más reveladora, esperanzadora o desgarradora, Martí invita a crecer, a luchar y a ser mejores. A nadie deja indiferente. Y aún si solo fuese para acercársele un poco, quien lo haga, hallará en él inspiración perpetua. Martí no solo escribió para la gran masa de cubanos y latinoamericanos que necesitaba incorporar a la lucha por la independencia de Cuba, hecho que, de consumarse, ya sabía que serviría además para “impedir a tiempo” la expansión de Estados Unidos “sobre nuestras tierras de América” como expresara en aquella carta entrañable a su amigo en víspera de su caída en combate por la libertad de Cuba.

La verdad es que José Martí escribió para todos nosotros, Martí escribió para todos los tiempos.

Su integridad e integralidad, su inteligencia cultivada con lecturas, conocimientos profundos, el magisterio de hombres grandes, y la intensidad de la experiencia vivida dentro y fuera de Cuba, le dotaron de una mirada única, apasionada, patriótica y a la vez equilibrada, reflexiva, soñadora, realista y universal. Esa capacidad explica que, pasado más de un siglo desde su desaparición física, Martí no haya dejado de ser un referente imprescindible que nos entrega respuestas de naturaleza invaluable para

comprender de dónde venimos y para actuar y transformar con efectividad los fenómenos del mundo de hoy cuya existencia está amenazada como nunca antes por las consecuencias de las crisis múltiples generadas por el sistema capitalista.

Es también Martí un manantial inagotable en el que los revolucionarios cubanos encontramos la inspiración, las fórmulas y la fuerza para resistir, luchar, vencer y convencer en medio de la mayor adversidad.

Es intimidante escribir o disertar sobre la obra de ese hombre cubanísimo y universal de trayectoria y legado incomparables. Es lógico que así sea porque también han sido extraordinarias las grandes figuras de nuestras letras que han estudiado profundamente su obra contribuyendo tanto a su interpretación y divulgación. Hombres y mujeres como Cintio Vitier y Fina García Marruz, inigualables en su saber, también nos convocan a todos a mantenerle vivo, a estudiarle y seguir su ejemplo para no perder el rumbo. Son eternas las verdades de Martí por estas tierras.

Las generaciones que hoy o el día de mañana lleven a cuesta los destinos de la Patria harán bien en estudiarlo integralmente como recomendara Cintio Vitier para encontrar en la riqueza de Martí nuevas lecciones y una guía inestimable. Como dijera Fidel en su alegato de autodefensa *La Historia Me Absolverá* “parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, *que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta!*

José Martí ha inspirado y movilizado a hombres y mujeres por la senda de la virtud y del patriotismo, ayudando a varias generaciones de cubanos y cubanas a elegir por voluntad propia la senda del sacrificio y la adversidad logrando superarla unidos con nuevas victorias frente al mayor adversario en la larga lucha por un país mejor y por un mundo mejor. Martí que estudió y nos devolvió a los grandes hombres de su tiempo, merece que regresemos una y otra vez al manantial inagotable de su legado desde todas sus aristas. De no hacerlo, correríamos el riesgo de no tenerle presente en las decisiones más difíciles de hoy en día, de dejarlo fuera, de dejarlo ir o de perder todo aquello que, con su ejemplo y sueños de justicia, bienestar independencia y libertad ayudó tanto a edificar.

El pensamiento y acción de José Martí, junto al de Fidel, ambos dotados de la fe inquebrantable en nuestro pueblo y en el “mejoramiento humano y la utilidad de la virtud”, han sido una guía y referente no solo en la obra social de la Revolución sino de la política exterior de Cuba como expresión de los anhelos y valores más genuinos del pueblo al que tantos hemos tratado de representar con orgullo y con honor.

Hoy Martí parece recordarnos la importancia de los principios éticos que nos salvan del camino fácil, de lo obvio, de la frivolidad, del miedo al poderoso, de la soberbia, de la conveniencia, de la pobreza de espíritu, del espejismo y el engaño, de las tentaciones viles, de las amenazas externas y hasta de nosotros mismos.

Martí sigue, desde su prosa o verso, llamándonos a elegir y seguir el camino de la virtud, del sacrificio por el bien de todos, del amor por la vida útil y la defensa de la Cuba libre, independiente y soberana que en el socialismo pudo hacer posible el sueño de justicia para todos.

Fidel, el Che y prestigiosos intelectuales y políticos cubanos y pensadores de otras latitudes, han señalado al pensamiento de Martí como aquel al que se debe acudir para encontrar “la interpretación justa” de fenómenos históricos contemporáneos. “De él aprendimos el infinito valor y la fuerza de las ideas” dijo Fidel en el evento internacional celebrado en La Habana sobre “el equilibrio del mundo”. Es un discurso que encontrarán también entre las páginas de este cuaderno. Fidel añade que el mayor tributo ha sido crear una trinchera para defender la libertad de América y de un país que ha hecho mucho con muy poco.

El Che dijo el 28 de enero de 1960:

[que] había que recurrir siempre para dar la interpretación justa de los fenómenos históricos que estábamos viviendo, y el hombre cuya palabra y cuyo ejemplo había que recordar cada vez que se quisiera decir o hacer algo trascendente en esta Patria... porque José Martí es mucho más que cubano; es americano; pertenece a todos los veinte países de nuestro continente y su voz se escucha y se respeta no solo aquí en Cuba sino en toda América.

Otros han resaltado y con sobrada razón la vigencia del pensamiento martiano. Es muy grande el valor que tiene hoy su pensamiento en el contexto de las relaciones bilaterales con Estados Unidos las que hay que enfrentar con firmeza y decoro, pero también con inteligencia y capacidad para lograr explicar, mostrar y sensibilizar la naturaleza inhumana de la política norteamericana contra Cuba en aras de movilizar el apoyo necesario para contrarrestar y poner fin a la injusticia. Este reto es cotidiano y debe ser enfrentado cada día en medio de las más sofisticadas, agresivas y mejor financiadas operaciones permanentes de desinformación que existen hoy en el mundo contra país alguno.

¡Son tan numerosos y tan grandes sus aciertos! Martí, como nadie supo explicar durante años Estados Unidos a los cubanos y otros pueblos de América para los que escribió, con pasión y sobrada ilustración, páginas que combinan magistralmente el periodismo agudo, el activismo político y la literatura.

Sus discursos, cartas, crónicas y ensayos encierran esencias necesarias para comprender a los Estados Unidos de hoy. “La verdad sobre Estados Unidos” sigue siendo un texto fundamental para comprender la raíz y la naturaleza del deterioro y los peligros que cada vez se hacen más visibles para los propios Estados Unidos y el planeta todo que, como resultado de la crisis múltiple del capitalismo y en particular del sistema insostenible y derrochador estadounidense, se profundizan hoy en ese país el avance real y creciente de corrientes fascistas y el retroceso civilizatorio, impulsado por Donald Trump y sus seguidores.

Esencial es la afirmación martiana de que constituye una ilusión o superchería, la idea de que Estados Unidos es un país homogéneo.

Lo que ha de observar el hombre honrado es, precisamente, que no solo no han podido fundirse, en tres siglos de vida común, o uno de ocupación política, los elementos de origen y tendencia diversos con que se crearon los Estados Unidos, sino que la comunidad forzosa exagera y acentúa sus diferencias primarias, y convierte la federación innatural en un estado, áspero, de violenta conquista.

Verdades útiles para nuestra América como el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos y la existencia, en ellos, “de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos”.³

También alertó del daño provocado por determinados sectores sometidos de nuestra región y criticaba lo que llamó “el entretenimiento de hallar variedad sustancial entre el egoísta sajón y el egoísta latino”.

Es por eso que en sus sorprendentes análisis del poderío y ansias de expansión de Estados Unidos encontramos en Martí un antiimperialismo temprano, pero para 1895 ya ese antimperialismo era también rotundo y visionario. Para resistir esta amenaza y enfrentarla, Martí otorgaba una fe inmensa al poder salvador de las ideas y la moral para unir a los cubanos,

3 *Patria*, Nueva York, 23 de marzo de 1894.

para poder superar cualquier obstáculo y prevalecer, sin importar cuán poderoso o fuerte pueda ser el adversario.

En esa visión, como ocurrió en sus abundantes escritos sobre la guerra necesaria contra España, Martí dejaba fuera el odio. Ello ayudaría a explicar que a menos de cuarenta años de alcanzar la independencia de Cuba, más de mil cuatrocientos patriotas cubanos como Pablo de la Torriente fueron a luchar y a morir por la República española y explica también por qué muchos años después Fidel Castro, uno de los principales jefes de Estado de la región y del mundo que ofrece al gobierno de George W. Bush ayuda inmediatamente tras el atentado del 11 de septiembre al informar al gobierno de Estados Unidos que Cuba abría todos sus aeropuertos internacionales para que aterrizaran los aviones estadounidenses en el aire que no tenían en ese momento un lugar seguro para hacerlo. Lo mismo ocurrió con el ofrecimiento de antibióticos, plasma y de médicos en la tragedia del huracán Katrina en 2005. Así surgió la Brigada médica internacional Henry Reeve que tantas vidas ha salvado en el mundo. Años después, por razones bochornosas, las diferentes administraciones estadounidenses han hecho hasta lo imposible por desacreditar y calumniar la naturaleza noble de la labor de este contingente solidario, rehusaron facilitar la venta de oxígeno cuando se averió la planta principal cubana de producción de oxígeno medicinal durante el pico de la pandemia de la Covid 19 y no pudieron responder al reclamo de numerosos sectores que en Estados Unidos pidieron a su gobierno ayudar a Cuba a controlar el incendio de la base de supertanqueros en Matanzas. Es el mismo país que a diario envía millones en ayuda bélica a Ucrania en lugar de promover negociaciones para alcanzar la paz.

Con todo el daño que sucesivos gobiernos de Estados Unidos le han infligido a Cuba y a los cubanos, esa visión martiana ayuda a explicar cómo es que sigue siendo hoy la posición de Cuba aquella que está a favor de construir una relación civilizada en pie de igualdad con su vecino del Norte, respetuosa de las diferencias y de la soberanía e independencia de Cuba.

La efímera directiva presidencial de Barack Obama, primera que tratara con respeto y como igual al gobierno de Cuba fue anulada por el gobierno de Donald Trump, pero permitió demostrar que, de existir voluntad política e interés, sí es posible avanzar por la senda del diálogo respetuoso, la única posible, pues para la mayoría de los cubanos no es ni será nunca opción la rendición y la traición a la Revolución que consagró

la independencia y alcanzó la soberanía y la justicia social en Cuba. Esa lucha por la soberanía y el derecho a edificar nuestro destino es quizás el elemento que más ha marcado nuestra historia.

Martí al referirse a España apuntaba: “No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio”. Vale igual para nuestros días, aunque difícilmente podremos olvidar el daño y sufrimiento tremendo infligido a toda nuestra población por sucesivos gobiernos de Estados Unidos en aras de asegurar y perpetuar sus intereses de dominación.

Martí y su prédica ética es un pilar fundamental y una fuente inagotable de argumentos y recursos efectivos para defender hoy a Cuba con firmeza y optimismo. Como entonces, se siguen reproduciendo por los distintos gobiernos y sectores de poder de Estados Unidos, una ficción, una representación de Cuba hecha a la imagen y semejanza de los intereses de unos pocos y las aspiraciones de dominación de esa nación sobre la nuestra. La base más amplia de apoyo a esos estereotipos es muchas veces aquella parte de la masa de cubanos vulnerable a la manipulación por la ignorancia o como le llamaría también Martí “El desdichado desconocimiento”. Martí rechazaba el individualismo y la adoración de la riqueza. Hoy vemos a quienes fuera y dentro se comportan como “aldeanos deslumbrados” y aceptan dócilmente, por conveniencia individual, la caricatura distorsionada que de Cuba les imponen las operaciones sistemáticas de desinformación de Estados Unidos y su clase dominante para justificar decenas de medidas coercitivas unilaterales, inhumanas y criminales, contra su propio pueblo. Es una política que nada tiene que ver con la protección de los Derechos Humanos de los cubanos porque está movida por los intereses y sectores más mezquinos, por la ambición y seculares objetivos imperiales de no permitir la herejía socialista tan cerca de sus fronteras.

Ese comportamiento sometido de individuos y grupos políticos extremos y corruptos contrasta con la profundidad del conocimiento y la vastedad de la experiencia de José Martí en ese país, su agudeza para separar esencias y apariencias, para distinguir entre lo estructural y lo cosmético o coyuntural. Martiana es la mayoría silenciosa de nuestra emigración, aquella que favorece la comunicación y una relación de paz con su país de origen. Martí, que fue emigrado, está presente en la emigración patriótica de Cuba en Estados Unidos y muchos otros países del mundo. Martiana es la prédica y la lucha de quienes en iniciativas

como *Puentes de Amor* tratan de educar y movilizar a otros para detener el abuso contra sus hermanos.

En José Martí se reconocen muchísimos cubanos y los hombres y mujeres buenos de cualquier lugar del mundo, cuando comprueban una vez más, que los conocimientos políticos del cubano común, tal como lo expresara Martí en *Vindicación de Cuba*: “se comparan sin desventaja con los del ciudadano común de los Estados Unidos”.

Martí evaluaba la independencia de Cuba como “el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana”.

Como ocurría a fines del siglo XIX, hoy en Cuba se decide mucho más que el destino de un país y de su población heroica. En Cuba se decide si un país de nuestra región tendrá derecho o no a construir un modelo alternativo de sociedad más justa y sostenible que la que el capitalismo salvaje nos quiere imponer; si los pueblos de Nuestra América tienen derecho, como refiere Pedro Pablo Rodríguez en el necesario prólogo de este libro, si es posible que una nación “que abolió los privilegios y la explotación, que elevó las condiciones de vida y abrió amplio espacio al desarrollo de las capacidades de todos los cubanos” se plantee el derecho a disfrutar el fruto de sus riquezas y la soberanía nacional, a luchar por derechos para todos y no para unos pocos; si se puede tener políticas públicas de justicia social en beneficio de la mayoría y no de la minoría.

En medio del cerco recrudescido y las voces enardecidas de odio de quienes apuestan por ambición o ignorancia, con ilusiones crueles, al sufrimiento por dificultades y carencias que el bloqueo estadounidense provoca en nuestra población y a la desestabilización y derrocamiento de la Revolución cubana, se podría repetir sin abusar que tanto a lo interno, como a lo externo, está más vigente que nunca que “Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna” como dijera Martí. “Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos”.⁴

América Latina y el Caribe ya no fueron las mismas después de la Revolución cubana al demostrar lo que se puede hacer en beneficio de todos: luchar por la equidad, las políticas públicas y los derechos de los pueblos frente al abuso de las oligarquías y poderes externos. Lo ocurrido en la Cumbre de Mar del Plata en 2005 cuando los pueblos de América y

4 Cuaderno de Pensamiento Crítico, p. 57.

sus gobiernos dignos rechazaron el convite a un tratado de libre comercio que quería imponer Estados Unidos lo demostró, y lo manifestó también la posición de solidaridad y denuncia a la exclusión de Cuba y al bloqueo criminal de la absoluta mayoría de jefes de gobierno en la llamada Cumbre de las Américas celebrada en junio de 2022 en Los Ángeles.

Hoy se puede afirmar también que América Latina y el Caribe no serían los mismos si la Revolución es derrotada por bloqueos, por la fuerza militar o por la sistemática política de máxima presión que tortura a toda una población y emplea millones en campañas de manipulación y desinformación para responsabilizar al gobierno de Cuba, el país agredido, del impacto de las medidas inhumanas de abuso de Estados Unidos, el país agresor.

Y así en Martí aparecen otras claves para nuestra resistencia creativa tales como la importancia de la educación científica, el vínculo entre el estudio y el trabajo, la imprescindible forja continua de la unidad de los cubanos frente al vecino gigante y depredador y la lucha por lograr la verdadera integración de los pueblos de América, el sentimiento latinoamericanista, el internacionalismo y la solidaridad. Hoy nuestro país asediado y calumniado crece más cuando le muestra al mundo la importancia y el valor de la virtud, de la lucha sin odio, de la fuerza del amor y de la superior dignidad del respeto frente al resentimiento y el rencor, del rechazo a la intolerancia de cualquier tipo y la lucha por la paz.

Martí nos conduce siempre a equilibrios necesarios en política, al sentido del deber, del honor y el servicio público, al rechazo al caudillismo, la crítica a la mentalidad colonizada, la falta de originalidad y autoestima, el espejismo con el consumo y el individualismo, la explotación o la expansión imperialista.

El concepto del equilibrio en Martí es importante en más de un sentido, como lo es su rechazo por dañino a cualquier fanatismo, su pasión por la justicia social, de “toda la justicia” y sus ideas sobre cómo manejar la crítica a la Revolución interna y la importancia de no desangrarnos en luchas internas mientras exista un enemigo poderoso. Comprende que hay libertades que deben posponerse hasta que se consolide la República y “esté segura” sin temor a discutir las diferencias entre nosotros, pero sin dar espacio alguno al que nos agrede. Estados Unidos sigue apostando a dividirnos, a engañar al mundo y a los propios cubanos. Creen que gracias a su dominio y monopolio de los medios y plataformas de comunicación y culturales podrán capitalizar el descontento de nuestra población frente a

carencias provocadas por el abuso del cerco económico financiero, comercial y mediático estadounidense y lograrán corromper y aumentar a muchos más de los pocos que en Cuba le sirven y responden a sus intereses. No lo han logrado en 63 años de agresión gracias a la resistencia creativa, la educación y la firmeza de nuestro pueblo y de sus líderes. Pero no es solo eso, de que nosotros los cubanos, pueblo y gobierno sigamos de conjunto encontrando y construyendo soluciones y superando obstáculos en todo aquello que de nosotros depende mejorar a favor del bienestar de nuestro pueblo y la preservación de nuestros sueños y conquistas dependerá que siga vivo el sueño de Martí.

Hoy se podría repetir aquella frase martiana de “Hemos peleado como hombres y algunas veces como gigantes para ser libres”.

Seguiremos trabajando duro, pero no vamos a dejar de denunciar y recordar cada día que Estados Unidos defiende derechos para su población y para otros países, que son sus amigos, lo que le niega cotidianamente al pueblo cubano. Ya vimos recientemente cómo se comportaron en momentos de mayor dolor cómo endurecieron el cerco cuando otros nos extendieron la mano utilizando como aliado hasta una pandemia en aras de avanzar con sus objetivos políticos fracasados. Se podría evocar a Martí en otras circunstancias similares para referirnos a la actuación oportunista y cruel de Estados Unidos.

En un momento el Maestro expresó: “¡No han de vernos morir por la libertad a sus propias puertas sin alzar una mano o decir una palabra para dar un nuevo pueblo libre al mundo!” Extendieron “los límites de su poder en deferencia a España”. Esta vez se puede decir lo mismo para el gobierno de Biden que en su campaña calificó de inhumanas las medidas de Trump y luego las aplicó con fría crueldad. No alzaron la mano. No dijeron la palabra.

Podemos repetir con Martí al hablar de los derechos de Nuestra América, que hoy el pueblo cubano solo le pide al mundo que se aprecien sus méritos y se respete su sacrificio, que es aún mayor por el alcance que tiene la guerra que unilateral e injustamente nos hace Estados Unidos.

Y también recordar a Fidel “Podemos decirle a Martí que hoy más que nunca necesitamos de sus pensamientos, que hoy más que nunca necesitamos de sus ideas, que hoy más que nunca necesitamos de sus virtudes”.

La Habana
06 de noviembre, 2022

Prólogo

José Martí es una personalidad histórica que ha ido alcanzando cada vez más un reconocimiento universal en varias dimensiones, tales como escritor, pensador y líder político.

En vida, sobre todo durante su madurez en los años ochenta del siglo XIX, se fue convirtiendo en persona bien estimada en el ámbito de las letras, particularmente por sus colaboraciones en la prensa hispanoamericana a las que él llamó las “Escenas norteamericanas”. Más de doscientos textos suyos considerados en la actualidad crónicas, y que, en verdad, se mueven por los diversos géneros del periodismo, y al mismo tiempo y en numerosos casos, son narraciones que hacen gala de notables cualidades y estilos propios de la creación literaria. Así, junto al calificativo de poeta, fueron esos textos en los diarios y mensuarios en lengua española los que levantaron la admiración entre la ciudad letrada continental ante aquella prosa sorprendente por su original novedad estilística, por la riqueza y variedad temáticas y por la hondura analítica, al entregar su mirada acerca de la sociedad estadounidense.

Esa precoz atención crítica de la marcha acelerada por los caminos de la industrialización capitalista, así como de los inicios de los monopolios y la expansión más allá de sus fronteras durante aquel decenio finisecular, hicieron a Martí en su época el analista más sagaz de aquel período en que se echaron las bases del poderío imperialista de la nación estadounidense y de su conversión en una potencia mundial.

Mas hay que advertir de inmediato que al cubano no lo animaba para esa importante tarea un interés académico, sino su deseo tanto de ver a su patria libre del colonialismo español y de la anexión a Estados Unidos como de evitar el derrame del nuevo poder sobre el resto de la que llamó Nuestra América. Fueron, pues, aquellas crónicas no solo obras magníficas del naciente periodismo moderno y de la literatura hispanoamericana, sino también inteligente formación de una conciencia antimperialista, de impulso renovado a la necesidad de unir a los pueblos de nuestra región en defensa de sus soberanías y de trabajar juntos, frente al nuevo gran

peligro y en el enfrentamiento a la permanencia de los rasgos de los siglos coloniales y del apartamiento de los sectores populares.

Como buen líder político que fue, Martí sabía que tenía que difundir conocimientos y puntos de vista entre los latinoamericanos para esa gran batalla que despegaría con las independencias cubana y puertorriqueña, y que, al mismo tiempo, debía sustentarse en los elementos de identidad comunes a estos pueblos mestizos, de culturas nuevas y autóctonas, que pelearon unidos por la libertad a principios del siglo XIX. Por eso, un mes antes de fundar el Partido Revolucionario Cubano (PRC) ya estaba editando *Patria*, el periódico que fundamentaba la guerra necesaria contra el colonialismo español y el establecimiento de una república nueva, con todos y para el bien de todos, que hiciera justicia a los sectores populares y que laborase para ese actuar unidos frente al vecino del norte.

Para los patriotas cubanos de entonces Martí fue el Maestro, el Apóstol, es decir, el guía, el líder, y de ese modo reconocieron su enorme aporte de reunirlos por encima de sus diferencias para la lucha armada libertadora y por entregar un proyecto de nación que se convirtió en el ideal durante el estado republicano que no fue martiano, bajo cuya advocación se ha sostenido la Revolución Cubana socialista actual. Y fueron aquellos que se sintieron electrizados por su oratoria, por sus escritos, por sus ideas, por su ética ejemplar quienes nos han enseñado a las generaciones sucesivas de cubanos a mantenerlo como un símbolo de la nación y de la justicia.

Durante el siglo XX la personalidad de Martí fue ampliando sus dimensiones. Los poetas de la vanguardia de los años veinte quedaron impactados con los *Versos libres*, que su autor nunca llegó a publicar: descubrieron en ellos muchos recursos y expresiones similares a los que ellos procuraban en sus creaciones con afán renovador. Fue cobrando cuerpo el punto de vista de considerar a Martí como un iniciador de lo que otros nombraron modernismo, la primera corriente literaria en lengua española creada en nuestro continente más que en la península. Desde los años cuarenta, al iniciarse la comprensión de que hay un pensamiento propio de Latinoamérica, se ha ido dando a Martí lugar señero en ello. El basamento ético de sus ideas y su ideal republicano sustentaron los proyectos renovadores que buscaban romper la dependencia de la vida insular respecto a la dominación estadounidense. El escritor principió a ser visto también como un pensador y como un político de talla continental.

Su mayor proyección, sin duda alguna, ha ocurrido después del triunfo de la Revolución Cubana, al proclamarlo esta como su mentor. Las tareas

de la liberación nacional y de la construcción socialista se han asumido desde una perspectiva martiana, por más que se haya proclamado al marxismo como una fuente de tal proceso de transformaciones. Como parte de esto, el impacto que ha provocado y aún provoca la Revolución desde 1959, su enfrentamiento permanente a las agresiones de todo tipo de los gobiernos de Estados Unidos y su sistemática práctica solidaria con muchos pueblos del mundo, han contribuido decisivamente a la universalización del conocimiento de Martí y a la difusión de sus ideas.

Nunca antes se había impreso sus escritos tan repetidamente y en semejantes cantidades como desde entonces. Las ediciones de sus páginas se han extendido por todos los países hispanohablantes, por los idiomas europeos, al tamil, al chino, al japonés, al coreano, al vietnamita, al árabe, al swahili, a las lenguas mayas, al guaraní, al náhuatl, al quechua. El campo académico de los estudios martianos se ha diversificado disciplinaria y cuantitativamente de modo extraordinario, y en los planes de estudios escolares y universitarios de muchos países figuran temas martianos. Nuevas perspectivas, desde la teología de liberación hasta el ecologismo reconocen la validez de muchas de sus opiniones. Científicos sociales de diversas disciplinas, periodistas, políticos de variadas ideologías, líderes religiosos de distintas denominaciones, le conocen y citan sus frases. Y todo ello ocurre desde finales del siglo pasado ante la enorme crisis civilizatoria que atraviesa la humanidad contemporánea, que no es únicamente económica, política y de múltiples aspectos sociales; es una crisis de forma de vida, de cultura en el plano más amplio del término, que amenaza la propia existencia de nuestra especie y del planeta, y que tiene un absoluto basamento ético. Hay una gigantesca crisis de valores porque la deshumanización de la civilización capitalista ha llegado a sus límites, y las personas buscan una espiritualidad, un sentido de convivencia y una razón de ser en que la existencia no sea el aplastamiento de los demás a cualquier costo.

Ahí está, pues, la razón del aumento del interés por Martí entre personas de distintos países y culturas. La filosofía martiana es un canto a la vida, al mejoramiento humano, al desarrollo de las capacidades individuales y sociales para ello. En sus razonamientos, el cubano no fue un idealista desasido de las realidades y de la comprensión de las falencias humanas: su mirada, siempre abarcadora, se mantuvo con los pies bien puestos sobre la tierra y con horizontes en expansión. Pocos, muy pocos, han comprendido como él la personalidad humana en sus posibilidades de grandeza y de

bajeza, y en cómo los condicionamientos epocales tendían a fijar derroteros desfavorables y favorables para un perfeccionamiento de la condición humana hacia lo que él llamaba el Homagno, o sea, el Hombre Magno.

Fue Martí un conocedor de los grandes problemas de su tiempo, y se dedicó, nada más y nada menos, que al descomunal intento de cambiar el rumbo histórico que aceleradamente iba imponiendo el desarrollo del capitalismo industrial en paso hacia el capitalismo monopolista, hacia el imperialismo, proceso en el cual Estados Unidos emergía con empuje singular y ansias hegemónicas sobre nuestra América en primer lugar.

Durante diez años se dedicó a explicar a sus lectores de los periódicos para los que escribía, las causales históricas y de psicología social que explicaban tales rumbos en el país norteamericano y los acelerados pasos que le conducían hacia ese destino expansivo y dominador. Sus análisis en tales sentidos, como él mismo dijo, se asentaban en juicios e informaciones procedentes de esa misma sociedad, con la pretensión no solo de advertir acerca de tales peligros, sino también de erradicar las mentalidades miméticas, colonizadas que buscaban en ese vecino y en las potencias europeas los modelos a imitar por nuestra América. Por eso llamó a Estados Unidos la Roma americana, similar con aquel enorme imperio de la Antigüedad, considerado por tantos, entonces y hasta hoy, como una de las cunas de la llamada civilización occidental, estimada superior frente a la “barbarie” de buena parte de los pueblos y culturas del planeta.

Por todo eso no puede haber dudas en calificar a Martí como un antimperialista, pues no se limitó a escribir y explicar el naciente fenómeno, sino que, además, trazó y dio los primeros pasos de un proyecto antimperialista que comenzaba con una guerra rápida contra el colonialismo español en Cuba y Puerto Rico, con la creación en su patria de una república de equilibrio basado en toda la justicia social y de impulso a la actuación defensiva unida de nuestra América frente a las apetencias del norte, del país que consideró “revuelto y brutal”, donde se desconocía y despreciaba a los nuestros. Sus objetivos, de estadista mayor, eran contribuir desde Cuba libre y nuestros pueblos a alcanzar el equilibrio del mundo en medio de las contradicciones entre las potencias imperialistas de entonces que se repartían las tierras del orbe entre ellas.

Fue Martí, a plenitud, un hombre de su tiempo, que pensó y actuó para el suyo y para todos los tiempos, para el bien mayor del hombre, como señaló claramente cuando definió los objetivos de la guerra de independencia de Cuba. Por eso hoy sigue siendo símbolo y paradigma de

los cubanos que sostenemos nuestra independencia e identidad ante las constantes agresiones del enemigo imperialista del norte, y trabajamos por un mundo y una humanidad mejores, junto a los pobres de la tierra y en defensa de nuestra América unida.

Las circunstancias cubanas de los últimos decenios, y particularmente los últimos años, hacen necesario, por parte de la sociedad cubana, una mejor comprensión de su sustento ideológico, político y ético en las ideas y la obra martianas. El fin del socialismo en Europa oriental y la desaparición de la Unión Soviética significaron una crisis aún no superada del todo del pensamiento revolucionario contra el capitalismo. A pesar de los signos, desde antes, de agotamiento de las posibilidades de tal sistema para asegurar un equilibrio social, el derrumbe del modelo socialista soviético representó el descrédito para la ideología y la teoría marxistas y para el propio concepto del socialismo.

Se impone desde entonces, pues, afinar la crítica al capitalismo contemporáneo y renovar la propia noción del socialismo y del comunismo. A ello contribuye, desde luego, la galopante concentración de la riqueza en las arcas de los grandes monopolistas, los que además hegemonizan cada vez más la conducción del mundo al imponer sus intereses a los regímenes políticos de los estados imperialistas y a sus servidores locales en los países dominados. Bajo el término de globalización se reúne tanto el control de la vida económica —en sus esferas productivas, financieras y comerciales— como la implementación de las políticas adecuadas a ello por la mayoría de los Estados.

El mundo actual es más inseguro que hace treinta o cuarenta años atrás como lo demuestran el aumento de la pobreza, de las guerras y de las destrucciones de Estados y sociedades en varios continentes, la huida desesperada mediante la masiva inmigración irregular de los conflictos armados y la aumentada miseria, a todo lo cual se suman las enormes afectaciones a nuestro entorno natural, que ponen en peligro las formas de vida y las capacidades de recuperación del planeta.

Pensar y actuar desde y con José Martí es deber ineludible de los cubanos hoy. Como se ha dicho arriba, su crítica de fuerte base ética, al capitalismo de su tiempo, al naciente imperialismo, se requiere como puntal de nuestra sociedad ante el reforzamiento del extraterritorial bloqueo de Estados Unidos y de sus acciones desestabilizadoras dentro del país. La conciencia y la identidad nacionales requieren de su juicio descolonizador y de su confianza en las capacidades de su pueblo para sostener nuestra descomunal

pelea por la patria y por la humanidad. El socialismo cubano, además de renovarse en su ejercicio político y económico, ha de buscar sostén de ideas y de moral en José Martí, sin excluir a las corrientes anticapitalistas más antiguas a las contemporáneas.

Animados de ese espíritu, en Ruth Casa Editorial se decidió entregar esta compilación de textos martianos con énfasis en sus análisis y conclusiones acerca de Estados Unidos, país que ya comenzaba a marcar el paso del desarrollo del capitalismo a finales del siglo XIX donde se ensanchaba la intención anexionista hacia Cuba y nuestra América. Se le unen algunos juicios de sus estudiosos y de personalidades decisivas de la Revolución cubana. La mirada crítica del Maestro no dejó a un lado los rasgos válidos de aquella sociedad ni las ideas de justicia que en ella se expresaban, ni tampoco cómo se expandía por distintos sectores de su población el espíritu mercantilista y de superioridad hegemónica sobre el resto del mundo. Ese, su alerta profundo y combativo, es lo que se puede encontrar en estas páginas que dedicamos especialmente a la juventud cubana.

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ



Trípode

**José Martí ayer y hoy
Las relaciones Cuba-Estados Unidos**

“Vindicación de Cuba”

(Traducido de la carta que publicó bajo este título *The Evening Post*, de New York, del 25 de marzo de 1889).

Sr. Director de *The Evening Post*.

Señor:

Ruego a usted que me permita referirme en sus columnas a la ofensiva crítica de los cubanos publicada en *The Manufacturer* de Filadelfia, y reproducida con aprobación en su número de ayer.

No es este el momento de discutir el asunto de la anexión de Cuba. Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido a otro donde los que guían la opinión comparten respecto a él las preocupaciones solo excusables a la política fanfarrona o la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado desconocimiento de la historia y tendencias de la anexión, desearían ver la Isla ligada a los Estados Unidos. Pero los que han peleado en la guerra, y han aprendido en los destierros; los que han levantado, con el trabajo de las manos y la mente, un hogar virtuoso en el corazón de un pueblo hostil; los que por su mérito reconocido como científicos y comerciantes, como empresarios e ingenieros, como maestros, abogados, artistas, periodistas, oradores y poetas, como hombres de inteligencia viva y actividad poco común, se ven honrados dondequiera que ha habido ocasión para desplegar sus cualidades, y justicia para entenderlos; los que, con sus elementos menos preparados, fundaron una ciudad de trabajadores donde los Estados Unidos no tenían antes más que unas cuantas casuchas en un islote desierto; esos, más numerosos que los otros, no desean la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan. Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta República portentosa

su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norteamericana, como la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting.

No somos los cubanos ese pueblo de vagabundos míseros o pigmeos inmorales que a *The Manufacturer* le place describir; ni el país de inútiles verbosos, incapaces de acción, enemigos del trabajo recio, que, junto con los demás pueblos de la América española, suelen pintar viajeros soberbios y escritores. Hemos sufrido impacientes bajo la tiranía; hemos peleado como hombres, y algunas veces como gigantes, para ser libres; estamos atravesando aquel período de reposo turbulento, lleno de gérmenes de revuelta, que sigue naturalmente a un período de acción excesiva y desgraciada; tenemos que batallar como vencidos contra un opresor que nos priva de medios de vivir, y favorece, en la capital hermosa que visita el extranjero, en el interior del país, donde la presa se escapa de su garra, el imperio de una corrupción tal que llegue a envenenarnos en la sangre las fuerzas necesarias para conquistar la libertad. Merecemos en la hora de nuestro infortunio, el respeto de los que no nos ayudaron cuando quisimos sacudirlo.

Pero, porque nuestro gobierno haya permitido sistemáticamente después de la guerra el triunfo de los criminales, la ocupación de la ciudad por la escoria del pueblo, la ostentación de riquezas mal habidas por una miríada de empleados españoles y sus cómplices cubanos, la conversión de la capital en una casa de inmoralidad, donde el filósofo y el héroe viven sin pan junto al magnífico ladrón de la metrópoli; porque el honrado campesino, arruinado por una guerra en apariencia inútil, retorna en silencio al arado que supo a su hora cambiar por el machete; porque millares de desterrados, aprovechando una época de calma que ningún poder humano puede precipitar hasta que no se extinga por sí propia, practican, en la batalla de la vida en los pueblos libres, el arte de gobernarse a sí mismos y de edificar una nación; porque nuestros mestizos y nuestros jóvenes de ciudad son generalmente de cuerpo delicado, locuaces y corteses, ocultando bajo el guante que pule el verso, la mano que derriba al enemigo, ¿se nos

ha de llamar, como *The Manufacturer* nos llama, un pueblo “afeminado”? Esos jóvenes de ciudad y mestizos de poco cuerpo supieron levantarse en un día contra un gobierno cruel, pagar su pasaje al sitio de la guerra con el producto de su reloj y de sus dijes, vivir de su trabajo mientras retenía sus buques el país de los libres en el interés de los enemigos de la libertad, obedecer como soldados, dormir en el fango, comer raíces, pelear diez años sin paga, vencer al enemigo con una rama de árbol, morir —estos hombres de dieciocho años, estos herederos de casas poderosas, estos jovencitos de color de aceituna— de una muerte de la que nadie debe hablar sino con la cabeza descubierta; murieron como esos otros hombres nuestros que saben, de un golpe de machete, echar a volar una cabeza, o de una vuelta de la mano, arrodillar a un toro. Estos cubanos “afeminados” tuvieron una vez valor bastante para llevar al brazo una semana, cara a cara de un gobierno despótico, el luto de Lincoln.

Los cubanos, dice *The Manufacturer*, tienen “aversión a todo esfuerzo”, “no se saben valer”, “son perezosos”. Estos “perezosos” que “no se saben valer”, llegaron aquí hace veinte años con las manos vacías, salvo pocas excepciones; lucharon contra el clima; dominaron la lengua extranjera; vivieron de su trabajo honrado, algunos en holgura, unos cuantos ricos, rara vez en la miseria: gustaban del lujo, y trabajaban para él: no se les veía con frecuencia en las sendas oscuras de la vida: independientes, y bastándose a sí propios, no temían la competencia en aptitudes ni en actividad: miles se han vuelto a morir en sus hogares: miles permanecen donde en las durezas de la vida han acabado por triunfar, sin la ayuda del idioma amigo, la comunidad religiosa ni la simpatía de raza. Un puñado de trabajadores cubanos levantó a Cayo Hueso. Los cubanos se han señalado en Panamá por su mérito como artesanos en los oficios más nobles, como empleados, médicos y contratistas. Un cubano, Cisneros, ha contribuido poderosamente al adelanto de los ferrocarriles y la navegación de ríos de Colombia. Márquez, otro cubano, obtuvo, como muchos de sus compatriotas, el respeto del Perú como comerciante eminente. Por todas partes viven los cubanos, trabajando como campesinos, como ingenieros, como agrimensores, como artesanos. Como maestros, como periodistas. En Filadelfia, *The Manufacturer* tiene ocasión diaria de ver a cien cubanos, algunos de ellos de historia heroica y cuerpo vigoroso, que viven de su trabajo en cómoda abundancia. En New York los cubanos son directores en bancos prominentes, comerciantes prósperos, corredores conocidos, empleados de notorios talentos, médicos con clientela del país, ingenieros de reputación

universal, electricistas, periodistas, dueños de establecimientos, artesanos. El poeta del Niágara es un cubano, nuestro Heredia. Un cubano, Menocal, es jefe de los ingenieros del canal de Nicaragua. En Filadelfia mismo, como en New York, el primer premio de las Universidades ha sido, más de una vez, de los cubanos. Y las mujeres de estos “perezosos”, “que no se saben valer”, de estos enemigos de “todo esfuerzo”, llegaron aquí recién venidas de una existencia suntuosa, en lo más crudo del invierno: sus maridos estaban en la guerra, arruinados, presos, muertos: la “señora” se puso a trabajar: la dueña de esclavos se convirtió en esclava: se sentó detrás de un mostrador: cantó en las iglesias: ribeteó ojales por cientos: cosió a jornal: rizó plumas de sombrerería: dio su corazón al deber: marchitó su cuerpo en el trabajo: ¡este es el pueblo “deficiente en moral”!

Estamos “incapacitados por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía de un país grande y libre”. Esto no puede decirse en justicia de un pueblo que posee —junto con la energía que construyó el primer ferrocarril en los dominios españoles y estableció contra un gobierno tiránico todos los recursos de la civilización— un conocimiento realmente notable del cuerpo político, una aptitud demostrada para adaptarse a sus formas superiores, y el poder, raro en las tierras del trópico, de robustecer su pensamiento y podar su lenguaje. La pasión por la libertad, el estudio serio de sus mejores enseñanzas; el desenvolvimiento del carácter individual en el destierro y en su propio país, las lecciones de diez años de guerra y de sus consecuencias múltiples, y el ejercicio práctico de los deberes de la ciudadanía en los pueblos libres del mundo, han contribuido, a pesar de todos los antecedentes hostiles, a desarrollar en el cubano una aptitud para el gobierno libre tan natural en él, que lo estableció, aun con exceso de prácticas, en medio de la guerra, luchó con sus mayores en el afán de ver respetadas las leyes de la libertad, y arrebató el sable, sin consideración ni miedo, de las manos de todos los pretendientes militares, por gloriosos que fuesen. Parece que hay en la mente cubana una dichosa facultad de unir el sentido y la pasión, y la moderación a la exuberancia. Desde principios del siglo se han venido consagrando nobles maestros a explicar con su palabra, y practicar en su vida, la abnegación y tolerancia inseparables de la libertad. Los que hace diez años ganaban por mérito singular los primeros puestos en las Universidades europeas, han sido saludados, al aparecer en el Parlamento español, como hombres de sobrio pensamiento y de oratoria poderosa. Los conocimientos políticos del cubano común se comparan

sin desventaja con los del ciudadano común de los Estados Unidos. La ausencia absoluta de intolerancia religiosa, el amor del hombre a la propiedad adquirida con el trabajo de sus manos, y la familiaridad en práctica y teoría con las leyes y procedimientos de la libertad, habituarán al cubano para reedificar su patria sobre las ruinas en que la recibirá de sus opresores. No es de esperar, para honra de la especie humana, que la nación que tuvo la libertad por cuna, y recibió durante tres siglos la mejor sangre de hombres libres, emplee el poder amasado de este modo para privar de su libertad a un vecino menos afortunado.

Acaba *The Manufacturer* diciendo “que nuestra falta de fuerza viril y de respeto propio está demostrada por la apatía con que nos hemos sometido durante tanto tiempo a la opresión española”, y “nuestras mismas tentativas de rebelión han sido tan infelizmente ineficaces, que apenas se levantan un poco de la dignidad de una farsa”. Nunca se ha desplegado ignorancia mayor de la historia y el carácter que en esta ligerísima aseveración. Es preciso recordar, para no contestarla con amargura, que más de un americano derramó su sangre a nuestro lado en una guerra que otro americano había de llamar “una farsa”. ¡Una farsa, la guerra que ha sido comparada por los observadores extranjeros a una epopeya, el alzamiento de todo un pueblo, el abandono voluntario de la riqueza, la abolición de la esclavitud en nuestro primer momento de libertad, el incendio de nuestras ciudades con nuestras propias manos, la creación de pueblos y fábricas en los bosques vírgenes, el vestir a nuestras mujeres con los tejidos de los árboles, el tener a raya, en diez años de esa vida, a un adversario poderoso, que perdió doscientos mil hombres a manos de un pequeño ejército de patriotas, sin más ayuda que la naturaleza! Nosotros no teníamos hessianos ni franceses, ni Lafayette o Steuben, ni rivalidades de rey que nos ayudaran: nosotros no teníamos más que un vecino que “extendió los límites de su poder y obró contra la voluntad del pueblo” para favorecer a los enemigos de aquellos que peleaban por la misma carta de libertad en que él fundó su independencia: nosotros caímos víctimas de las mismas pasiones que hubieran causado la caída de los Trece Estados, a no haberlos unido el éxito, mientras que a nosotros nos debilitó la demora, no demora causada por la cobardía, sino por nuestro horror a la sangre, que en los primeros meses de la lucha permitió al enemigo tomar ventaja irreparable, y por una confianza infantil en la ayuda cierta de los Estados Unidos : “¡No han de vernos morir por la libertad a sus propias puertas sin alzar una mano o decir una palabra para dar un nuevo pueblo libre al

mundo!” Extendieron “los límites de su poder en deferencia a España”. No alzaron la mano. No dijeron la palabra.

La lucha no ha cesado. Los desterrados no quieren volver. La nueva generación es digna de sus padres. Centenares de hombres han muerto después de la guerra en el misterio de las prisiones. Solo con la vida cesará entre nosotros la batalla por la libertad. Y es la verdad triste que nuestros esfuerzos se habrían, en toda probabilidad, renovado con éxito, a no haber sido, en algunos de nosotros, por la esperanza poco viril de los anxionistas, de obtener la libertad sin pagarla a su precio, y por el temor justo de otros, de que nuestros muertos, nuestras memorias sagradas, nuestras ruinas empapadas en sangre, no vinieran a ser más que el abono del suelo para el crecimiento de una planta extranjera, o la ocasión de una burla para *The Manufacturer* de Filadelfia.

Soy de usted, señor Director, servidor atento.

JOSÉ MARTÍ
120 Front Street.
New York, 21 de marzo de 1889.

Madre América⁵

Señoras y señores:

Apenas acierta el pensamiento, a la vez trémulo y desbordado, a poner, en la brevedad que le manda la discreción, el júbilo que nos rebose de las almas en esta noche memorable. ¿Qué puede decir el hijo preso, que vuelve a ver a su madre por entre las rejas de su prisión? Hablar es poco, y es casi imposible, más por el íntimo y desordenado contento, por la muchedumbre de recuerdos, de esperanzas y de temores, que por la certeza de no poder darles expresión digna. Indócil y mal enfrenada ha de brotar la palabra de quien, al ver en torno suyo, en la persona de sus delegados ilustres, los pueblos que amamos con pasión religiosa; al ver cómo, por mandato de secreta voz, los hombres se han puesto como más altos para recibirlos, y las mujeres como más bellas; al ver el aire tétrico y plomizo animado como de sombras, sombras de águilas que echan a volar, de cabezas que pasan moviendo el penacho consejero, de tierras que imploran, pálidas y acuchilladas, sin fuerzas para sacarse el puñal del corazón, del guerrero magnánimo del Norte, que da su mano de admirador, desde el pórtico de Mount Vernon, al héroe volcánico del Sur, intenta en vano recoger, como quien se envuelve en una bandera, el tumulto de sentimientos que se le agolpa al pecho, y solo halla estrofas inacordes y odas indómitas para celebrar, en la casa de nuestra América, la visita de la madre ausente, para decirle, en nombre de hombres y de mujeres, que el corazón no puede tener mejor empleo que darse, todo, a los mensajeros de los pueblos americanos. ¿Cómo podremos pagar a nuestros huéspedes ilustres esta hora de consuelo? ¿A qué hemos de esconder, con la falsía de la ceremonia, lo que se nos está viendo en los rostros? Pongan otros florones y cascabeles y franjas de oro a sus retóricas; nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo

5 Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, el 19 de diciembre de 1889, a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana.

natural, de la abundancia del corazón. ¿Quién de nosotros ha de negar, en esta noche en que no se miente, que por muchas raíces que tengan en esta tierra de libre hospedaje nuestra fe, o nuestros afectos, o nuestros hábitos, o nuestros negocios, por tibia que nos haya puesto el alma la magia infiel del hielo, hemos sentido, desde que supimos que estos huéspedes nobles nos venían a ver, como que en nuestras casas había más claridad, como que andábamos a paso más vivo, como que éramos más jóvenes y generosos, como que nuestras ganancias eran mayores y seguras, como que en el vaso seco volvía a nacer flor? Y si nuestras mujeres quieren decirnos la verdad, ¿no nos dicen, no nos están diciendo con sus ojos leales, que nunca pisaron más contentos la nieve ciertos pies de hadas; que algo que dormía en el corazón, en la ceguera de la tierra extraña, se ha despertado de repente; que un canario alegre ha andado estos días entrando y saliendo por las ventanas, sin temor al frío, con cintas y lazos en el pico, yendo y viniendo sin cesar, porque para esta fiesta de nuestra América ninguna flor parecía bastante fina y primorosa? Esta es la verdad. A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre todavía, la última estrofa del poema de 1810; a otros les mandan vivir aquí, como su grato imperio, dos ojos azules. Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.

De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte. No querían los hombres nuevos, coronados de luz, inclinar ante ninguna otra su corona. De todas partes, al ímpetu de la frente, saltaba hecho pedazos, en las naciones nacidas de la agrupación de pueblos pequeños, el yugo de la razón humana, envilecida en los imperios creados a punta de lanza, o de diplomacia, por la gran república que se alocó con el poder; nacieron los derechos modernos de las comarcas pequeñas y autóctonas; que habían elaborado en el combate continuo su carácter libre, y preferían las cuevas independientes a la prosperidad servil., A fundar la república le dijo al rey que venía, uno que no se le quitaba el sombrero y le decía de tú. Con mujeres y con hijos se fían al mar, y sobre la mesa de roble del camarín fundan su comunidad, los cuarenta y uno de la "Flor de Mayo". Cargan mosquetes, para defender las siembras; el trigo que comen, lo aran; suelo sin tiranos es lo que buscan, para el alma sin

tiranos. Viene, de fieltro y blusón, el puritano intolerante e integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba, levanta la escuela; viene el católico, perseguido por su fe, y funda un Estado donde no se puede perseguir por su fe a nadie; viene el caballero, de fusta y sombrero de plumas, y su mismo hábito de mandar esclavos le da altivez de rey para defender su libertad. Alguno trae en su barco una negrada que vender, o un fanático que quema a las brujas, o un gobernador que no quiere oír hablar de escuelas; lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos, escoceses altivos, bátavos económicos; traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros. En la casa hecha por sus manos vivían, señores y siervos de sí propio; y de la fatiga de bregar con la naturaleza se consolaba el colono valeroso al ver venir, de delantal y cofia, a la anciana del hogar, con la bendición en los ojos, y en la mano la bandeja de los dulces caseros, mientras una hija abría el libro de los himnos, y preludiaba otra en el salterio o en el clavicordio. La escuela era de memoria y azotes; pero el ir a ella por la nieve era la escuela mejor. Y cuando, de cara al viento, iban de dos en dos por los caminos, ellos de cuero y escopeta, ellas de bayeta y devocionario, a oír iban al reverendo nuevo, que le negaba al gobernador el poder en las cosas privadas de la religión; iban a elegir sus jueces, o a residenciarlos. De afuera no venía la casta inmunda. La autoridad era de todos, y la daban a quien se la querían dar. Sus ediles elegían, y sus gobernadores. Si le pesaba al gobernador convocar el conejo, por sobre él lo convocaban los “hombres libres”. Allá, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almohada un tronco recién caído o un indio muerto. Y en las mansiones solariegas del Sur todo es minué y bujías, y coro de negros cuando viene el coche del señor, y copa de plata para el buen Madera. Pero no había acto de la vida que no fuera pábulo de la libertad en las colonias republicanas que, más que cartas reales, recibieron del rey certificados de independencia. Y cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no se quieren imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fue el que el inglés mismo había puesto en sus manos. A su héroe, le traen el caballo a la puerta. El pueblo que luego había de negarse a ayudar, acepta ayuda. La libertad que triunfa es corno él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad, una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava, que

antes de un siglo echa en tierra las andas de una sacudida; y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos, entre el estruendo y el polvo que levantan al caer las cadenas de un millón de hombres emancipados! Por entre los cimientos desencajados en la estupenda convulsión se pasea, codiciosa y soberbia, la victoria; reaparecen, acentuados por la guerra, los factores que constituyeron la nación; y junto al cadáver del caballero, muerto sobre sus esclavos, luchan por el predominio en la república, y en el universo, el peregrino que no consentía señor sobre él, ni criado bajo él, ni más conquistas que la que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones,—y el aventurero sagaz y rapante, hecho a adquirir y adelantar en la selva, sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y el águila.

Y ¿cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer a pecar de ellos, los orígenes confusos, y manchados de sangre, de nuestra América, aunque al recuerdo leal, y hoy más que nunca necesario, le pueda poner la tacha de vejez inoportuna aquel a quien la luz de nuestra gloria, de la gloria de nuestra independencia, estorbaba para el oficio de comprometerla o rebajarla? Del arado nació la América del Norte, y la Española del perro de presa. Una guerra fanática sacó de la poesía de sus palacios aéreos al moro debilitado en la riqueza, y la soldadesca sobrante, criada con el vino crudo y el odio a los herejes, se echó, de coraza y arcabuz, sobre el indio de peto de algodón. Llenos venían los barcos de caballeros de media loriga, de segundones desheredados, de alféreces rebeldes, de licenciados y clérigos hambrones. Traen culebrinas, rodelas, picas, quijotes, capacetes, espaldarres, yelmos, perros. Ponen la espada a los cuatro vientos, declaran la tierra del rey, y entran a saco en los templos de oro. Cortés atrae a Moctezuma al palacio que debe a su generosidad o a su prudencia, y en su propio palacio lo pone preso. La simple Anacaona convida a su fiesta a Ovando, a que viera el jardín de su país, y sus danzas alegres, y sus doncellas; y los soldados de Ovando se sacan de debajo del disfraz las espadas, y se quedan con la tierra de Anacaona. Por entre las divisiones y celos de la gente india adelanta en América el conquistador; por entre aztecas y tlaxcaltecas llega Cortés a la canoa de Cuauhtémoc; por entre quichés y zutujiles vence Alvarado en Guatemala; por entre tunjas y bogotáes adelanta Quesada en Colombia; por entre los de Atahualpa y los de Huáscar pasa Pizarro en el Perú: en el pecho del último indio valeroso clavan, a la luz de los templos incendiados, el estandarte rojo del Santo Oficio. Las mujeres, las roban. De cantos tenía sus caminos el indio libre, y después del español no había

más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto, o el indio que iba llorando en su treno la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos. Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja; como flores que se quedan sin aroma, caen muertos los indios; con los indios que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores; o a quemar en el brasero el estandarte del rey; o a cercenarse las cabezas por peleas de virreyes y oidores, o celos de capitanes; y al pie del estribo lleva el amo dos indios de pajes, y dos mozos de espuela. De España nombran el virrey, el regente, el cabildo. Los cabildos que hacían, los firmaban con el hierro con que herraban las vacas. El alcalde manda que no entre el gobernador en la villa, por los males que le tiene hechos a la república, y que los regidores se persiguen al entrar en el cabildo, y que al indio que eche el caballo a galopar se le den veinticinco azotes. Los hijos que nacen, aprenden a leer en carteles de toros y en décimas de salteadores. “Quimeras despreciables” les enseñan en los colegios de entes y categorías. Y cuando la muchedumbre se junta en las calles, es para ir de cola de las tarascas que llevan el pregón; o para hablar, muy quedo, de las picanterías de la tapada y el oidor; o para ir a la quema del portugués; cien picas y mosquetes van delante, y detrás los dominicos con la cruz blanca, y los grandes de vara y espadín, con la capilla bordada de hilo de oro; y en hombros los baúles de huesos, con llamas a los lados; y los culpables con la cuerda al cuello, y las culpas escritas en la coraza de la cabeza; y los contumaces con el sambenito pintado de imágenes del enemigo; y la prohombría, y el señor obispo, y el clero mayor; y en la iglesia, entre dos tronos, a la luz vívida de los cirios, el altar negro; afuera, la hoguera. Por la noche, baile. ¡El glorioso criollo cae bañado en sangre, cada vez que busca remedio a su vergüenza, sin más guía ni modelo que su honor, hoy en Caracas, mañana en Quito, luego con los comuneros del Socorro; o compra, cuerpo a cuerpo, en Cochabamba el derecho de tener regidores del país; o muere, como el admirable Antequera, profesando su fe en el cadalso del Paraguay, iluminado el rostro por la dicha; o al desfallecer al pie del Chimborazo, “exhorta a las razas a que afiancen su dignidad”. El primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fue un rebelde. La hija de Juan de Mena, que lleva el luto de su padre, se viste, de fiesta con todas sus joyas, porque es día de honor para la humanidad, el día en que Arteaga muere! ¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el

continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, voleando sobre la cabeza la chuza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores; y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿Adónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.

¡Y todo ese veneno lo hemos trocado en savia! Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos, y crisol comenzamos a ser. Sobre las hidras, fundamos. Las picas de Alvarado, las liemos echado abajo con nuestros ferrocarriles. En las plazas donde se quemaba a los herejes, hemos levantado bibliotecas. Tantas escuelas tenemos como familiares del Santo Oficio tuvimos antes. Lo que no hemos hecho, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas que nos legaron nuestros padres. De las misiones, religiosas e inmorales, no quedan ya más que paredes descascaradas, por donde asoma el búho el ojo, y pasea melancólico el lagarto. Por entre las razas heladas y las ruinas de los conventos y los caballos de los bárbaros se ha abierto paso el americano nuevo, y convida a la juventud del mundo a que levante en sus campos la tienda. Ha triunfado el puñado de apóstoles. ¿Qué importa que, por llevar el libro delante de los ojos, no viéramos, al nacer como pueblos libres, que el gobierno de una tierra híbrida y original, amasada con españoles retaceros y aborígenes torvos y aterrados, más sus salpicaduras de africanos y menceyes, debía comprender, para ser natural y fecundo, los elementos todos que en maravilloso tropel y por la política superior escrita en la Naturaleza, se levantaron a fundarla? ¿Qué importan

las luchas entre la ciudad universitaria y los campos feudales? ¿Qué importa el desdén, repleto de guerras, del marqués lacayo al menestral mestizo? ¿Qué importa el duelo, sombrío y tenaz, de Antonio de Nariño y San Ignacio de Loyola? Todo lo vence, y clava cada día su pabellón más alto, nuestra América capaz e infatigable. Todo lo conquista, de sol en sol, por el poder del alma de la tierra, armoniosa y artística, creada de la música y beldad de nuestra naturaleza, que da su abundancia a nuestro corazón y a nuestra mente la serenidad y altura de sus cumbres; por el influjo secular con que este orden y grandeza ambientes ha compensado el desorden y mezcla alevosa de nuestros orígenes; y por la libertad humanitaria y expansiva, no local, ni de raza; ni de secta, que fue a nuestras repúblicas en su hora de flor, y ha ido después, depurada y cernida, de las cabezas del orbe,—libertad que no tendrá, acaso, asiento más amplio en pueblo alguno— pusiera en mis labios el porvenir el fuego que marca!—que el que se les prepara en nuestras tierras sin límites para el esfuerzo honrado, la solicitud leal y la amistad sincera de los hombres.

De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente y las palabras como lava, saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a pujo de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro; una América sin suspicacias pueriles, ni confianzas cándidas, que convida sin miedo a la fortuna de su hogar a las razas todas, porque sabe que es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la Nueva Troya. ¿Y preferiría a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo; preferiría a este oficio grandioso el de desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez, de unirse más, o por celos de vecindad mentir a lo que está escrito por la fauna y los astros y la Historia, o andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en el plato la riqueza temible? ¡Solo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea, y la libertad que se conquista, con las propias manos! No conoce a nuestra América quien eso ose temer. Rivadavia, el de la corbata siempre blanca, dijo que actos países se salvarían: y estos países se han salvado. Se ha arado en la mar. También nuestra América levanta palacios, y congrega el sobrante útil del universo oprimido; también doma la selva, y le lleva el libro y el periódico, el municipio y el ferrocarril; también nuestra América, con el Sol en

la frente, surge sobre los desiertos coronada de ciudades. Y al reaparecer en esta crisis de elaboración de nuestros pueblos los elementos que lo constituyeron, el criollo independiente es el que domina y se asegura, no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo y le pone adentro el pie, para que se vea de más de alto a su señor.

Por eso vivimos aquí, orgullosos de nuestra América, para servirla y honrarla. No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos deslumbrados, sino con la determinación y la capacidad de contribuir a que se la estime por sus méritos, y se la respete por sus sacrificios; porque las mismas guerras que de pura ignorancia le echan en cara los que no la conocen, son el timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar con el abono de su sangre el camino del progreso, y pueden ostentar en la frente sus guerras como una corona. En vano,—faltos del roce y estímulo diario de nuestras luchas y de nuestras pasiones, que nos llegan ¡a mucha distancia! del suelo donde no crecen nuestros hijos,—nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus cobardías el corazón, a la tibieza y al olvido. ¡Donde no se olvida, y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América, como luz y como hostia; y ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí! Enseñemos el alma como es a estos mensajeros ilustres que han venido de nuestros pueblos, para que vean que la tenemos honrada y leal, y que la admiración justa y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de présbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio; ni por el bien de nuestra persona, si en la conciencia sin paz hay bien, hemos de ser traidores a lo que nos mandan hacer la naturaleza y la humanidad. Y así, cuando cada uno de ellos vuelva a las playas que acaso nunca volvamos a ver, podrá decir, contento de nuestro decoro, a la que es nuestra dueña, nuestra esperanza y nuestra guía: “¡Madre América, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!”.

Nuestras ideas

Nace este periódico, por la voluntad y con los recursos de los cubanos y puertorriqueños independientes de New York, para contribuir, sin premura y sin descanso, a la organización de los hombres libres de Cuba y Puerto Rico, en acuerdo con las condiciones y necesidades actuales de las Islas, y su constitución republicana venidera; para mantener la amistad entrañable que une, y debe unir, a las agrupaciones independientes entre sí, y a los hombres buenos y útiles de todas las procedencias, que persistan en el sacrificio de la emancipación, o se inicien sinceramente en él; para explicar y fijar las fuerzas vivas y reales del país, y sus gérmenes de composición y descomposición, a fin de que el conocimiento de nuestras deficiencias y errores, y de nuestros peligros, asegure la obra a que no bastaría la fe romántica y desordenada de nuestro patriotismo; y para fomentar y proclamar la virtud donde quiera que se la encuentre. Para juntar y amar, y para vivir en la pasión de la verdad, nace este periódico. Deja a la puerta—porque afean el propósito más puro—la preocupación personal por donde el juicio oscurecido rebaja al deseo propio, las cosas santas de la humanidad y la justicia, y el fanatismo que aconseja a los hombres un sacrificio cuya utilidad y posibilidad no demuestra la razón.

Es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable. Es criminal quien ve ir al país a un conflicto que la provocación fomenta y la desesperación favorece, y no prepara, o ayuda a preparar, el país para el conflicto. Y el crimen es mayor cuando se conoce, por la experiencia previa, que el desorden de la preparación puede acarrear la derrota del patriotismo más glorioso, o poner en la patria triunfante los gérmenes de su disolución definitiva. El que no ayuda hoy a preparar la guerra, ayuda ya a disolver el país. La simple creencia en la probabilidad de la guerra es ya una obligación, en quien se tenga por honrado y juicioso, de coadyuvar a que se purifique, o impedir que se malee, la guerra probable. Los fuertes, prevén; los hombres de segunda mano esperan la tormenta con los brazos en cruz.

La guerra, en un país que se mantuvo diez años en ella, y ve vivos y fieles a sus héroes, es la consecuencia inevitable de la negación continua,

disimulada o descarada, de las condiciones necesarias para la felicidad a un pueblo que se resiste a corromperse y desordenarse en la miseria. Y no es del caso preguntarse si la guerra es apetecible o no, puesto que ninguna alma piadosa la puede apetecer, sino ordenarla de modo que con ella venga la paz republicana, y después de ella no sean justificables ni necesarios los trastornos a que han tenido que acudir, para adelantar, los pueblos de América que vinieron al mundo en años en que no estaban en manos de todos, como hoy están, la pericia política y el empleo de la fuerza nacional en el trabajo. Ni la guerra asusta sino a las almas mediocres, incapaces de preferir la dignidad peligrosa a la vida inútil.

En lo presente y relativo es la guerra desdicha espantosa, en cuyos dolores no se ha de detener un estadista previsor; como es el oropreciado metal, y no se lamenta la moneda de oro si se la da en cambio de lo que vale más que ella. Cuando los componentes de un país viven en un estado de batalla sorda, que amarga las relaciones más naturales, y perturba y tiene como sin raíces la existencia, la precipitación de ese estado de guerra indeciso en la guerra decisiva es un ahorro recomendable de la fuerza pública. Cuando las dos entidades hostiles de un país viven en él con la aspiración, confesa o callada, al predominio, la convivencia de las dos solo puede resultar en el abatimiento irremediable de una. Cuando un pueblo compuesto por la mano infausta de sus propietarios con elementos de odio y de disociación, salió de la primer prueba de guerra, por sobre las disensiones que la acabaron, más unido que cuando entró en ella, la guerra vendría a ser, en vez de un retardo de su civilización, un período nuevo de la amalgama indispensable para juntar sus factores diversos en una república segura y útil. Cuando la guerra no se ha de hacer, en un país de españoles y criollos, contra los españoles que viven en el país, sino contra la dependencia de una nación incapaz de gobernar un pueblo que solo puede ser feliz sin ella, la guerra tiene de aliados naturales a todos los españoles que quieran ser felices.

La guerra es un procedimiento político, y este procedimiento de la guerra es conveniente en Cuba, porque con ella se resolverá definitivamente una situación que mantiene y continuará manteniendo perturbada el temor de ella; porque por la guerra, en el conflicto de los propietarios del país, ya pobres y desacreditados entre los suyos, con los hijos del país, amigos naturales de la libertad, triunfará la libertad indispensable al logro y disfrute del bienestar legítimo; porque la guerra rematará la amistad y fusión de las comarcas y entidades sociales sin cuyo trato cercano y

cordial hubiera sido la misma independencia un semillero de graves discordias; porque la guerra dará ocasión a los españoles laboriosos de hacer olvidar, con su neutralidad o con su ayuda, la crueldad y ceguera con que en la lucha pasada sofocaron la virtud de sus hijos; porque por la guerra se obtendrá un estado de felicidad superior a los esfuerzos que se han de hacer por ella.

La guerra es, allá en el fondo de los corazones, allá en las horas en que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra, la forma más bella y respetable del sacrificio humano. Unos hombres piensan en sí más que en sus semejantes, y aborrecen los procedimientos de justicia de que les pueden venir incomodidades o riesgos. Otros hombres aman a sus semejantes más que a sí propios, a sus hijos más que la misma vida, al bien seguro de la libertad más que al bien siempre dudoso de una tiranía incorregible, y se exponen a la muerte por dar vida a la patria. Así, cuando los elementos contendientes en las Islas demuestran la imposibilidad de avenirse en la justicia y el honor, y el avenimiento siempre parcial que pudiesen pretender no sería sancionado por la nación de que ambos dependen, ni sería más que una loable e insuficiente moratoria,—proclaman la guerra los que son capaces del sacrificio, y solo la rehúyen los que son incapaces de él.

Pero si la guerra hubiese de ser el principio de una era de revueltas y de celos, que después de una victoria inmerecida e improbable, convirtiese el país, sazonado con nuestra sangre pura, en arena de disputas locales o escenario de ambiciosas correrías; si la guerra hubiese de ser el consorcio apresurado y desleal de los hombres cultos de más necesidades que empuje, y la autoridad impaciente y desdeñosa que por causas naturales, y en parte nobles, suele crear la milicia, si hubiese la guerra de ser el predominio de una entidad cualquiera de nuestra población, con merma y desasosiego de las demás, y no el modo de ajustar en el respeto común las preocupaciones de la susceptibilidad y las de la arrogancia,—como parricidas se habría de acusar a los que fomentaran y aconsejasen la guerra. Y en la lucha misma que no viniera por aconsejada, sino por inevitable, el honor solo sería para los que hubiesen extirpado, o procurado extirpar, sus gérmenes temibles; y el oprobio sería de cuantos, por la intriga o el miedo, hubiesen contribuido a impedir que las fuerzas todas de la lucha se combinasen, sin exclusiones injustas e imprudentes, en tal relación que desde los arranques pusiera a la gloria fuera del peligro del deslumbramiento, y a la libertad donde no la pudiera alcanzar la tiranía. Pero este periódico viene a mantener la

guerra que anhelan juntos los héroes de mañana, que aconsejan del juicio su fervor, y los héroes de ayer, que sacaron ileso de la lección de los diez años su fe en el triunfo; la guerra única que el cubano, libre y reflexivo por naturaleza, pide y apoya, y es la que, en acuerdo con la voluntad y necesidades del país, y con las enseñanzas de los esfuerzos anteriores, junte en sí, en la proporción natural, los factores todos, deseables o irremediables, de la lucha inminente; y los conduzca, con esfuerzo grandioso y ordenado, a una victoria que no hayan de deslucir un día después los conatos del vencedor o la aspiración de las parcialidades descontentas, ni estorbe con la política verbosa y femenil el empleo de la fuerza nacional en las labores urgentes del trabajo.

Ama y admira el cubano sensato, que conoce las causas y excusas de los yerros, a aquellos hombres valerosos que rindieron las armas a la ocasión funesta, no al enemigo; y brilla en ellos aún el alma desinteresada que los héroes nuevos, en la impaciencia de la juventud, les envidian con celos filiales. Crían las guerras, por el exceso de las mismas condiciones que dan para ellas especial capacidad, o por el poder legítimo que conserva sobre el corazón el que estuvo cerca de él a la hora de morir, hábitos de autoridad y de compañerismo cuyos errores, graves a veces, no han de entibiar, en los que distinguen en ellos lo esencial de la virtud, el agradecimiento de hijo. Pero la pureza patriótica de aquellos hombres que salieron del lujo a la pelea, el roce continuo de caracteres y méritos a que la guerra dilatada dio ocasión, y el decoro natural de quien lleva en el pecho un corazón probado en lo sublime, dio a Cuba una milicia que no pone, como otras, la gloria militar por encima de la patria. Arando en los campos, contando en los bancos, enseñando en los colegios, comerciando en las tiendas, trabajando con sus manos de héroe en los talleres, están hoy los que ayer, ebrios de gloria, peleaban por la independencia del país. Y aguardan impacientes a la generación que ha de emularlos.

Late apresurado el corazón al saludar, desde el seguro extranjero, a los que bajo el poder de un dueño implacable se disponen en silencio a sacudirlo. Ha de saberse, allá donde no queremos nutrir con las artes inútiles de la conspiración el cadalso amenazante, que los cubanos que solo quieren de la libertad ajena el modo de asegurar la propia, aman a su tierra demasiado para trastornarla sin su consentimiento; y antes perecerían en el destierro ansiosos, que fomentar una guerra en que cubano alguno, o habitante neutral de Cuba, tuviera que padecer como vencido. La lucha que se empeña para acabar una disensión, no ha de levantar otra. Por las

puertas que abramos los desterrados, por más libres mucho menos meritorios, entrarán con el alma radical de la patria nueva los cubanos que con la prolongada servidumbre sentirán más vivamente la necesidad de sustituir a un gobierno de preocupación y señorío, otro por donde corran, francas y generosas, todas las fuerzas del país. El cambio de mera forma no merecería el sacrificio a que nos aprestamos; ni bastaría una sola guerra para completar una revolución cuyo primer triunfo solo diese por resultado le mudanza de sitio de una autoridad injusta. Se habrá de defender, en la patria redimida, la política popular en que se acomoden por el mutuo reconocimiento, las entidades que el puntillo o el interés pudiera traer a choque; y ha de levantarse, en la tierra revuelta que nos lega un gobierno incapaz, un pueblo real y de métodos nuevos, donde la vida emancipada, sin amenazar derecho alguno, goce en paz de todos. Habrá de defenderse con prudencia y amor esta novedad victoriosa de los que en la revolución no vieran más que el poder de continuar rigiendo el país con el ánimo que censuraban en sus enemigos. Pero esta misma tendencia excesiva hacia lo pasado, tiene en las repúblicas igual derecho al respeto y a la representación que la tendencia excesiva al porvenir. Y la determinación de mantener la patria libre en condiciones en que el hombre pueda aspirar por su pleno ejercicio a la ventura, jamás se convertirá, mientras no nazcan cubanos hasta hoy desconocidos, o no ande la idea de guerra en manos diversas, en pelea de exclusión y desdén de aquellos con quienes en lo íntimo del alma tenemos ajustada, sin palabras, una gloriosa cita. La guerra se dispone fuera de Cuba, de manera que, por la misma amplitud que pudiera alarmar a los asustadizos, asegure la paz que les trastornaría una guerra incompleta. La guerra se prepara en el extranjero para la redención y beneficio de todos los cubanos. Crece la yerba espesa en los campos inútiles: cunden las ideas postizas entre los industriales impacientes; entra el pánico de la necesidad en los oficios desiertos del entendimiento, puesto hasta hoy principalmente en el estudio literario e improductivo de las civilizaciones extranjeras, y en la disputa de derechos casi siempre inmorales. La revolución cortará la yerba; reducirá a lo natural las ideas industriales postizas; abrirá a los entendimientos pordioseros empleos reales que aseguren, por la independencia de los hombres, la independencia de la patria. Revienta allí ya la gloria madura, y es la hora de dar la cuchillada.

Para todos será el beneficio de la revolución a que hayan contribuido todos, y por una ley que no está en mano de hombre evitar, los que se excluyan de la revolución, por arrogancia de señorío o por reparos

sociales, serán, en lo que no choque con el derecho humano, excluidos del honor e influjo de ella. El honor veda al hombre pedir su parte en el triunfo a que se niega a contribuir; y pervierte ya mucho noble corazón la creencia, justa a cierta luz, en la inutilidad del patriotismo. El patriotismo es censurable cuando se le invoca para impedir la amistad entre todos los hombres de buena fe del universo, que ven crecer el mal innecesario, y le procuran honradamente alivio. El patriotismo es un deber santo, cuando se lucha por poner la patria en condición de que vivan en ella más felices los hombres. Apenas ver insistir en sus propios derechos a quien se niega a luchar por el derecho ajeno. Apenas ver a hermanos de nuestro corazón negándose, por defender aspiraciones pecuniarias, a defender la aspiración primera de la dignidad. Apenas ver a los hombres reducirse, por el mote exclusivo de obreros, a una estrechez más dañosa que benigna; porque este aislamiento de los hombres de una ocupación, o de determinado círculo social, fuera de los acuerdos propios y juiciosos entre personas del mismo interés, provocan la agrupación y resistencia de los hombres de otras ocupaciones y otros círculos; y los turnos violentos en el mando, y la inquietud continua que en la misma república vendría de estas parcialidades, serían menos beneficiosos a sus hijos que un estado de pleno decoro en que, una vez guardados los útiles de la labor de cada día, solo se distinguiera un hombre de otro por el calor del corazón o por el fuego de la frente.

Para todos los cubanos, bien procedan del continente donde se calcina la piel, bien vengan de pueblos de una luz más mansa, será igualmente justa la revolución en que han caído, sin mirarse los colores, todos los cubanos. Si por igualdad social hubiera de entenderse, en el sistema democrático de igualdades, la desigualdad, injusta a todas luces, de forzar a una parte de la población, por ser de un color diferente de la otra, a prescindir en el trato de la población de otro color de los derechos de simpatía y conveniencia que ella misma ejercita, con aspereza a veces, entre sus propios miembros, la "igualdad social" sería injusta para quien la hubiese de sufrir, e indecorosa para los que quisiesen imponerla. Y mal conoce el alma fuerte del cubano de color, quien crea que un hombre culto y bueno, por ser negro, ha de entrometerse en la amistad de quienes, por negársela, demostrarían serle inferiores. Pero si igualdad social quiere decir el trato respetuoso y equitativo, sin limitaciones de estimación no justificada por limitaciones correspondientes de capacidad o de virtud, de los hombres, de un color o de otro, que pueden honrar y honran el

linaje humano, la igualdad social no es más que el reconocimiento de la equidad visible de la naturaleza.

Y como es ley que los hijos perdonen los errores de los padres, y que los amigos de la libertad abran su casa a cuantos la amen y respeten, no solo a los cubanos será beneficiosa la revolución en Cuba, y a los puertorriqueños la de Puerto Rico, sino a cuantos acaten sus designios y ahorren su sangre. No es el nacimiento en la tierra de España lo que abomina en el español el antillano oprimido; sino la ocupación agresiva e insolente del país donde amarga y atrofia la vida de sus propios hijos. Contra el mal padre es la guerra, no contra el buen padre; contra el esposo aventurero, no contra el esposo leal; contra el transeúnte arrogante e ingrato, no contra el trabajador liberal y agradecido. La guerra no es contra el español, sino contra la codicia e incapacidad de España. El hijo ha recibido en Cuba de su padre español el primer consejo de altivez e independencia: el padre se ha despojado de las insignias de su empleo en las armas para que sus hijos no se tuviesen que ver un día frente a él: un español ilustre murió por Cuba en el patíbulo: los españoles han muerto en la guerra al lado de los cubanos. Los españoles que aborrecen el país de sus hijos, serán extirpados por la guerra que han hecho necesaria. Los españoles que aman a sus hijos, y prefieren las víctimas de la libertad a sus verdugos, vivirán seguros en la república que ayuden a fundar. La guerra no ha de ser para el exterminio de los hombres buenos, sino para el triunfo necesario sobre los que se oponen a su dicha.

Es el hijo de las Antillas, por favor patente de su naturaleza, hombre en quien la moderación del juicio iguala a la pasión por la libertad; y hoy que sale el país, con el mismo desorden con que salió hace veinticuatro años, de una política de paz inútil que solo ha sido popular cuando se ha acercado a la guerra, y no ha llevado la unión de los elemento allegables más lejos al menos de donde estuvieron hace veinticuatro años, álzanse a la vez a remediar el desorden, con prudencia de estadistas y fuego apostólico, los hijos vigilantes que han empleado la tregua en desentrañar y remediar las causas accidentales de la tristísima derrota, y en juntar a sus elementos aún útiles las fuerzas nacientes, a fin de que no caiga la mano enemiga, perita en la persecución, sobre los que sin esta levadura de realidad pudieran volver al desconcierto e inexperiencia por donde vino a desangrarse y morir la robusta gloria de la guerra pasada. Se encienden los fuegos, y vuelve a cundir la voz; en el mismo bogar tímido, cansado de la miseria, restalla la amenaza; va en silencio la juventud a venerar la sepultura de los héroes:

y el clarín resuena a la vez en las asambleas de los emigrados y en las de los colonos. Nace este periódico, a la hora del peligro, para velar por la libertad, para contribuir a que sus fuerzas sean invencibles por la unión, y para evitar que el enemigo nos vuelva a vencer por nuestro desorden.

Patria, Nueva York, 14 de marzo de 1892.

“Mi raza”

Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre: peca por redundante el blanco que dice: “mi raza”; peca por redundante el negro que dice: “mi raza”. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad. ¿A qué blanco sensato le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco, que se envanece de serlo, y cree que tiene derechos especiales por serlo? ¿Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color? Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública, y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común. Si se dice que en el negro no hay culpa aborigen, ni virus que lo inhabilite para desenvolver toda su alma de hombre, se dice la verdad, y ha de decirse y demostrarse, porque la injusticia de este mundo es mucha, y la ignorancia de los mismos que pasa por sabiduría, y aún hay quien crea de buena fe al negro incapaz de inteligencia y corazón del blanco; y si a esa defensa de la naturaleza se la llama racismo, no importa que se le llame así, porque no es más que decoro natural, y voz que clama del pecho del hombre por la paz y la vida del país. Si se alega que la condición de esclavitud no acusa inferioridad en la raza esclava, puesto que los galos blancos, de ojos azules y cabellos de oro, se vendieron como siervos, con la argolla al cuello, en los mercados de Roma; eso es racismo bueno, porque es pura justicia y ayuda a quitar prejuicios al blanco ignorante. Pero ahí acaba el racismo justo, que es el derecho del negro a mantener y probar que su color no lo priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana.

El racista blanco, que le cree a su raza derechos superiores, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista negro, que le vea también especialidad a su raza? El racista negro, que ve en la raza un carácter especial, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista blanco? El hombre blanco que, por razón

de su raza, se cree superior al hombre negro, admite la idea de la raza, y autoriza y provoca al racista negro. El hombre negro que proclama su raza, cuando lo que acaso proclama únicamente en esta forma errónea es la identidad espiritual de todas las razas, autoriza y provoca al racista blanco. La paz pide los derechos comunes de la naturaleza: los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz. El blanco que se aísla, aísla al negro. El negro que se aísla, provoca a aislarse al blanco.

En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco, hubo siempre un negro. Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres. Los partidos políticos son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres. Lo semejante esencial se busca y halla, por sobre las diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos se funde en los partidos, aunque en lo incidental, o en lo postergable al móvil común, difieran. Pero en suma, la semejanza de los caracteres, superior como factor de unión a las relaciones internas de un color de hombres graduado, y en sus grados a veces opuesto, decide e impera en la formación de los partidos. La afinidad de los caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad del color. Los negros, distribuidos en las especialidades diversas u hostiles del espíritu humano, jamás se podrán ligar, ni desearán ligarse, contra el blanco, distribuido en las mismas especialidades. Los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color. Los hombres de pompa e interés se irán de un lado, blancos o negros; y los hombres generosos y desinteresados, se irán de otro. Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura por el gusto del mérito, y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco. La palabra racista caerá de los labios de los negros que la usan hoy de buena fe, cuando entiendan que ella es el único argumento de apariencia válida, y de validez en hombres sinceros y asustadizos, para negar al negro la plenitud de sus derechos de hombre. De racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro. Muchos blancos se han olvidado ya de su color; y muchos negros. Juntos

trabajan, blancos y negros, por el cultivo de la mente, por la propagación de la virtud, por el triunfo del trabajo creador y de la caridad sublime.

En Cuba no habrá nunca guerras de raza. La República no se puede volver atrás; y la República, desde el día único de redención del negro en Cuba, desde la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros. Los desechos públicos, concedidos ya de pura astucia por el Gobierno español E iniciados en las costumbres antes de la independencia de la Isla, no podrán ya ser negados, ni por el español que los mantendrá mientras aliente en Cuba, para seguir dividiendo al cubano negro del cubano blanco, ni por la independencia, que no podría negar en la libertad los derechos que el español reconoció en la servidumbre.

Y en lo demás, cada cual será libre en lo sagrado de la casa. El mérito, la prueba patente y continua de cultura, y el comercio inexorable acabarán de unir a los hombres. En Cuba hay mucha grandeza, en negros y blancos.

Patria, Nueva York, 16 de abril de 1893.

El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América

Por el voto individual y directo de todos sus miembros entra, con sus funcionarios electos, en su tercer año de labor la empresa, americana por su alcance y espíritu, de fomentar con orden y auxiliar con todos sus elementos reales—por formas que con el desembarazo de la energía ejecutiva combinan la plenitud de la libertad individual—la revolución de Cuba y Puerto Rico para su independencia absoluta. Bello es, en el desorden consiguiente a una larga e infortunada emigración, ver unirse en una obra voluntaria y disciplinada de pensamiento activo a los hombres, de todas condiciones y grados de fortuna, de la guerra y del destierro, de los países lejanos y del Norte triunfante sobre la desidia y desaliento que le vienen del continuo trato con la infelicidad de Cuba: y todos, de Jamaica a Chicago, reiterar a su patria, con su confirmación libre del partido de la independencia, la promesa de preparar por ella en el destierro la redención que ella no puede preparar en el miedo, el desmayo y la pasión de su esclavitud. Bello es ver confundirse en el ejercicio de un santo derecho a los elementos diversos de un pueblo del que sus propios hijos, por ignorancia o soberbia, a veces injustamente desconfían; y levantar, ante los corazones caídos, esta prueba de la eficacia del trabajo constante y del trato justiciero en las almas que deja inseguras y torvas la parricida tiranía. Pero sería complacencia vana la de ese espectáculo indudablemente hermoso, y funesta fatiga la de ordenar un entusiasmo ciego y temible, si no fuesen raíz y poder del organismo revolucionario el conocimiento sereno de la realidad de la patria, en cuanto tiene de vicio y de virtud, y la disposición sensata a acomodar las formas del pueblo naciente a los estados graduales, y la verdad actual y local, de la libertad que trabaja y triunfa. Bella es la acción unida del Partido Revolucionario Cubano, por la dignidad, jamás lastimada con intrigas ni lisonjas ni súplicas, de los miembros que lo componen y las autoridades que se han dado, —por la equidad de sus propósitos confesos, que no ven la dicha del país en el predominio de una

clase sobre otra en un país nuevo, sin el veneno y rebajamiento Voluntario que va en la idea de clases, sino en el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre, que solo pueden mermarse con la desidia o exceso de los que los ejerciten, —y por la oportunidad, ya a punto de perderse, con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo.

A su pueblo se ha de ajustar todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país de modo que, sin indebido favor a la impaciencia de los unos ni negación culpable de la necesidad del orden en las sociedades—solo seguro con la abundancia del derecho—vivan sin choque, y en libertad de aspirar o de resistir, en la paz continua del derecho reconocido, los elementos varios que en la patria tienen título igual a la representación y la felicidad. Un pueblo no es la voluntad de un hombre solo, por pura que ella sea, ni el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal candoroso de un espíritu celeste, ciego graduado de la universidad bamboleante de las nubes. De odio y de amor, y de más odio que amor, están hechos los pueblos; solo que el amor, como sol que es, todo lo abrasa y funde; y lo que por siglos enteros con la codicia y el privilegio acumulando, de una sacudida lo echa abajo, con su séquito natural de almas oprimidas, la indignación de un alma piadosa. Con esas dos fuerzas: el amor expansivo y el odio represor—cuyas formas públicas son el interés y el privilegio—se van edificando las nacionalidades. La piedad hacia los infortunados, hacia los ignorantes y desposeídos, no puede ir tan lejos que encabece o fomente sus errores. El reconocimiento de las fuerzas sordas y malignas de la sociedad, que con el nombre de orden encubren la rabia de ver erguirse a los que ayer tuvieron a sus pies, no puede ir hasta juntar manos con la soberbia impotente, para provocar la ira segura de la libertad poderosa, Un pueblo es composición de muchas voluntades, viles o puras, francas o torvas, impedidas por la timidez o precipitadas por la ignorancia. Hay que deponer mucho, que atar mucho, que sacrificar mucho, que apearse de la fantasía, que echar pie a tierra con la patria revuelta, alzando por el cuello a los pecadores, vista el pecado paño o Rusia: hay que sacar de lo profundo las virtudes, sin caer en el error de desconocerlas porque vengan en ropaje humilde, ni de negarlas porque se acompañen de la riqueza y la cultura. El peligro de nuestra sociedad estaría

en conceder demasiado al empedernido espíritu colonial, que quedará hoceando en las raíces mismas de la república, como si el gobierno de la patria fuese propiedad natural de los que menos sacrifican por servirla, y más cerca están de ofrecerla al extranjero, de comprometer con la entrega de Cuba a un interés hostil y desdenoso, la independencia de las naciones americanas:—y otro peligro social pudiera haber en Cuba: adular, cobarde, los rencores y confusiones que en las almas heridas o menesterosas deja la colonia arrogante tras sí, y levantar un poder infame sobre el odio o desprecio de la sociedad democrática naciente a los que en uso de su sagrada libertad, la desamen o se le opongan. A quien merme un derecho, córtesele la mano, bien sea el soberbio quien se lo inermé al inculto, bien sea el inculto quien se lo merme al soberbio. Pero esa labor será en Cuba menos peligrosa, por la fusión de los factores adversos del país en la guerra saneadora; por la dignidad que en las amistades de la muerte adquirió el liberto ante su señor de ayer; por la peculiar levadura social que, aparte de la obra natural del país, llevarán a la república las masas de campesinos y esclavos emigrados, que, a mano con doctores y ricos de otros días y próceres de la revolución, lían vivido, tras veinticinco años de trabajar y de leer, y de hablar y oír hablar, como en ejercicio continuo y consciente de la capacidad del hombre en la república. Y mientras una porción reacia e ineficaz, la porción menos eficaz, del señorío cubano antiguo, se acorrala, injusta y repulsiva, contra este pueblo nuevo de cultura y virtud, de mentes libres y manos creadoras, otra porción del señorío cubano, mucho más poderosa que aquélla, ha vivido dentro de la masa revuelta, ha conocido y guiado su capacidad, ha trabajado mano a mano con ella, se ha hecho amar de la masa, y es amado: ¡y hoy rodaría por tierra, mente a mente, mucho menguado leguleyo que le negase la palabra superior a mucho hijo de esta alma-madre del trabajo y la naturaleza! En Cuba no hay duelo entre un señorío desdentado y napolitano y el país, de suyo tan moderado como desigual, en que, con la pura esperanza de la libertad suficiente, se reúnen por el respeto del esfuerzo común, los hombres del campo y de la esclavitud y del oficio pobre, conscientes ya de sus derechos y del riesgo de exagerarlos, con todo lo que hay de útil y viril, de fundador y de piadoso, en el antiguo señorío cubano. Del alma cubana arranca, decisivo, el deseo puro de entrar en una vida justa, y de trabajo útil, sobre la tierra saneada con sus muertos, amparada por las sombras de sus héroes, regada con los caudales de su llanto. La esperanza de una vida cordial y decorosa anima hoy por igual a los prudentes del señorío de ayer, que ven peligro

en el privilegio inmerecido de los hombres nulos,—y a los cubanos de humilde estirpe, que en la creación de sí propios se han descubierto una invencible nobleza. Nada espera el pueblo cubano de la revolución que la revolución no pueda darle. Si desde la sombra entrase en ligas, con los humildes o con los soberbios, sería criminal la revolución, e indigna de que muriésemos por ella. Franca y posible, la revolución tiene hoy la fuerza de todos los hombres previsores, del señorío útil y de la masa cultivada, de generales y abogados, de tabaqueros y guajiros, de médicos y comerciantes, de amos y de libertos. Triunfará con esa alma, y perecerá sin ella. Esa esperanza, justa y serena, es el alma de la revolución. Con equidad para todos los derechos, con piedad para todas las ofensas, con vigilancia contra todas las zapas, con fidelidad al alma rebelde y esperanzada que la inspira, la revolución no tiene enemigos, porque España no tiene más poder que el que le dan, con la duda que quieren llevar a los espíritus, con la adulación ofensiva e insolente a las preocupaciones que suponen o halagan en nuestros hombres de desinterés y grandeza, los que, so capa de amar la independencia de su país, aborrecen a cuantos la intentan, y procuran, para cuando no la puedan evitar, ponerse de cabeza, dañina y estéril, de los sacrificios que ni respetan ni comparten. Para andar por un terreno, lo primero es conocerlo. Conocemos el terreno en que andamos. Nos sacarán a salvo por él la lealtad a la patria que en nosotros ha puesto su esperanza de libertad y de orden,—y la indulgencia vigilante, para los que han demostrado ser incapaces de dar a la rebelión de su patria energía y orden. Sea nuestro lema: libertad sin ira.

Nulo sería, además, el espectáculo de nuestra unión, la junta de voluntades libres del Partido Revolucionario Cubano, si, aunque entendiese los problemas internos del país, y lo llagado de él y el modo con que se le cura, no se diera cuenta de la misión, aún mayor, a que lo obliga la época en que nace y su posición en el crucero universal. Cuba y Puerto Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos. Es necesario tener el valor de la grandeza: y estar a sus deberes. De frailes que le niegan a Colón la posibilidad de descubrir el paso nuevo está lleno el mundo, repleto de frailes. Lo que importa no es sentarse con los frailes, sino embarcarse en las carabelas con Colón. Y ya se sabe del que salió con la banderuca a avisar que le tuviesen miedo a la locomotora,—que la locomotora llegó, y el de la banderuca se quedó resoplando por el camino: o hecho pulpa, si se le puso en frente. Hay que

prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante.—No son meramente dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar e luz, sino a salvarlas y servir las de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo. En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.—No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son solo dos alas las que vamos a libertar. ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición! Sabremos hacer escalera hasta la altura con la inmundicia de la vida. Con la mirada en lo alto, amasaremos, a sangre sana, a nuestra propia sangre, esta vida de los pueblos, hecha de la gloria de la virtud, de la rabia de los privilegios caídos, del exceso de las aspiraciones justas. La responsabilidad del fin dará asiento al pueblo cubano para recabar la libertad sin odio, y dirigir sus ímpetus con la moderación.

Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos. Ella, la santa patria, impone singular reflexión; y su servicio, en hora tan gloriosa y difícil, llena de dignidad y majestad. Este deber insigne, con fuerza de corazón nos fortalece, como perenne astro nos guía, y como luz de permanente aviso saldrá de nuestras tumbas. Con reverencia singular se ha de poner mano en problema de tanto alcance, y honor tanto. Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es solo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes, adelante! Esta es tarea de grandes.

Patria, Nueva York, 17 de abril de 1894.

La verdad sobre los Estados Unidos

Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos. Ni se debe exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se ha de esconder sus faltas, o pregonarlas como virtudes. No hay razas: no hay más que modificaciones diversas del hombre, en los detalles de hábito y formas que no les cambian lo idéntico y esencial, según las condiciones de clima e historia en que viva. Es de hombres de prólogo y superficie,—que no hayan hundido los brazos en las entrañas humanas, que no vean desde la altura imparcial hervir en igual horno las naciones, que en el huevo y tejido de todas ellas no hallen el mismo permanente duelo del desinterés constructor y el odio inicuo,—el entretenimiento de hallar variedad sustancial entre el egoísta sajón y el egoísta latino, el sajón generoso o el latino generoso, el latino burómano o el burómano sajón: de virtudes y defectos son capaces por igual latinos y sajones. Lo que varía es la consecuencia peculiar de la distinta agrupación histórica: en un pueblo de ingleses, y holandeses y alemanes afines, cualesquiera que sean los disturbios, mortales tal vez, que le acarree el divorcio original del señorío y la llaneza que a un tiempo lo fundaron, y la hostilidad inevitable, y en la especie humana indígena, de la codicia y vanidad que crean las aristocracias contra el derecho y la abnegación que se les revelan, no puede producirse la confusión de hábitos políticos, y la revuelta hornalla, de los pueblos en que la necesidad del conquistador dejó viva la población natural, espantada y diversa, a que aún cierra el paso con parricida ceguera la casta privilegiada que engendró en ella el europeo. Una nación de mocetones del Norte, hechos de siglos atrás al mar y a la nieve, y a la hombría favorecida por la perenne defensa de las libertades locales, no puede ser como una isla del trópico, fácil y sonriente, donde trabajan por su ajuste, bajo un gobierno que es como piratería política, la excrecencia famélica de un pueblo europeo, soldadesco y retrasado, los descendientes de esta tribu áspera e inculta, divididos por el odio de la docilidad acomodaticia a la virtud rebelde, y los africanos pujantes y sencillos, o envilecidos y rencorosos, que de una espantable esclavitud y una

sublime guerra han entrado a la conciudadanía con los que los compraron y los vendieron, y, gracias a los muertos de la guerra sublime, saludan hoy como a igual al que hacían ayer bailar a latigazos. En lo que se ha de ver si sajones y latinos son distintos, y en lo que únicamente se les puede comparar, es en aquello en que se les hayan rodeado condiciones comunes: y es un hecho que en los Estados del Sur de la Unión Americana, donde hubo esclavos negros, el carácter dominante es tan soberbio, tan perezoso, tan inclemente, tan desvalido, como pudiera ser, en consecuencia de la esclavitud, el de los hijos de Cuba. Es de supina ignorancia, y de ligereza infantil y punible, hablar de los Estados Unidos, y de las conquistas reales o aparentes de una comarca suya o grupo de ellas, como de una nación total e igual, de libertad unánime y de conquistas definitivas: semejantes Estados Unidos son una ilusión, o una superchería. De las covachas de Dakota, y la nación que por allá va alzándose, bárbara y viril, hay todo un mundo a las ciudades del Este, arrellanadas, privilegiadas, encastadas, sensuales, injustas. Hay un mundo, con sus casas de cantería y libertad señorial, del Norte de Schenectady a la estación zancuda y lúgubre del Sur de Petersburg,—del pueblo limpio e interesado del Norte, a la tienda de holgazanes, sentados en el coro de barriles, de los pueblos coléricos, paupérrimos, descascarados, agrios, grises, del Sur. Lo que ha de observar el hombre honrado es, precisamente, que no solo no han podido fundirse, en tres siglos de vida común, o uno de ocupación política, los elementos de origen y tendencia diversos con que se crearon los Estados Unidos, sino que la comunidad forzosa exacerba y acentúa sus diferencias primarias, y convierte la federación innatural en un estado, áspero, de violenta conquista. Es de gente menor, y de la envidia incapaz y roedora, el picar puntos a la grandeza patente, y negarla en redondo, por uno u otro lunar, o empinársele de agorero, como quien quita una mota al sol. Pero no augura, sino certifica, el que observa cómo en los Estados Unidos, en vez de apretarse las causas de unión, se aflojan; en vez de resolverse los problemas de la humanidad, se reproducen; en vez de amalgamarse en la política nacional las localidades, la dividen y la enconan; en vez de robustecerse la democracia, y salvarse del odio y miseria de las monarquías, se corrompe y aminora la democracia, y renacen, amenazantes, el odio y la miseria. Y no cumple con su deber quien lo calla, sino quien lo dice. Ni con el deber de hombre cumple, de conocer la verdad y esparcirla; ni con el deber de buen americano, que solo ve seguras la gloria y la paz del continente en el desarrollo franco y libre de sus distintas entidades naturales;

ni con su deber de hijo de nuestra América, para que por ignorancia, o deslumbramiento, o impaciencia, no caigan los pueblos de casta española, al consejo de la toga remilgada y el interés asustadizo, en la servidumbre inmoral y enervante de una civilización dañada y ajena. Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos.

Lo malo se ha de aborrecer, aunque sea nuestro;—y aun cuando no lo sea. Lo bueno no se ha de desamar, solo porque no sea nuestro. Pero es aspiración irracional y nula, cobarde aspiración de gente segundona e ineficaz, la de llegar a la firmeza de un pueblo extraño por vías distintas de las que llevaron a la seguridad y al orden al pueblo envidiado:—por el esfuerzo propio, y por la adaptación de la libertad humana a las formas requeridas por la constitución peculiar del país. En unos es el excesivo amor al Norte la expresión, explicable e imprudente, de un deseo de progreso tan vivaz y fogoso que no ve que las ideas, como los árboles, han de venir de larga raíz, y ser de suelo afín, para que prendan y prosperen, y que al recién nacido no se le da la razón de la madurez porque se le cuelguen al rostro blando los bigotes y patillas de la edad mayor: monstruos se crean así, y no pueblos: hay que vivir de sí, y sudar la calentura. En otros, la yanquimanía es inocente fruto de uno u otro saltito de placer, como quien juzga de las entrañas de una casa, y de las almas que en ella rugen o fallecen, por la sonrisa y lujo del salón de recibir, o por la champaña y el clavel de la mesa del convite:—padézcase; carézcase; trabájese; ámese, y en vano; estúdiase, con el valor y libertad de sí; vélese, con los pobres; llórese, con los miserables; ódiase, la brutalidad de la riqueza; vívase, en el palacio y en la ciudadela, en el salón de la escuela y en sus zaguanes, en el palco del teatro, de jaspes y oro, y en los bastidores, fríos y desnudos: y así se podrá opinar, con asomos de razón, sobre la república autoritaria y codiciosa, y la sensualidad creciente, de los Estados Unidos. En otros, póstumos enclenques del dandismo literario del Segundo Imperio, o escépticos postizos bajo cuya máscara de indiferencia suele latir un corazón de oro, la moda es el desdén,—y más, de lo nativo; y no les parece que haya elegancia mayor que la de beberle al extranjero los pantalones y las ideas, e ir por el mundo erguidos, como en el faldero acariciado el pompón de la cola. En otros es como sutil aristocracia, con la que, amando en público lo rubio como propio y natural, intentan encubrir el origen que tienen por mestizo y humilde, sin ver que fue siempre entre hombres señal de bastardía el andar tildando de ella a los demás, y no hay denuncia más segura del pecado de una mujer que el alardear de desprecio a

las pecadoras. Sea la causa cualquiera,—impaciencia de la libertad o miedo de ella, pereza moral o aristocracia risible, idealismo político o ingenuidad recién llegada,—es cierto que conviene, y aun urge, poner delante de nuestra América la verdad toda americana, de lo sajón como de lo latino, a fin de que la fe excesiva en la virtud ajena no nos debilite, en nuestra época de fundación, con la desconfianza inmotivada y funesta de lo propio. En una sola guerra, en la de Secesión, que fue más para disputarse entre Norte y Sur el predominio en la república que para abolir la esclavitud, perdieron los Estados Unidos, hijos de la práctica republicana de tres siglos en un país de elementos menos hostiles que otro alguno, más hombres que los que en tiempo igual, y con igual número de habitantes, han perdido juntas todas las repúblicas españolas de América, en la obra naturalmente lenta, y de México a Chile vencedora, de poner a flor del mundo nuevo, sin más empuje que el apostolado retórico de una gloriosa minoría y el instinto popular, los pueblos remotos, de núcleos distantes y de razas adversas, donde dejó el mando de España toda la rabia e hipocresía de la teocracia, y la desidia y el recelo de una prolongada servidumbre. Y es de justicia, y de legítima ciencia social, reconocer que, en relación con las facilidades del uno y los obstáculos del otro, el carácter norteamericano ha descendido desde la independencia, y es hoy menos humano y viril, mientras que el hispanoamericano, a todas luces, es superior hoy, a pesar de sus confusiones y fatigas, a lo que era cuando empezó a surgir de la masa revuelta de clérigos logreros, imperitos ideólogos, e ignorantes o silvestres indios.—Y para ayudar al conocimiento de la realidad política de América, y acompañar o corregir, con la fuerza serena del hecho, el encomio inconsulto,—y, en lo excesivo, pernicioso—de la vida política y el carácter norteamericanos, *Patria* inaugura, en el número de hoy, una sección permanente de «Apuntes sobre los Estados Unidos», donde, estrictamente traducidos de los primeros diarios del país, y sin comentario ni mudanza de la redacción, se publiquen aquellos sucesos por donde se revelen, no el crimen o la falta accidental—y en todos los pueblos posibles—en que solo el espíritu mezquino halla cebo y contento, sino aquellas calidades de constitución que, por su constancia y autoridad, demuestran las dos verdades útiles a nuestra América:—el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos—y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos.

Patria, Nueva York, 23 de marzo de 1894.

A Manuel Mercado

Campamento de Dos Ríos. 18 de mayo de 1895

Sr. Manuel Mercado

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir; ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía, y orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos,—como ese de Vd. y mío,—más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal q. los desprecia,—les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio que se hace en bien inmediato y de ellos. Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas;—y mi honda es la de David. Ahora mismo, pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, q. me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le piden sin fe la autonomía de Cuba, contenta solo de que haya un amo, yankee o español, que les mantenga, o les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora,

del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y negros. ¿Y de más me habla el corresponsal del *Herald*, Eugenio Bryson:—de un sindicato *yankee*,—que no será,—con garantía de las Aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que dé asidero a los del Norte,—incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra del gobierno. Y de más me habló Bryson,—aunque la certeza de la conversación que me refería solo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la revolución,—el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español,—y la incapacidad de España para allegar, en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior solo sacó de Cuba.—Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender este q. sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los E. Unidos a rendir la Isla a los cubanos.—Y aún me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual presidente desaparezca, a la presidencia de México. Por acá, yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas a que solo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarían de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.—Y México—¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará,—o yo se lo hallaré. Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; por estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodados. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el general Máximo Gómez y cuatro más, en un bote, en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi

rifle,—alzamos gente a nuestro paso; siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes solo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar, conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas q. antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana,—la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas: y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, solo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad.—Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que solo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce, y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece. Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto q. le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es este y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad,⁶

6 Aquí se interrumpe el manuscrito.



De Ismaelillo

Mi reyecillo

Los persas tienen
Un rey sombrío;
Los hunos foscos
Un rey altivo;
Un rey ameno
Tienen los íberos;
Rey tiene el hombre,
Rey amarillo:
¡Mal van los hombres
Con su dominio!
Mas yo vasallo
De otro rey vivo,—
Un rey desnudo,
Blanco y rollizo:
Su cetro— ¡un beso!
Mi premio— ¡un mimo!
Oh! cual los áureos
Reyes divinos
De tierras muertas,
De pueblos idos
—¡Cuando te vayas,
Llévame, hijo!—
Toca en mi frente
Tu cetro omnímodo;
Úngeme siervo,

Siervo sumiso:
¡No he de cansarme
De verme ungado!
¡Lealtad te juro,
Mi reyecillo!
Sea mi espalda
Pavés de mi hijo:
Pasa en mis hombros
El mar sombrío:
Muera al ponerte
En tierra vivo:—
Mas si amar piensas
El amarillo
Rey de los hombres,
¡Muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo!

Tábanos fieros

Venid, tábanos fieros,
Venid, chacales,
Y muevan trompa y diente
Y en horda ataquen,
Y cual tigre a bisonte
Sítienme y salten!
Por aquí, verde envidia!
Tú, bella carne,
En los dos labios muérdeme:
Sécame: máncame!
Por acá, los vendados
Celos voraces!
Y tú, moneda de oro,
Por todas partes!
De virtud mercaderes,
Mercadeadme!
Mató el Gozo a la Honra:
Venga a mí,—y mate!

Cada cual con sus armas
Surja y batalle:
El placer, con su copa;
Con sus amables
Manos, en mirra untadas,
La virgen ágil;
Con su espada de plata
El diablo bátame:—
La espada cegadora
No ha de cegarme!

Asorde la caterva
De batallantes:
Brillen cascos plumados
Como brillasen
Sobre montes de oro
Nieves radiantes:

Como gotas de lluvia
Las nubes lancen
Muchedumbre de aceros
Y de estandartes:
Parezca que la tierra,
Rota en el trance,
Cubrió su dorso verde
De áureos gigantes:
Lidiemos, no a la lumbre
Del sol suave,
Sino al funesto brillo
De los cortantes
Hierros: rojos relámpagos
La niebla tajen:
Sacudan sus raíces
Libres los árboles:
Sus faldas trueque el monte
En alas ágiles:
Clamor óigase, como
Si en un instante
Mismo, las almas todas
Volando ex-cárceres,
Rodar a sus pies vieran
Su hopa de carnes:
Cíñame recia veste
De amenazantes
Astas agudas: hilos
Tenues de sangre
Por mi piel rueden leves
Cual rojos áspides:
Su diente en lodo afilen
Pardos chacales:
Lime el tábano terco
Su aspa volante:
Muérdame en los dos labios
La bella carne:—
Que ya vienen, ya vienen
Mis talismanes!

Como nubes vinieron
Esos gigantes:
¡Ligeros como nubes
Volando iranse!

La desdentada envidia
Irá, secas las fauces,
Hambrienta, por desiertos
Y calcinados valles,
Royéndose las mondas
Escuálidas falanges;
Vestido irá de oro
El diablo formidable,
En el cansado puño
Quebrada la tajante;
Vistiendo con sus lágrimas
Irá, y con voces grandes
De duelo, la Hermosura
Su inútil arraje:—
Y yo en el agua fresca
De algún arroyo amable
Bañaré sonriendo
Mis hilillos de sangre.

Ya miro en polvareda
Radiosa evaporarse
Aquellas escamadas
Corazas centellantes:
Las alas de los cascos
Agítanse, debátense,
Y el casco de oro en fuga
Se pierde por los aires.
Tras misterioso viento
Sobre la hierba arrástranse,
Cual sierpes de colores,
Las flámulas ondeantes.
Junta la tierra súbito
Sus grietas colosales

Y echa su dorso verde
Por sobre los gigantes:
Corren como que vuelan
Tábanos y chacales,
Y queda el campo lleno
De un humillo fragante,
De la derrota ciega
Los gritos espantables
Escúchanse, que evocan
Callados capitanes;
Y mésase soberbia
El áspero crinaje,
Y como muere un buitre
Expira sobre el valle!
En tanto, yo a la orilla
De un fresco arroyo amable,
Restaño sonriendo
Mis hilillos de sangre.

No temo yo ni curo
De ejércitos pujantes,
Ni tentaciones sordas,
Ni vírgenes voraces!
Él vuela en torno mío,
Él gira, él para, él bate;
Aquí su escudo opone;
Allí su clava blande;
A diestra y a siniestra
Mandobla, quiebra, esparce:
Recibe en su escudillo
Lluvia de dardos hábiles;
Sacúdelos al suelo,
Bríndalo a nuevo ataque.
¡Ya vuelan, ya se vuelan
Tábanos y gigantes!—
Escúchase el chasquido
De hierros que se parten;
Al aire chispas fúlgidas

Suben en rubios haces;
Alfómbrese la tierra
De dagas y montantes:
¡Ya vuelan, ya se esconden
Tábanos y chacales!—
Él como abeja zumba,
Él rompe y mueve el aire,
Detiéndose, ondea, deja
Rumor de alas de ave:
Ya mis cabellos roza;
Ya sobre mi hombro párase;
Ya a mi costado cruza;
Ya en mi regazo lánzase;
¡Ya la enemiga tropa
Huye, rota y cobarde!
¡Hijos, escudos fuertes,
De los cansados padres!
¡Venga mi caballero,
Caballero del aire!
¡Véngase mi desnudo
Guerrero de alas de ave,
Y echemos por la vía
Que va a ese arroyo amable,
Y con sus aguas frescas
Bañe mi hilo de sangre!
Caballeruelo mío!
Batallador volante!

De Versos sencillos

Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy:
Arte soy entre las artes,
En los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
De las yerbas y las flores,
Y de mortales engaños,
Y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura
Llover sobre mi cabeza
Los rayos de lumbre pura
De la divina belleza.

Alas nacer vi en los hombros
De las mujeres hermosas:
Y salir de los escombros,
Volando las mariposas.

He visto vivir a un hombre
Con el puñal al costado,
Sin decir jamás el nombre
De aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,
Dos veces vi el alma, dos:

Cuando murió el pobre viejo,
Cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez,— en la reja,
A la entrada de la viña,—
Cuando la bárbara abeja
Picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte
Que gocé cual nunca:—cuando
La sentencia de mi muerte
Leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través
De las tierras y la mar,
Y no es un suspiro,—es
Que mi hijo va a despertar.

Si dicen que del joyero
Tome la joya mejor,
Tomo a un amigo sincero
Y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida
Volar al azul sereno,
Y morir en su guarida
La víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo
Cede, lívido, al descanso,
Sobre el silencio profundo
Murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,
De horror y júbilo yerta,
Sobre la estrella apagada
Que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo
La pena que me lo hiere:
El hijo de un pueblo esclavo
Vive por él, calla, y muere.

Todo es hermoso y constante,
Todo es música y razón,
Y todo, como el diamante,
Antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra
Con gran lujo y con gran llanto,—
Y que no hay fruta en la tierra
Como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito
La pompa del rimador:
Cuelgo de un árbol marchito
Mi muceta de doctor.

III

Odio la máscara y vicio
Del corredor de mi hotel:
Me vuelvo al manso bullicio
De mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.

Denle al vano el oro tierno
Que arde y brilla en el crisol:
A mí denme el bosque eterno
Cuando rompe en él el sol.

Yo he visto el oro hecho tierra
Barbullendo en la redoma:
Prefiero estar en la sierra
Cuando vuela una paloma.

Busca el obispo de España
Pilares para su altar;
¡En mi templo, en la montaña,
El álamo es el pilar!

Y la alfombra es puro helecho,
Y los muros abedul,
Y la luz viene del techo,
Del techo de cielo azul.

El obispo, por la noche,
Sale, despacio, a cantar:
Monta, callado, en su coche,
Que es la piña de un pinar.

Las jacas de su carroza
Son dos pájaros azules:

Y canta el aire y retoza,
Y cantan los abedules.

Duermo en mi cama de roca
Mi sueño dulce y profundo:
Roza una abeja mi boca
Y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras
Al fuego de la mañana,
Que tiñe las colgaduras
De rosa, violeta y grana.

El clarín, solo en el monte,
Canta al primer arbol:
La gasa del horizonte
Prende, de un aliento, el sol.

¡Díganle al obispo ciego,
Al viejo obispo de España
Que venga, que venga luego,
A mi templo, a la montaña!

V

Si ves un monte de espumas,
Es mi verso lo que ves:
Mi verso es un monte, y es
Un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
Que por el puño echa flor:
Mi verso es un surtidor
Que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
Y de un carmín encendido:
Mi verso es un ciervo herido
Que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
Mi verso, breve y sincero,
Es del vigor del acero
Con que se funde la espada.

XVII

Es rubia: el cabello suelto
Da más luz al ojo moro:
Voy, desde entonces, envuelto
En un torbellino de oro.

La abeja estival que zumba
Más ágil por la flor nueva,
No dice, como antes, “tumba”:
“Eva” dice: todo es “Eva”.

Bajo, en lo oscuro, al temido
Raudal de la catarata:
¡Y brilla el iris, tendido
Sobre las hojas de plata!

Miro, ceñudo, la agreste
Pompa del monte irritado:
¡Y en el alma azul celeste
Brotó un jacinto rosado!

Voy, por el bosque, a paseo
A la laguna vecina:
Y entre las ramas la veo,
Y por el agua camina.

La serpiente del jardín
Silba, escupe, y se resbala
Por su agujero: el clarín
Me tiende, trinando, el ala.

¡Arpa soy, salterio soy
Donde vibra el Universo:
Vengo del sol, y al sol voy:
Soy el amor: soy el verso!

XXIII

Yo quiero salir del mundo
Por la puerta natural:
En un carro de hojas verdes
A morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro
A morir como un traidor:
¡Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al sol!

XXVIII

Por la tumba del cortijo
Donde está el padre enterrado,
Pasa el hijo, de soldado
Del invasor: pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,
Envuelto en su pabellón
Álzase: y de un bofetón
Lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce: zumba
El viento por el cortijo:
El padre recoge al hijo,
Y se lo lleva a la tumba.

XXX

El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba
Los almacigos copudos;
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
Los barracones henchidos:
Una madre con su cría
Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
Salió el sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto,
Colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vio: tembló
De pasión por los que gimen:
Y, al pie del muerto, juró
Lavar con su vida el crimen!

XXXIV

¡Penas! ¿Quién osa decir
Que tengo yo penas? Luego,
Después del rayo, y del fuego,
Tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
Entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
Es la gran pena del mundo!

Hay montes, y hay que subir
Los montes altos; ¡después
Veremos, alma, quién es
Quien te me ha puesto al morir!

XXXIX

Cultivo una rosa blanca,
En julio como en enero,
Para el amigo sincero
Que me da su mano franca.
Y para el cruel que me arranca
El corazón con que vivo,
Cardo ni oruga cultivo:
Cultivo la rosa blanca.

XLIV

Tiene el leopardo un abrigo
En su monte seco y pardo:
Yo tengo más que el leopardo,
Porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
La mushma en su cojinete
De arce del Japón: yo digo:
“No hay cojín como un amigo”.

Tiene el conde su abolengo:
Tiene la aurora el mendigo:
Tiene ala el ave: ¡yo tengo
Allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
Un jardín con una fuente,
Y un tesoro en oro y trigo:
Tengo más, tengo un amigo.

XLVI

Vierte, corazón, tu pena
Donde no se llegue a ver,
Por soberbia, y por no ser
Motivo de pena ajena.

Yo te quiero, verso amigo,
Porque cuando siento el pecho
Ya muy cargado y deshecho,
Parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
En tu regazo amoroso,
Todo mi amor doloroso,
Todas mis ansias y afrentas.

Tú, porque yo pueda en calma
Amar y hacer bien, consientes
En enturbiar tus corrientes
Con cuanto me agobia el alma.

Tú, porque yo cruce fiero
La tierra, y sin odio, y puro,
Te arrastras, pálido y duro,
Mi amoroso compañero.

Mi vida así se encamina
Al cielo limpia y serena,
Y tú me cargas mi pena
Con tu paciencia divina.

Y porque mi cruel costumbre
De echarme en ti te desvía
De tu dichosa armonía
Y natural mansedumbre;

Porque mis penas arrojó
Sobre tu seno, y lo azotan,

Y tu corriente alborotan,
Y acá lívido, allá rojo,

Blanco allá como la muerte,
Ora arremetes y ruges,
Ora con el peso cruje
De un dolor más que tú fuerte,

¿Habré, como me aconseja
Un corazón mal nacido,
De dejar en el olvido
A aquel que nunca me deja?

¡Verso, nos hablan de un Dios
Adónde van los difuntos:
Verso, o nos condenan juntos,
O nos salvamos los dos!

De Versos libres

Pollice verso

Sí, yo también, desnuda la cabeza
De tocado y cabellos, y al tobillo
Una cadena lurda, heme arrastrado
Entre un montón de sierpes, que revueltas
Sobre sus vicios negros, parecían
Esos gusanos de pesado vientre
Y ojos viscosos que en hedionda cuba
De pardo lodo lentos se revuelcan!
Y yo pasé, sereno entre los viles
Cual si en mis manos, como en ruego juntas,
Sus anchas alas púdicas abriese
Una paloma blanca. Y aún me aterra
De ver con el recuerdo lo que he visto
Una vez con mis ojos. Y espantado
Póngome en pie, cual a emprender la fuga.
¡Recuerdos hay que queman la memoria!
¡Zarzal es la memoria: mas la mía
Es un cesto de llamas! A su lumbre,
El porvenir de mi nación preveo.
Y lloro. Hay leyes en la mente, leyes
Cual las del río, el mar, la piedra, el astro,
Ásperas y fatales: ese almendro
Que con su rama oscura en flor sombrea
Mi balconzuelo, viene de semilla
De almendro: y ese rico globo de oro
De dulce y perfumoso jugo lleno
Que en blanca fuente una niñuela cara,
Flor del destierro, cándida me brinda,
Naranja es, y vino de un naranjo:
Y el suelo triste en que se siembran lágrimas

Dará árbol de lágrimas. La culpa
Es madre del castigo. Y se derrama
La sangre que se vierte. No es la vida
Una copa de ajeno que se torna
En hiel para los míseros, y en férvido
Tokay para el feliz: la vida es grave,
Porción del Universo; frase unida
A frase colosal, sierva ligada
A un carro de oro que a los ojos mismos
De los que arrastra en rápida carrera
Ocúltase en el áureo polvo: sierva
Con invisibles riendas
A la incansable Eternidad atada!

Circo la tierra es, como el Romano;
Y junto a cada cuna una invisible
Panoplia al hombre aguarda, donde lucen,
Cual daga cruel que hierde al que la blande
Los vicios, y cual límpidos escudos
Las virtudes; la vida es la ancha arena,
Y los hombres, esclavos gladiadores;
Pero el pueblo y el rey—callados miran
En grada excelsa, en la desierta sombra!—
Pero miran! Y a aquel q. en la contienda
Bajó el escudo, o lo dejó de lado,
O suplicó cobarde, o abrió el pecho
Laxo y servil a la enconosa daga
Del enemigo, las vestales rudas
Desde el sitio de la implacable piedra
Condenan a morir, *pollice verso*
Y hasta el pomo ruin la daga hundida
Al flojo gladiador clava en la arena.

Alza, ¡oh pueblo! el escudo, q. esta vida
Es cosa grave y cada acción es culpa
Que como aro servil se lleva luego
Cerrado al cuello,—o premio generoso
Que del futuro mal pródigo libra!

¿Veis los esclavos? Como cuerpos muertos
Atados en racimo, a vuestra espalda
Irán vida tras vida, y con las frentes
Pálidas y angustiadas, la sombría
Carga en vano halaréis, hasta q. el viento,
De vuestra pena bárbara apiadado,
Los átomos postreros evapore!
¡Oh, qué visión tremenda! ¡oh, qué terrible
Procesión de culpables! Como en llano
Negro los miro, torvos, anhelosos,
Sin fruta el arbolar, secos los píos
Bejucos, por comarca funeraria
Donde ni el sol da luz, ni el árbol sombra.
Y bogan en silencio, como en magno
Oceano sin agua; y a la frente
Llevan, cual yugo el buey, la cuerda uncida,
Y a la zaga, listado el cuerpo flaco
De hondos azotes, el montón de siervos!
¿Veis las carrozas, las ropillas blancas
Risueñas y ligeras, el luciente
Corcel de crin trenzada y riendas ricas,
Y la albarda, de plata suntuosa
Prendida, y el menudo zapatillo,
Cárcel a un tiempo de los pies y el alma!
Pues ved, que los extraños os desdeñan
Como a raza ruin, menguada y floja!

[Ms. en CEM]

A mi alma

Llegada la hora del trabajo.

Ea! jamelgo! De los montes de oro
Baja, y de andar en prados bien olientes,
Y de aventar con los ligeros cascos
Mures y viboreznos, y al sol rubio
Mecer gentil las brilladoras crines!
Ea, jamelgo! del camino oscuro
Que va do no se sabe, esta es posada
Y de pagar se tiene al hostelero!
Luego será la gorja, luego el llano,
Luego el prado oloroso, el fresco monte:
Hoy, bájese el jamelgo, que le aguarda
Cabe el duro ronzal la gruesa albarda.

[Ms. en CEM]

Al buen Pedro

Dicen, buen Pedro, que de mí murmuras
Porque tras mis orejas el cabello
En crespas ondas su caudal levanta:—
Diles, bribón, que mientras tú en festines
Entre mancebas del astuto Norte,
En rubios caldos y en gozosas pomas,
De tus esclavos el sudor sangriento
Torcido en oro bebes descuidado,—
Pensativo, febril, pálido, grave,
Mi pan rebano en solitaria mesa,
Pidiendo, oh triste! al aire sordo modo
De libertar de su infortunio al siervo—
Y de tu infamia a ti!—
y en estos lances,
Suéleme, Pedro, en la apretada bolsa
Faltar la monedilla que reclama
Con sus húmedas manos el barbero.

[Mc. en CEM]

[Homagno]

Homagno sin ventura
La hirsuta y retostada cabellera
Con sus pálidas manos se mesaba.—

«Máscara soy, mentira soy, decía:
Estas carnes y formas, estas barbas
Y rostro, estas memorias de la bestia,
Que como silla a lomo de caballo
Sobre el alma oprimida echan y ajustan,—
Por el rayo de luz que el alma mía
En la sombra entrevé,—no son Homagno!

Mis ojos solo, los mis caros ojos, ¡voto a luz!
Que me revelan mi disfraz, son míos!:
Queman, me queman, nunca duermen, oran,
Y en mi rostro los siento y en el cielo,
Y le cuentan de mí, y a mí de él cuentan.
Porqué, porqué, para cargar en ellos
Un grano ruin de alpiste maltrojado
Talló el Creador mis colosales hombros?
Ando, pregunto, ruinas y cimientos
Vuelco y sacudo, delirantes sorbos
En la Creación, la madre de mil pechos,
Las fuentes todas de la vida aspiro:
Muerdo, atormento, beso las callosas
Manos de piedra que golpeo:
Con demencia amorosa su invisible
Cabeza con las secas manos mías
Acaricio y destrenzo: por la tierra
Me tiendo compungido y los confusos
Pies, con mi llanto baño y con mis besos,
Y en medio de la noche, palpitante,
Con mis voraces ojos en el cráneo
Y en sus profundos bordes encendidos, órbitas anchas
Trémulo, en mí plegado, hambriento espero,
Por si al próximo sol respuestas —

Y a cada nueva luz—de igual enjuto
Modo, y ruin, la vida me aparece,
Como gota de leche que en cansado
Pezón, al terco ordeño, titubea,—
Como carga de hormiga,—como taza
De agua añeja en la jaula de un jilguero.»—
De mordidas y rotas, ramos de uvas
Estrujadas y negras, las ardientes
Manos del triste Homagno parecían!

Y la tierra en silencio, y una hermosa
Voz de mi corazón, me contestaron.

[Mc. en CEM]

[Yugo y estrella]

Cuando nací, sin sol, mi madre dijo:
—Flor de mi seno, brava criatura, Homagno generoso
De mí y de la Creación suma y reflejo,
Pez que en ave y corcel y hombre se torna,
Mira estas dos, que con dolor te brindo,
Insignias de la vida: ve y escoge.
Este, es un yugo: quien lo acepta, goza:
Hace de manso buey, y como presta
Servicio a los señores, duerme en paja
Caliente, y tiene rica y ancha avena.
Esta, oh misterio que de mí naciste
Cual la cumbre nació de la montaña,
Esta, que alumbra y mata, es una estrella:
Como que riega luz, los pecadores
Cual un monstruo de crímenes cargado,
Huyen de quien la lleva, y en la vida,
Todo el que lleva luz, se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
Buey vuelve a ser, y en apagado bruto
La escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
Como que crea, crece!
Cuando al mundo
De su copa el licor vació ya el vivo:
Cuando, para manjar de la sangrienta
Fiesta humana, sacó contento y grave
Su propio corazón: cuando a los vientos
De Norte y Sur vertió su voz sagrada,—
La estrella como un manto, en luz lo envuelve,
Se enciende, como a fiesta, el aire claro, puro
Y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
Se oye que un paso más sube en la sombra!

—Dame el yugo, oh mi madre, de manera
Que puesto en él de pie, luzca en mi frente
Mejor la estrella que ilumina y mata.

[Mc. en CEM]

Amor de ciudad grande

De gorja son y rapidez los tiempos:
Corre cual luz la voz; en alta aguja
Cual nave despeñada en sirte horrenda
Húndese el rayo, y en ligera barca
El hombre, como alado, el aire hiende.
¡Así el amor, sin pompa ni misterio
Muere, apenas nacido, de saciado!
Jaula es la villa de palomas muertas
Y ávidos cazadores! Si los pechos
Se rompen de los hombres, y las carnes
Rotas por tierra ruedan, no han de verse
Dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
De los salones y las plazas: muere
La flor el día en que nace. Aquella virgen
Trémula que antes a la muerte daba
La mano pura que a ignorado mozo;
El goce de temer; aquel salirse
Del pecho el corazón; el inefable
Placer de merecer; el grato susto
De caminar de prisa en derecha
Del hogar de la amada, y a sus puertas
Como un niño feliz romper en llanto;—
Y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,
Irse tiñendo de color las rosas,—
¡Ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene
Tiempo de ser hidalgo? Bien que sienta,
Cual áureo vaso o lienzo suntuoso
Dama gentil en casa de magnate!
O si se tiene sed, se alarga el brazo
Y a la copa que pasa, se la apura!
Luego, la copa turbia al polvo rueda,
Y el hábil catador,—manchado el pecho
De una sangre invisible,—sigue alegre
Coronado de mirtos, su camino!

No son los cuerpos ya sino desechos,
Y fosas, y jirones! Y las almas
No son ya como en el árbol fruta rica
En cuya blanda piel la almíbar dulce
En su sazón de madurez rebosa,—
Sino fruta de plaza que a brutales
Golpes el rudo labrador madura!
¡La edad es esta de los labios secos!
De las noches sin sueño! De la vida
Estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
Que la ventura falta? Como liebre
Azorada, el espíritu se esconde,
Trémula huyendo al cazador que ríe,
Cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
Y el Deseo, de brazo de la Fiebre,
Cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! Toda está llena
de copas por vaciar, o huecas copas!
¡Tengo miedo ¡ay de mí! De que este vino
tósigo sea, y en mis venas luego
cual duende vengador los dientes clave!
Tengo sed,—mas de un vino que en la tierra
No se sabe beber! ¡No he padecido
Bastante aún, para romper el muro
Que me aparta ¡oh dolor! De mi viñado!
De vinillos humanos, esos vasos
Donde el jugo de lirio a grandes sorbos
Sin compasión y sin temor se bebe!
Tomad! Yo soy honrado, y tengo miedo!

New York. Abril, 1882.
[Ms. en CEM]

[Banquete de tiranos]

Hay una raza vil de hombres tenaces
De sí propios inflados, y hechos todos,
Todos, del pelo al pie, de garra y diente:
Y hay otros, como flor, que al viento exhalan
En el amor del hombre su perfume.
Como en el bosque hay tórtolas y fieras
Y plantas insectívoras y pura
Sensitiva y clavel en los jardines.
De alma de hombres los unos se alimentan:
Los otros su alma dan a que se nutran
Y perfumen su diente los glotones,
Tal como el hierro frío en las entrañas
De la virgen que mata se calienta.

A un banquete se sientan los tiranos
Donde se sirven hombres: y esos viles
Que a los tiranos aman, diligentes
Cerebro y corazón de hombres devoran:
Pero cuando la mano ensangrentada
Hunden en el manjar, del mártir muerto
Surge una luz que les aterra, flores
Grandes como una cruz súbito surgen
Y huyen, rojo el hocico, y pavoridos
A sus negras entrañas los tiranos.

Los que se aman a sí: los que la Augusta
Razón a su avaricia y gula ponen:
Los que no ostentan en la frente honrada
Ese cinto de luz que el yugo funde
Como el inmenso sol en ascuas quiebra
Los astros que a su seno se abalanzan:
Los que no llevan del decoro humano
Ornado el sano pecho: los menores
Y segundones de la vida, solo
A su goce ruín y medro atentos
Y no al concierto universal.

Danzas, comidas, músicas, harenes,
Jamás la aprobación de un hombre honrado.
Y si acaso sin sangre hacerse puede
Hágase... clávalos, clávalos
En el horcón más alto del camino
Por la mitad de la villana frente.
A la grandiosa humanidad traidores.
Como implacable obrero
Que un féretro de bronce clavetea,
Los que contigo
Se parten la nación a dentelladas.

[Mc. en CEM]

Poética

La verdad quiere cetro. El verso mío
Puede, cual paje amable, ir por lujosas
Salas, de aroma vario y luces ricas,
Temblando enamorado en el cortejo
De una ilustre princesa, o gratas nieves
Repartiendo a las damas. De espadines
Sabe mi verso, y de jubón violeta
Y toca rubia, y calza acuchillada.
Sabe de vinos tibios y de amores
Mi verso montaraz; pero el silencio
Del verdadero amor, y la espesura
De la selva prolífica prefiere:
¡Cuál gusta del canario, cuál del águila!

[OC, t. 16, p. 211]

Dos patrias

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche.
¿O son una las dos? No bien retira
Su majestad el sol, con largos velos
Y un clavel en la mano, silenciosa
Cuba cual viuda triste me aparece.
¡Yo sé cuál es ese clavel sangriento
Que en la mano le tiembla! Está vacío
Mi pecho, destrozado está y vacío
En donde estaba el corazón. Ya es hora
De empezar a morir. La noche es buena
Para decir adiós. La luz estorba
Y la palabra humana. El universo
Habla mejor que el hombre.
Cual bandera
Que invita a batallar, la llama roja
de la vela flamea. Las ventanas
Abro, ya estrecho en mí. Muda, rompiendo
las hojas del clavel, como una nube
Que enturbia el cielo, Cuba viuda pasa.

[Ms. en CEM]

Practicar la verdad

Fidel Castro

“[...] Traigo en el corazón las doctrinas del Maestro y en el pensamiento las nobles ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos”.

De *La historia me absolverá*.

Alegato de defensa en el juicio después del asalto al cuartel Moncada.
Santiago de Cuba, 16 octubre de 1953.

[...] tenemos que hacer realidad aquel apotegma martiano que él quería que fuese “la ley primera de la República”: el culto a la dignidad plena del hombre. Hay que sembrar dignidad, porque los pueblos pequeños, los pueblos pequeños como el nuestro, solo pueden sobrevivir y marchar adelante con mucha dignidad; los pueblos pequeños solo se salvan de la sumisión cuando tienen mucha dignidad. Porque solo la dignidad, que quiere decir heroísmo, salva a los pueblos e inspira respeto.

De Cena Martiana efectuada en la Plaza Cívica,
La Habana, 27 de enero de 1960.

Porque ¿cuál es el mérito de Martí, lo que nos admira de Martí? ¿Martí era marxista-leninista?

No, Martí no era marxista-leninista. Martí dijo de Marx que, puesto que se puso del lado de los pobres, tenía todas sus simpatías.

Porque la Revolución de Cuba era una Revolución nacional, libertadora, frente al poder colonial español; no era una Revolución que fuera una lucha social, era una lucha que perseguía primero la independencia nacional. Y aún en aquella época, en aquella época, Martí dijo de Marx: “puesto que se puso del lado de los pobres merece mi respeto”.

Y ¿qué otra visión tuvo Martí? Una visión también genial en el año 1895. Tuvo la visión del imperialismo norteamericano, cuando el imperialismo norteamericano todavía no había empezado a ser imperialismo. Eso se llama tener visión política de largo alcance.

Porque el imperialismo norteamericano se comienza a desarrollar vigorosamente a partir de la intervención en Cuba, en que se apodera prácticamente de la riqueza del país, se apodera de Puerto Rico, se apodera de Filipinas y se inicia la etapa imperialista del capitalismo.

Martí prevé en el año 1895 el desarrollo de los Estados Unidos como potencia imperialista. Y escribe, y alerta al pueblo contra eso, y se pronuncia contra eso. Véase si Martí era realmente un revolucionario genial que se percató del desarrollo del imperialismo en el año 1895 cuando todavía este no había empezado a manifestarse como fuerza mundial.

De Primera Reunión Nacional de Médicos,
La Habana, 27 de octubre de 1961.

Martí hizo un partido —no dos partidos, ni tres partidos, ni diez partidos—, en lo cual podemos ver el precedente más honroso y más legítimo del glorioso Partido que hoy dirige nuestra Revolución: el Partido Comunista de Cuba, que es la unión de todos los revolucionarios, que es la unión de todos los patriotas para dirigir la Revolución y para hacer la Revolución, para cohesionar estrechamente al pueblo. Porque fue la desunión lo que mató la idea de la independencia en la guerra de 1868 a 1878, y fue precisamente la unión lo que le dio la victoria a nuestro pueblo; la unión, la que hizo posible la guerra de 1895; y la unión, la que hizo posible la consolidación de la Revolución en 1959.

De velada solemne en el cementerio por la caída en combate
del Mayor General Ignacio Agramonte.
Camagüey, 11 de mayo de 1973.

[...] nosotros tuvimos un pensador de un gran calibre, de un extraordinario calibre, que fue Martí. Y ya Martí, desde los 17 años, en un documento llamado *El Presidio Político en Cuba*, una narración que hace de sus sufrimientos, y en sus alegatos a la república española, una república que surgió en España y planteaba derechos para el pueblo español, pero negaba derechos para el pueblo de Cuba, que postulaba libertad y democracia en España, pero negaba la libertad y la democracia en Cuba, como ocurrió

siempre, tiene frases fabulosas, como aquella cuando afirma: ni al golpe del látigo, ni a la voz del insulto, ni al rumor de mis cadenas, he aprendido todavía a odiar; dejadme que os desprecie, ya que no puedo odiar a nadie. A lo largo de su vida, Martí predicó la lucha por la independencia, por la liberación, pero no predicó el odio al español.

La experiencia martiana demuestra cómo es posible predicar el espíritu de lucha y la lucha por conquistar la independencia, sin predicar el odio a los que llamaba sus padres españoles; y te aseguro que nuestra Revolución está muy perneada por las ideas martianas. Nosotros, que somos revolucionarios, somos socialistas, somos marxistas-leninistas, no predicamos el odio, así como una filosofía, la del odio. No quiere decir esto que sintamos simpatía alguna hacia el sistema opresor y no hayamos luchado con el máximo ardor contra él; pero yo creo que nosotros tenemos una prueba suprema, y es la siguiente: nosotros libramos una tremenda lucha contra el imperialismo, hemos recibido agresiones y agravios de todo tipo del imperialismo; sin embargo, cuando un ciudadano norteamericano visita este país, todo el mundo lo trata con mucho respeto, todo el mundo lo trata con mucha consideración; porque realmente, nosotros no podemos odiar al ciudadano norteamericano, nosotros sentimos repudio hacia el sistema, odiamos al sistema. Y en mi interpretación, y pienso que en la interpretación de los revolucionarios marxistas, no se trata de un odio a los individuos, sino de odio a un sistema inicuo de explotación, no un odio a los hombres.

Martí odiaba el sistema español, por ejemplo, y alentaba al pueblo a la lucha contra el sistema colonial español. Sin embargo, no hablaba de odio al español, y lucharon y murieron muchos cubanos en el campo de batalla con un gran valor y una gran fiera.

De entrevista con el fraile dominico brasileño Frei Betto.
Ciudad de La Habana, 23-26 de marzo de 1985.

[...] Distinguidos participantes en el Encuentro Internacional por el Equilibrio del Mundo como homenaje al Aniversario 150 del natalicio de José Martí;

Estimados invitados;

Compatriotas:

¿Qué significa Martí para los cubanos?

En un documento denominado *El Presidio Político en Cuba*, Martí cuando apenas tenía 18 años, después de sufrir cruel prisión a los 16 con grilletes de hierro atados a sus pies, afirmó: “Dios existe, sin embargo, en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. El bien es Dios. La lágrima es la fuente de sentimientos eternos.”

Para nosotros los cubanos, Martí es la idea del bien que él escribió.

Los que reanudamos el 26 de julio de 1953 la lucha por la independencia, iniciada el 10 de octubre de 1868 precisamente cuando se cumplían cien años del nacimiento de Martí, de él habíamos recibido, por encima de todo, los principios éticos sin los cuales no puede siquiera concebirse una revolución.

De él recibimos igualmente su inspirador patriotismo y un concepto tan alto del honor y de la dignidad humana como nadie en el mundo podría habernos enseñado.

Fue un hombre verdaderamente extraordinario y excepcional. Hijo de militar, nacido en un hogar de padre y madre españoles, deriva en profeta y forjador de la independencia de la tierra que lo vio nacer; intelectual y poeta, siendo un adolescente al iniciarse la primera gran contienda, fue capaz más tarde de conquistar el corazón, el respeto, la adhesión y el acatamiento de viejos y experimentados jefes militares que se llenaron de gloria en aquella guerra.

Amante fervoroso de la paz, la unión y armonía entre los hombres, no vaciló en organizar e iniciar la guerra justa necesaria contra coloniaje, la esclavitud y la injusticia. Su sangre fue la primera en derramarse y su vida la primera en ofrendarse como símbolo imborrable de altruismo y desprendimiento personal. Olvidado y aún desconocido durante muchos años por gran parte del pueblo por cuya independencia luchó, de sus cenizas, como Ave Fénix, emanaron sus inmortales ideas para que casi medio siglo después de su muerte un pueblo entero se enfrascara en colosal lucha, que significó el enfrentamiento al adversario más poderoso que un país grande o pequeño hubiese conocido jamás.

Hoy, al cumplirse hace unas horas 150 años de su nacimiento, cientos de brillantes pensadores e intelectuales de todo el mundo le rinden emocionados el homenaje del profundo reconocimiento que merecen su vida y su obra.

Más allá de Cuba, ¿qué recibió de él el mundo? Un ejemplo excepcional de creador y humanista digno de recordarse a lo largo de los siglos.

¿Por quiénes y por qué? Por los mismos que hoy luchan y los que mañana lucharán por los mismos sueños y esperanzas de salvar al mundo, y porque quiso el azar que hoy la humanidad perciba sobre ella y tome conciencia de los riesgos que él previó y advirtió con su visión profunda y su genial talento.

El día en que cayó, el 19 de mayo de 1895, Martí se inmolaba por el derecho a la vida de todos los habitantes del planeta.

En la ya famosa carta inconclusa a su amigo entrañable Manuel Mercado, que Martí interrumpe para marchar sin que nadie pudiera impedirlo a un inesperado combate, reveló para la historia su más íntimo pensamiento, que no por conocido y repetido dejaré de consignar una vez más: “Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.”

Semanas antes, al suscribir en Santo Domingo el Manifiesto de Montecristi junto al ejemplar patriota latinoamericano Máximo Gómez, de origen dominicano y escogido por Martí como jefe militar de las fuerzas cubanas, próximo a partir hacia Cuba, entre otras muchas y brillantes ideas revolucionarias, Martí escribió algo tan admirable que, aun a riesgo de aburrir, también necesito repetir: “La guerra de independencia de Cuba [...] es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo”.

Cuán precozmente escribió esta última frase, que se ha convertido en el tema principal de este encuentro. Nada hay hoy más necesario y vital que ese distante y al parecer utópico equilibrio.

[...] En este instante, en el que se conmemora el 150 aniversario del natalicio de José Martí, el hombre que quizás por vez primera en la historia planteó el concepto de equilibrio mundial, una guerra está por comenzar como consecuencia del más colosal desequilibrio en el terreno militar que jamás existió sobre la Tierra.

[...] ¿Cuántos son los que conocen que ya la soberanía de los estados apenas existe, en virtud de tratados en cuya elaboración no tenemos participación alguna en los países del Tercer Mundo, y por los que somos en cambio cada vez más explotados y sometidos? ¿Cuántos los que están conscientes de que nuestras culturas nacionales están siendo cada vez más destruidas?

Sería interminable seguir preguntando. Basta una adicional para los que viven de la hipocresía y la mentira acerca de los más sagrados derechos de los seres humanos, de los pueblos y la propia humanidad en su conjunto: ¿Por qué no se levanta un monumento vivo a la hermosa y profunda verdad contenida en el apotegma martiano “Ser culto es el único modo de ser libre”?

Lo afirmo en nombre de un pueblo que bajo riguroso bloqueo e implacable guerra económica, a la que se añadió la pérdida casi total de mercado, comercio y suministro exterior al desintegrarse el campo socialista y la URSS, ha resistido inmovible más de cuatro décadas y hoy constituye uno de los más unidos, socialmente desarrollados, poseedores de conocimientos básicos, cultura política y artística entre todos los pueblos del mundo.

Si en algo hemos sabido honrar al héroe, cuyo fecundo natalicio conmemoramos hoy, es haber demostrado que un país pequeño y pobre, aun cometiendo muchos inevitables errores de aprendizaje, puede haber mucho con muy poco.

El mayor monumento de los cubanos a su memoria es haber sabido construir y defender esta trinchera, para que nadie pudiera caer con una fuerza más sobre los pueblos de América y del mundo.

De él aprendimos el infinito valor y la fuerza de las ideas.

[...] A lo largo de la historia ha quedado demostrado que de las grandes crisis han salido las grandes soluciones, y en ellas y de ellas han surgido los líderes.

De sesión clausura de la Conferencia Internacional
“Por el Equilibrio del Mundo”,
Ciudad de La Habana, 29 de enero de 2003.

Ernesto Che Guevara

Discurso el 28 de Enero de 1960

Queridos compañeros: niños y adolescentes de hoy, hombres y mujeres de mañana; héroes de mañana, si es necesario, en los rigores de la lucha armada; héroes, si no, en la construcción pacífica de nuestra nación soberana.

Hoy es un día muy especial, un día que llama a la conversación íntima entre nosotros, los que de alguna manera hemos contribuido con un esfuerzo directo a la Revolución, y todos ustedes.

Hoy se cumple un nuevo aniversario del Natalicio de José Martí, y antes de entrar en el tema quiero prevenirles una cosa: he escuchado hace unos momentos: ¡Viva el Che Guevara!, pero a ninguno de ustedes se le ocurrió hoy gritar: ¡Viva Martí!... y eso no está bien...

Y no está bien por muchas razones. Porque antes que naciera el Che Guevara y todos los hombres que hoy lucharon, que dirigieron como él dirigió; antes que naciera todo este impulso libertador del pueblo cubano, Martí había nacido, había sufrido y había muerto en aras del ideal que hoy estamos realizando.

Más aún, Martí fue el mentor directo de nuestra Revolución, el hombre a cuya palabra había que recurrir siempre para dar la interpretación justa de los fenómenos históricos que estábamos viviendo, y el hombre cuya palabra y cuyo ejemplo había que recordar cada vez que se quisiera decir o hacer algo trascendente en esta Patria... porque José Martí es mucho más que cubano; es americano; pertenece a todos los veinte países de nuestro continente y su voz se escucha y se respeta no solo aquí en Cuba sino en toda América.

Cúmplenos a nosotros haber tenido el honor de hacer vivas las palabras de José Martí en su Patria, en el lugar donde nació. Pero hay muchas formas de honrar a Martí. Se puede honrarlo cumpliendo religiosamente con las festividades que indican cada año la fecha de su nacimiento, o con el recordatorio del nefasto 19 de mayo de 1895.

Se puede honrar a Martí citando sus frases, frases bonitas, frases perfectas, y además, y sobre todo, frases justas. Pero se puede y se debe honrar

a Martí en la forma en que él querría que se le hiciera, cuando decía a pleno pulmón: «La mejor manera de decir, es hacer».

Por eso nosotros tratamos de honrarlo haciendo lo que él quiso hacer y lo que las circunstancias políticas y las balas de la colonia se lo impidieron.

Y no todos, ni muchos -y quizás ninguno- pueda ser Martí, pero todos podemos tomar el ejemplo de Martí y tratar de seguir su camino en la medida de nuestros esfuerzos. Tratar de comprenderlo y de revivirlo por nuestra acción y nuestra conducta de hoy, porque aquella Guerra de Independencia, aquella larga guerra de liberación, ha tenido su réplica hoy y ha tenido cantidad de héroes modestos, escondidos, fuera de las páginas de la historia y que, sin embargo, han cumplido con absoluta cabalidad los preceptos y los mandatos del Apóstol.

Yo quiero presentarles hoy a un muchacho que quizás muchos de ustedes conozcan ya, y hacer una pequeña historia de aquellos días difíciles de la Sierra.

¿Ustedes lo conocen o no lo conocen? Es el comandante Joel Iglesias, del Ejército Rebelde y el jefe de la Asociación de Jóvenes Rebeldes. Ahora les voy a explicar por qué razones está en ese puesto y por qué lo presento con orgullo en un día como hoy.

El comandante Joel Iglesias tiene 17 años. Cuando llegó a la Sierra tenía 15 años. Y cuando me lo presentaron no lo quise admitir porque era muy niño. En aquel momento había un saco de peines de ametralladora -la ametralladora que se usaba en aquella época- y nadie lo quería cargar. Se le puso como tarea y como prueba el que llevara ese saco por las empinadas lomas de la Sierra Maestra. El hecho de que esté hoy aquí indica que lo pudo llevar bien.

Pero hay mucho más que eso. Ustedes no habrán tenido tiempo, por el poco espacio que caminó, de ver que cojea de una pierna; ustedes no han podido ver, no han podido oír tampoco, porque no los ha saludado, que tiene la voz ronca y que no se le escucha bien. Ustedes no han podido ver que tiene en su cuerpo 10 cicatrices de balas enemigas, y que esa ronquera que tiene, esa cojera gloriosa, son los recuerdos de las balas enemigas, pues siempre estuvo en primer lugar en el combate y en los puestos de mayor responsabilidad.

Yo recuerdo que había un soldado —que después fue comandante— que murió hace poco por una equivocación trágica.

Ese comandante se llamaba Cristino Naranjo. Tenía cerca de cuarenta años, y el teniente que lo mandaba era el teniente Joel Iglesias, de quince

años. Cristino le hablaba de tú a Joel, y Joel que lo mandaba, le hablaba de usted. Sin embargo, Cristino Naranjo nunca dejó de obedecer una orden, porque en nuestro Ejército Rebelde, siguiendo las orientaciones de Martí, no nos importaban ni los años, ni el pasado, ni la trayectoria política, ni la religión, ni la ideología anterior de un combatiente. Nos importaban los hechos en ese momento y su devoción a la causa revolucionaria.

Nosotros sabíamos también, por Martí, que no importaba el número de armas en la mano, sino el número de estrellas en la frente. Y Joel Iglesias, ya en aquella época, era de los que tenían muchas estrellas en la frente, no esa sola que hoy tiene como comandante del Ejército. Por eso quería presentárselo en un día como hoy, para que supieran que el Ejército Rebelde se preocupa de la juventud, y de darle a esa juventud que hoy asoma a la vida, lo mejor de sus hombres, lo mejor de sus ejemplos combatientes y de sus ejemplos de trabajo. Porque creemos que así se honra a Martí.

Quisiera decirles a ustedes muchas cosas como esta hoy. Quisiera explicarles, para que me entiendan, para que lo sientan en lo más hondo de sus corazones, el porqué de esta lucha, de la que pasamos con las armas en la mano, de la que hoy sostenemos contra los poderes imperiales, y de la que quizás tengamos todavía que sostener mañana en el campo económico, o aún en el campo armado.

De todas las frases de Martí, hay una que creo que define como ninguna ese espíritu de Apóstol. Es aquella que dice: «Todo hombre verdadero debe sentir en la mejilla el golpe dado a cualquier mejilla de hombre».

Eso era, y es, el Ejército Rebelde y la Revolución cubana. Un Ejército y una Revolución que sienten en conjunto y en cada uno de sus miembros, la afrenta que significa el bofetón dado a cualquier mejilla de hombre en cualquier lugar de la tierra.

Es una Revolución hecha para el pueblo y mediante el esfuerzo del pueblo, que nació de abajo, que se nutrió de obreros y de campesinos, que exigió el sacrificio de obreros y de campesinos en todos los campos y en todas las ciudades de la Isla. Pero que ha sabido recordarlos en el momento del triunfo.

«Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar», decía Martí... y, asimismo, interpretando sus palabras, lo hicimos nosotros. Hemos venido puestos por el pueblo y dispuestos a seguir aquí hasta que el pueblo quiera, a destruir todas las injusticias y a implantar un nuevo orden social.

No le tenemos miedo a palabras, ni a acusaciones, como no tuvo miedo Martí. Aquella vez que en un primero de mayo —creo que de 1872— en

que varios héroes de la clase obrera norteamericana rendían su vida por defenderla y por defender los derechos del pueblo, Martí señalaba con valentía y emoción esa fecha, y marcaba el rostro de quien había vulnerado los derechos humanos, llevando al patíbulo a los defensores de la clase obrera. Y ese primero de mayo que Martí apuntó en aquella época, es el mismo que la clase obrera del mundo entero, salvo los Estados Unidos, que tienen miedo de recordar esa fecha, recuerdan todos los años en todos los pueblos, y en todas las capitales del mundo, y Martí fue el primero en señalarlo, como siempre era el primero en señalar las injusticias. Como se levantó junto con los primeros patriotas y como sufrió la cárcel a los quince años; y como toda su vida no fue nada más que una vida destinada al sacrificio, pensando en el sacrificio y sabiendo que el sacrificio de él era necesario para la realidad futura, para esta realidad revolucionaria que todos ustedes viven hoy.

Martí nos enseñó esto a nosotros también. Nos enseñó que un revolucionario y un gobernante no pueden tener ni goces ni vida privada, que debe destinarlo todo a su pueblo, al pueblo que lo eligió, y lo manda a una posición de responsabilidad y de combate.

Y también cuando nos dedicamos todas las horas posibles del día y de la noche a trabajar por nuestro pueblo, pensamos en Martí y sentimos que estamos haciendo vivo el recuerdo del Apóstol...

Si de esta conversación entre ustedes y nosotros quedara algo, si no se esfumara, como se van las palabras, me gustaría que todos ustedes en el día de hoy... piensan en Martí. Piensan como en un ser vivo, no como un dios ni como una cosa muerta; como algo que está presente en cada manifestación de la vida cubana, como está presente en cada manifestación de la vida cubana la voz, el aire, los gestos de nuestro gran y nunca bien llorado compañero Camilo Cienfuegos. Porque a los héroes, compañeros, a los héroes del pueblo, no se les puede separar del pueblo, no se les puede convertir en estatuas, en algo que está fuera de la vida de ese pueblo para el cual la dieron. El héroe popular debe ser una cosa viva y presente en cada momento de la historia de un pueblo.

Así como ustedes recuerdan a nuestro Camilo, así deben recordar a Martí, al Martí que habla y que piensa hoy, con el lenguaje de hoy, porque eso tienen de grande los grandes pensadores y revolucionarios: su lenguaje no envejece. Las palabras de Martí de hoy no son de museo, están incorporadas a nuestra lucha y son nuestro emblema, son nuestra bandera de combate.

Esa es mi recomendación final, que se acerquen a Martí sin pena, sin pensar que se acercan a un dios, sino a un hombre más grande que los demás hombres, más sabio y más sacrificado que los demás hombres, y pensar que lo reviven un poco cada vez que piensan en él, y lo reviven mucho cada vez que actúan como él quería que actuaran.

Recuerden ustedes que, de todos los amores de Martí, su amor más grande estaba en la niñez y en la juventud, que a ellas dedicó sus páginas más tiernas y más sentidas y muchos años de su vida combatiendo. Para acabar, les pido que me despidan como empezaron, pero al revés: con ¡Viva Martí!, que está vivo.



Documentos públicos

Bases del Partido Revolucionario Cubano⁷

Artículo 1.º El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Artículo 2.º El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discorde, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Artículo 3.º El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y métodos republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Artículo 4.º El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de

⁷ Redactadas durante los primeros días de enero de 1892, junto con los Estatutos secretos fueron sometidas a debate y aprobación por los clubes patrióticos de los cubanos emigrados en diversas localidades hasta la proclamación oficial del Partido, el 10 de abril de ese año, luego haber sido elegidos Martí como delegado y Benjamín Guerra como tesorero.

vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Artículo 5.º El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre.

Artículo 6.º El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza con un sistema de hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.

Artículo 7.º El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho o declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia o suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia o el afecto aconseja o impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Artículo 8.º El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I. Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

II. Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

III. Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y congregar a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV. Allogar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V. Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano.

Artículo 9.º El Partido Revolucionario Cubano se registrará conforme a los estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo fundan.

Manifiesto de Montecristi

El Partido Revolucionario Cubano a Cuba

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber,—sin usurpar el acento y las declaraciones solo propias de la majestad de la república constituida,—de repetir ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón, ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos a la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió, el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país hartado probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto solo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y a sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable—por ir firmada por la muerte—que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con que emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que solo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apetecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la resolución de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros

que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos, de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen, podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad que solo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino.—Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía.—Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio,—su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república,—su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es,—y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible solo con el vicio, el crimen y la inhumanidad.—En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudiera embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Entre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable solo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación, en las repúblicas feudales o teóricas de Hispano-América. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros, de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían solo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana con pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena

en las disputas de credo o localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían,—no son, de ningún modo los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el cruce del mundo, al servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador en los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o—en la misma isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable unificación de las diversas secciones del país; la admiración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud crecientes del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono,—aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad.—Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituirá sin obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar solo

se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que los desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación callada de la patria, ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez solo inadvertibles para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato; y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolución, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicuaamente levantar, por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución. Cubanos hay ya en Cuba, de uno y otro color, olvidados para siempre—con la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan—del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor de hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas airadas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quienes se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos,—con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y la fuerza de la estimación de cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama; la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Solo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primer guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda que por ellas vendrán a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia, y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulsos a veces de unírseos que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogería alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvadas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular, donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollarse sin

zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que pueden quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la revolución, conoedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de república, pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria. La dificultad de las guerras de independencia en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra, y las prácticas necesarias a la guerra, y que esta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos,—y permitan—en vez de entrabar—el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía.—Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con nobleza idéntica, y el título

inexpugnable de su sangre, se lanzan tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora; solo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles, y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer en molde natural la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad: —esos son los deberes y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra pujante y capaz dé pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unción, de sus inmarcesibles héroes, no es solo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación crecientes de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra el insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aun vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo: ¡apenas podría creerse que con semejantes

mártires, y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria inerte y viciosa!—

A la revolución cumplirá mañana el deber de explica de nuevo al país y a las todos los miembros activos del Ejército Libertador naciones, las causas locales, y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra venerada el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido,—y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos.—Y al declarar así en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de la unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de marzo de 1895.

JOSÉ MARTÍ

MÁXIMO GÓMEZ



Documentos íntimos

A Manuel Mercado

Mi hermano muy querido:

Me dejan un momento de reposo las visitas y quehaceres de estos días de delegados, y lo empleo en acercarme a Ud., porque ya el invierno está de vuelta y tengo, como siempre, mucho que decirle. Hoy será sobre quehaceres.

He estado poniendo en el correo cuantos artículos, en el atareo de ceremonias y de recepciones, he tenido lugar de escribir. Aún no me he podido sentar de lleno a esta labor querida. Será como una Bolsa de nuestros pueblos, a propósito de sus libros y de sus hombres; y lo de aquí que crea yo que les puede interesar allá, y por lo muy local no puedo poner en las correspondencias: y cuanto nuevo y útil vea sobre instrucción pública: y lo de Europa que se sepa aquí antes, pero todo escrito con pluma de ave, de modo que no le quite el tono de cosa viva y del día al periódico.

Ando, como es natural, con mucha vacilación en todo lo que se refiere a las relaciones de México con este país, que están en manos tan hábiles. Ni exagerar, ni comentar, ni poner pasiones mías, me es permitido en estas cosas. Pero yo creo que allá se debe saber todo lo que aquí se dice de México, y que todo se puede decir allá, y lo puede decir "El Partido", si se escribe con cuidado de estadista y de hijo. Peso cada palabra, y le doy vueltas, y no la deajo por acuñada hasta que creo que no lleva nada de pernicioso o indiscreta. Por eso le envío ese artículo de hoy, junto con uno de los muchos comprobantes de él que le pudiera mandar. Y mañana será una traducción sobre tema semejante. Y luego, el examen, que puede ser allá muy sonado, del capítulo que acaba de publicar ayer el *Century*, una excelente Revista de aquí, sobre un incidente con Jefferson Davis

a propósito de México cuando el Imperio:—un proyecto de invasión de México, que rechazó Lincoln, y los autores de su *Vida* en el *Century* rechazan, con palabras que vienen muy a cuento, y yo engastaré donde ayuden mejor a los que hacen a México el servicio difícil de cuidar de él, cuidar incesantemente, sin comprometerlo. No le explico todo eso por enojarlo, ni por dar importancia excesiva a estas cosas; sino para que vea mis razones, y no me tenga por ligero ni intruso.—Lo que le quiero decir es que miraré todo lo que escriba como capítulos diversos de una misma obra: y en eso, pondré ese espíritu,—y en lo de nuestra América, el empeño de que le sean pronto familiares a México nuestros países, —y en todo, lo poco de sesudo y amoroso que a este hermano suyo le ha enseñado la vida.

Entra gente, y solo me queda tiempo para decirle que *El Partido* sigue en su manía de no quererme visitar: y para asegurarle que nunca se debe sentir solo, si hombre tan bueno lo puede estar nunca,—porque a todas horas, sin hablarle, está a su lado su hermano.

JOSÉ MARTÍ
Octubre 2, [1886].

A Gonzalo de Quesada

New York, octubre 29, 1889

Sr. Gonzalo de Quesada

Mi muy querido Gonzalo:

Por lo pequeño de la letra verá Vd. que el alma anda hoy muy triste, y acaso la causa mayor sea, más que el cielo oscuro o la falta de salud, el pesar de ver cómo por el interés acceden los hombres a falsear la verdad, y a comprometer, so capa de defenderlos, los problemas más sagrados. De estas náuseas quisiera yo que no sufriese Vd. nunca, porque son más crueles que las otras. Por eso no le he escrito en estos días, porque cuando me cae ese desaliento estoy como ido de mí, y no puede con la pluma la mano. Y porque quería hablarle largo, como a su buen padre le hablé, sobre el peligro en que está Vd. de que, con el pretexto de amistad, se le acerquen personas interesadas que quieran valerse de la posición de confianza de que goza, cerca de una delegación importante a la que con la astucia se quisiera deslumbrar, o confundir, o convertir, o traer a la estimación de personas que llevan el veneno donde no se les ve. Lo han de querer usar, descaradamente unos, y otros sin que Vd. lo sienta. Y yo quiero que todos le tengan a Vd., y a la persona que confía en Vd., el respeto que les he tenido yo, que me guardé bien, ni de frente ni de soslayo, de inculcar en Vd. mis ideas propias sobre estas cosas delicadas del Congreso, y sobre los hombres que de dentro o de fuera intervienen en él, por más que ni Vd. ni yo podamos tener duda de la pureza de mis intenciones, ni del fervor de mi cariño, y el desinterés de mi vigilancia, por mi tierra, y por toda nuestra América. Vd. es discretísimo; pero no me ha de tener a mal que lo ponga en guardia sobre estas asechanzas sutiles. Si entra en las funciones de Vd. poner delante al caballero a quien acompaña las opiniones sobre este asunto, póngale por igual las del *Tribune* y el *Avisador* y las del *Post*, el *Herald* y el *Times*. Refrene, en cuanto a las personas, el entusiasmo

natural a su gallardo corazón; y estudie los móviles torcidos que a veces se esconden bajo las más deslumbrantes prendas exteriores. No hable mal ni bien de quien oiga hablar bien o mal, hasta saber si hay causa para el elogio o la censura, o si lo que se ha querido es acreditar o desacreditar a una persona, por el medio indirecto e involuntario de Vd. No hay encaje más fino que el que labran los hombres decididos a intrigar, o necesitados de servir. Es necesario ser hábil y honrado, contra los que son hábiles, y no honrados. Esto se lo digo a Vd., como me lo diría a mí mismo,—porque preveo que no se ha de dejar sin intentar el propósito de llegar por medio de Vd. al ánimo de la delegación, que es de tanto peso y juicio, y de pueblo tan viril, que de nadie busca ni necesita consejo, pero pudiera, sobre todo en cuanto a los hombres, formarse opinión errada y peligrosa de esta persona o aquella, por verlas—en buen predicamento con los que tienen merecida su confianza: Vd. hará, para empezar, un buen oficial de caballería, porque ve de lejos, lo que es igualmente necesario en los tratos con los enemigos, y con los hombres. ¿Qué más tengo que decirle, sino que me perdone en gracia de que son por su bien, estas vejeces?

Ahora le hablaré de lo que nos toca más de cerca que nuestras mismas personas: de lo de nuestra tierra. Hay marea alta en todas estas cosas de anexión, y se ha llegado a enviar a *La Discusión* de La Habana, desde Washington, una correspondencia sobre una visita a Blaine, en favor de la anexión, en que la dan por prometida por Blaine, y al calce están mis iniciales: ¡y en Cuba creen los naufragos, que se asen de todo, que es mía la carta, a pesar de que es una especie de anti-vindicación, y que yo estoy en tratos con Blaine, y los demás que en Cuba puede suponerse de que los revolucionarios de los E. Unidos anden en arreglos con el gobierno norteamericano!: hasta ofertas de agencias he recibido de personas de respeto, como primer resultado de esta superchería. En instantes en que el cansancio extremo de la Isla empieza a producir el espíritu y unión indispensables para intentar el único recurso, es coincidencia infortunada esta del Congreso, de donde nada práctico puede salir, a no ser lo que convenga a los intereses norteamericanos, que no son, por de contado, los nuestros. Y lo que Vd. me dice, y ha hecho muy bien en decirme, agrava esta situación, con la única ventaja de que el tiempo perdido en estas esperanzas falsas, lo emplearemos, los que estamos en lo real, en organizamos mejor.

Pero no es por nuestras simpatías por lo que hemos de juzgar este caso. Es, y hay que verlo como es. Creo, en redondo, peligroso para nuestra América o por lo menos inútil, el Congreso Internacional. Y para Cuba,

solo una ventaja le veo, dadas las relaciones amistosas de casi todas las Repúblicas con España, en lo oficial, y la reticencia y deseos ocultos o mal reprimidos de este país sobre nuestra tierra:—la de compeler a los Estados Unidos, si se dejan compeler, por una proposición moderada y hábil, a reconocer que “Cuba debe ser independiente”. Por mi propia inclinación, y por el recelo—a mi juicio justificado—con que veo el Congreso, y todo cuanto tienda a acercar o identificar en lo político a este país y los nuestros, nunca hubiera pensado yo en sentar el precedente de poner a debate nuestra fortuna, en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal. Pero la predilección personal, que puede venir de las pasiones, debe ceder el paso, en lo que no sea cosa de honor, a la predilección general: y pronto entendí que era inevitable que el asunto de Cuba se presentase ante el Congreso, de un modo o de otro, y en lo que había que pensar era en presentarlo de modo más útil. Para mí no lo es ninguno que no le garantice a Cuba su absoluta independencia. Para que la Isla sea norteamericana no necesitamos hacer ningún esfuerzo, porque, si no aprovechamos el poco tiempo que nos queda para impedir que lo sea, por su propia descomposición vendrá a serlo. Eso espera este país, y a eso debemos oponernos nosotros. Lo que del Congreso se había de obtener era, pues, una recomendación que llevase aparejado el reconocimiento de nuestro derecho a la independencia y de nuestra capacidad para ella, de parte del gobierno norteamericano, que, en toda probabilidad, ni esto querrá hacer, ni decir cosa que en lo menor ponga en duda para lo futuro, o comprometa por respetos expresos anteriores, su título al dominio de la Isla. De los pueblos de Hispano América, ya lo sabemos todo: allí están nuestras cajas y nuestra libertad. De quien necesitamos saber es de los Estados Unidos; que está a nuestra puerta como un enigma, por lo menos. Y un pueblo en la angustia del nuestro necesita despejar el enigma;—arrancar, de quien pudiera desconocerlos, la promesa de respetar los derechos que supiésemos adquirir con nuestro empuje,—saber cuál es la posición de este vecino codicioso, que confesamente nos desea, antes de lanzarnos a una guerra que parece inevitable, y pudiera ser inútil, por la determinación callada del vecino de oponerse a ella otra vez, como medio de dejar la isla en estado de traerla más tarde a sus manos, ya que sin un crimen político, a que solo con la intriga se atrevería, no podría echarse sobre ella cuando viviera ya ordenada y libre. Eso tenía pensado, contando con que en el Congreso no nos han de faltar amigos que nos ayudasen a aclarar nuestro problema, por simpatía

o por piedad. Y como pensaba componer la exposición de manera que en ella cupiesen todas las opiniones, en José Ignacio pensé, como pensé en Ponce y en cuantos, con diferencia de métodos, quieren de veras a su país, para que acudiesen al Congreso con sus firmas, en una solicitud que el Congreso no podía dejar de recibir, y a la que los Estados Unidos, por la moderación y habilidad de la súplica, no habría hallado acaso manera decorosa de negar una respuesta definitiva: y así, con este poder, batallar con más autoridad y a campos claros. Del Congreso, pues, me prometía yo sacar este resultado: la imposibilidad de que, en una nueva guerra de Cuba, volviesen a ser los Estados Unidos, por su propio interés, los aliados de España. Nada, en realidad, espero, porque, en cuestión abierta como esta, que tiene la anexión de la Isla como uno de sus términos, no es probable que los Estados Unidos den voto que en algún modo contraríe el término que más les favorece. Pero eso es lo posible, y el deber político de este instante, en la situación revuelta, desesperada, y casi de guerra, de la Isla. Y eso estaba yo decidido a hacer. Y aún no sé si será mi deber hacerlo, acompañado, o solo.

En esto me llega su carta de V. De los móviles de José Ignacio Rodríguez no hay que hablar. Ama a su patria con tanto fervor como el que más, y la sirve según su entender, que en todo es singularmente claro, pero en estas cosas de Cuba y el Norte va guiado de la le, para mi imposible, en que la nación que por geografía, estrategia, hacienda y política necesita de nosotros, nos saque con sus manos de las del gobierno español, y luego nos dé, para conservarla, una libertad que no supimos adquirir, y que podemos usar en daño de quien nos la ha dado. Esta fe es generosa; pero como racional, no la puedo compartir. Lo que en todo el documento, tal como V. me lo pinta, se demuestra, no es tanto la razón de que Cuba sea independiente, sino la necesidad que la nación de más intereses y aspiraciones en América tiene de poseer la Isla, el mal que le puede venir de que otro la posea. Aparte de lo histórico, en cuanto al espantapájaros que mató de una vez Juárez, a la invasión de un poder europeo en América: ¿no está Europa en las Antillas? ¿Francia? ¿Inglaterra?: ¿Pudieron, por tener la Isla, reconquistar la América los españoles, ni cuando Barradas, ni cuando Méndez Núñez? De esas alegaciones tomarán los Estados Unidos refuerzo para sus propósitos, confesos o tácitos. La indemnización ¿quién la había de garantizar, sino la única nación americana que puede hacerla efectiva? Y una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los Baca de ella? Ni ¿por qué ha de quedar Cuba en América, como según este precedente

quedaría, a manera,—no del pueblo que es, propio y capaz,—sino como una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas? Base más segura quiero para mi pueblo. Ese plan, en sus resultados, sería un modo directo de anexión. Y su simple presentación lo es. Lo anima en Rodríguez, el deseo puro de obtener la libertad de su tierra por la paz. Pero no se obtendrá; o se obtendrá para beneficio ajeno. El sacrificio oportuno es preferible a la aniquilación definitiva. Es posible la paz de Cuba independiente con los Estados Unidos, y la existencia de Cuba independiente, sin la pérdida, o una transformación que es como la pérdida, de nuestra nacionalidad. Sírvanos el Congreso, en lo poco que puede, pero sea para el bien de Cuba, y para poner en claro su problema, no para perturbarla, por lo pronto, con esperanzas que han de salir una vez más fallidas, o si no salen, no han de ser para su beneficio.

Y ahora, los hombres. Dos cosas pueden ser, y solo la parte de Rodríguez me impide creer que sea una de ellas. O los capitalistas y políticos de la costa, con ayuda y simpatía de quienes siempre ayudan estas cosas en Washington, han ido penetrando sutilmente hasta hallar en Rodríguez un auxiliar desinteresado y valioso, y este plan viene a ser la aparición de un propósito fijo de hombres del Norte, que es lo que me inclino a creer; o por comunidad de las ideas limpias de Rodríguez, la pasión constante del revolucionario González, y el interés confeso y probado de Moreno, se han venido a producir un modo de pensar, que como todo lo que lleva esperanza a los infelices, y libertad cómoda a los débiles, tendrá muchos adeptos, aquí y en Cuba, pero en el que no quisiera yo ver persona como Rodríguez junto a un hombre del descrédito de Moreno, y de la poca autoridad de Luna. No sé hablar mal de los hombres. Pero Moreno no es buena compañía, aparte de lo ridículo de su persona, que solo por la idea simpática que le llevaba, y por el respeto de su puesto de representante, pudo parecer bien, como Vd. me dice, al entusiasta González. De González, nada sé, sino lo que se puede saber de la expedición de López, que Vd., recordando o preguntando, lo sabrá. Y por unas líneas suyas que leí en días pasados, sé que es de los que aman con pasión a este país, y no verían con menos que júbilo la anexión del nuestro. ¿Y si no es anexionista el plan de que me habla, qué hacen en él Moreno y Luna, anexionistas confesos? Eso es lo que pienso, Gonzalo, va al vuelo de la pluma, como quisiera yo ir, y escribir con mi sangre, para que se me viera la verdad. ¿Pero a qué he de ir, caso de que pudiera yo, que por mi tierra todo lo abandono, salir de este banco de la esclavitud? Si fuera útil, yo iría: pero ¿quién, por oírme,

va a cejar en sus pasiones de años, ni a creer que lo que habla en mí no es una pasión opuesta a la suya? Otros me llaman de Washington, y por respetos no voy. Mis ideas no las callo, aunque Vd. solo hará uso de ellas donde puedan contribuir a la concordia. Si estas cosas se transformasen, o llegasen a estado que requiriese acción, o pudiera mi presencia allí servir de veras ¿no daría este corto viaje por su patria, el que se muere de ella?

No eche al cesto estos renglones, para volver a leerlos juntos. Me pidió dos, y vea. Eso le dirá cómo le estima su amigo,

JOSÉ MARTÍ

A Serafín Bello

New York, 16 de noviembre de 1889

Sr. Serafín Bello

Amigo mío:

Dos días mis y ya me habrá perdonado. Ante todo, ha hecho muy bien en lo de Guerra, a quien he de ver mañana domingo. Soy un infeliz que de nada puedo servir a los que quiero. Le diré lo que debo a Guerra, y creo que podrá Ud. esperar con más calma hasta el fin necesario de la huelga.

Por lo que le tengo que pedir perdón, es por mi abandono aparente en no haberle escrito. Pena ha sido, y es: pena pública parecida a la agonía: acaso luego le diga al correr de la pluma. Pero ni un día he dejado de pensar en Ud., y en lo que me dijo un poeta de Venezuela, que “los árboles tenían el corazón en el tronco”, aludiendo a las penas que caen sobre las almas fuertes. Ni un día he dejado de pensar en el Cayo. El autonomismo es sueño aunque le parezca a Ud. que lo verán sus ojos: deme Ud. el Cayo tranquilo, y la ocasión de que nuestro pueblo vea por sí quiénes lo sirven de veras, y el autonomismo se disipará, como la sombra que es. Al viaje del Jorge Juan no le doy importancia política: social la tiene, porque indican cómo se transforman, por los intereses comunes, los elementos de población de nuestro país y lo que parece deserción patriótica, acaso sea la prueba de que en una lucha bien entendida por la libertad, sin lisonjas al descontento ni complicidades con el poderoso, si se ve que las aspiraciones de Cuba van de modo que satisfagan las de la libertad a la vez, no estarán solos en Cuba los cubanos. Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes: yo no le tengo miedo, porque la justicia y el peso de las cosas son remedios que no fallan: es un león que devora en las horas de calentura, pero se le lleva, sin necesidad de cerrarle los ojos con un hilo de cariño. Se cede en lo justo y lo injusto cae solo. Es todo el secreto de esas luchas que

parecen terribles y solo lo son mientras no entran en ellas, de un lado y de otro, los hombres cordiales. La huelga sería más de lamentar si fuese, como me dice que es, resultado del maltrato y desdén más que de la injusticia de la paga. Estas cosas de paga son de relación y localidad, y solo se pueden ver sobre el terreno, aunque por lo que Ud. me dice y leo, la razón está, como suele, del lado de los débiles. Pero lo que no puedo entender es que un hombre, por tener cuenta gorda en el banco, se crea como corona entre los demás hombres, cuando lo que a mí me sucede es lo contrario, por la prueba que llevo en mi mismo, y saber que la riqueza se acumula generalmente con sacrificios de la honra y con abusos, por más que sepa yo que, con paciencia y trabajo asiduo, puede llegarse a la fortuna honrada. El corazón se me va a un trabajador como a un hermano. Unos escribiendo la hoja y otros torciéndola. En una mesa tinta, y en la otra, tripa y capa. Del tabaco solo queda la virtud del que lo trabaja. De la hoja escrita queda tal vez la razón de su derecho, y el modo de conquistarlo. Pero estas cosas no se deben decir, porque pueden parecer adulación. Se demuestra a su hora, que es mejor que decirlas. De mí, Ud. las sabe, y me basta. Lo que yo veo, ya le digo, es lo que desde hace tiempo estoy viendo. A los elementos sociales es a lo que hay que atender, y a satisfacer sus justas demandas, si se quiere estudiar en lo verdadero el problema de Cuba, y ponerlo en condiciones reales. El hombre de color tiene derecho a ser tratado por sus cualidades de hombre, sin referencia alguna a su color: y si algún criterio ha de haber, ha de ser el de excusarle las faltas a que lo hemos preparado, y a que lo convidamos por nuestro desdén injusto. El obrero no es un ser inferior, ni se ha de tender a tenerlo en corrales y gobernarlo con la pica, sino en abrirle, de hermano a hermano, las consideraciones y derechos que aseguran en los pueblos la paz y la felicidad. El hombre se limitaría por sí mismo, y no son necesarios más límites. El aseado es la nobleza y el desaseo la plebe. El que cultiva su inteligencia va de un lado, y el que no la cultiva va de otro. Los honrados son mi círculo, y otro los picaros. ¡Quiero yo saber quién no desea estar entre los nobles! Pero eso ha de dejarse a lo natural, y las condiciones de la felicidad deben estar sinceramente abiertas, y con igualdad rigurosa, a todo el mundo. Ni me ocurre que se pueda pensar de otra manera. Pero se piensa. Y se retarda el bien de los hombres, y por torpeza e injusticia, el de nuestra patria. Ni creo en el abandono del Cayo. La huelga ha de terminar, no sin enseñanzas, y sin provecho de los obreros, aun cuando la pierdan. Y

empezaría para Ud. la tranquilidad, con el trabajo que ha de hallar allí, fuera de toda duda, y el gusto para Ud. necesario, de ser útil a los demás con lo que se lo es a sí propio. Servirse a sí solo es un robo.

¿Por qué no le he escrito? ¿Por qué no he empezado la campaña activa? ¿Por qué no he publicado como enseña el periódico? ¿Por qué no le he convidado ya, a Ud. y a todos los hombres que andan sueltos, poner juntos los corazones, para sacar derecho ante la Isla, y ante los que creo que puedo allegarle como auxiliares? De esto no le quisiera hablar, y es lo que me ha quitado la pluma de la mano. Tiene métodos muy sutiles la ambición poderosa, y sería preciso que estuviese Ud. aquí, y aun estando no lo vería acaso bien, para entender cuanto estrago hace, hasta en los más fieles, la esperanza funesta, y enteramente secundada por los mismos nuestros, por interés o fanatismo, de que a Cuba le ha de venir algún bien de un Congreso de naciones americanas donde, por grande e increíble desventura, son tal vez más las que se disponen a ayudar al gobierno de los Estados Unidos a apoderarse de Cuba, que las que comprendan que les va su tranquilidad y acaso lo real de su independenciam, en consentir que se quede la llave de la otra América en estas manos extrañas. Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros. Podríamos impedirlo, con habilidad y recursos; que los arranques y la claridad de juicio, pueden, con buen manejo, vencer a la fuerza. En la soledad en que me veo—porque cual más cual menos espera lo que abomino—lo he de impedir, he de implorar, estoy implorando, pongo al servicio de mi patria en el silencio todo el crédito que he podido irle dando en esas tierras hermanas a mi nombre. Con dos o tres leales haré cuanto pueda y acaso, como parte de estos trabajos, publique dentro de muy pocos días, en cuanto pueda hacerlo con decoro, una hoja donde con el alma que Ud. conoce, diga la verdad, y junte, sin miedo a tibios y a señores, a los que deben estar juntos. Del Cayo quiero ver surgir una admirable protesta. Que de allí nazca, porque de allí tiene derecho a nacer. Pero con propósito y pensamiento que no se queden allí. Es preciso que Cuba sepa quiénes y para qué, quieren aquí la anexión. De Cuba, en la desesperación, la anhelan los que guían: no la juventud, no la población mayor. La corriente es mucha, y nunca han estado tan al converger los anexionistas ciegos de la Isla, y los anexionistas yanquis. Para mí, sería morir. Y para nuestra patria. No es mi pasión lo que me dará

fuerzas para luchar, solo, en la verdad de las cosas; sino mi certidumbre de que de semejante fin solo esperan a nuestra tierra las desdichas y el éxodo de Texas, y que el predominio norteamericano que se intenta en el continente haría el mismo éxodo, en las cercanías sumidas al menos, odioso e inseguro.

Ese es mi dolor, y de lo que veo y sé vivo en perpetuas bascas. Está bien que se me cierre el correo, para que no se me vaya la pluma. Sepa que su amigo está sufriendo muy de veras, y que no olvida a su patria, ni lo olvida.

A sus hijos que pienso mucho en ellos.

Ud. mande a su amigo,

JOSÉ MARTÍ

A Gonzalo de Quesada

New York, 16 noviembre/ 89

Mi muy querido Gonzalo:

Tengo un hijo, y no hubiera querido que a sus años de Vd. y en nuestra situación me escribiese sino lo que Vd. me escribe. No quería violentar su opinión; pero me tenía apenado que por respetos, o por la culpa del aire, pudiese ser otra de la que es. Poco vale este amigo infeliz e impotente; pero sabe dónde está la virtud, y el modo de conciliarla con las obligaciones de la vida, sin faltar a estas ni a ella. Las almas nacidas para la honradez no tienen conveniencia, ni viven tranquilas, fuera de la honradez. Ancho campo hay en el mundo para vivir con decoro: aquí, o donde lo haya. Vd. me da con su nobleza valor para decirle esto. Tanta fealdad de alma estoy viendo a mi alrededor, que me siento tentado a darle gracias por ser Vd. como es; porque las malas acciones me entristecen, como si las cometiera yo, y las buenas me dan bríos para pelear. Aún se puede, Gonzalo. Son algunos los vendidos y muchos los venales; pero de un bufido del honor puede echarse atrás a los que, por hábitos de rebaño, o el apetito de las lentejas, se salen de las filas en cuanto oyen el látigo que los convoca, o ven el plato puesto. El interés de lo que queda de honra en la América Latina,—el respeto que impone un pueblo decoroso—la obligación en que esta tierra está de no declararse aún ante el mundo pueblo conquistador—lo poco que queda aquí de republicanismo sano—y la posibilidad de obtener nuestra independencia antes de que le sea permitido a este pueblo por los nuestros extenderse sobre sus cercanías, y regirlos a todos:—he ahí nuestros aliados, y con ellos emprendo la lucha. Con dinero, Gonzalo, e nada le temería. No son sueños. ¿De qué sirven un poco de habilidad, y el desprecio de la vida que no se puede emplear en el bien común? Con la energía de la honradez, se pueden cruzar aceros contra los fuertes arrogantes, aunque les vayan levantando las manos los que, por su defensa y

la nuestra, se debían poner frente a ellos. Yo sé lo que yo haría, y lo que puedo hacer, y cuán pronto lo haría. Y lo que pueda, lo haré. Ya estaría el periódico publicado, por Cuba y por nuestra América que son unas en mi previsión y mi cariño, si pudiese decidirme yo a aceptar ayuda de los que, en público o en secreto, no comparten por entero mi modo de pensar. Y lo que me detiene es que ideas de esta dignidad no deben aparecer con pobreza ante el público, porque es dañarlas más que defenderlas, y no veo claro el modo de sacar el periódico a la luz con la frecuencia y holgura que en estos meses de combate son necesarias. Lo haré, como pueda, porque es preciso. ¿Pero qué he de poder hacer con \$25, que es lo que puedo quitarles de la boca a los que reciben el pan de mí, y \$15 más que tres amigos redondos me tienen ofrecido? \$5 le impongo a Vd. de contribución mensual, si el periódico se publica, por seis meses a lo menos. Y las ideas saldrán a luz, en una forma u otra, y el periódico, aunque no fuese más que con los \$40. ¿No lo ofendería a Vd. si no aceptara su oferta? ¿Cómo dejar sin defensa a aquello a quien no defiende nadie, y están tantos dispuestos a vender?

Tengo que celebrarle la inquietud en que me dice que está, porque no ha de ser solo la pena de no ver a su amiga y a sus padres, sino la desazón que los corazones limpios sienten en la compañía forzosa y abominable de los hombres que en una u otra forma venden su honor al interés. No se me cure nunca de esta noble enfermedad; aunque no le oculto que lleva a lo que yo siento ahora, que son náuseas de muerte. Ni crea a los tentadores que por obrar mal ellos andan buscando quien obrando cómo ellos les sirva de excusa a sus propios ojos; y le dirán que esos de Vd. son escrúpulos de la juventud, que se le acabarán cuando entre en años. Se le acabarán cuando se le acabe la honradez. Se puede ser próspero y virtuoso. Piense como piensa, observe mucho, calle más, elija buena compañera, y será a la vez bueno y feliz.

Me es muy valioso lo que me dice, y le he de agradecer mucho que me tenga al tanto de cuantas opiniones sobre Cuba lleguen a su noticia, salvo las que por su carácter privado, y de la delegación de Vd., no le pertenezcan. Pero sí, de lo que ande de boca en boca, cuanto nos ayude para ir guiándonos en esta campaña: ¿cuándo nos deparaba, para empezar al fin, una ocasión tan propicia la fortuna! Hay que levantarse, sacudirse el polvo y seguir andando. He leído su carta con júbilo de padre.

Su

JOSÉ MARTÍ

A Gonzalo de Quesada

Sábado 14 [Nueva York, diciembre, 1889]

Mi muy querido Gonzalo:

Anoche a vuela pluma le contesté, y ahora recibo, con agradecimiento y provecho, el dato que me manda.

En las cosas de la Conferencia, veo con júbilo que la Argentina crece en autoridad. Pero ¿no nota Vd. que está como vencida de antemano, y como rodeada, en las únicas comisiones trascendentales de la Conferencia, no porque las otras no debieran serlo, sino porque solo sirven de ocasión y disfraz para las dos que llamaré yo comisiones reales: la de Ley Internacional y la del Bien General? Ya sabía yo, y dije, que estarían en ella los que están. A Quintana le dan puesto, para alardear de imparcialidad, porque lo creen vencido. Vea cómo está compuesta la Comisión del Bien General: la encabeza Henderson, el caudillo de la agresión: están, por supuesto, Guatemala, cuya historia íntima con los Estados Unidos es poco menos que odiosa, es odiosa, y Bolet el blainista confeso. ¿A Colombia, quién no la teme, aunque en Hurtado hay valer, si se tienen en cuenta las obligaciones secretas, y las necesidades políticas y financieras, de Núñez? ¿El Brasil, puede rebelarse francamente contra su único mercado, y después de los agasajos de Henderson? Bolivia parece venir aquí con más amores de los que convienen a la paz y desarrollo natural de la República Argentina. Y en la comisión de Ley Internacional, todo está en saber quién es Caamaño. ¿Por qué vuelven a estar allí, si no están para algo, Cruz y Bolet? Difícil, pero hermoso y envidiable puesto, ha dado la fortuna a Quintana. El guardián de la América Latina.

Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla, a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay

en los anales de los pueblos libres: Ni maldad más fría. ¿Morir, para dar pie en qué levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio? Valen más nuestras vidas, y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto. ¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven, con alardes disimulados de patriotismo, estos intereses!

Vigilar, es lo que nos toca; e ir averiguando quién está dispuesto a tener piedad de nosotros. Pronto, Gonzalo, la carta a *El Rifle*. Y a *La Nueva Era*. Dé mi nombre al Director, y escriba la carta pública, por su posición sin firma. No le dé pena el secreto. La gloria, que al cabo es de quien la merece, tiene lo que llaman en México a las noticias que vienen por el aire “su correo de las brujas”.

Su

JOSÉ MARTÍ

A Gonzalo de Quesada

Abril 10 [Nueva York, 1890]

¿Qué le pasó, Gonzalo, o qué cosa no me quiso decir, que se fue sin verme? Solo por unas líneas del Sr. Sáenz Peña supe que Gonzalo no estaba en New York.

¿Sabe que apenas puedo contener el deseo de volver a Washington? El peligro en Cuba arrecia. La organización tiene que comenzar. ¿Cómo, siendo tan pobre como soy, y habiendo, en lo de anexión sobre todo, tantos vacilantes? Es la hora de empegar a obrar, y en Washington, sin que se sienta, ni se vea, ni se ponga en riesgo el trabajo por el anuncio incauto o el entusiasmo indiscreto, está ahora el campo de operaciones. Mi deseo de recoger datos es suficiente causa ostensible, puesto que es causa real para mi visita. Sin hablar de Cuba, caso de que fuese posible no hablar de ella, lo que yo haya de escribir en pro de América resultará forzosamente en pro nuestro, y será una plegaria útil, que moverá al interés a ayudar lo que manda hacer el sentimiento.

¿Qué tenía que callarme, que no me quiso ver? ¿O andaba en tormenta de amores? Ya sabe qué yo conozco los mares tristes, y sé cómo se ha de hacer para no zozobrar.

Mande a su amigo

JOSÉ MARTÍ

A Roque Sáenz Peña

Nueva York, 10 de abril de 1890

Señor Roque Sáenz Peña

Mi distinguido amigo:

Recibo su carta, y no necesito decirle que también sentí muy de veras no haber tenido ocasión de saludarlo en su visita demasiado rápida. Pero usted volverá en días de más sol, y repararé el tiempo perdido.—De ningún modo desmayo en el pensamiento de poner en claro, con toda la viveza con que usted y yo lo sentimos, el problema de nuestra América, de modo que confirmemos nuestra independencia antes de que se creen, como pudieran crearse, las condiciones que nos la podrían arrebatarse. Y luego, el corazón me sangra por mi tierra, y yo quiero que ella vaya, salvándose y salvando, por donde nuestra América va. Este no es interés mío, sino americano, y no tengo derecho de rechazar la ayuda que me ofrece, si con ella podemos sacar de confusiones un estado político que gracias a la Argentina, y a ciertos discursos que yo sé, ha comenzado a ser menos amenazante. No es solo su primer discurso de usted el que me parece notable: el segundo que era más difícil, lo supera.—Leo en los diarios de hoy que el miércoles próximo se cierra la Conferencia; y contengo a duras penas el deseo de volver a Washington, y dejar caer aquí y allá, antes de la dispersión, ideas que considero útiles, y una súplica cauta, y muy privada, por mi patria.—Lo saluda muy afectuosamente, y se pone a los pies de la señora,

su amigo y servidor,

JOSÉ MARTÍ

Al General Porfirio Díaz Mory

México, 23 de julio de 1894

General Porfirio Díaz

Señor:

Un cubano prudente, investido hoy con la representación de sus conciudadanos,—que ha probado sin alarde, y en horas críticas, su amor vigilante a México,—y que no ve en la independencia de Cuba la simple emancipación política de la Isla, sino la salvación, y nada menos, de la seguridad e independencia de todos los pueblos hispanoamericanos, y en especial de los de la parte norte del continente, ha venido a México, confiado en la sagacidad profunda y constructiva del General Díaz, y en su propia y absoluta discreción, a explicar en persona al pensador americano, que hoy preside a México la significación y el alcance de la revolución sagrada de independencia, y ordenada y previsoramente, a que se dispone Cuba.

Los cubanos no la hacen para Cuba solo, sino para la América; y el que los representa hoy viene a hablar, en nombre de la república naciente, más que al jefe oficial de la república que luchó ayer por lo que Cuba vuelve a luchar hoy, al hombre cauto y de fuerte corazón que padeció por la libertad del continente, que la mantiene hoy con la dignidad y unidad que da a su pueblo, y que no puede desoír, ni ver como extraños, a los que a las puertas de su patria, en el cruce futuro y cercano del mundo, y frente a una nación ajena y necesitada, van a batallar por el decoro y bienestar de sus compatriotas, y el equilibrio y seguridad de nuestra América. Trátase, por los cubanos independientes, de impedir que la Isla corrompida en manos de la nación de que México se tuvo también que separar, caiga, para desventura suya y peligro grande de los pueblos de origen español en América, bajo un dominio funesto a los pueblos americanos. El ingreso de Cuba en una república opuesta y hostil,—fin fatal si se demora la

independencia hoy posible y oportuno,—sería la amenaza, si no la pérdida, de la independencia de las repúblicas hispano-americanas de que parece guardián y parte por el peligro común, por los intereses, y por la misma naturaleza.

El General Díaz aparece ante los americanos pensadores como un hombre igualmente capaz de servir a su patria con el valor heroico y con el silencio de la prudencia. Por eso, con toda la autoridad que los cubanos le han dado,—con la de los sucesos que lleva en sí,—y con la de su amor probado a México, solicita afectuosamente el que suscribe del General Díaz el honor de una conversación que no puede ser inútil a la amistad indispensable de México y Cuba,— que merece quien—como el que firma—conoce, como mexicano que: con el alma es, toda la delicadeza de la situación de México, y todas sus obligaciones oficiales.

En asunto de grandeza, se llama a un hombre grande. Así aguarda la respuesta del General Díaz.

Su servidor respetuoso

JOSÉ MARTÍ
Hotel Iturbide, Cuarto n. 51.



El carácter de la *Revista Venezolana*

He aquí el segundo número de la *Revista Venezolana*. Fervorosas palabras de simpatía por una parte y naturales muestras de extrañeza por la otra, saludaron la aparición del número primero: todo nuevo viajero halla pródigo sol que lo caliente, y ramas que le azoten el rostro en el camino.—Débense al público, no aquellas explicaciones que tengan por objeto cortejar gustos vulgares, ni ceder a los apetitos de lo frívolo; sino aquellas que tiendan a asegurar el éxito de una obra sana y vigorosa, encaminada, por vías de amor y de labor, a sacar a luz con vehemencia filial cuanto interese a la ventura de estos pueblos.

No citaremos, sino agradeceremos en silencio, las demostraciones de ardoroso afecto que la *Revista Venezolana* ha recibido: mas, ni debe intentarse lo mezquino, aunque de ello venga provecho mayor que de intentar lo grande, ni debe dejarse sin respuesta, por lo que al logro de lo grande importa, cuanto a desfigurarle o a estorbarlo se dirige. Seguro de sí mismo, por enamorado, por trabajador, y por sincero, ni con las alabanzas se ofusca, ni ante interesados juicios ceja, el director de la *Revista Venezolana*. La obra de amor ha hallado siempre muchos enemigos.

Unos hallan la *Revista Venezolana* muy puesta en lugar, y muy precisa, como que encamina sus esfuerzos a elaborar, con los restos del derrumbe, la grande América nueva, sólida, batallante, trabajadora y asombrosa; y se regocijan del establecimiento de una empresa que no tiene por objeto entretener ocios, sino aprovecharse de ellos para mantener en alto los espíritus, en el culto de lo extraordinario y de lo propio; y nos aseguran que la tarea de hablar a los venezolanos calurosamente de su grandeza y beneficio, y los de la América, será estimada y favorecida en esta tierra buena, en su provecho interesada, y encendida en el fogoso amor de sus proezas: ¡quién se fatiga de tener padres gloriosos! ¡ni de oír hablar del modo de hacer casa a sus hijos!—Pero hallan otros que la *Revista Venezolana* no es

bastante variada, ni amena, y no conciben empresa de este género, sin su fardo obligado de cuentecillos de Andersen, y de imitaciones de Uhland, y de novelas traducidas, y de trabajos hojosos, y de devaneos y fragilidades de la imaginación, y de toda esa literatura blanda y murmurante que no obliga a provechoso esfuerzo a los que la producen ni a saludable meditación a los que leen, ni trae aparejadas utilidad y trascendencia.—Pues la *Revista Venezolana* hace honor de esta censura, y la levanta y pasea al viento a guisa de bandera.

¿Cómo? Cuando se tallan sobre las ásperas y calientes ruinas de la época pasada, los tiempos admirables y gloriosos que los enérgicos ingenios y elementos robustos de este pueblo anuncian; cuando es fuerza ir haciendo con mano segura atrás todo lo que estorba, y adelante a todo lo brioso y nuevo que urge; cuando vivimos en una época de incubación y de rebrote, en que, perdidos los antiguos quicios, andamos como a tientas en busca de los nuevos; cuando es preciso derribar, abrirse paso entre el derrumbe, clavar el asta verde, arrancada al bosque virgen, y fundar; cuando, poseedores de la excesiva introducción literaria que heredamos de la colonia perezosa, se vive en gran manera como extraño enfrente de esos mares que nos hablan de poder y de fama venideros, de esas selvas, guardadoras clementes de nuestra fortuna abandonada, y de esos montes de oro, que descuajados en fuego se estremecen coléricos bajo nuestras plantas, como con cansancio de su obligada pereza, y con enojo del desamor con que los vemos; cuando los árboles están de pie en los bosques, como guerreros dispuestos a la lidia, en espera de estos gallardos desdeñosos de los pueblos, que no acuden a desatarlos y a recoger el fruto de ese magnífico combate de los humanos y la naturaleza; cuando pueblan florestas suntuosas, naciones ignoradas, y se hablan raras lenguas por sendas escondidas, a cuyos bordes son abono de la tierra los frutos que podrían ir más adelante en nave nuestra a ser gala y señuelo en los mercados; cuando vagan por entre nosotros, a modo de visiones protectoras, grandes muertos erguidos que demandan a cada hijo que vive su golpe de martillo en la faena de la patria nueva; cuando hay tres siglos que hacer rodar por tierra, que entorpecen aún nuestro andar con sus raíces, y una nación pujante y envidiable que alzar, a ser sustento y pasmo de hombres: ¿será alimento bastante a un pueblo fuerte, digno de su alta cuna y magníficos destinos, la admiración servil a extraños rimadores, la aplicación cómoda y perniciosa de indagaciones de otros mundos, el canto lánguido de los comunes dolorcillos, el cuento hueco en que se fingen pasiones perturbadoras y malsanas, la

contemplación peligrosa y exclusiva de las nimias torturas personales, la obra brillante y pasajera de la imaginación estéril y engañosa?—No: no es esta la obra. Es la imaginación ala de fuego, mas no tórax robusto de la inteligencia humana. Es la facilidad, sirena de los débiles; pero motivo de desdén para los fuertes, y para los pueblos causa de aflojamiento y grandes daños. De honda raíz ha de venir, y a grande espacio ha de tender toda obra de la mente. Deben sofocarse las lágrimas propias en provecho de las grandezas nacionales. Es fuerza andar a pasos firmes,—apoyada la mano en el arado que quiebra, descuaja, desortiga y avienta la tierra,—camino de lo que viene, con la frente en lo alto. Es fuerza meditar para crecer: y conocer la tierra en que hemos de sembrar. Es fuerza convidar a las letras a que vengan a andar la vía patriótica, de brazo de la historia, con lo que las dos son mejor vistas, por lo bien que hermanan, y del brazo del estudio, que es padre prolífico, y esposo sincero, y amante dadivoso. Es fuerza, en suma, ante la obra gigantesca, ahogar el personal hervor, y hacer la obra.

Cierto que, pasajeros de la nave humana, somos, a par del resto de los hombres, revueltos y empujados por las grandes olas; cierto que, venidos a la vida en época que escruta, vocea y disloca, ni los clamores, ni los provechos, ni las faenas del universo batallador nos son extrañas; cierto también que por nacer humanos, singulares dolores nos aquejan, como de águila forzada a vivir presa en un menguado huevecillo de paloma. Mas ni el fecundo estudio del maravilloso movimiento universal nos da provecho,—antes nos es causa de amargos celos y dolores,—si no nos enciende en ansias de combatir por ponernos con nuestras singulares aptitudes a la par de los que adelantan y batallan; ni hemos de mirar con ojos de hijo lo ajeno, y con ojos de apóstata lo propio; ni hemos de ceder a esta voz de fatiga y agonía que viene de nuestro espíritu espantado del ruido de los hombres. De llorar, tiempo se tiene en la callada alcoba, frente a sí mismo, en la solemne noche: durante el día, la universal faena, el bienestar de nuestros hijos y la elaboración de nuestra patria nos reclaman.

Animada de estos pensamientos, y anhelos de hacer la obra más útil, la *Revista Venezolana* viene a luz, no para dar salida a producciones meramente literarias, de las que vive sin embargo tan pagado y a las que con doloroso amor secreto se abandona el que esto escribe y comienza por alejar con mano resuelta de estas páginas, sus propias hijas nacidas en pañales de Europa, o en pañal de lágrimas; no para alimentar sus ediciones de trabajos varios, sin orden ni concierto, ni gran traba entre sí, ni fin común, ni más analogía que la que viene de la imaginación que las engendra; no a ser

casa de composiciones aisladas, sin plan fijo, sin objeto determinado, sin engranaje íntimo, sin marcado fin patrio:—viene a dar aposento a toda obra de letras que haga relación visible, directa y saludable con la historia, poesía, arte, costumbres, familias, lenguas, tradiciones, cultivos, tráficos e industrias venezolanas. Quien dice Venezuela, dice América: que los mismos males sufren, y de los mismos frutos se abastecen, y los mismos propósitos calienta el que en las márgenes del Bravo codea en tierra de México al apache indómito, y el que en tierra del Plata vivifica sus fecundas simientes con el agua agitada del Arauco. Como balcón por donde asome a nuestro mundo feraz el mundo antiguo, y porque es elemento útil de nuestra vida, estará el movimiento universal representado por el extracto sucinto y provechoso de los grandes libros que en toda parte del mundo se publiquen. Y como dan medida justa de este sano pueblo el sentimiento ingenuo, el dolor casto y la pasión caballeresca de sus poetas, con rimas suyas irán siempre esmaltadas estas páginas humildes, soberbias solo en el vigor con que han de defender la obra que intentan. Más vale estar en ocio que emplearse en lo mezquino. Y callar, que no hablar verdad. Pero enfrente a la faena, es deber el trabajo, prueba la injusticia y el silencio culpa.—Determinado así nuestro propósito, excusado es decir lo que está fuera de él, o cabe en él.

De esmerado y de pulcro han motejado algunos el estilo de alguna de las sencillas producciones que vieron la luz en nuestro número anterior. No es defensa, sino aclaración, la que aquí hacemos. Uno es el lenguaje del gabinete: otro el del agitado parlamento. Una lengua habla la áspera polémica: otra la reposada biografía. Distintos goces nos produce, y diferentes estilos ocasiona, el deleite de crepúsculo que viene de contemplar cuidadosamente lo pasado, y el deleite de alba que origina el penetrar anhelante y trémulo en lo por venir. Aquel es ocasionado a regocijos de frase, donaire y discreto: este a carrera fulgurosa y vívida, donde la frase suene como escudo, taje como espada y arremeta como lanza. De lo uno son condiciones esenciales el reposo, la paciencia: de lo otro, el ansia y el empuje. De aquí que un mismo hombre hable distinta lengua cuando vuelve los ojos ahondadores a las épocas muertas, y cuando, con las angustias y las iras del soldado en batalla, esgrime el arma nueva en la colérica lid de la presente. Está además cada época en el lenguaje en que ella hablaba como en los hechos que en ella acontecieron, y ni debe poner mano en una época quien no la conozca como a cosa propia, ni conociéndola de esta manera es dable esquivar el encanto y unidad artística que

lleva a decir las cosas en el que fue su natural lenguaje. Este es el color, y el ambiente, y la gracia, y la riqueza del estilo. No se ha de pintar cielo de Egipto con brumas de Londres; ni el verdor juvenil de nuestros valles con aquel verde pálido de Arcadia, o verde lúgubre de Erin. La frase tiene sus lujos, como el vestido, y cuál viste de lana, y cuál de seda, y cuál se enoja porque siendo de lana su vestido no gusta de que sea de seda el de otro. Pues ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero? Solo que aumentan las verdades con los días, y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje. Que la sencillez sea condición recomendable, no quiere decir que excluya del traje un elegante adorno. De arcaico se tachará unas veces, de las raras en que escriba, al director de la *Revista Venezolana*; y se le tachará en otras de neólogo: usará de lo antiguo cuando sea bueno, y creará lo nuevo cuando sea necesario: no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.

Queda con esto, agradecido tiernamente el amoroso concepto que a muchos merecemos, respondida sin vacilación la extrañeza que a otros hemos causado, y determinado con fijeza el carácter de la *Revista Venezolana*. La sinceridad: he aquí su fuerza. El estudio: he aquí su medio. Y un derecho solo recaba para sí: su derecho a lo grande.

La *Revista Venezolana*, no. 2, Caracas, 15 de julio de 1881.

Prólogo a *El Poema del Niágara*

¡Pasajero, detente! Este que traigo de la mano no es zurcidor de rimas, ni repetidor de viejos maestros,—que lo son porque a nadie repitieron,—ni decididor de amores, como aquellos que trocaron en mágicas cítaras el seno tenebroso de las traidoras góndolas de Italia, ni gemidor de oficio, como tantos que fuerzan a los hombres honrados a esconder sus pesares como culpas y sus sagrados lamentos como pueriles futilidades! Este que viene conmigo es grande, aunque no lo sea de España, y viene cubierto: es Juan Antonio Pérez Bonalde, que ha escrito *El poema del Niágara*. Y si me preguntas más de él, curioso pasajero, te diré que se midió con un gigante y no salió herido, sino con la lira bien puesta sobre el hombro—porque este es de los lidiadores buenos, que lidian con la lira,—y con algo como aureola del triunfador sobre la frente. Y no preguntes más, que ya es prueba sobrada de grandeza atreverse a medirse con gigantes; pues el mérito no está en el éxito del acometimiento, aunque este volvió bien de la lid, sino en el valor de acometer.

¡Ruines tiempos, en que no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa, y sentarse en silla de oro, y vivir todo dorado; sin ver que la naturaleza humana no ha de cambiar de como es, y con sacar el oro afuera, no se hace sino quedarse sin oro alguno adentro! ¡Ruines tiempos, en que son mérito eximio y desusado el amor y el ejercicio de la grandeza! Son los hombres ahora como ciertas damiselas, que se prendan de las virtudes cuando las ven encomiadas por los demás, o sublimadas en sonante prosa o en alados versos, mas luego que se han abrazado a la virtud, que tiene forma de cruz, la echan de sí con espanto, como si fuera mortaja roedora que les comiera las rosas de las mejillas, y el gozo de los besos, y ese collar de mariposas de colores que gustan de ceñirse al cuello las mujeres! ¡Ruines tiempos, en que los sacerdotes no merecen ya la alabanza ni la veneración de los poetas, ni los poetas han comenzado todavía a ser sacerdotes!

¡Ruines tiempos!—no para el hombre en junto, que saca, como los insectos, de sí propio la magnífica tela en que se ha de pasear luego el espacio; sino para estos jóvenes eternos; para estos sentidores exaltables,

reveladores y veedores, hijos de la paz y padres de ella; para éstos creyentes fogosos, hambrientos de ternura, devoradores de amor, mal hechos a los pies y a los terruños, henchidos de recuerdos de nubes y de alas, buscadores de sus alas rotas, pobres poetas! Es su natural oficio sacarse del pecho las águilas que en él les nacen sin cesar,—como brota perfumes una rosa, y da conchas la mar y luz el sol,—y sentarse, a par que con sonidos misteriosos acompañan en su lira a las viajeras, a ver volar las águilas:—pero ahora el poeta ha mudado de labor, y anda ahogando águilas. ¿Ni qué vuelta irán, si con el polvo del combate que hace un siglo empezó y aún no termina, están oscurecidas hoy las vueltas? ¿Ni quién las seguirá en su vuelo, si apenas tienen hoy los hombres tiempo para beber el oro de los vasos, y cubrir de él a las mujeres, y sacarlo de las minas?

Como para mayor ejercicio de la razón, aparece en la naturaleza contradictorio todo lo que es lógico; por lo que viene a suceder que esta época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden a toda grandeza, a entrar en el goce de sí mismos, y a ser reyes de reyes, es para los poetas,—hombres magnos,—por la confusión que el cambio de estados, fe y gobiernos acarrea, época de tumulto y de dolores, en que los ruidos de la batalla apagan las melodiosas profecías de la buena ventura de tiempos venideros, y el trasegar de los combatientes deja sin rosas los rosales, y los vapores de la lucha opacan el brillo suave de las estrellas en el cielo. Pero en la fábrica universal no hay cosa pequeña que no tenga en sí todos los gérmenes de las cosas grandes, y el cielo gira y anda con sus tormentas, días y noches, y el hombre se revuelve y marcha con sus pasiones, fe, y amarguras; y cuando ya no ven sus ojos las estrellas del cielo, los vuelve a las de su alma.—De aquí esos poetas pálidos y gemebundos; de aquí esa nueva poesía atormentada y dolorosa; de aquí esa poesía íntima, confidencial y personal, necesaria consecuencia de los tiempos, ingenua y útil, como canto de hermanos, cuando brota de una naturaleza sana y vigorosa, desmayada y ridícula cuando la ensaya en sus cuerdas un sentidor flojo, dotado, como el pavón de plumaje brillante, del don del canto.

Hembras, hembras débiles parecerían ahora los hombres, si se dieran a apurar, coronados de guirnalda de rosas, en brazos de Alejandro y de Cebete, el falerno meloso que sazonó los festines de Horacio. Por sensual queda en desuso la lírica pagana; y la cristiana, que fue hermosa, por haber cambiado los humanos el ideal del Cristo, mirado ayer como el más pequeño de los dioses, y amado hoy como el más grande, acaso, de los

hombres. Ni líricos ni épicos pueden ser hoy con naturalidad y sosiego los poetas; ni cabe más lírica que la que saca cada uno de sí propio, como si fuera su propio ser el asunto único de cuya existencia no tuviera dudas, o como si el problema de la vida humana hubiera sido con tal valentía acometido y con tal ansia investigado,—que no cabe motivo mejor, ni más estimulante, ni más ocasionado a profundidad y grandeza que el estudio de sí mismo. Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen, se engañan. Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras interiores, los puños con que escriben. No hay pintor que acierte a colorear con la nubedad y transparencia de otros tiempos la aureola luminosa de las vírgenes, ni cantor religioso o predicador que ponga unción y voz segura en sus estrofas y anatemas. Todos son soldados del ejército en marcha. A todos besó la misma maga. En todos está hirviendo la sangre nueva. Aunque se despedacen las entrañas, en su rincón más callado están, airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Inseguridad, la Vaga Esperanza, la Visión Secreta. Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la tierra—y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en todas la cabeceras! ¡Qué golpeo en el cerebro! ¡qué susto en el pecho! ¡qué demandar lo que no viene! ¡qué no saber lo que se desea! ¡qué sentir a la par deleite y náusea en el espíritu, náusea del día que muere, deleite de alba!

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remodelo son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes; vislúmbrense apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques. De todas partes solicitan la mente ideas diversas—y las ideas son como los pólipos, y como la luz de las estrellas, y como las olas de la mar. Se anhela incesantemente saber algo que confirme, o se teme saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria. Partido así el espíritu en amores contradictorios e intranquilos; alarmado a cada instante el concepto literario por un evangelio nuevo; desprestigiadas y desnudas todas las imágenes que antes se reverenciaban; desconocidas aún las imágenes futuras, no parece posible, en este desconcierto de la mente, en esta revuelta vida sin vía fija, carácter definido, ni término seguro, en este miedo acerbo de las pobreza de la casa,

y en la labor varia y medrosa que ponemos en evitarlas, producir aquellas luengas y pacientes obras, aquellas dilatadas historias en verso, aquellas celosas imitaciones de gentes latinas que se escribían pausadamente, año sobre año, en el reposo de la celda, en los ocios amenos del pretendiente en corte, o en el ancho sillón de cordobán de labor rica y tachuelas de fino oro, en la beatífica calma que ponía en el espíritu la certidumbre de que el buen indio amasaba el pan, y el buen rey daba la ley, y la madre Iglesia abrigo y sepultura. Solo en época de elementos constantes, de tipo literario general y determinado, de posible tranquilidad individual, de cauces fijos y notorios, es fácil la producción de esas macizas y corpulentas obras de ingenio que requieren sin remedio tal suma de favorables condiciones. El odio acaso, que acumula y concentra, puede aún producir naturalmente tal género de obras, pero el amor rebosa y se esparce; y este es tiempo de amor, aun para los que odian. El amor entona cantos fugitivos, mas no produce,—por ser sentimiento culminante y vehemente cuya tensión fatiga y abruma,—obras de reposado aliento y laboreo penoso.

Y hay ahora como un desmembramiento de la mente humana. Otros fueron los tiempos de las vallas alzadas; este es el tiempo de las vallas rotas. Ahora los hombres empiezan a andar sin tropiezos por toda la tierra; antes, apenas echaban a andar, daban en muro de solar de señor o en bastión de convento. Se ama a un Dios que lo penetra y lo pervade todo. Parece profanación dar al Creador de todos los seres y de todo lo que ha de ser, la forma de uno solo de los seres. Como en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto de que se partió, se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los pies desnudos y los brazos abiertos; no un Cristo nefando y satánico, malevolente, odiador, enconado, fustigante, ajusticiador, impío. Y estos nuevos amores no se incuban, como antes, lentamente en celdas silenciosas en que la soledad adorable y sublime empollaba ideas gigantescas y radiosas; ni se llevan ahora las ideas luengos días y años luengos en la mente, fructificando y nutriéndose, acrecentándose con las impresiones y juicios análogos, que volaban a agruparse a la idea madre, como los abanderados en tiempo de guerra al montecillo en que se alza la bandera; ni de esta prolongada preñez mental nacen ahora aquellos hijos ciclópeos y desmesurados, de una época de callamiento y de repliegue, en que las ideas habían de convertirse en sonajas de bufón de rey, o en badajo de campana de iglesia, o en manjar de patíbulo; y en que era forma única de la expresión del juicio humano el chismeo donairoso en una mala plaza de las comedias de amor

trabadas entre las cazoletas de la espada y vuelos del guardainfante de los cortejadores y hermosas de la villa. Ahora los árboles de la selva no tienen más hojas que lenguas las ciudades; las ideas se maduran en la plaza en que se enseñan, y andando de mano en mano, y de pie en pie. El hablar no es pecado, sino gala; el oír no es herejía, sino gusto, y hábito, y moda. Se tiene el oído puesto a todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvillo sutil, por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios, la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de los árboles viejos. Todo es expansión, comunicación, florecencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no hacen familia en la mente, como antes, ni casa, ni larga vida. Nacen a caballo, montadas en relámpagos, con alas. No crecen en una mente sola, sino por el comercio de todas. No tardan en beneficiar, después de salida trabajosa, a número escaso de lectores; sino que, apenas nacidas, benefician. Las estrujan, las ponen en alto, se las ciñen como corona, las clavan en picota, las erigen en ídolo, las vuelcan, las mantean. Las ideas de baja ley, aunque hayan comenzado por brillar como de ley buena, no soportan el tráfico, el vapuleo, la marejada, el duro tratamiento. Las ideas de ley buena surgen a la postre, magulladas, pero con virtud de cura espontánea, y compactas y enteras. Con un problema nos levantamos; nos acostamos ya con otro problema. Las imágenes se devoran en la mente. No alcanza el tiempo para dar forma a lo que se piensa. Se pierden unas en otras las ideas en el mar mental, como cuando una piedra hiere el agua azul, se pierden unos en otros los círculos del agua. Antes las ideas se erguían en silencio en la mente, como recias torres, por lo que, cuando surgían, se las veía de lejos: hoy se salen en tropel de los labios, como semillas de oro, que caen en suelo hirviente; se quiebran, se rarifican, se evaporan, se malogran—¡oh hermoso sacrificio!—para el que las crea; se deshacen en chispas encendidas, se desmigajan. De aquí pequeñas obras fúlgidas; de aquí la ausencia de aquellas grandes obras culminantes, sostenidas, majestuosas, concentradas.

Y acontece también que con la gran labor común de los humanos, y el hábito saludable de examinarse, y pedirse mutuas cuentas de sus vidas, y la necesidad gloriosa de amasar por sí el pan que se ha de servir en los manteles, no estimula la época, ni permite acaso, la aparición aislada de entidades suprahumanas recogidas en una única labor de índole tenida por maravillosa y suprema. Una gran montaña parece menor cuando está

rodeada de colinas. Y esta es la época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras, época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres. Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito por la tierra. Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realzaba antes tanto su estatura. Y como todos van aprendiendo a cosechar los frutos de la naturaleza y a estimar sus flores, tocan los antiguos maestros a menos flor y fruto, y a más las gentes nuevas que eran antes cohorte mera de veneradores de los buenos cosecheros. Asítese como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placará a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso, que saben que no se es en la tierra, por grande criatura que se sea, más que arena de oro, que volverá a la fuente hermosa de oro, y reflejo de la mirada del Creador.

Y como el auvernés muere en París alegre, más que de deslumbramiento, del mal del país, y todo hombre que se detiene a verse, anda enfermo del dulce mal del cielo, tienen los poetas hoy—auverneses sencillos en Lutecia alborotada y suntuosa—la nostalgia de la hazaña. La guerra, antes fuente de gloria, cae en desuso, y lo que pareció grandeza, comienza a ser crimen. La corte, antes albergue de bardos de alquiler, mira con ojos asustados a los bardos modernos, que, aunque a veces arriendan la lira, no la alquilan ya por siempre, y aun suelen no alquilarla. Dios anda confuso; la mujer como sacada de quicio y aturdida; pero la naturaleza enciende siempre el sol solemne en medio del espacio; los dioses de los bosques hablan todavía la lengua que no hablan ya las divinidades de los altares; el hombre echa por los mares sus serpientes de cabeza parlante, que de un lado se prenden a las breñas agrestes de Inglaterra, y de otro a la riente costa americana; y encierra la luz de los astros en un juguete de cristal; y lanza por sobre las aguas y por sobre las cordilleras sus humeantes y negros tritones;—y en el alma humana, cuando se apagan los soles que alumbraron la tierra decenas de siglos, no se ha apagado el sol. No hay occidente para el espíritu del hombre; no hay más que norte, coronado de luz. La montaña acaba en pico; en cresta la ola empinada que la tempestad arremolina y echa al cielo; en copa el árbol; y en cima ha de acabar la vida humana.

En este cambio de quicio a que asistimos, y en esta refacción del mundo de los hombres, en que la vida nueva va, como los corceles briosos por los caminos, perseguida de canes ladrones; en este cegamiento de las fuentes y en este anublamiento de los dioses,—la naturaleza, el trabajo humano, y el espíritu del hombre se abren como inexhaustos manantiales puros a los labios sedientos de los poetas:—¡vacíen de sus copas de piedras preciosas el agrio vino viejo, y pónganlas a que se llenen de rayos de sol, de ecos de faena, de perlas buenas y sencillas, sacadas de lo hondo del alma,—y muevan con sus manos febriles, a los ojos de los hombres asustados, la copa sonora!

De esta manera, lastimados los pies y los ojos de ver y andar por ruinas que aún humean, reentra en sí el poeta lírico, que siempre fue, en más o en menos, poeta personal,—y pone los ojos en las batallas y solemnidades de la naturaleza, aquel que hubiera sido en épocas cortesanas, conventuales o sangrientas, poeta de epopeya. La batalla está en los talleres; la gloria, en la paz; el templo, en toda la tierra; el poema, en la naturaleza. Cuando la vida se asiente, surgirá el Dante venidero, no por mayor fuerza suya sobre los hombres dantescos de ahora, sino por mayor fuerza del tiempo.—¿Qué es el hombre arrogante, sino vocero de lo desconocido, eco de lo sobrenatural, espejo de las luces eternas, copia más o menos acabada del mundo en que vive? Hoy Dante vive en sí, y de sí. Ugolino roía a su hijo; mas él, a sí propio: no hay ahora mendrugo más dentado que un alma de poeta: si se ven con los ojos del alma, sus puños mondados y los huecos de sus alas arrancadas manan sangre.

Suspensa, pues, de súbito, la vida histórica; harto nuevas aún, y harto confusas, las instituciones nacientes para que hayan podido dar de sí—porque a los pueblos viene el perfume, como al vino, con los años—elementos poéticos; sacadas al viento, al empuje crítico, las raíces desmigajadas de la poesía añeja; la vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbética; la vida íntima febril, no bien enquistada, pujante, clamorosa, ha venido a ser el asunto principal y, con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna.

¡Mas cuánto trabajo cuesta hallarse a sí mismo! El hombre, apenas entra en el goce de la razón que desde su cuna le oscurecen, tiene que deshacerse para entrar verdaderamente en sí. Es un braceo hercúleo contra los obstáculos que le alza al paso su propia naturaleza y los que amontonan las ideas convencionales de que es, en hora menguada, y por impío consejo, y arrogancia culpable—alimentada. No hay más difícil faena que esta de

distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la espontánea y pre-natural; lo que viene con el hombre, de lo que le añaden con sus lecciones, legados y ordenanzas los que antes de él han venido. So pretexto de completar al ser humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pie junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados. Se viene a la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos. Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera, y la verdadera vida viene a ser como corriente silenciosa que se desliza invisible bajo la vida aparente, no sentida a las veces por el mismo en quien hace su obra cauta, a la manera con que el Guadiana misterioso corre luengo camino calladamente por bajo de las tierras andaluzas. Asegurar el albedrío humano; dejar a los espíritus su seductora forma propia; no deslucir con la imposición de ajenos prejuicios las naturalezas vírgenes; ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada: ¡he ahí el único modo de poblar la tierra de la generación vigorosa y creadora que le falta! Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales. Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste, mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos: urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca o envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos, y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso. Solo lo genuino es fructífero. Solo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado. Toca a cada hombre reconstruir la vida: a poco que mire en sí, la reconstruye. ¡Asesino aleroso, ingrato a Dios y enemigo de los hombres, es el que so pretexto de dirigir a las generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oído, antes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del odio! Reo es de traición a la naturaleza el que impide, en una vía u otra, y en cualquiera vía, el libre uso, la aplicación directa y el espontáneo empleo de las facultades magníficas del hombre.

¡Entre ahora el bravo, el buen lancero, el ponderoso justador, el caballero de la libertad humana—que es orden magna de caballería,—el que se viene derechamente, sin pujos de Valbuena ni rezagos de Ojeda, por la poesía épica de nuestros tiempos; el que movió al cielo las manos generosas,

en tono de plegaria, y las sacó de la oración a modo de anáfora sonora, henchida de estrofas opulentas y vibrantes, acariciada de olímpicos reflejos!—El poema está en el hombre, decidido a gustar todas las manzanas, a enjugar toda la savia del árbol del Paraíso y a trocar en hoguera confortante el fuego de que forjó Dios en otro tiempo la espada exterminadora! El poema está en la naturaleza, madre de senos pródigos, esposa que jamás desama, oráculo que siempre responde, poeta de mil lenguas, maga que hace entender lo que no dice, consoladora que fortifica y embalsama! Entre ahora el buen bardo del Niágara, que ha escrito un canto extraordinario y resplandeciente del poema inacabable de la naturaleza.

El poema del Niágara!—lo que el Niágara cuenta; las voces del torrente; los gemidos del alma humana; la majestad del alma universal; el diálogo titánico entre el hombre impaciente y la naturaleza desdeñosa; el clamor desesperado de hijo de gran padre desconocido que pide a su madre muda el secreto de su nacimiento; el grito de todos en un solo pecho; el tumulto del pecho que responde al bravío de las ondas; el calor divino que enardece y enala la frente del hombre a la faz de lo grandioso; la compenetración profética y suavísima del hombre rebelde e ignorador y la naturaleza fatal y reveladora, el tierno desposorio con lo Eterno, y el vertimiento deleitoso en la creación, del que vuelve a sí el hombre ebrio de fuerza y júbilo, fuerte como un monarca amado, ungido correy de la naturaleza!

El poema del Niágara!—el halo de espíritu que sobrerrodea el halo de agua de colores; la batalla de su seno, menos fragorosa que la humana; el oleaje simultáneo de todo lo vivo, que va a parar, empujado por lo que no se ve, encabritándose y revolviéndose, allá en lo que no se sabe; la ley de la existencia, lógica en fuerza de ser incomprensible, que devasta sin acuerdo aparente mártires y villanos, y sorbe de un hálito, como ogro famélico, un haz de evangelistas, en tanto que deja vivos en la tierra, como alimañas de boca roja que le divierten, haces de criminales; la vía aparejada en que estallan, chocan, se rebelan, saltan al cielo y dan en hondo hombres y cataratas estruendosas; el vocerío y combate angélico del hombre arrebatado por la ley arrolladora, que al par que cede y muere, blasfema, agítase como titán que se sacude mundos y ruge; la voz ronca de la cascada que ley igual empuja, y al dar en mar o en antro, se encrespa y gime; y luego de todo, las lágrimas que lo envuelven ahora todo, y el quejido desgarrador del alma sola: he ahí el poema imponente que este hombre de su tiempo vio en el Niágara.

Toda esa historia que va escrita es la de este poema. Como este poema es obra representativa, hablar de él es hablar de la época que representa. Los buenos eslabones dan chispas altas. Menguada cosa es lo relativo que no despierta el pensamiento de lo absoluto. Todo ha de hacerse de manera que lleve la mente a lo general y a lo grande. La filosofía no es más que el secreto de la relación de las varias formas de existencia. Mueven el alma de este poeta los afanes, las soledades, las amarguras, la aspiración del genio cantor. Se presenta armado de todas armas en un circo en donde no ve combatientes, ni estalos animados de público tremendo, ni ve premio. Corre, cargado de todas las armas que le pesan, en busca de batalladores. Halla un monte de agua que le sale al paso; y, como lleva el pecho lleno de combate, reta al monte de agua!

Bonalde, apenas puso los ojos sobre sí, y en su torno, viviendo en tiempo revuelto y en tierra muy fría, se vio solo, catecúmeno enérgico de una religión no establecida, con el corazón necesitado de adorar, con la razón negada a la reverencia; creyente por instinto; incrédulo por reflexión. En vano buscó polvo digno de una frente varonil para postrarse a rendir tributo de acatamiento; en vano trató de hallar su puesto, en esta época en que no hay tierra que no los haya trastrocado todos, en la confusa y acelerada batalla de los vivos; en vano, creado por mal suyo para empresas hazañosas, y armado por el estudio, del análisis que las reprime, cuando no las prohíbe o ridiculiza, persiguió con empeño las grandes acciones de los hombres, que tienen ahora a gala y prueba de ánimo fuerte, no emprender cosa mayor, sino muy suave, productiva y hacedera. En los labios le rebosaban los versos robustos; en la mano le vibraba acaso la espada de la libertad,—que no debiera, por cierto, llevar jamás espada; en el espíritu la punzante angustia de vivir sobrado de fuerzas sin empleo, que es como poner la savia de un árbol en el cuerpecillo de una hormiga. Los vientos corrientes le batían las sienas; la sed de nuestros tiempos le apretaba las fauces; lo pasado, ¡todo es castillo solitario y armadura vacía! lo presente, ¡todo es pregunta, negación, cólera, blasfemia de derrota, alarido de triunfo! lo venidero, ¡todo está oscurecido por el polvo y vapor de la batalla! Y fatigado de buscar en vano hazañas en los hombres, fue el poeta a saludar la hazaña de la naturaleza.

Y se entendieron. El torrente prestó su voz al poeta; el poeta su gemitivo de dolor a la maravilla rugidora. Del encuentro súbito de un espíritu ingenuo y de un espectáculo sorprendente surgió este poema palpitante, desbordado, exuberante, lujoso. Acá desmaya, porque los labios sajan las

ideas, en vez de darles forma. Allá se encumbra, porque hay ideas tales, que pasan por sobre los labios, como por sobre valla de carrizos. El poema tiene el alarde pindárico, el vuelo herediano, rebeldes curvas, arrogantes reboses, lujosos alzamientos, cóleras heroicas. El poeta ama, no se asombra. No se espanta, llama. Riega todas las lágrimas del pecho. Increpa, golpea, implora. Yergue todas las soberbias de la mente. Empuñaría sin miedo el cetro de la sombra. Ase la niebla, rásgala, penétrala. Evoca al Dios del antro; húndese en la cueva limosa; enfriase en torno suyo el aire; resurge coronado de luz; canta el *hosanna!* La luz es el gozo supremo de los hombres.—Ya pinta el río sonoro, turbulento, despeñado, roto en polvo de plata, evaporado en humo de colores. Las estrofas son cuadros: ora ráfagas de ventiquero; ora columnas de fuego; ora relámpagos. Ya Luzbel, ya Prometeo, ya Ícaro. Es nuestro tiempo, en frente de nuestra naturaleza. Ser eso, es dado a pocos. Contó a la naturaleza los dolores del hombre moderno. Y fue pujante, porque fue sincero. Montó en carroza de oro.

Este poema fue impresión, choque, golpe de ala, obra genuina, raptó súbito. Vese aún a trechos al estudiador que lee, el cual es personaje importuno en estos choques del hombre y la naturaleza; pero por sobre él salta, por buena fortuna, gallardo y atrevido, el hombre. El gemidor asoma; pero el sentidor vehemente vence. Nada le dice el torrente, que lo dice todo; pero a poco pone bien el oído, y a despecho de los libros de duda, que le alzan muralla, lo oye todo. Las ideas potentes se enciman, se precipitan, se cobijan, se empujan, se entrelazan. Acá el consonante las magulla: el consonante magulla siempre;—allá las prolonga, con lo cual las daña; por lo común, la idea abundosa y encendida encaja noblemente en el verso centellante. Todo el poeta se salió a estos versos; la majestad evoca y pone en pie todo lo majestuoso. Su estrofa fue esta vez como la ola que nace del mar agitado, y crece al paso con el encuentro de otras olas, y se empina, y se enrosca, y se despliega ruidosamente, y va a morir en espuma sonante y círculos irregulares y rebeldes no sujetos a forma ni extensión; acá enseñoreándose de la arena y tendiéndose sobre ella como triunfador que echa su manto sobre la prisionera que hace su cautiva; allá besando mansamente los bordes cincelados de la piedra marina caprichosa; quebrándose acullá en haces de polvo contra la arista enhiesta de las rocas. Su irregularidad le viene de su fuerza. La perfección de la forma se consigue casi siempre a costa de la perfección de la idea. Pues el rayo ¿obedece a marcha precisa en su camino? ¿Cuándo fue jaca de tiro más hermosa que potro en la dehesa? Una tempestad es más bella que

una locomotora. Señálense por sus desbordes y turbulencias las obras que arrancan derechamente de lo profundo de las almas magnas.

Y Pérez Bonalde ama su lengua, y la acaricia, y la castiga; que no hay placer como este de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y a cuánto alcanza; ni hay nada mejor para agrandar y robustecer la mente que el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje. Siente uno, luego de escribir, orgullo de escultor y de pintor. Es la dicción de este poema redonda y hermosa; la factura amplia; el lienzo extenso; los colores a prueba de sol. La frase llega a alto, como que viene de hondo, y cae rota en colores, o plegada con majestad, o fragorosa como las aguas que retrata. A veces, con la prisa de alcanzar la imagen fugitiva, el verso queda sin concluir, o concluido con premura. Pero la alteza es constante. Hay ola, y ala. Mima Pérez Bonalde lo que escribe; pero no es, ni quiere serlo, poeta cincelador. Gusta, por de contado, de que el verso brote de su pluma sonoro, bien acuñado, acicalado, mas no se pondrá como otros frente al verso, con martillo de oro y buril de plata, y enseres de cortar y desajar, a mellar aquí un extremo, a fortificar allí una juntura, a abrillantar y redondear la joya, sin ver que si el diamante sufre talla, moriría la perla de ella. El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín del Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por dondequiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todas los retoños entecos, o amarillentos, o mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que, con menos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa, y nace mejor el fruto. Pulir es bueno, mas dentro de la mente, y antes de sacar el verso al labio. El verso hierve en la mente, como en la cuba el mosto. Mas ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y taninos; ni se aquilata el verso, luego de nacido, por engalanarlo con aditamentos y aderezos. Ha de ser hecho de una pieza, y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja a cordel, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor. Y así brotó de Bonalde este poema, y es una de sus fuerzas: fue hecho de una pieza.

Oh! esa tarea de recorte, esa mutilación de nuestros hijos, ese trueque del plectro del poeta por el bisturí del disector! Así quedan los versos pulidos: deformes y muertos. Como cada palabra ha de ir cargada de su propio espíritu y llevar caudal suyo al verso, mermar palabras es mermar

espíritu, y cambiarlas es rehervir el mosto, que, como el café, no ha de ser rehervido. Se queja el alma del verso, como maltratada, de estos golpes de cincel. Y no parece cuadro de Vinci, sino mosaico de Pompeya. Caballo de paseo no gana batallas. No está en el divorcio el remedio de los males del matrimonio, sino en escoger bien la dama y en no cegar a destiempo en cuanto a las causas reales de la unión. Ni en el pulimento está la bondad del verso, sino en que nazca ya alado y sonante. No se dé por hecho el verso, en espera de acabarle luego, cuando aún no esté acabado; que luego se le rematará en apariencia, mas no verdaderamente, ni con ese encanto de cosa virgen que tiene el verso que no ha sido sajado ni trastrojado. Porque el trigo es más fuerte que el verso, y se quiebra y amala cuando lo cambian muchas veces de troje. Cuando el verso quede por hecho ha de estar armado de todas armas, con coraza dura y sonante, y de penacho blanco rematado el buen casco de acero reluciente.

Que aun con todo esto, como pajas perdidas que con el gusto del perfume no se cuidó de recoger cuando se abrió la caja de perfumería, quedaron sueltos algunos cabos, que bien pudieran rematarse; que acá sobra un epíteto; que aquí asoma un asonante inoportuno; que acullá ostenta su voluta caprichosa un esdrújulo osado; que a cual verso le salió corta el ala, lo que en verdad no es cosa de gran monta en esta junta de versos sobrados de alas grandes; que, como dejo natural del tiempo, aparecen en aquella y esta estrofa, como fuegos de San Telmo en el cielo sembrado de astros, gemidos de contagio y desesperanzas aprendidas; ea! que bien puede ser, pero esa menudencia es faena de pedantes. Quien va en busca de montes, no se detiene a recoger las piedras del camino. Saluda el sol, y acata al monte. Estas son confidencias de sobremesa. Esas cosas se dicen al oído. Pues, ¿quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo? La imperfección de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera.

Y aquí viene bien que yo conforte el alma, algún momento abatida y azorada de este gallardísimo poeta; que yo le asegure lo que él anhela saber; que vacíe en él la ciencia que en mí han puesto la mirada primera de los niños, colérica como quien entra en casa mezquina viniendo de palacio, y la última mirada de los moribundos, que es una cita, y no una despedida. Bonalde mismo no niega, sino que inquiera. No tiene fe absoluta en la vida próxima; pero no tiene duda absoluta. Cuando se pregunta desesperado qué ha de ser de él, queda tranquilo, como si hubiera oído lo que no dice.

Saca fe en lo Eterno de los coloquios en que bravamente lo interroga. En vano teme él morir cuando ponga al fin la cabeza en la almohada de tierra. En vano el *Eco* que juega con las palabras,—porque la naturaleza parece, como el Creador mismo, celosa de sus mejores criaturas, y gusta de ofuscarles el juicio que les dio,—le responde que nada sobrevive a la hora que nos parece la postrera. El eco en el alma dice cosa más honda que el eco del torrente. Ni hay torrente como nuestra alma. No! la vida humana no es toda la vida! La tumba es vía y no término. La mente no podría concebir lo que no fuera capaz de realizar; la existencia no puede ser juguete abominable de un loco maligno. Sale el hombre de la vida, como tela plegada, ganosa de lucir sus colores, en busca de marco; como nave gallarda, ansiosa de andar mundos, que al fin se da a los mares. La muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva. La vida humana sería una invención repugnante y bárbara, si estuviera limitada a la vida en la tierra. Pues ¿qué es nuestro cerebro, sementera de proezas, sino anuncio del país cierto en que han de rematarse? Nace el árbol en la tierra, y halla atmósfera en que extender sus ramas; y el agua en la honda madre, y tiene cauce en donde echar sus fuentes; y nacerán las ideas de justicia en la mente, las jubilosas ansias de no cumplidos sacrificios, el acabado programa de hazañas espirituales, los deleites que acompañan a la imaginación de una vida pura y honesta, imposible de logro en la tierra—y no tendrá espacio en que tender al aire su ramaje esta arboleda de oro? ¿Qué es más el hombre al morir, por mucho que haya trabajado en vida, que gigante que ha vivido condenado a tejer cestos de monje y fabricar nidillos de jilguero? ¿Qué ha de ser del espíritu tierno y rebosante que, falto de empleo fructífero, se refugia en sí mismo, y sale íntegro y no empleado de la tierra?—Este poeta venturoso no ha entrado aún en los senos amargos de la vida. No ha sufrido bastante. Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la fe en la existencia venidera. Ha vivido con la mente, que ofusca; y con el amor, que a veces desengaña; fáltale aún vivir con el dolor que conforta, acrisola y esclarece. Pues ¿qué es el poeta, sino alimento vivo de la llama con que alumbra? Echa su cuerpo a la hoguera, y el humo llega al cielo, y la claridad del incendio maravilloso se esparce como un suave calor, por toda la tierra!

Bien hayas, poeta sincero y honrado que te alimentas de ti mismo.—He aquí una lira que vibra! He aquí un poeta que se palpa el corazón, que lucha con la mano vuelta al cielo, y pone a los aires vivos la arrogante frente! He aquí un hombre, maravilla de arte sumo, y fruto raro en esta

tierra de hombres! He aquí un vigoroso braceador que pone el pie seguro, la mente avarienta, y los ojos ansiosos y serenos en ese haz de despojos de templos, y muros apuntalados, y cadáveres dorados, y alas hechas de cadenas, de que, con afán siniestro, se aprovechan hoy tantos arteros batalladores para rehacer prisiones al hombre moderno.—Él no persigue a la poesía, breve espuma de mar hondo, que solo sale a flote cuando hay ya mar hondo, y voluble coqueta que no cuida de sus cortejadores, ni dispensa a los importunos sus caprichos. Él aguardó la hora alta, en que el cuerpo se agiganta y los ojos se inundan de llanto, y de embriaguez el pecho, y se hincha la vela de la vida, como lona de barco, a vientos desconocidos, y se anda naturalmente a paso de monte. El aire de la tempestad es suyo, y ve en él luces, y abismos bordados de fuego que se entreabren, y místicas promesas. En este poema, abrió su seno atormentado al aire puro, los brazos trémulos al oráculo piadoso, la frente enardecida a las caricias aquietadoras de la sagrada naturaleza. Fue libre, ingenuo, humilde, preguntador, señor de sí, caballero del espíritu. ¿Quiénes son los soberbios que se arrojan el derecho de enfrenar cosa que nace libre, de sofocar la llama que enciende la naturaleza, de privar del ejercicio natural de sus facultades a criatura tan augusta como el ser humano? ¿Quiénes son esos búhos que vigilan la cuna de los recién nacidos y beben en su lámpara de oro el aceite de la vida? ¿Quiénes son esos alcaldes de la mente, que tienen en prisión de dobles rejas al alma, esta gallarda castellana? ¿Habrá blasfemo mayor que el que, so pretexto de entender a Dios, se arroja a corregir la obra divina? Oh, Libertad! no manches nunca tu túnica blanca, para que no tenga miedo de ti el recién nacido!—Bien hayas tú, Poeta del Torrente, que osas ser libre en una época de esclavos pretenciosos, porque de tal modo están acostumbrados los hombres a la servidumbre, que cuando han dejado de ser esclavos de la reyecía, comienzan ahora, con más indecoroso humillamiento, a ser esclavos de la Libertad! Bien hayas, cantor ilustre, y ve que sé que vale esta palabra que te digo! Bien hayas tú, señor de espada de fuego, jinete de caballo de alas, rapsoda de lira de roble, hombre que abres tu seno a la naturaleza! Cultiva lo magno, puesto que trajiste a la tierra todos los aprestos del cultivo. Deja a los pequeños otras pequeñeces. Muévanse siempre estos solemnes vientos. Pon de lado las huecas rimas de uso, ensartadas de perlas y matizadas con flores de artificio, que suelen ser más juego de la mano y divertimento del ocioso ingenio que llamarada del alma y hazaña digna de los magnates de la mente. Junta en haz alto, y echa al fuego, pesares de contagio, tibiedades latinas,

rimas reflejas, dudas ajenas, males de libros, fe prescrita, y caliéntate a la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pie sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando a la vida su secreto.

JOSÉ MARTÍ.
Nueva York, 1882.

A Francisco Domínguez y José Alfonso Lucena

New York. 9 de octubre, 1885.

Sres. F. Domínguez y J. A. Lucena

Philadelphia

Mi distinguido compatriota:

Acabo de recibir, con entrañable reconocimiento, y como el premio más dulce, la invitación que a nombre de la lealísima emigración de Philadelphia se sirven Vds. hacerme, para que comparta con ella en su propia casa la honra de llevar flores tristes y lanzas enlutadas a los pies de nuestros héroes y de nuestros muertos, mañana 10 de Octubre.—Me estimo más a mí mismo por haber merecido de Vds. esta invitación: y si de algo puede servir un alma consagrada sencillamente al deber,—a los hombres admirables que recuerda el 10 de Octubre y a la emigración de Philadelphia que sabe honrarlos se la mando entera.

Pero, por desdicha, mi mismo amor a mi patria y a su independencia me impiden acudir esta vez a conmemorar con Vds., como acá en mi propio altar interior conmemoro, fervientemente, los esfuerzos de los que han perecido por asegurarla, y escribieron una epopeya, en tiempos en que ya no parece el mundo capaz de escribirlas, ni de entenderlas. Cada cubano que muere es un canto más;—y cada cubano que vive debe ser un templo donde honrarlo: así mi corazón, lleno de estas memorias de manera que fuera de ellas no vive, y muere de ellas.

Ni un solo instante me arrepiento de haber estado con los vencidos desde la terminación de nuestra guerra, y de seguir entre ellos, porque con ellos ha estado hasta ahora no solo el sentimiento que anima a las grandes empresas, sino la razón que justifica los sacrificios que se hacen para lograrlas.—Cuanto puedo dar he dado, y he de dar, obrando activamente, ya en

lo visible, ya con mi mismo silencio, para obtener en mi país la cesación de un gobierno que lo maltrata y desafía, y sustituirle otro que asegure el decoro y la hacienda de sus hijos,—el decoro sobre todo, que vale más que la hacienda.—Cuanto puedo hacer he hecho por salvar a mi país de una situación ahogada y odiosa, sin llevarle con este pretexto a otra que pudiera ser aún más temible; por inspirar en nuestros elementos revolucionarios, ya que la Isla parece necesitar una revolución, un espíritu de grandeza y de concordia que atrajese las simpatías y afirmase la fe de nuestra patria, que allegase sinceramente a los tibios y a los adversarios, que hiciese posible una victoria grande e inmediata, a poco costo de sangre de amigos y enemigos, no para abrir en Cuba una era de parcialidades y de enconos, sino para levantarla a donde ella puede subir, si sus malos defensores no la echan abajo,—a la altura de pueblo verdaderamente libre y dueño de sí mismo, no a la condición infeliz de tierra invadida por fuerzas ciegas o rencorosas.— Cuanto puedo hacer he hecho,—y hoy la emigración de Philadelphia llamándome a su lado me lo premia, por preparar la guerra inevitable de manera que el país pudiese tener fe en ella, y la victoria asegurase a sus hijos su independencia de extraños y de propios.

Tal vez, a pesar de mi repugnancia a ocupar a los demás con mis opiniones y actos personales, habrá llegado a Philadelphia el rumor de que de un año a acá vienen siendo muy grandes mis temores de que los trabajos emprendidos por llevar a nuestra patria una nueva guerra, precisamente en los momentos en que Cuba parecía más necesitada de ella y más dispuesta a recibirla, han sido enteramente distintos de los que a mi juicio son indispensables para que la Isla acepte con confianza y siga con júbilo la revolución que hubiese de salvarla. Sentí, sin exageraciones mujeriles, que comencé a morir el día en que este miedo entró en mi alma.—Y como creo, por lo que hace a mí, que la tiranía es una misma en sus varias formas, aun cuando se vista en alguna de ellas de nombres hermosos y de hechos grandes; como creo que la manera menos eficaz de servir a la independencia de la patria es preparar la guerra necesaria para conseguirla, de manera que alarme al país en vez de asegurarle su entusiasta confianza, resolví—desde el primer instante en que creí desatendidos estos que yo estimo graves deberes—no ponerme en el camino de los que piensan de manera distinta de la mía, puesto que nadie debe impedir que se haga lo que no tiene medios de hacer,—ni ayudar las labores que a mi juicio han comprometido la suerte de la revolución, y con ella la de la patria, en los instantes mismos en que, acorralados de nuevo sus hijos y exhaustas sus

esperanzas y sus arcas, parecía fácil llevar a la Isla una guerra magnánima, corta y digna de ensangrentar a un pueblo, por los beneficios de libertad y bienestar que había de recoger de ella.

¿Qué había de hacer en este conflicto un hombre honrado, y amigo de su patria? Ah! lo que hago ahora:—decirlo en secreto, cuando me he visto forzado a decirlo, de modo que mi resistencia pasiva aproveche, como yo creo que aprovecha, a la causa de la independencia de mi país;—no decirlo jamás en alta voz, para que ni los adversarios se aperciban,—porque es mejor dejarse morir de las heridas que permitir que las vea el enemigo,—ni se me pueda culpar de haber entibiado, en una hora que pudo ser, y acaso sea, decisiva, el entusiasmo, tan necesario en las épocas críticas como la razón.

Un año entero he vivido en este tristísimo silencio. Crear una rebelión de palabras en momentos en que todo silencio sería poco para la acción, y toda acción es poca, ni me hubiera parecido digno de mí, ni mi pueblo sensato me lo hubiera soportado. Ya yo me preparaba a emprender camino ¡quién sabe a qué y hasta dónde! en servicio activo de esta empresa; y cuando creí que el patriotismo me vedaba emprenderlo ¡qué tristeza, qué tristeza mortal, de la que nunca podré ya reponerme! ¿Cómo serviré yo mejor a mi tierra?, me pregunté: Yo jamás me pregunto otra cosa: Y me respondí de esta manera:—»Ahoga todos tus ímpetus: sacrifica las esperanzas de toda tu vida: hazte a un lado en esta hora posible del triunfo, antes de autorizar lo que crees funesto: mantente atado, en esta hora de obrar, antes de obrar mal, antes de servir mal a tu tierra so pretexto de servirla bien.»—Y sin oponerme a los planes de nadie, ni levantar yo planes por mí mismo, me he quedado en el silencio, significando con él que no se debe poner mano sobre la paz y la vida de un pueblo sino con un espíritu de generosidad casi divina, en que los que se sacrifiquen por él garanticen de antemano con actos y palabras el explícito intento de poner la tierra que se liberta en manos de sus hijos, en vez de poner, como harían los malvados, sus propias manos en ella, so capa de triunfadores.—La independencia de un pueblo consiste en el respeto que los poderes públicos demuestren a cada uno de sus hijos.—En la hora de la victoria solo fructifican las semillas que se siembran en la hora de la guerra.—Un pueblo, antes de ser llamado a guerra, tiene que saber tras de qué va, y adónde va, y qué le ha de venir después.—Tan ultrajados hemos vivido los cubanos que en mí es locura el deseo, y roca la determinación, de ver guiadas las cosas de mi tierra de manera que se respete como la persona sagrada la persona de cada cubano,

y se reconozca que en las cosas del país no hay más voluntad que la que exprese el país, ni ha de pensarse en más interés que en el suyo.

Convencido yo de la necesidad de que en una guerra que va a mover tantas pasiones como llevada por caminos que no sean esos moverá una guerra en Cuba, es indispensable a la salud de la patria que alguien represente, sin vacilación y sin cobardía, los principios esenciales, de tendencia y de método, que he creído yo ver en peligro,—y puesto por el curso de las cosas en ocasión de ayudar con gloria a olvidarlos, o de representarlos en la oscuridad y el olvido, decidí representarlos.—Organizada en tanto la emigración, esta emigración que impone respeto y amor por sus virtudes, en acuerdo con las labores activas de las cuales había creído yo deber apartarme, para servir a mi patria mejor, resulta hoy, con un dolor penetrante para mí, que no puedo tomar parte en la conmemoración de este día que ningún cubano debe traer nunca a la memoria sin ponerse en pie y descubrirse la cabeza, porque—reunidas en una la conmemoración del 10 de Octubre y el acto político que en estas circunstancias va envuelto en ella, parecería hoy y parecería mañana que yo había aprobado, con mi presencia en él, aquello mismo que por la salud de mi patria condeno.—O si tomase parte en él, tendría que explicar esta posición personal mía, lo que sería indigno de la majestad del acto: ¿qué pareceres de hombre vivo significan nada ¡ay! al lado de tanta ruina que cae, de tanta sangre que humea, de tanto héroe que está en pie después de muerto?

Me afligiré, pues, acá a mis solas. Se me irá el alma a donde están Vds., y la palabra encendida. Tiemblo de pensar en lo que sufrimos; como tiemblo de pensar en que por error de conducta o falta de grandeza pudiéramos perder la oportunidad de redimirnos.—Pero mi patria me manda vigilar por ella, y sacrificarle mi deseo, puesto que así la sirvo,—aunque diciéndole mi dolor a los que la quieren y se acuerdan de mí, para que no piensen mal del que solo vive para ella y para ellos.

Es mi deseo dejar escrita esta carta; pero no es mi deseo, antes sería para mi ocasión de dolor, y pecado, que se lea en la reunión de mañana. No, por Dios! La razón es fría, y las cosas de la tierra no deben ir a perturbar en su día de fiesta a los que están por sobre ella. Nada más que palmas y corazones encendidos haya para los héroes en nuestro 10 de Octubre. Excusen Vds. mi ausencia, si alguien se fija en ella, con las frases prudentes que esta carta les inspire, pero de manera ¡oh sí! que no parezca, por este sacrificio que hago, mermado el amor a la patria que me lo aconseja.

Y si después creen útil leerla, o pedirme más explicaciones de ella, léanla, si les parece bien, y ordénenme, que yo soy el esclavo de mis compatriotas; pero que no sea la voz de mi juicio la que vaya, en estas horas de templo, a entibiar las esperanzas patrióticas de aquellos que tienen en mí, reconocido o desconocido, el servidor más apasionado que pueden tener entre los hombres.—

De toda mi alma, si es digna de ello, hago una corona, y la pongo, por la mano de los emigrados de Philadelphia, en el altar de los mártires del 10 de Octubre.—

Queda sirviéndoles, mis distinguidos compatriotas,

JOSÉ MARTÍ

Nuestra América⁸

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber que los gigantes que llevan siete leguas en las botas, y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedras.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen, han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llamen el pueblo ladrón, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor, no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tunden y talen las tempestades: ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de

8 Publicado en la *Revista Ilustrada de Nueva York*, el 1.º de enero de 1891 y con muy ligeros cambios en el diario *El Partido Liberal*, México, el 30 de enero de ese año. Este ensayo cenital, de plena maduración, es quizás el más lúcido examen en su época de la problemática de las repúblicas criollas hispanoamericanas tras las independencias y de su condición favorecedora a las apetencias expansionistas y hegemónicas sobre la región que ya se manifestaban a plenitud en Estados Unidos.

la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos solo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra, son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, bribones, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más, estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres, y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en los que veía venir contra su tierra propia? ¡Estos “increíbles” del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

¿Ni en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantados entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el crial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irredimible a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes

heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recabar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder: y han caído, en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno, y de gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude, y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras, yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política

habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada en los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe lo de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el Sol por el pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso, que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que

había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota de potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella,—entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente, descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón: —la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere, echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros,—de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen,—por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos: al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón, se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la

Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior,—le está naciendo a América en estos tiempos reales, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga;—en desestancar al indio;—en ir haciendo lado al negro suficiente;—en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte,—se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?”. Se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear, es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no

abre los brazos a todos, y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidura, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si se deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices, y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillezca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de ideas. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas, está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento, y de cochero a una pompa de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano, y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y solo aman, a los pueblos viriles;—como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana, aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla;—como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos

atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América,—el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada solo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas,—y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad, el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara percederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras, ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas: ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno,—y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación

real lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

En las entrañas del monstruo

Coney Island

En los fastos humanos, nada iguala a la prosperidad maravillosa de los Estados Unidos del Norte. Si hay o no en ellos falta de raíces profundas; si son más duraderos en los pueblos los lazos que ata el sacrificio y el dolor común que los que ata el común interés; si esa nación colosal, lleva o no en sus entrañas elementos feroces y tremendos; si la ausencia del espíritu femenino, origen del sentido artístico y complemento del ser nacional, endurece y corrompe el corazón de ese pueblo pasmoso, eso lo dirán los tiempos.

Hoy por hoy, es lo cierto que nunca muchedumbre más feliz, más jocunda, más bien equipada, más compacta, más jovial y frenética ha vivido en tal útil labor en pueblo alguno de la tierra, ni ha originado y gozado más fortuna, ni ha cubierto los ríos y los mares de mayor número de empavesados y alegres vapores, ni se ha extendido con más bullicioso orden e ingenua alegría por blandas costas, gigantescos muelles y paseos brillantes y fantásticos.

Los periódicos norteamericanos vienen llenos de descripciones hiperbólicas de las bellezas originales y singulares atractivos de uno de esos lugares de verano, rebosante de gente, sembrado de suntuosos hoteles, cruzado de un ferrocarril aéreo, matizado de jardines, de kioscos, de pequeños teatros, de cervecerías, de circos, de tiendas de campaña, de masas de carruajes, de asambleas pintorescas, de casillas ambulantes, de vendutas, de fuentes.

Los periódicos franceses se hacen ecos de esta fama.

De los lugares más lejanos de la Unión Americana van legiones de intrépidas damas y de galanes campesinos a admirar los paisajes espléndidos, la inejemplar riqueza, la variedad cegadora, el empuje hercúleo, el aspecto sorprendente de Coney Island, esa isla ya famosa, montón de tierra

abandonado hace cuatro años, y hoy lugar amplio de reposo, de amparo y de recreo para un centenar de miles de neoyorquinos que acuden a las dichas playas diariamente. Son cuatro pueblecitos unidos por vías de carruajes, tranvías y ferrocarriles de vapor. El uno, en el comedor de uno de cuyos hoteles caben holgadamente a un mismo tiempo 4000 personas, se llama Manhattan Beach (Playa de Manhattan); otro que ha surgido, como Minerva, de casco y lanza, armado de vapores, plazas, muelles y orquestas murmurantes, y hoteles que ya no pueblos parecen, sino naciones, se llama Rockaway; otro, el menos importante, que toma su nombre de un hotel de capacidad extraordinaria y construcción pesada, se llama Brighton; pero el atractivo de la isla no es Rockaway lejano, ni Brighton monótono, ni Manhattan Beach aristocrático y grave: es Gable, el riente Gable, con su elevador más alto que la torre de la Trinidad de Nueva York—dos veces más alto que la torre de nuestra catedral—a cuya cima suben los viajeros suspendidos en una diminuta y frágil jaula a una altura que da vértigos; es Gable, con sus dos muelles de hierro, que avanzan sobre pilares elegantes un espacio de tres cuerdas sobre el mar, con su palacio de Sea Beach, que no es más que un hotel ahora, y que fue en la Exposición de Filadelfia el afamado Edificio de Agricultura «Agricultural Building» transportado a Nueva York y relevado en su primera forma, sin que le falte una tablilla, en la costa de Coney Island, como por arte de encantamiento; es Gable, con sus museos de a 50 céntimos, en que se exhiben monstruos humanos, peces extravagantes, mujeres barbudas, enanos melancólicos, y elefantes raquíuticos, de los que dice pomposamente el anuncio que son los elefantes más grandes de la tierra; es Gable, con sus cien orquestas, con sus risueños bailes, con sus batallones de carruajes de niños, su vaca gigantesca que ordeñada perpetuamente produce siempre leche, su sidra fresca a 25 céntimos el vaso, sus incontables parejas de peregrinos amantes que hacen brotar a los labios aquellos tiernos versos de García Gutiérrez:

*Aparejadas
Van por las lomas
Las cogujadas
Y las palomas;*

es Gable, donde las familias acuden a buscar, en vez del aire mefítico y nauseabundo de Nueva York, el aire sano y vigorizador de la orilla del mar, donde las madres pobres,—a la par que abren, sobre una de las mesas que

en salones espaciosísimos hallan gratis, la caja descomunal en que vienen las provisiones familiares para el *lunch*—aprietan contra su seno a sus desventurados pequeñuelos, que parecen como devorados, como chupados, como roídos, por esa terrible enfermedad de verano que siega niños como la hoz siega la mies,—el *cholera infantum*.—Van y vienen vapores; pitan, humean, salen y entran trenes; vacían sobre la playa su seno de serpiente, henchido de familias; alquilan las mujeres sus trajes de franela azul, y sus sombreros de paja burda que se atan bajo la barba; los hombres en traje mucho más sencillo, llevándolas de la mano, entran al mar; los niños, en tanto con los pies descalzos, esperan en la margen a que la ola mugiente se los moje, y escapan cuando llega, disimulando con carcajadas su terror, y vuelven en bandadas, como para desafiar mejor al enemigo, a un juego de que los inocentes, postrados una hora antes por el recio calor, no se fatigan jamás; o salen y entran, como mariposas marinas, en la fresca rompiente, y como cada uno va provisto de un cubito y una pala, se entretienen en llenarse mutuamente sus cubitos con la arena quemante de la playa; o luego que se han bañado,—imitando en esto la conducta de más graves personas de ambos sexos, que se cuidan poco de las censuras y los asombros de los que piensan como por estas tierras pensamos,—se echan en la arena, y se dejan cubrir, y golpear, y amasar, y envolver con la arena encendida, porque esto es tenido por ejercicio saludable y porque ofrece singulares facilidades para esa intimidad superficial, vulgar y vocinglera a que parecen aquellas prósperas gentes tan aficionadas.

Pero lo que asombra allí no es este modo de bañarse, ni los rostros cada-
véricos de las criaturitas, ni los tocados caprichosos y vestidos incompre-
sibles de aquellas damiselas, notadas por su prodigalidad, su extravagancia,
y su exagerada disposición a la alegría; ni los coloquios de enamorados, ni
las casillas de baños, ni las óperas cantadas sobre mesas de café, vestidos
de Edgardo y de Romeo, y de Lucía y de Julieta; ni las muecas y gritos de
los negros *minstrels*, que no deben ser ¡ay!, como los *minstrels*, de Escocia;
ni la playa majestuosa, ni el sol blando y sereno: lo que asombra allí es,
el tamaño, la cantidad, el resultado súbito de la actividad humana, esa
inmensa válvula de placer abierta a un pueblo inmenso, esos comedores
que, vistos de lejos, parecen ejércitos en alto, esos caminos que a dos
millas de distancia no son caminos, sino largas alfombras de cabezas; ese
vertimiento diario de un pueblo portentoso en una playa portentosa; esa
movilidad, ese don de avance, ese acometimiento, ese cambio de forma,
esa febril rivalidad de la riqueza, ese monumental aspecto del conjunto

que hacen digno de competir aquel pueblo de baños con la majestad de la tierra que lo soporta, del mar que lo acaricia y del cielo que lo corona, esa marea creciente, esa expansividad anonadadora e incontrastable, firme y frenética, y esa naturalidad en lo maravilloso: eso es lo que asombra allí.

Otros pueblos—y nosotros entre ellos—vivimos devorados por un sublime demonio interior, que nos empuja a la persecución infatigable de un ideal de amor o gloria; y cuando asimos, con el placer con que se ase un águila, el grado de ideal que perseguíamos, nuevo afán nos inquieta, nueva ambición nos espolea, nueva aspiración nos lanza a nuevo vehemente anhelo, y sale del águila presa una rebelde mariposa libre, como desafiándonos a seguirla y encadenándonos a su revuelto vuelo.

No así aquellos espíritus tranquilos, turbados solo por el ansia de la posesión de una fortuna. Se tienden los ojos por aquellas playas reverberantes; se entra y sale por aquellos corredores, vastos como pampas; se asciende a los pisos de aquellas colosales casas, altas como montes; sentados en silla cómoda, al borde de la mar, llenan los paseantes sus pulmones de aquel aire potente y benigno; mas es fama que una melancólica tristeza se apodera de los hombres de nuestros pueblos hispanoamericanos que allá viven, que se buscan en vano y no se hallan: que, por mucho que las primeras impresiones hayan halagado sus sentidos, enamorado sus ojos, deslumbrado y ofuscado su razón, la angustia de la soledad les posee al fin, la nostalgia de un mundo espiritual superior los invade y aflige: se sienten como corderos sin madre y sin pastor, extraviados de su manada: y, salgan o no a los ojos, rompe el espíritu espantado en raudal amarguísimo de lágrimas, porque aquella gran tierra está vacía de espíritu.

Pero ¡qué ir y venir!, ¡qué correr del dinero!, ¡qué facilidades para todo goce!, ¡qué absoluta ausencia de toda tristeza o pobreza visibles! Todo está al aire libre: los grupos bulliciosos; los vastos comedores; ese original amor de los norteamericanos, en que no entra casi ninguno de los elementos que constituyen el pudoroso, tierno y elevado amor de nuestras tierras; el teatro, la fotografía, la casilla de baños; todo está al aire libre. Unos se pesan, porque para los norteamericanos es materia de gozo positivo, o de dolor real, pesar libra más o libra menos; otros, a cambio de 50 céntimos, reciben de manos de una alemana fornida un sobre en que está escrita su buena conducta; otros, con incomprensible deleite, beben sendos vasos largos y estrechos como obuses, de desagradables aguas minerales.

Montan estos en amplios carruajes que los llevan, a la suave hora del crepúsculo, de Manhattan a Brighton; atraca aquel su bote, donde anduvo

remando en compañía de la risueña amiga que, apoyándose con ademán resuelto sobre su hombro, salta, feliz como una niña, a la animada playa; un grupo admira absorto a un artista que recorta en papel negro que estampa luego en cartulina blanca, la silueta del que quiere retratarse de esta manera singular; otro grupo celebra la habilidad de una dama que en un tenduchín que no medirá más de tres cuartos de vara, elabora curiosas flores con pieles de pescado; con grandes risas aplauden otros la habilidad del que ha conseguido dar un pelotazo en la nariz a un desventurado hombre de color que, a cambio de un jornal miserable, se está día y noche con la cabeza asomada por un agujero hecho en un lienzo esquivando con movimientos ridículos y extravagantes muestras los golpes de los tiradores; otros, barbudos y venerandos, se sientan gravemente en un tigre de madera, en un hipogrifo, en una efigie, en el lomo de un constrictor, colocados en círculos, a guisa de caballos, que giran unos cuantos minutos alrededor de un mástil central, en cuyo torno tocan descompuestas sonatas unos cuantos sedicentes músicos. Los menos ricos, comen cangrejos y ostras sobre la playa, o pasteles y carnes en aquellas mesas gratis que ofrecen ciertos grandes hoteles para estas comidas; los adinerados dilapidan sumas cuantiosas en infusiones de fucsina, que les dan por vino; y en macizos y extraños manjares que rechazaría sin duda nuestro paladar pagado de lo artístico y ligero.

Aquellas gentes comen cantidad; nosotros clase.

Y este dispendio, este bullicio, esta muchedumbre, este hormiguero asombroso, duran desde junio a octubre, desde la mañana hasta la alta noche, sin intervalo, sin interrupción, sin cambio alguno.

De noche, ¡cuánta hermosura! Es verdad que a un pensador asombra tanta mujer casada sin marido; tanta madre que con el pequeñuelo al hombro pasea a la margen húmeda del mar, cuidadosa de su placer, y no de que aquel aire demasiado penetrante ha de herir la flaca naturaleza de la criatura; tanta dama que deja abandonado en los hoteles a su chicuelo, en brazos de una áspera irlandesa, y al volver de su largo paseo, ni coge en brazos, ni besa en los labios, ni satisface el hambre a su lloroso niño.

Mas no hay en ciudad alguna panorama más espléndido que el de aquella playa de Gable, en las horas de noche. ¿Veíanse cabezas de día? Pues más luces se ven en la noche. Vistas a alguna distancia desde el mar, las cuatro poblaciones, destacándose radiosas en la sombra, semejan como si en cuatro colosales grupos se hubieran reunido las estrellas que pueblan el cielo y caído de súbito en los mares.

Las luces eléctricas que inundan de una claridad acariciadora y mágica las plazuelas de los hoteles, los jardines ingleses, los lugares de conciertos, la playa misma en que pudieran contarse a aquella luz vivísima los granos de arena, parecen desde lejos como espíritus superiores inquietos, como espíritus risueños y diabólicos que travesearan por entre las enfermizas luces de gas, los hilos de faroles rojos, el globo chino, la lámpara veneciana. Como en día pleno, se leen por todas partes periódicos, programas, anuncios, cartas. Es un pueblo de astros; y así las orquestas, los bailes, el vocerío, el ruido de olas, el ruido de hombres, los coros de risas, los halagos del aire, los altos pregones, los trenes veloces, los carruajes ligeros, hasta que llegadas ya las horas de la vuelta, como monstruo que vaciase toda su entraña en las fauces hambrientas de otro monstruo, aquella muchedumbre colosal, estrujada y compacta se agolpa a las entradas de los trenes que, repletos de ella, gimen, como cansados de su peso, en su carrera por la soledad que van salvando, y ceden luego su revuelta carga a los vapores gigantescos, animados por arpas y violines que llevan a los muelles y riegan a los cansados paseantes, en aquellos mil carros y mil vías que atraviesan, como venas de hierro, la dormida Nueva York.

JOSÉ MARTÍ

La Pluma. Bogotá, 3 de diciembre de 1881.

Carta de Nueva York expresamente escrita para *La Opinión Nacional*

Nieves, gozos y tristezas.—Patines y trineos.—Las casas de dormir y las tabernas.—Grandes bailes del año.—Incendio terrible.—Miseras obreras.—Congreso del sufragio para la mujer.—Nuestros pueblos y aquel pueblo.—Nueva York condena la persecución de los judíos.—El anciano Evarts.

Nueva York, 4 de febrero de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional*.

Va esta carta como mensajera adolorida, que emprendiese sin pan y sin bordón el camino de tierras de verano, tiritando bajo la recia capucha enmarañada por las nieves. Los labriegos están gozosos porque los copos fríos, como mariposas blancas, les traen en sus alas, a hacer bien a las siembras, todo el amoníaco de la atmósfera, y luego se tienden sobre la tierra, a que los animales dañinos mueran bajo ellos, y a que el saludable amoníaco,—que gusta de volar, como toda esencia—no se escape del suelo cultivado que lo ha menester. Despiértase en las mañanas de nevada el hombre del trópico cuyo cráneo parece natural aposento de la luz, que lo engalana y lo arrebola todo, como hombre que viviese hambriento y sediento, y huraño como lobo encerrado en las paredes fosforescentes de una vasta sepultura. Imagina que su cabello ha encanecido. Amenaza con el puño aquel enemigo inmenso y alevoso. Su mano hecha a grabar en el papel los relámpagos que iluminan su mente, pósase en él hinchada y aterida, y aletean, en su cráneo encendido, las águilas rebeldes. Fuera es el regocijo y la algazara. Caballos generosos, empenachados y arrogantes, arrastran, con gran ruido de sus colleras de cascabeles, los rápidos trineos. Hay sol suave en la altura, y sol de gozo en los rostros de los hijos de estas tierras de nieve. Álzase en el Parque Central la amada bola roja, que anuncia a los patinadores que ya está bueno de patinar el lago helado, y aquí es uno

que se ajusta los ricos patines, allá otro que se calza de modo que no se les vean los suyos modestos. Puéblase el lago de alegres danzadores. Una parte, sobre el patín afilado que corta, sigiloso como la calumnia, los hielos dóciles, y se balancea, se revuelve, se mece, se extiende—como si se extendiese sobre el cuello de un caballo invisible, se refleja, se acerca, gira presto, traza relámpagos, dibuja edificios, escribe su nombre, se abalanza, se para de súbito, toma de la mano a gallarda doncella, y alegres, como besos que volasen, se deslizan, veloces como sueños: otro más inexperto, aprende, con sus rudas caídas, cuán caro cuesta en la tierra intentar volar. Y dura el regocijo, el reír de los que dan consigo sobre el hielo, el batir palmas y silbar—que aquí se usa por aplauso—a los que caracolean, revolotean y triunfan, el hacer cerco a los patinadores hábiles, el celebrar a las hermosas damas, el seguir con los ojos a los airosos caballeros, el tomar notas de los agentes de periódicos, el poner orden de los guardianes del parque, hasta que va a dar la nieve en lodo, cual suelen las bellezas, y cae de lo alto del mástil, anunciando que el patinar ha terminado, la amada bola roja.

No cesan en la noche la fiesta y el bullicio.—Sobre la nieve, envía la hermosa luna de enero su luz nevada. Los chicuelos, reunidos en bandadas, se vocean, se persiguen, se echan, luchando entre risas, sobre la nieve. Ya ponen sobre dos pilares imperfectos, dos masas colosales, y abren en la más alta dos grandes agujeros, y dejan su obra a que presida la función, que ese es el buen gigante Tomy. Ya, donde hay cercado, válense de él para apoyar gruesas paredes de nieve, que llenan de almenas, desde las que atisban las operaciones del fuerte vecino, donde el bando enemigo está ocupado en amasar sendas bolas pesadas, que suelen ser peligrosos arreos de batallar. Ya amontonan la nieve, en medio de las anchas avenidas, y luego que la ven bien alta, y la apelmazan a palmadas, le ahuecan el centro, con lo que le dan aire de colosal colmena, y se albergan en ella, orgullosos de su habilidad de constructores.

Otras veces, el viento, más que sopla, arrastra. El agua nevada en la altura, desciende en copos por el aire frío, y el viento los revuelve, los junta a los que alza de la tierra, los arrebatada y arremolina. Así el toro que brama, escarbando la tierra como para sacar de ella fuerzas con que acometer a su enemigo, abate con su aliento enfurecido el yerbaje cercano. Las madres, que lloran por todos los hombres, desde que tienen hijos, piensan con angustia en los trabajadores valerosos, que en la alta noche cruzan, en vapores que suenan al golpe de los tímpanos, cual montes que crujiesen, los anchos ríos helados. Ampáranse en las tabernas los transeúntes,

cuyos rostros amoratados parecen, mostrándose trabajosamente en aquella venenosa atmósfera, setas enfermizas. Humean sobre los mostradores las bebidas calientes. Agloméranse, coléricos y blasfemantes los hombres más ruines o los más desventurados de la ciudad, a las puertas estrechas de miserables casas de dormir, en cuyas alcobas nauseabundas, ebrios de licor y de odio, que embriaga como el licor, yacen desnudos por el suelo en torno a una vieja estufa enrojecida, centenares de huéspedes. O por medio real compran, los que se espantan de aquella abominable compañía, el ruin derecho de dormitar en una silla de la taberna, junto al piadoso fuego. O merodean ateridos, para gozar del calor de los caballos, entre los magníficos carruajes que aguardan a las puertas de la Academia de Música fastuosa, donde las luces del baile de los grandes parecen como opacas, por no dar calor a las resplandecientes pedrerías de que son mostrador las elegantes damas.

Ahora es en Nueva York tiempo de bailes, y la Academia de Música, que es el teatro de la ópera, y de la rivalidad y el fausto de los ricos neoyorquinos, reúne en estas noches de vientos y nevadas a los venturosos de la ciudad, y a los que imaginan que lo son, por no morir de espanto, de mirar en sí, y a los que quieren ser tenidos por felices. Los franceses, que en Nueva York se cuentan por millares, y viven prósperamente de varias industrias, se juntan en estos días del año en bailes celebrados, exuberantes de color y gozo, que hacen pensar en Bérangèr y en el buen Barrio Latino, que es como una gran casa de familia, donde todos los hombres de la tierra están como en su tierra, y viven juntas todas las grandezas y todas las locuras: de guirnaldas de luces de matices vivos cuelgan el ancho salón de la Academia, y los palcos parecen balcón del *corso* de Roma en día de carnavales, y el tablado paleta de pintor, donde hubiera vaciado un niño revoltoso la caja de colores. Danzan guerreros duros, armados de coraza y guantelete, con pajecillos enamoradores, que parecen tazas sonrosadas, rebosantes de espumoso vino de Borgoña. Saltan de grupo en grupo doncellas suecas y retozones arlequines; un francés, que no ha de ser lector de *El Universo*, lleva blusa de carnicero del mercado, y capuchón de monje, sujeto por collares, que dejan caer al pecho largas cruces; y este baila, con caballeresca gentileza, con una india moza, que luce manto y penacho de plumas, y que ha comprado, de fijo, novelas de Xavier de Montepin a los libreros de viejo que venden libros en los bordes murados del río Sena.

Tal es el Baile de la Amistad, el más famoso de los que en Nueva York celebran cada año los franceses. El de la Caridad, que fue un tiempo el

gran baile del año, es aún buena ocasión de galas donde van a ostentar las de sus trajes y joyeros las familias que gozan fama de acaudaladas, y a lucir su casaca de noche, que ha de ser de faldones de punta y no cuadrados, los caballeros que hallan espacio en este mundo ansioso para meditar en la forma de los faldones de las casacas. Y otro día, ya no son animadas guirnaldas las que ornamentan el techo majestuoso de la Academia de Música, sino almetes y escudos, y banderas y lanzas, como en señal de que los que apadrinan el baile, que ha sido suntuosísimo, son los ricos soldados del Regimiento vigésimo segundo, cuyos regimentados, que son nobles de Bolsa, la cual es clase de nobleza nueva, divirtieron a los elegantes bailadores con escenas de milicia, simulacros de batalla y juego de armas.

La vida y la muerte se despiertan a la par cada mañana: al alba, la una afila su hoz y la otra coge su ramillete de jazmines, mordidos algunas veces de gusanos. Un baile, es incendio de alma. Un edificio que hace costado a la alta casa de correos, rugía ese día incendiado. Ha sido un espectáculo terrible, cuya presencia no alcanzó a turbar el regocijo de los enamorados de la danza. En esa noche fría, cruzaban almas, ya libres de sus cuerpos, el espacio húmedo y oscuro, y arrebujábanse ateridas, salpicadas en su camino de copos silenciosos de volante nieve. Y los alegres danzadores deslizaban sobre la alfombra suntuosa el ancho pie, calzado de zapato femenino y medias negras. Fue el incendio en la mañana, en casa de numerosos pisos, llena toda de oficinas de periódicos, porque, como evocados por la estatua de Franklin que preside la plaza cercana, afluyen en aquellos contornos todos los soldados de la prensa. Por allí está el *Sun*, con Carlos Dana, su jefe hidalgo, romántico y benevolente; por allí el *Tribune*, donde escribió Greeley, que supo sembrar fresas y verdades, y escribe Whitelaw Reid, que sabe hablar y odiar; por allí está el *Times*, diario severo cuyo jefe joven es honrado y brusco; allí estuvo el *World*, hoy vendido a un negociante; allí había aún periódicos notables, que enseñan a sembrar, a comprar y vender, a trabajar en artes, a preservar cosechas, a criar ganados.

Las llamas ascendieron, con tal furia, que parecía que hubiesen estado largo tiempo presas. Cien lenguas rojas se entraron a la par por escaleras y pasillos. Los pisos altos, llenos de trabajadores, de pobres mozas, que hacen oficio de cajistas, de niños recaderos, se llenaron de horror y de clamores. Ya las llamas rebosaban por las puertas, y los bomberos acostaban sus escaleras en las paredes, y la muchedumbre se agolpaba en las afueras. Un hombre, como de pie en las llamas, asoma en una ventana. Otro, rodeado

de un halo de fuego, asoma en otra. Ya son todas las aberturas de la casa fauces rojizas, donde hierve el humo. No alcanzan a los pisos altos las escalas de los bomberos. Vese a una pobre negra, que, como perseguida de monstruos feroces, salta dando hondos gritos de un cuarto encendido, se acurruca en el umbral de una ventana, se ase, por no caer a la calle, de su mano ardiente, y se yergue de súbito, se recoge las ropas entre ambas piernas, exhala un alarido, y se arroja a la calle, en cuyas piedras chocó su cuerpo despedazado con estruendo. Un negro heroico, que limpia botas en una casa de beber, y tiene el alma libre de betunes, ve que en el techo del edificio humeante donde asoman tres hombres, corre un alambre de telégrafo a un poste vecino, que dista de la techumbre como esta de la calle, y hace una trinchita, se ayuda de ella para subir, halagado por los aplausos, a la cima del poste, donde corta el alambre, que ya colgado sirve de cuerda de descenso a los tres hombres, y baja velozmente, a hacer más bien, lleno el rostro de gozo, y el pecho de sangre. Una mujer joven aparece en la más alta ventana. Trae las manos manchadas de la gloriosa tinta del trabajo. Muerden las llamas sus cabellos; y ella aparta las llamas con sus manos. Ya se prende el fuego a sus vestidos, y ella arranca los trozos incendiados. Batalla brazo a brazo con el fuego. A seis varas de sus pies está la más próxima escalera, donde la aguarda con los brazos abiertos un bombero; y ella se deja caer, arrogante y serena, y así es salvada. Dícese a un hombre que haga lo mismo, y el hombre rehúsa hacerlo. Tardan los bomberos en ver a dos míseros, que con las manos en alto piden ayuda, y un albañil asalta la escalera, les excita a dejarse rodar por la pared, y con su brazo noble, al que da su fuerza suma la buena voluntad, recibe a los dos hombres. Otros gritan, agitan las llamas que los envuelven con sus ademanes de horror, se asoman a la calle, donde les aguarda el espacio vacío, se hunden en el fuego, como queriendo ablandarlo con sus lágrimas, y al fin saltan, moribundos de angustia sobre los lienzos que mantienen extendidos los bomberos piadosos. Se ven dos manos que se prenden al marco de una ventana ya incendiada, y una mujer a poco, de pie en el poyo humeante. La masa roja olea en su torno; ya está como vestida por las llamas, ya desaparece en el turbión negruzco, como arrebatada por la fiera hambrienta. Hoy, ya todo es ceniza. Queda el respeto a los valientes, que han sido honrados con medallas; quedan los periódicos que mudan de casa, y están hechos de espíritu, por lo que no mueren en incendio; y quedan los cadáveres sepultados entre himnos religiosos, o enterrados en las húmedas ruinas.

En esos escombros asoman, como guerreros de buena batalla, muertos en la mitad del guerrear, las armazones que sustentaban las cajas de tipos de imprimir, manejados a cambio de ruin salario, por débiles mujeres. En verdad que llena de dolor ver venir de lejanos suburbios, en estas mañanas turbias que parecen madrugadas, a esas obreras valerosas que, al volver en la noche anterior de la ruda faena, reclinaron la inquieta cabeza, sin tiempo de soñar, en su almohada dura y fría. Carros y vapores parecen a esa hora casas de huérfanas. Llevan la color mustia; la nariz roja; los ojos, como de llorar; las manos hinchadas. Van los obreros amparados de trajes gruesos, y ellas, de telas descoloridas, delgadas y ruines. Hacen la labor de un hombre, y ganan un jornal mezquino, mucho más bajo que el de un hombre.

Estas amarguras afligen a algunos corazones buenos, que no hallan modo de poner remedio a esa miseria, que roe cuerpos y almas. Hay en esta tierra un grupo de mujeres, que batallan con una vivacidad y un ingenio tales en el logro de las reformas a que aspiran, que, a no ser porque no placen mujeres varoniles a nuestra raza poética e hidalga, parecerían estas innovadoras dignas de las reformas por que luchan. Ni es justo querer que en prados de mariposas pasten leones. Ni es cuerdo sujetar a nuestro juicio de pueblos romancescos, y—por encima de nuestras pueriles desazones—puros,—los menesteres y urgencias de ciudades colosales, en cuyos senos sombríos se agitan criaturas abandonadas y hambrientas, comidas de avaricia, nacidas en soledad y apartamiento, y dadas sin freno al loco amor de sí. No ve el norteño en la mujer aquella frágil copa de nácar, cargada de vida, que vemos nosotros; ni aquella criatura purificadora, a quien recibimos en nuestros brazos cuidadosos como a nuestras hijas; ni aquel lirio elegante que perfuma los balcones y las almas. Ve una compañera de batalla, a quien demanda brazos rudos para batallar. Ni son los hogares en esta tierra aquel puerto sereno, en que la hija es gala, y no estorbo, y su matrimonio cosa temida y no deseada, sino como casa de hospedaje, donde no se cree el hostelero obligado a mantener a los huéspedes que trajo él a su casa. Ni nacen las mujeres en estos pueblos como en aquellos nuestros, miradas de cerca por los ojos vigilantes de sus familiares, que las guardan con ternura y con esmero; sino que vienen al mundo, en lo que hace a los pobres, como retoños malsanos de un árbol enfermizo, que brota entre una mesa coja y un jarro de cerveza, y oye desde el nacer palabras agrias, y ve cosas sombrías, y se espanta de ellas, y va sola.

Tantos males pueden hacer surgir como legítimos, y verdaderos por relación, pensamientos que a nosotros nos han de parecer—por ser nosotros de tierras distintas,—vulgares y extravagantes. Voy cerrando estas líneas—que muchas veces se han acabado, ya al andar del vapor en una mesa de las de esa casa que ha escombrado el incendio,—y va cerrándose el congreso de damas, convocado para abogar enérgicamente por la concesión del derecho de votar a las mujeres. Ha sido el congreso en elegante sala, y las damas de él muy elegantes damas. Vestían todas de negro, y la que más, que era la presidenta, llevaba al cuello un breve adorno azul. Y el auditorio era selecto, lleno de hombres respetuosos, y de damas de buen vestir y de buen ver. Es cosa sorprendente cómo la gracia, la razón y la elegancia han ido aparejadas en esa tentativa. Deja el congreso de mujeres la impresión de un relámpago—que brilla, alegra, seduce e ilumina. Yo he oído a un lacayo negro hablar, pintando el modo de morir de un hombre, con tal fuego y maestría que le hubieran tenido por señor los maestros de la palabra. Yo he oído con asombro y con deleite la verba exuberante y armoniosa de los pastores hondureños, que hablan castellano de otros siglos, con donaire y fluencia tales que pondrían respeto a oradores empinados. Y ese modo de hablar de estas damas ha sido como el corretear de un cupidillo malicioso, bien cargado el carcaj de saetas, y bien hecha la mano a dispararlas, entre enemigos suspensos y conturbados, que no supiesen cómo ampararse, alzando el brazo y esquivando el rostro, de los golpes certeros. ¡Qué lisura, en el modo de exponer! ¡Qué brío, en la manera de sentir! ¡Qué destreza, en sus artes de combate! ¡Qué donaire, en los revuelos de su crítica!

—«¡No nos dejáis más modo de vivir que ser siervas, o ser hipócritas! Si ricas, absorbéis nuestras herencias! Si pobres, nos dais un salario miserable! Si solteras, nos anheláis como a juguetes quebradizos! Si casadas, nos burláis brutalmente! Nos huís, luego que nos pervertís, porque estamos pervertidas! Puesto que nos dejáis solas, dadnos los medios de vivir solas. Dadnos el sufragio, para que nos demos estos medios!».

Y como decía tales cosas una respetable anciana, con tal riqueza de dicción y propiedad de ademanes, que no había espacio a burlas, amigos y adversarios oían atentos y batían las palmas. «¡Vienen a convertirse las mujeres ignorantes, merced al desamparo en que viven, en frutas de noche, y huéspedes de la policía, y no tenéis en las casas de policía, mujeres honradas que asistan a esas infelices, sino hombres que las burlan y mancillan! Poned mujeres en las estaciones a donde van presas mujeres! Dejadnos votar, y nosotras las pondremos!».

Y a este punto, como si fuese ley que en esta tierra fueran siempre unidos lo poderoso y lo pueril, dice una dama linda que está en la sala el Jorge Washington de la causa de las mujeres sufragistas, y se debe oír hablar a Jorge Washington; cuya dama, que es famosa, y habla esa lengua que gusta a los americanos, porque hace reír, y tiene en abundancia la brutalidad y la presteza del boxeo, subió seguidamente a la plataforma, donde ostentaba un grave caballero su gabán lujoso y sus gruesos zapatos de andar; mas no dijo discurso, sino que el libro que tenía en la mano era una historia del sufragio de las mujeres, y que alcanzaría gracia, y se haría miembro de dos asociaciones sufragistas, quien en prueba de fe comprase el libro. Con lo que bajó de la tribuna Susana Anthony.

La pasión generosa, la réplica aguda, la ironía mordiente, la razón sobria, la exaltación sectarista, distinguieron a esta reunión de damas estimables; por las que se supo que no ha mucho cincuenta y nueve legisladores votaron en Albany, que es la cabeza del estado, por la concesión del sufragio a las mujeres, contra cincuenta y cinco, que no gustan de concederlo; y se supo también por un exgobernador de Wyoming, que en Wyoming votan, y gozan empleos, y se disputan candidaturas las mujeres, y hubo vez, en la que todo quedó en paz, en que un marido era candidato republicano para un empleo, y su consorte candidato demócrata.

Y aún resuenan a par de esas voces, extrañas por fortuna a nuestros pueblos, donde compartir la vida es comenzar de veras a gozarla,—los acentos robustos y magnánimos de los prohombres neoyorquinos, congregados a denunciar, como delito humano, que han de execrar las gentes, y de penar el cielo, la caza bárbara y enconosa de que los míseros hebreos son hoy víctimas en Rusia. Y un anciano de faz rugosa, cuerpo escueto, y palabra apostolar, el anciano Evarts, decía que cuando el pecho se hincha, desborda por los labios, y que, como la faz en la linfa del arroyo copia al punto la faz que se asoma a la linfa, el corazón de todos los hombres y mujeres de la tierra responde al grito de angustia de los hombres y las mujeres de Moisés.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 18 de febrero de 1882.

Carta de Nueva York expresamente escrita para *La Opinión Nacional*

El Misisipi desbordado.—Guerra social.—Numerosísimas nuevas.—Un monumento roto.—«¡No han de alzarse monumentos a traidores!»—La historia del mayor André y del traidor Arnold.—Colonos adula-dores.—Henry Garnet, notable orador negro.—Hermosa vida de Henry Garnet.—Corre sangre en Omaha.—Graves huelgas.—San Francisco contra los chinos.—Los Estados Unidos cierran sus puertas a los chinos.—Washington, Chicago, Boston.—El caballo de Sheridan.

Señor Director de *La Opinión Nacional*.

El Misisipi desbordado, aquel río hermoso que vieron, antes que ojos algunos de Europa, ojos de españoles,—arrasa e inunda aldeas, haciendas, centenas de hombres, millares de ganados. Llena de agua los valles. Trueca en mar la comarca. Y así se precipitan en los diarios las nuevas, los aniversarios, las lidias del Congreso, las noticias de muerte, los cuentos de crímenes, las narraciones de fiestas, la historia de las rebeliones imponentes que se encrespan y estallan en las ciudades vírgenes de las lejanas selvas, y que parecen ensayos tímidos de la revuelta colosal y desastrosa con que, en futuros tiempos, habrá de estremecer a esta tierra la pelea de los hombres de la labor contra los hombres del caudal. De Europa viene a este país la savia y el veneno. El trabajador que viene aquí, ya odia. Si prospera, como su rencor era alimentado por su infortunio, acalla su rencor. Mas si medra penosamente, y mientras no medra, vierte en los que le cercan el odio que le llena. De vivir exclusivamente para el laboreo de una fortuna, viene que sea desnudo y formidable el apetito de poseer, envilecedor en los hombres cultos, y tremendo en los hombres ignorantes. Vese aquí cómo los ricos se van agrupando y espaldando, y buscando gobierno para sí, que les ponga a cubierto de las demandas de los pobres. Y vese cómo los adoloridos de otras tierras, enardecidos por la dificultad que a su progreso opone el visible concierto de los ricos, azuzan las iras y avivan la mente de los pobres

desasosegados. En esta tierra se han de decidir, aunque parezca prematura profecía, las leyes nuevas que han de gobernar al hombre que hace la labor y al que con ella mercadea. En este colosal teatro llegará a fin el colosal problema. Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores.—Los problemas se retardan, mas no se desvanecen. Negarnos a resolver un problema de cuya resolución nos pueden venir males, no es más que dejar cosecha de males a nuestros hijos. Debemos vivir en nuestros tiempos, batallar en ellos, decir lo cierto bravamente, desamar el bienestar impuro, y vivir virilmente para gozar con fruición y reposo el beneficio de la muerte. En otras tierras se libran peleas de raza, y batallas políticas. Y en esta se librá la batalla social tremenda.

Mas de prever vengamos a ver. No tienen los ojos espacio para todo lo que salta a ellos. Ya es el guía de la raza negra que muere. Ya son mineros y ferrocarriles que se alzan en demanda de monto de sueldos. Ya son californianos avarientos, que tienen celos de los chinos sobrios, y exigen en el calor de los motines que se ponga coto a la venida de los chinos. Ya es una moza que ganaba poco con los vestidos de su sexo, y para hacer oficios de hombre, que acarrear mejor salario, y que ella hizo cumplidamente, como criado de comedores y mancebo de tienda, se embarcó vestida de hombre, por lo que fue presa, y movió curiosidad, y anda ahora libre. Ya es que esta ciudad provinciana hace gala de tener en menos que en las ciudades de Europa tienen a la Patti, como si no fuera el honrar a quien lo merece, honrarse a sí, y el negar honra a aquel a quien se la debe, quitarse honra a sí propio. Ya son guerreros que cenan, para hacer memoria de sus heridas, sus marchas y sus guerras. Ya niñas de dieciocho años que preguntan a los diarios si no será la edad suya edad buena de casarse, contra el consejo materno, a lo que uno de los diarios dice que ese de dieciocho años ha de ser afecto pueril, y celaje de primavera, y que es bueno aguardar a más, por ver si el celaje hermoso resiste al sol de estío y a las nieves del invierno, por lo cual el consejo de la madre, aunque parezca áspero a la hija, es buen consejo. Ya, todos encintados de verde, calzados con botas corpulentas, y coronados de extraños sombreros, pasean, tras de su general que va a caballo, los hijos de Irlanda, la ciudad en este día de su patrón amado San Patricio. Ya son abanicos que se exhiben; monumentos cuya demolición se trama; diarios que, en este mes de anuncios, se venden como diarios y son montes; banquete con que celebra el presidente en Washington, en mesa llena de rosas y jazmines, a los buenos y graves jueces de la Suprema Corte. O es ya séquito fantástico de gentes de circo encabezado por

mozas robustas vestidas de reinas de Escocia, y por titiriteros en trajes de condes y de duques, en que a la lumbre eléctrica, que baña de luz blanda las calles, resplandecen crinajes de árabes corceles, melenas de leones, labios fangosos de chacales, colmillos de elefantes, jorobas de dromedarios, ojos de hiena.

Y ¡qué dolorosa historia recuerda ese monumento que se quiere demoler! Es el de un joven militar, cuyo cuerpo yace hoy, honrado entre los cuerpos de los grandes, en la Abadía de Westminster. Salió de las filas inglesas por mandato de su jefe, allá en los tiempos en que guerreaba contra Inglaterra Washington, y se entró en una fortaleza americana, y huyó por entre filas de soldados de América, luego que ajustó el precio de la traición que había de dar a Inglaterra la anhelada fortaleza. Y el mayor André, que era bravo y gallardo, fue sentenciado por Washington a morir como traidor en la horca. Y se vendó los ojos, y se ajustó el nudo de la cuerda al cuello y golpeó con el pie firme el carro que iba a servirle de cadalso, el cual fue súbitamente arrebatado de debajo de los pies del triste joven, que quedó allí, colgando por traidor. Es suceso famoso, que merece cuento. Arnold era general americano, y hombre de tantos vicios como bravura, y audacia como ligereza. Vino a poco en dineros cual vienen siempre los viciosos; logró de Washington el mando de la fortaleza de West Point, que era llave del Hudson y casa de águilas, y ofreció en venta la fortaleza al caudillo enemigo, que envió al mayor André por diestro y bravo, a que averiguase los dineros que quería Arnold por su ignominia, los cuales fueron averiguados, y merecidos de antemano por unos planos de la fortaleza que Arnold dio a André, y este escondió en sus botas, y causaron su muerte; que no es bien por cierto lamentar y honrar, porque va para vil quien comercia con vilezas, de las que supo al punto por qué cayó el mayor en manos de soldados del ejército de América que, más honrados que su general, rehusaron los monedales que les ofrecía André porque le dejasen libre, y le llevaron a poder de Washington, quien le sometió a consejo, el cual le juzgó por su propia confesión, y no creyó bien acordarle el hermoso consuelo de morir faz a faz con los fusiles, como mueren los buenos soldados. Murió vilmente el que había venido a envilecer. Es ley dura, pero es ley justa. Y es ahora moda de americanos de alma enferma solicitar gracias y halagos de la metrópoli inglesa, porque hay frentes serviles, hechas para yugo, cuyos dueños emplean la riqueza que heredaron de sus padres trabajadores en esconder que vienen de ellos, porque no tengan a mal los nobles de mano fina de Londres soberbia, sentar a su mesa a hijos de menestrales

y labriegos.—A veces tiene vientre de oro quien tiene testuz de can; es crimen avergonzarse de los que hicieron a su patria colosal y libre, porque hacerla libre era ya ponerla en camino, breve y dilatado de ser colosal, y besan luego la orla de las casacas señoriales de los que mantuvieron a su patria en hierros, a su riqueza en diques, a su decoro en cepo, a su razón en ignorancia ignominiosa.—De esas frentes yugales vino el pensamiento de erigir a André a la margen del Hudson un monumento, que fue a poco erigido. Mas un joven poeta, hecho en la guerra del Sur a arrancar banderas de los cañones enemigos y a quebrar prisiones, y a poner sobre ellas el pabellón cuya asta fuerte rompió de un golpe la argolla cruenta en el pie de los esclavos, se echó al hombro una azada, aguardó a la margen del río la noche amiga, e inhábil para dar en tierra, como quería, con el monumento bochornoso,—tajó sus bordes y rompió sus letras, porque no se dijese que la traición tenía un altar donde la libertad tiene su más solemne templo. Y le persiguen, porque fue ese trozo de granito tallado y colocado a expensas de Cyrus Field, magnate rico, que pone empeño en hacer mal al poeta que llama vil a su obra. Mas, en junta de doscientos hombres que se congregaron en un lindo pueblo a la orilla del río, un anciano de cabellos muy blancos denunció con los labios muy trémulos, puestas en alto las dos manos rugosas, al que en el suelo que guarda los cadáveres sagrados de los que murieron por la independencia de su patria, alza insolente piedra a honrar al que, tomando vino y comiendo pan en la mesa de un soldado infame, concertó la manera de mantener la patria gloriosa en ruina y servidumbre. Y se ve ahora el modo de ir en séquito a dar en tierra con el monumento malaventurado.

En tanto que esos amigos de las glorias americanas se reunían para ver que no se honrase a quien no era digno de honor,—otros hombres agradecidos al bien que del reverendo Henry Garnet recibieron, decidían vestir de luto por su muerte la iglesia que fue suya; y contar en solemne ceremonia, la humildad, la elocuencia, la grandeza, la firmeza, el empuje del afamado orador negro. En un día solemnísimos, los rayos de sol que penetran por las ventanas altas del Capitolio de Washington iluminaban la frente bronceada y vasta de un hombre altivo que decía con voz serena frases magnánimas y elocuentes: era Henry Garnet, el primer hombre negro que se sentaba, como sacerdote venerable, entre los hombres blancos que cobija la cúpula del severo Capitolio. En otro día no olvidado, un joven imponente decía vehementísimas y cultas palabras ante la Sociedad Antiesclavista de Nueva York, que admiró lo aprovechado de su mocedad,

lo evangélico de su frase, lo acabado de su modo de decir, la virilidad de su apostura: era Henry Garnet, que vuelto de trabajoso colegiaje lucía por vez primera en público sus facultades oratorias. ¿Y ese grumete mísero, que limpia vajillas y cubiertos y hace oficios menores, y va de mozo de cámara en un vaporcillo que da viaje a Cuba? Es Henry Garnet, que enseña a los hombres perezosos, soberbios e impacientes, cómo se puede, de negrillo camarero, hijo de esclavos fugitivos que anduvieron desnudos por la nieve y padecieron frío y hambre en los bosques, ir a pastor de iglesia: a maestro, a miembro del Congreso de Francfort, a abogado del trabajo libre de Inglaterra, a caudillo de su raza, a representante de una nación de cincuenta millones de vasallos en tierra extranjera, a orador en cuya frente limpia y altiva juguetea, como acariciándosela enamorada, la serena y grandiosa luz del Capitolio.—Venían los negros, perseguidos en los estados del Sur, a Nueva York, y llamaban, como a la casa del patriarca, a la de Garnet, que les aderezaba para vivir su casa y su iglesia: y le oían como a mesías, y le obedecían como a Moisés.—Era fama, cuando ya estaba Garnet privado del uso de una pierna y entrado en latines, que traía revuelta con sus bravas ideas antiesclavistas a la Academia de Canaán, que llegó a ser fortaleza de estas ideas, repleta de vehementes soldados,—y los partidarios de la esclavitud juntaron noventa y cinco yuntas de bueyes, y las uncieron a la Academia, y la arrancaron de cuajo, en tanto que balas matadoras tajaban el aire en busca de «aquel negro atrevido de frente alta». No era su lenguaje truncado e imperfecto como el de casi todos los hombres de su raza en esta tierra, sino atildado y ejemplar; sus ojos, decían honradez; sus labios, verdad; todo él, respeto. Lo tributaba y lo inspiraba. En un grupo de hombres, parecía él el jefe. Fue sacerdote en Washington, y lució como virtuoso y elocuente sacerdote. Lo fue en Nueva York, en propia iglesia, y cada año le traía a sus feligreses más amorosos y sumisos. Con el brazo derecho paraba todo golpe que el negro injusto dirigiese al blanco que había ayudado a libertarlo, y con el brazo izquierdo desviaba de la cabeza de los negros todo golpe que a ellos enderezasen los blancos que los desdennan sin razón, porque les ven víctimas del mal que les hicieron. Garnet, que ha muerto de Ministro de los Estados Unidos en Liberia, ni se avergonzaba de las miserias de su raza, ni las compartía. Odiaba el odio. Amaba vivamente a los blancos y a los negros. Ha muerto amado.

Otro hombre acaba de morir, al borde de cuya tumba se congregaron dos millones de hombres agitados.—Era un herrero, que vivía hace

tiempo sin empleo. Nótase ahora, en los grandes lugares de labor, como oleaje de cólera. Los que se rebelan son hombres fuertes, de espaldas anchas, que dejan sin encender la fragua, y sin batir el hierro sobre el yunque;—y mujeres débiles, de manos flacas y hábiles, que se niegan a que se les merme el ruin salario que les pagan por hilar el lino. A un tiempo estallan huelgas entre los molineros de Chicago, los mineros de Cumberland, los terrapleneros de Omaha, los herreros de Pittsburg, las hilanderas de Lawrence. En Pittsburg, corre la sangre de dos guardianes. En Omaha, muere con una bayoneta en el costado el herrero sin empleo. Los empresarios de los terraplenes en Omaha consintieron en pagar un peso y cincuenta centavos de jornal a cada trabajador, que trabajaba antes por un peso y cuarto cada día. Los terrapleneros se alzaron, y pidieron aumento de veinticinco centavos al jornal diario. La empresa trajo hombres de otra comarca. Omaha desde entonces arde en cólera. La ven los obreros airados como a fortaleza de sus derechos. Con sesenta guardianes custodió la empresa el lugar de sus trabajos, y a la zaga de grandes banderas y al son de música y atambores, arrollaron tres mil obreros omahenses a los guardianes aterrados, y espantaron e hirieron a los trabajadores forasteros. Convocó el gobernador a la milicia, y el presidente le envió tropas. La muchedumbre, como ola, fluía y refluía en torno a los soldados armados, los vejaba, los punzaba, los denostaba. Los soldados, al fin, calada la bayoneta, cargaron sobre la turba, que retrocede y vocifera, y quiere arrebatar a los soldados los fusiles, en cuya lid cae un obrero al suelo, con el acero clavado junto al corazón. La línea se repliega. La muchedumbre ruge. Su caudillo, que lamenta el motín y mantiene el derecho del trabajador a ganar salario que le habilite para vivir sin sustentos y miserias con el producto de su labor, reúne a los miembros de las sociedades de trabajadores para ver de salvar del hambre, y de las cobardías que vienen de ella, a los terrapleneros sin empleo; ruega a los senadores que alcancen del presidente la retirada de las tropas, a la cabeza de dos mil obreros, acompaña a ser puesto en la tierra, el cadáver del herrero herido, en honra del cual ya se talla en granito un monumento. Parecía el entierro tregua de campaña. Dicen mucho, dos mil hombres silenciosos. Y de pie en las filas, estaban los soldados, preparado el cartucho, atenta la mano, calada la bayoneta. Y así quedan; así se ven ahora faz a faz, trabajadores y soldados.

Allá a lo lejos la gran ciudad de San Francisco ha sido teatro de más extraña lucha. De viejo viene siendo entre los chinos endebles y sumisos

que hacen varias y buenas labores a ruin precio, y los inmigrantes europeos que han menester de trigo y de licores, y de telas costosas, y de familia, por lo que no pueden hacer a precio ruin las labores en que, en lo barato y en lo hábil, le aventaja el chino. Al fin, fue llevado al Congreso el problema arduo. Al fin el Congreso ha decidido que cese la inmigración china en San Francisco. Ya no podrán venir, como venían a modo de rebaño, y a millaradas, los hombrecillos de ojos almendrados, rostro huesudo y lampiño, y larga trenza. Ya no podrá el hombre de China, a no ser viajero, o mercader, o maestro, o enviado diplomático, o estudiante, o trabajador que hubiese estado en Norteamérica hasta noviembre de 1880, los cuales han de traer muy minucioso pasaporte, pisar en busca de trabajo, tierra norteamericana. En vano dijo un senador que la nación que hacía gala de llamar a todos los hombres a su seno, no podía, sin que causase asombro, cerrar sus puertas y negar sus campos a toda una raza respetuosa, útil y pacífica. En vano dijo un economista que el Congreso de una nación, hecho a amparar los derechos de los nacionales, no podía privarles del derecho de comprar barato, y en mercado libre, el trabajo que necesitan para sus industrias. En vano imponentes grupos en la alta y baja Cámara decían que prohibir la entrada de hombre alguno, y de un pueblo entero de hombres, a esta tierra, era como rasgar con una daga la Constitución generosa de este pueblo, que permite a todos los hombres el ejercicio libre y libre empleo de sí. En vano toda la prensa buena del Este tenía a mal que en provecho de los inmigrantes de Europa, ambiciosos y voraces, se compeliere a emplear trabajo caro a los fabricantes del Oeste, y se cerrase la entrada del país a los inmigrantes de Asia. Era un duelo mortal de una ciudad contra una raza. Por mantener la esclavitud de los negros hizo una guerra el Sur. Pues por lograr la expulsión de los chinos hubiera hecho una guerra el Oeste. Se veía la nube sangrienta. Días antes del término del debate, la ciudad de San Francisco se replegó en silencio, como aquellos antiguos caballeros, armados de hierro y oro, se recogían a orar en la víspera de la batalla que llamaban velada de las armas. En la ciudad inmensa, inmenso silencio. Era día de paseo, y parecía día de combate. Daba miedo la calma. En sus casas, las mujeres. En las calles, los hombres huraños, rojos y espaldados. En sus callejuelas y rincones, los trémulos chinos. Pero en la hora de las juntas, fue toda la ciudad un gran clamor. Parecían cruzados, ya puestos en camino, a echarse al hombro los mosquetes, y a afirmar en las cujas las pesadas lanzas. Y en las ciudades, villas, aldeas, aldehuelas vecinas,

había juntas iguales. Montes despeñados parecían de lejos los hombres en las calles. Todos tenían los puños apretados, y los ojos coléricos. Alzábanse tribunas en las plazas. Para siempre y de cuajo debían salir los chinos de la ciudad de San Francisco! La ciudad quería defender su civilización y sus hogares! ¡El Congreso debe votar a una la petición de los senadores californianos! ¡Como un hombre, como un pueblo, como leales ciudadanos de la República, el pueblo de San Francisco, reunido todo en junta, ruega al Congreso que le libre de los daños que le vienen de esa absorbente, servil, corruptora, incontrastable invasión china!—Y el Congreso encargado de mantener la unión de todos los estados, y librar a esta tierra de paz de la mancha de sangrientas guerras intestinas, acató sumiso los deseos del agitado y amenazador pueblo de San Francisco de California. Y no es, no, la civilización europea amenazada la que levanta como valla a los chinos la espuma de sus playas; es la ira de una ciudad de menestrales que han menester de altos salarios contra un pueblo de trabajadores que les vencen, porque pueden trabajar a sueldos bajos. Es el rencor del hombre fuerte al hombre hábil. Es el miedo de una población vencida al hambre.

Omaha está aún de miedo. San Francisco está ya de regocijo. Boston no sabe si, empatados como están los votos en la comisión del sufragio de mujeres en su legislatura, se concederá al cabo, como se aguarda, o se negará, como otros quieren, a las mujeres del viejo y glorioso estado de Massachusetts, cuna de glorias y casa de letras, el derecho de votar en todos los asuntos que someta a la decisión de las urnas el estado. Washington, que aplaudió al senador Hoar, que muestra ya por su elocuencia y brío que sabrá hacer su nombre famoso, persigue con ansia la investigación, comenzada a puerta abierta, de todos los lances, complicidades, compromisos y misterios de la extraordinaria Compañía Peruana, de relación con la cual se acusa a buena suma de representantes de la Unión. Y como es voz entre altas gentes que en esa extraña Compañía andaban interesados muy venerables personajes, están los unos tímidos y los otros contentos de ver salir así amigos y enemigos culpables a la plaza.

Y en Chicago, la ciudad grande de los graneros y molinos, celebraron ciudadanos prominentes, en torno a mesa suntuosa, el día en que cumplió cincuenta y un años el bravo general Sheridan, que con Sherman y Grant venció al Sur gigantesco, que limpió de rebeldes el valle de Shenandoah, que midió sus armas con las armas del Sur en sesenta y cuatro batallas, y que una vez que el general Early, caudillo de los confederados se entró a

tala y a saco por su ejército cuando andaba él a veinte millas de distancia de sus soldados, oyó la nueva, clavó las dos espuelas en los ijares de su caballo alado, hizo riendas de los vientos, y llegó a punto de hacer volver grupas a la victoria, que huía ya de su campo glorioso en rota desolada. Y es famoso, como el caballo de Alejandro, el caballo de Sheridan.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 31 de marzo de 1882.

Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*

Política. Catástrofe. Guiteau. Un libro.—Muertos en el polo.—El secretario de Estado.—El ministro poeta.—Conkling.—Bancroft, y su extraordinario libro.—Cómo se hizo la Constitución de los Estados Unidos.—Escena memorable: sesión tumultuosa.—Los Estados Unidos cierran sus puertas a los chinos.—Guiteau, en la celda de muerte.—Grandioso festival: música de Berlioz, de Händel, de Wagner.

Nueva York, 23 de mayo de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional*.

¡Cómo poner en junto escenas tan variadas! Allá en las resplandecientes soledades del Ártico, doblan al fin sobre su almohada de nieve la cabeza unos expedicionarios valerosos; aquí en colosal casa, resuenan, ante millares de oyentes absortos, los acordes sacerdotales y místicos de la música excelsa, la más solemne de las artes humanas. En los árboles, todo es verdor. En los rostros, todo es alegría. En Irlanda, todo es susto. En San Francisco, vencieron los enemigos de los chinos. En los mostradores de las librerías, luce la obra monumental de un anciano de ochenta y dos años. En torno a mesa rica, júntese para celebrar glorias patrias, los mexicanos de Nueva York. Masas enardecidas se reúnen a protestar contra los asesinos de los ministros ingleses en Irlanda, y contra los asesinatos de los patriotas de Irlanda por los soldados ingleses. Ha habido festival grandioso. Guiteau entra ya en su celda de muerte. Susúrrase que va a haber mudanza importante en puestos diplomáticos.

¡Miseros, los viajeros del polo!—Salieron de estas costas, en la *Jeannette* ágil y fuerte entre palmas y vítores; y luego de dos años, perdido el barco osado, perdida la esperanza, mueren catorce hombres tristes, hincados los dientes en huesos de reno ya roídos, y los ojos en aquella luz polar cegadora y mortífera, los pies despedazados, las mentes perturbadas, los

labios cárdenos y secos. Cuando creyeron que no hallarían al cabo asilo en el desierto, se miraron en tremendo silencio, y oraron por primera vez, se apretaron los unos contra los otros, con ese arrebató de amor y confusión con todo lo humano que se siente en presencia de la muerte, y perecieron. ¡Y estaban a cien millas de hogares calientes, los infortunados! Llevaban malos mapas, y se creían más lejos de los hogares. Roto su barco, emprendieron briosamente la marcha por la nieve. Primero hallaron renos que cazar, y luego ya no hallaron renos. Mientras esperaron, sonrieron y anduvieron: cuando perdieron la esperanza, como máquina que estalla, cayeron exánimes. ¡Qué hombres tan bravos, tantos hombres que viven, ya sin esperanza! Van, sin que nadie lo vea ni lo sepa, como arrastrando un muerto.—El capitán de esos peregrinos del Polo era el noble De Long, que de niño fue estudiosísimo, y enamoraba por su afán de saber. Llevaba siempre en los ojos una pregunta, andaba siempre buscando en los libros una respuesta. ¡Tal vez lo sabe ahora todo, debajo de la nieve! Han de seguir viviendo los que mueren: pues ¿qué es el hombre, sino vaso quebrable del que se desbordan, fragantes y humeantes, esencias muy ricas? Cada hombre es la cárcel de un águila: se siente el golpe de sus alas, los quejidos que le arranca su cautividad, el dolor que en el seno y en el cráneo nos causan sus garras.—La naturaleza no ha podido formular una pregunta a la que no haya de dar al fin respuesta. En una obra tan lógica que en su criatura más ruin se hallan los gérmenes de la criatura más alta, y en la más alta los gérmenes de la más ruin,—no puede haber esa porción ilógica. Los desterrados saben que la tristeza que inunda el alma en la tierra, es el dolor mismo del destierro. Hay almas que no saben nada de esto,—porque hay almas-nubes, y almas-montes, y almas-llanuras, y almas-antros.—De Long era de la raza de los escaladores del misterio. Él quería ver aquel mar libre del polo, que de vuelta de su viaje por los hielos, aseguró el almirante Belcher que había visto. Él quería besar con labios filiales, la tumba de Franklin. Él quería hallar en las nieves árticas, la bandera que llevó el viajero Hall, a clavarla en los témpanos boreales, y flota hoy en ignorados climas, y como llamando a los hombres, sobre el cadáver del viajero helado. ¡Qué grandes, esos hombres que se lanzan a los mares a arrancar presas a lo desconocido! ¡Qué duelo el del héroe y la sombra! La sombra envolvió al héroe. Este pueblo ha tenido con su muerte, y la de sus marinos bravos, una pena de familia. Del *Herald*, este diario acaudalado, era la expedición infortunada: el *Herald*, que envió viajeros a África, envió esos viajeros al Polo. Este periódico asombroso

comprende que necesita para vivir, estar causando permanente asombro. Lo leen cincuenta millones de hombres: y sus actos y empresas, como que tienen ese premio, tienen ese tipo: cincuenta millones.—Anuncia el *Herald* que hará de padre para los huérfanos, y de compañero para las viudas. De ponerse a llorar es de almas enfermizas. Cada hombre es un trabajador, y muere bien, si muere en el trabajo.

Rusia se place en agasajar a América. En tanto que el ingeniero Melville, fatigaba renos y registraba aldeas polares en busca de los viajeros malhadados, no había hora sin telegrama de cortesía y afecto entre el secretario de Estado ruso y el secretario Frelinghuysen. Ahora se dice que Frelinghuysen dejará de ser secretario de Estado. No le hallan defecto; pero no le hallan significación política bastante. Los pueblos se pagan del genio, y no gustan de que los dirija quien no lo posea. El genio enamora, aun a aquellos a quienes irrita. El genio brilla, destruye, construye, rechaza, combate, provoca. Y los pueblos se cansan de padecer la nostalgia del genio. Aunque sean hombres peligrosos, quieren hombres brillantes. Ponen riendas fuertes al corcel que ha de guiarlos, pero les gusta ser guiados por corcel brioso. Frelinghuysen es hombre sereno, mas no intrépido. Es fuerte, porque es digno; pero no place porque no resplandece. Mas puede ser que estos rumores sean de deseos de sus rivales, y no de verdadera intención del presidente. Los Estados Unidos tienen en Inglaterra de ministro a un yanqui de abolengo, de mente clara y alma franca, de exquisita cultura, de ricas dotes de escolar; de finos gustos, que le habilitan para ser a la vez representante fiel de una república, y ornamento de ella en una monarquía. En la corte de St. James, es persona de casa el poeta Lowell. Todo en él es amplio y expansivo. Llama al encumbrado Lord Granville «querido Granville». Los Estados Unidos tienen orgullo en este hombre de letras, que ha escrito el mejor libro en dialecto yanqui, el mejor canto heroico de los milagros y glorias de la Guerra de Independencia, y la revista más concienzuda que ha visto la luz en este pueblo. Pero como Lowell es cuerdo y generoso y amó a Inglaterra como a pueblo hermano, y pisa con placer la tierra de donde salieron sus padres, cargados de dolor y de virtud, a fundar esta tierra nueva, alegan ahora los irlandeses naturalizados en los Estados Unidos—los cuales han dejado, a pesar de la carta de nueva naturaleza, de ser en pasiones y odios soldados de Irlanda—que ese ministro Lowell, amado de Inglaterra, no defiende con bastante brío, en la querrela mortal que Inglaterra e Irlanda tienen empeñada, a los irlandeses naturalizados en Norteamérica, que ya ricos, y al amparo de su carta de ciudadanía,

vuelven con lealtad que no ha de censurarse, aunque sea lealtad ilegal, a prestar auxilio a los patriotas de Erín, la ensangrentada y revuelta Erín, y a azuzar allí la rebelión. El gobierno inglés mantiene que, al venir a luchar contra él, los irlandeses americanos no tienen ya derecho al amparo de América, puesto que violan las leyes de esta, y las del país a donde van, y arman guerra a una nación con la cual su nación está en paz. Y Lowell a lo que parece, piensa en esto, aunque es en todo justo, enérgico defensor de su nación, como piensa el gobierno inglés. Mas como vale tanto tiene el buen poeta gran suma de envidiadores y celosos. La aparición de una personalidad alta es la señal para el desate de los bosques. Todo es ladridos en el cortijo, cuando entra en él impetuosamente un caballo brioso. Los perros ladran poco a los caballos ruines. Los perros de buena raza ni aun ladran a esa clase de caballos. Como los irlandeses de América están airados contra Lowell, los envidiadores de Lowell se aprovechan de la ira de los irlandeses. Y como estos son tantos, e influyen de tal modo con sus votos en la política del país, varios diarios de fama los apoyan y van los rumores hasta suponer que, por no enajenar al Partido Republicano las simpatías del elemento de Irlanda, consentirá el presidente Arthur en privar de su ministerio a Lowell. Y como el arrogante Conkling no tiene aún puesto acordado a sus méritos en torno al presidente Arthur, que le estima en más, por su poder mental y su hidalguía, que a todo hombre de ingenio y nota en esta tierra, y no le halla parangón en lo pasado, sino en la mente robustísima, y en aquel parecer continental, del glorioso Daniel Webster, rumorase que Frelinghuysen irá a Londres, para que Lowell vuelva a América, y que Conkling se sentará al cabo, con plácemes seguros del país, que ama a los arrogantes, en el sillón de Frelinghuysen. Será como poner manto romano donde hay una levita puritana.

Esa obra monumental que luce en los mostradores de las librerías es de un hombre del tiempo de Daniel Webster, de un investigador paciente, de un expositor claro, de un amador de la verdad, de un deductor de leyes, de un historiador bueno, de Bancroft. Todavía trabaja en la obra que empezó en 1834. Y está alegre el anciano, como quien ha cumplido con su deber. Está robusto, como aquel que ha podido vivir en el comercio de las cosas grandes. ¡Miseros los que las presienten, y son capaces de ellas, y no pueden darse a ellas! Esos mueren roídos por su ansia. El genio alimentado fortalece. El genio sin empleo devora. El alimento del genio es una obra digna de él.

¿Queréis sentirnos como de mayor estatura y más fuerte? Leed el libro de Bancroft. Antes no se sabía más de los Estados Unidos, que lo que decían crónicas sueltas, la pobre historia de un Marshall, los cuentos de la colonia de Grahame, y lo que contó a Europa, en hermosas, mas breves páginas, Carlo Botta, famoso. Pero volvió de Heidelberg un norteamericano joven que había sido allí amigo de Heeren. Heidelberg parece casa de la historia, todo lleno de ruinas y romances, con sus estudiantes magnánimos, pendencieros y laboriosos; con sus bosques que invitan a meditar; con sus murallas rotas que llevan la mente a la obra del tiempo; con su río solemne, que hace pensar en la corriente de la vida. Era Bancroft el norteamericano que venía, y el primer libro de este hombre, que ha hecho luego el más grandioso libro hecho en su patria, fue un librito de versos—. Los versos son las flores de la vida. La flor anuncia el fruto. El fruto fue copioso. No es la historia de los Estados Unidos de Bancroft una cumbre de hechos, engastados a modo de rosario, o puestos en junto confusamente a manera de maraña. Allí cada escena está con sus matices; cada hogar, con su encanto; cada suceso, con su consecuencia; cada héroe, con su hermosura real y sus pasiones. Para Bancroft no hay acontecimiento aislado. La revolución que había de hacer libre a esta tierra empieza para él en la plegaria del primer puritano que hincó en tierra la rodilla. Él ve desde cima, por lo que abarca bien todo lo que pasa en el llano. Agrupa los sucesos, indica su relación secreta, da a los hombres su doble aspecto racional y poético, escribe con colores. No ve en un hecho, el hecho desnudo; sino que cuenta los azares del espíritu que lo engendró. Se entra en las almas, y las saca a luz. Pinta las épocas con sus afectos, con sus costumbres, con sus pasiones, con sus vestiduras: pinta las casas, los caminos, la selva majestuosa, las ciudades. Puebla su libro de vivos. Ve al hombre, como el buen historiador ha de verlo, en todos sus aspectos. El anciano, que se sintió fatigado, anunció que con el tomo en que cuenta la historia del país hasta el término de la guerra que lo dejó libre, acababa su obra. Pero la mente se le quejaba de estar ociosa. El trabajo nutre. La pereza encoleriza y enloquece. El anciano, como por hábito, comenzó a hacinar de nuevo documentos, a leer cartas amarillentas, a desempolvar anaqueles, a adivinar de nuevo el espíritu de los hombres en sus obras. Es un placer exquisito, el de buscar la causa de los sucesos. Surgen los hombres ante los ojos, como creaciones del que busca. Y él vive entre ellos, les pregunta, les lleva a la luz para verlos mejor, se enciende en paternal amor por ellos. Están poblados de seres vivos, esos grandes cuartos de estudiantes que parecen vacíos.

Y ahora ha salido a luz el libro nuevo del cultísimo anciano, en que cuenta cómo se elaboró la Constitución que rige hoy a este pueblo, y por qué vino a ser como es, y por qué no pudo ser mejor, y cómo llegó a ser necesaria, porque el país nuevo iba a menos con los pujos de independencia y soberanía de los trece primitivos estados. Es libro que ha de leer todo hombre americano, porque viendo por qué causas meramente locales y transitorias se han producido en la forma en que aquí existen determinadas instituciones, se aprende que no deben ser estas a ciegas imitadas, a menos que no se reproduzcan en el país en que se establezcan, condiciones iguales o semejantes a las que en este país las produjeron. Y conociendo los orígenes de esas instituciones deslumbrantes, podremos acercarnos a ellas, o apartarnos de ellas, o alterarlas en la acomodación a nuestros países, o no acomodarlas, conforme al grado de semejanza que haya entre los elementos de nuestras tierras en la época en que elaboramos su constitución, y los elementos que decidieron a esta tierra a hacerla como se hizo.

Por eso dura esta Constitución: porque, inspirada en las doctrinas esenciales de la naturaleza humana, se ajustó a las condiciones especiales de existencia del país a que había de acomodarse, y surgió de ellas.—Y si os preguntan por un buen texto de Derecho Constitucional, señalad la obra nueva de Bancroft.

Una constitución es una ley viva y práctica que no puede construirse con elementos ideológicos. En ese libro combaten diversas necesidades, ideas y hechos. En ese libro se ve cómo los más puros legisladores hubieron de sacrificar una buena parte de su idea pura, para no perderla toda. Se estudió en sus entrañas la razón de las federaciones. Se ve combatir a Henry Lee, que quería que fuese una nación cada estadillo, contra Madison y Washington, que creían que solo por la unión estrecha de los estados y la creación de un poder unificador y general, para los asuntos de carácter general y uno, podía llegar a ser, como lo ha sido, próspera y maravillosa la federación. Se recuerda cómo Jefferson, para impedir que los estados esclavistas formaran entre sí nación aparte de los estados sin esclavos, se vio obligado a reconocer como institución de derecho americano la abominable esclavitud. Se ve lidiar a Mason, que quería que el presidente tuviese el poder durante siete años, contra Sherman y Wilson y Bedford, que solo querían que lo tuviese tres. Se entra en la casa íntima y secreta de todas las instituciones americanas. Se queda en capacidad de juzgar, por lo puro o impuro del origen, lo respetable o irrespetable de ellos, y lo que pudiera tomarse, y lo que no debe tomarse. Se ve meditar a Hamilton,

grandioso. Se ve resplandecer a Washington prudente. Ese libro debiera ser la almohada de nuestros pensadores.

También estuvo Bancroft, como Lowell ahora: de ministro en la Corte de Inglaterra. También allí, como el caballeresco Motley ese otro historiador deleitoso, que nació en este pueblo, y narró con arte sumo e ímpetu la historia de Holanda, vivió entre desvanes de anticuario, bibliotecas y archivos. Mas no fueron a llamar allí a su puerta, como hoy a la de Lowell, irlandeses descontentos con voz de ira. No había muerto, como ahora, a manos fanáticas, el mensajero de paz que enviaba Inglaterra arrepentida a Irlanda rebelde. No se sumieron, con clamores nacidos a cruzar el mar, y a detener el brazo vengador que Inglaterra, poseída de indignación, levanta colérica,—estos millares de americanos e irlandeses, que se han venido ahora, en sesión tumultuosa, para llamar una vez más aborrecible al crimen; para decir a los hombres que los irlandeses que aman la libertad pueden ofrecer a los amigos de ella sus pechos desnudos, mas no herir el pecho de sus enemigos en la sombra; para excitar a Inglaterra a que no se aproveche del crimen de dos malvados para privar del goce de sus derechos burlados a un pueblo que protesta con noble horror del crimen. En Irlanda hay políticos cuerdos, que quieren lo posible, como Parnell, y celosos de Parnell, que quieren lo que este no quiera, por parar en caudillos, so pretexto de querer más que el caudillo verdadero, y fenianos reñidos con la paz como O'Donovan Rossa. Parnell cree que, puesto que Irlanda no puede hacerse independiente, ha de aprovechar los medios honestos que la lucha pacífica le ofrezca para ir mejorando su condición, y haciéndose de mayores medios: Rossa cree que debe forzarse a Irlanda a pelear por su independencia, puesto que no puede por medios pacíficos lograr mejora alguna, y estima bueno el crimen si él aterra y amilana a sus adversarios. Al lado de Rossa, va una treintena de hombres resueltos. Al lado de Parnell va Irlanda escarmentada.

Nueva York refleja todas esas luchas. En la noche de la sesión tumultuosa, parecía el barrio de la sesión, barrio de Irlanda. Presidía el *mayor* de la ciudad, que es caballero cumplido, versado en cosas de nuestra América latina, e hijo de Irlanda: el *mayor* Grace. «¡No entréis—decían los fanáticos en las puertas a esta reunión de esclavos blancos!»—«¡No lloréis a esos que han muerto: se leían en unos ruines versos que repartían manos febriles: llorad porque no han muerto más!»—A poca distancia del *mayor* Grace, que hablaba, rodeado de irlandeses notables, desde la plataforma

le oía, con la faz de quien está hecho a lucha, O'Donovan Rossa. Tal vez merecen excusa los fanáticos. En las naturalezas superiores, la indignación lleva siempre al sacrificio: en las naturalezas inferiores, la indignación suele llevar al crimen.

—«¡No es bien!»—dijo uno que habló,—«que se haya dado muerte a Mr. Cavendish, no a lord Cavendish, porque lord es señor, y yo no llamo señor a ningún hombre!».

Y apenas rompió a hablar el *mayor* Grace de la muerte del Lord y de su secretario—púsose de pie un hombre, y dijo a grito herido:

—«¡Tres hurras por su muerte!».

Los guardianes de policía miraron al *mayor*, como para lanzarse sobre él.

El *mayor* detuvo a los guardianes con su mirada. «A nadie se ha de castigar aquí porque diga lo que piensa: invitamos a todos aquellos que disientan de nosotros a hablar desde esta plataforma: nosotros estamos aquí para denunciar asesinos.»

Y se leyeron entre vítores, como es aquí uso, los acuerdos de la reunión. Vedlos en breve: «El asesinato del secretario y subsecretario de Irlanda, de los cuales el secretario iba a inaugurar en el gobierno irlandés una política de satisfacción al país y de conciliación, es un crimen que merece el más enérgico anatema de los amigos de la tierra irlandesa. Procurar con semejantes medios el alivio de Irlanda, es retardarlo. Inglaterra hace mal en intentar de nuevo, como intenta después del asesinato, una política de fuerza, porque el pueblo irlandés no es responsable de los actos de criminales desconocidos. Debe lord Gladstone, si intenta realmente poner paz en Irlanda, impedir los ultrajes de la policía inglesa al pueblo irlandés, que excitan a este al crimen, destituir a los magistrados parciales, y permitir que los irlandeses den abrigo en sus casas a los labriegos que han sido expulsados de sus campos por negarse a pagar por el alquiler de ellos la suma excesiva que venían pagando. Somos hijos fervientes de Irlanda. Si Gladstone no abandona las medidas violentas e injustas que propone de nuevo después del asesinato, es justo que Irlanda acuda a todo medio legítimo para domar al cabo la tiranía inglesa, y establecer el gobierno de sí propia».

Tales cosas decía al jefe del gobierno de Inglaterra el *mayor* de la ciudad de Nueva York. Y aquellos millares de hombres las dijeron con él.

—«¡Oídme, oídme!»—dijo un hombre fornido y pujante saltando sobre la plataforma—«Cuando Gladstone, que ganó gloria por denunciar ante el mundo europeo el despotismo del rey de Nápoles, y luego ha sido más

déspota que él, halló que los irlandeses no estaban hechos de barro, sino de nitroglicerina, prometió medidas más suaves, mas las dejó en promesas. Los asesinatos de irlandeses inofensivos por las tropas inglesas son tan criminales como ese asesinato indisculpable de Cavendish y de Burke. Y Cavendish podía ser un buen hombre, ni se sabía en Irlanda cómo era; pero Burke era el consejero de nuestros déspotas, era un irlandés apóstata, era el Mefistófeles de Irlanda».

Y se levantó la madre de Parnell, que habla en frases cortas y nerviosas, como quien lanza dardos, o como quien se sacude cadenas de los hombros. Dice que no le importa ser asesinada si eso ayuda a la causa de Irlanda, lo cual premian los irlandeses que la oyen con hurras que asordan; y que no han sido irlandeses los que han asesinado a los ingleses, sino ingleses necesitados, para continuar oprimiendo libremente a Irlanda, de ahondar el abismo que comenzaba a salvarse entre ella e Inglaterra. «Oigo que esos hombres fueron a su faena como asesinos alquilados, y usaron de un cuchillo. El irlandés gusta de usar revólver, y de hacer un poco de ruido en el mundo.»—Un constructor de cañerías, trémulo y arrebatado, asalta la tribuna. «¡Hargan! ¡Hargan!», dicen los irlandeses que lo quieren. «¡Hargan, que quiero que se una a vuestros recuerdos este: nosotros los desterrados irlandeses en Nueva York, reunidos en gran junta, expresamos nuestra más profunda pena de que Inglaterra continúe su antigua práctica de asesinar a bayonetazos, a balazos y a hambre a nuestros pueblos; y cuando condenamos el asesinato de dos oficiales de Inglaterra, es más oportuno, y es más digno de nosotros, que condenemos rudamente a los carniceros que hayan espantado con sus crímenes los valles de Wyoming y de Wexford».—Vocerío prolongado sucedió a las vehementes palabras del desterrado. Los otros, de pie, en las sillas, agitaban sus pañuelos y sus sombreros. Los otros, roncós de victorear, sacudían los bancos y golpeaban puertas y paredes.—«¡Hurra, hurra!», y dio fin la reunión tumultuosa, acordando por unánime clamor la enmienda de Hargan.

Más grave ha sido la enmienda que en el debate sobre inmigración de chinos a California ha aceptado por fin el presidente. En diez años no podrán venir más chinos a los Estados Unidos: ni chinos artesanos, ni chinos sin arte. El dueño de todo buque en que viniesen, será multado y preso. Todos los chinos que estaban en los Estados Unidos el 17 de noviembre de 1880, día en que se firmó el tratado entre los Estados Unidos y China, y los que vengan durante los tres próximos meses, podrán, provistos de certificado al salir que les sirva de pasaporte al reentrar, ir

a China y volver. Los chinos que no sean trabajadores, sino viajeros, o estudiantes, o empleados, podrán pasar por los Estados Unidos, mas han de traer certificado de su gobierno en que se diga el objeto de su viaje. Ni por tierra ni por agua podrá entrar trabajador chino en los Estados Unidos, y con multa y prisión será castigado el que les ayude a entrar. Ningún estado de la Unión podrá dar carta de ciudadanía a ningún chino. A decreto semejante impuso hace poco su veto el presidente Arthur, que ahora aprueba el decreto en nueva forma. En el que rechazó, se extendía a veinte años el periodo de exclusión de los chinos de los Estados Unidos; en el que al fin aprueba, se reduce a diez años.

Para los chinos se cierran las puertas del trabajo. Para Guiteau se abren las de la muerte. Pocos días hace, ya una sala oscura, en que vagaban dos o tres docenas de personas, subió a la plataforma, preparada para leer desde ella, una mujer que con ademanes nerviosos traía de la mano una niña. La mujer se adelantó hacia el menguado público: sus ojos relampagueaban y su voz era trémula. «Habéis venido para conocer a la hermana de Guiteau», dijo «pues ya la conocéis», y volvió la espalda al público, y salió de la sala sin recitar la conferencia anunciada. Era en verdad la hermana de Guiteau. Un día después, un hombre atribulado se presentaba a un tribunal de Nueva York, querellándose de que habían desertado de él su mujer y una hija: era Scoville, de quien su esposa, la hermana de Guiteau, se había separado bruscamente. A poco los diarios de Chicago anuncian que los esposos se han vuelto a ver, y que Scoville, que dejó a su compañero Reed la ya irrita defensa del preso, de quien hubo trescientos de los mil pesos que vendieron sus fotografías y sus autógrafos, ha ganado, volvió ya, llevando del brazo a la esposa justificada a su hogar intranquilo. Y el abogado Reed ruega en vano a los jueces de Washington que anulen el proceso de Guiteau, por parecerle que es el hábito legal en estos estados procesar al asesino en el estado en que su víctima muere, y no en el que la mata, a lo que resolvieron los jueces que allí donde intentó dar muerte a la víctima, allí está el asesino bien procesado, tras de cuya decisión vino la de que el reo sea sacado de la celda común en que vivía, y puesto en aquella otra tenebrosa en que, bajo cerrada vigilancia, se encierra a los que la ley condena a dejar de vivir.

Esto pasaba en Washington, y en Nueva York resonaban ante ocho mil oyentes los acordes de trescientos instrumentos, el eco majestuoso de ochocientas voces. Fue gran fiesta de música que duró una semana. Allí se oyeron de Händel imponente el *Israel en Egipto*; de Berlioz, que tuvo

en música fuego shakespeariano, las notas desgarradoras en que la mísera y hermosísima Casandra anuncia a los troyanos que en aquel caballo de Troya a que abren las puertas de la ciudad, y de cuyo enorme vientre surgen como lejanos ecos guerreros, vienen ocultos los griegos invasores. Y se ve en aquella música de Berlioz alzarse al cielo, de su ancha túnica blanca, los brazos retorcidos de Casandra; y cómo tiembla Eneas al contar a los troyanos cómo Laocoonte ha muerto, y cómo se enroscan las serpientes en torno al cuerpo gentil de Laocoonte. Se oyó la misa de Beethoven místico, que no cede en belleza a la *Pasión de San Mateo* de Bach arrebatado. Y cuando la orquesta majestuosa rompió a tocar, con devoción filial, la música épica de Wagner, parecía que de cestos de fuego surgían aves blancas, y que ninfas ardientes, de cabellera suelta y brazos torneados, envueltas en jirones de nubes, cruzaban el aire oscuro y húmedo, montadas en el dorso de caballos de oro.

JOSÉ MARTÍ

Opinión Nacional. Caracas, 31 de mayo de 1882.

El tratado comercial entre los Estados Unidos y México

No ha habido en estos últimos años,—si se descuenta de ellos el problema reciente que trae a debate la apertura del istmo de Panamá,—acontecimiento de gravedad mayor para los pueblos de nuestra América Latina que el tratado comercial que se proyecta entre los Estados Unidos y México. No concierne solo a México, cuyos adelantos, de fuerza propia y empuje indígena, despiertan simpatía vehemente en cuantos, por ser de pueblos de América, ven con orgullo fraternal, la inteligencia exuberante, investigadora e impaciente de sus hijos, y la prisa, con que—acallados ya los naturales hervores de pueblo primerizo, criado a pechos duros de madre preocupada—se dan los naturales de la tierra a utilizar y multiplicar las excelencias pasmosas de su suelo. El tratado concierne a todos los pueblos de la América Latina que comercian con los Estados Unidos. No es el tratado en sí lo que atrae a tal grado la atención; es lo que viene tras él. Y no hablamos aquí de riesgos de orden político; a veces, el patriotismo es la locura; otras veces, como en México ahora, es más aún que la prudencia, es la cautela. Hablamos de lo único que nos cumple, movidos como estamos del deseo de ir poniendo en claro todo lo que a nuestros pueblos interese; hablamos de riesgos económicos. Apuntarlos será bastante, puesto que el tratado comercial con México no está más que apuntado todavía. Acaba de ser revelado al público, cuya curiosidad atizaban principalmente, por medio de diarios poderosos, los productores de azúcares, que se creen directamente amenazados por el proyecto. El Senado ha decidido la publicación del documento, que está en camino de ser ley, luego que lo aprueben, después de escrupulosa discusión, ambas naciones.

Los artículos 1ro., 2do., 6to., 7mo. y 8vo., son los más notables del proyecto. En el primero, se establecen todos los artículos de producción mexicana, que habrán de admitirse libres de derechos en los Estados Unidos, en tanto que el tratado dure. En el segundo, todos los artículos de los Estados Unidos que México se obliga a admitir libres de derechos. En el sexto se estipula que ni una ni otra nación gravará con derechos a

su paso por ella ninguno de los productos declarados de entrada libre en el país, cuando hayan de consumirse en la misma nación; aunque por el sétimo artículo se autorizan mutuamente ambos pueblos contratantes a gravar estos productos, a su paso por su territorio, siempre que pasen por él, no para quedarse en alguna comarca de él, sino para ser consumidos en otro país. Y el octavo fija en doce meses el tiempo en que, después de la aprobación del tratado por ambos países con arreglo a sus constituciones, y cambio consiguiente de ratificaciones, han de tomarse las medidas y dictarse las leyes necesarias para que el tratado entre en vigor.

Nada dará idea tan efectiva de la magnitud del suceso en proyecto, como la enumeración de los artículos que cada uno de ambos países se obliga a aceptar en su territorio libre de derechos.

Los Estados Unidos libertan de toda contribución de entrada por sus puertos o fronteras a cuanto México exporta, puesto que apenas hay producto del suelo mexicano que no quede exento de derechos en este proyecto. Y es de notar que ha puesto mano en el tratado, de parte de México, hombre previsor, puesto que en la exención se incluyen ramos que no existen aún en México, sino en porción insignificante, pero que, por la obra del tratado mismo, han de cobrar pronto desarrollo e importancia. Quedan exentos de derechos los animales vivos, la cebada, si no es de la que llaman perla, carne de vaca, café y huevos, esparto y otras gramíneas, que en los Estados Unidos usan, entre otras cosas, como materia prima del papel; toda clase de flores, y toda clase de frutas, las cuales son comercios llamados a desenvolvimiento notable e inmediato, no bien haya ferrocarriles que enlacen, sobre todo del lado del Atlántico, ambos pueblos; pieles de cabra sin curtir, todas las variedades del henequén, y cuantos puedan sustituir al lino; cuerdas de cuero; cuero sin curtir; pieles de cabra de Angora, sin curtir, y sin la lana, y pieles de asno; goma de la India; el índigo, tan bueno en México; el ixtle, o fibra de Tampico, susceptible de aplicaciones tan varias; jalapa, maderas de tinte, y todo grano o insecto de teñir; mieles, aceite de palma y de coco; mercurio, zarzaparrilla cruda, y sustancias similares, paja no trabajada, azúcar que no exceda del núm. 16 holandés en color; tabaco en rama, no elaborado, cuantas legumbres produce el país, y cuantas maderas de fábricas,—aunque no han de estar trabajadas—pueblan sus bosques,—exención esta última de marcada valía, si se tiene en cuenta cuánto abundan las costas de México en muy buenas maderas empleables en la construcción de los buques, y la posibilidad de que cediendo al fin al clamor nacional, se deroguen pronto en los Estados

Unidos las leyes que hacen ahora punto menos que imposible, por lo excesivamente cara, la construcción de buques en astilleros de la nación.

En cambio de estas ventajas, México abre sus puertos a todos los productos de hierro que por la mala obra y falaz beneficio del sistema proteccionista sobrecarga hoy a los mercados americanos, enfermos de plétora; a cuanto se necesita para levantar pueblos, como por obra de magia, para desmontar selvas, para quebrar montes, y echar, por donde andaban serpientes y fieras, ferrocarriles. Sin más que pocos productos del suelo, para dar de comer a los nuevos habitantes, con lo que este artículo permite libre de entrada en México, puede construirse, como por obra de sople fantástico, toda una nación. La lista es tan numerosa que absorbería todo nuestro espacio: ¿qué necesitamos decir, si a lo que va dicho añadimos, que el artículo permite la entrada en México de cuanto un pueblo necesita para arar toda su tierra, y sembrarla toda, y alimentar a los agricultores mientras produce, y remover y exprimir las aguas de los ríos, y penetrar y hacer saltar las ricas minas de todos sus montes?

Resulta, pues, de la primera ojeada, que el beneficio de México, inmediato en algunos casos, como el del henequén para Yucatán, es más un beneficio de porvenir que de presente, y nominal que real, puesto que, hoy y por tiempo no breve, México no puede aumentar sensiblemente la producción de los frutos naturales que hoy exporta, y que coloca con ventaja y sin esfuerzo, ya en los Estados Unidos, ya en los mercados europeos. El azúcar que México produce, ni mejoraría de clase, ni aumentaría en cantidad, sin la ayuda de maquinarias poderosas, cuyo efecto vendría a coincidir probablemente con los últimos años de duración del tratado que se proyecta. El café mexicano, sobre que tiene asegurado su consumo, aun en años de depreciación del fruto, como este, merced a su perfume y vigor,—no recibe con el tratado ventaja alguna, puesto que todo café entra en los Estados Unidos libre de derechos. Y en general todos los productos mexicanos necesitan, para el súbito crecimiento a que están llamados, más vías por donde ser conducidos,—las cuales se están haciendo,—y más brazos que los produzcan, los cuales no son tan fáciles de hacer.

En cambio, los Estados Unidos ponen inmediatamente en circulación, con un interés subido, por lo pingüe de los frutos de la tierra y la mayor baratura de la colocación de su caudal, el exceso de riqueza que hoy dedican a operaciones agitadas y antipáticas de Bolsa, por las que comienza a haber visible desgano público; se crean un cuantiosísimo

mercado para muchos productos que les sobran, y se ayudan a mantener, con este canal ancho del exceso de producción, el sistema prohibitivo, del que creen que necesitan aún sus industrias para llegar más tarde a competir con las más perfectas europeas. Descargan sus mercados; emplean a mayor interés su riqueza sobrada; se ayudan a esquivar, por unos cuantos años, con el nuevo mercado de los frutos sobrantes, el problema gravísimo que viene de la desocupación de los obreros por el exceso de producción de artículos no colocables,—fatal consecuencia del sistema de la protección;—e introducen sin derechos pueblos enteros, ciudades enteras, en un pueblo limítrofe.

Tal es la inmediata consecuencia, y las ventajas que acarrea el tratado, a ambos países. A México, los medios de producir mañana con exuberancia frutos de que los Estados Unidos son un considerable consumidor: a los Estados Unidos, la colocación, desde el primer instante, en condiciones ventajosas de un exceso de riqueza que coloca hoy desventajosamente, el descargo en un mercado forzoso de sus industrias embarazadas por la sobra de productos no colocables, y la posibilidad de alzar ciudades, sin más autorización ni traba que las que les otorga el tratado, en un pueblo vecino.

En cuanto a los demás países de la América, que, por su penosa condición los unos,—¡los más interesados acaso!—y los otros por ese desvío fatal, falta de intercomunicación y baltasárica pereza en que viven,—no parecen haberse dado aún cuenta de este importante proyecto,—no hay uno acaso que no hubiera a la larga de sentir en sí sus resultados. Cuba vive exclusivamente,—dejando por un momento a un lado su tabaco, el que no cuida como debe—de los azúcares que envía, por mar, y con derechos graves de exportación e importación, a los Estados Unidos. Bien se sabe cómo crea maravillas, con su soplo de fuego, la vida moderna: tabaco, no parece que pueda producirlo México tan bueno como Cuba; pero azúcar, sí puede producirlo tan bueno. Con ferrocarriles, ya en construcción, que vayan, sin demora ni estorbo en la frontera, del centro de los territorios azucareros al centro de los mercados americanos; con la creación subsiguiente e inevitable de ingenios poderosos, estimulados por la baratura de la maquinaria, la fertilidad de la tierra, y la facilidad de la colocación del fruto,—producirá México dentro de algunos años cantidad extraordinaria de azúcar, a cuya entrada en los Estados Unidos se opondrán en vano los cultivadores de Louisiana y estados análogos, porque la mayor suma de varios intereses que aprovecharán grandemente, por cierto tiempo, del

comercio libre con México, ahogarán los clamores de la suma menor de interesados en el mantenimiento de una sola producción.—¿Cómo podrán entonces, en época que todos los datos ya hoy visibles, y producibles de ellos, hacen parecer no lejana, competir los azúcares de Cuba, que irán por mar, y con derechos a su salida y llegada a los Estados Unidos, con azúcar de igual clase de México que irá por ferrocarril, sin derechos probables de salida, y sin derechos de entrada? Ni ¿cómo competirían, aún con igualdad de derechos?—Comete suicidio un pueblo el día en que fía su subsistencia a un solo fruto. México se salvará siempre, porque los cultiva todos. Y en las comarcas donde se dan de preferencia al cultivo de uno, de la caña o del café, se sufre siempre más y más frecuentemente, que en comarcas donde con la variedad de frutos, hay un provecho, menor en ocasiones, pero derivado de varias fuentes, equilibrado y constante.

Como México produce todo lo que los demás estados de Centroamérica, y de la América del Sud, y tiene aún territorio inmenso donde extender sus múltiples productos, y va a recibir ahora superabundancia de medios de producir de que continuarán careciendo los demás países americanos que le son análogos en producciones,—aún sin contar con la rebaja especial de derechos que conceden los Estados Unidos a México, y por más que se tuviera en cuenta la posibilidad, que no llega a ser probabilidad, de que celebrasen los Estados Unidos con los demás países de la América tratados semejantes al de México,—resultaría siempre que en la competencia de frutos iguales por llegar a un mercado común, llevaría la ventaja por precios de flete, frescura del fruto y oportunidad del arribo, el país más cercano.

Tales apuntes nos sugiere hoy la lectura del proyecto. Con la costumbre, no descaminada a veces, de buscar causas ruines a los propósitos de apariencia y objeto más loable—han dicho periódicos de los Estados Unidos, de tanta valía como el *Sun* de New York, y otros de no menor influencia en Washington, que como el tratado dejaría sin rentas al gobierno de México, que deriva hoy casi todas las suyas de los derechos de aduanas,—se vería el gobierno en la necesidad de suspender el pago a poco de las subvenciones con que auxilia la construcción de determinadas líneas férreas de empresarios norteamericanos; estas, privadas de la subvención, quedarían forzadas a interrumpir, y a abandonar acaso, sus trabajos; y entonces, sobre sus ruinas, continuaría construyendo los ferrocarriles mexicanos la poderosa compañía no subvencionada, nutrida por los magnates ferrocarrileros de los Estados Unidos, con cuyos intereses está íntimamente ligado el

general Grant, coautor, si no en la letra, en el espíritu, del proyecto. — Pero a este rumor, a pesar de su apariencia racional, no ha de adscribirse este proyecto de tratado, de tal alcance, de tan profunda trascendencia, de tanta monta para todos nuestros países. Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso.

Invitamos a reflexionar sobre el tratado.

La América. Nueva York, marzo de 1883.

Exposición de electricidad

Edouard Fournier, que fue a la par que escritor de Francia muy galano, buscador infatigable de hechos olvidados,—halló singulares analogías entre las cosas de ciencia que pasan ahora plaza de nuevas, y otras de antaño olvidadas, de las que las nuestras no son más que como hallazgo y renuevo.—*Le Vieux-Neuf* se llama el libro de Edouard Fournier, que no ha de faltar en mesa alguna de hombre pensador. La ciencia del espíritu, menos perfeccionada que las demás por estar formada de leyes más ocultas y hechos menos visibles, ha de construirse sobre el descubrimiento, clasificación y codificación de los hechos espirituales. Para estudiar las posibilidades de la vida futura de los hombres, es necesario dominar el conocimiento de las realidades de su vida pasada. Del progreso humano se habla tanto, que a poco más va a parecer vulgaridad hablar de él. No se puede predecir cómo progresará el hombre, sin conocer cómo ha progresado. Aquel buen libro de Fournier, cuyo saber vasto y pintoresco envidió tanto Balzac, muestra, como tantos otros libros, que en todos tiempos, al aparecer el hombre en la vida, ha aparecido con todas e iguales armas, y que esta ansia de saber, a veces coronada, que consume y engrandece a los hombres de ahora, consumió y engrandeció y solió coronar a los de antaño.

Pero en época alguna, por no haber vivido aún bastante los hombres para ser dueños completos de sí, y por no haber transcurrido aún tiempo suficiente para acumular todos los hechos que la ciencia prudente necesita como base, han sacado los hombres de sí propios tanto empuje, tanto afán, tal movilidad, aptitud de analizar hechos aislados, poder de clasificarlos, y capacidad de deducir leyes de ellos. El siglo XVIII fundó la Libertad: el siglo XIX fundará la Ciencia. Así no se ha roto el orden natural: y la Ciencia vino después de la Libertad, que es madre de todo.

Los hombres parecen estatuas de oro que juegan con fango. Tienen celos unos de otros, y con el ruido que hacen sus querellas, no se oyen las voces pacíficas del ejército de sabios. Pero estos crecen, como el sonido en la onda de aire, y van llenando ya toda la tierra. Será el día de la paz, hija última, y todavía no nacida, de la Libertad.

Años hace, la electricidad era fuerza rebelde, destructora y confusa. Hoy obedece al hombre, como caballo domado. De lo que hace decenas de años era apenas grupo oscuro de hechos sueltos, se hace ahora muchedumbre de familias de hechos, cada cual con campo y tienda propios, que tienen aires ya de pueblo y ciencia. Ya no basta a los descubridores del elemento nuevo la Exposición de Sydenham, ni la de Munich, ni la de París, que fue tan brillante, ni la de Londres, que lo está siendo hoy. Ya anuncian para agosto de este año la Exposición nueva. Será en Viena, la ciudad del Prater, paseo vasto y solemne, donde de un lado envuelven la tierra las brumas alemanas, y cuanto de místico y fantástico viene con ellas,—y de otro haces de luz del mediodía, que llenan las venas de chispas de fuego y espíritus alados.—Será en Viena, ciudad de hombres corteses, y mujeres esbeltas y mágicas.

Se averigua tanto, se acumula cada nuevo día tanto hecho nuevo, dan de sí tanta luz los hechos cuando se acumulan—como cuando chocan espadas bien templadas,—que los investigadores de las maravillas de la electricidad auguran buen éxito a la Exposición de agosto, que durará hasta el 31 de octubre. Habrá menos celos que en la de París, porque no habrá premios: y no querellarán tan ásperamente sobre la propiedad de uno y otro descubrimiento norteamericanos y franceses. No habrá jurado, como no lo hubo en Munich; una comisión de hombres de ciencia hará experimentos con los inventos presentados, y extenderá certificados de los resultados obtenidos. Así, pues, el premio irá en el hecho, y no en el favor de los jueces. La disposición de los objetos anuncia ya el hermoso desenvolvimiento y futura amplitud de la Ciencia Eléctrica. Parece, leyéndola, que se ven los cimientos de un gran edificio luminoso. En un grupo irán las máquinas magnetoeléctricas y dinamoeléctricas. En otro, las entrañas fecundas donde se elabora la electricidad: las pilas y todos sus accesorios. Lo de telegrafía, en otro departamento, y en otro, lo de telefonía. El sexto grupo será el de la luz eléctrica. Ya el séptimo comprende mayor maravilla: el modo de encerrar en una botella de cristal el rayo: todos los medios conocidos de mover la electricidad, almacenarla y llevarla de un lado a otro. De cables, hilos, y cuanto haga relación a ellos, será otro grupo. Se reunirán, en división especial, todas las aplicaciones de la electricidad a la Química, a la Metalurgia y a la Galvanoplastia. Luego, las aplicaciones de la electricidad al arte militar, que llegarán a ser tantas, que harán la guerra, de puro excesiva y tremenda, imposible.—Luego, las aplicaciones de la electricidad a los caminos de hierro, en lo que no se ha adelantado a la par

de los demás ramos. El departamento en que hemos de tener puestos con más cuidado los ojos los latinoamericanos, es [el] de las aplicaciones de la electricidad a las minas y a la agricultura: en este departamento entrarán también los inventos aplicables a la navegación.—De un lado se verán los usos de la electricidad en la medicina y en la cirugía: de otro, todos los modos de servir de la fuerza eléctrica a la Meteorología, a la Astronomía y a la Geodesia. Curiosísimo va a ser el departamento de aplicaciones de electricidad a las cosas de la casa, a las menudencias domésticas de alumbrado y de cocina, a ciertos objetos de arte, y a modos de adorno. La mecánica en junto, las calderas, las máquinas de vapor, las de gas, los motores hidráulicos, y cuanta luz echan sobre ellos las investigaciones en la ciencia nueva, atraerán grandemente la atención en agrupación aparte. Y al fin, como índice y fuente, y como ejes de mayores vueltas de esta rueda de fuego que nos gira en la mente—cuanto va escrito sobre Ciencia Eléctrica, y sobre el modo de enseñarla, y trocarla en industria, y en beneficio práctico del hombre.

Los expositores nada pagarán por el local que ocupen sus inventos: la fuerza motriz que necesiten para hacer funcionar sus aparatos les costará solo cincuenta céntimos por caballo y por hora. El 1.º de junio comienzan a recibir los objetos: el 15 de julio se cerrará la recepción. El 1.º de agosto se abrirá al público el nuevo Palacio de tantas maravillas.

La América. Nueva York, marzo de 1883.

La industria en los países nuevos

Florece hoy en México la industria:—y como están entrando en el país capitales nuevos; como es sabido que a la voz de las locomotoras la tierra abre sus senos; como se están poniendo ya en circulación los capitales del país, antes tímidos y enmohecidos, o consagrados a la cómoda usura; como va a haber más gente a quien vender y más dinero con que comprar, las industrias de México se avivan, y se ponen en pie para seguir a la par de la corriente que empuja, tiempo arriba, a la nación.

¡Qué bueno fuera que, con ojo seguro, los acaudalados del país se diesen a ayudar las verdaderas industrias de México,—que no son las imitaciones pálidas, trabajosas y contrahechas de industrias extranjeras, sino aquellas nacidas del propio suelo, que ni para nacer ni para vivir necesitan pedir prestado el alimento a pueblos lejanos, sino que trabajan de cerca e inmediatamente los productos propios! Y ¡qué malo fuera que en vez de echar por este campo industrial, fértil, ancho y legítimo, se diera México a emprender una lucha desesperada, penosa e infecunda para colocar en su territorio a altos precios productos que aunque se puedan *hacer mecánicamente* en el país, *no se pueden económicamente hacer*, esto es, no se pueden producir de una manera ventajosa para el país, y vencedora de las industrias similares rivales!

Pues ¿dónde hay caudales mayores que en los Estados Unidos? ¿dónde han llegado a tal desenvolvimiento la asociación y el crédito, que son las dos claves con que ha de leerse en el interior, a primera vista maravilloso, y en verdad sencillo, de este pueblo? ¿dónde se cerraron jamás con más dureza las puertas de la nación a los productos de las industrias que cultivaban los fabricantes nacionales? Pues, en no siendo en aquellas labores que legítimamente arrancan de su propio suelo, y se dan naturalmente en él, en las que llegan a pasmoso desarrollo las industrias americanas, no han podido aún acercarse a sus rivales perfectas de Europa, a pesar de que no hubo nunca país industrial favorecido a la vez por capitales tan grandes, por tal monto de condiciones generales benéficas, y por suma tan recia y severa de leyes prohibitivas.

Pueblos nuevos que han de vivir con sustos y trabajos, aun en medio de alzas aparentes, y de irrupciones vertiginosas, hasta tanto que se serene la polvareda de la marcha, y se vea qué queda después de ella;—pueblos nuevos, a quienes el ansia ajena y la propia pueden llevar, como globo con exceso de gas, a alturas donde la atmósfera ya no es respirable;—pueblos nuevos, sin los beneficios, crisoles y tamices de la experiencia, que depura y decanta, y deja lo útil, sino con los hervores, prisas y ceguedades de la mocedad, pagada de lo premioso, fantástico y brillante;—pueblos nuevos, sin facilidades mecánicas generales, ni habilidad hereditaria, ni grandes organismos industriales que favorezcan la producción, ni comodidad geográfica, ni posibilidad racional para enviar a distancias considerables por vías caras productos imperfectos, a luchar en los mercados donde estos se dan naturalmente, perfectos, sin transportes que los graven ni viaje que los deteriore, y más baratos; pueblos nuevos sin abolengo, ni vecindades, ni constitución industriales, no pueden producir ventajosamente industrias que vienen siendo el patrimonio, necesidad espoladora y ocupación secular de países poco fértiles, donde la pobreza de la tierra aviva el ingenio,—de países constituidos industrialmente, de manera que el arte mismo es torcido a los propósitos de la industria, y las escuelas, los talleres, las leyes mismas talladas de manera que coadyuven a las grandezas y facilidades industriales. Los Estados Unidos, con relojeros de todas partes del mundo, con caudales pasmosos, y con la legislación más amparadora de los productos nativos que puede apetecer pueblo alguno, producen a \$2,75 relojes inferiores, en seguridad, material y apariencia, a los que pueden por cinco francos obtenerse en Suiza.

Es imposible, por otra parte, que un gran territorio agrícola y minero no sea también un gran territorio industrial. Es imposible que tan gran reino vegetal no traiga en su diadema, toda de joyas nuevas, industrias propias y originales. Es imposible que del maguey no surjan nuevos telares, nuevas ruedas de dientes poderosos, nuevos cobertores, nuevo cordelaje, nuevos paños, espíritus nuevos. Es imposible que tales riquezas industriales queden en abandono o en desmayo; porque lo que tiene razón de vivir trae consigo tal pujanza que no hay preocupación de escuela, ley hostil, o capricho pasajero que lo ahoguen.—Y bien puede ser que haya en México industrias viables, que en el primer momento no lo sean, por ser también industria de otros países: mas a esto viene el genio industrial, que prevé que a la larga, por dolorosos que sean los comienzos, e idénticas a las propias las ventajas del pueblo rival, no podrá suceder al fin—que

en el propio suelo venzan, ni asomen a lidiar con los productos directos, otros iguales que aunque sean también directos en el país que los produce, tienen que echarse a la mar y salvar tierras para entrar, con armas ya vencidas, en el combate.—Es, pues, de alentar toda industria que tenga raíces constantes en el territorio que la inicia:—es de rechazar como una rémora, como una catástrofe vecina, como un vicio de la mente, como un mal público, toda industria que, sin más mercado que el reducido del país propio, se empeñe en vencer, por sobre constantes e incontrastables elementos adversos, a industrias perfectas, antiguas, probadas y baratas, cuyos productos pueden venir, sin pérdida inútil de fuerza, fe, tiempo y caudales nacionales, de otros países.

La América. Nueva York, junio de 1883.

Respeto a Nuestra América

Nótese con gozo por cuantos estudian la prensa norteamericana el creciente respeto que, solo con haber empezado a revelar su intención de vivir en acuerdo con las grandezas del tiempo, consiguen ya inspirar a este pueblo de hechos y tamaños, países que acaso no le servían ha poco más que para ocasión de mostrar desdenes y burlas.

Ya no se halla muy frecuentemente en los diarios aquella alusión impertinente, y solo en apariencia merecida, a nuestros cambios súbitos de gobierno y guerras, que era antes lugar común de todo artículo sobre nuestros países; sino noticias de contratos, entusiastas relaciones de nuestras riquezas, tributos de respeto a nuestros hacendistas y estadistas, y un tono general y afectuoso, mezclado aún de sorpresa y descreimiento.

No bien desocupada apenas la América Latina de las contiendas que libran en su seno el espíritu joven y el antiguo, ya porque aquel entienda que vale más esperar a que el sol nuevo funda y pulverice las venenosas ruinas, que gastar las fuerzas neciamente en lo que al cabo ha de hacer el sol, ya que cedan los enconados hombres de antaño, amigos de casas solariegas y privilegios patriarcales, al noble decoro y generosa influencia que trae consigo el ejercicio reposado de la Libertad,—se ve adelantar, como cortejo de gente joven que saliese adolorida y sonriente de enfermedad grave, al séquito de pueblos que nacieron armados del pomo de la espada de Bolívar.

Vense en todos ellos señales comunes. Es una de ellas el espontáneo reconocimiento de los méritos sólidos y silenciosos de los hombres de la paz, empresarios osados, hacendados innovadores, creadores de ferrocarriles, ajustadores de tratados, movedores de fuerzas, constructores, creadores.—Los hombres de armas van a menos, y los de agricultura, comercio y hacienda a más.—En tierras donde antes no esperaban los brillantes y desocupados mozos, sino matrimonio rico o revolución vencedora que los pusiera, como a estatua sobre pedestal, sobre la vida,—ahora se ve a los mozos ideando empresas, sirviendo comercios, zurciendo cambios, abogando por intereses de vías férreas, trabajando contentos y orgullosos

por campos y por minas. Los que antes pesaban sobre su país, dormidos sobre él, ahora llevan a su país en sus hombros.

No hubiera más que esta razón, que con júbilo notamos a una en casi todas nuestras tierras, y ya serían dignas del creciente respeto de que hoy tomamos nota.

Y esto es justo. Lo que acontece en la América española no puede verse como un hecho aislado, sino como una enérgica, madura y casi simultánea decisión de entrar de una vez con brío en este magnífico concierto de pueblos triunfantes y trabajadores, en que empieza a parecer menos velado el cielo—y viles los ociosos. Se está en un alba, y como en los umbrales de una vida luminosa. Se esparce tal claridad por sobre la Tierra, que parece que van todos los hombres coronados de astros.

Y astros los coronan: la estima de sí propios, el dominio de su razón, el goce de sus derechos, el conocimiento de la tierra de que viven.—Ciencia y libertad son llaves maestras que han abierto las puertas por donde entran los hombres a torrentes, enamorados del mundo venidero. Diríase que al venir a tierra tantas coronas de cabezas de reyes, las cogieron los hombres en sus manos, y se han ceñido a las sienes sus fragmentos.

La América. Nueva York, agosto de 1883.

A aprender en las haciendas

Nuestras tierras feracísimas, ricas en todo género de cultivos, dan poco fruto y menos de lo que debían por los sistemas rutinarios y añejos de arar, sembrar y recoger que aún privan en nuestros países, y por el uso de instrumentos ruines.

Surge de esto una necesidad inmediata;—hay que introducir en nuestras tierras los instrumentos nuevos;—hay que enseñar a nuestros agricultores los métodos probados con que en los mismos frutos logran los de otros pueblos resultados pasmosos.

¿Qué valla quedará en pie, qué competencia no será vencida, qué rivales mantendrán sus fueros cuando los instrumentos modernos, y las mejores prácticas ya en curso, fecunden las comarcas americanas? Buenos Aires sabe de esto,—Buenos Aires que está sacando cada mes de estos puertos cuatro o seis buques cargados de instrumentos de agricultura.

Mas ni todos nuestros pueblos gozan de la misma próspera condición que el de La Plata, —ni en todos es posible la introducción cuantiosa de los nuevos y, por el tiempo y labor que ahorran, generosos aperos de labrar; ni la mera introducción de ellos en tierras no preparadas para recibirlos y hacerlos útiles, basta a cambiar, como por magia, el estado rudimentario de nuestros cultivos.

Ni se tienen en todas partes los capitales importantes que la compra de nuevos aprestos de cultivo necesitan;—ni es suficiente que se entren por las tierras los instrumentos si no entra con ellos quien los maneje, y acondicione el suelo para aprovecharlos; ni aun con los especiales halagos que las exposiciones brindan, se atreven siempre los fabricantes de ellos a enviar sus productos a pueblos donde temen que la venta no compense los costos del envío.

Si los instrumentos no van, pues, es preciso venir a buscarlos.

Pero ya lo dijimos: aun cuando los instrumentos vayan, no van con ellos las nuevas prácticas agrícolas que los hacen fecundos. Esto no se aprende, o se aprende mal, en libros. Esto no puede exhibirse en las exposiciones. Esto, solo en parte, y con grandísimo dispendio, podría enseñarse en las escuelas de agricultura. Hay que venir a aprender esto

donde está en pleno ejercicio y curso práctico. Se manda,—locamente acaso— a los niños hispanoamericanos, a colegios de fama de esta tierra, a que truequen la lengua que saben mal por la extraña que nunca aprenden bien;—y a que,—en el conflicto de la civilización infantil, pero delicada que viene con ellos,—y la civilización viril, pero brusca, peculiar y extraña que aquí les espera—salgan con la mente confusa y llena de recuerdos de lo que trajeron y reflejos imperfectos de lo nuevo que ven, inhábiles acaso ya para la vida espontánea, ardiente y exquisita de nuestros países, y todavía inhábiles para la rápida, arremolinada, arrebatada existencia de esta tierra.—Los árboles de un clima no crecen en otro, sino raquíticos, descoloridos, deformes y enfermos.

Pues así como se manda a los niños de Hispanoamérica a aprender lo que en sus tierras, por elementales que sean, aprenderían mejor, con riesgo de perder aquel aroma de la tierra propia que da perpetuo encanto y natural y saludable atmósfera a la vida;—así como se sirve en oficinas de comercio, a adquirir tras largos años un puñado de prácticas vulgares que caben en una cáscara de nuez, y que se aprenden de igual modo en la casa propia, sin perder lo que se pierde siempre en la ajena;—así, sin tanto riesgo y con mayor provecho, deben enviar los gobiernos a agricultores ya entendidos; y los padres, a los hijos a quienes quieran hacer beneficio verdadero con enseñarles en el cultivo de la tierra la única fuente absolutamente honrada de riqueza; y los hacendados, a hombres capaces de llevar luego a sus haciendas las mejoras que en las de acá vean,—a estudiar la agricultura nueva en los cultivos prósperos,—a vivir durante la época de una a varias cosechas en las haciendas donde se siguen los sistemas recientes, a adquirir en todos sus detalles, sin lo que no es fructífero, el conocimiento personal y directo de las ventajas de los métodos e instrumentos modernos.

Urge cultivar nuestras tierras del modo con que cultivan las suyas nuestros rivales.

Estos modos de cultivo no viajan.

Hay que venir a aprenderlos, puesto el ancho sombrero y la blusa holgada del labrador,—al pie de las labranzas.

Es acaso el único medio fácil, fecundo y perfecto de importar en nuestros países las nuevas prácticas agrícolas.

Se mandan aprendices a los talleres de maquinaria,—en lo que se hace bien: mándense, en lo que se hará mejor, aprendices a las haciendas.

La América. Nueva York, agosto de 1883.

Educación científica

¿Cómo no hemos de ver con placer que aquello porque *La América* desde hace meses aboga, está siendo hoy confirmado por la calurosa discusión y especial atención de los más notables periódicos de industria, mecánica y comercio de los Estados Unidos? Se han hecho dos campos: en el uno, maltrechos y poco numerosos, se atrincheran los hombres acomodados y tranquilos, seguros de goces nobles y plácidos, que les dan derecho de amar fervientemente el griego y el latín: en el otro, tumultuosos y ardientes limpian las armas los hombres nuevos, que están ahora en medio de la brega por la vida, y tropiezan por todas partes con los obstáculos que la educación vieja en un mundo nuevo acumula en su camino, y tienen hijos, y ven a lo que viene, y quieren libertar a los suyos de los azares de venir a trabajar en los talleres del siglo xx con los útiles rudimentarios e imperfectos del siglo xvi.

De todas partes se eleva un clamor, no bien definido acaso, ni reducido a proposiciones concretas, pero ya alto, imponente y unánime: de todas partes se pide urgentemente la educación científica. No saben cómo ha de darse: pero todos convienen en que es imprescindible, e improrrogable, que se dé. No hallan remedio al mal todavía, pero ya todos saben dónde reside el mal, y están buscando con vehemente diligencia el remedio.

Bradstreets, el más acreditado y sesudo periódico de Hacienda y Comercio que New York publica; *Mechanics*, el más leído por los que se dedican a las artes del hierro; *The Iron Age*, *La Edad de Hierro*, excelente revista de los intereses mecánicos y metalúrgicos de los Estados Unidos, abogan en este mes de agosto con vivísimo empeño porque se haga de manera que llegue a ser general, común, vulgar, la educación técnica. El orador en una fiesta de universidad, de esas muy animadas con que los colegios celebran en junio su apertura de cursos, dijo, con palabras que han recorrido entre aplausos toda la nación, algo semejante a esto: en vez de Homero, Haeckel; en vez de griego, alemán; en vez de artes metafísicas, artes físicas.

Y esta demanda es hoy como palabra de pase, y contraseña de la época, en todo diario bueno y notable revista.—Se sabe un hecho, que basta a decidir la contienda: de cada cien criminales encerrados en las cárceles,

noventa no han recibido educación práctica.—Y es natural: la tierra, llena de goces, enciende el apetito. Y el que no ha aprendido, en una época que solo paga bien los conocimientos prácticos, artes prácticas que le produzcan lo necesario para satisfacer sus apetitos, en tiempos suntuosos fácilmente excitados,—o lucha heroica e infructuosamente, y muere triste, si es honrado; o se descorazona, y mata, si es débil; o busca modo de satisfacer sus deseos, si estos son más fuertes que su concepto de virtud, en el fraude y en el crimen.

Mal pelean los reclutas novicios en las batallas contra los veteranos aguerridos: quien ha de batallar, ha de aprender muy de antemano, y con suma perfección, el ejercicio de las armas.

Se siente la necesidad, pero no se da aún con el remedio. Ya Inglaterra ha nombrado sus Comisionados Reales para el estudio de la educación técnica y ha establecido muy fructuosas escuelas científicas: pero que haya escuelas buenas donde se pueda ir a aprender ciencia, no es lo que ha de ser. Que se trueque de escolástico en científico el espíritu de la educación;—que los cursos de enseñanza pública sean preparados y graduados de manera que desde la enseñanza primaria hasta la final y titular, la educación pública vaya desenvolviendo, sin merma de los elementos espirituales, todos aquellos que se requieren para la aplicación inmediata de las fuerzas del hombre a las de la naturaleza.—Divorciar el hombre de la tierra, es un atentado monstruoso. Y eso es meramente escolástico: ese divorcio.—A las aves, alas; a los peces, aletas; a los hombres que viven en la Naturaleza, el conocimiento de la Naturaleza: esas son sus alas.

Y el medio único de ponérselas es hacer de modo que el elemento científico sea como el hueso del sistema de educación pública.

Que la enseñanza científica vaya, como la savia en los árboles, de la raíz al tope de la educación pública.—Que la enseñanza elemental sea ya elementalmente científica:—que en vez de la historia de Josué, se enseñe la de la formación de la Tierra.

Esto piden los hombres a voces:—armas para la batalla!

La América. Nueva York, septiembre de 1883.

Mente Latina

Entre los muchos libros que han venido a favorecer en lo que va de mes *La América*,—uno hay que regocija:—y no es más que el catálogo de un colegio.

No nos place el catálogo porque nos dé asunto para huecas y fáciles celebraciones a las conquistas nuevas, que con trabajos arduos se celebran mejor que con palabras sin meollo, que de puro repetidas van quitando ya prestigio y energía a las ideas que envuelven; sino porque en las páginas del pequeño libro resalta gloriosa, en una prueba humilde y elocuente, la inteligencia latina.

No nos dio la naturaleza en vano las palmas para nuestros bosques, y Amazonas y Orinocos para regar nuestras comarcas: de estos ríos la abundancia, y de aquellos palmares la eminencia tiene la mente hispano-americana, por lo que conserva de indio, cuerda; por lo que le viene de la tierra, fastuosa y volcánica; por lo que de árabe le trajo el español, perezosa y artística.—Oh! El día en que empiece a brillar, brillará cerca del Sol: el día en que demos por finada nuestra actual existencia de aldea. Academias de indios; expediciones de cultivadores a los países agrícolas;—viajes periódicos y constantes con propósitos serios a las tierras más adelantadas; ímpetu y ciencia en las siembras; oportuna presentación de nuestros frutos a los pueblos extranjeros; copiosa red de vías de conducción dentro de cada país, y de cada país a otros; absoluta e indispensable consagración del respeto al pensamiento ajeno:—he ahí lo que ya viene, aunque en algunas tierras solo se ve de lejos; he ahí, puesto ya en forma, el espíritu nuevo.

Bríos no nos faltan. Véase el catálogo del colegio. Es un colegio norteamericano, donde apenas una sexta parte de los educandos es de raza española. Pero en premios, no:—allí la parte crece, y si por cada alumno hispanoparlante hay seis que hablan inglés, por cada seis americanos del Norte premiados,—hay otros seis americanos del Sud.

En esa mera lista de clases y nombres, por la que el ojo vulgar pasa con descuido, *La América* dilata sus miradas.—En esta inmensa suma de analogías que componen el sistema universal, en cada hecho pequeño está en resumen, ya futuro o pasado, un hecho grande.

¿No ha de ponernos alegres, ver que donde entra a lidiar un niño de nuestras tierras, pobre de carnes y de sangre acuosa, contra carnudos y sanguíneos rivales,—vence?

En este colegio de que hablamos, apenas van los alumnos de raza española a más clases que a las de las elementales y a las de comercio. Pues en el elenco de las clases de comercio, de cada tres alumnos favorecidos dos son de nuestras tierras. El mejor tenedor de libros es un Vicente de la Hoz. El que más supo de leyes comerciales, es un Esteban Viña. El que acaparó todos los premios de su clase, sin dejar migaja para los fornidos yanquizuelos, es un Luciano Malabet:—y los tres premios de composición en inglés, no son para un Smith, un O'Brien y un Sullivan, sino para un Guzmán, un Arellano y un Villa!

¡Oh, ¡si a estas inteligencias nuestras se las pusiese a nivel de su tiempo; si no se las educase para golillas y doctos de birrete de los tiempos de Audiencias y Gobernadores; si no se les dejase, en su anhelo de saber, nutrirse de vaga y galvánica Literatura, de pueblos extranjeros medio muertos; si se hiciese el consorcio venturoso de la inteligencia que ha de aplicarse a un país, y el país a que ha de aplicarse; si se preparase a los sudamericanos, no para vivir en Francia, cuando no son franceses,—ni en los Estados Unidos, que es la más fecunda de estas modas malas, cuando no son norteamericanos,—ni en los tiempos coloniales, cuando están viviendo ya fuera de la colonia, en competencia con pueblos activos, creadores, vivos, libres; sino para vivir en la América del Sur. Mata a su hijo en la América del Sur el que le da mera educación universitaria.

Se abren campañas por la libertad política: debieran abrirse con mayor vigor por la libertad espiritual; por la acomodación del hombre a la tierra en que ha de vivir.

La América. Nueva York, noviembre de 1883.

Los propósitos de *La América* bajo sus nuevos propietarios

Entra *La América* con este número en nuevas manos, y en un nuevo período. Los Sres. E. Valiente & Co., que la fundaron, la acreditaron y lograron ponerla en campo aparte de esas fugaces publicaciones de anuncios, que hechas en todas las lenguas y por todos los medios, han venido a hacer trabajosa la existencia de un periódico serio de este género,—entregan *La América* a la asociación que se ha creado para ir haciendo de ella, con aquella lentitud y cuidado que la prudencia aconsejan, el auxiliar fidedigno de los productores de la América del Norte y de los compradores de la América del Sur,—el observador vigilante de los trascendentales y crecientes intereses de la América Latina en la América Sajona, el explicador de la mente de los Estados Unidos del Norte ante la mente de aquellos que son en espíritu, y serán algún día en forma, los Estados Unidos de la América del Sur; la respuesta a todas las preguntas importantes que sobre este país puedan hacerse los nuestros; el punto de reunión y cita, en suma, de los intereses y pensamientos de las dos Américas.

Ambicionar es; pero nada menos que eso es lo que se necesita.

La América, que a pesar de no haber sido hasta ahora más que una empresa embrionaria y como un periódico de retazos, por no permitirle más su estructura, tiene ya muchos amigos,—no puede ser aún lo que estos quieren que sea. Y está muy distante de ser lo que sus mismos editores desearían.

De unas tierras le piden que sea periódico exclusivamente literario. Hermoso sería un periódico de este género; pero los tiempos son graves, y acaso temibles, y ni un ápice menos que críticos. Se van levantando en el espacio, como inmensos y lentos fantasmas, los problemas vitales de América:—piden los tiempos algo más que fábricas de imaginación y urdimbres de belleza. Se puede ver en todos los rostros y en todos los países, como símbolos de la época, la vacilación y la angustia.—El mundo entero es hoy una inmensa pregunta.

De otras tierras desean que *La América* se convierta en el exponente serio, en el avisador prudente, en el explicador minucioso de las cuestiones

fundamentales, y ya en punto de definición, que se presentan impacientes y dominantes a la América Española. Y escriben y tratan a *La América*, con afecto, con ternura a veces que ella agradece mucho, como si fuese ya lo que pudiera ser.

Pero hoy por hoy, por razones de cautela, de conservación y de origen, *La América* no será más que como el germen y la preparación de esto, en tanto que acentuará de una manera compendiosa y práctica, su carácter de periódico industrial y comercial, de lo que podría llamarse «periódico útil».

Los países de la América del Sur, que carecen de instrumentos de labor y de métodos productores rápidos, experimentados y científicos, necesitan saber qué son, y cuánto cuestan, y cuánto trabajo ahorran, y dónde se venden los utensilios que en esta tierra pujante y febril han violentado la fuerza de la tierra, y llevado a punto de perfección el laboreo y transformación de sus productos.

Los productores de la América del Norte, que por engañosas leyes prohibitivas han venido a producir más artefactos de los que el país requiere, sin que el costo de producción, por lo subido de la tarifa importadora, les permita sacar sus artefactos sobrantes a los mercados extranjeros,—están hoy en necesidad urgente y concreta de exhibir y vender a bajo precio a los mercados cercanos de América lo que en el suyo les sobra, y con la nueva producción, sin demanda correspondiente que la consuma, ha de continuar acumulándose sobre el actual sobrante.

Los de acá, pues, necesitan quien les exhiba sus productos.

Los de allá, quien les explique y señale las ocasiones y ventajas de las compras.

La América viene a punto de dar satisfacción a ambas necesidades, con una misma empresa en que ambas se encuentran y confunden. Viene a servir de intermediario y explicador entre el productor que necesita vender y el consumidor que necesita comprar.

Y como gran parte de útiles y eficaces artefactos americanos, de maquinaria sencilla y efectiva, de materiales de construcción, de objetos de todo orden, que existen en esta parte del Norte de la América, son muy necesitados, pero casi desconocidos, o desconocidos de un todo, en los países de la otra parte,—*La América* viene a servir, en el momento que ambos hemisferios se acercan y hacen preguntas mutuas, de introductor en la gran América ansiosa y embrionaria, de los productos que con la sazón y sales sagradas de la libertad, han acelerado a punto maravilloso la madurez de la América Inglesa.

A los norteamericanos les hemos dicho que responderemos, sin cargo alguno, a cuanto nos pregunten de nuestra América Española.

A los hispanoamericanos venimos a decirles que, sin cargo alguno, por mayor y más natural razón, responderemos sobre cuanto nos pregunten de la América del Norte.

Tal libro se publica, que es interesante para la agricultura, industria o comercio de nuestras tierras: lo extractaremos.

Tal instrumento de cultivo, de laboreo de minas, de cosas semejantes, se anuncia en nuestras columnas de avisos:—lo explicaremos en las columnas de lectura.

Tal proposición de alcance mercantil o final trascendencia americana, se presenta en el Congreso o se debate en los periódicos: la expondremos y dilucidaremos, en cuanto el espacio y el ingenio nos lo permitan.

Tal corresponsal o periódico amigo quiere que le ayudemos a salir de una duda sobre todas esas cosas, o tratemos una cuestión determinada que se roce con lo que llevamos apuntado: nos daremos prisa, puesto que tales investigaciones serán de interés general americano, a tratar la cuestión solicitada.

Definir, avisar, poner en guardia, revelar los secretos del éxito, en apariencia,—y en apariencia solo,—maravilloso de este país; facilitar con explicaciones compendiadas y oportunas y estudios sobre mejoras aplicables, el logro de éxito igual,—¡mayor acaso, sí, mayor, y más durable!—en nuestros países; decir a la América Latina todo lo que anhela y necesita saber de esta tierra que con justicia la preocupa, e irlo diciendo con el mayor provecho general, con absoluto desentendimiento de toda pasión o provecho de personas, y con la mira siempre puesta en el desenvolvimiento de las artes prácticas y el comercio inteligente, bases únicas de la grandeza y prosperidad de individuos y naciones:—he ahí los propósitos presentes, y como el alba de los propósitos futuros, de *La América* en su nueva condición.

Sabemos que venimos en el instante en que una empresa de este orden debía venir.—Hay provecho como hay peligro, en la intimidad inevitable de las dos secciones del continente americano.

La intimidad se anuncia tan cercana, y acaso por algunos puntos tan arrolladora, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir.

Creemos que tenemos mucho que hacer: y pedimos a los países americanos que, con su ayuda cordial y efectiva, nos pongan en condiciones de hacer cuanto pensamos, y es preciso.

De nuestra sinceridad, nuestro acento responde.

De la oportunidad de nuestra empresa, nos dan garantías el afecto y apremiantes solicitudes de que hemos venido siendo objeto.

De nuestro alcance y futuros servicios, en pro del espíritu americano y de los brillantes países que engendra,—decidirá la acogida que nos vaya dando nuestro público.

No periódico queremos solamente que *La América* sea: sino una poderosa, trascendental y pura institución americana. Esto es nuestro periódico de anuncios.

Nuestro número de hoy va anunciando que en él se empieza a introducir, con los nuevos y ya más vastos propósitos, que a sus propietarios animan, las mejoras para llegar a realizarlas.

Los nuevos propietarios de *La América* ruegan a las personas ya suscritas a este periódico, o a los que reciban este número y deseen suscribirse, que se sirvan indicarlo así a los agentes respectivos, o comunicar su deseo por carta—a la casa Editorial, 756 Broadway.

La América. Nueva York, enero de 1884.

Trabajo manual en las escuelas. Informe de los colegios de agricultura de los Estados Unidos

Acaban de presentar informe de sus trabajos en el año anterior los colegios de agricultura de los Estados Unidos, y se ve de todos ellos que no son tanto las leyes teóricas del cultivo las que en estas escuelas se enseñan, como el conocimiento y manejo directo de la tierra, que da de primera mano y claramente, y con amenidad inimitable, las lecciones que siempre salen confusas de libros y maestros.

Ventajas físicas, mentales y morales vienen del trabajo manual.—Y ese hábito del método, contrapeso saludable, en nuestras tierras sobre todo, de la vehemencia, inquietud y extravío en que nos tiene, con sus acicates de oro, la imaginación. El hombre crece con el trabajo que sale de sus manos. Es fácil ver cómo se depaupera, y envilece a las pocas generaciones, la gente ociosa, hasta que son meras vejiguillas de barro, con extremidades finas, que cubren de perfumes suaves y de botines de charol; mientras que el que debe su bienestar a su trabajo, o ha ocupado su vida en crear y transformar fuerzas, y en emplear las propias, tiene el ojo alegre, la palabra pintoresca y profunda, las espaldas anchas y la mano segura. Se ve que son esos los que hacen el mundo: y engrandecidos, sin saberlo acaso, por el ejercicio de su poder de creación, tienen cierto aire de gigantes dichosos, e inspiran ternura y respeto. Más, más cien veces que entrar en un templo, mueve el alma el entrar, en una madrugadita de este frío febrero, en uno de los carros que llevan de los barrios pobres a las fábricas artesanos de vestidos tiznados, rostro sano y curtido, y manos montuosas—donde, ya a aquella hora brilla, un periódico.—He ahí un gran sacerdote, un sacerdote vivo: el trabajador.

El director de la Escuela de Agricultura de Michigan defiende calurosamente las ventajas del trabajo manual en las escuelas. Para el director Abbott, no hay virtud agrícola a que no ayude el trabajo manual en la escuela. El cultivador necesita conocer la naturaleza, las enfermedades, los caprichos, las travesuras mismas de las plantas, para dirigir el cultivo de

modo de aprovechar las fuerzas vegetales, y evitar sus extravíos. Necesita enamorarse de su labor, y encontrarla, como es, más noble que otra alguna, aunque no sea más que porque permite el ejercicio más directo de la mente, y proporciona con sus resultados pingües y constantes una renta fija y libre que permite al hombre vivir con decoro e independencia. Oh! a oír nuestro voto, junto a cada cuna de hispanoamericano se pondría un cantero de tierra y una azada.—Necesita el agricultor además conocer de una manera íntima, en sus efectos y modo de obrar, las ciencias que hoy ayudan y aceleran los cultivos. Y como la naturaleza es ruda, como todo lo verdaderamente amante, el cultivador ha menester de salud recia que el sol no acalore y no refleje la lluvia, lo cual solo con habituarse a esta y aquel puede conseguirse.

Con el trabajo manual en la escuela, el agricultor va aprendiendo a hacer lo que ha de hacer más tarde en campo propio; se encariña con sus descubrimientos de las terquedades o curiosidades de la tierra, como un padre con sus hijos: se aficiona a sus terruños que cuida, conoce, deja en reposo, alimenta y cura, tal, y de muy semejante manera, como a su enfermo se aficiona un médico. Y como ve que para trabajar inteligentemente el campo, se necesita ciencia varia y no sencilla, y a veces profunda, pierde todo desdén por una labor que le permite ser al mismo tiempo que creador, lo cual alegra el alma y la levanta, un hombre culto, diestro en libros y digno de su tiempo. Está el secreto del bienestar en evitar todo conflicto entre las aspiraciones y las ocupaciones.

Páginas se llenarían con la enumeración de las ventajas de este trabajo manual en las escuelas de agricultura, que demuestra el informe.

Y para que el trabajo de los estudiantes de agricultura sea doblemente útil, no lo aplican solo en las escuelas al laboreo de la tierra por los métodos ya conocidos, sino a la prueba de todas las reformas que la experiencia o la invención van sugiriendo; con lo que las escuelas de agricultura vienen a ser grandes benefactores de las gentes de campo, a quien dan la reforma ya probada, y evitan arriesgar las sumas y perder el tiempo que el experimentarla por cuenta propia les hubiera costado. Y con esto, además, la mente del alumno se mantiene viva, y contrae el hábito saludable de desear, examinar y poner en práctica lo nuevo. Hoy, con la colosal afluencia de hombres inteligentes y ansiosos en todos los caminos de la vida, quien quiera vivir no puede sentarse a descansar y dejar en reposo una hora sola el bordón del viaje: que cuando lo quiere levantar, y tomar la ruta de nuevo, ya el bordón es roca. Nunca, nunca fue más grande ni más pintoresco el

universo. Solo que cuesta trabajo entenderlo, y ponerse a su nivel: por lo que muchos prefieren decir de él mal, y desvanecerse en quejas. Trabajar es mejor, y procurar comprender la maravilla,—y ayudar a acabarla.

En una escuela, la de North Carolina, han analizado los abonos, los minerales, las aguas minerales, las aguas potables, el poder germinador de las semillas, la acción de diferentes sustancias químicas en ellas, y la de los insectos sobre las plantas.

En general, los trabajos prácticos de las escuelas se dirigen al estudio y mejora de los granos y tubérculos alimenticios; a la aplicación de los varios y mejores métodos de preparar el terreno, sembrar y cosechar; a la comparación de los abonos diversos y creación de otros, al modo de alimentar bien los animales y las plantas, y de regar y de preservar los bosques.

Tienen además cursos en que los alumnos aprenden las artes mecánicas, no del modo imperfecto y aislado en que de soslayo y por casualidad llega a saber un poco de ellos el agricultor atento y habilidoso, sino con plan y sistema, de modo que unos conocimientos vayan completando a otros, y como saliendo estos de aquellos. La mente es como las ruedas de los carros, y como la palabra: se enciende con el ejercicio, y corre más ligera. Cuando se estudia por un buen plan, da gozo ver cómo los datos más diversos se asemejan y agrupan; y de los más varios asuntos surgen, tendiendo a una idea común alta y central, las mismas ideas.—Si tuviera tiempo el hombre para estudiar cuanto ven sus ojos y él anhela, llegaría al conocimiento de una idea sola y suma, sonreiría, y reposaría.

Esta educación directa y sana; esta aplicación de la inteligencia que inquiere a la naturaleza que responde: este empleo despreocupado y sereno de la mente en la investigación de todo lo que salta a ella, la estimula y le da modos de vida; este pleno y equilibrado ejercicio del hombre, de manera, que sea como de sí mismo puede ser, y no como los demás ya fueron; esta educación natural, quisiéramos para todos los países nuevos de la América.

Y detrás de cada escuela un taller agrícola, a la lluvia y al sol, donde cada estudiante sembrase su árbol.

De textos secos y meramente lineales, no nacen, no, las frutas de la vida.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

Maestros ambulantes

Espíritu de la Instrucción que proponemos manera en que puede realizarse urge establecer la enseñanza elemental científica (artículo escrito para la Revista Científica y Literaria de Santo Domingo)

«¿Pero cómo establecería Vd. ese sistema de maestros ambulantes de que en libro alguno de educación hemos visto menciones, y Vd. aconseja en uno de los números de *La América* del año pasado que tengo a la vista?»—Esto se sirve preguntarnos un entusiasta caballero de Santo Domingo.

Le diremos en breve que la cosa importa, y no la forma en que se haga.

Hay un cúmulo de verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí, y son, sin embargo, la clave de la paz pública, la elevación espiritual, y la grandeza patria.

Es necesario mantener a los hombres en el conocimiento de la tierra y en el de la perdurabilidad y trascendencia de la vida.

Los hombres han de vivir en el goce pacífico, natural e inevitable de la libertad, como viven en el goce del aire y de la luz.

Está condenado a morir un pueblo en que no se desenvuelven por igual la afición a la riqueza, y el conocimiento de la dulcedumbre, necesidad y placeres de la virtud.

Los hombres necesitan conocer la composición, fecundación, transformaciones y aplicaciones de los elementos materiales de cuyo laboreo les viene la saludable arrogancia del que trabaja directamente en la naturaleza, el vigor del cuerpo que resulta del contacto con las fuerzas de la tierra, y la fortuna honesta y segura que produce su cultivo.

Los hombres necesitan quien les mueva a menudo la compasión en el pecho, y las lágrimas en los ojos, y les haga el supremo bien de sentirse generosos: que por maravillosa compensación de la naturaleza aquel que se da, crece; y el que se repliega en sí, y vive de pequeños goces, y teme partírselos con los demás, y solo piensa avariciosamente en beneficiar sus

apetitos, se va trocando de hombre en soledad, y lleva en el pecho todas las canas del invierno, y llega a ser por dentro, y a parecer por fuera,—un insecto.

Los hombres crecen, crecen físicamente, de una manera visible crecen, cuando aprenden algo, cuando entran a poseer algo, y cuando han hecho algún bien.

Solo los necios hablan de desdichas, o los egoístas. La felicidad existe sobre la tierra; y se la conquista con el ejercicio prudente de la razón, el conocimiento de la armonía del universo, y la práctica constante de la generosidad. El que la busque en otra parte, no la hallará: que después de haber gustado todas las copas de la vida, solo en éstas se encuentra sabor.—Es leyenda de tierras de Hispanoamérica que en el fondo de las tazas antiguas estaba pintado un Cristo; por lo que cuando apuran una, dicen: «¡Hasta verte, Cristo mío!» Pues en el fondo de aquellas copas se abre un cielo sereno, fragante, interminable, rebosante de ternura!

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.

Ser culto es el único modo de ser libre.

Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno.

Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza. La naturaleza no tiene celos, como los hombres. No tiene odios ni miedos, como los obreros. No cierra el paso a nadie, porque no teme de nadie. Los hombres siempre necesitarán de los productos de la naturaleza. Y como en cada región solo se dan determinados productos, siempre se mantendrá su cambio activo, que asegura a todos los pueblos la comodidad y la riqueza.

No hay, pues, que emprender ahora cruzada para reconquistar el Santo Sepulcro. Jesús no murió en Palestina, sino que está vivo en cada hombre. La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra. Comieron y bebieron; pero no supieron de sí. La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia naturaleza, y para darles, con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro, y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo.

He ahí, pues, lo que han de llevar los maestros por los campos. No solo explicaciones agrícolas e instrumentos mecánicos; sino la ternura, que hace tanta falta y tanto bien a los hombres.

El campesino no puede dejar sus trabajos para ir a sendas millas a ver figuras geométricas incomprensibles, y aprender los cabos y los ríos de las penínsulas del África, y proveerse de vacíos términos didácticos. Los hijos de los campesinos no pueden apartarse leguas enteras día tras día de la estancia paterna para ir a aprender declinaciones latinas y divisiones abreviadas. Y los campesinos, sin embargo, son la mejor masa nacional, y la más sana y jugosa, porque recibe de cerca y de lleno los efluvios y la amable correspondencia de la tierra, en cuyo trato viven. Las ciudades son la mente de las naciones; pero su corazón, donde se agolpa y de donde se reparte la sangre, está en los campos. Los hombres son todavía máquinas de comer, y relicarios de preocupaciones. Es necesario hacer de cada hombre una antorcha.

¡Pues nada menos proponemos que la religión nueva y los sacerdotes nuevos! ¡Nada menos vamos pintando que las misiones con que comenzará a esparcir pronto su religión la época nueva! El mundo está de cambio; y las púrpuras y las casullas, necesarias en los tiempos místicos del hombre, están tendidas en el lecho de la agonía. La religión no ha desaparecido, sino que se ha transformado. Por encima del desconsuelo en que sume a los observadores el estudio de los detalles y envolvimiento despacioso de la historia humana, se ve que los hombres crecen, y que ya tienen andada la mitad de la escala de Jacob:—¡qué hermosas poesías tiene la *Biblia*! Si acurrucado en una cumbre, se echan los ojos de repente por sobre la marcha humana, se verá que jamás se amaron tanto los pueblos como se aman ahora, y que a pesar del doloroso desbarajuste y abominable egoísmo en que la ausencia momentánea de creencias finales y fe en la verdad de lo Eterno trae a los habitantes de esta época transitoria, jamás preocupó como hoy a los seres humanos la benevolencia y el ímpetu de expansión que ahora abrasa a todos los hombres. Se han puesto en pie, como amigos que sabían uno de otro, y deseaban conocerse; y marchan todos mutuamente a un dichoso encuentro.

Andamos sobre las olas, y rebotamos y rodamos con ellas; por lo que no vemos, ni aturdidos del golpe nos detenemos a examinar, las fuerzas que las mueven. Pero cuando se serene este mar, puede asegurarse que las estrellas quedarán más cerca de la tierra. El hombre envainará al fin en el sol su espada de batalla!

Eso que va dicho es lo que pondríamos como alma de los maestros ambulantes. ¡Qué júbilo el de los campesinos, cuando viesen llegar, de tiempo en tiempo, al hombre bueno que les enseña lo que no saben, y

con las efusiones de un trato expansivo les deja en el espíritu la quietud y elevación que quedan siempre de ver a un hombre amante y sano! En vez de crías y cosechas, se hablaría de vez en cuando, hasta que al fin se estuviese hablando siempre, de lo que el maestro enseñó, de la máquina curiosa que trajo, del modo sencillo de cultivar la planta que ellos con tanto trabajo venían explotando, de lo grande y bueno que es el maestro, y de cuándo vendrá, que ya les corre prisa, para preguntarles lo que con ese agrandamiento incesante de la mente puesta a pensar, les ha ido ocurriendo desde que empezaron a saber algo! ¡Con qué alegría no irían todos a guarecerse, dejando palas y azadones, a la tienda de campaña, llena de curiosidades, del maestro!

Cursos dilatados, claro es que no se podrían hacer; pero sí, bien estudiadas por los propagadores, podrían esparcirse e impregnarse las ideas gérmenes. Podría abrirse el apetito del saber. Se daría el ímpetu.

Y esta sería una invasión dulce, hecha de acuerdo con lo que tiene de bajo e interesado el alma humana; porque como el maestro les enseñaría con modo suave cosas prácticas y provechosas, se les iría por gusto propio sin esfuerzo infiltrando una ciencia que comienza por halagar y servir su interés;—que quien intente mejorar al hombre no ha de prescindir de sus malas pasiones, sino contarlas como factor importantísimo, y ver de no obrar contra ellas, sino con ellas.

No enviaríamos pedagogos por los campos, sino conversadores. Dómines no enviaríamos, sino gente instruida que fuera respondiendo a las dudas que los ignorantes les presentasen o a las preguntas que tuviesen preparadas para cuando vinieran, y observando dónde se cometían errores de cultivo o se desconocían riquezas explotables, para que revelasen estas y demostraran aquellos, con el remedio al pie de la demostración.

En suma, se necesita abrir una campaña de ternura y de ciencia, y crear para ella un cuerpo, que no existe, de maestros misioneros.

La escuela ambulante es la única que puede remediar la ignorancia campesina.

Y en campos como en ciudades, urge sustituir al conocimiento indirecto y estéril de los libros, el conocimiento directo y fecundo de la naturaleza.

Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones; como cuentan los indios del Amazonas que para crear a los hombres y a las mujeres regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!

Se pierde el tiempo en la enseñanza elemental literaria, y se crean pueblos de aspiradores perniciosos y vacíos. El sol no es más necesario que el establecimiento de la enseñanza elemental científica.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

El origen del Partido Republicano de los Estados Unidos

Ningún partido político tuvo nacimiento más glorioso que el Partido Republicano de los Estados Unidos, porque ninguno se formó con ambiciones más desinteresadas ni con esperanzas más nobles.

La Constitución de este país estaba manchada por un vicio original: había transigido con la esclavitud de una raza. El Partido Republicano se fundó verdaderamente para limpiarla de esa mancha. No se componía solo de los mejores entre los vivos. Puede decirse que se componía también de los muertos ilustres. Las sombras de Washington, de Jefferson, de Franklin, de Hamilton presidían sus sesiones, y los grandes antepasados de la libertad norteamericana tomaban parte en espíritu en la obra de refundición en que el oro puro iba a separarse de la escoria.

Como lo indica un historiador del hermoso movimiento, las semillas de la esclavitud y de la libertad cayeron a un tiempo en el suelo de este continente. En 1620 el *Flor de Mayo* trajo los peregrinos a Plymouth, y en 1620 un buque holandés trajo a Virginia veinte esclavos africanos. Jamás se ha visto paralelismo más extraordinario. El germen de la disciplina social que dignifica la obediencia de los ciudadanos, porque priva a la autoridad pública de toda fuerza inicua,—y junto a eso, degradando el trabajo, envileciendo la propiedad, colocando la piratería entre las instituciones fundamentales del país,—la trata de los negros. Así empezaron a vivir los Estados Unidos.

La Declaración de Independencia había dicho estas palabras memorables: «Consideramos como la evidencia misma que todos los hombres son iguales». Pero la Declaración de Independencia fue la expresión genuina del gran espíritu que animaba a los héroes y a los predicadores de

la libertad,—el que batalló en Bunker Hill, el que triunfó en Yorktown. La constitución política no fue en cambio sino un pacto; un *pacto con el infierno*, había de llamarla más tarde Wendell Phillips.

El empeño de establecer la Unión, el empeño, después, de mantenerla, fueron superiores al odio generoso con que en los estados del Norte y del Este se miraba la institución infame. Contra la prudencia de ese patriotismo,—que ponía la Unión por encima de todas las ideas y de todos los sentimientos,—tuvieron que proceder, y combatir, los que al mayor precio, aun con su propia sangre, querían borrar la mancha ominosa. Criminales los llamaban en el Sur y fanáticos en el Norte; allá los llevaban a los tribunales y de los tribunales al cadalso los propietarios de esclavos; acá, los negociantes y los estadistas, los tenían por gente turbulenta y peligrosa que era preciso acallar y que estaban dispuestos a ofrecer como víctima propiciatoria a las venganzas del Sur. La Unión, vista así, significaba solo el engrandecimiento material: los grandes sembrados de algodón, los grandes campos de caña, las grandes vegas de tabaco, los alambiques gigantescos. Para que la Unión no fuera solamente eso,—en una noche fría y nevosa, la del seis de enero de 1832, doce hombres de buena voluntad se reunieron en una iglesia de Boston y firmaron la constitución del partido antiesclavista; eran tan pobres y tan humildes como aquellos de la Galilea, y el Evangelio que iban a sembrar con su palabra en el frío corazón de sus conciudadanos era el mismo sin duda, que sus abuelos, los puritanos, vinieron a leer libremente en este suelo virgen de la América. Para levantarlo sobre la cabeza del esclavo en señal de amparo, y sobre el látigo de los negreros como anatema de condenación, hicieron la magnífica campaña, por cuya proclamación entusiasta, Garrison, su jefe, fue arrastrado por las calles y colmado de insultos; pero que había de terminar con los laureles de Gettysburg, con la proclama emancipadora de Lincoln, con la derrota y el hundimiento portentoso del poder titánico que había alimentado la sangre de los negros, con la enmienda decimotercera de la Constitución norteamericana,—que Washington hubiera querido firmar, carta de libertad de cinco millones de ilotas y carta de rehabilitación y de limpieza de treinta millones de ciudadanos.

Sería interesante de seguro hacer la historia de esa propaganda, si la naturaleza de este trabajo periodístico lo permitiera. Sería obra de piedad y de justicia dejar flores en la piedra tumular,—yacente en la vía sacra de los grandes recuerdos humanos, que guarda los despojos de los mártires y los héroes,—y repetir los acentos sublimes de los tribunos y los poetas

que dieron expresión conmovedora al sollozo de los desgraciados y a la indignación de los buenos, y que en las estrofas pindáricas de Whittier, en el canto majestuoso de Bryant, en los discursos demostenianos de Wendell Phillips, en la novela inolvidable, que iluminó el interior de la esclavitud, en las columnas de aquellos periódicos en que escribía la pluma de un Greely, al pie de aquellos púlpitos en que resonaba la voz de un Beecher o de un Channing,—en aquellas sesiones legislativas en que un Adams o un Sumner arrojaban sobre los debates mercantiles de Congresos oscuros los esplendores sidéreos de su gran palabra y el reflejo de su conciencia;—en toda esa obra, en fin, de fantasía poderosa y de emoción purísima, brillan con la hermosura clásica, que nunca faltó a la revelación sincera y entusiasta de los ideales humanos.

La batalla tuvo que darse en todas partes: en el *meeting*, en la prensa, en el libro, en el templo como en el Capitolio, en el tumulto de las calles lo mismo que en las conversaciones del hogar. Dos espíritus enemigos, dos corrientes de encontradas ideas agitaban este inmenso país, y sacudían con violencia sus instituciones pugnando por dominarlas para siempre. Las primeras palabras contra la Unión fueron arrancadas por el dolor y la vergüenza al bando generoso. El *rey algodón*, que así se llamaba sarcásticamente a la esclavitud, parecía entonces demasiado fuerte para soñar en destronarlo manteniendo el lazo. «Puesto que la Unión es la infamia, ¡*delenda Cartago!*—clamaba Wendell Phillips:—doy gracias al cielo de que hace mucho tiempo que no me considero ciudadano de los Estados Unidos». Los más apasionados renunciaron, en efecto, a mezclarse en la vida política de la República. No podemos hacerlo,—decían, sin jurar que defendemos la Constitución, y ese juramento es sacrílego.—No queremos Unión con los negreros. Esta Democracia no es un dechado sino un escándalo del mundo. Para purificarnos de la ignorancia que arroja sobre nosotros y sobre nuestros hijos, es preciso que rompamos toda alianza con el crimen; *al suelo la autoridad nacional que lo protege y la Iglesia nacional que lo bendice.*

Cuando la propaganda creció, nada más frecuente que el choque eléctrico de las opiniones, lo mismo en la vida pública que en la privada. En los salones del hotel como en los escaños del Congreso era de oírse el clamor de las opuestas pasiones y el lenguaje acerbo, inflamado e hiriente con que se interpelaban los adversarios. La esclavitud tuvo sus sacerdotes, así como más tarde había de tener sus mártires; tuvo sus salmos, sus oraciones y sus interpretadores de la *Biblia*. Al principio, los mismos hombres del

Sur la llamaron un «mal necesario»; arrastrados, después, por el vértigo de la polémica, levantóse a dogma la justificación de la trata. El ataque a la esclavitud fue para el sudista la amenaza contra su propiedad, el desconocimiento de su derecho, el propósito de una tiranía federal, y por último, un ultraje,—¡asombra decirlo!—un ultraje a su creencia religiosa. El hombre del Sur creía en la esclavitud como creía en Dios.

Tras organizaciones diferentes y fragmentarias, que fueron como sus ensayos, formóse, al fin, el Partido Republicano. Hombres de calma, de espíritu sereno, de tacto político, de buen sentido que rayaba en las alturas del genio, vinieron, siguiendo la columna de fuego de los tempestuosos precursores, a encarnar en la realidad y a implantar en el suelo el pensamiento de los soñadores y de los profetas. Así se necesita para que la justicia y la belleza triunfen en el mundo. Tributo imperecedero y memoria gratísima para los que en la sociedad o en el Arte rompen los moldes en que las ideas pueden vivir al poner en ellas las febriles manos agitadas por la inspiración y el entusiasmo; pero bendigamos la ley de la Naturaleza que ha hecho nacer junto a ellos,—más bajo que ellos, acaso, los hombres capaces de encerrar en cauce, aunque no sea con toda la magnitud de sus aguas, el torrente fragoroso para que beban en él las muchedumbres. Garrison y Wendell Phillips habían querido desatar la Unión: Abraham Lincoln vino a consolidarla.

El Partido Republicano no desplegó la bandera de la abolición. Había tocado a otros la tarea eminente y nobilísima de presentar ante la conciencia del pueblo la idea redentora; los apóstoles y los poetas la habían pregonado: «No nos contentemos por más tiempo, decía Whittier, en magníficos versos, no nos resignemos a decir en voz baja, y como en murmullos cobardes, la verdad; hablemos con lengua resonante, como la del clarín». Imprudencia necesaria y sublime. Pero los hombres que iban a luchar en las urnas, que preferían la victoria lenta a la derrota heroica, que tenían la vocación y las facultades del combate político, hubieron de elegir otro terreno y otras armas para el duelo definitivo. En el estado de la opinión pública, dados los recursos y la situación respectiva de los bandos que dividían el país, la abolición como programa político era absurda empresa. Limitóse el Partido Republicano a rechazar los compromisos recientes que el Norte, intimidados por la energía del Sur, había contraído con él. Estos compromisos hacían inmenso el abismo abierto por la Constitución. No parece sino que la tierra libre iba retrocediendo ante la irresistible invasión de la esclavitud. Cada nuevo Congreso, por la

energía del Sur y los miedos mercantiles del Norte, abría nuevos bazares al tráfico inicuo, y manchaba un nuevo pedazo del territorio con la sombra venenosa de la servidumbre.

Los compromisos permitían lo que siempre se había negado por el Norte: la extensión de la gangrena. Dentro de poco, a no estorbarlo el Partido Republicano, ya no podrían repetirse las palabras de Daniel Webster hablando del Ohio: «La Ordenanza de 1787 imprimió en el suelo mismo, cuando estaba todavía cubierto por la selva, la imposibilidad de que lo pisaran esclavos».

En 1860, Abraham Lincoln, el más reposado y sereno enemigo de la esclavitud, un hombre de los que se llaman providenciales, porque responden a todas las exigencias del ministerio que les toca, subió al poder por dos millones de votos, y llevó consigo a la famosa Casa Blanca, la bandera del Partido Republicano. Innecesario es recordar la ira del Sur; el rompimiento del pacto, la miserable conducta de Buchanan, el júbilo de Europa por la mutilación del coloso, las vicisitudes numerosas y extraordinarias de la guerra. El 1.º de enero de 1863, usando de una facultad que la más autorizada interpretación del Derecho Constitucional le reconocía, el Presidente de los Estados Unidos, en castigo de rebeldes y por la dictadura suprema de la guerra, proclamó libres los esclavos del Sur. La pintura, la poesía, la elocuencia nos han conservado la imagen de ese Consejo de Gabinete en que Lincoln de pie lee a sus ministros la proclama, escrita por él mismo en ese estilo que la Historia no tiene que alterar, en que las ideas se graban de una vez.—«Conozco vuestras impacencias, añadió, hubiera querido que esto se hiciera antes; pero yo esperaba el momento oportuno»;—y después, en voz tan baja que apenas podía ser oída,—«cuando Lee fue arrojado de Maryland, prometí a mi Dios, la emancipación de los siervos». Sabido es que los abolicionistas no consideraron concluida su obra: célebres son las leyes y las instituciones de piedad y de enseñanza con que procuraron levantar al más alto nivel posible a la raza abatida. Algunos años después de la guerra, un testigo ocular refiere que una negra anciana estaba arrodillada en la calle, junto a una escuela republicana del Sur; preguntáronle qué hacía allí: «es muy tarde para que yo entre»,—contestó—«pero estoy orando por los que han fundado esta casa en que mis nietos pueden aprender».

En la primera época de su existencia, el Partido Republicano, pues, sabio en el consejo, titánico en la guerra, fuerte y grande en la palabra y en la acción, llevó a cabo una de las jornadas heroicas de la humanidad,

hizo un cielo en la historia. En la bandera de la patria sostenida virilmente por él, ya no había nubes sobre las incomparables estrellas, y mientras que bajo sus anchos pliegues la única raza desterrada de la civilización surgía a la vida del derecho, podía ya escribirse, como en granito perdurable, en la primera página de la Ley Constitucional, el lema hermoso de un elocuente tribuno norteamericano: «Unión y libertad, unas e inseparables, ahora y para siempre».

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 6 de noviembre de 1884.

Cartas de Martí

Historia de la caída del Partido Republicano en los Estados Unidos y del ascenso al poder del Partido Demócrata.—Antecedentes, transformaciones y significación actual de los partidos.—Resumen, con este asunto, de todos los detalles y consideraciones que pueden explicar de una manera definitiva como clave para sus movimientos futuros, la política norteamericana.

Nueva York, marzo 15 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Yo esculpiría en pórfido las estatuas de los hombres maravillosos que fraguaron la Constitución de los Estados Unidos de América: los esculpiría, firmando su obra enorme, en un grupo de pórfido. Abriría un camino sagrado de baldosas de mármol sin pulir hasta el templo de mármol blanco que los cobijase; y cada cierto número de años, establecería una semana de peregrinación nacional, en otoño, que es la estación de la madurez y la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes de humo oloroso de las hojas secas, fueran a besar la mano de piedra de los patriarcas los hombres, las mujeres y los niños.—El tamaño no me deslumbra. La riqueza no me deslumbra. No me deslumbra la prosperidad material de un pueblo libre, más fuerte que sus vecinos débiles, aislado de rivales peligrosos, favorecido con la cercanía de tierras fértiles necesitadas de comprarles sus productos, y al que afluye, al amor de la libertad y a la facilidad para el trabajo, lo que tiene de más enérgico y emprendedor la Europa sobrancera de habitantes, lo que tienen de más puro y entusiasta los partidos humanitarios de las naciones que no han roto aún la cáscara del feudo.

Los nombres no me deslumbran, ni las novedades, ni los brillantes atrevimientos, ni las colosales cohortes; y sé que de reunir a tanta gente airada y hambrienta de pueblos distintos que no se abrazan en el amor a este en que no nacieron y cuyo espíritu no llevan en las venas, ni del

miedo a la vida, acumulado en ellos por los padecimientos heredados y los propios sacan otro amor y cuidado que no sean los de sí,—sé que de reunir a tanta gente egoísta y temerosa, ha sucedido que la República esté en su mayor parte poblada de ciudadanos interesados o indiferentes, que votan en pro de sus intereses, y cuando no los ven en riesgo no votan, con lo que el gobierno de la nación se ha ido escapando de las manos de los ciudadanos, y quedando en las de grandes traillas que con él comercian. Sé que las causas mismas que producen la prosperidad, producen la indiferencia. Sé que cuando los pueblos dejan caer de la mano sus riendas, alguien las recoge, y los azota y amarra con ellas, y se sienta en su frente. Sé que cuando los hombres descuidan, en los quehaceres, ansias y peligros del lujo, el ejercicio de sus derechos, sobrevienen terribles riesgos, laxas pasiones y desordenadas justicias, y tras ellas, y como para refrenarlas, cual lobos vestidos de piel de mastines, la centralización política, so pretexto de refrenar a los inquietos, y la centralización religiosa, so pretexto de ajustarla: y los hijos aceptan como una salvación ambos dominios, que los padres aborrecían como una afrenta.

Sé que el pueblo que no cultiva las artes del espíritu aparejadamente con las del comercio, engorda, como un toro, y se saldrá por sus propias sienas, como un derrame de entrañas descompuestas, cuando se le agoten sus caudales. Sé que a esta nación enorme hacen falta honradez y sentimiento.—Pero cuando se ve esta majestad del voto, y esta nueva realeza de que todo hombre vivo, gritón o auriteniente—forma parte, y este monarca hecho todo de cabezas, que no puede querer hacerse daño, porque es tan grande como todo su dominio, que es él mismo; cuando se asiste a este acto unánime de voluntad de diez millones de hombres, se siente como si se tuviera entre las rodillas un caballo de luz, y en los ijares le apretásemos los talones alados, y dejásemos tras de nosotros un mundo viejo en ruinas, y se hubiesen abierto, a que lo paseemos y gocemos, las puertas de un universo decoroso: en los umbrales, una mujer, con una urna abierta al lado, lava la frente rota o enlodada de los hombres que entran.

A los que en ese universo nuevo levantaron y clavaron en alto con sus manos serenas, el sol del decoro; a los que se sentaron a hacer riendas de seda para los hombres, y las hicieron y se las dieron; a los que perfeccionaron el hombre, esculpiría yo, bajo un templo de mármol, en estatuas de pórfido. Y abriría para ir a venerarlos, un camino de mármol, ancho y blanco.

No se ven bien las maravillas cuando se está dentro de ellas. Las colosales figuras, los colosales hechos, solo a distancia adquieren sus naturales proporciones, y se enseñan en su conjunto y hermosura.

¿Qué sabe el gusanillo que anda en las entrañas, de la majestuosa belleza del cuerpo humano? Por un canal se entra; en una celda se aloja; cae, como la langosta sobre los sembrados, sobre todo un tejido: ¿qué sabe él, luzbelillo ocupado en transformar la viña, de las amables líneas del cuerpo en que carcome,—de los mandatos amorosos, veloces y brillantes como rayos de estrellas, que van de un cuerpo a otro,—del velo de luz en que, como el sol a la tierra en la mañana envuelve el enamorado a su querida; ni qué sabe del toldo de rosas a cuya sombra se abrazan y adormecen?

Es recia, y nauseabunda, una campaña presidencial en los Estados Unidos. Desde mayo, antes de que cada partido elija sus candidatos, la contienda empieza. Los políticos de oficio, puestos a echar los sucesos por donde más les aprovechen, no buscan para candidato a la presidencia aquel hombre ilustre cuya virtud sea de premiar, o de cuyos talentos pueda haber bien el país, sino el que por su maña o fortuna o condiciones especiales pueda, aunque esté maculado, asegurar más votos al partido, y más influjo en la administración a los que contribuyan a nombrarlo y sacarle victorioso.

Una vez nombrados en las Convenciones los candidatos, el cieno sube hasta los arzones de las sillas. Las barbas blancas de los diarios olvidan el pudor de la vejez. Se vuelcan cubas de lodo sobre las cabezas. Se miente y exagera a sabiendas. Se dan tajos en el vientre y por la espalda. Se creen legítimas todas las infamias. Todo golpe es bueno, con tal que aturda al enemigo. El que inventa una villanía eficaz se pavonea orgulloso. Se juzgan dispensados, aún los hombres eminentes, de los deberes más triviales del honor. No concibe nuestra hidalguía latina tal desborde. Todavía asoman, detrás de cada frase, las culatas de aquellas pistolas con que años atrás, y aún hoy de vez en cuando, se argumentaba acá en los diarios en época de elecciones. Es un hábito brutal que curará el tiempo. En vano se leen con ansia en esos meses los periódicos de opiniones más opuestas. Un observador de buena fe no sabe cómo analizar una batalla en que todos creen lícito campaar de mala fe. De plano niega un diario lo que de plano afirma el otro. De propósito cercena cada uno cuanto honre al candidato adverso. Desconocen en esos días el placer de honrar.

Las elecciones llegan, y de ellas ve solo el transeúnte las casillas en que se vota despaciosamente, las bebederías en que se gasta y huelga, las turbas

que se echan por las calles a saber las nuevas que va dando el telégrafo a los boletines de periódicos. Se ve aturdir, escamotear, comprar, falsear el voto. Se ve a extranjeros naturalizados votar por su interés especial en daño de los de la tierra que les da porción en su hacienda y en su gobierno. Se palpa el peligro de dar autoridad en el país a los que no han nacido en él, y no lo aman, aunque se reconoce la justicia de que cada uno de los que ha de llevar las andas al hombro, dé su voto sobre el peso de las andas. Se vive de mayo a noviembre viendo ruindades, y en disgusto y alarma. Pero por sobre ellas, y con todas ellas ante los ojos, queda en la mente, sacudida de asombro, un respeto comparable solo al de quien viera tambalearse sobre su quicio un mundo, inclinarse de un lado al abismo, irse ya todo sobre él, y reentrar de súbito en su puesto. Conmueven, obrando a la vez, diez millones de hombres. El que los ha visto, en esta hora de faena, siente que la tierra está más firme debajo de sus plantas: y se busca sobre las sienas la corona. Este es el inevitable hecho épico. Brilla, entre la revuelta y oscura campaña, como en un cielo gris brillaría una gran rosa de bronce encendida.

Campaña ninguna presidencial fue tan enmarañada, trascendental y significativa como la que dio el triunfo a Grover Cleveland. De lejos, no se distingue tal vez más que el hecho de bulto: la victoria del Partido Demócrata; y se supone, con error, que implica un cambio decisivo en la opinión y tendencias del país. De cerca, se observa el peligro, punto menos que inevitable, de dejar la política del país, que en las naciones libres, no es ya más que la manera de conducir honradamente sus intereses, en manos de una casta de empleados ociosos que no los poseen. De cerca se observa cuán difícil es, luego que ha sido descuidado por la gente proba, recobrar el ejercicio del poder político. De cerca, se ve que el cambio no ha sido esencial y durable, sino ocasional y como de prueba: y se ve lo que puede, con una sacudida de hombros, un puñado de gente honrada.

Nada más, nada más que esto, un puñado de gente honrada ha dado el triunfo a Cleveland. Mil votos menos, entre diez millones de votantes, y el Presidente hubiera sido un hombre impuro y funesto, un sofista brillante, hubiera sido Blaine.

Cuello a cuello fueron hasta el último instante en la carrera Blaine y Cleveland: y por muchos días después de la elección no se supo de veras si había de ostentar en el actual período la Casa Blanca, el piñón, símbolo de los republicanos, o el gallo democrático. Garfield por los republicanos y Hancock por los demócratas contendieron por la presidencia hace

cuatro años: es verdad que esta vez votaron 468 000 electores más por Cleveland de los que entonces por Hancock, pero también por Blaine votaron 393 000 más que por aquel discreto, sufrido, buen Garfield. De un solo Estado de los 36 que tiene la República dependía la victoria de uno u otro candidato: del estado de Nueva York.

El que lo obtuviese ganaba la Presidencia: nada más que por mil votos ganó el estado, su propio estado en que gobierna, Cleveland. No en vano, indomable y airoso, no se confiesa vencido Blaine por su adversario, sino por la casualidad; y con sutil conocimiento de los odios y miedos de su pueblo, los azuza todos, los hila en cuerpo de doctrina en un discurso de habilidad admirable, y hace de ellos cartel de batalla con que se propone guiar a su hueste de aquí a cuatro años al gobierno perdido.

Sabe que el Norte está aún receloso del Sur, y que la administración democrática, por tener en el Sur la gran masa de sus partidarios, y por obediencia a su espíritu y programa, ha de ser benévola con el Sur: lo que Blaine, hábil para manejar a los hombres por sus pasiones, anuncia, seguro de que ha de suceder, y de antemano explota.—Desentrañemos, pues, porque está llena de enseñanzas, la elección de Cleveland.

si antes se pregunta quién es él, diremos que es un caballero del pueblo, y aunque joven, uno de aquellos americanos viejos de mano de hierro y ojo de águila, que no pone ya las botas sobre la mesa, pero que tiene aún puestas las botas. Tiene los desdenes, la penetración, la ingenuidad, la audacia, la dureza, la nativez del pueblo en que ha nacido. Viene del mercader y del explorador. Viene del puritano y del volcador de los fardos de té. Tiene el ojo puesto adelante, como quien está decidido a llegar.

Tiene la inocencia poderosa de los caracteres primarios, que salen derechamente de la Naturaleza, y deben menos a los hombres que al influjo de su propia originalidad, y a su aptitud para domarlos, mezclando hábilmente la astuta sumisión con que se les halaga al desembarazado desdén con que se les atrae y sujeta: que los hombres y las cosas, esquivos para quienes los solicitan, se apegan, por vil esclavitud instintiva, a quien quiere deshacerse de ellos. Los grandes hombres necesitan ser coquetas. Fácil es, sirviendo a intereses o preocupaciones poderosas, subir a grandes puestos, a ser como antifaces o portavoces de las fuerzas que encumbran; mas ¿cómo no admirar, cuando se sabe lo desamparada y sola que anda la honradez, a quien no llega al triunfo en virtud de complicidad con los defectos de los hombres, sino contra ellos? ¿Quién está en el fondo de los pueblos, como en el fondo de los hombres, que, a despecho de ellos

mismos, y con voz determinada e imponente, aconseja al oído lo que en las horas de peligro deben hacer, y los echa por el camino de la salvación, en temporáneo arrebató de virtud, que los sostiene y levanta cuando están al borde ya de la caída? El ángel no visita a Cleveland; lo sublime no se estruja y mantiene en agonía la mente; su espíritu tiene la solidez y llaneza de sus almuerzos: pan y mantequilla, y ancha lonja de carne, y sendo té. Tan sencillo es a veces que parece pueril: pero pensando en él, aunque no fuese más que por el ajuste del hombre a la situación en que adviene, se asoma a los labios—¡qué elogio!—el nombre de Lincoln, que es de los que cuando aparecen, alivian e iluminan. ¿Qué hacen los pueblos que no levantan grandes templos a los redentores de los hombres; y colocan en nichos sus estatuas, y componen con ellos un santoral nuevo, y se reúnen en los días feriados a comentar las virtudes de los héroes? ¿Por Iglesia, claman? ¿Por Iglesia que reemplace a la que se va? ¿Pues he ahí la Iglesia nueva!

Hay dos clases de triunfo: el uno aparente, brillante y temporal: el otro, esencial, invisible y perdurable. La virtud, vencida siempre en apariencia, triunfa permanentemente de este segundo modo. El que la lleva a cuestras, es verdad, tiene que apretarse el corazón con las dos manos para que de puro herido no se le venga al suelo: que tan roto le ponen los hombres el corazón al virtuoso, que si no lo corcose y remienda con la voluntad, saltará deshecho en pedazos más menudos que las gotas de lluvia. Solo en los momentos de agonía suprema, a que conduce a los pueblos fatalmente la prescindencia de la virtud, acuden los hombres con grande homenaje y alabanza a ella, dispuesta siempre a salvar en la hora de tribulación a los que la olvidan, y no bien se ven por la virtud sacados del apremio, la acusan de gazmoña y estorbosa y de importuna y excesiva, y le empiezan a roer los pies, y la derriban.

Los hombres gustan de ser guiados por los que abundan en sus propias faltas. Véase cómo se apegan con más ardor a las personalidades viciosas, brillantes, que a las personalidades puras, modestas. Solo en las épocas de crisis, el instintivo conocimiento del gran riesgo y de su incapacidad para librarse de él, les hace aceptar a los grandes honrados. La pureza, de que en lo general carecen, les irrita. En las faltas del que los gobierna, ven como la sanción de las suyas propias. Por una mentirijilla de la conciencia, creen que exculpándolos, se exculpan. Pues que sus pecados no estorbaron al gobernante para llegar a su alto puesto, no es tan malo el pecar, que el mundo condena y premia. Todos los que han pecado, tienen simpatía secreta por los pecadores. No hay como caer en error para aprender a

perdonarlo. Ni hay insolencia mayor que la de la virtud, que con su cara austera, sus vestidos humildes y sus manos blancas, va haciendo resaltar por la fuerza del contraste, las villanerías y mañas criminales de la gente, que cuando la virtud no está cerca no aparecen de tanta fealdad, como que, por tenerlas todos por igual, en nadie sobresalen: así es que, en cuanto la virtud asoma, los caminos se quedan sin piedras, porque todos dan sobre ella.

Para el poder, sobre todo, es mal camino la virtud. Los hombres no siguen sino a quien los sirve, ni dan ayuda, a no ser constreñidos, sino en cambio de la que reciben. La autoridad que por su condición de ciudadano en un pueblo de gobierno electoral, o de persona de influjo, reside en ellos, la regatean y escatiman mucho. Todo hombre es la semilla de un déspota; y no bien le cae en la mano un átomo de poder, ya le parece que tiene al lado al águila de Júpiter, y que es suya la totalidad de los orbes. Por eso en estos pueblos en que la autoridad reside, cuando no es en cada ciudadano, en cada capataz de ciudadanos, de que hay cuentos, el que aspira a ganar voluntades tiene que rebajar tanto la suya, que no se sabe cómo se pueda, con grandeza de alma, soportar las vergüenzas que acarrea la conquista del poder. El corazón honrado se revuelve a la vez contra los que humillan, para prestar su apoyo, y contra los que en espera de él se humillan.

Pero el que, cuando necesita del influjo de un capataz de votos, inquiere, antes de procurarlo, cuál es su pasión, para halagársela; o su precio, para pagárselo; o su vanidad, para acariciársela; o el puesto que apetece, para empeñárselo; el que, con mayor apego a sí que a su pueblo o al pueblo humano, afloja en la defensa de lo que mantiene, o lo abandona, o lo defiende con más brío, según acomode a aquellos de quienes ha menester para lograr el mando;—el que, sabedor de que la razón es de suyo, como que está convencida de su justicia, confiada y desdeñosa, y la preocupación impresionable y activa, opone a la razón de sus contendores cuanta preocupación, odio o cizaña encuentra a mano;—el que no ve en sus capacidades intelectuales una misión de abnegada tutela de las capacidades inferiores, sino un instrumento eficaz para perturbarlas y dirigir las en provecho propio;—el que usa para sí lo que no recibió de sí, y no pone en la humanidad, sino que la corrompe y confunde;—el que no ve a los hombres como hermanos en desgracia a quienes confortar y mejorar, aun a despecho suyo, sino zócalo para sus pies, sino batalla de orgullo y de destreza, sino la satisfacción de aventajar en ardid y fortuna a sus rivales;—el que no ve en la vida más que un mercado, y en los hombres

más que cerdos que cebar, necios a quienes burlar, y a lo sumo fieras que abatir;—el que del genio tiene lo catilinario, cesáreo y luz bélico, y no lo humanitario y expansivo;—el que, como lisonja suprema a los hombres, cae en sus faltas y se vanagloria de ellas,—ese tendrá siempre la casa llena de clientes, y entrará en los combates seguido de gran número de partidarios. Blaine es ese.

Ocupados los unos en fabricar riquezas; privados muchos, en la batalla por el pan del día, del bienestar que hubiera podido moverles a ver con celo por el buen gobierno que ha de conservárselo; y abandonados todos, por la sordidez que trae al ánimo esta vida precipitada, suntuaria y avariciosa; la política, aunque jamás desamparada de eminentes y pulcros servidores, fue aquí quedando por gran parte, en manos de los políticos ambiciosos, los empleados que les ayudan para obtener puestos o mantenerse en ellos, los capitalistas que a cambio de leyes favorables a sus empresas apoyan al partido que se las ofrece, los extranjeros que votan al consejo de sus intereses y pasiones, y los leales partidarios que, encariñados con las glorias pasadas o las ideas añejas, recuerdan solo la cosa pública, con consecuencia mal entendida, los días en que las elecciones les ofrecen oportunidad de ejercitar su autoridad y confirmar su fe.

Las grandes almas, modestas y vergonzosas de suyo, solo consienten en salir de sí cuando corren la humanidad o la patria un grave peligro, el cual afrontan con pasmoso desnudo, y con pecho ciclópeo, para volver después, ganada la batalla y asegurada la victoria, al dichoso rincón donde se goza de la aprobación interior y el cariño de algunas gentes buenas. Apenas hay para estas almas martirio mayor que el de confundirse necesariamente en la hora de la batalla con los logrereros, negociantes y fanáticos que, como la lepra a la piel sana, se pegan a las grandes ideas, y son a veces lo que se ve más de ellas. Magnífico fue el surgimiento de la gente honrada, cuando el Sur, exagerándose sus fuerzas y derechos, se mostró al fin decidido a apartar de la del Norte la fortuna de sus Estados esclavistas: y a la luz del cadalso de John Brown, apareció, cuál con la palabra, cuál con el bravo pecho, cuál con el don de toda su fortuna, aquel inagotable ejército del Norte.

Astros tienen los cielos, y la tierra: como un astro refulge el cadalso de John Brown. Jesús murió en la cruz, y este en la horca. Luego de muertos los hombres, vacíanse, sin carne y sin conciencia de su memoria, en la existencia universal: en remolinos suben; camino al Sol caminan; dichosamente bogan; mas si se hallaran los hombres después de muertos, que no han de hallarse, andarían de la mano Jesús y John Brown.

Tales se van poniendo los humanos, que como no tenga éxito común la vida de un apóstol, se avergüenzan de que se sepa que lo admiran, y el loarlos mismo viene a ser de mal gusto. ¡Pues al primer grupo de estrellas que se descubriese, bien pudieran llamarle John Brown!

Entonces, al peligro, acudió lo más granado de la gente del Norte; y el mejor de todos fue aquel zanquilargo, bolsicorto y labirraso de mirada profunda y ojos tristes; aquel que no vino de negociantes, pastores, ni patricios, sino de la Naturaleza y la amargura; aquel de vestir burdo y alma airosa, el buen Abe Lincoln. Ellos, en incontrastable exabrupto, no crearon solamente un partido, al organizar el republicano, sino que volvieron a crear la Nación. Fueron cruzadas nuevas, y Wendell Phillips su Pedro *el Ermitaño*. Se entraron por todas las ciudades. Asaltaron todas las plataformas. Hablaban desde un púlpito en las iglesias, desde un barril en las plazas, desde un caballo en los caminos. Ni una aldea sin prensa; ni un día sin peroración; ni una estancia sin su misionero. Cubrieron toda su tierra, y salieron de ella a conmovier a las ajenas. Así quedó el Partido Republicano establecido: como el mampuesto de la libertad humana.

Mas luego que venció el Norte, y quedó en el poder como símbolo de la Unión el partido formado para defenderla, y fuera del poder como causante del disturbio, el Partido Demócrata dominante en los Estados rebeldes, miró apenas la República, deslumbrada por la victoria y la colosal prosperidad que vino de ella, en los detalles de la cosa nacional, cuyo manejo juzgó premio oportuno de los que la habían salvado. Diose fervientemente el Norte a la elaboración de la riqueza. Cumplido su deber, fueron volviendo a sus hogares y quehaceres los hombres generosos que solo al gran peligro consintieron salir de su humildad. Quedó el Partido Republicano en manos de aquellos que, ya por cariño a sus victorias, ya por odio a sus enemigos, ya por temor de que resucitasen, ya por beneficio propio, tenían un interés más directo en mantenerlo organizado y poderoso. Y como la victoria pudre, comenzó inmediatamente después de ella la descomposición. El manifiesto de la libertad humana llegó a convertirse en una casa de agios.

¡Qué repartir, como canonjías, a hombres ineptos los puestos mejores! ¡Qué distribuir, en gastos confusos, los ingresos sobrantes! ¡Qué contratar a escandalosos precios, correos que no existían y buques que a la primera caldeada zozobaban! ¡Qué dar destinos, con perjuicios de los más dignos y probos, a los que tenían valedor de uno u otro sexo, o habían puesto manos serviciales en los manejos oscuros de las elecciones! ¡Qué acumular,

con promesas secretas y compromisos inmorales, sumas enormes en las campañas presidenciales para vencer a los demócratas! ¡Qué prometer a los empleados la permanencia en sus oficios, si ayudaban con su óbolo al fondo electoral, y por él al mantenimiento del partido en el gobierno! ¡Qué ir entregando, ley a ley, a los capitalistas y asociaciones poderosas, las tierras de la Nación, y hasta sus derechos, en pago, estipulado previamente, de los subsidios cuantiosos que para asegurarse en el poder recibía el partido de monopolios y bolsistas en horas apuradas! ¡Qué responder cínicamente, con acusarlos de amigos enmascarados de la rebelión, a las acusaciones de sus adversarios, y de la gente mejor de su propio partido, a quien el espectáculo de tan atrevida corrupción había forzado ya a salir de su silencio!—¿quién deja a la libertad sin vigilancia? ¿quién no sabe que por cada paloma que nace, nacen como tamaño de tres palomas de gusanos? En las elecciones ¡qué comprar los votos o cambiarlos en las urnas, o rebajarlos en las listas, cuando era menester! En las asambleas menores de los Estados que eligen los diputados a la Convención que ha de designar el candidato del partido a la Presidencia, ¡qué excluir, con anatema de traición, a los que se negaban a votar en el interés de los políticos de oficio!

En las Convenciones mismas, a la hora de elegir ya el candidato, ¡qué desdeñar a los prohombres de reputación acrisolada, por aquellos de reconocidas faltas, que merced a ellas mismas pudieran, con menos escrúpulos, asegurar en la elección, más votos, y en el poder, más empleos, y provechos! ¡Y qué venderse los diputados de la Convención a este o aquel postulante a la candidatura; bien por dinero, bien por la promesa de un buen puesto, en caso de triunfo!

Una tienda abierta, donde se mercadea por los rincones el honor, han venido a ser las convenciones, un tiempo gloriosas, en que los delegados del partido en cada estado se reúnen cada cuatro años a elegir su candidato para el primer empleo de la Nación. Toda una delegación se compraba con unos cuantos millares de pesos, así, como esta suerte de delegados para serlo, había comprado, siempre de mala manera, en la asamblea menor del estado, el nombramiento en virtud del cual podían luego en la convención nacional vender su voto. Y dinero para estas compras de delegaciones oscilantes, jamás faltaba, por haber tanta enorme corporación, y tanto atrevido empresario, interesado en el triunfo del candidato que, en recompensa de estos anticipos, ha prometido estar a su servicio. Así, como de un templo profanado, se retiraron de la última convención las gentes blancas del partido.

Pregonábase como calamidad nacional, y como el triunfo del Sur, la vuelta al poder del Partido Demócrata, con lo que se tenía segura la adhesión de los estados del Norte.

Por desamor a la publicidad, o por no aparecer en ella del brazo con los logreros, manteníanse apartados de los negocios públicos los hombres mejores, y por indiferencia los que no tenían especial interés en ellos. De manera que, seguros del triunfo y de la impunidad, puede decirse, de acuerdo con las declaraciones escritas y habladas de los republicanos más notables, que no había abuso público, violación, fraude, cohecho, rapiña, robo, que el Partido Republicano no cobijase o atentara.

En las elecciones, sustituían las papeletas democráticas por las republicanas, o aumentaban estas a su sabor, o falseaban los recuentos. En los estados, desaparecían en bolsas privadas los dineros dispuestos para atenciones públicas. En Washington, compraban los ministerios el apoyo de los representantes en ambas Cámaras con empleos y pensiones para sus recomendados: a cada senador y representante estaban reservados, para distribuir entre sus favorecidos, cierto número de empleos, «y en muchos casos» —dice el honrado MacVeagh, miembro que fue del gabinete de Garfield—«los hombres a quienes se reserva este privilegio, y las mujeres nombradas en virtud de él (que ya se sabe que en los Estados Unidos muchos empleados son mujeres), viven lejos de la protección y las trabas de sus hogares».

En la Secretaría de la Guerra, todo eran cajas rotas, y «cuentas dobles», y forrajes para caballerías imaginarias. En la de lo Interior, no podía entrarse sin tropezar con los agentes de la camarilla de pensiones, de fondos Indios, de Distribución de Terrenos, de cuyo valor, una vez concedidos a la camarilla, iba una buena parte en pago a los que habían asistido en asegurar la concesión. En la de Correos, al contratista encausado por percibir subsidio efectivo por servicios falsos, concedíansele nuevas contrataciones. En la de Hacienda, ladrón de billetes del tesoro llegó a haber tan poderoso que cuando uno de los secretarios quería indignado poner mano sobre él, otro Secretario había, cuando no más de uno, que abogaba por el ladrón, y lo salvaba. En la de lo Exterior ;no hubo toda una misión labrada, faz a faz de una guerra, en la esperanza de obtener el reconocimiento de una inmoral reclamación privada, pretexto, si no a ganancias viles o a protectorado inmerecido y abusivo, a dandismos y calaveradas diplomáticas, indignas de una nación honrada y grave?

Fuéronse, al fin, con tan grandes abusos, despertando la indignación y energía de los miembros más sanos y menos ostensibles del partido, y primero en los consejos privados, y luego, aún a la callada, en las luchas eleccionarias, y por fin abiertamente en la Convención que nombró a Blaine, y en la campaña en que fue vencido, publicaron su determinación de purificar su partido deshonorado, o apartarse de él. Los apellidaron fariseos, petimetres y traidores.

Con ocasión del nombramiento del candidato, y la lid electoral que le siguió, se acentuaron, y quedaron definidas las tendencias que en sigilo habían venido dividiendo al Partido Republicano, y ya antes, por haber de preceder en la feroz contienda humana alguna sangre a toda obra fructífera, habían venido a producir, exaltando un cerebro desatinado, la muerte de Garfield. Los bandos eran dos. Los unos mantenían descaradamente que, por encima de toda otra consideración, estaban el interés del partido y el beneficio de sus miembros; que la Unión era propiedad natural de los que la habían sacado en salvo; que al vencedor pertenecen los despojos de la victoria; que los empleos, concesiones y dignidades deben ir a pagar los servicios prestados para mantener en el poder al partido que los concede; que no es censurable, sino lícito, coleccionar de los empleados públicos, pagados con dinero aprontado por toda la Nación, sumas destinadas a mantener en el Gobierno a uno de los partidos que se disputan su gobierno, y en cambio de este auxilio queda obligado a mantener en sus destinos a los contribuyentes, convertidos en sus cómplices, y a proteger o disimular sus abusos. Los otros, hijos en espíritu de los monumentales fundadores de la República, tachaban ese programa de abominable y vicioso; y si bien dispuestos a conservar viva la organización republicana, como símbolo aún necesario de la Unión ayer amenazada, como partido moderador y principalmente doméstico, como represor juicioso de la excesiva influencia seccional y extranjera que parece notarse en el Partido Demócrata, compuesto en gran parte de los electores del Sur y de muchos de Irlanda y Alemania,—preferían, sin embargo, la disgregación temporal, si no definitiva, del partido, o la fusión tal vez de la mejor parte de él con la más elevada y doctrinal de los demócratas, a contribuir con su complicidad al mantenimiento del Gobierno de la Nación en manos de una agresiva caterva de logreros tenaces.

¿Cuál era la nuez de este poder colosal; la clave de esta máquina enorme; la valla puesta a los mejores esfuerzos de la gente sana del partido; el obstáculo a toda tentativa de su moralización y reforma, sino la facultad

de distribuir entre sus auxiliares los empleos y propiedades públicas? ¿Qué agentes más perspicaces y celosos puede tener un partido que aquellos que le deben su subsistencia, y que sin él, habituados ya al bienestar fácil, y la holganza, se verían reducidos a la desconsideración y la miseria? Eran, pues, los propagandistas y servidores del partido, no sus secuaces sinceros que, como que se dan sin paga, gustan de hacer sentir su influjo, sino aquellos otros dependientes de él para subsistir y medrar, y a quien altos ejemplos y el deseo de sostenerse en plácida fortuna incitaban para lograr influjo con que servir a su partido en la época electoral, a las complicidades y dispensaciones ilícitas que permite el ejercicio de una autoridad benévolamente vigilada.

Tardó mucho en parar mientes en esta corrupción la mayoría del país descuidado. A la masa común, y aun a la entendida, parecía peligroso devolver el gobierno a los demócratas, en cuyos consejos se suponía aún predominante el espíritu del Sur. Y como a la guerra, bajo los republicanos que la ganaron, había sucedido prosperidad casi maravillosa, patriotismo e interés se juntaron para mantener la confianza en el partido vencedor, que a pesar de sus desaciertos y abusos, resultaba acreditado por la abundancia de las cosechas, la cuantía de las sumas que entraban en el país en retorno de ellas, y la aplicación de esta riqueza sobrante a la creación de industrias que parecían prósperas, porque aún era bastante a consumir sus manufacturas el mercado doméstico, al que el exceso de lo que exportaba sobre [lo] que importaba permitía pagar sin gran quebranto el precio inmoderado a que por el alto derecho de introducción de los artículos europeos, se vendían los productos rivales americanos.

En pos de la enorme guerra vino la enorme confianza, y la riqueza que ciega y arrebató, y lo atrae todo a sí en el afán de gozarla y el miedo de perderla; de lo que, mientras a sus extraordinarias empresas se daba con verdadero frenesí el país deslumbrado, se aprovecharon las aves de rapiña para anidar en el árbol nacional, hasta que al fin fue innegable y visible que la larga permanencia en el poder de hombres que a su sombra habían perdido ya la costumbre, y la capacidad acaso, de más honroso modo de vivir: la seguridad de una constante victoria; la práctica de emplear los dineros nacionales en sus gastos de partido; la intimidad con negociantes que, hacen pagar caro los servicios que prestan, habían, a la vez que pervertido sus móviles, hecho insolente y descarado al partido gobernante, que con prácticas, cuando no con leyes, venía cercenando al país los medios de sacudírselo y reemplazarlo por sus opositores: por

lo cual, en cuanto sintió el país el yugo sobre el cuello, lo echó, de un solo vuelco, abajo.

Se vio que, envalentonado con su predominio, no atendía el Partido Republicano a calmar el desasosiego que la exuberancia de productos invendibles y el exceso de población desocupada comenzaban a causar con sobrada justicia. Se vio que para poder continuar repartiendo entre sus favorecidos el sobrante recaudado innecesariamente por derechos de importación, se resistía a rebajar estos, so pretexto de proteger las industrias nacionales, que de esta protección están muriendo; como que en verdad no se hacía más que encarecer el costo de vida de una población ya afligida por la falta de empleo, originada forzosamente en la producción excesiva de artículos que por su abundancia y precio subido no hallan compradores en la Nación abastecida y alarmada, ni fuera de ella pueden competir con artículos mejores fabricados a menos precio en tierras más baratas. Se vio que con el apoyo desvergonzado de legisladores venales, tendían las leyes a concentrar, así como el poder, la riqueza, con pérdida creciente de la independencia de los Estados, y la de los ciudadanos, y con merma de las posibilidades de emprender, que los monopolios absorben, y sin cuya esperanza se descontentan y rebelan los trabajadores útiles. Se vio que con la liga entre los empleados y el gobierno, y la aplicación de los caudales de la República a los gastos privados de uno de sus bandos políticos, se iba a hacer a la larga imposible arrancar la autoridad a un partido cuyos abusos y arrogancia provocaban la condenación de sus prohombres, y cuyos errores económicos, continuados en favor de notorios intereses, han traído al país, favoreciendo engañosamente el mantenimiento de industrias artificiales, a una crisis latente y angustiosa, que todo lo paraliza y alarma, y de la que solo podrá reponerse la Nación por su producción agrícola, ayudada del abaratamiento de la vida en virtud de una tarifa más racional y llevadera, y de la reducción de la producción industrial a la de aquellos artefactos que sin ficción arancelaria pueden fabricar los Estados Unidos con posibilidad de vencer en la competencia a sus rivales extranjeros.—Tierra, cuanta haya debe cultivarse: y con varios cultivos,—jamás con uno solo. Industrias, nada más que las naturales y directas.

No bien comenzó la Nación a sufrir por la depresión de su comercio, investigó sus causas, y las halló en gran parte en el parcial y desenfadado manejo de los negocios públicos. La Nación era un festín, y los republicanos, gordos y lucidos, estaban perpetuamente sentados a la mesa. Las heridas políticas, como las del cuerpo, de sí mismas se curan, sin más que

cuidar de no envenenarlas o reabrir las; y así como la carne crece, y acerca con un tejido nuevo los bordes abiertos, así de los males excesivos brota, como su fruto natural, el remedio. Las leyes de la política son idénticas a las leyes de la naturaleza. Igual es el Universo moral al Universo material. Lo que es ley en el curso de un astro por el espacio, es ley en el desenvolvimiento de una idea por el cerebro. Todo es idéntico.—Cuando parecía, por el apetito de riqueza fuera del gobierno, y la inmoralidad dentro de él, podrida en la médula, y como sin cura posible, la nación; cuando en su aplicación veíanse corrompidas como en los países viejos, las instituciones políticas, y la naturaleza humana; cuando a vuelta de un siglo, toda era polvo la peluca de Washington, y polilla la chupa de Franklin y lepra todo Jefferson; cuando eran de ver, en el espíritu del gobierno, la usurpación y el desenfado, y el ímpetu de arremeter, so manto de Libertad, contra la esencia de ella en el país y fuera de él,—y en el país eran de ver la misma empleomanía, preocupaciones e imprevisión que desfiguran a pueblos de cima menos afortunada y grandiosa,—surgió, como por magia, en cada lengua un remedio, se levantó, como contra la esclavitud, en cada púlpito un apóstol; se ensañaron con brío juvenil, los honrados ancianos; relucieron aquellas mismas lanzas de la cruzada abolicionista; salieron de su silencio los pensadores vigilantes, que son, como la médula del cuerpo humano, la esencia escondida de los pueblos; y la República se mostró superior a su peligro.

¡Así sea para los males de orden mayor que se están comiendo el espíritu nacional, nacidos todos ellos, como las ramas de una semilla, del culto exclusivo a la riqueza! Se llenó el país de reformadores. Y la campaña que empezó en las elecciones de ciudad por despojar a los traficantes de votos del poder, poco antes omnímodo, de elegir a su sabor los municipios, creció, más aprisa que la nieve que rueda, y en tres años ha venido a parar en arrancar a los traficantes, organizados de modo formidable, el absoluto y descarado dominio con que venían imponiendo su voluntad en las mismas elecciones presidenciales sobre la unánime de la Nación y sus necesidades más urgentes.

A las raíces del mal se está yendo, se ha visto de donde el mal proviene. En las raíces se le está atacando. Así, de tiempo en tiempo, precisa purgar el campo de gusanos y yerbas.

Tímido primero, y luego más enérgico de verse desairado, empezó a alzarse entre los republicanos un clamor de reforma,—en la manera de nombrar los empleados, en los trabajos electorales y la recaudación de

fondos para ellos, en la distribución fraudulenta del sobrante del Tesoro, en los derechos de importación que, con ser más que lo que el gobierno requiere para sus expensas, mantenían en apetito activo a las traíllas de logreros congregados en Washington para distribuirse el exceso, estimulaban la producción de artículos imperfectos, invendibles en el interior e inexportables, y hacían cada día más escaso el trabajo, más cara la existencia, y más sombrío el problema público. Enfrente de los demócratas al principio, cerca de ellos más tarde, y a su lado al fin, se unieron los republicanos honrados a la demanda de reforma, cuando no la originaron y consiguieron con más energía que los demócratas mismos, como en la ley que establece la elección de empleados menores en certamen público, y su promoción por mérito. Y como trocar el sistema de empleos, era descabezar la organización republicana, ahí culminó y por ahí se convirtió en guerra mortal, el desacuerdo referido, entre los republicanos que mantenían la urgencia de reformar la tarifa, purificar la administración, y estorbar con un buen sistema de empleos la complicidad del Gobierno y los funcionarios públicos en la preservación violenta e indebida del poder, y aquellos otros republicanos más influyentes en el partido y numerosos que, ayudados de los capitalistas cuyas empresas favorecen, originan su influjo y bienestar, y los mantienen en el ejercicio de su privilegio de distribuir empleos entre sus amigos y auxiliares.

¿De quién había de ser el triunfo en la convención de los delegados del partido, escogidos entre los que subsisten de su favor por los que lo comparten o lo esperan, sino de los que reparten los beneficios? De esta, secundado por los capitalistas, era Blaine el capitán; Blaine, que llama a la gente familiar por su nombre de pila, y a los Josés «Pepotes», y a los Migueles «Miquis», y «Tomasetes» y «Juanillos» a los Tomases y a los Juanes, lo que deja a estas gentes gansescas muy llenas de halago; Blaine, que con el rufián habla en su jerga, y con el irlandés contra Inglaterra, y con el inglés contra Irlanda, y fue el que quiso sujetar en hipoteca al Perú, bajo la garantía y poder americanos al pago del reclamo de un aventurero con quien andaba en tomares y decires y por cuyos intereses velaba con tal celo que convirtió al Ministro de los Estados Unidos, muerto después del bochorno, en agente privado del reclamo, que abusaba del gran nombre de su pueblo para que los beligerantes reconociesen la impura obligación, Blaine, móvil e indómito, perspicacísimo y temible, nunca grande; Blaine, acusado con pruebas y con su propia confesión escrita, de haber empleado espontánea e intencionalmente, en anticipo de una

recompensa en acciones, su autoridad como Presidente de la Casa de Representantes para que se votara una ley que favorecía indebidamente los intereses de un ferrocarril en que ya tenía, por servicio no menos, una buena parte;—Blaine, que no hablaba de poner orden en su casa, sino, de entrarse por las ajenas, a buscar, so pretexto de tratados de comercio y paz, los caudales de que los errores económicos del Partido Republicano han comenzado a privar a la nación;—Blaine, mercadeable, que a semejanza de sí propio,— en el mercado de hombres compra y vende. Tal Convención eligió a tal candidato. Blaine fue el electo. Por debajo de las banderas alquiladas, y de entre los delegados vendidos que habían ayudado al triunfo, salieron, llenos de rubor y de ira, los que con una generosa esperanza habían acudido a la Convención para ver de nombrar a un hombre honrado.

Había venido entretanto, criándose para la victoria, a la que son buenos pechos los desastres, el Partido Demócrata. Coincidiendo, en apariencia en toda cuestión grave, y aún en sus mismas divisiones interiores, con el Partido Republicano, no puede, sin embargo, desconocerse que lleva en sí poderosísima esencia y algo como la médula de la República el partido que quedó en pie después de haber abierto el camino a los rebeldes, dándoles eminentes defensores, y continuando luego la guerra con el voto cerrado de los enemigos de la Unión.

Mas los federalistas, que eran como los republicanos de ahora, se habían diseminado: los republicanos triunfantes no traían cuerpo esencial de doctrina, sino la misión accidental y temporal de mantener sujeta la Unión para cuya defensa habían nacido; y el Partido Demócrata quedó vivo, como partido de oposición, que con serlo tiene ya condiciones legítimas y útiles de existencia, como el último símbolo, y la semilla de derecho, de la doctrina de los estados rebeldes que por medio de él únicamente se manifestaban,—y, enfrente de un partido transitorio e infantil, como la urna de madera noble, hollada por los fusiles, roída por los gusanos, quemada por la pólvora, que guarda el aroma de aquellas colosales flores de justicia, radiosos pensamientos, con que este pueblo apareció a la vida. Aquella gran familia de estados, que tuvo, como toda casa joven, sus desconocimientos y turbulencias, mas que se asentó luego con el respeto y puntillosa cortesía de los hogares puritanos; aquella sustanciosa y fundamental elocuencia, novedad absoluta y reflorecimiento de la mente humana, cuyos radiantes párrafos parecen pabellones de victoria, y a la que se asoma el espíritu reconocido como a la mano de un padre, o como

a un nuevo mar; aquella generosa épica, que en su día aparecerá, cuando la lejanía permita verla proporcionalmente, no abatiendo hombres, sino tallándolos; no tinta en sangre por una moza liviana, como la épica de los peluquines clásicos, sino de las ruinas del hombre, que salió mal hecho la primera vez, recomponiendo a la criatura humana, y quitándole las bridas, y coronándolo de luz; aquel espíritu, aquella letra, aquella revelación del tiempo heroico del pueblo americano, perpetúanse, como tradiciones de familia que han solido ser abandonadas en el canoso Partido Demócrata, favorecido con el sutil prestigio de la leyenda y de la buena casa. Imponen, esas acumulaciones de virtud. Los hombres, que apedrean la virtud, saben que necesitan de ella para salvarse.

Ve la gente, en la posteridad de los personajes ilustres, como la sombra de los grandes hombres. Y los pueblos, así como los hijos, aman más a sus padres después de muertos. Luego que cesó la guerra, y empezaron a brillar los mercenarios que ella sacó a flote, con la insolencia y ruidos propios de la gente advenediza, los ojos se volvían como a un descanso, a aquel viejo partido, arrinconado y expulsado, que purgaba en la pobreza su fausto y sus yerros; pero en el cual, más que en los atrevidos soldados triunfantes, vivía, con su traje de terciopelo negro y sus zapatos de hebilla de plata, el espíritu de la República.

Demócrata había sido el Sur antes de la guerra; y vencido en su tentativa de crear nación propia, mantúvose afiliado al partido que a sus contemplaciones con el Sur, tanto como a una corrupción administrativa, no menor que la de los republicanos de hoy, debió su salida del poder, punto menos que ignominiosa.

Y como considerable número de demócratas del Norte habían servido con lealtad la causa de la Unión, no les dañó grandemente que los estados rebeldes les continuasen afiliados, sino antes bien les dio la formidable masa de votantes que para equilibrar la de los republicanos, dueños de todo el Norte, necesitaban, mientras que la adhesión del Sur se explicaba como el natural apoyo de estados oprimidos al partido que mantenía la obligación nacional de respetar, como caudal ajeno, los derechos reconocidos por la Constitución a los Estados. Señores del Norte eran los republicanos; y del Sur, los demócratas. Más poblado estaba el Norte que el Sur, pero esta merma de población la reparaban los demócratas con sus partidarios del Norte numerosos. El combate, pues, comenzó a ser reñido desde las primeras elecciones y a pico cerrado. Con un poco que aflojasen los republicanos, con un poco que los demócratas creciesen, la victoria podía cambiar de lado.

Para un cambio en el gobierno, no se necesitaba un vuelco redondo de la opinión nacional, sino una oscilación ligera. Quedaba, para los demócratas, reducida la contienda a aguardar los yerros de los republicanos, a esperar a que se apaciguase la desconfianza que de ellos se tenía por su arraigo en los estados rebeldes, a presentar en las grandes cuestiones nacionales un programa más seguro y conforme a las tradiciones, que el de los republicanos. Todo lo cual dejaron de hacer cegados por intereses locales, durante largos tiempos. Y el poder les viene hoy, no de sí mismos, ni de ninguna especial virtud de la idea democrática, sino de la confianza que, a pesar de su partido, inspira Cleveland, por independiente y honrado, en un momento de corrupción gubernamental y alarma pública, en que la independencia y honradez hacen gran falta.

Aseguradas las libertades esenciales, sin cuyo completo goce no está justificada la paz en ningún pueblo honrado; anonadada la intentona de separación que puso a la vez en peligro la eficacia de la República como forma de gobierno, y la existencia de la unión nacional; creados, en consecuencia de la población, confianzas y créditos que trajo la guerra, intereses enormes,—los problemas que a la guerra siguieron, salvo el de las franquicias del Sur, que los republicanos cercenaban y amparaban los demócratas, fueron, más que políticos, económicos. Y el de importancia mayor, y el único con el que uno de los dos partidos hubiera podido presentar batalla, era el problema del librecambio, que a cada elección parecía venir a ser el caso de combate, pero del que, como del escollo en que ha de zozobrase, huían con igual tenacidad ambos partidos.

El librecambio, que solo impide el desarrollo de las industrias ficticias, y asegura baratez a la vida general, base firme a la riqueza y al comercio, y la paz, que de esto viene, a la Nación, se hacía cada vez menos fácil en los Estados Unidos, por haberse creado, al abrigo de un sistema engañoso, numerosas industrias violentas que ocupaban a centenares de miles de obreros, a los que humanidad y prudencia aconsejan no dejar súbitamente sin oficio.

No son en los Estados Unidos partidos de clases diversas los dos que se disputan el gobierno. Fabricantes y obreros hay con los demócratas; fabricantes y obreros hay con los republicanos. Por sus notables principistas y abnegados servidores de la cosa pública sobresalen los demócratas, pero muchos de ellos, como Cox, son hombres acaudalados; como Hewitt, grandes manufactureros.

Y manufactureros y operarios, tanto de un bando como de otro, son, según sus alcances intelectuales y la independencia de sus industrias, librecambistas o proteccionistas. De modo que esta no pudo ser línea divisoria entre las organizaciones rivales. Poderosa ala librecambista tiene el Partido Demócrata: más poderosa acaso la tiene el Republicano: y cuando una u otra de estas dos opiniones contendientes en el seno de cada partido ha querido extremarse y declararse como dogma de él, la opinión rival se le ha opuesto con tanta energía que la tentativa ha sido abandonada, porque de seguro abría en dos el partido, que para sus demás fines necesitaba conservar la Unión.

En economía, pues, uno y otro partido andaban igualmente vacilantes. En religión, fuera de estar siendo socavados ambos, como por el diente de una nutria, por la Iglesia católica, tan dividido en protestantes y católicos está el uno como el otro. En política, sí que los divide, aun sin saberlo ellos, el diferente concepto de la nación y su gobierno; pues los republicanos, que vinieron de la guerra, trajeron a la conducción de los negocios públicos los desembarazos y acometimientos de los vencedores, y en su política fueron de notar siempre, como pecho veloso que no alcanza a esconder la pechera bruñida, las cualidades del combate: el botín y la violencia; mientras que los demócratas, que de viejo guardan la leyenda republicana, miraban de mal grado a la muchedumbre violenta y novedosa, amiga de mandos imperiales y de pompas, y de excursiones por tierras ajenas, que, porque había salvado de un peligro a la nación, se creía autorizada a prescindir y blasfemar de su espíritu:—por lo cual, aunque descontentos de mucho inmigrante burdo que a la prédica de las libertades les seguía, íbanse del lado demócrata los guardadores de la República: los enemigos del soldado.

Pero como unos y otros, aparte de esta distinción (no visible sino a las miradas penetrantes) donde gobernaban, gobernaban con iguales abusos, por ser ambos tajos de un mismo pueblo; como en ninguna cuestión capital se diferenciaban, sino que se dividían de igual manera; como que, el único problema imponente, a no ser el de la corrupción electoral y administrativa, era ese del sistema económico que la exuberancia de la producción y dificultad del comercio venían cerrando, en él parecían haber de parar al fin ambos partidos, e irse de un lado los librecambistas, republicanos y demócratas, y de otro, los proteccionistas de ambos bandos.

Mas los pueblos ricos, conservadores de suyo, solo aceptan en casos extremos las soluciones radicales, y ven todo cambio con horror secreto.

De modo que como, a la vez que estas penurias económicas, cuyo remedio ha de ser a la fuerza violento y costoso, había disgusto de la arrogancia republicana, pruebas de su imprudencia en el manejo de los caudales del Erario, y miedos de que la libertad electoral, ya muy desfigurada por los que han hecho negocio de la política, quedase definitivamente en sus manos, por ahí se han manifestado primero, por no costar ahí nada el cambio, las inquietudes y cóleras del país descontento.

Y esto, no por sacudimiento de la masa votante, que solo se estremece cuando el hierro le entra en las carnes, o el lobo le aúlla a la puerta; sino por la briosa arremetida de la gente pensadora, que apenas vio cierto el peligro de la República, saltó a la plataforma, peroró desde los ferrocarriles, propagó por toda la nación la alarma, enfiló sus soldados en las cajas de imprimir, y en el borde de una navaja ganó la contienda. Mas lo curioso es que la victoria de los demócratas la han ganado los republicanos.

En la nación venían gobernando los republicanos; pero en algunos Estados los demócratas; y en New York, donde la opinión fluctúa, con inclinaciones democráticas, unos y otros, con lo que se tenía ocasión de ver que los de la oposición no eran más escrupulosos que los del gobierno en el modo de reclutar partidarios y premiarlos. New York principalmente estaba como roída por una caterva de hombres lustrosos y obesos, consagrados, con gran provecho, a mantener subordinado el voto de la ciudad a los intereses de una añeja corporación democrática. Tammany Hall, que como por la distribución de empleos pequeños y el avivamiento de las pasiones irlandesas, disponía del voto de la ciudad que es más importante que el del resto del estado y decide de él, no solo imponía sus candidatos al partido, sino que, por lo que New York pesa en los negocios nacionales, y por no poder haber ahora presidente sin el voto de New York, no podía aparecer candidato democrático a la presidencia a menos que no consintiese de antemano en servir los intereses de Tammany Hall. Y los candidatos que sacaba electos, sabíase ya que entraban a sus oficios obligados a repartir puestos y ganancias con los miembros de la asociación: de estos empleos mayores obtenía los menores con que tenía sujetos a los votantes, que en cambio de ellos le daban el poder necesario para imponer condiciones a los que deseaban ser electos, o sacar por sobre sus contendientes a los que la asociación deseaba elegir.

Era Tammany Hall, con ser demócrata, tipo acabado, por lo que aquí lo describimos a la carga, de ese sistema de capataces, de caciques, de gamonales del voto que,—con no admitir en las listas de las asociaciones

de barrio del partido sino a los que acataban sus voluntades, tenía sujeto por la raíz el voto público. Al fin, los no admitidos, que por indiferencia o respetos, venían viendo en silencio este abuso, se levantaron, y votaron. La revuelta fue en el campo republicano. Se levantaron los votantes ultrajados contra el *boss*, el cabecilla, el gamonal. Se levantó primero Brooklyn, hogar de la Iglesia protestante, que guarda a pesar de sus estrecheces—¿por qué no decirlo?—la semilla de la libertad humana.—¡Ah Holanda!—¡Ah Guillermo de Orange! ¡Ah, sembradores! vuestra mano, penetrante como una consagración—se ve aún sobre el hombro de estos reivindicadores de la limpieza de sufragio.

Sacasteis a la mejilla, mejor que nadie en Inglaterra y en Francia, la dignidad humana, que ya no se irá jamás del rostro. Fue Brooklyn la primera en rebelarse contra el *boss*, que en Tammany Hall tenía su representación más acabada. Y eligió a su *Mayor*, un joven honrado y rico, contra la oposición de los capataces del voto en Brooklyn. Y como el mal era nacional, por la Nación se esparció el contento y por los electores el crecimiento de fuerza que da la victoria. Y luego por sobre el *boss* eligió el Estado a su gobernador. Y al fin sobre el *boss*, tipificado en Blaine, eligió la Nación su Presidente.

El canevá de toda aquella urdimbre electoral, el huevo de toda aquella vileza, era la repartición de los empleos públicos. Los que «trabajaban» por el triunfo de un partido, se proclamaban con derecho exclusivo a que este los recompensase con los destinos de la Nación, así como los que de alguna manera contribuían a la victoria, y sin influjo o pecunia hinchaban el voto, creíanse con naturales títulos a las concesiones y preferencias que están en mano de los administradores de negocios públicos; de lo que deriva que el electo a un puesto no fuese en él, como que sin aquellos votos interesados no hubiera podido alcanzarlo, más que el cómplice y servidor expreso de estos intereses; vendida como se ve estaba la Nación, a los traficantes activos de la política, que por el alejamiento de las urnas de los votantes desinteresados o entrabados por miramientos de partidarios o tibios, dominaban sin contrapeso en las deliberaciones de ambos bandos. Porque donde llegaba al gobierno el demócrata, como que subía por la misma tortuosa escala, quedaba sujeto a iguales compromisos. El gobierno tiene puestos que dar, y abusos que permitir, y contratos que autorizar; y los trabajadores lo eran por la golosina de los puestos, y los que los ayudaban, por la de las contratas y permisos. Lo que a los buenos republicanos indignaba,

indignaba también a los buenos demócratas. Y así vinieron a juntarse, en la saludable revuelta, unos y otros.

Porque aquella misma diferencia en el partido dominante entre los republicanos de sangre entera, que mantenían en todos sus extremos la política gamonal, de disciplina, acometimiento y despojos, de subserviencia de sus adversarios, de befa y estrago de los pueblos débiles, de gobierno de conquista en conquista en lo interior y lo exterior, —y los republicanos de media sangre, que querían mayor respeto a la voluntad nacional, menos alarde en las relaciones extranjeras, más pureza en las elecciones y distribución de empleos, más libertad para los miembros del partido,—existía, por causas iguales y con equivalente encono entre los demócratas. No se habla aquí del Sur, cuya simbólica democracia anda dividida por causas locales relacionadas con la guerra; sino del Norte, y de New York en especial, donde se extremó el mal y ha comenzado la cura.

«Borbones» se llaman entre los demócratas los viejos, los que gobernaban antes de la guerra, los que siguiendo el ejemplo inicial de los tiempos de ardiente contienda no concebían que bajo una administración hubiese empleado alguno que no compartiera sus miras políticas, los que en el gobierno contrajeron los vicios que de él nacen y han corrompido a los republicanos, los que más para los demócratas que para la Nación querían su vuelta a la gobernación pública, los que están a las tradiciones, y no a los tiempos. Mas en estos veinte años, mucha persona de buen pensar, mucho guardián de las libertades públicas, mucha gente moza a quien sacaba al rostro los colores la soberbia republicana, mucho elector del Norte que veía riesgos de guerra o tiranía en la tendencia del Partido Republicano a reunir en el poder federal las autoridades que pertenecen a los estados y garantizan el equilibrio y renovamiento indispensable a la existencia de esta nación vasta y numerosa, habían venido afiliándose, como al único partido combatiente fuera del que ocupaba el gobierno, al bando democrático, y creando dentro de él como tejidos nuevos, libres de la polilla que cernía la mente preocupada y los casaquines de seda de los empolvados «Borbones». Ni celos del Norte, ni invasiones a México, ni intolerancias mezquinas, ni explotación del gobierno en beneficio de los partidarios. Enfrente de los males creados por el partido republicano, y por el disgusto de ellos, había formado bandera esta gente nueva bajo los demócratas, de modo que no batallaban como los «Borbones» para recobrar su influjo y aprovecharlo bien, sino para destruir los abusos republicanos, para estancar en lo posible

la sed inmoral de puestos públicos; para establecer las organizaciones del partido de manera que todos sus miembros pudiesen expresar y realizar en él sus voluntades libremente; para reformar las elecciones de modo que los funcionarios no fuesen los meros ejecutores de las imposiciones de las camarillas que le aseguraban el nombramiento; para aliviar de cargas innecesarias la importación de artículos y la vida general, sin comprometer de súbito la suerte de las industrias establecidas; para sacar de sobre las arcas del Tesoro a los explotadores que las cubren. Y contra estos demócratas nuevos, claman los trabajadores por empleos, los negociantes que los auxilian y dirigen, y los «Borbones».

Los «Borbones» son disciplinarios y quieren el mando como cuna propia, de que nada se debe a los que no sean miembros del partido, en lo que son como los republicanos de sangre entera. Y los demócratas menos miran el gobierno como la manera de afirmar el beneficio propio sirviendo con imparcialidad los intereses generales de la nación, y no creen que sea el gobierno una granja de los miembros del partido triunfante, donde pueden coger hasta la fruta, y rapacear a su placer, sino un depósito, en lo que se parecen a los republicanos de media sangre. Venían, por tanto, con semejante espíritu, hablando dentro de su partido con enemigos iguales, y acercados por natural simpatía, los mejores entre los republicanos y los mejores entre los demócratas. Tímidamente primero, y como en un ensayo, se unieron en Buffalo para la elección de corregidor de la ciudad a Cleveland. Ya con más franqueza, aunque sin confesión pública, juntaron de nuevo fortuna para elegir, siempre a Cleveland, gobernador del estado de New York. Por fin, abiertamente, y en notoria rebeldía, salieron de la Convención republicana muchos de los delegados más ilustres, decididos a apoyar; como apoyaron, al candidato de los demócratas, si en vista de este apoyo, el candidato fuese como fue siempre, Grover Cleveland.

Porque tuvo el Partido Demócrata la fortuna de que apareciese en él el reformador que los tiempos requerían, duro como un mazo, sano como una manzana, independiente como un cinocéfalo. No usa pompas en el lenguaje, ni en la vida. Cuando pasa un bribón, dice: «Ese». Cuando le piden que haga lo que no debe, dice: «No». Cuando le representan que un acto de justicia podrá dañar su adelanto personal o el de su partido, dice: «Es justo». Y como el país tiene ahora miedo de que los abusadores le sequen sus caudales, más aún que de que los «trabajadores» le vicien sus libertades políticas, se han dado todos a apoyar a este hombre sencillo, que se ha puesto sin miedo a la limpia de los bribones y la vigilancia de las arcas.

Con el auxilio de los republicanos tan puros, y contra el sentimiento borbónico de su partido, fue electo Cleveland al corregimiento de la ciudad de Buffalo, para que la gobernase con imparcialidad e independencia. Con tal entereza condujo los negocios de la ciudad, y ganó por ello tal fama, que el elemento joven del partido demócrata lo sacó triunfante sobre los «Borbones» corridos, como candidato al gobierno del Estado de New York, a cuyo puesto subió en hombros de demócratas y republicanos que lo ayudaron, ya con su abstención, por no complacerles el candidato de su partido, ya con su voto silencioso. Y como Cleveland en su difícilísimo puesto mostró saber conciliar el agradecimiento a sus electores con sus deberes para con el estado, como no tenía que pagar por un empleo que no había solicitado; como que contra Tammany Hall, repleto de borbonismo, fue electo; y no cedió ni al deseo de atraerse más voluntades republicanas, ni a las amenazas de Tammany Hall; como gobernó con su partido sin faltar a sus deberes con la Nación, sino en ejemplo y provecho de ella, como en tiempos en que había clamor de honradez y fortaleza, subía la fama de Cleveland por fuerte y por honrado,—aconteció naturalmente que cuando con la designación de Blaine por la Convención republicana para la candidatura a la Presidencia culminó el desdén de los republicanos a la opinión nacional, y la indignación pública,—culminó de la otra parte, en la Convención Democrática, con floja e ineficaz oposición de los «Borbones», el anhelo de reformas en aquel que había demostrado que no tenía miedo para afrontarlas, ni exageración con que deslucirlas, ni debilidad en llevarlas a remate en Grover Cleveland.

Los republicanos disidentes, por considerar como un golpe en la mejilla la designación de Blaine, se organizaron en los Estados, se reunieron en junta pública, proclamaron su determinación de votar con los demócratas, y, contra gran parte de los demócratas mismos, los sacaron triunfantes.

Los más mordidos de borbonismo, los más vivaces partidarios de los demócratas viejos, los que no querían en el gobierno a la democracia joven, formada en los problemas actuales para salvar en ellos a la Nación, sino la de antaño, amiga e incondicional de sus secuaces y consagrada a su servicio; los capataces de votos, que llenará Tammany Hall, siempre por Cleveland tratados con severa firmeza, y sin aquella adulación a que los solicitantes de sufragio tienen acostumbrados a los de Tammany,—en masa se revolviéron contra Cleveland, y ya a la callada, ya a la faz, prescindieron de su voto, o se lo dieron a Blaine, que halló fáciles partidarios entre estos «Tomasetes» y estos «Miquis», y ayudados de ellos, en la gente de Irlanda,

con el anuncio, desmentido, sin embargo por su conducta anterior, de que, en defensa de los irlandeses iba a poner la mano, como en el de un perro de presa, sobre el cuello inglés.

Mucho puede Tammany Hall entre los electores de New York, y muy bien organizados los tiene. Muchos votos de Tammany Hall faltaron sin duda el día de elecciones, aunque en público, afectó decir que apoyaría a Cleveland, y luego ha ido a festejar su inauguración en Washington. Mucho irlandés votó por Blaine, aunque mucho alemán republicano hasta ahora, votó en cambio con la democracia. Pero las demás asociaciones democráticas de la ciudad de New York, a que, dado el equilibrio nacional de las fuerzas de los dos partidos, estaba la batalla presidencial reducida; y el comercio en masa, que llenaba las calles bajo la lluvia con procesiones y banderas; y los republicanos disidentes, que en plataforma, púlpito y prensa pelearon por Cleveland, con un ardor que entre los demócratas entibiaban mucho los «Borbones» airados, pudieron al fin, no sin grandísima dificultad, superar el voto de los republicanos disciplinados, y los tráfugas demócratas por poco más de un millón de papeletas en diez millones de votantes: ¡honradas papeletas, alas del derecho, que por encima de candidaturas censurables aunque previsoras, como la de Butler, o ineficaces, como la del Partido de Temperancia, o curiosas como la de la señora favorecida por las sociedades del sufragio femenino, han llevado al sencillo reformador a que la oree y purifique, a la Casa Blanca!

Así cayó el partido republicano del poder: así sube, y en esas dificultades queda en él, el elemento joven del partido demócrata. No tiene la virtud más enconados enemigos que los que la ven de cerca!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 9 y 10 de mayo de 1885.

Cartas de Martí

Los indios, los soldados y los agentes del gobierno en el territorio indio.—«El caballo de hierro» y el «gran padre».—Abusos de los agentes.—Cómo los trata Cleveland. Mozos y viejos.—Cleveland.—Cleveland y Grant.—Análisis de la política interior.—Continúa la batalla de los empleos.—Demócratas contra demócratas, y Vicepresidente contra Presidente.—No basta haber sido soldado para ser empleado.—Los empleos han de proveerse por oposición, conforme a la ley.—El gobierno mantiene su programa.

New York, agosto de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Sola y abandonada a su desdicha, acurrucada junto a sus caciques canosos, con los ojos puestos en sus *ponies* y en los pies los bordados mocasines, determinan las tribus indias, agasajadas por los emisarios de Cleveland, no mover la guerra a que les compelián el abuso y maldad de los agentes del gobierno en el territorio indígena. Porque no los miran, cual debieran los agentes, como a una raza rudimentaria y simpática, estancada en flor por el choque súbito con la acumulada civilización de los europeos de América; sino que los tienen como a bestias; y los odian; y se gozan en envilecerlos para alegar después que son viles. Ellos tienen sus sabios; sus grandes caudillos; sus diplomáticos cuerdos; ellos son como pájaros graciosos, irisado el plumaje, húmedos todavía del redañó de la naturaleza. Piden con moderación; sufren con paciencia; aconsejan con juicio; pelean con bravura. Pero acá *rum* y allá hambre, acá prisión y allá castigo, ¿cómo ha de acallar el indio el odio natural al que le robó su tierra so capa de contrato, y lo embrutece y denigra? Madrigueras son esas agencias. Las bondades del Congreso, que para los indios son grandes, no les llegan. Si son de cariño y miramiento,

jamás. Si de dinero o raciones, más de la mitad queda en las manos de los encargados de distribuirlos. Los viejos con su manto crestado y su rostro real, suelen montarse en «el caballo de hierro» y venir a exponer elocuentemente sus quejas al «gran padre». Y si «el gran padre» tarda en recibirlos, suelen ponerse en pie, mostrando descontento, y dar a entender que no les place la descortesía. Ahora se ha descubierto que los agentes habían forzado a los indios a alquilar, por precios nominales, sus mejores tierras de pasto a ganaderos del Oeste; habían respondido a sus quejas con privaciones del dinero y alimento que sus tratados con el gobierno les aseguraron; habían mermado sin vergüenza la ración de comida y vestido de los indios; habían cobrado al gobierno por años enteros, donde no había más que 2000 cheyenes, raciones para 4000 y todo como para ellos. Allí donde el agente es bueno, el indio es manso. El soldado, que pelea con ellos *pony* contra *pony* y los respeta como a enemigo, los trata cual siempre trata un combatiente a otro, aunque de bando opuesto. La muerte y el valor los fraternizan. El soldado trata al indio con cariño:—pues en astucia, en resistencia, en sobriedad, en atrevimiento, en decoro, ¿quién iguala al indio? Los civiles no: los civiles lo odian. Aceptan un puesto en la agencia, porque es pingüe, y ya se ve cómo un agente se come las raciones de dos mil indios: pero lo odia, por esa conciencia brutal de la espalda ancha, que mira con desdén la espalda estrecha; por esa insolente primacía de los rostros rosados, que se ofende de la vivacidad de la gente olivácea, y de su esbeltez y ligereza; y por la obligación misma de vivir entre los indios, los odian. Cleveland ha hecho llegar hasta los cheyenes, por detrás de los montes los soldados necesarios para impedir su revuelta, y frente a frente, con la mano tendida, la cordial voluntad de mantenerlos libres, bien racionados, sin contratos forzosos que les quiten sus pastos, con médico y con escuela. A un vil se le conoce en que abusa de los débiles. Los débiles deben ser como los locos eran para los griegos: sagrados.

Da prenda de infamia el hombre que se goza en abatir a otro. Tiene su aristocracia el espíritu: y la forman aquellos que se regocijan con el crecimiento y afirmación del hombre. El género humano no tiene más que una mejilla: ¡dondequiera que un hombre recibe un golpe en su mejilla todos los demás hombres lo reciben!

Quedan quietos ahora los cheyenes: los mozos quieren guerra, y acumulan mocasines viejos para dejarlos caer en su ruta en los casos de fuga, como si fueran por donde aparecen caídos los mocasines, y así despistar a

los rastreadores; pero estos tienen olfato de moloso, y los viejos saben que el indio será vencido, porque no puede el pino joven de la selva sujetar a los vientos furiosos que vienen vociferando por el aire y escribiendo en el cielo con relámpagos.

¡Fuérale tan fácil a Cleveland reducir a los peticionarios de empleos como a los indios! Cleveland viene a New York con todo su gabinete, al entierro de Grant. Como si le sangrara su propio corazón, escribió Cleveland un admirable pésame a la familia del jefe temido por los republicanos. Todo lo ha hecho en su honor: interrumpe sus trabajos; hace día nacional el de los funerales; pone a las órdenes de la viuda, para las exequias de su esposo, las arcas y los soldados de la Nación; nombra para llevar las cintas del féretro a los capitanes valerosos que con los ríos al cuello o la maleza al petral de los caballos embistieron a las órdenes de Grant contra las fortalezas enemigas, y le trajeron su bandera; y a los que la defendieron de Grant y de sus capitanes con grandiosa e infortunada bravura. La primera victoria de Grant fue contra Buckner en Fort Donelson: lo expulsó, lo puso en fuga, lo aniquiló: Buckner llevará una cinta en los funerales de Grant. Johnston, solo a Lee cedía en talentos, y con él mantuvo invencible, hasta que Grant lo atacó, el ejército rebelde del Potomac: Johnston llevará otra cinta. Y Cleveland, a quien el Sur entero alaba, y la gente desinteresada toda encomia, irá en el séquito, con su paso sencillo de hombre honrado.

Pero no bien quede puesto en la tierra el jefe nacional, con cuyo triunfal entierro ha decidido la nación dar memorable fe de sí, se reanuda la campaña interna del Partido democrático, ni aun por los funerales de Grant enteramente interrumpida. La vieja democracia quiere puestos; por ofrecerlos se han mantenido en la prohombría muchos de los dignatarios del partido: temen bajar de ella si no pueden darlos: y los defienden. Otros lo hacen por saña; y habituados a las vociferaciones de partido, no entienden cómo es necesario para salvar la República amenazada, purificar el sufragio en que se funda, acá donde la República es verdadera, y donde el apetito de los empleos había engendrado unas despóticas organizaciones políticas que acaparaban la iniciativa y acción de los partidos sin más objeto que llevar al triunfo candidatos comprometidos a dividir con sus encumbradores los beneficios de la victoria.

«¿Pues por qué trabajarán, ni con qué estímulo, los demócratas—se preguntan estos demócratas viejos—si no han de ser recompensados con los destinos públicos por el gobierno que han elevado al poder?». Por la

patria: «Por el placer de verla honrada y de ayudar a que lo sea; por el bienestar de la república trabajarán»: de esta manera responden, sin cejar un ápice de su puesto, Cleveland y sus secretarios. De sobra entienden que cuando haya vacante que llenar, a los fines del gobierno, a la utilidad de la nación importa, y está en la naturaleza humana, fuera de la cual no se gobierna, que sean demócratas, y no republicanos, los que las llenen: y demócratas las llenan, cuando las hay. Pero subir al poder en virtud del clamor público por la reforma del vicioso sistema de empleos que esclaviza a la nación y pudre el sufragio, y una vez en el poder echar de sus asientos a los empleados útiles y puros, para poner en su lugar a sobrinos, concuños y amigotes, o a la rufianería, que busca votos a cambio de empleos, fuera una traición ignominiosa. Ni gastos innecesarios; ni compadrazgos y favorecimientos; ni repartición de fondos públicos; ni pago de servicios de partido con empleos de la nación. De este programa no se ha apartado el gobierno: de este programa han jurado apartarlo, so pena de derrota en las elecciones próximas, los demócratas viejos, con el vicepresidente a la cabeza.

Hay una ley de empleos que ordena determinada manera de proveerlos por oposición. Aun cuando no compartiera Cleveland el espíritu de la ley, y cuentan que ella fue parte del programa que le dio el triunfo, ley es, ley del Congreso: y como poder ejecutivo, pluguiera o no, habrá de mantenerla. Y los demócratas viejos quieren que la viole: lo mismo quieren ahora que a raíz del 4 de marzo: que no se provean los empleos como el Congreso manda: que el gobierno demócrata abandone el programa con que se aseguró el poder: que se expulse a todos los republicanos de los empleos públicos: que se ocupen todos los empleos públicos con demócratas: que se mantenga confesamente el principio de que los empleos públicos pertenecen de derecho al partido vencedor. A todo apelan, hasta a la gratitud de la República; a todo, hasta a convertir los soldados del gran ejército en mendigos. ¿No fue en días pasados una comisión de exmarineros y soldados a inquirir del Presidente si a su juicio no merecen preferencia para ocupar los puestos públicos aquellos que han servido con las armas al país? Los trató sin crudeza Cleveland; mas les hizo entender que ni él puede hacer más, como vigilador de que las leyes se cumplan, que cuidar de que se cumpla la ley de provisión de empleos del Congreso, ni un puesto público es una remuneración de servicios que la han tenido ya en el honor de prestarlos y en la paga recibida oportunamente por ellos: un puesto público es el desempeño de

funciones necesarias, en su grado relativo, para la eficacia y seguridad de la marcha nacional, y solo debe ocuparlo el que demuestre, como la ley vigente manda, poseer la capacidad necesaria para el desempeño de las funciones a que aspira. Si los exsoldados y marineros obtienen en el concurso grado igual al de otros, el gobierno los preferirá, pues al mérito de competencia reúnen el de haber defendido la unión de la patria; pero el mero hecho de ser ex soldado o marinero no da derecho a empleos nacionales que requieren determinadas aptitudes. Si va a la ruina una simple casa de comercio cuyos empleados no entienden el manejo de los asuntos que se les encomiendan, ¿cómo no irá a la ruina un gobierno, que es casa que gira intereses materiales tanto como morales, con servidores que entorpecen sus operaciones con su ignorancia, pereza o simonía? Por lo menos, un gobierno debe ser tan bien administrado como una casa de comercio.

Y cuando, como ahora, sucede que con el beneplácito y el apoyo del vicepresidente, que es gamonal máximo en el estado de Indiana, despide el director de correos de Indianápolis a empleados eficaces y meritorios, a cuatro viudas entre ellos, y pone en su lugar a sus propios hijos, a tres «políticos», a un sobrino de la esposa del vicepresidente, parece al fin abocado a una prueba estruendosa la batalla, reprimida desde el cuatro de marzo, entre las alas opuestas del partido demócrata. Se quiere hacer del caso del director de correos un caso de prueba. Los viejos demócratas alegan que el director de correos ha hecho bien en reemplazar a los empleados republicanos con demócratas serviciales. El Presidente mantiene, cualquiera que sea la opinión y actitud del Vicepresidente, que puesto que hay una ley para la distribución de empleos públicos, que establece y reglamenta su provisión por oposiciones ante el tribunal competente, que los nombramientos que estén hechos fuera de esa ley, o en virtud de oposiciones fraudulentas o de dictamen de jurados parciales, serán nulos. Y ha enviado una comisión a Indianápolis, a investigar si son ciertos los hechos de que se vanagloria el director de correos. Si son ciertos, vendrán abajo, aunque esto, definiendo enfáticamente la política imperturbable de Cleveland, determine una desertión tan numerosa en las filas demócratas, en las del Norte sobre todo, que no baste a repararla la entusiasta adhesión de los republicanos independientes, cada día más satisfechos de haber prestado a Cleveland su apoyo. Es lo cierto, sin embargo, que fuera de los que padecen por la privación de los empleos, ni el menor desvío de su deber, ni la menor inconsistencia, ni el menor yerro se ha echado

aún en cara a Cleveland: y apenas a sus secretarios: bien que estos, con unánime ímpetu, aunque sin agresiva destemplanza, están poniendo coto firmemente a las prácticas culpables que traían al erario desangrado y sin crédito al gobierno de la República.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 3 de octubre de 1885.

El problema industrial en los Estados Unidos

Axiomas económicos.—Valores ficticios y reales.—Los especuladores y los obreros.—Obreros armados.—Asesinatos de chinos.—El chino en los Estados Unidos.—Los Caballeros del Trabajo.—La catedral de San Patricio.—Las procesiones de trabajadores.—¡Siquiera una vez al año!

New York, setiembre 19 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

El ferrocarril Union Pacific tiene acá, como tantos otros, sus propias minas. De Europa no compran, ni muchos granos, ni muchos productos: América, Asia y Australia compran poco. Los ferrocarriles, que se fabricaron en anticipación de un colosal consumo y están montados para él, transportan hoy, con excesiva competencia, una producción escasa.

Las minas de carbón se abrieron, y poblaron de mineros, en relación a los tamaños enormes de los ferrocarriles. Mermado el consumo de afuera y las ganancias de los ferrocarriles, lo estrechan estos todo: los dividendos de sus acciones, la producción de sus minas de carbón, los salarios de los mineros. Y como el mismo sistema erróneo de altos derechos que permitió la creación violenta de industrias nacionales y vehículos sobrantes de transporte, y causa hoy el exceso de producción invendible a un alto precio, mantiene también alto el costo de la vida,—resulta ahora que los recursos para satisfacer esta decrecen sin que hayan decrecido en el mismo nivel sus necesidades.

A esto se junta un vicio mercantil que trae aparejada, con el provecho de unos pocos, la ruina pública: y este es la hinchazón de los valores por sobre su importancia real, producida por las habilidades y violencias de la especulación: de cuyo pecado comercial se padece hoy aquí tan gravemente que es una obra de beneficencia asentar esta enseñanza económica:—no

produce ningún provecho a un país vender dentro ni fuera de sí sus títulos de riqueza por más de su valor real.

El valor real a la larga se impone, casi siempre de un modo súbito y violento, y todo el orden falso de existencia edificado sobre estos valores huecos, viene a tierra, como una casa que toma dinero para negociar a un interés mayor que el que ella percibe, a la primera hora de arreglo de cuentas. Al tute o la brisca se puede jugar; un hombre honrado, so pretexto de habilidad o deseo de fortuna, no puede jugar a la ruina del país.

Hincha la especulación los títulos de riqueza cotizables en Bolsa, fuera de toda relación con el producto real de la suma de riqueza que representan, y se crea así todo un mundo mercantil vacío, que va del valor real del título a su valor ficticio: este mundo mercantil, por el consentimiento público que le reconoce su valor de Bolsa como valor sustancial, crea, cambia, fabrica, atrae obreros, levanta pueblos, habilita comarcas, evoca de la selva nuevos estados.

Como el mismo sistema pernicioso se ha seguido en todos los ramos de riqueza, el día del balance no pueden ayudarse unos a otros, puesto que todos tienen sobre sí ese mismo mundo mercantil ficticio. Llega el día del balance, porque los obreros hambrientos se impacientan, porque los accionistas alarmados dejan de percibir sus dividendos; se afirma entonces el valor real de los títulos hinchados; se niega el país a aceptar estos por encima de su valor real, y aún por este; y las esperanzas, los lujos, los compromisos, y cosas más reales, las fábricas, las minas, los Estados, los millares de obreros con familias traídos a ellos para trabajar en empresas sin base, todo se derrumba.

Esperanzas y lujos son humo, y no es malo, cuando no tienen base, que desaparezcan; pero los pueblos de obreros son seres reales, que al caer a la tierra fría y sin pan del seno de esa bomba de jabón, se levantan rugiendo y con los puños cerrados de la lastimadura.

El diente se ha hecho para triturar: la mujer sufre cuando no tiene sopa en el hogar y calor para los hijos: a los hombres, la angustia les enfurece: y de ahí vienen esos acometimientos, injustos y culpables otras veces, que ven de alto abajo como crímenes los especuladores ocupados en echar al aire las bombas de jabón, que son los criminales verdaderos!

Cuando, a lo menos, queda después del descubrimiento del valor ficticio de los títulos un valor real y constante, cabe al fin, aunque con muchos dolores, en la merma general; en el cercén a nivel de dividendos y salarios,

el remedio; pero cuando, como hoy en los Estados Unidos sucede, estallan al mismo tiempo los dos males; cuando no solo se descubre que la especulación ha levantado los títulos por sobre su valor real, sino que este queda fuera de relación con las obligaciones urgentes, de pan y de carne, que ha contraído para mantenerse en curso; cuando por falta de previsión se han levantado, con esos capitales huecos creados por el consentimiento público, más talleres, más empresas, más vías férreas, más poblaciones de trabajadores, de los que puede necesitar en un largo plazo la producción natural del país; cuando se ha traído a producir, con una fe indigna de pensadores eminentes, un caudal enorme de hombres en condiciones impuestas y percederas, que quedan vivos, necesitados, airados; frente a las fábricas suspensas, los molinos detenidos, los muelles desiertos, por falta de consumo de la producción excesiva;—cuando sucede, como acá sucede ahora, que el país necesita alimentar más hombres de los que puede alimentar naturalmente,—su gran riqueza, dígase de una vez, se convierte en un gran peligro. La amenaza es tanta cuanta fue la prosperidad.

De aquí esas turbas inquietas y desordenadas, que la estrechez y los celos precipitan al incendio y al asesinato. De aquí esas huelgas triunfantes, por su justicia intrínseca y absoluta, que acarrearán la cesación de la labor en las fábricas incapaces de satisfacerlas, por estar los salarios que exigen fuera de la justicia relativa, de los recursos de las fábricas en pérdida. De aquí ese ejército de obreros que ya, dígase también esto, ya se arma.

Cuando se irrita, derriba, se pone en pie; convoca a sus soldados: mata, e incendia.

Reducidos los recursos de los ferrocarriles, con menor producción que transportar, con competencia demasiado viva entre un gran número de rivales por el escaso tráfico, tienen a la vez que reducir sus precios de transporte y sus viajes, y con ellos el número de hombres que emplean, en el camino, en los talleres y en las minas: reducen los salarios de sus empleados: reducen el carbón que extraen. Y al conflicto general se une otro de especial naturaleza.

El chino, por encima de las leyes que le prohíben, o punto menos, la entrada en los Estados Unidos, se desliza por los puertos mal vigilados a raudales: con este o aquel ardid, los mismos empleados americanos, por la sobrepaga, les ayudan a burlar las leyes: en San Francisco vencen de pie a cabeza a los alemanes y americanos los comerciantes chinos.

El chino no trae mujer, vive de fruslerías, viste barato, trabaja recio, persiste en sus costumbres; pero no viola la ley del país: rara vez se

defiende; nunca ataca; es avisado, y vence en la lucha por su sobriedad y su agudeza al trabajador europeo.

No es simpático: un pueblo sin mujeres no es simpático: un hombre, es estimable, no por lo que trabaja para sí, sino por lo que da de sí. El hombre casado inspira respeto. El que se ha resistido a ayudar a otra vida, desagrada. La mujer es la nobleza del hombre.

Pero como trabajador el chino es sobrio, barato, bueno. Como vive en condiciones diversas del trabajador blanco, ni consume lo que este, ni los problemas de este—necesidades, salario, huelga—le alcanzan de igual manera; por lo que, satisfecho siempre de una retribución que nunca está por debajo de lo que necesita, por ser esto tan poco, rehúye la liga con los trabajadores blancos, y se sabe odiado de ellos.

Cuanto movimiento intenta el trabajador blanco, el chino lo estorba; porque si el blanco falta, allí está el chino.

Es además el chino astuto, y como lo hace todo por la paga, en cuanto percibe una ocasión de provecho, un pozo blando en la mina, un privilegio apetecible, por la paga procura hacerse de él; de lo que se irrita, desde sus condiciones especiales que lo entran, el trabajador blanco, que acaso no ha visto lo que el chino.

Manso y resignado este, no menos diestro y vigoroso que los trabajadores de otra raza, las empresas lo emplean gustosamente.

Llega el chino a la mina: levanta casas, fonda, lavandería, tienda, teatro, y con menos dinero, vive próspero, de lo que el minero europeo se encona y encela.

Al fin, un día ha llegado en que la mina humea. ¡Ya en otros muchos lugares ha humeado! En las entrañas de un pozo ha habido una contienda: cuatro chinos muertos.

Sus compañeros despavoridos, abandonan la labor e izan la bandera de alarma: todos los chinos se congregan en su caserío: la mina entera ha levantado el trabajo. Los mineros blancos llaman a los de las cercanías, y, armados de rifles, revólveres, hachas y cuchillos, marchan sobre el caserío chino, y le intiman que salga de la mina en una hora.

Aquellos infelices, prontos a obedecer, apenas tienen tiempo de recoger sus ropas.

No han pasado unos minutos, los mineros blancos rompen a disparar sobre los chinos. Aterrados, salen dando alaridos de las casas hacia una inmediata colina, seguidos a balazos por los europeos. Caen muertos en el camino: siguen heridos.

Arden detrás de ellos las casas, y de entre llamas y humo corren de todas partes hacia la colina los chinos que aún quedaban en el caserío, cubiertas las cabezas de colchas y frazadas que con los brazos en alto llevan extendidas, para protegerse de las balas. Dan los blancos tras ellos. Pocos escapan. Por donde asoma uno, lo cazan.

Mueren ciento cincuenta.

En la noche, los trabajadores blancos vuelven al caserío, y queman sus cincuenta casas.

La ley anda despacio en perseguirlos.

De San Francisco han salido con escolta seis comisionados chinos a investigar el crimen.

En libertad están, conferenciando con los empleados del Union Pacific, los mineros blancos, que exigen a la compañía la absoluta determinación, a que ella se niega, de no emplear chinos en las minas.

Los pozos de carbón están desiertos, y los Caballeros del Trabajo anuncian que ampararán con todo su poder a los mineros blancos del Union Pacific y le exigirán en su nombre que atienda a su demanda.

O no hay carbón para el ferrocarril, o salen de él los chinos.

Y crece, crece a ojos vistos, injusta en esto, justa las más de las veces, la sociedad de los Caballeros del Trabajo—*The Knights of Labor* les llaman en inglés.

En ella, dirigida con singular sabiduría, se vienen agrupando lentamente las asociaciones parciales de obreros, que a su número y falta de relación, y a la falta de recurso consiguiente, debían gran parte de sus derrotas.

Los Caballeros del Trabajo cubren hoy una ciudad, dos mañana, el estado luego, luego dos estados.

Tenían ya todo el Este. Ahora el Oeste, que se les resistía por no haber nacido de él la asociación, se ha entregado a ellos.

Los Caballeros del Trabajo son un congreso permanente de trabajadores. A cada problema, una resolución. La sociedad debate en secreto, pero manda, y ocho mil obreros, diecisiete mil obreros, los mineros todos del Oeste, como a un golpe de martillo, abandonan el trabajo. Y son tales las arcas de la sociedad que pueden mantener en huelga meses sobre meses a diecisiete mil obreros.

Misteriosos, constantes, enormes, fieles son las manos que llenan esas arcas. Y se extienden, se extienden.

Son poderosas, porque nacen directamente de sus propios problemas. No es el socialismo europeo que se trasplanta. No es siquiera un socialismo americano que nace.

Acá no hay una casta que vencer, escudos a que van engarzados grandes dominios territoriales, clases privilegiadas que legislan o influyen en la legislación nacional. Acá el escudo es un bote, una pala, un látigo, un yunque, un zapato. Los que reposan en ataúd de bronce comieron en tina de lata.

Ahora es candidato para gobernador de New York un banquero, vivo orador por cierto, que picó piedras por estas mismas calles.

Acá el trabajador sabe que el monopolista era ayer todavía trabajador: cuando trata de su huelga con un empresario, con un trabajador de ayer trata, lo que modera al que pide, y ablanda al que ha de dar. Aún en sus combates se sienten hermanos.

Pero ya se divisan las líneas futuras, y acá se ha de dar el espectáculo hermoso de la victoria de la razón, si no lo enconan, como descastadas de Europa pretenden, más que las políticas, que acá no cunden, las influencias religiosas.

La catedral de San Patricio no tiene aún torres; pero ya se divisan en el aire las campanas con que invita a los ricos y a los medrosos a la coalición y a la guerra: no tiene aguja todavía la catedral de San Patricio, pero toda ella es mano que señala a los trabajadores unidos que se acercan, sin gran fe en la otra vida, a afirmar su derecho a una existencia holgada en esta.

«Únanse, dice, la iglesia que transporta a otro mundo las esperanzas de los pobres, y los ricos de este mundo que pueden sufrir a manos de ellos».

Y ya levantan fondos para las torres de la catedral de San Patricio: y ya se celebra, con desusada pompa, un congreso eminente de católicos: y ya, con rapidez americana, está al concluir una gran universidad de clérigos.

Ocho mil mineros acaban, a una hora dada, de suspender labores; ellos, que nunca quisieron acceder a que los dirigiesen los Caballeros del Trabajo, renuncian hoy a su propia asociación, y entran de un solo empuje en las filas invisibles de los Caballeros. Hoy, todos los obreros asociados ayudarán en su demanda a los mineros que quieren que se les paguen tres centavos por cada *bushel* de carbón: mañana entrarán en labor, y ayudarán a los zapateros, a los pintores, a los enladrilladores, a las tejedoras de seda, a los sombrereros de apariencia fina, a los elegantes impresores.

Era de verlos pasar este año a todos—ya en *La Nación* los vimos pasar un año antes—con sus banderas, con sus notas al aire, con sus esposas, el día siete del mes, el día de «Santo Trabajo».

En Baltimore, en Chicago, en Nueva York pasearon. En Chicago, fue enorme la fiesta: la ciudad salió a verla: iban como ocho mil hombres: los

impresores, imprimiendo diarios; los curtidores, badaneando el cuero; los herreros, con gorros de cuero curtido, y delantales lindamente bordados; y los zapateros con grandes girasoles en el ojal de la levita: de levita y sombrero alto iba la gente zapatera.

En Nueva York, pasearon con sigilo, no con la novedad y número de un año hace. Allí sus propios jefes y propios policías, como para denotar que su razón los guarda: jefes y policías van a caballo: Rocinantes son, más que Bucéfalos. No llevan vestidos de guerra, sino el traje de los días de votar. Algún jinete lleva el calzón a la rodilla; pero va tan contento de su banda blanca y roja, y trae tal aire de hombre, que se le perdona lo de pobre jinete: machacando en el yunque no se puede aprender a andar garboso; solo los pedantes no respetan esta sagrada falta de garbo.

Y marchan, marchan, Broadway arriba, en decenas de miles.

Llevan el paso firme, y bastones por lanzas. No parece que andan, sino que afirman. Llevan un paso peculiar: fuerte y callado. No es fantasía: es que así andaban. Gozan de verse juntos: saben que empiezan a ser fuertes.

Pasa uno a caballo que va arrancando homéricas carcajadas; el rocín se va desgoznando, y le han mondado la cola: el caballero lleva el bigote crecido de un lado, y afeitado del otro, y todo el rostro en bija. Él y el caballo van llenos de ajos y cebollinos; y una armadura de paraguas que abre y cierra y tiene de cebollinos las varillas: banda de ajos y cebollas lleva al pecho: y a la espalda un letrero que dice que aquello es todo burla del capataz de una cervecería que se ha negado a pagar a los cerveceros los debidos jornales.

Ah! pero lo más hermoso de la procesión son esas viejas diligencias cargadas de pobres obreras, con sus vestidos de percal planchado: ellas también van hoy en coche, siquiera una vez al año: las saludan poco, pero como se saludan ellas a sí mismas, de todo el mundo se sienten saludadas, y mueven incesantemente los pañuelos.

De vez en cuando, pasaba en los coches de fiesta envueltos en pabellones, con sus dos bandas de cabellos de plata sobre la frente, una viejecita!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 23 de octubre de 1885.

Los indios en los Estados Unidos

Bosquejo del problema indio.—Política del presidente Cleveland con los indios.—Convención de Amigos de los Indios.—Historia y estado de las reducciones.—Carácter del indio.—¿Qué educación debe darse al indio?

New York, octubre 23 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Lake Mohonk es un lindo lugar en el estado de New York. Convidan a la grandeza los bosques de Adirondack cercanos que talan sin sistema especuladores torpes:—en bosques, como en política, no es lícito derribar sino para edificar sobre las ruinas. A la serenidad invita el lago; y el río, que pasa cerca, a fecundar sin ruido e ir hacia delante, rumbo al mar:—los ríos van al mar, y al porvenir los hombres. A ese retiro pintoresco se acogieron este otoño, cuando las hojas amarillean y se enrojecen, los amigos de los indios, para tratar en paz del modo de atraerlos a una vida inteligente y pacífica en que no sean como ahora, burlados sus derechos, engañada su fe, corrompido su carácter y sus revueltas frecuentes y justas. Era de ver en aquella reunión de hombres y mujeres benévolas la ausencia de ese espíritu de teoría que afea y esteriliza, o retarda por lo menos la obra cordial de tantos reformadores, y suele enajenarlos, por la repulsión que a una mente sana inspira la falta de relación y armonía, el apoyo solícito de los ánimos moderados que serían de otra manera auxiliares eficaces de la reforma. El genio, que detona y deslumbra, no necesita desembarazarse del buen sentido que hace fecunda su vida en la tierra. Senadores, comisionados, superintendentes, compartían allí la generosa faena con periodistas entusiastas y sacerdotes protestantes. Una mujer abrió en los Estados Unidos los corazones a piedad de los negros, y nadie ayudó a libertarlos más que ella, la Beecher Stowe, la que, apasionada de la justicia, no tuvo luego miedo de deslucir con revelaciones tremendas a propósito de Byron el éxito fecundo de *La cabaña del Tío Tom*, lágrima que habla!

Mujer ha sido también la que con más sensatez y ternura ha trabajado año sobre año por aliviar las desdichas de los indios. Helen Hunt Jackson, de seso fuerte y alma amante; que acaba de morir, escribiendo una carta de gracias al presidente Cleveland por la determinación de este a reconocer ser de hombre y derecho a justicia en la gente india. Y en la convención de Lake Mohonk hubo gente de verba apostólica y dotes de Estado; pero la estadística cerrada, la cuenta estrecha, la implacable cifra, no fue ni de los superintendentes, ni de los comisionados, ni de los senadores,—sino de una mujer, de Alicia Fletcher, viva en el discurso, segura en el razonamiento, diestra en el debate.

No fue, pues, la de Lake Mohonk una convención de filántropos desalentados, que miren a los indios, solo porque lo son, como seráficas criaturas; ni fue de esos políticos mariposiles que solo se paran en la flor de las cosas, y juzgan por meras apariencias y resultados, sin ver que no hay más modo de curar los males que extinguir sus causas. Fue una reunión de gentes de hecho. Uno de ellos, y por cierto de los más ardientes, «se estremecía al recordar las tristes escenas que ofrecen las reducciones de indios cuando, como la carne a las fieras, les reparten raciones, vestidos, o el dinero del año»: y por lo mismo que ha visto esas señales de degradación, como que es hombre, se ha sentido avergonzado, y quiere levantar a los infelices de ella;—se es responsable de todo mal que se sabe y no se remedia: es una pereza criminal, es una culpabilidad pasiva que solo se diferencia en grado de la culpa de hacer:—el apostolado es un deber diario y constante. Otro de los de la convención ha visto a los indios acurrucarse en rondas a jugar la paga del año, y jugar de cada diez pesos nueve, como los chinos en los talleres de cigarrería de un presidio español, no bien reciben a la tarde del sábado el exceso de sus jornales sobre la faena que han de entregar al establecimiento. Que los indios de las reducciones son perezosos y amigos de jugar y de beber lo sabía toda la convención; y que habilitados ya por un sistema malo de gobierno a un descanso vil, no gustan del trabajo; y que hechos a recibir del gobierno paga anual y comida y vestidos, resistirán toda reforma que tienda a elevarles el carácter compeliéndoles a ganar su sustento con la labor propia; y que, privados de los goces civiles y aspiraciones sociales de la gente blanca, verán sin interés el sistema de escuelas públicas que tiende a ellos, y no se desprende de la existencia salvaje de las tribus ni les parece necesaria en ellas. Todo eso lo sabía la convención; pero sabía también que el indio no es así de su natural, sino que así lo ha traído

a ser el sistema de holganza y envilecimiento en que se le tiene desde hace cien años.

Allí donde el indio ha logrado defenderse con mejor fortuna, y seguir como era, se le ve cómo él es de raza, fuerte de mente y de voluntad, valeroso, hospitalario, digno. Fiero aún, como todo hombre, como todo pueblo que está cerca de la naturaleza, esas mismas nobles condiciones de altivez personal y de apego a su terruño le hacen revolverse, como una fiera, cuando lo despojan de sus sembrados seculares, cuando echan a tierra sus árboles sacros, cuando el viento caliente de sus hogares incendiados quema las crines de sus caballos fugitivos: y al que le quemó, quema; y al que le cazó, caza; y al que lo despojó, despoja; y al que lo extermina, extermina.

Reducido luego—¡pobre pueblo de 300 000 salvajes dispersos que lucha sin cansarse con una nación de cincuenta millones de hombres!— él no entra en las ciudades de sus vencedores, él no se sienta en sus escuelas, a él no le enseñan sus industrias, a él no le reconocen alma humana: lo obligan a ceder su tierra por tratados onerosos; lo sacan de la comarca en que ha nacido, que es como sacar a un árbol las raíces, con lo que pierde el mayor objeto de la vida; lo fuerzan, so pretexto de cultivo, a comprar animales para trabajar una tierra que no es suya; lo compelen, so pretexto de escuela, a que aprenda en lengua extraña, la lengua odiada de sus dueños, libros de texto que le enseñan nociones vagas de letras y de ciencias, cuya utilidad no se explica y cuya aplicación no ve jamás; lo apresan en un espacio estrecho, donde se revuelve entre sus compañeros acorralados, con todo el horizonte lleno de los traficantes que le venden cachivaches relucientes y armas y bebidas en cambio del dinero que en virtud de los tratados reparte entre las reservas el gobierno al año. Él no puede, si el ansia de ver mundo le posee, salir de aquel potrero humano: él no tiene tierra propia que labrar, y le estimule a cultivarla con esmero para legarla después con un nombre honrado a sus hijos; ni qué hacer tiene en muchas de las tribus, puesto que el gobierno por un sistema de tutela degradante que comenzó hace un siglo, le da para vivir un terreno en común, y lo surte de vestidos, de alimentos, de medicamentos, de escuelas, de cuanto es objeto natural del trabajo del hombre, sobre lo que le abona una anualidad en dinero que, sin propiedad que mejorar, ni viaje que emprender, ni necesidad material que no esté satisfecha, gasta en fruslerías de colores que halagan su gusto artístico rudimentario, o en el licor y el juego que le excitan y aumentan los placeres brutales a que vive condenado. El indio es muerto, con este sistema vil que apaga su personalidad: el hombre crece con el ejercicio

de sí mismo, como con el rodar crece la velocidad de la rueda; y cuando no se ejercita, como la rueda, se oxida y se pudre. Un sentimiento de fiereza abatida, que nunca se extingue por entero en las razas esclavas, el recuerdo de los hogares perdidos, el consejo de los viejos que vieron en los bosques nativos tiempos más libres, la presencia de sí mismos, encarcelados, vilipendiados y ociosos, estallan a oleadas intermitentes, cada vez que la rapacidad o dureza de los agentes del gobierno escatima o niega a los indios los beneficios que se les estipularon en los tratados: y como en virtud de estos, y solo por ellos, lo que el hombre tiene de noble les está vedado, y permitido no más lo que tiene de bestia, acaece naturalmente que en estas revueltas sobresale, desfigurando la justicia que las ocasiona, la bestia que el sistema ha desarrollado.

Todo hombre esclavo es así; no es el indio solo: por eso son tan crueles las revoluciones que vienen tras de las prolongadas tiranías: ¿qué blanco que tenga el seso en su lugar no entenderá que no puede echar en cara al indio el ser como los blancos lo han hecho?—»Él es gentil y bravo, decía en la convención el venerable Erastus Brooks, cuya palabra ama y pesa: he aquí a decenas, a centenas, los ejemplos de la historia americana, que demuestran que el indio, en condiciones iguales, es capaz, mental, moral y físicamente de todo aquello de que es capaz el hombre blanco». Pero, hemos hecho de él un vagabundo, un poste de taberna, un pedidor de oficio. No le damos el trabajo para sí, que alegra y eleva; sino que a lo sumo, y esto violando tratados, le forzamos a ganar, en un trabajo de que no aprovecha directamente, el valor de las raciones y medicinas que le prometimos a cambio de su tierra; le acostumbremos a no depender de sí, le habituamos a una vida de pereza, sin más necesidades y gozos que los del hombre desnudo primitivo; le privamos de los medios de procurar por sí lo que necesita, y sombrero en mano y cabeza baja le obligamos a demandarlo todo, el pan, la quinina, la ropa de su mujer y de su hijo al agente de gobierno; el hombre blanco que conoce es el tabernero que lo corrompe, es el buhonero que lo engaña, es el racionero que halla modo de mermarle la ración, es el maestro improvisado que le repite en una lengua que él habla apenas palabras sin gusto ni sentido, es el agente que le despide a risas o a gritos cuando va a él a demandar justicia. Sin trabajo, sin propiedad, sin esperanza, sin la tierra nativa, sin más goces de familia que los meramente físicos, los indios de las reducciones ¿qué han de ser más que hombres torvos, perezosos y sensuales, nacidos de padres que ya vieron a sus padres, apagada la pipa y el alma, llorar sentados en cuclillas en el suelo por la nación perdida, por la sombra del

árbol grande que presenció siglo sobre siglo sus matrimonios, sus justicias, sus regocijos y sus consejos? Un esclavo es muy triste de ver; pero aún es más triste un hijo de esclavo: ¡hasta en el color se les ven reflejos de cieno! Grandes criaderos de hombres son esas reducciones de indios. Segarlos de cuajo hubiera valido más que envilecerlos.

En 1783 fue el primer tratado, en que se reservó al gobierno de los Estados Unidos el derecho de regular su tráfico y administrar las tribus; y ahora los trescientos mil indios, sometidos tras de guerras en que no fue suya la mayor crueldad, están repartidos en cincuenta reducciones sin más ley que la voluntad presidencial, y otras sesenta y nueve que se llaman reducciones de tratado, por ser ley en ellas el convenio establecido entre las tribus y el gobierno, treinta y nueve de cuyos convenios acuerdan el repartimiento de la tierra de la reducción en propiedades individuales, medida ennoblecedora que apenas se ha intentado con doce de las tribus. «Se reparte entre los indios—dijo Alicia Fletcher—lo que el Congreso manda dar para alimentos, porque esto pasa por muchas manos, y en cada par de ellas se queda algo de este comercio; pero lo que se da para escuelas no se reparte, porque de esto solo pueden alcanzar los empleados el sueldecillo de maestra que hacen caer en su mujer o en su hija para aumentar el haber doméstico, de modo que de los \$2 600 000 que del 71 al 81 debieran haberse gastado, sumando las obligaciones de todos los convenios, en escuelas, solo se han gastado unos 200 000». A muchas tribus se ha ofrecido aún más que la propiedad individual que no se les distribuye, y la escuela que no se les establece: se les ha ofrecido la ciudadanía.

Y todo esto lo oían sin contradicción, antes lo apoyaban y confirmaban, el subinspector de las escuelas de indios, los autores de los proyectos de reformas de las reducciones en la Casa y en el Senado, los miembros de la junta de indios. Los altos empleados del gobierno apoyaban y confirmaban todo esto, y aplaudían la defensa inspirada que hizo del natural del indio el buen Erastus Brooks. «¡No hay vicio suyo de que no seamos responsables! ¡No hay bestialidad de indio que no sea culpa nuestra! ¡Mienten del indio los agentes interesados en mantenerles embrutecidos bajo su dominio!».

El gobierno lo envilece con su sistema de tratados que lo condenan a la inercia y al vicio, y la rapacidad de los agentes del gobierno mantiene a este en un concepto falso del indio, o le oculta la causa de su corrupción y rebeliones, para continuar mermando a sus anchas los caudales que destina el Congreso a mantenerlos.

¡Ponga ojo el gobierno a los empleados rapaces!

Loor al Presidente Cleveland, que sin alardes de fanático ni gazmoñerías de filántropos les ha enviado a preguntar lo que padecen, y en vez de echarles en cara la ignominia en que se les mantiene, está decidido a llevar la culpa de ella y a levantarlos por un gobierno justo a la condición de hombres. No quiere insectos ebrios este presidente Cleveland: quiere seres humanos. «Ebrios y ladrones son porque así los hicimos: pues tenemos que pedirles perdón por haberlos hecho ebrios y ladrones, y en vez de explotarlos y de renegarlos, démosles trabajo en sus tierras y estímulos que les muevan a vivir, que ellos son buenos, aun cuando les hemos dado derecho a no serlo».

En masa, pues, acordó la convención, a la sombra de las montañas del Adirondack que invitan a la grandeza, aconsejar aquellas reformas prácticas de mera justicia que pueden convertir una muchedumbre costosa de hombres agobiados e inquietos en un elemento pintoresco y útil de la civilización americana. Que ya que se les ha quitado, por razones de la república, sus derechos de naciones libres, no se les quiten, a los indios sus derechos de hombres. Que el despojo de sus tierras, aun cuando racional y necesario, no deja de ser un hecho violento que todas las naciones civilizadas resienten con odios y guerras seculares, el cual no ha de agravarse con represiones y tráficos inhumanos. Que ha de tenderse a abolir el sistema corruptor e injusto de las reducciones, y abrirles poco a poco la tierra nacional, confundiéndolos con la población blanca, de modo que puedan pronto poseer tierra en los estados de la nación, y gozar de los derechos que tienen en ellos los demás ciudadanos, y estar a sus obligaciones. Que el pago de anualidades sea abolido porque fomenta la mendicidad y la vagancia, y habitúa al indio a no usar de sí. Que se eduque al indio en conformidad con sus necesidades y alcances; y se le convenza, y donde sea menester se le compela, a aprender y a trabajar, a lo que acaso, envilecido por su actual género de vida de pupilo ocioso, se resista. Que el indio vuelva a su alma clara y suba a ciudadano.

Y para que así se conviertan en hombres útiles ellos, y en país próspero y pacífico las comarcas que no son hoy más que costosísimas cárceles;—cámbiese, dijo la convención, todo el sistema de enseñanza actual y torpe;—sustitúyase el trabajo de las tierras en común, que ni estimula ni deja ver el premio, por el repartimiento de la tierra en propiedad a cada familia, inalienable por veinticinco años, en relación a la clase de terreno y la extensión de cada casa;—compre el gobierno a buen precio las tierras

que no sean repartidas, y como se las ha de pagar a sí mismo, por ser él el tutor de los indios que venden, reserve el importe de estas tierras para la educación industrial y mejora de los indios; y abra las comarcas compradas a la colonización;—obtégase de las tribus la revocación de los tratados que las han traído a su estado miserable;—admítase a ciudadanía todas las tribus que acepten el repartimiento individual de sus tierras, y los indios que abandonen las tribus que no les aceptasen, para acomodarse a los usos de la civilización;— cése de arrancar a los indios de las tierras de sus mayores, y de acumularles en centros numerosos bajo la vigilancia interesada de empleados ofensivos y rapaces;—«espárzase la escuela», decía al fin el subinspector de escuelas de indios, la escuela útil, la escuela viva:—que todo esfuerzo por difundir la instrucción es vano, cuando no se acomoda la enseñanza a las necesidades, naturaleza y porvenir del que la recibe. No maestros de ocasión,—que nada saben de lo que enseñan y son nombrados para aumentar la pitanza de familia de algún empleado, o para complacer a capataces políticos: se emplearán buenos maestros, y se compelerá a los indios a enviar sus hijos a la escuela, aun cuando se haya de recurrir, mientras el sistema ominoso de raciones dure, a cortar a la casa las raciones. No la educación por textos,—que es un almacenamiento de palabras que pesa luego en la cabeza para guiar bien las manos. Lo que es el campo que ha de cultivar, y lo que es él y el pueblo en que vive ha de enseñarse al indio. Que se entienda y admire: que sepa de política práctica, para que alcance lo conveniente del respeto mutuo; que conozca cómo está dispuesto el país, y cuáles son sus derechos de hombre a poseer y pensar en él, y el modo de ejercitarlos: que la escuela le enseñe a bastar a su vida:—escuela campesina para la gente del campo.

Ni partículas ni verbajes: sino el modo de criar animales y sembrar la tierra, así como todos aquellos oficios que lo hagan miembro útil y dueño de sí en una comunidad de trabajadores. No se envíen solo entre los indios, ni entre la gente de campo, maestros de letras. El maestro es la letra viva. Enviéense maestros agricultores y artesanos. Estuvo bien, y acabó bien, aquella convención de Amigos de Indios, en el sereno lugar de Lake Mohonk, allí donde los montes andan cerca, y los hermosos cuadros de tierra, cultivados con elegante esmero, parecen, abriéndose a los ojos de hombres dignos de contemplarlas, colosales flores verdes.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 4 de diciembre de 1885.

El problema indio en los Estados Unidos

Informe del Secretario Lamar.—Lo que debe hacerse con los indios.—Cómo debe educárseles y cómo han de dividirse sus bienes.—Una universidad nacional.—Ojeada sobre el espíritu actual norteamericano.

New York, enero 16 de 1886.

Señor Director de *La Nación*:

De los informes de los secretarios el mejor, por lo sesudo y lo práctico, no es ni el del Ministro de Hacienda, ni el del Ministro de la Guerra, ni el de Marina, sino el del «soñador» del gabinete, el del «idealista y vagabundo» de la casa, el del Secretario del Interior, Lamar, acusado de amar el romance, de dejar correr de vez en cuando la fantasía y de mirar una que otra vez al cielo.

Hay grandísimos necios que se pasan la vida proclamando que las mentes, infelices por altas, que ven bastante hondo y lejos, adentro y encima de la tierra, son fatalmente incapaces para entender en las cosas terrenas: y al que es capaz de entender lo más, ya lo bautizan de inepto para entender lo menos: ¡como si las mismas facultades de observación, que penetran en las leyes del alma y del mundo, no fuesen por su excelencia natural inevitablemente capaces de penetrar las relaciones más visibles, cercanas y menores! ¡Como si esa tendencia misma hacia lo superior y general, hacia lo universal y sumo, no fuera una violenta consecuencia de la tristeza angustiosa que da el conocimiento de lo individual y pequeño!

Pero, en la tierra, según se sabe, hay más ratones que águilas: y los ratones se juntan, y dicen entre sí: «¡vaya!: nosotros volamos mejor que las águilas!»—y, por de contado, todos los ratones lo creen.

Lamar es de las águilas: y su informe ha sido tan cauto, tan claro, tan apegado a lo real, tan conforme a los problemas prácticos, que estudia, que ya no se oye decir, por esta vez, que Lamar es inhábil para el puesto porque lee versos, o los hace, y usa el cabello largo, y sabe del hombre

antiguo y de monedas, y se suele quedar, ¡pensando precisamente en los rufianes políticos!, con las manos cruzadas, mirando chisporrotear en la chimenea, los leños encendidos!

Y en el informe de Lamar, que tiene 90 páginas, como cuarenta, y las primeras, están consagradas al estudio del problema indio.

Ya es hora, según él, de que los Estados Unidos resuelvan este problema, que está hoy en su punto crítico. Ni se defiende siquiera de que lo acusen de filántropo; todo el mundo pone hoy atención privilegiada en la cuestión india.

El salvaje vive, y, aunque en diversos grados de civilización, vive, como salvaje. Ya no está como antes en tierras lejanas, de donde podrá huir, y de las que se le podrá sacar: está en las tierras mismas que el gobierno le dio a cambio de las suyas, que le fue quitando, y estas no se las podría quitar sin cometer infamia y violar sus contratos. Las comarcas cultivadas de los blancos rodean ya de todas partes el territorio y las reservas indias.

¿Qué se ha de hacer pues?

¿Exterminar al salvaje? ¿Corromperlo, como un medio de exterminarlo? ¿O pagarle en cuidados civilizadores, que él no rechaza y solicita, la libertad fiera en los montes nativos, el placer de la raza, la vida grata de la tribu, el rincón materno donde sus madres los tuvieron con dolor, y sus abuelos fueron señores y felices?

Pues que las tierras son suyas, según contrato con el gobierno, el gobierno debe mantenerlos en ellas. Si los agentes los compelen a arrendar sus tierras a los ganaderos a mal precio, o sin precio, hay fraude en estos arriendos, y la ley no debe autorizarlos.

Si hay en algunas comarcas, como la de los pintes, como la de los apaches, un centenar de indios tercicos y nómades que se resisten a ser mudados de lugar y a vivir sometidos a la gente, esta no es razón para que se trate como vasijas de barro a las cinco tribus civilizadas, los cherokees, los choctaws, los chickasaws, los creeks y los bravos seminolas de la Florida: los apaches son la forma excesiva de la venganza india: ¿qué idea justa no tiene sus fanáticos?, ¿qué justicia no engendra exageraciones?, ¿a qué extrañar en hombres cercanos aún a la naturaleza pecados inherentes a la naturaleza humana?

Bien puede ser que acabe el gobierno por llevarse a las islas del Pacífico los 200 apaches que mantienen en zozobra constante el estado de Arizona,—y decida recoger con las tropas a los pintes en alguna reserva cercana al lugar nativo que aliciente alguno ha bastado a hacerles

abandonar—pero ya, de una vez por todas, es necesario tratar de traer, por modos graduales, a una civilización definitiva a los 200 000, nada más que 200 000 indios, muy adelantados ya muchos de ellos, que viven enclavados entre los estados blancos que adelantan, costando al gobierno nacional, por el actual sistema de tutela, de cuatro a siete millones de pesos al año por gasto de agencias.

El Secretario Lamar sugiere que se eduque a los indios por medio de los indios; que en vez de enviarlos, contra la voluntad de sus padres, a escuelas lejanas de la nación, se les envíe a las escuelas excelentes de los cheyennes, donde son indios casi todos los profesores, donde los indios, y no el gobierno, fueron los que fundaron y los que pagan la enseñanza, donde la enseñanza iguala, en sus ramos, y en el cuidado con que se estudian, a la de las escuelas superiores de la Nueva Inglaterra:— el secretario Lamar lo dice.

En cuanto a tierras, ya los sioux poseen las suyas, por separado, y están contentos con ellas; pero como los indios han sido tan traídos y llevados y los contratos del gobierno con ellos violados tantas veces; como es tanto su miedo natural de que toda promesa nueva sea olvidada, y es tan vivo y legítimo su apego a las tradiciones de su raza, más ardiente mientras más amenazadas las ven, y menos tradiciones les quedan; la posesión de la tierra en común es uno de sus hábitos más arraigados y queridos, el Secretario indica que la tierra ha de dividirse, pues no hay otro modo de elevar al hombre que hacerlo creador de sí y propietario de algo, pero eso ha de hacerse de manera que ni choque mucho al principio con las costumbres de la raza, ni luego de que esté repartida la tierra en lotes individuales, se apoderen de ella los contratistas rapaces o los colonos blancos que se las envidian.

Divídase en haciendas personales parte de la tierra que hoy posea por contrato cada tribu: compre el gobierno a los indios a buen precio y resérvela para su adelanto, la tierra sobrante: prohíbase a los indios, por un plazo que baste para que entiendan el valor de su propiedad, que enajenen o hipotequen su tierra, o que la arrienden a cualquiera que no sea un indio de su propia tribu.

Propone un sacerdote, y recomienda el Secretario para la tribu de los umatillas, que como no conocen aún las ventajas y goces de la propiedad individual, y no la ven hasta hoy sino como una revolución temible en sus costumbres, que les viene del blanco engañador, se divida la tierra en lotes individuales de ochenta acres; se elija un grupo de diez a quince

indios jóvenes, se les enseñe a cultivar y dirigir sus fincas, trabajando los diez o quince en común en las fincas de todos, bajo maestros prácticos a un costo de \$7 000 al año; y cuando este año preparatorio esté acabado, se ponga cada hacienda aislada en manos de su dueño preparado ya para hacerla prosperar, en tanto que se comienza de nuevo al año siguiente con otro grupo: y así hasta que quede enseñada toda la tribu.

No parecen bien al Secretario los agentes fijos, que obran sobre tribus en distintos grados de civilización con un sistema igual para todas. No: el Secretario cree que a cada caso ha de resolverse en acuerdo con sus especiales exigencias: que el indio de la reserva de los pueblos, que apenas tiene carne que comer y algo que vestir, tiene razón para resistirse a pagar las cargas públicas de una ciudadanía de que no goza, y de unas leyes escritas en una lengua que no entiende; mientras que los cheyennes, que de mucho tiempo atrás se gobiernan con innegable sabiduría, no solo no se eximirían mucho de las cargas urbanas, sino que voluntariamente se las imponen, y sin expolio ni soplo ajeno, han determinado dar \$6 000 al año de la anualidad que por contrato les paga el gobierno, para contribuir a los gastos de las escuelas de la tribu.

En 1886 se recomienda, pues,—¡oh hombres vanidosos!—para resolver el problema indio—lo mismo que recomendaba, en la lengua sana y nueva de aquellos tiempos, la ordenanza de 1787; lo mismo que decía en su informe en 1822 aquel hombre de gran frente que dio el Sur, John Calhoun: «el sistema de educación, que es la base de todo, la reducción de su comarca, y la división de la propiedad territorial». Ya entonces decía Calhoun, también Secretario: «Todas las tribus, no solo no resisten, sino que solicitan la educación de sus hijos. Los informes de los maestros son unánimemente favorables. El progreso de los niños indios es enteramente igual al de los niños blancos de la misma edad; y parecen tan capaces como ellos de adquirir hábito de trabajo».

Y acaba Lamar recomendando que no se les aparte de los lugares en que hoy viven; porque no podrán entonces, con el miedo de ser expelidos de la tierra que hubiesen cultivado, entregarse con fe a la labor a que se quiere aplicarlos definitivamente. Ni podrán las compañías ferrocarrileras pasar por las tierras indias sin compensar cumplidamente la ocupación que usurpan.

Y las nuevas haciendas individuales serán registradas como cualquiera otra propiedad de un ciudadano de la república y asignadas por el título respectivo a su dueño indio.

Así, educado por maestros de su propia raza, encariñado con su labor productiva en tierra definitivamente suya, y ayudado, en vez de burlado sangrientamente por sus conquistadores, podrá, con paz segura, con los placeres de la propiedad, con la conciliación de la vida de su raza y la vida civilizada, con la elevación de la mente instruida, permanecer el indio como elemento útil, original y pintoresco del pueblo que interrumpió el curso de su civilización y le arrebató su territorio.

No acaba el mensaje de Lamar sin una sugestión que ha sido muy celebrada: ¡esas son las cosas que los hombres romancescos, que saben de versos y monedas antiguas, descubren cuando miran con los ojos fijos en las llamas elocuentes del leño que chisporrotea en la chimenea!

Washington, Madison, Jefferson, Adams, todos habían sugerido ya lo que hoy, por razones que discretamente calla, sugiere de nuevo el Secretario. Todos recomendaron, como él, la creación de una universidad nacional. Bien se ve, aunque él no lo dice, que sufre por esta rudeza general de espíritu que aquí aflige tanto a las mentes expansivas y delicadas. Cada cual para sí. La fortuna como único objeto de la vida. La mujer como un juguete de lujo. El amor de la mujer, como un capricho de la fantasía o como una necesidad de acomodo social. El hombre, máquina rutinaria, habilísimo en el ramo a que se consagra, cerrado por completo fuera de él a todo conocimiento, comercio y simpatía con lo humano. Ese es el resultado directo de una instrucción elemental y exclusivamente práctica. Como que no hay alma suficiente en este pueblo gigantesco: y sin esa jun-tura maravillosa, todo se viene en los pueblos, con gran catástrofe, a tierra.

Los hombres, a pesar de todas las apariencias, solo están unidos en este pueblo por los intereses, por el odio amoroso que se tienen entre sí los que regatean por un mismo premio. Es necesario que se unan por algo más durable. Es indispensable crear a los espíritus aislados una atmósfera común. Es indispensable alimentar la luz, y achicar la bestia.

Fuera de negocios y de cierto círculo privilegiado, salta acá a los ojos que los hombres no tienen nada que decirse, ni pensamientos finos con que complacerse y elevarse en común: ni modo siquiera, aparte del instinto y la costumbre, de retener en sí el alma volandera e imaginadora de sus mujeres.

De leer, escribir y contar no se pasa en la escuela pública. Y de la escuela pública, a la faena, al espectáculo del lujo, al deseo de poseerlo, a la vanidad de ostentarlo, a las angustias crueles e innobles de rivalizar con el del vecino.

De este empequeñecimiento es necesario sacar estas almas. En el hombre debe cultivarse el comerciante,—sí; pero debe cultivarse también el sacerdote.

Un hombre no es una estatua tallada en un peso duro, con unos ojos que desean, una boca que se relame, y un diamante en la pechera de plata. Un hombre es un deber vivo; un depositario de fuerzas que no debe dejar en embrutecimiento, un ala.

La lectura de las cosas bellas, el conocimiento de las armonías del universo, el contacto mental con las grandes ideas y hechos nobles, el trato íntimo con las cosas mejores que en toda época ha ido dando de sí el alma humana, avivan y ensanchan la inteligencia, ponen en las manos el freno que sujeta las dichas fugitivas de la casa, producen goces mucho más profundos y delicados que los de la mera posesión de la fortuna, endulzan y ennoblecen la vida de los que no la poseen, y crean, por la unión de hombres semejantes en lo alto, el alma nacional.

Clama el Secretario por una educación general superior como una inmediata necesidad nacional; cree que no basta la seca escuela de elementos meramente prácticos; pide una gran universidad nacional, que organizándose sobre la base de las diversas corporaciones científicas que hoy mantiene separadas el gobierno, complete este espectáculo de las fuerzas de la tierra sorprendidas y puestas a servir, con los conocimientos que se derivan del hombre que ama y aspira sobre ella, y no ha de saber solo qué es lo que tiene bajo sus pies, sino lo que lleva en sí.

Un pueblo no es un conjunto de ruedas; ni una carrera de caballos locos; sino un paso más dado hacia arriba por un concierto de verdaderos hombres.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 18 de febrero de 1886.

[Copia digital en CEM]

Las huelgas en los Estados Unidos

Los Caballeros del Trabajo.—Causas y aspecto de la huelga ferroviaria.—Jay Gould y los trabajadores.—El lenguaje de los Caballeros del Trabajo.—Atentados de los huelguistas.—«¡Todavía eres buena bandera!».

New York, marzo 25 de 1886.

Señor Director de *La Nación*:

Hoy, todo es huelga, huelga formidable. Estados enteros hay en huelga; regiones enteras de trabajo, que abarcan dos o tres estados. De asamblea en asamblea, o sea, de gremio en gremio, ha ido extendiéndose la orden de los Caballeros del Trabajo desde su cuna en Philadelphia por toda la república, en las manufacturas del Este primero, luego en las grandes ciudades, después en los ferrocarriles que van al Oeste, al fin entre los campesinos y mineros de los estados del Pacífico.

Lo que empezaron junto a una mesa de cortar ropa hace veinte años unos cuantos sastres de brava voluntad, es hoy asociación técnica, organizada como vastísima masonería, por medio de la cual, si en un ferrocarril de Tejas despiden a un obrero sin razón, ya están los herreros de Pittsburg, los zapateros de la Nueva Inglaterra, los cigarreros de New York disponiéndose a ayudar con su cuota a la huelga de los ferrocarrileros de Tejas, hasta que el obrero despedido sin justicia sea vuelto a su puesto.

Si los trabajadores en las minas de carbón creen que se les paga un salario ruin por su trabajo casi sobrehumano, los Caballeros del Trabajo los defienden, los representan, los ayudan; y hace seis meses que en Monongahela hay poca carne y poco pan, pero las minas están desiertas: unos días ha, quisieron algunos volver a las minas, y sus propias mujeres les salieron al encuentro, y les vaciaron sobre la cabeza las cestas de los desechos de la casa.

Si en la Nueva Inglaterra se resisten los manufactureros a dar cuenta de sus provechos al tribunal de la orden, que los inquiera sinceramente

en son de paz, para saber si es cierto que no pueden pagar a los obreros el salario que reclaman, sin obreros se quedan las colosales zapaterías, con gran utilidad de las que, por no parar en la ganancia, han reconocido a los trabajadores como regla de salario, una parte en los productos de la fábrica.

Crece este sistema. Acaso sea el que predomine, como único medio justo de dar en la producción de la obra su porción correspondiente al dueño y a los operarios:—¡que como se está hoy, el obrero, después de halar mal toda la vida y cavar cincuenta años, tiene que vivir de una limosna, que no siempre halla!

Y si una gran compañía de ferrocarriles, como la que por el sudoeste del país dirige el hábil millonario Jay Gould, falta de propósito a sus acuerdos en conflictos anteriores, y contra lo estipulado en ellos, rebaja sueldos sin anuncio anticipado de un mes, despide hombres, aumenta horas, y deja sin compensación las horas aumentadas; si una y otra vez piden en vano a los directores de la compañía que se examinen sus casos de queja, y se cumpla el acuerdo; si el desafío y desdén, como sucedió por desdicha en este caso, responden a la moderación y la paciencia,—en masa se levanta el gremio ofendido del ferrocarril, y poco después, uno tras otro, todos los gremios que trabajan en la empresa, ahora los fogoneros, luego los maquinistas, los guardafrenos enseguida, enseguida los guardagujas, diez mil hombres en fin, el ferrocarril entero.

No salen trenes. Apílanse en enormes montes las mercancías.

Día sobre día aumenta la huelga.

Ni los productos van, ni su importe vendrá cuando se calculaba, ni las ventas serán las que hubieran sido.

Un ferrocarril detenido en semejantes comarcas es una plétora en la aorta.

Así se está hace ya quince días en los estados de Missouri y Kansas.

La labor continua de los que preparan a los trabajadores para un alzamiento general y pacífico, por el que se venga a una reforma esencial en la condición del trabajo, se revela prematura e inevitablemente por estos grandes movimientos precursores, que estallan de su propia fuerza allí donde son más vivos los abusos que se intenta remediar, o donde el influjo apaciguador de las cabezas más prudentes no puede ejercerse con tanta eficacia como en las comarcas que están más a su alcance.

Hace un año por esta misma fecha, solo había dieciocho mil obreros alzados: este año hay, en estos instantes, fuera de las huelgas menores, más de sesenta mil. Apenas hay un minero trabajando en las regiones de

carbón de Pensylvania, Marilandia y Ohio: están desiertas las fábricas de clavos de los Allegheny: pasan de diez mil los huelguistas en las grandes fundiciones, telares y zapaterías de Massachussets.

Se asedia, se boicotea menos que el año pasado a las fábricas que se niegan a dar al operario el sueldo o estimación que él cree justo, lo cual la «asamblea local» castiga publicando el hecho en su periódico, para que los trabajadores o sus amigos no compren los productos de la fábrica.

Se boicotea menos; pero, mirando atentamente en la revuelta y voluminosa masa de noticias de las comarcas alzadas, se distingue menor sumisión, más determinación, mayor unidad que en las contiendas anteriores. No han esperado a tanto para levantarse. Piden sin arrogancia, pero con más energía; y en cuanto piden, en el Este como en el Oeste, se nota el mismo tino de resolución y de batalla.

Leyendo a la vez las manifestaciones de los lugares más distantes, salta a la vista esta igualdad de intensidad, de resolución y de lenguaje.

Es el lenguaje constante de las resoluciones de la gente llana: infantil y terrible a veces, puerilmente retórico, a veces de apostolar elocuencia.

Si no se viera a la asociación que aconseja o dirige estas huelgas, surgir por todas partes, triunfar en unas, e inspirar respeto en todas; si no se la viese esparcirse, concentrarse, ubicarse, atender con energía y prudencia a todo; y acá reprimir, y allá azuzar, por un lado retener a los fanáticos, someter por otro a los que los tratan con desdén; si por la fuerza que mueven, y la habilidad con que la guían hasta ahora, no hubiesen atraído sobre sí la atención del país entero, y de fuera de él, donde se le proclama «la más notable de las asociaciones obreras conocidas»,—pudiérase decir por el tema general del lenguaje de sus documentos, que aún no le llegaba la seriedad a donde le llega el entusiasmo.

Pero esto es cuando se mira solo a la retórica: porque en el hueso de los documentos se ven precisamente toda esa exaltación y concentración, todo ese fuego erguido y desbordante, toda esa incapacidad de ver más que aquello a que se tiene dada el alma, todo ese desdén de la manera social, que echan a un lado con cólera, como capas de duende, los reformadores convencidos de su justicia.

«Somos idiotas, que no podemos ver, ni leer, ni sentir, ni saber lo que las palabras significan. Durante meses enteros nos hemos sometido en paciencia a esa humillación: durante meses enteros hemos pedido, esperado, suplicado que se nos oyera amigablemente.

«Meses enteros hemos deliberado, en la esperanza de que los directores del ferrocarril nos diesen al fin razón. ¡En vano! Cada día las violaciones

han sido más rudas. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué haríais vosotros? ¿Someteros? No puede tanto la naturaleza humana. Los hombres que lo son, no se someten. Abandonaríamos el trabajo; y lo volveríamos a abandonar en circunstancias iguales, aunque la miseria nos diera en el rostro.»

Esto dice una asamblea. Otra dice así, al apelar a la *orden* y al *país* del intento mostrado por Jay Gould de llevar a los Caballeros del Trabajo ante los tribunales como conspiradores:

«Bien puede ser que prendan en los tribunales, que él domina, los ardides de la ley; y que no vean los jueces más derechos que los de la riqueza, a través de los lentes de oro que él sabe ponerles ante los ojos; pero a aquel tribunal superior y más alto, aquel cuyo veredicto es definitivo y supremamente recto, a aquel apelamos; he aquí nuestro caso».

Y cuenta los abusos de la compañía. La proclama, aludiendo a los que por necesitados o traidores sirven a un ferrocarril, que son muy pocos, prorrumpe de este modo:

«Los cobardes atrás, los bribones al enemigo; los hombres al frente».

¡Los traidores, o los infelices! ¡Los de alma baja, nacidos para adular; o los de espíritu pobre, a quienes la rebelión y la miseria aterran!

¿Quién no ha conocido, en los bancos del colegio como en los de la vida, al que hace la ronda, como gallina enamorada, al maestro, al rico, al poderoso, y al mísero de corazón que, sin ser malo, va por miedo donde los malos lo llevan?

Y puede ser también ¡quién sabe! que sea el amor de la casa, y el espanto de su escasez, lo que a algunos de los obreros del ferrocarril, cincuenta entre diez mil, haya movido a continuar sirviendo a la compañía. Pero de este hecho ha surgido el conflicto mayor, y el que pone en peligro a la Orden de los Caballeros de perder mucha parte de la simpatía respetuosa con que visiblemente se la saluda, acaso porque, con justicia, se vea más en ella la resolución del problema del trabajo, que la convulsión sangrienta que otros temen.

Ni el que tiene un derecho, tiene con él el de violar el ajeno para mantener el suyo: ni el que se ve dueño de una fuerza, debe abusar de ella. El uso inspira respeto: el abuso indigna.

El país acompaña con sus votos, fuera de los muy interesados, a las asambleas locales de la orden que decidieron con razón aparente la huelga del ferrocarril, y los estados mismos que padecen de ella no lo echan en cara a sus instigadores: los gobernadores de los estados han actuado como mediadores voluntarios entre los representantes supremos de la orden que

ha reconocido y tomado a su cargo la huelga, y los directores del ferrocarril que se niegan a tratar con ella.

Pero cuando, con la violencia que la orden rechazó, han impedido los huelguistas que la compañía mueva sus trenes; cuando han saltado al paso de las locomotoras, y apagado sus fuegos; cuando han vuelto a la fuerza al depósito los trenes que emprendían camino; cuando, con toda la furia de una horda, que al fin se detuvo por sí misma, corrieron a atacar los talleres; cuando se apoderaron de una locomotora de la compañía, y fueron en ella, por la vía que no es suya, a hacer un recado de su huelga,—ni el público lo sostiene, ni la prensa los alaba, ni la milicia se está quieta.

Los gobernadores han declarado hoy su intento de hacer respetar el derecho de la compañía a correr sus trenes, si tiene empleados que la sirvan.

Convenzan los huelguistas en buen hora a los empleados; y niéguese en buen hora, sean cualesquiera los resultados para el país, a dar su trabajo por precio y condiciones menores de los que estiman justos,—que a eso tienen derecho. Mas si atentan a la propiedad y libertad ajena, la milicia del estado caerá sobre los perturbadores.

Grande es la agitación; pero no se esperan, sin embargo, armas de ella.

En la ciudad de San Luis, ese aire de fiesta de las revoluciones en todo se muestra,—en la gente que ocupa las calles, en los corrillos donde se discute acaloradamente, en las mujeres vestidas de gala. De pronto las calles se vacían: ¡es que han ido a silbar un tren que pasa!

Un hombre está junto a la línea con una bandera americana en la mano. El tren se acerca lentamente, y el hombre agita la bandera, tiene el rostro arrugado y barbudo: las manos velludas: va en camisa de franela, calzón holgado y corto, y botas.

—«¿Pasarás por sobre esta bandera?» le grita al maquinista,—y pone el pabellón sobre el riel.

El tren pasa y lo rompe.

El hombre lo levanta y vuelve a enderezarlo, y en el silencio profundo de la muchedumbre, dice:

—«¡Rota estás y caída; pero todavía te respetamos: ayer te cortaron tus estrellas, y hoy te cortan las listas; pero todavía eres buena bandera!».

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 9 de mayo de 1886.

[Copia digital en CEM].

Las grandes huelgas en Estados Unidos

Aspecto del problema social.—Causas de la depresión industrial.—Las angustias del gran Tío Samuel.—Martin Ivons, un fanático.—Trabajadores contra trabajadores.—Motines y muertos.

New York, abril 27 de 1886.

Señor Director de *La Nación*:

No ha abierto esta vez la primavera con lilas y heliotropos, sino con rosas rojas; ni están de acuerdo los cielos claros y las mentes inquietas.

Este mes ha visto el planteamiento, aún burdo y desordenado, del problema social con que, en este lado del mar como en el otro, parece quiere cerrar sus angustias el siglo en que vivimos;—como se cierra la noche, en cuyas entrañas negras relampaguean los ojos de las fieras: con el alba.

Es lícito deducir de movimientos simultáneos universales en una misma vía, la existencia de un malestar universal. El buen vivir y el ligero pensar son cosa grata y cómoda; pero no bastan a espantar los problemas de los tiempos, que se sientan mal de nuestro grado en el festín como el fantasma de Banquo.

El siglo tiene las paredes carcomidas, como una marmita en que han hervido mucho los metales. Los trabajadores, martillo en mano, cuando no Winchester al hombro, han comenzado ya a palpar las hendiduras, y a convertir en puertas anchas los agujeros, por donde entren a gozar en paz, aunque se les manchen los vestidos de la sangre propia, o ajena, de un estado nuevo en que el trabajo sea remunerado a un precio suficiente para sustentar la casa sin miseria y amparar la vejez, sin esa dependencia de la avaricia o capricho extraño en que ahora viven.

En los Estados Unidos se presenta el problema, como acá se presenta todo, y como lo da el país: colosal y súbito.

Acá, cuando hay fuerza, hay mucha; cuando hay hambre, hay mucha; ¡ah y cuando hay ignorancia, hay mucha. Ni están aquí los excesos que esos

tres elementos acarrean, templados por aquel amor arraigado y tradicional al propio país, que como voz de madre detiene en las entrañas de los más justicieros o coléricos, los malos hechos; porque esta población revuelta, ya se sabe, solo tiene de americana la última capa, la última generación, y en muchas partes ni esa tiene,—de modo que, sin los frenos del patriotismo que aun en los ruines puede tanto, esta mezcla de irlandeses, de escoceses, de alemanes, de suecos, de gente que come carne y bebe cerveza, y tiene espaldas y manos atlánticas, va rápida y sin bridas, sin más bridas que las de su miedo o instinto de conservación, a conquistar lo que cree suyo: su derecho a una parte mayor en los productos de una riqueza de que se estima el principal factor y no es el aprovechador principal.

Pudiera detenerse, en muchos casos con justicia, a esa masa que adelanta. Pudiera hacérsele pensar en que si ella es una parte indispensable a la producción de la riqueza, lo es de otra parte la acumulación del capital contra cuyos abusos odiosos justamente se coaliga. Pudiera traérsela a entender que no es solo un mal ajuste de la distribución de los productos de la industria lo que en muchos casos tiene sin empleo, o en empleo de poco salario a los industriales; sino lo enorme de la producción por el trabajo acelerado de las máquinas, el exceso de lo producido sobre lo necesitado, la competencia entre los países rivales que es mortal para aquellos que como los Estados Unidos cobran por sus importaciones derechos altos, y los errores de esa misma industria que alimenta a la masa obrera, la cual, con el miedo de ser invadida en su propio mercado, por los frutos de los países de importación libre, aboga por la continuación de los derechos altos de entrada, que le impiden producir con baratura suficiente para salir a competir con éxito en los mercados rivales.

Este gran Tío Samuel se aprieta los tirantes, se mesa la barbilla, se pasa de mano en mano el sombrero de copa alta, se enjuga con su pañuelo de algodón el sudor de la frente, que ya empieza a dar gotas de sangre y a fuerza de haberse protegido tanto a sí mismo, se halla en frente de este problema formidable.

El Tío Samuel se lo fabrica todo, montes de fábricas de toda especie tiene el Tío Samuel, pero tiene que comprarse él mismo todo lo que fabrica; ¿y dónde lo pone? ¿y qué hace con tanto? ¿y con qué dinero seguirá alimentando sus fábricas? ¿y qué hará con sus millones de trabajadores, que no se paran a ver este problema, sino que ven a las empresas ricas, y se ven pobres, y quieren más salario, más seguridad y más respeto?

El Tío Samuel, la nación americana, se revuelve inquieto, y ya con señales de mucho malestar, entre sus fábricas de tejidos de lana, que hoy no se venden en la cuarta parte de lo que costaron,—de armas, montadas para hacer mucho más de lo que los ejércitos naturalmente consumen,—de máquinas, que por lo caro del hierro, o por producir más de lo que se necesita, yacen en ocio, o disimulan su pobreza o trabajan con pérdidas, tristes y descompuestas como cíclopes con hambre.

Ese es el problema: hambre de cíclope. Y ese malestar industrial, cuyas causas,—exceso de producción, exceso de población obrera,—no son todas remediables, tiene en zozobra al país, y sin sus recursos y fe habituales, en los momentos en que, sintiéndose ya por la fortaleza de la hermandad más poderosa la gente trabajadora, ha decidido trancar su fuerza.

Eso pudiera decirse a la masa obrera para contenerla, o demorar para ocasión más propicia sus demandas de reorganización industrial. Pero como ellos se han hecho ya su código de derechos, que tienen muy cimentados en razones; como ellos ven que sus males provienen en parte visible de la insolencia y desdén del capital organizado, de las combinaciones ilegítimas de este, del sistema de desigual distribución de las ganancias que mantiene al trabajador en un perpetuo estado de limosnero; como ellos no hallan justo que los salarios de los trabajadores de ferrocarril no pasen de un mendrugo y una mala colcha, para que puedan repartirse entre sí dividendos gargantuescos los cabecillas y favorecidos de las compañías, que por cada mil pesos de gasto real en la empresa emitieron veinte mil en acciones, de modo que como los provechos están naturalmente en relación al capital empleado, nunca hay bastante con el producto de los mil para pagar los dividendos de los veinte mil; como el santo veneno de la dignidad humana ya no quiere salirse de las venas de los hombres, y los hincha e impulsa,—resulta que con una justicia acá, y allá una violencia, los trabajadores se han puesto en pie, decididos a no sentarse sino mano a mano con el capital que los emplea.

Y más resulta, y esa es la desdicha: nadie más que los siervos sienten la necesidad de ser señores; y como la gente trabajadora ha tenido tanto que sufrir del señorío de los que la emplean, le han entrado veleidades de déspota, y no se contenta con hermanarse con los que la han hecho penar, sino que, yendo más allá de toda razón, quiere ponerse encima de ellos, quiere sujetarlos a los términos que impedirían a los empleadores la misma dignidad y libertad humana que los empleados para sí reclaman.

Ahí está su debilidad, en su injusticia: y, por esta vez al menos, ahí está su derrota.

Eso que va dicho a manera de comentario, no es comentario solo, sino la esencia y resultado real de los gravísimos sucesos que se han venido amontonando acá en este mes de huelgas, y dominando la atención, y conmoviendo todas las fuerzas del país, y paralizando el tráfico, y provocando la acción misma de la Presidencia.

Contados, uno a uno a la distancia, esos sucesos, interesantísimos todos, algunos terribles, parecerían tediosos: sobre que puestos uno encima de otro, harían de esta carta un monte.

En estas cartas decimos los hechos, no en su osamenta ponderosa, sino en su jugo: de modo que cuando razonamos, vamos contando, pero en tal manera que el cúmulo de sucesos no fatigue, y reciba el lector de ellos el beneficio mental y la experiencia que sacaría de presenciarlos. Pero estos sucesos han sido tales que, en índice al menos, hay que darlos.

Con rosas rojas abrió esta primavera; con manchas de sangre sobre la yerba verde; con obreros muertos y alguaciles muertos; con acciones de armas entre los obreros del ferrocarril Missouri Pacific ocultos en la yerba, con el Winchester encendido, y los alguaciles empeñados en hacer andar por la vía una locomotora, contra la voluntad de los obreros.

¿Quién no se imagina lo que son diez mil hombres del Oeste, del hierro, de la fragua, de la máquina, de la naturaleza, después de un mes de rebeldía sin paga, apoyados por una hermandad de quinientos mil trabajadores avivados, encendidos, fustigados por un fanático de lengua de acero, un escocés que ve murciélagos ventruados y hediondos, y brujos con alas del tamaño de locomotoras en los capitalistas?

Los cabezas de la hermandad de los Caballeros del Trabajo no son así, sino gente que hacen resplandecer su justicia con su prudencia; pero ese terco escocés, que tiene la fe y el ímpetu de los apóstoles, no ve el problema con la mente que endereza, sino con la indignación que ofusca, y con tal de sacar a su ídolo, que es el decoro y la supremacía del obrero, por sobre todos sus oprobios, ni se para en llamas, ni respeta propiedades, ni cuida de telégrafos, ni entiende de paces y esperas, ni de derecho ajeno. Es de los desventurados que solo ve el derecho suyo.

Este egoísmo es sublime, pues en semejante persona llevaría a la pérdida de la propia vida en holocausto de la dignificación del hombre; pero la grandeza moral absoluta, que es cosa del cielo, suele ser justamente crimen en la historia, que es cosa de los hombres. Todo aquel

que no mira tanto por el derecho ajeno como por el propio, merece perder el propio.

La huelga de los ferrocarrileros del Sudoeste, del Missouri Pacific, ha sido en su marcha y acción reflejo del carácter de su caudillo. Fue premeditada con poca cordura; decretada sin suficiente razón visible; mantenida contra la voluntad de los directores de la orden de Caballeros del Trabajo, y contra sus métodos; afeada por asaltos, incendios, violencias y muertes.

Que el trabajador se niegue a dar su trabajo por menos del precio en que lo estima; que diez mil trabajadores ejerzan a la vez este mismo personalísimo derecho; que procuren, por el bienestar general de las clases humildes, que las empresas abusadoras no hallen trabajadores que los sustituyan, y se vean forzadas a comprar el trabajo que necesitan en el precio a que este se estima, así como el trabajador compra los artículos de su uso al precio en que los estima el que los vende,—eso está bien, y tiene acá en la conciencia pública, profundo apoyo, por más que lleguen a ser grandes las inconveniencias de industria y tráfico que resultan del ejercicio de esos derechos.

Pero no es de este modo escolástico y meramente racional como la gente de trabajo ve su problema.

No lo ven como un argumento sino como una batalla.

De buena voluntad no se les ha dado nada: ella ha tenido que irlo arrebatando todo: por la organización, por la huelga, por el asedio—que llaman ahora «boicot»—siempre por un medio violento. Mientras pedían, mientras esperaban, mientras no se erguían, sus tristezas no hallaban favor. Asociados en pequeño, comenzaron a obtener victorias tímidas, que les dieron ánimos para mayores acometimientos y para afrontar sin desbandarse considerables derrotas.

No dotados de aquella superior paciencia que viene del pensamiento, por cuanto la vida no prepara a los ganapanes para catedráticos de filosofía, no ven ellos las causas hondas y los efectos finales de su problema, sino las causas directas y los efectos inmediatos.

Conforme se van presentando los males, van discurriendo los remedios.

El primer mal era la miseria, la agonía permanente, la casa sin un ahorro para caso de médico o de muerte, el salario más bajo que las necesidades. Pues cesando a una vez de trabajar para el dueño, este perderá indudablemente más con la suspensión de su empresa que cada uno de los obreros, que solo pierde su salario. Huelga, pues, y el más testarudo o el menos necesitado gana.

Mucho ha crecido el problema, y mucho más saben ahora los trabajadores que antes; pero para la gran masa de ellos, ese es el estado de su caso, y esa ha sido la huelga del Sudoeste. «El ferrocarril no podrá trabajar sin nosotros, pues mientras no acceda a lo que queremos de él, huelga».

Sí; pero hay muchos hombres sin trabajo, que andan de rodillas pidiendo qué hacer; hay mucha empresa ociosa; hay mucho inmigrante hábil: ¿de qué sirve la huelga, si por donde salen los huelguistas entran a miles, en los términos que ellos rechazan, otros obreros que cubren sus puestos?

Si sus clamores son justos, alega la empresa, ¿cómo esos obreros nuevos no los sienten, y están satisfechos con su empleo, y con sus relaciones con la empresa?

El huelguista, ya fuera de su empleo por una causa que cree santa, no puede forzar a la empresa a que reconozca su demanda, si aquella halla obreros que lo reemplacen; ni quiere que otro ocupe su lugar, pues siente que no es de ley moral que la empresa deje sin trabajo a los que en la hora del apuro se prestaron a servirla. El huelguista, que desde hace años oye a predicadores, asiste a reuniones y lee libros, cree que todo obrero que se presta a ocupar su lugar es un traidor, un traidor a «la causa santa del trabajo», y no estima que viola un derecho cuando pretende impedir que el obrero nuevo lo reemplace, sino que castiga a un infame y cumple una justicia.

Los huelguistas del Sudoeste decidieron, pues, impedir por la fuerza, que la empresa moviera sus trenes, y utilizara las manos nuevas.

¿A qué contar los innumerables conflictos? Máquinas desventradas, talleres asaltados, trenes vueltos atrás, trenes quemados, trenes que adelantan entre tempestades de silbidos y descargas cerradas, la muchedumbre que acomete a los alguaciles, los alguaciles o la milicia que vacían sus fusiles sobre la muchedumbre, la empresa que va llenando los fuertes vacíos, ocho mil hombres que reemplazan a los diez mil huelguistas, una paz de rabia que sucede a una quincena de frenesí, una mezcla de razones e injusticias que a estas horas hace difícil saber de quién fue la culpa primitiva, un sacudimiento nacional en suma, que ha obligado al Congreso a nombrar a toda prisa una junta de arbitramento con poderes oficiales de investigación y dictamen en los conflictos que puedan poner en peligro el libre comercio entre los estados, y ha movido al Presidente mismo, a quien prudencia y costumbre mandan ser cauto en el ejercicio de su derecho de recomendar al Congreso la adopción de medidas oportunas, a aconsejar el nombramiento de una comisión de trabajo, compuesta de

tres miembros de oficio permanente, para el estudio y arbitramiento de los casos de disputa entre los obreros y sus empleadores.

Ya el año pasado se nombró un comisionado de trabajo, cuyo informe ha sido de mucha luz, y ha puesto en claro lo que tienen de injusto y peligroso las relaciones actuales de empleadores y empleados, y lo que suelen tener de excesivo las demandas de los trabajadores. Conocer un problema es ya más de la mitad de su resolución: la mente humana, por esencial virtud, acude con súbita revelación al remedio de un mal tan pronto como lo conoce.

JOSÉ MARTÍ

(Concluirá)

La Nación. Buenos Aires, 4 de junio de 1886.

(Conclusión) [Las grandes huelgas en Estados Unidos]

Elementos, métodos y fines de los Caballeros del Trabajo.—Los elementos del conflicto ante el juicio público.—Jay Gould, el millonario.—Powderly, obrero y hombre de Estado.

Nueva York, abril 27 de 1886.

Señor Director de *La Nación*:

Lo que hay de notar en esta condición del problema del trabajo, no es esa huelga aislada del Sudoeste, que, en sí, solo es una huelga más; sino su relación con las asociaciones de obreros, esparcidas con una u otra denominación por el país, con capacidad de acudir a la vez, como están acudiendo ahora, a dos huelgas considerables, y de reunir de cinco a ocho mil pesos diarios para alivio de los huelguistas del Sudoeste.

Aquella huelga que en la carta pasada fue descrita, y que a pesar de sus violencias retuvo por su fundamento de justicia la simpatía pública, encendió las esperanzas, esponjadas y vaporosas como la estopa, de las muchedumbres obreras del país. Caballeros del Trabajo eran los que triunfaron en Nueva York, y todos los obreros, engolosinados con aquella redonda victoria, quisieron ser caballeros del trabajo.

Se les tiene ofrecido un Mesías, que habrá de sacarlos de su suerte triste, y creyeron el Mesías venido.

La casa pequeña de ladrillo donde se reúnen los directores de la orden en Filadelfia no daba espacio para los quehaceres crecientes de las asociaciones parciales: hubo que nombrar un verdadero ejército de «organizadores»; a estos «organizadores» no alcanzaba el tiempo para explicar a las nuevas «asambleas locales» que el objeto de la orden no es favorecer a diestra y siniestra las huelgas, sino impedir las, o dirigir las en paz, siendo su mira principal ir a la vez tendiendo su red de asociados por la república, e instruyéndolos en los elementos verdaderos y dificultades de problemas del

trabajo, para que un día lleguen a ser sus demandas de reforma industrial incontrastables; por su justicia, por su oportunidad, por su moderación, y por el orden y cohesión de los demandantes.

Le entró en la orden de súbito un elemento distinto del que ha contribuido a su formación y prosperidad. La orden vio desde el principio que solo en la educación reside la fuerza definitiva y fue ejerciendo influjo entre los obreros, ya por lo secreto de sus labores, ya por el éxito desusado que la superior cultura de sus miembros lograba dar a contiendas industriales en que los obreros habían sido antes vencidos. En vez de huelga, argumento; en vez de amenaza, exposición, examen y arbitramiento. Los fabricantes veían a un obrero nuevo, firme y conocedor de sus derechos, y cedían el derecho a la sorpresa.

Pero la popularidad obtenida por estas victorias de la prudencia, y el agigantamiento que da el secreto a todo lo que se envuelve en él, hicieron de la orden en estos últimos meses el representante único de los intereses del trabajo; y la orden se vio en el extremo de prohijar a las asociaciones fanáticas o turbulentas, con la esperanza de irlas enseñando y conduciendo antes de que estallasen, o de perder, si las rechazaba, el súbito influjo de que por unánime consentimiento se veía investida: ¿quién que ha andado en cosas públicas no sabe que en toda corporación hay dos alas, una de canas, otra de pelo negro, y en medio un cuerpo infeliz que padece de ellas y las balancea?: a veces se tiene que ser cómplice, por el crédito de la idea general y superior, de detalles parciales que se miran como crímenes.

Los huelguistas del Sudoeste fueron de esos recién llegados que rompieron la brida, antes de que esta pudiera asegurarse de ellos.

No ha tenido todavía tiempo la orden para ir reduciendo los privilegios locales de las asociaciones a la disciplina general de los Caballeros, que tiende más a preparar a los obreros para la batalla definitiva que a ir comprometiendo sus fuerzas en batallas menores.

Las asambleas locales retienen su poder de reclamar las huelgas, la junta ejecutiva solo tiene el de declarar la huelga buena o mala, para darle o no el auxilio de la orden, si se somete a su aprobación.

Como que quieren escapar de una tiranía, los obreros son celosos en el delegar su autoridad, y gustan de ejercerla por sí, como todo el que no ha tenido mucha ocasión de mandar.

La fuerza embriaga. Embriaga a los de mente fuerte y educación suma; ¿qué mucho que ponga fuera de sí a los que están hartos de padecer, y

sedientos de justicia, y sin mucha mente de que disponer, ven su fuerza como un medio justo y sagrado de reparación, de entrada en el goce de sí mismo, del supremo deleite de sentir en sí y por sí triunfante la persona humana?

¡Ese es el gigante escondido que hace dar al mundo sus tremendos vuelcos: el sentimiento divino de la propia persona, que es el martirio cuando se ejerce aisladamente, y es Jesús, y es Abelardo, y es Lutero, y es Revolución Francesa cuando se condensa en una época o en una nación!

Ahora también se está innegablemente condensando.

Quedábamos, pues, en que los obreros del ferrocarril del Sudoeste, ansiosos de hacer sentir a la empresa del ferrocarril su fuerza nueva, declararon con un pretexto ligero, una huelga prematura, y pusieron de relieve, para ventaja acaso de la Orden de los Caballeros, los defectos que aún hay en la organización de esta, los elementos diversos, radical y moderado que contienden en el seno de ella por el predominio en la orden y la esencial diferencia de método entre los miembros primitivos de ella, que quieren traer por pasos naturales e inevitables el problema del trabajo a una solución pacífica, y los miembros nuevos, que quieren ir sin orden a victorias despóticas e inmediatas por recursos violentos.

¿Cómo quedan después de ese choque estos elementos varios: la empresa arrogante que no quiere reconocer a los Caballeros del Trabajo como asociación, y se niega a tratar con ellos: la junta ejecutiva de la orden, que saca incólume, con gran sentido, el espíritu de unidad, de la gente obrera, aun cuando desapruébe los métodos violentos: los huelguistas del Sudoeste, a quienes las armas de la milicia, la reprobación pública y el influjo de la junta ejecutiva de la orden ha logrado reducir a la paz?

Quedan como después de un juicio salomónico: ¡qué admirable en sus resultados es esta costumbre, brutal e inconveniente en apariencia, de decirlo todo en público! La mente, hecha a lo pulcro y universitario, se subleva a veces: esta revelación parece un atentado: aquella otra una alevosía: la otra una imprudencia; pero, en fin de cuentas, esa es la única salvaguardia de los pueblos, ese es el taller de la paz, ese es el trabajo de pesa y juzgamiento: la publicidad absoluta.

A cada parte ha ido dando el público su merecido. La empresa, que puede haber dado razones para el descontento de sus empleados, se ve de súbito, favorecida con la opinión que le era contraria en principio, por ser esa una manera anticipada con que protesta el país contra la repugnante y desastrosa condición en que le pondría la entrega del manejo de sus

industrias a los obreros, que ni son sus dueños, ni son más que uno de los factores de ellas, ni llevarían a ese triunfo la cultura y la paz de ánimo que podrían hacerlo menos temible: una cosa es que el triste suba, y cada cual goce de todo su derecho, y otra que se dé el gobierno del mundo a los tristes rabiosos.

Así se ha visto que al punto del peligro, se han formado, aparte de las de la ley, asociaciones de ciudadanos dispuestos a afrontarlo. Una junta de ciudadanos de lo mejor de San Luis, intervino largamente como mediadora entre los obreros y el ferrocarril.

En los lugares más amenazados se han formado asociaciones de ley y orden, con el fusil al hombro, uno de los diarios de más séquito en Nueva York, *The Evening Post*, llama con clarines de guerra a una liga activa de propietarios y gente de orden para contener los acontecimientos de los obreros. En Nueva York, en una de las avenidas donde hay huelga de *tramsways*, caballeros de sombrero alto se han prestado a hacer de cocheros y conductores en los carros asediados, y los han llevado triunfantes de uno a otro extremo del camino:—y una brava panadera, a quien querían obligar los panaderos asociados a que no empleara a hombres que no fuesen de su asociación, le han enviado de todas partes por su firmeza, regalos en dinero, y pedidos de pan; y el juez ha multado uno sobre otro a los asociados que sitiaban, o boicoteaban la panadería.

Le han visto, pues, a una el peligro y el remedio. El peligro está en la absorción de los derechos públicos por los obreros exigentes, y rencorosos: no quieren que se emplee sino a los que a ellos les place, y son sus asociados; niegan a las empresas el derecho de despedir a sus empleados, pretenden imponer como capataces de las fábricas a obreros que son desagradables a los dueños de ellas; casi no quedaría derecho alguno a los dueños y empresarios en sus fábricas y compañías si se accediese a todo lo que piden los obreros.

El remedio está en la vivacidad con que se ha entrevisto el peligro, y en la disposición que muestra la gente de paz a rechazar mano a mano la invasión obrera. Mas si de una parte se levanta ese espíritu contra los excesos de los trabajadores, se reconoce de la otra que para muchos de ellos, sino para todos, se les ha dado razón; y a pesar de las deficiencias probadas de su organismo, y de su incapacidad para reprimir en los comienzos esta huelga, se alaba el sentido superior y magnánimo de la Orden de los Caballeros del Trabajo, y se entrevé que en los formidables conflictos que se avecinan, solo la cultura de los obreros y soluciones

profundas y conciliatorias por que aboga, pueden salvar al país de una insurrección sangrienta.

Porque la verdad es que si el programa de demandas de los obreros en huelga está todo en puntas, como un erizo, no hay una sola extravagancia en él que no haya sido urdida en revancha o en defensa de un ataque público o encubierto de las compañías, que quieren «quebrar la médula» a las asociaciones. Ahora todavía puede una empresa de *tramway*, con todos los policías de la ciudad, mover de un extremo a otro de una calle un carro; pero si para mover un carro se han necesitado 750 policías, si en lo mejor de la huelga, los policías mismos tienen que ser los conductores de los carros, ¿quién reprimiría a los obreros, quién movería los vehículos públicos, quién habilitaría a las empresas para salvar sus concesiones que las obligan a movimiento diario, el día no lejano en que todas las industrias, o la mayor parte de ellas, suspendiesen sus labores, hasta ver reconocido su derecho en un punto indiscutible del interés de toda la clase trabajadora, en que les acompañase la simpatía pública?

Por eso quieren las compañías quebrantar a este enemigo terrible, a esta orden que ya es capaz en un día dado de dejar sin *tramway* a las ciudades de Nueva York, New Jersey y Brooklyn, a tres inmensas ciudades; y de levantar a una voz cien mil pesos para el socorro de una huelga, y advertir a sus miembros que se preparen para otras diez colectas más.

Las avenidas quedan tomadas a los primeros peligros, y las bases se están sentando para ir resolviendo en paz los que vengan.

De todos estos movimientos resulta un adelanto indiscutible, que como es en el camino de la justicia, lo es también en el del orden. No son solo demagogos y filántropos, no son solo fanáticos y teorizantes los que abogan por el estudio inmediato y la reforma eficaz de las relaciones entre los elementos de la producción industrial, entre las empresas y sus empleados.

Prensa, púlpito, Congreso, Presidente, país, todo aboga a la vez por la justicia y urgencia de atender a la reforma de la organización industrial, a la moralización del sistema interior de las empresas, a la purificación del sistema de compañías por acciones, a la distribución equitativa de los productos de la industria, al establecimiento de tribunales de arbitramento, que ahora se miran como recurso salvador.

Lo serían, si pudiera compelerse, ya a los obreros, ya a las empresas a que depusiesen ante ellos sus derechos civiles y personales, en cuya virtud, en tanto que no violen el derecho ajeno, pueden resistirse a acuerdo alguno. Pero así y todo los tribunales de arbitramento, con poder oficial para

investigar, son un recurso de salvación, porque si un tribunal respetado, que no es de empresarios ni de obreros, presenta al país un caso y enseña de quién es la culpa, puede estarse seguro de que el clamor público compelerá al culpable a reconocer el derecho ofendido, y a dejar de ser obstáculo a la seguridad de la nación.

Ni cabe ya ir atrás en lo que se ha andado. Hay industrias enteras que tienen reconocida la Orden de los Caballeros del Trabajo y están distribuyendo en paz sus productos conforme a su sistema de repartición equitativa: para el capital empleado, un tanto por ciento de las ganancias; para los obreros que la hacen producir, otro tanto por ciento, ajustado el todo en contrato formal con arreglo a las condiciones económicas de cada industria. En cuanto a huelgas y a asedios, ya se ve que el país reconoce sus razones, pero no soportará mucho tiempo sus excesos.

Y para bien de la gente de trabajo, queda probado que la Orden de los Caballeros, que quiere hacer de los trabajadores un ejército temible por su organización y cultura, abomina las huelgas y condena las violencias que en ellas se provocan, si bien tiene entereza bastante para mantenerse al lado de los que las deciden, cuando en esto se ofende por las empresas aquella dignidad humana que los hombres siempre estiman, hasta en los mismos crímenes que engendran.

Así, vayan por donde vayan las huelgas presentes, quedarán por ahora las líneas generales.

No parece que venza la de los ferrocarrileros del Sudoeste, ni la de los *tramways* de Nueva York, por el pecado capital de haber sido dictadas sin razón bastante en relación a su importancia y consecuencias, y por el error de haber querido violar a mano armada, la propiedad y el derecho de las compañías, y el derecho al trabajo de los nuevos empleados de ellas.

La Orden de los Caballeros, fortalecida moralmente, a pesar de su derrota, por el unánime encomio de sus principios y métodos, verá probablemente reorganizada con mayor fuerza su constitución en las nuevas elecciones de la asociación.

El elemento fanático, entre los trabajadores, quedará, por algún tiempo al menos, sometido al elemento prudente.

Senadores, diputados y gente de pensamiento parecen sinceramente decididos a abrir anchos caminos de paz a las dificultades posibles. En Washington la comisión de arbitramento está oyendo, en interesantísimas sesiones, a todos los prohombres de la huelga del Sudoeste, y a Jay Gould, el millonario duro y desdeñoso que preside en el ferrocarril, mas no en el

cariño público; a Powderly, el gran maestro de la Orden de los Caballeros, que puede, con las herramientas del trabajador componer, acostado sobre tierra, una máquina rota, y, con la augusta serenidad del hombre de Estado, reprimir en el pecho robusto las oleadas de la indignación, para que no se perturben en la mente los pensamientos de justicia. Solo el que se manda, manda.

La comisión irá luego al lugar de la huelga, investigará en ella, y dirá al país de quién fue esta vez la culpa.

Por lo pronto, ya son oídos a la par, sin diferencia alguna de respeto, el Gould, el buhonero de genio que ha olvidado en la prosperidad las miserias con que empezó su pasmosa fortuna, y el Powderly, el mecánico generoso, que ha preferido a su adelanto personal la consagración a la defensa de los derechos de la gente humilde.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 6 de junio de 1886.

Correspondencia particular para el Partido Liberal

Sumario.—El alzamiento de los trabajadores en los Estados Unidos.—Motivos y antecedentes del alzamiento.—Aspectos originales del problema obrero en los Estados Unidos.—Nacionales y extranjeros.—Peligros de la inmigración.—Angustia de las industrias norteamericanas.—Lo que los alemanes se trajeron: Schwab, Spies, Most.—Escena de los motines de Chicago.—Una bomba de dinamita: casas asaltadas: tiendas despedazadas: batallas en las calles.—«¡En fila, hombres!».—Métodos de Europa y métodos de Norteamérica.—Los Caballeros del Trabajo condenan a los anarquistas.—Orígenes, composición y tendencias de la orden de los Caballeros del Trabajo.—El anciano Uriah Stevens.—Programa y medios legales de la orden: cómo creció y cómo lucha.—El fin del siglo.

New York, 15 de mayo de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal*.
México

Poner los acontecimientos de estos días en una correspondencia de periódico, es como recoger la lava de un volcán en una taza de café. Los problemas políticos, la reforma de la tarifa, la colocación de la plata, el establecimiento de un sistema nacional de instrucción, el Congreso de pueblos americanos se empequeñecen de repente ante la aparición sangrienta de la cólera de las masas trabajadoras. La batalla formidable de los dos grandes trágicos, Booth frío y silbante, Salvini tempestuoso; la pintura enérgica y desordenada de los impresionistas de París, que acá tienen ahora en exhibición sus cuadros de figuras bruscas y borrosas, sus campos lilas, sus montes amarillos, sus árboles azules; la indiscreción con que los diarios cuentan cómo va a casarse pronto el presidente Cleveland, ponderoso y de poco cabello, con una arrogante niña, una Miss Folsom,

de cabellera castaña, que arranca en ondas de la frente limpia, de dos ojos grandes y serenos que parecen dormir sobre sus cuencas como dos huevos de palomas sobre sus nidos, todo, teatros, artes, chismes, juicio público de un general ladrón, prisión y juicio de un Ayuntamiento entero sobornado, todo ante los tremendos acontecimientos de Chicago palidece. La gente trabajadora se ha puesto en pie, ha comprado pañuelos rojos, se ha metido por túneles oscuros a practicar en el blanco el modo de no errar en el tiro, y con toda la variedad de los elementos diversos que la componen, medida en los obreros americanos, nacidos y desarrollados en el goce de la libertad, arremetedor y frenética en los obreros europeos que traen del otro continente mucha ira amasada, ha dado esta primavera una súbita muestra de sus ímpetus, que acá contenidos, allá sueltos, se escapan de quien los quiere sujetar, como si las manos del hombre, a semejanza del pobre aprendiz de conjurado de que habla Goethe, no fueran capaces de enfrentar los monstruos que crean.

Los sucesos tremendos han sido en Chicago; pero el alzamiento es en toda la nación. En los Estados Unidos, culpables de haber traído al país por falsas doctrinas económicas un número mayor de obreros del que sus industrias pueden naturalmente alimentar, se prepara desde hace años, con celeridad y firmeza, la misma contienda justa y espantable que en los demás pueblos de industria disponen los obreros contra los que mantienen un sistema social que han decidido echar abajo. Las razones son las mismas. Las cosas no están bien cuando un hombre honrado e inteligente que ha trabajado con tesón y humildad toda la vida, no tiene al cabo de ella un pan en que reclinar la cabeza, ni un peso ahorrado, ni el derecho de pasear tranquilo al sol, tan necesario a los viejos! Las cosas no están bien cuando el que en las ciudades «agua las acciones» de los ferrocarriles, que es como aguar el vino, haciendo aparecer más vino del que hay, vive en consideración y holganza que exasperan al minero, al cargador, al guardagujas, al maquinista, a tanto mísero que tiene que contentarse con sesenta y cinco centavos al día, en lo crudo del invierno, para que la compañía pueda pagar a sus accionistas dividendos pingües sobre un capital falso, mucho mayor que el que realmente emplearon. Las cosas no están bien cuando, para que una mujer desgredada y sus chicuelos amarillos puedan vivir en un rincón de casa de vecindad fétida, tienen que salir los hombres antes del alba, con sus vestidos de hule manchado y sus capotes rotos, con su merienda de poco peso en la tinilla de lata, a cavar, a edificar, a levantar monumentos en los lugares de aire puro y

hermosas cercanías, de donde emprenden su viaje al caer la noche a sus casas lejanas, hambrientos, agrios, soñolientos, a comer, a beber, a crear de prisa y en las sombras, entre vapores de cerveza y boqueadas de odio, una generación de anémicos que nace ebria.

Las razones son las mismas. La concentración rápida y visible de la riqueza pública, de tierras, de vías de comunicación, de empresas, en una casta acaudalada que legisla y gobierna, ha provocado la concentración rápida de los trabajadores, quienes solo apretándose en liga formidable, que a un tiempo deje apagar los fuegos en los hornos y crecer yerba en las ruedas de las máquinas, puede oponer con éxito sus derechos a la altivez y descuido con que los miran los que derivan toda su riqueza de los productos del trabajo que maltratan. Las tierras públicas van cayendo todas en manos de ferrocarriles y magnates, dejando poco espacio para que mañana, cuando estos globos industriales estallen, cuando la producción excesiva de las industrias se reduzca a las necesidades reales, puedan los obreros sin empleo ocupar la tierra, industria sabia que nunca se cansa! Las corporaciones, compuestas de príncipes de la Bolsa, que viven a lo monarca, hallan en su capital acumulado modo cada vez más fácil de compeler a los obreros a trabajar por la pitanza mísera que la empresa requiere, para poder repartir sendos millones a sus caballeros principales. Si eso sigue, pronto no habrá tierras en que refugiarse, ni modo de resistir a las corporaciones, que por la virtud de sus caudales sacan triunfantes en las contiendas del sufragio a los que hacen las leyes para su provecho, y las aplican en beneficio de los que los encumbran o pagan. Esto avivó en los pensadores de la clase obrera el deseo de remediar sus males.

Pero como en cada país se dan los problemas en consecuencia del carácter propio del país de los elementos que lo forman, este problema del trabajo se da aquí con elementos originales; y por esa magnífica virtud de la Libertad, que retiene siempre al borde del abismo a sus hijos, parece presentarse en los Estados Unidos, a pesar de sus últimos alardes sangrientos, con una mano llena de heridas y otra llena de bálsamos. Pues qué ¿cien años de ejercicio libre del hombre, habían de ser perdidos?

En el actual problema del trabajo en los Estados Unidos se reflejan todos los elementos que han entrado en la formación de su clase trabajadora. Del propio país fueron naciendo las injusticias y la indignación, que es la sombra de ellas, pero los obreros del país, que las sufrían, y los que han crecido en el ejercicio de los hábitos republicanos, hechos a mudar y hacer mudar cada cuatro años los oficios públicos, y a discutir y ver sucederse en

paz las leyes, no pensaron en buscar fuera de ellas sino en ellas, el cambio de organización industrial que se requiere para que el obrero tenga en su pueblo la independencia y goce a que le da derecho su utilidad.

De muchas partes a un tiempo fueron surgiendo a la vez las mismas tentativas infantiles. Un maestro o pequeño capitalista, se resistía a pagar a los obreros el salario en que estos estimaban su labor: pues todos los obreros de la fábrica se coaligaban para abandonar a una el trabajo y obligarlo por esta fuerza indirecta a lo que no lo obligaba la justicia: y si aún resistía, como que todos los obreros saben de sufrir y se sienten hermanos, rogaban a los demás obreros que no comprasen los artículos de la fábrica asediada. Así nacieron las huelgas, los gremios, los asedios que llaman *boycott* ahora, aunque ya en 1830 hubo aquí *boycoteadores*, que castigó la ley, por cierto. En cada ciudad se fueron agremiando los obreros de cada ejercicio contra los empresarios y fabricantes rapaces que les trataban mal en su salario o su decoro; y pronto estuvieron llenos los Estados Unidos de estos gremios, de *trade-unions*. Ellos discutían, trataban, daban y oían razones, vencían o eran vencidos. Los de una ciudad se iban uniendo a otra. La unión de fines llevaba a la comunidad de métodos. Se empezó a hacer entre los obreros una cadena de dolor. Los que tenían trabajo se complacían en ayudar a los que no lo tenían a resistir, aunque siendo pobre la condición de todos, y las batallas muchas y frecuentes, las bolsas no llegaban por lo común a donde las voluntades.

En esto se iban acentuando las condiciones más peligrosas hoy del problema. El afán de producir y la necesidad de emplear los caudales que levantaron las cosechas, las minas de oro y plata, y el crédito, habían puesto en pie en los Estados Unidos, protegidos por una tarifa alta de entradas que hace la producción cara, una muchedumbre de industrias, que con un pueblo rico y envanecido a la mano, tuvo al principio, mientras fue creciendo, un mercado generoso que, como que poseía caudales de sobra, no se negaba a pagar caros artículos de fábrica americana que sin la tarifa alta de derechos hubiera podido introducir baratos de los países europeos. Con la decadencia de las minas, con la imitación y falsificación en Europa de los artículos útiles de fábrica americana, con el exceso de producción agrícola en todo el universo que trae naturalmente la baja de los precios, con el desarrollo del arte, la vanidad y el lujo, que aumenta la importación de los artículos que los satisfacen, fue poco a poco reduciéndose la industria americana al extremo en que está ahora y la sofoca: al extremo de tener que producir caro, en cantidades

enormes, productos inferiores o iguales a lo sumo, a los de igual clase que se hacen en los países europeos.

¿Qué hacer con estos pueblos de talleres? ¿Qué hacer con estos ejércitos de inmigrantes? ¿Qué hacer con estas vías de comunicación, creadas para trasportar más productos de los que en las actuales condiciones puede vender el país naturalmente? Lo racional hubiera sido rebajar la tarifa, abaratar la vida del obrero con la introducción libre de los artículos de abrigo y alimento, ir reduciendo sin sacudidas la producción industrial a aquellos artículos y cantidades que de un modo normal y constante puede el país producir con provecho, sacrificar al bienestar nacional y a la conservación de las industrias permanentes, las industrias ficticias, que son aquellas que solo pueden mantenerse merced a leyes protectoras que imponen a toda la nación, en forma de precio alto, una contribución injusta en provecho de un ramo que al fin, como todo lo violento, tiene que dar en tierra.

Pero eso no se hizo, porque pudieron mucho, como aún pueden, los industriales coaligados. No se restringió la producción. No se procuró abaratar la vida, para poder mermar sin daño el salario del obrero, ni abrir los puertos a las materias primas, para poder producir baratos los artículos de fabricación europea. Empezó la merma de salarios. Empezó la importación de trabajadores baratos. Con muchos trabajadores, habría siempre para reponer a los que se rebelasen. La depresión lenta de las industrias continuaba. Ya las ganancias antiguas no bastaban a afrontar las obligaciones presentes. El consumo no crecía y crecía el pueblo de trabajadores. No se abrían nuevas fábricas, sino que se cerraban muchas o rebajaban sus salarios o el número de sus obreros. Al malestar de los que ya estaban aquí, se venía uniendo el de los que llegaban.

Ay, y los que llegaban, alemanes en su mayor parte, polacos infelices, polacos y alemanes criados en miseria y trabajados en su tierra por la necesidad de sacudirla, no traían en los bolsillos de sus gabanes blancos, en sus botas de cuero negro, en sus cachuchillas, en sus pipas, aquella costumbre y fe en la libertad, aquel augusto señorío, aquella confianza de legislador que persuade y fortalece al ciudadano de las Repúblicas: traían el odio del siervo, el apetito de la fortuna ajena, la furia de rebelión que se desata periódicamente en los pueblos oprimidos, el ansia desordenada de disfrutar de una vez la autoridad de hombres, que en vano les comía el espíritu, buscando salida, en su tierra de gobierno despótico. Lo que allá no estallaba, venía a estallar aquí. Lo que allí se engendró, aquí está

procreando. ¡Por eso puede ser que no madure aquí el fruto, porque no es de la tierra!

Esos trabajadores que venían, en su mayor parte alemanes, se trajeron esa terquedad rubia, esa cabeza cuadrada, esa barba hirsuta y revuelta que no orea el aire y en que las ideas se empastan. Se trajeron a sus anarquistas, que no quieren ley, ni saben qué quieren, ni hacen más que propalar el incendio y muerte de cuanto vive y está en pie; con un desorden de medios y una confusión tal de fines que les priva de aquella consideración y respeto que son de justicia, para toda especie de doctrinas de buena fe encaminadas al mejor servicio del hombre. Se trajeron estos alemanes a Most, a Schwab, a Spies: Spies, parecido a Guiteau, un hombre chupado, un hombre mal hecho, en quien la masa no fue batida a punto para que por entre las fieras naturales saliera con toda la luz de la razón el hombre verdadero.

Most, con una lengua grandaza, como su barba, gordo, fofa, mirada de sargento enamorado, orador que en días pasados habló en New York a su auditorio con un rifle en la mano, invitando a voces a sus oyentes a que hicieran como él, y fueran a sacar de sus guaridas a todos los capitalistas, y a volar sus casas y riquezas con las bombas que él enseña en sus libros a hacer y manejar.—Schwab, persona torva y enfermiza, pelo y barba al descuido, ojos temibles bajo anteojos grandes, largo y seco. Todos hoy están ya presos. Pero estos hombres tienen tras de sí miles de adeptos, y cuando Spies, que ha sido amo de tienda, sube a hablar en un vagón, sacudiendo en la mano un fajo de los *Arbeiter Zeitung* que publica, doce mil hombres se echan por donde él va, sacan estandartes y fusiles de donde los tienen escondidos, se ponen como flor de sangre en la solapa una cinta roja, asaltan tiendas, despedazan cervecerías enemigas; empuñan batallas mortales con los policías en cuerpo, y echan sobre sus líneas una bomba de dinamita que, al estallar con infernal estruendo, deja en tierra tendidos a sesenta hombres. Es ya una batalla de siete días, que aún no termina. Quieren que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, y es su derecho quererlo, y es justo; pero no es su derecho impedir que los que se ofrecen a trabajar en su lugar, trabajen. No es su derecho apedrear a los fabricantes que cierran sus talleres, porque no pueden continuar produciendo con esta época de precios bajos, en condiciones que requerirían más gastos de producción. No es su derecho perseguir con ese odio bestial de las muchedumbres a los infelices que se prestan un día a ocupar los lugares de algunos huelguistas: ¡infelices! los llevaban por las calles de vuelta a

sus casas, dos cordones de policías: iban lívidos y como sin habla: las mujeres, con pañuelos encarnados en la cabeza, les enseñaban desde las ventanas sus puños cerrados y les echaban encima agua hirviendo: iban como quien se siente acabar: corría un viento de muerte, que les hacía temblar las rodillas: se escondieron en sus casas, como insectos que se entran en sus agujeros.

Los amotinados no eran ya doce mil, sino veinte mil. Cuarenta mil son los trabajadores en huelga. En Milwaukee, la ciudad de la cerveza; en Cincinnati, el palacio del cerdo, también a miles están amotinados los polacos y los alemanes; también quieren, como todos los obreros de los Estados Unidos, en huelga o no, que se reduzcan a ocho las horas de trabajo. Pero en Milwaukee la policía pudo refrenarlos. En Cincinnati el corregidor no se ha mostrado de paz, y anuncia que el que prive a otro hombre en su ciudad del menor de sus derechos de hombre libre, se verá, por la ley o por la fuerza, privado de los suyos. Solo en Chicago, donde Spies y Schwab escriben, donde incitan en las plazas públicas los oradores al incendio y a las armas, donde una mulata marcha a la cabeza de las procesiones ondeando con gesto de poseída una bandera roja, donde al sol y a la luz eléctrica, flotan día y noche de las ventanas de Spies dos pabellones anarquistas, mientras que en libros y talleres ocultos aprenden sus adeptos a manejar las armas y fabricar bombas, solo en Chicago, que es desde hace diez días un campo de batalla, se empeña a cada hora, entre la policía mermada y la muchedumbre frenética, una contienda de muerte, en que los cañones de los revólveres se disparan boca a boca, en que las mujeres ayudan desde sus ventanas a sus maridos que pelean, lanzando ladrillos, bancos, piedras, botellas, en que doce policías heroicos hacen frente, sin más cota de malla que sus blusas azules de botones dorados, a veinte mil hombres, que les disparan sin cesar, faz a faz, desde las ventanas y vagones, desde sus emboscadas, que se les echan encima y les rodean, que entran en miedo de su fuego certero, que al ver llegar en los carros de patrulla cuadrillas de refuerzo, huyen espantados por las calles vecinas, los veinte mil ante los doce! Se llevan en vagones a sus heridos. Un policía queda en la acera muerto. ¡Otra refriega a pocos pasos! Un policía muere sobre un huelguista: el huelguista le ha vaciado el revólver en el pecho: el policía con el pecho traspasado, con su enemigo por tierra, le dispara en la cabeza dos tiros de revólver. Una ambulancia llega. Está llena de pólvora la calle. Tienden en la ambulancia uno al lado de otro, a los dos desventurados. En el camino, chaqueta junto a blusa azul espiran.

¡Allá van desalados, bajo un fuego graneado de revólver, los vagones de patrulla, cargados de policías! Detienen a uno: los que van en el interior se apilan, con las cabezas bajas, para evitar los tiros, el que va en el estribo, roto un hombro, se ase con una mano de la baranda del vagón y con la otra hasta que cae en brazos de sus compañeros, ya en pie y pistola al aire: dispara sobre los huelguistas que le atacan. Rompe a correr el carro: parece que el caballo entra en la pelea, y que el carro es su ala: los huelguistas se abaten, al verlo venir, ebrio ya el carro todo: las casas se los tragan.

Allá lejos ¿quién muere? Es un huelguista envenenado: otros más han llegado a casas vecinas. Se entraron a una botica a cuyo dueño acusan de haber llamado a la policía por el teléfono. Tiemblan allá arriba en un rincón el boticario y su mujer. La turba rompió a pedradas las ventanas, inundó la tienda, deshizo los mostradores, quebró y majó los pomos, se echó sobre las ropas los perfumes, se bebió cuanto le supo a vino.

Los que mueren del tósigo quedan detrás. Hombres y mujeres, ondeando al aire los pañuelos, arrebatando consigo a cuantos hallan, poniendo en fuga a un policía que les sale al paso caen sobre una cervecería, que han jurado devastar. En las gorras y en el hueco de las manos se beben la cerveza. Con hachas y a pedradas han abierto los barriles y hasta secarlos tienen en ellos las bocas. Caminan sobre la espuma. Ríen. Despedazan con sus manos, las alacenas y anaqueles. Todo es astilla en un minuto. Los policías llegan, y como no se les hace fuego, solo usan de su porra, una porra que tunde. Los huelguistas huyen. Pero los policías venían de otro encuentro, muchos de ellos manchados de su sangre. «¡En fila, hombres!» les dijo su capitán, al arremeter contra la cervecería. Después de vencer, tres vinieron al suelo.

Y en la noche de la bomba mortal, ¡ni uno solo se hizo atrás, ni huyó la muerte! La explosión los ensordeció; pero no los movió. ¿Qué sabían ellos si les arrojarían más de aquellas máquinas terribles? ¿No vieron venir a tierra, como si el suelo hubiese cedido bajo sus plantas, todo el centro de su línea? ¿No oían quejidos desgarradores? «¡En fila, hombres!». Unos recogen a los muertos. Los demás, con las pistolas a la altura del pecho, avanzan descerrajándolas. Un fuego cerrado les responde. Guardan los revólveres vacíos y avanzan descerrajando los llenos. La multitud se desbanda aterrada. Sobre el suelo lívido aclarado por la luz eléctrica que fosforea en el silencio mortal, se arrastran los policías heridos, como gigantes rotos: uno cae muerto al quererse erguir sobre un brazo, con el otro vuelto al cielo, le resplandecían sobre el pecho como estrellas los botones dorados.

La indignación nacional ha sido súbita. De todas partes, de los gremios de trabajadores, de la prensa más liberal y generosa, se alza un brazo de hierro. No quieren merced para los que no merecen gozar de su libertad, puesto que atentan sin provocación contra la ajena. Esos hombres no son los verdaderos trabajadores americanos que se coaligan, que cometen errores, que ejercen presión violenta sobre las empresas que se niegan a reconocerlos como agremiados; que en las horas de furia allí donde el frío azota más y sus angustias son mayores, vuelcan carros, incendian corrales, rompen las entrañas a las máquinas; pero no se reúnen en cuevas y agujeros a estudiar la manera más módica y sencilla de destruir al hombre, por el delito de haber creado.

Solo los que desesperan de llegar a las cumbres, quieren echar las cumbres abajo. Las alturas son buenas y el hombre tiene de divino lo que tiene de capaz para llegar a ellas; pero son propiedad del hombre las alturas, y debe estar abierto a todos su camino. Ese odio a todo lo encumbrado, cuando no es la locura del dolor, es la rabia de las bestias. Comete un delito, y tiene el alma ruin, el que ve en paz y sin que el alma se le deshaga en piedad, la vida dolorosa del pobre obrero moderno, de la pobre obrera, en estas tierras frías: es deber del hombre levantar al hombre: se es culpable de toda abyección que no se ayuda a remediar: solo son indignos de lástima los que siembran a traición incendio y muerte por odio a la prosperidad ajena.

En Alemania, bien se comprende, la vía secular, privada de válvulas, estalla. Allá no tiene el trabajador el voto franco, la prensa libre, la mano en el pavés: allá no elige el trabajador, como elige acá, al diputado, al senador, al juez, al Presidente: allá no tiene camino natural para reformar las leyes, y contrae el hábito de saltar sobre ellas: allá la violencia es justa, porque no se permite la justicia. Las reacciones serán tremendas, allí donde las presiones han sido sumas. Las justicias se van condensando de padres a hijos, y llegan a ser en las generaciones finales cal de los huesos y vicio de la mente. Estos burdos obreros de Alemania, azuzados por espíritus de odio, o por aquellos de su casta en quienes el dolor culmina en acción o palabra, vengan siglos, en su oscuro entender, cuando echan una bomba encendida sobre los guardianes de la ley, símbolo para ellos en su tierra del inquebrantable poder que los oprime. ¡De ahí la compasión de todo espíritu justo por los extravíos de esos tristes que vienen a la vida con las manos inquietas y el juicio caldeado!

Pero acá, los obreros no se han levantado como siervos, sino como hombres, puesto que tienen la práctica de serlo. Perderían en un país por largo tiempo los caracteres que lo engendraron; y tal como las rocas ígneas, quebrando las capas menores de la superficie, surgen de las entrañas del globo por entre ellas y se levantan en montes sobre la faz de la tierra, tal aquel espíritu tenaz y apostólico de los puritanos, ferviente, egoísta, armado, astuto, persiste en estos Estados Unidos en todas sus manifestaciones nacionales: él inició en John Brown, aquel loco hecho de estrellas, la guerra de abolición de la esclavitud: él produjo en un sastre de Filadelfia, en Uriah Stevens, el brío evangélico con que dio comienzo, ayudado de unos cuantos cortadores de oficio, a la lucha inspirada que con el fuego y la pureza de una iglesia nueva, entabla para la redención de la gente obrera la Orden Americana de los Caballeros del Trabajo.

Y esta Orden ha tomado sobre sí la tarea de unir en un solo cuerpo a todos los trabajadores de los Estados Unidos, para pesar con todos ellos en el gobierno y en la ley, y como que son los más, reorganizar la nación de modo que los más puedan vivir en ella libremente, sobre la tierra pública, en la paz de la cultura y en el goce modesto de la majestad del hombre. Abominan la injusticia. Sienten amor frenético por la entereza de la persona humana. Consideran como criminales a los que la merman en sus semejantes, y se sientan sobre ellos. Tienen un odio santo a los que acumulan masas enormes de riqueza pública, y a las leyes defectuosas que amparan el estancamiento en unas cuantas manos de la propiedad que debe circular entre todos, y principalmente entre los que las producen, de una manera más equitativa.

Uriah Stevens era de aquellos a quienes devora el alma, iluminándola, el sagrado bochorno de ver que hay hombres humillados y hombres que humillan. Meditó en el silencio, y tenía ya canas cuando comunicó a sus amigos su proyecto para levantar a aquellos, y abolir a estos. Rehágase, dijo, nuestro pueblo, de modo que no pueda descomponerse en castas enemigas, que no pueda envilecerse el hombre, ni siendo siervo, ni siendo señor, que aún envilece más; rehágase nuestro pueblo de manera que sea seguro el bienestar de todos, y no haya hombre que pueda abatir a hombre. Todos juntos, podremos. Es preciso comenzar por convencer a los humildes, a los débiles, a los trabajadores de que nada pueden si no están todos juntos. De una parte están los monopolios que acaparan: de otra parte tienen que estar todos los que sufren de ellos. Estando todos juntos, como que somos más, venceremos; pero no venceremos si no

tenemos de nuestro lado la justicia, porque un solo hombre con ella es más fuerte que una muchedumbre sin ella. Para vencer en la realidad a nuestros enemigos, debemos haberlos vencido moralmente. El que convence a su enemigo de que no tiene razón, ya lo tiene vencido. Nada se hace sin el dios de adentro. Seamos inexorables con los que nos nieguen el producto legítimo de nuestro trabajo, y mantengan esta organización social viciosa en que un solo hombre puede tener en exceso lo que hace falta a muchos: pero seamos inexorables con nosotros mismos. El que abuse de los demás, el que negocie en los pleitos de los hombres por oficio, el que trafique con las leyes públicas, el que acumule ganancias inmorales en el cambio de manos de los productos de primera necesidad, la vil criatura que permite que el licor abuse de ella, esos no pueden entrar en nuestra orden. Estudiemos de paso y resolvamos los problemas en que podamos hacer bien a nuestros miembros, pero, por ahora, reunámonos para pensar, para saber lo que tenemos que pedir, para estudiar el problema que hemos de resolver, para enseñar a los trabajadores ignorantes sus necesidades y remedios, para afinar y acumular ideas, para que, cuando salgamos a la luz a batallar, salgamos para vencer y redimir, salgamos como una mole de justicia que se asienta; salgamos como un ejército invencible andando a pasos que resuenen en lo Eterno, salgamos todos juntos! Así pensaba en su mesa de cortador el buen Uriah Stevens, que pudo ser rico y se quedó artesano. Cuando murió se notó que seguía viviendo. Queda del hombre la luz que infunde y el bien que hace. Hoy hay quinientos mil hogares de trabajadores donde, en las horas de sosiego, cuando hablan del porvenir de obreros dolientes, con sus hijos sobre las rodillas, vuelven los ojos con ternura al retrato de un anciano de frente espaciosa, ojos profundos, mejillas huecas y barba firme, y dicen a sus hijos: «Mira: ¡ese es nuestro Uriah Stevens!» Hay ya alrededor de él ese nimbo de luz que circunda a los hombres permanentes.

Nació él de padres ricos, y aprendió letras buenas y bellas, porque lo querían sus padres; que lo notaban puro y ardiente, para sacerdote; pero él quiso iglesia mayor, y meditó tanto en los tristes, que decidió pasar la vida entre ellos. Pensó sus hermosuras en Filadelfia, ciudad de casas y almas lisas, y de notable limpieza. En 1869 fundó la Orden con una asamblea primera de los sastres sus amigos, que se reunían con él los domingos a pensar. La virtud de aquellas ideas ganó pronto a otros gremios de la ciudad; pasó a otros pueblos: la aclamaron todos los trabajadores del Estado. Stevens creía en la eficacia del misterio, que retiene a los asociados

por el placer de lo maravilloso, y aterra a los enemigos con el poder de lo desconocido. El secreto convida a la iniciación. La Orden fue al principio como una Masonería. Las palabras todas de la Orden tenían ese vigor de látigo que distingue el lenguaje de las grandes reformas. Cada Asamblea era una escuela de la ciencia del trabajo. Eduquémonos, organicémonos, movámonos. Nacieron oradores, escritores, administradores. La Orden tuvo Tesoro, celebró Congresos; se organizó en acuerdo con la organización de la República, se atrajo la voluntad de los cultivadores del Oeste por sus teorías sobre la nacionalización de la tierra, «que ha de ser para todos como la luz y el aire», y cuando, para evitar conflictos más que para provocarlos, terció en las diferencias de algunos de los gremios con sus empresarios, las razonó con tanta novedad y fuerza que en muchos casos los obreros que entraron en el trato como rebeldes, salían de él como socios de la fábrica.

Los detalles privados y los tratos con las empresas, fueron aconsejando a los cabezas de la Orden, soluciones prácticas nacidas de los mismos problemas y sazoadas con aquel respeto al derecho ajeno que hace sagrado el propio. Estas victorias dieron a la Orden vasta fama. Los gremios parciales se le unían por cientos. Todos creían llegada la hora de una victoria general. La Orden formó su mira en educar para después; los gremios, ofendidos en casi todas partes, la miraban como el medio de acelerar el cobro de sus ofensas. La Orden repudia, puesto que se tiene la razón y el modo legal de influir en la ley, todo recurso violento, los gremios menos inteligentes que la Orden, no bien se sentían miembros de ella se declaraban en huelga, ganosos de mostrar su nuevo poder: las huelgas, peligrosas siempre, solían ser prematuras e injustas. Si las condenaba la Orden por completo, perdía una popularidad que necesita aún para su establecimiento y eficacia. Levantados los ánimos por los triunfos locales, por la fama creciente de la Orden misteriosa, por el influjo visible de sus ideas en los poderes públicos, por la recepción respetuosa que le acordaba la gente de pensamiento, vinieron a fustigar los ánimos sedientos de justicia los preparativos de resistencia de las empresas coaligadas, y las prédicas insidiosas de los socialistas europeos, que olvidan que ningún triunfo se logra definitivamente fuera del buen sentido y el equilibrio de los derechos humanos. Todavía era pequeña la casa de la Orden, una casa pobre de ladrillos que tiene alquilada en Filadelfia, para contener las impacencias, las miserias, las iras, las demagogias abominables, las exageraciones que de todas partes se entraron con ímpetu por ella; y han amenazado echarla abajo antes de estar bien asentada!

Pareció por un momento que se le escapaba su obra de las manos: que tanto gremio nuevo colérico, ansioso como toda persona de poco alcance de soluciones inmediatas, daría de espaldas a la Orden prudentísima, que quiere explicar bien su derecho antes de demandarlo, y juntar sus cohortes antes de marchar a su conquista. La prudencia siempre fue un pecado a los ojos del fanatismo. El odio mira como a un criminal a la cordura. Pero la Orden no ha vacilado en poner su marchamo de reprobación sobre los que avivan en los espíritus atormentados de los obreros ignorantes los juegos del crimen. Condena las huelgas y los asedios, salvo cuando toda razón sea desoída. Quiere adelantar propagando. Quiere ir conciliando en su marcha, para que al llegar no sea necesario vencer. Quiere ir disponiendo un consorcio amigable entre los trabajadores que producen y los fabricantes que, con las ganancias acumuladas en trabajos anteriores, contribuyen a la nueva producción. Quiere anonadar con su justicia e inspirar fe por su templanza. Quiere fortalecerse, de manera que no sean posibles dentro de la Orden desmanes de extraviados ni desobediencias de fanáticos. Quiere hacer ir gradualmente por los caminos de la ley su ejército temible de quinientos mil hombres. Estos no son los del pañuelo rojo: estos van, pecho a pecho, guiados por un maquinista sin armas, con la palabra fuerte de Uriah Stevens en los labios. Tropiezan, caen, se levantan, han vencido muchas veces; ya tienen estados suyos: Legislaturas enteras convierten en leyes algunos de sus principios; el Congreso adopta otras; el Presidente mismo acaba de recomendar en un mensaje el medio de paz que enseñó a sus amigos el sastre de Filadelfia. Si la Orden vence en su contienda con los elementos coléricos a que resiste con aplauso nacional, el siglo acaso acabará en paz en los Estados Unidos; si el gran maestro trabajador Terencio Powderly es vencido, si predominan en los Consejos de la Orden los que no la quieren fuerte para mañana, sino agresiva para hoy, se echarán de un lado con miedo todos los que tienen qué perder y conservar, y se pondrán a hervir con nueva furia en el otro los elementos de una embestida gigantesca, que volcará sobre la tierra espantada llena de sangre la barba de oro, a este siglo sublime en que vivimos, grandes como una cordillera de montañas, desde cuyas cumbres celebran su persona triunfante, los hombres victoriosos.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 29 de mayo de 1886.

Grandes motines de obreros

Alzamiento unánime en favor de ocho horas de trabajo.—Los anarquistas armados.—Gran *meeting* en Nueva York.—Los policías y los anarquistas.—Espíritu y trascendencia del alzamiento obrero.—El obispo de la Iglesia Metodista conmueve al país con una plegaria por la reorganización social.—Fábricas de bombas.—Libros de crimen.

New York, mayo 16 de 1886.

Señor Director de *La Nación*:

Jefferson Davis, roído por el dolor de su vencimiento, acaba de pasear en triunfo, a la sombra de sus banderas y por calles alfombradas de flores, las ciudades del Sur que fueron hace un cuarto de siglo fortalezas de la gigantesca rebelión que lo eligió por presidente. Desde aquellos magnos años hasta hoy, no ha habido en los Estados Unidos acontecimientos más graves que los que han manchado de sangre las flores de estos mayos. Lo que se esperaba ha sido.

El problema del trabajo se ha erguido de súbito, y ha enseñado sus terribles entrañas. Se ha visto que, aunque de un modo todavía confuso, y con diversos métodos, están unidos en una misma tendencia y determinación los trabajadores norteamericanos. Es inútil ahorrar números: son 17 400 000.

So pretexto de reclamar la reducción de las horas actuales de trabajo a ocho, ha culminado en batallas campales en las plazas, y en una especie de intentona y alistamiento generales el malestar que empezó con las huelgas de los ferrocarriles y tranvías, no bien tendió a secar al sol de abril su manto lúgubre el invierno: ¡parece a veces que hay cierta fuerza moral en los rayos del sol!

Se ha visto que, en consecuencia de labores constantes, y sin necesidad de ninguna voz ni dirección fija, todas las ciudades obreras se levantaron

en los mismos días con una petición unánime, y este primer estallido de una fuerza que es acaso demasiado vasta y heterogénea para que pueda echar toda por igual camino, ha revelado, como a la luz de un rayo, el tamaño de la casta triste y enorme que se viene encima, y la negrura de las minas hondas donde las criaturas de destrucción, que se acumulan siempre en las horas de tormenta, socavan con una cordura de locos, los descansos de la fábrica desequilibrada, fábrica de mármol sobre lodo, en que ocupados en la busca de oro viven hoy los hombres.

En Nueva York hubo procesiones, plazas repletas, casas henchidas de policías armados alrededor de las plazas, discursos más encendidos que las antorchas que iluminaban a los oradores, y más negros que su humo: Union Square, que tiene cuatro cuerdas de cada lado, era una sola cabeza la noche de la petición de las ocho horas: como un cinto, ceñía la gran plaza, oculta para no excitar los ánimos, una fuerza de policía, pronta a la carga: ¿cómo no, si se sabe que en New York los anarquistas leen como la *Biblia*, y compran como el pan, un texto de fabricar bombas, bombas grandes, redondas, bombas de lata, bombas cómodas, «graciosas y pequeñas como una pera», bombas de dinamita «que caben en la mano»? ¿cómo no, si a la luz del día, porque no hay ley aquí que prohíba llevar un rifle en la mano, entran los anarquistas en los lugares donde aprenden el ejercicio de las armas las «compañías de rifleros trabajadores», y no se oye, en las horas libres y en todo el domingo, más que la marcha de pies que se clavan, la marcha terca, continua, firme, una marcha de que nadie se cansa ni protesta, una marcha de gente que se ha puesto en pie decidida a llegar?: ¿cómo no, si todo el este de la ciudad está sembrado de logias de socialistas alemanes, que van a beber su cerveza, y a juntar sus iras acompañados de sus mujeres propias y sus hijos, que llevan en sus caras terrosas y en sus manos flacas las marcas del afán y la hora de odio en que han sido engendrados?

Pero entre los que azuzan desde las tribunas a los trabajadores la noche de la reunión no hay solo alemanes, no, sino patriarcas americanos, hombres de buena fe y habla profética, ancianos encanecidos en la creencia y propaganda de una época más justa, apóstoles a lo John Brown, aquel loco hecho de estrellas.

En otros lugares, lo traído de Europa, violento y criminal, predomina en el movimiento obrero, y lo mancha y afea; pero en New York, como donde quiera que hay trabajadores, aunque los medios brutales repugnen a la gente de hábitos republicanos, se nota que el alzamiento viene de lo

hondo de la conciencia nacional, y que la pasión y la voluntad de vencer están ya, para no dejar de estar, en el trabajador americano.

En la Plaza de la Unión hay grandes árboles, y de encima de todos ellos, como un cesto de lunas llenas suspendido en los aires, se vierte por entre las hojas, dibujando en la tierra fantásticos bordados, una atrevida claridad de mundo nuevo. Apiñados en ella, removiéndose, cuchicheando, ondeando, oleando, parecía aquella muchedumbre de gente ciclópea la gran taza encendida donde se transforma, en una noche luminosa, el universo.

Acá se acaba de ver, en el alzamiento general, en los arsenales anarquistas sorprendidos, en el desafío y locura de su prensa, en los motines y combates de Chicago, a la luz de los rifles y al estallido de las bombas, se acaba de ver que es colosal y viable el feto.

¿Qué quieren? Un día es más salario; otro día es más respeto; otro día, como ahora, quieren que las horas de trabajo no sean más que ocho, no tanto para que pueda entrar alguna luz por el alma en las horas de reposo, como para que se vean obligados los fabricantes a emplear a los obreros que hoy no tienen faena: pero todas estas demandas son formas y peldaños: ha llegado ya a condensarse en acción la plenitud de amargura y encono en que su vida infeliz y desesperada tiene a la pobre gente de trabajo: ya han llegado los organizadores, los administradores, los filósofos y vulgarizadores, el ejército, en fin, que realiza las grandes reformas: unos empujan, otros maldicen, otros contienen, otros sujetan la acción mientras encuentran el remedio; pero ya todos obran.

¿Quiénes podrán más, los obreros moderados que con la mira puesta en una reorganización social absoluta se proponen ir hacia ella elaborando por medio de su voto unido las leyes que les permitan realizarlo sin violencia, o los que con la pujanza de la ira acumulada siglo sobre siglo, en las tierras despóticas de Europa, se han venido de allá con un taller de odio en cada pecho y quieren llegar a la reorganización social por el crimen, por el incendio, por el robo, por el fraude, por el asesinato, por «el desdén de toda moralidad, ley y orden»?

Ese es, en este instante, el problema trabajador, tal como queda deslindado, después de estos sucesos, en los Estados Unidos.

¿Las prácticas de la libertad habrán enseñado a los hombres a mejorar sus destinos sin violencia? Parece que sí: parece que el ejercicio de sí mismos, acá donde es perfecto, ha enseñado a los hombres la manera de rehacer el mundo, sin amenazarlo con su sangre.

Dos cosas hay que son gloriosas: el sol en el cielo, y la libertad en la tierra.

La verdad es que, por todo lo que se ve, esos motines de Chicago, esos voceos de socialistas, esos ejercicios en patios y túneles, esas odiosas violencias, son como salpicaduras de su fango ensangrentado que, con la rabia de los que mueren, echa sobre América triunfante, como una reina desdentada, la Europa iracunda. Acá se ve que la opinión en masa, la prensa misma de los capitalistas, ¡qué más, la iglesia misma, la iglesia protestante! acepta la revisión del sistema social de ahora, y va pensando en la manera de ir poniendo un poco del mármol que sobra en unas calles, en el lodo que sobra en otras.

El obispo de la iglesia metodista, una iglesia robusta y protegida por gente de caudales, envía a los templos de su credo una pastoral que causa en el país una emoción profunda:

«Basta,—dice: este edificio donde vivimos es un edificio de injusticia: esto no es lo que enseñó Jesús, ni lo que debemos hacer los hombres: nuestra civilización es injusta: nuestro sistema de salarios, asilos y hospitales ha sido sometido a prueba y ha fracasado.

«Repugna al orden de la razón que unos tengan demasiado y otros no tengan lo indispensable. Lo que está hecho así, debe deshacerse, porque no está bien hecho. Salgamos amistosamente al encuentro de la justicia, si no queremos que la justicia se desplome sobre nosotros. Por Cristo y por la razón, esta fábrica injusta ha de cambiarse. ¡Rico, tú tienes mucha tierra! ¡Pobre, tú debes tener tu parte de tierra!»

Esas palabras, que condensan las de la pastoral, han sacudido la atención, porque no vienen de filántropos desacreditados, ni de gente de odas y de libros, sino de un gran sacerdote de mucho seso y pensamiento, que tiene una iglesia de granito con ventanas de suaves colores, y ha pasado una vida majestuosa en el trato y cariño de los ricos. ¡Bendita sea la mano que se baja a los pobres!

Pero esa bondad sacerdotal, que acá no ha sido oída ni con asombro ni con escarnio, ese sorprendente acercamiento del representante de una gran iglesia al reformador más sano e ingenuo que estudia hoy el problema del trabajo, a Henry George, no alcanza a excusar, sino que condena, como condena George mismo, a los que afean la marcha victoriosa del espíritu humano con violencias y crímenes innecesarios en un país donde hora a hora, desde todas las tribunas, pueden decir los hombres lo que quieren, y juntarse para hacerlo.

¿Que no puede la mayoría trabajadora convencer a la minoría acaudalada de la necesidad de un cambio? Pues no tiene la capacidad de gobernar con justicia, y no debe gobernar el que no tiene la capacidad de convencer. El gobierno de los hombres es la misión más alta del ser humano, y solo debe fiarse a quien ame a los hombres y entienda su naturaleza.

No: en eso ha estado la nación unánime. Se ha concedido el derecho a errar de las agrupaciones de obreros, que comienzan, desde su ignorancia y dolor, a organizarse: se empieza a conceder que el sistema de distribución equitativa de los productos de la industria debe reemplazar al sistema de salarios: se reconoce casi generalmente la necesidad de reconstituir la nación sobre bases que no impidan, como las de ahora, el desarrollo armonioso y mejorante de todos sus elementos: se confiesa que no es por cierto irrevocable un sistema social que, a pesar del pleno ejercicio de la libertad humana, lleva al odio, al desequilibrio creciente, y a la guerra entre los habitantes de un país libre, generoso y rico: se presiente sin miedo, y casi se saluda con cariño, la llegada de la era del trabajador: pero opinión, gobierno, prensa, clero, ¡qué! el trabajo mismo, se levantan contra las turbas de fanáticos que, en vez de emplear su fuerza en rehacer las leyes, fortalecen y justifican las leyes actuales con el espanto que inspiran sus crímenes.

Lo mismo artesanos que banqueros: lo mismo el gran maestre de los Caballeros del Trabajo que los capitalistas del club famoso de New York Union League: lo mismo los gremios aislados de obreros americanos que los diarios de los magnates de las bolsas, abandonan a la ira pública y a la ley a los que con su odio insensato a las instituciones que merecen, puesto que no las saben vencer en paz en un país libre, retardan la reforma de la constitución industrial, que entraña la del hombre mismo, por la alarma justa de la opinión pública sin la que es imposible la victoria.

Ni la policía, ni los jueces, ni el gran juzgado, que es la opinión general, perdona a los que han ensangrentado a Chicago, ni a los que los imitan.

Los caudillos anarquistas están presos: a uno, a Most, lo halaron por los pies de debajo de una cama.

Las imprentas se niegan a poner en sus prensas los diarios anarquistas. Acá, donde hay flores para los asesinos condenados a morir, no ha habido una muestra de simpatía para los anarquistas presos. Los oradores y escritos que convocaron a las armas a la muchedumbre en Chicago, y presidieron a su crimen, serán probablemente acusados de homicidio ante el jurado.

La policía ha recogido en mucho antro, en casas arrinconadas, en cuartos oscuros que hacían de hospitales de sangre, en trincheras y cuevas

subterráneas, vagones enteros llenos de fusiles, cajones de cápsulas, depósitos de dinamita y glicerina, moldes de bombas, bombas «graciosas y pequeñas como una pera», cerros de periódicos y circulares que llaman a crimen, libros anarquistas empastados en cuero rojo, pruebas de una red vasta de fábricas de dinamita y logias organizadas que la consumen, documentos que demuestran que una de sus prácticas es la de incendiar sus casas aseguradas para cobrar en provecho del tesoro anarquista el precio del seguro: mucha sustancia extraña se ha encontrado, que estalla al sol y al choque, mucho texto donde se enseña por diez centavos el modo de incendiar y de matar.

¡Al más noble de espíritu da arrebatos de ira esta perversión de la naturaleza humana!

Ha habido en todo el país, aún en la gente de alma apostólica, una conmoción semejante, a la que produce en una calle pacífica la aparición de un perro atacado de hidrofobia.

JOSÉ MARTÍ

(Concluirá)

La Nación, Buenos Aires, 26 de junio de 1886.

[Copia digital en CEM]

[Conclusión] Grandes motines de obreros

Los obreros de Alemania y los de Estados Unidos.—Lo que traen de Europa los obreros alemanes.—Most, Schwab, Spies.—Escenas de los motines de Chicago.—Huelguistas envenenados.—Explosión de una bomba de dinamita.

(Conclusión)

New York, mayo 16 de 1886.

Señor Director de *La Nación*:

Esos hombres no son los verdaderos trabajadores americanos, que se coaligan, que cometen errores, que ejercen presión injusta sobre las empresas que se niegan a reconocerlos como agremiados, que en las horas de furia, allí donde el frío azota más y sus angustias son mayores, vuelcan carros, incendian corrales, rompen las entrañas a las máquinas, pero no se reúnen, en cuevas y agujeros, a estudiar la manera más módica y sencilla de destruir al hombre, por el delito de haber creado.

Solo los que desesperan de llegar a las cumbres, quieren echar las cumbres abajo. Las alturas son buenas, y el hombre tiene de divino lo que tiene de capaz para llegar a ellas; pero son propiedad del hombre las alturas, y debe estar abierto a todos su camino.

Ese odio a todo lo encumbrado, cuando no es la locura del dolor, es la rabia de las bestias. Comete un delito, y tiene el alma ruin, el que ve en paz, y sin que el alma se le deshaga en piedad, la vida dolorosa del pobre obrero moderno, de la pobre obrera, en estas tierras frías: es deber del hombre levantar al hombre: se es culpable de toda abyección que no se ayuda a remediar: solo son indignos de lástima los que siembran a traición incendio y muerte por odio a la prosperidad ajena.

En Alemania, bien se comprende, la ira secular privada de válvulas, estalla. Allá no tiene el trabajador el voto franco, la prensa libre, la mano en el pavés; allá no elige el trabajador, como elige acá, al diputado, al

senador, al juez, al presidente; allá no tiene leyes por donde ir, y salta sobre las que le cierran el camino: allí la violencia es justa, porque no se permite la justicia.

Las reacciones serán tremendas, allí donde las presiones han sido sumas. Las justicias se van condensando de padres a hijos, y llegan a ser en las generaciones finales cal de los huesos y vicio de la mente: llegan a erguirse dentro del alma como un fantasma que no duerme. Estos burdos obreros de Alemania, aguzados por espíritus de odio, o por aquellos de su casta en quienes el dolor culmina en palabra o acción, vengan siglos, en su oscuro entender, cuando echan una bomba encendida sobre los guardianes de la ley, símbolo para ellos en su tierra de la hiel en que viven. ¡De ahí la compasión de todo espíritu justo por los extravíos de esos tristes que vienen a la vida con las manos inquietas y el juicio caldeado! ¡Pero en ninguna alma honrada llega la justicia a precipitarse en crimen!

Importa mucho a los pueblos que se acrecen con la inmigración de Europa ver en qué ayuda y en qué daña la gente que inmigra, y de qué países va buena, y de cuál va mala.

Los Estados Unidos, que están hechos de inmigrantes, buscan ya activamente el modo de poner coto a la inmigración excesiva o pernicioso: viendo de dónde viene el mal a los Estados Unidos, pueden librarse de él los países que aún no han sido llevados por su generosidad o su ansia desmedida de crecimiento al peligro de inyectarse en las venas toda esa sangre envenenada.

Se sabe de cierto. Es de alemanes, de polacos, de suecos, de noruegos, la gran masa en que han prendido esas prédicas de incendios y matanzas. La ciudad de Milwaukee, es un ejemplo, y allí por poco, a no haber habido un gobernador enérgico, no queda de la ciudad más que pavesas: en Milwaukee, de cincuenta mil trabajadores, apenas diez mil hablan inglés: polacos y alemanes son en su gran mayoría.

En Chicago todos eran alemanes: un americano había, uno entre diez mil, un Parsons: ¿en qué país, no cría fieras el odio? Ese es aquí el elemento temible del problema obrero: esa Alemania y Polonia, esa Noruega y Suecia, toda esa espuma europea, se ha derramado por el país entero, y no se sabe si los trabajadores del país serán más poderosos que ella.

Esos alemanes, esos polacos, esos húngaros, criados en miseria y en la sed de sacudirla, sin más cielo sobre las cabezas que el tacón de una bota de montar, no traían, al venir a esta tierra, en los bolsillos de sus gabanes blancos, en sus cachuchas, en sus pipas, en sus botas de cuero y sus

dolmanes viejos, aquella costumbre y fe en la libertad, aquel augusto señorío, aquella confianza de legislador que pervade y fortalece al ciudadano de las repúblicas: traían el odio del siervo, el apetito de la fortuna ajena, la furia de rebelión que se desata periódicamente en los pueblos oprimidos, el ansia desordenada de ejercitar de una vez la autoridad de hombres, que les comía el espíritu, buscando salida, en su tierra de gobierno despótico.

Lo que allí se engendró, aquí está procreando. ¡Por eso puede ser que no madure aquí el fruto, porque no es de la tierra!

Esos trabajadores, en su mayor parte alemanes, se trajeron esa terquedad rubia, esa cabeza cuadrada, esa barba hirsuta y revuelta que no orea el aire y en que las ideas se empastan. Se trajeron a sus anarquistas, que no quieren ley, ni saben qué quieren, ni hacen más que propalar el incendio y muerte de cuanto vive y está en pie, con un desorden de medios y una confusión tal de fines que les priva de aquella consideración y respeto que son de justicia para toda especie de doctrinas de buena fe encaminadas al mejor servicio del hombre. Se trajeron estos alemanes a Most, a Schwab, a Spies,—Spies, parecido a Guiteau, un hombre chupado, un hombre mal hecho, en quien la masa no fue dispuesta a punto para que por entre las fieras naturales salieran con toda la luz de la razón el hombre verdadero;—Most, con una lengua grandaza como su barba, gordo, fofo, mirada de sargento enamorado, orador que en días pasados habló en New York a su auditorio con un rifle en la mano, incitando a voces a sus oyentes a que hicieran como él, y fueran a sacar de sus guaridas a todos los capitalistas, y a volar sus casas y riquezas con las bombas que él enseña en sus libros a hacer y manejar;—Schwab, persona torva y enfermiza, pelo y barba al descuido, ojos temibles bajo anteojos grandes, huesoso y ávido.

Pero estos hombres tienen tras de sí miles de adeptos: y cuando Spies, que ha sido amo de tienda, sube a hablar en un vagón, sacudiendo en la mano un gajo de los *Arbeiter Zeitung*, del *Diario de los obreros* que publica, doce mil hombres se echan por donde él va, sacan standartes y fusiles de donde los tienen escondidos, se ponen como flor de sangre en la solapa una cinta roja, asaltan tiendas, despedazan cervecerías enemigas, empuñan batallas mortales con los policías en cuerpo, y echan sobre sus líneas una bomba de dinamita que, al estallar con infernal estruendo, deja en tierra tendidos a sesenta hombres.

Quieren que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, y es su derecho quererlo, y es justo; pero no es su derecho impedir que los que se ofrecen a trabajar en su lugar, trabajen. No es su derecho apedrear a los fabricantes

que cierran sus talleres, porque no pueden continuar produciendo con esta época de precios bajos, en condiciones que requerirían más gastos de producción. No es su derecho perseguir con ese odio bestial de las muchedumbres a los infelices que se prestaron un día a ocupar los lugares de algunos huelguistas: ¡infelices! los llevaban por las calles, de vuelta a sus casas, dos cordones de policía: iban lívidos, y como sin habla: las mujeres, con pañuelos encarnados en la cabeza, les enseñaban desde las ventanas sus puños cerrados, y les echaban encima agua hirviendo: iban como quien se siente acabar: corría un viento de muerte que les hacía temblar las rodillas: se escondieron en sus casas como insectos que se entran en sus agujeros.

Los amotinados no eran ya doce mil, sino veinte mil. Cuarenta mil son los trabajadores en huelga en Chicago.

En Milwaukee, la ciudad de la cerveza; en Cincinnati, el palacio del cerdo, también a miles están amotinados los polacos y los alemanes.

Pero en Milwaukee el gobernador les puso freno, espantó a un alcalde polaco que fungía de bravo, y envió a la cárcel a prepararse para la penitenciaría, a unos cien cabecillas, expertos en manejar bombas y encender cabezas.

En Cincinnati el corregidor no se mostró de paz, y anuncia que el que prive a otro hombre en su ciudad del menor de sus derechos de persona libre, se verá, por la ley o por la fuerza, privado de los suyos: se puso en pie, y ordenó a la milicia que tuviese dispuestos los cartuchos.

Solo en Chicago, donde Spies y Schwab escriben, donde incitan en las plazas públicas los oradores al incendio y a las armas, donde los anarquistas hacen ejercicio diario de armas en sus patios y túneles, donde una mulata marcha a la cabeza de las procesiones ondeando con gestos de poseída una bandera roja, donde al sol y a la luz eléctrica flotan día y noche de las ventanas de Spies dos pabellones anarquistas, mientras que en libros y talleres ocultos aprenden sus adeptos a manejar sustancias siniestras y fabricar bombas.

Solo en Chicago, que es desde hace nueve días un campo de batalla, se empeña a cada hora, entre la policía mermada y la muchedumbre frenética, una contienda de muerte, en que los cañones de los revólveres se disparan boca a boca, en que las mujeres ayudan desde las ventanas a sus maridos que pelean lanzando ladrillos, bancos, piedras, botellas, en que doce policías heroicos hacen frente, sin más cota de malla que sus blusas azules de botones dorados, a veinte mil trabajadores amotinados que les disparan faz a faz, desde las ventanas y vagones, desde sus emboscadas, que

se les echan encima y les rodean, que entran en miedo de su fuego certero, que al ver llegar en sus carros de patrulla, las cuadrillas de refuerzo, huyen espantados por las calles cercanas los veinte mil ante los doce! Se llevan en vagones a sus heridos. Un policía queda en la acera muerto.

¡Otra refriega y a pocos pasos! Un policía muere sobre un huelguista: el huelguista le ha vaciado el revólver en el pecho: el policía, con el pecho traspasado, con su enemigo por tierra, le dispara en la cabeza dos tiros de revólver. Una ambulancia llega. Está llena de pólvora la calle. Tiéndese en la ambulancia uno al lado del otro, a los dos desventurados.

En el camino, chaqueta junto a blusa azul, expiran.

En cada esquina, un encuentro; en cada plaza, reunión, discursos, acometimientos, balas.

Allá van desalados bajo un fuego continuo de revólver, los vagones de patrulla, cargados de policías. Detienen a uno: los que van en el interior se apilan, con las cabezas bajas, para evitar los tiros: el que va en el estribo, roto un hombro, se ase con una mano de la baranda del vagón, y con la otra, hasta que cae en brazos de sus compañeros, ya en pie y pistola al aire, dispara sobre los huelguistas que le atacan. Rompe a correr el carro, parece que el caballo entra en la pelea y que el carro es su ala: los huelguistas se abaten al verlo venir, ebrio ya el carro todo: las casas se los tragan.

Allá lejos, ¿quién muere? Es un huelguista envenenado: otros más han llevado a casas vecinas. Se entraron a una botica a cuyo dueño acusan de haber llamado [a] la policía por el teléfono. Tiemblan arriba en un rincón el boticario y su mujer. La turba rompió a pedradas las ventanas, inundó la tienda: deshizo los mostradores; quebró y majó los pomos, se echó sobre las ropas los perfumes: se bebió cuanto le supo a vino.

Los que mueren del tósigo quedan detrás. Hombres y mujeres, agitando al aire los pañuelos rojos, arrebatando consigo a cuantos hallan, poniendo en fuga un policía que les sale al paso, caen sobre una cervecería, que han jurado devastar porque el dueño dio un sombrero a un policía maltratado por la turba. En las gorras y en el hueco de las manos se beben la cerveza. Con hachas y a pedradas han abierto los barriles. Hasta secarlos tienen en ellos las bocas. Caminan sobre la espuma. Ríen. Despedazan con sus manos las alacenas y anaqueles. Todo es astilla en un minuto. Los policías llegan, y como no se les hace fuego esta vez, solo usan de su porra, una porra que tunde. Los huelguistas huyen, pero los policías venían de otro encuentro, muchos de ellos manchados de su sangre.

«¡En fila, hombres!» les dijo su capitán, al arremeter contra la cervecería. Después de vencer, tres vinieron al suelo.

Y en la noche de la bomba mortal, ni uno solo se hizo atrás, ni huyó la muerte! La explosión los ensordeció; pero no los movió. ¿Qué sabían ellos si les arrojarían más de aquellas máquinas terribles? ¿No vieron venirse a tierra, como si el suelo hubiese cedido bajo sus plantas, todo el centro de su línea? ¿No oían quejidos desgarradores? «¡En fila, hombres!»

Unos asisten a los que han caído. Los demás, con las pistolas a la altura del pecho, avanzan descerrajándolas. Un fuego cerrado les responde. Guardan los revólveres vacíos, y avanzan, descerrajando los llenos. La multitud se desbanda aterrada. Sobre el suelo lívido, y aclarado por la luz eléctrica que fosforea en el silencio mortal, se arrastran los policías heridos, como gigantes rotos: uno cae muerto, al quererse erguir sobre un brazo, con el otro vuelto al cielo: le resplandecían sobre el pecho como estrellas los botones dorados.

De esta hoguera primera se van apagando los fuegos: una fábrica cede una hora: otra da siete días de término para que sus operarios vuelvan, o pierdan toda ocasión de volver: otras, pocas, consienten en rebajar a ocho las horas de trabajo: alguna, con prudencia que es muy celebrada, fija en nueve horas y media el trabajo del día, pero se obliga con sus obreros, como estos con ella, a no acudir a la violencia para arreglar sus disensiones, y a someter a árbitros los puntos en que no concuerden.

Es general esta tendencia al arbitramento: general la atención al gran problema, la fe en la sensatez pública, y como cierto legítimo orgullo, que ya se nota, de ver cómo el aire de la libertad tiene una enérgica virtud que mata a las serpientes.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 2 de julio de 1886.

Correspondencia particular para el Partido Liberal

—El 4 de Julio.—New York a media noche.—Falta de espíritu patrio en las fiestas.—Los días patrios.—Observaciones sobre el espíritu público en los Estados Unidos.—Cómo se forma este país.—Efectos sociales de la inmigración y el excesivo amor a la riqueza.—Las fiestas.—Día de paseo.—Coney Island.—La fiesta de los irlandeses.—La madre de Parnell.—Hermosa escena en la plaza de la Unión.

New York, 6 de julio de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Todavía está el aire rojo, y penetrado de olor de los fuegos con que se celebró ayer el 4 de Julio. Anoche, al sonar las doce, cuando a los reflejos carmesíes y violetas de las últimas luces de Bengala pasaban cual fantásticas figuras los paseantes cansados de las playas y pueblos vecinos, parecía New York como un cesto de duendes, que se acostaban entre chispazos y volteretas, saltando por sobre torres y techumbres, a la luz cárdena del cielo encendido. Camino de la eternidad parecían ir los trenes del ferrocarril elevado, como serpientes aéreas por cuya piel agujereada se escapase su espíritu de luz. Las chispas de una rueda de fuego clavada en un poste de esquina, caían sobre un niño en traje de soldado, dormido en la acera sobre su tambor. De una estación de ferrocarril bajaban, entre familias alemanas y jugadores de pelota, trece mozas en uniforme de cantineras, los trece estados de la Unión, que hace ciento diez años declararon en estos mismos días su voluntad de ser unos y libres. Un veterano llevaba en brazos a su hijita, envuelta en una bandera nacional. Bufando, y como exhalando los últimos suspiros, vaciaban en el muelle su carga sofocada los vapores que volvían de los lugares de paseo, conciertos, baños, pugilatos, juegos y carreras. Como los pueblos se revelan en sus fiestas, y la alegría y

la libertad desnudan las almas, es bueno observar las ciudades en los días en que el regocijo, expansivo de naturaleza, saca de ellas lo que tienen de tierno, de indiferente o de bárbaro.

Animadísimo ha sido aquí este 4 de Julio; pero ¡quién lo diría! no hubo fiesta patria sino en un barrio nuevo, allá por las afueras, que quiere llamar la atención sobre sus calles y sus casas, y tener por lo pintoresco y bullanguero los atractivos que le quita la distancia. Allí hubo gran parada, con el coche redondo de Washington; hubo bandera de treinta yardas, que se izó entre vítores en un parque que lleva el nombre de uno de los firmantes de la Declaración de la Independencia; hubo un general octogenario, que cantó con voz velada, ante la muchedumbre descubierta con respeto, una de las tonadas de guerra del año 1812, cuando Inglaterra mordía las alas del águila que había espantado de su nido. Pero fuera de la procesión de Harlem, y del pabellón que al abrir la aurora iza en la Batería todos los años un nieto del que arrió la bandera británica cuando salían, mosquete a tierra, los ingleses vencidos de New York, ¡ni los nombres se pronunciaron en los discursos de los oradores en teatros y plazas, de aquellos cincuenta y seis patriarcas que en la hora de la necesidad aparecieron sobre su pueblo como hombres de mármol que daban luz!

Los días patrios no han de ser descuidados. Está en ellos el espíritu público. Están en ellos las victorias futuras. Están en ellos las artes y las letras, que levantan a los pueblos por sobre las sombras cuando se han podrido los huesos de sus hijos, y cubierto de capas de tierra sus bronce y sus mármoles. Está en ellos esa arrogante soberanía que hace a los pueblos capaces de defenderse afuera de sus enemigos, y de salvarse adentro de sus tiranos. En esta vida, donde el hombre no vive feliz ni cumple su deber sino en un altar, el día patrio reanima el santo fuego, en las aras manchadas por las pasiones, empolvadas por la indiferencia, o pervertidas por el ocio y el lujo. ¡Se necesita de vez en cuando respirar juntos, al ruido marcial de los tambores y al reflejo de las banderas, ese aire sobrehumano que embriaga, y pone en los que viven, para que anden y triunfen, la voluntad y el brazo de los muertos! De sí debe tener vergüenza el que se avergüence de fortalecer, con estas juntas brillantes de espíritus, esa alma compacta y robusta sin la que, al embate de los avariciosos, caerá como un montón de polvo la patria: o como la estatua de plomo del rey de Inglaterra, que derritieron los neoyorquinos hace ciento diez años, cuando supieron que estaba repicando en Filadelfia la campana sagrada, publicando al mundo que había nacido sobre una tierra nueva un pueblo libre.

Aquí da miedo ver cómo se disgrega el espíritu público. La brega es muy grande por el pan de cada día. Es enorme el trabajo de abrirse paso por entre esta masa arrebatada, desbordante, ciega, que solo en sí se ocupa, y en quitar su puesto al de adelante, y en cerrar el camino al que llega. Por cada hombre del país, cincuenta extranjeros. El extranjero que desembarcó hace un año con sus botas de cuero, su gabán parduzco, su cachucha y su nariz colorada, mira de reojo como a un enemigo a cada nueva barcada de inmigrantes. Nacidos de estos padres, los nuevos americanos no traen a su patria casual aquella sutil herencia de afectos y orgullos, aquella insensata y adorable pasión por el país donde se viene al mundo, que parece que sujeta con raíces a los que ven la luz sobre él con raíces que les olean la frente como alas cuando se la enardecen o abaten los infortunios, y que los llaman como brazos angustiosos cuando con un dolor que tuerce las entrañas, se siente resonar sobre la patria un pie extranjero.

En las luchas se acendran e inflaman los elementos que las inspiran, por lo que acá llega a ser señora única del alma el ansia de la fortuna. La nación se ha hecho de inmigrantes. Los inmigrantes se dan prisa frenética por acumular en lo que les queda de vida la riqueza que desearon en vano en la tierra materna. De esta tierra adoptiva solo les importa lo que puede favorecer o retardar su enriquecimiento o su trabajo. No les estorban para adelantar ni las creencias religiosas, que aquí son libérrimas, ni las opiniones políticas, que caldean el corazón y turban el juicio en el país propio. Acuestan sobre la almohada por la noche la cabeza cargada de ambiciones y cifras. Nace el hijo entre un *check* y una factura, o en uno de esos goces sin espíritu en que buscan las mentes desasosegadas compensación física y violenta a su fatiga. No es el matrimonio aquella mutua y absoluta entrega que lo hace feliz, porque el ser humano solo lo es completamente en darse, sino que en él continúa la preocupación abominable del bien de cada cual, sin que el hijo llegue a ser un perfume, porque jamás se unen bien el céfiro y la rosa. En este aire sin generosidad, en esta patria sin raíces, en esta persecución adelantada de la riqueza, en este horror y desdén de la falta de ella, en esta envidia y culto de los que la poseen, en esta deificación de todos los medios que llevan a su logro, en esta regata impía y nauseabunda, crecen los hombres de las generaciones nuevas sin más cuidado que el de sí, sin los consuelos y fuerzas que trae la simpatía activa con lo humano, y sin más gustos que los que pueden servir para la ostentación del caudal de que se envanecen, o los que apagan los fuegos de la bestia o la fiera que desarrolla en ellos su vida de acometimiento y avaricia. No es el hermoso

trabajo, ni la prudente aspiración al bienestar, sin el que no hay honor, ni paz, ni mente seguras: es el apetito seco de acaparar riqueza, afeado por el odio y desdén a los oficios en que se la logra con honradez y lentitud. Lo que admiran es el salto, la precipitación, la habilidad para engañar, el éxito; y se fían en el que ha engañado más. La mujer, criada en el mismo amor de sí, ni siente con ardor la necesidad de darse a otro, ni se presta a darse para la desdicha, ni busca en su compañero más que el modo de asegurarse su holgura y complacencia. Nacen los hijos pálidos y avarientos de este consorcio sórdido. Así, consagrado cada uno al culto de sí propio, se va extinguiendo el de la patria. No endulza acá las vidas la generosidad ni el agradecimiento.

Y cuando, como en este 4 de Julio, sienten las gentes políticas el deber de celebrar la fiesta patria, se juntan, como se juntaron ayer en Tammany Hall; no para entonar alabanzas a los fundadores y afirmar sus doctrinas, sino para flagelar al Presidente porque no desaloja de sus empleos a los republicanos, y pone en ellos a aquellos mismos demócratas mercenarios sobre cuya voluntad y traición fue elegido.

La fiesta era ayer en todas partes: carreras de caballos corredores, carreras de todo paso, apuestas entre caminadores, juegos escoceses, excursiones por los ríos, regatas de remadores, partidas de pelota. Pululaban los alrededores y las playas. La ciudad se iba vaciando desde por la mañana sobre las arboledas y campos vecinos. Sobre cada adoquín estuvo estallando del alba a la media noche un cohete. Caían las muchedumbres sobre los ferrocarriles y vapores, como los potros sobre el portillo abierto en la dehesa. No se abre un brazo en estas multitudes para hacer lugar al niño que se sofoca o al viejo que desfallece. Cada vapor lleva un ejército a las playas serenas de Coney Island, que atrae a las gentes con el fragor de sus hoteles, la algazara y chirridos de los columpios y las ventas, sus cantos de tirolese y de *minstrels*, sus orquestas de mujeres descoloridas y huesudas, sus hediondos museos de elefanciacos y de enanos, su elefante de madera, que tiene en el vientre un teatro, y es como símbolo y altar monstruoso de aquella parte glotona y fea de la isla, a cuyo alrededor, como columnas de incienso, se eleva de los ventorrillos que le hormiguean a los pies el humo de las freideras de salchichas. Allá lejos, se tiende la playa, matizada de grupos de familias, reclinadas o sentadas en la arena junto a los restos del festín casero: se salen los trajes de los cuerpos canijos de los judíos; se salen de sus talles morados y pomposos las irlandesas ubérrimas; la vida se sale de algunos ojos apenados, que van allí a hablar con el mar de la

honestidad y la grandeza que no se hallan en los hombres; y se observa tristemente el contraste que hacen las caras varoniles y osadas de las niñas con sus vestidos de encaje y con sus cintas de colores. En una tienda fríen maíz: en otra, bajo un toldo, comen ostras frescas en el borde de un bote: allí cerca, alquilan caballos para los niños: van y vienen, arrancando risas con sus trajes de baño, los flacos y los gordos, mostrando esa pobreza y caimiento de las formas consiguientes al ayuntamiento apresurado y hurafío de tanta casta diversa y egoísta. Se pavonean entre los grupos, ojeados por damiselas de mala ocupación, los jugadores de oficio que han tenido suerte en las últimas carreras: el pecho es un brillante: llevan el pelo a rape, como los presidiarios: ostentan sombreros blancos: van seguidos y curioseados como héroes. El mar fresco, surcado a lo lejos por botes de paseo llenos de galanes y de hermosas, echa su ola fragante sobre la vasta arena, blanca como la plata sin bruñir. Suena a lo lejos la marcha de *Lohengrin*.

Pero no se fue toda la ciudad a estos gozos bullentes. Tienen disciplinada a la gente de dolor los trabajadores del espíritu. El derecho, y toda ocasión de pedirlo, es una fiesta para los que padecen de hambre de él. Esos hombres buenos y graves que están procurando juntar en una asociación incontrastable a todos los obreros, para que vuelquen de un común empuje las leyes de distribución de los productos del trabajo y la tierra pública, llamaron a una gran fiesta en la plaza de la Unión, donde obreros de todas nacionalidades, alemanes y americanos, franceses y bohemios, y los ingleses mismos, mostraran, a la hora en que el Sol está en el cenit, su simpatía por los obreros irlandeses, en cuyas bolsas no se acaba nunca el centavo para el cura, ni el peso para ayudar a la faena política de la magnífica cohorte que batalla por obtener la autonomía de Irlanda.

Había más gente que hojas en los árboles. Llegaba por una calle, un gremio de alemanes, con un esplendor de barba rubia, serio el rostro, pesado el paso; y su guía, brillándole los ojos con esa luz misteriosa e inquieta que distingue a los hombres nacidos para conducir, clava la bandera del gremio, entre cohetazos y aplausos, en el balcón de la casilla de madera donde preside rodeada de señoras, la adorable anciana que trajo al mundo a Parnell.

Allí está, con su vestido negro y su cabeza blanca, la madre del reformador irlandés. Ella es en Irlanda propietaria y noble; pero donde están sus irlandeses, allí está ella. Su hijo sienta a Irlanda, del otro lado del mar, sobre la cabeza de los ingleses; y como que se contiene, vence. Ella se muestra erguida y sobria, cada vez que los irlandeses de este lado

se reúnen para mostrar simpatía o buscar ayuda a los que luchan en el Parlamento de Londres por sus libertades; y no bien la ve el público, se pone en pie frenético, como si viesan santificada en un altar a su propia madre. No perora, pero dice cosas que abofetean y que queman: parecen sus palabras, deliberadas, profundas, centelleantes, breves, manojos de guantes que echa al rostro inglés. Se eleva el espíritu, y se humedecen los ojos, en la presencia de esta sublime dama que tiene involuntariamente sobre su pueblo el prestigio de las antiguas sacerdotisas.

Pasan, pasan delante de ella, todos los gremios que acuden a tomar parte en la fiesta. Unos clavan su estandarte junto al de los alemanes, y las banderas quedan allí, dando guardia a las mujeres que sufren y trabajan por los hombres. Otros dejan a sus pies ramos de flores. Otro le trae una insignia del color de su patria, para que la ostente en el pecho, y al notar la multitud que la insignia es verde, comienzan a sacudir los árboles, al ruido de las músicas, y se adornan aquellos cincuenta mil hombres los sombreros y las solapas con las hojas.

Los americanos e irlandeses se agrupan junto al estrado donde están reunidos los consejeros mayores del partido obrero: Henry George, con su cara benigna; Louis Post, con sus aires de pelea; John Swinton, el que trabaja frente a un grabado de John Brown flotando al aire en la horca. Los alemanes y bohemios toman puesto alrededor del estrado donde van a hablar los oradores en su propia lengua: oradores ardientes y excesivos, como son siempre, precipitados sin duda por el dolor perpetuo de no hallarse en su pueblo, aquellos que concentran en los países lentos o duros las condiciones de poesía y palabra de que la comunidad carece, por eso han nacido de los países más recios los reformadores más violentos. En el estrado de las damas, las oradoras se van poniendo en pie, y bendicen, al acabar sus razonamientos elocuentes, a aquel hombre joven de frente de templo y de brazos cruzados que va peleando sin sangre por la libertad de Irlanda. Habla después su propia madre: ¿cómo ha de hablar, si empieza por decir que cientos de años de los dolores de Irlanda le hierven en el pecho? Ya se imagina lo que fue la fiesta: un hurra que duró tres horas. Los banderines azotaban contentos los altos mástiles del parque, coronados por una bola de oro.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 25 de julio de 1886.

México y Estados Unidos

Peligro grave de guerra.—Antecedentes del conflicto.—Elementos constantes de la guerra.—La razón de la guerra y su pretexto.—Resumen engañoso del Secretario de Estado ante el Congreso.—Estado de guerra en la frontera.

New York, 9 de agosto de 1886.

Señor Director de *La Nación*:

Valiera más esta vez no tener que dar cuenta de los sucesos culminantes de esta tierra, porque uno es el grave peligro de una guerra con México, y otro es la muerte inesperada de Samuel Tilden, aquel anciano que electo legítimamente a la presidencia de su República, prefirió consentir en la pérdida de su puesto y en el anatema de sus secuaces, a precipitar a su pueblo a la guerra para mantener su derecho.

Murió en sus arreos de batallar, con el cuerpo clavado a su sillón, y la mente en el bien público. Murió mirando por sus ventanas al río Hudson, cuya corriente majestuosa es lícito comparar a la de sus pensamientos.

Es inminente en estos momentos el peligro de una guerra mexicana. Ya se comprende que la razón verdadera para ella no es el pretexto que la precipita acaso. El pretexto es la prisión, juicio y sentencia por los tribunales del estado mexicano de Chihuahua de un Cutting, un periodista aventurero y de poca vergüenza, que circuló con su propia mano en México, contra lo que ordena y castiga la ley mexicana de libelo, un artículo difamatorio contra un mexicano, publicado en español y en inglés en un periódico americano del estado de Texas.

La razón es la insana avaricia de los cuatreros y matones echados de todas partes de los Estados Unidos sobre las comarcas lejanas de la frontera de Río Grande.

Allí, de un lado está México, con sus ciudades viejas, su riqueza descuidada, sus hijos bravos, sus recuerdos encendidos de la invasión americana

de 1848, su disgusto de ver crecer cada día en su suelo la población americana, su miedo justo de una invasión ansiada por la mayoría de los habitantes del otro lado de la frontera, y su instintiva repulsión contra la insolencia agresiva de la caterva que merodea y acecha desde las orillas opuestas de su río.

Del otro lado está Texas, que fue antes provincia de México como es ahora Chihuahua, y fue poblándose de americanos como se está poblando ella, y un día fue invadida por ellos y quedó entre sus garras, como Chihuahua teme quedar ahora: del otro lado están los Estados Unidos con su vanguardia de ciudades nuevas, sus hoteles y casas arrogantes, sus puentes que atraviesan el río como garras clavadas en la tierra de México, y su populacho desalmado, que la mira como una cosa de su pertenencia, y tiene ansia de caer sobre sus dehesas y sus minas.

A aquellos mexicanos se les hace sangre la boca de pensar en la batida que sufrieron, tanto por la traición de su jefe como por la suerte de las armas, en la guerra de 1848. A estos americanos fronterizos se les ve en los ojos el fatídico desdén hacia la raza de color trigueño que un novelista simbolizó acá hace pocos años en «Niñita» lindísima, india muy bella enamorada en mal hora de un americano blondito, que muere aplastada por la triunfal locomotora que guía México adentro el hombre a quien ama. Los novelistas lamentan la suerte de «Niñita»: y los texanos la aplastan!

Y esos dos pueblos viven en la frontera pecho a pecho, excusándose en la conciencia sus depredaciones mutuas con sus odios nacionales, entrándose como enemigos diariamente unos en tierras de otros, achacando cada día a los vecinos los crímenes que cometen en su estado propio. Allí viven en tráfico constante, divididos por una estrecha cinta de agua, estos dos pueblos que se odian, El Paso frente a Paso del Norte, Laredo frente a Nuevo Laredo, comunicadas por *tramways* las dos ciudades hostiles, aguardando constantemente la una, el instante de invadir, y la otra, el de rechazar la invasión.

En tanto, los gobiernos de los Estados Unidos y México han venido manteniendo relaciones pacíficas que casi tenían carácter de cordiales, ya porque por ahora no estuviese en la mente de una administración presidida por un hombre apacible del Norte llevar la guerra a México que interesa más a los estados del Sur, ya porque con habilidad suprema ha venido esquivando México todo peligro de conflicto, y obligando con sus muestras de buena voluntad al gobierno de los Estados Unidos a reprimir cualquier turbulencia de sus ciudadanos contra un país tan amigo.

Pero en lo general de la opinión subsiste la creencia vaga en la cercana realidad de la posesión de México, y en el pensamiento público viene a ser la actual independencia mexicana como una mera concesión de los Estados Unidos, que no se interrumpe porque todavía no ha sido menester, pero cesará tan pronto como sea preciso. Y si en el Norte mismo, que está alejado del campo del conflicto, perduran este desprecio de la raza y esta seguridad de abatirla, que en realidad se explican solo por la ignorancia, risible si no fuera tan grave, en que están de la historia y el carácter mexicanos, en el Sur, y bastante en el Oeste, esa idea de conquista es cara a la imaginación popular. Se apetece la gran riqueza. Se percibe el júbilo inicuo de los animales fuertes. Todo pretexto, pues, de conflicto que se levante entre los dos países, encuentra a la frontera deseosa de la guerra; al Sur dispuesto a ayudarla; al Norte convencido de que la guerra ha de ser algún día y tanto es que sea hoy como mañana; y al gobierno, obligado por moralidad diplomática a la paz y empujado a la guerra por el apetito de invasión de la frontera, el espíritu belicoso del Sur y el consentimiento tácito del resto de la nación.

Esa es, en verdad, la situación que en estos instantes presenta el conflicto mexicano, aunque la negativa de la Casa de Representantes a votar la resolución hostil redactada por la Comisión de Negocios Extranjeros en vista del resumen de la controversia presentado por el Secretario de Estado, parece por fortuna haber aliviado el caso de sus primeros peligros. La negativa súbita, contraria a la resolución belicosa que se esperaba del Congreso, se debió solo—¿de qué pequeñeces dependen los sucesos mayores!—al discurso inesperado de un diputado oscuro, que acusó con pruebas al Secretario de Estado de haber presentado el caso al Congreso, en su resumen de la correspondencia con el gobierno mexicano, en contradicción plena y aparentemente voluntaria de lo que de la correspondencia misma resulta.

Por voluntad sería, o por descuido, aunque no cabe descuido en cosa semejante; pero los representantes acudieron a los ejemplares impresos que no se habían cuidado de leer, y era verdad que el caso se presentó al Congreso falsamente.

En vano defendieron al Secretario sus amigos, pidiendo ansiosamente para él la sanción inmediata de la Casa de Representantes: en vano alegaban que la revelación del diputado Hitt, que es republicano, no era más que un movimiento de partido para presentar a los demócratas como amigos de una guerra innecesaria, a lo que debían los demócratas, que tienen mayoría en la Casa, responder con un voto unánime de partido.

La cuestión era demasiado grave para que cupiera en ella tanta ligereza. El país se hubiera indignado de que su Congreso lo precipitase sin necesidad a una guerra inesperada, y en toda apariencia inexcusable ante los demás pueblos. El representante Hitt habló poco, y a golpes; y el hecho de haberse prestado a firmar la resolución misma a que se oponía, daba peso invencible a su afirmación, comprobada con asombro por los representantes todos, de que esa resolución se había obtenido de la comisión por sorpresa, y que no era de aceptar, puesto que la comisión solo conocía al dictarla el resumen notoriamente engañoso de la correspondencia que con tanta claridad lo desmentía.

Los republicanos asieron con júbilo esta ocasión de probar al país que no son ellos solo ni es solo Blaine, los que favorecen una política de intimidación e intrusión en los países americanos de casta española; y por venganza de partido censuraron en su contrario lo que hubieran aplaudido en sí. Los demócratas se exasperaron de verse guiados sin sinceridad por uno de sus jefes predilectos, por su propio Secretario de Estado, en un caso en que el país no puede perdonarles andar de ligero, ni caer en error, ni comprometerlo por razones de bando político. Y el Congreso suspendió sus sesiones sin aprobar la resolución hostil de la Comisión de Negocios Extranjeros, que loaba la actitud del Secretario, e instaba al Presidente a que insistiese en exigir de México la libertad inmediata del americano preso, «por no poder consentir los Estados Unidos que un poder extranjero se arrogase, como se arrogaba México, la facultad de castigar según sus leyes en territorio mexicano delitos cometidos por ciudadanos americanos en los Estados Unidos».

Pero ese no era el caso, y Hitt lo reveló así ásperamente al país entero.

No era verdad, como decía el secretario Bayard, que México se negase a entregar al preso apoyado en una ley suya que le autoriza a castigar a los americanos por delitos contra mexicanos cometidos en territorio de los Estados Unidos. No era verdad, a pesar de que Bayard lo afirmaba así, que se estuviese procesando a Cutting en Paso del Norte, en México, por un delito cometido en El Paso, en Texas.

De la correspondencia resultaba la verdad: en Paso del Norte se estaba procesando a Cutting por un delito cometido en territorio mexicano, en violación del asentimiento suscripto por Cutting ante el juez que había reconocido con su firma en el acto de conciliación provocado por una falta anterior: se le estaba procesando en México, no porque había publicado en Texas una ofensa a un ciudadano mexicano, sino porque había distribuido

en México la ofensa impresa que cabe dentro de la ley mexicana de libelo, con desprecio—perpetrado en México, de una disposición anterior en el mismo caso, acatada por él, de un juez mexicano.

Y México no decía lo que le hacía decir el Secretario de Estado, sino que «con una cortesía y blandura en que la complacencia se orillaba casi con la humillación», argüía a los Estados Unidos que no podía entregar al preso Cutting, porque el gobierno federal no tenía facultad para forzar las decisiones de un tribunal de un estado,—que es precisamente, por desdicha de Bayard, lo mismo que Bayard, el secretario de Estado, respondió hace pocos meses al gobierno chino, cuando este le pidió reparación por los asesinatos en masa de sus súbditos en un territorio del Oeste.

Ni Cutting era tratado con las amarguras que decía el Secretario, porque Hitt demostró, con la misma correspondencia, que estaba preso por su capricho, y porque quería dar causa a una invasión de los de Texas; puesto que había rechazado voluntariamente su excarcelación bajo fianza, que en todo instante le tuvo abierta el juez de Paso del Norte, como a cualquier ciudadano mexicano.

Se esparcieron por el país los miembros del Congreso, después de condenar con esa censura tácita y enérgica la actitud del Secretario de Estado, que no parece ser muy del agrado del mismo Presidente. Pero el conflicto, por desventura, está aún lejos de su solución pacífica, no tanto porque el Secretario lastimado quiere hacer caso de partido la aprobación de su conducta, y trata tal vez de prepararse absolución completa en una sesión extraordinaria del Congreso, cuanto por el espíritu de guerra que arde en la frontera. Allí está esperando Cutting, condenado ya a un año de penitenciaría en Paso del Norte a que los texanos invadan a Chihuahua al mando de su gobernador, que quiere guerra, o desea hacerse popular entre los que la quieren: allí hay de un lado y otro acumulaciones de tropas y paradas, los de Texas envían por todos los Estados Unidos despachos calculados para encender la opinión: los de México ven venir el peligro, y atrincheran sus alturas: los veteranos de la guerra de México ofrecen a los texanos sus servicios: el trabajo está suspendido en las ciudades rivales: a caballo y en armas pasean los americanos por sus calles en partidas: fórmanse en casi todos los estados de la frontera compañías de voluntarios y todo parece a punto de precipitar el conflicto, que el gobierno de México esquivo con su habilidad usual y sorprendente, que el Congreso y la prensa americana sin duda reprueban, que no desea el Presidente, dispuesto a irse a veranear a las

montañas, pero que el secretario Bayard mantiene a punta de lanza, exigiendo aún la libertad incondicional de Cutting, a que México, con modesta entereza, no accede.

¡De qué débiles hilos depende la fortuna de ese pobre país mexicano, exangüe y admirable!

¡Oh, no: la simpatía no puede estar con la boca del león!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 18 de septiembre de 1886.

Las escuelas en los Estados Unidos

Nueva York, setiembre 23 de 1886.

Señor Director de *La República*:

Setiembre es un mes animadísimo en la vida norteamericana. A los baños de mar suceden las partidas de caza: a los conciertos acompañados de cañonazos a la orilla de las olas, reemplazan las comedias de Mrs. Langtry, esta inglesa de vaporosa hermosura, de un busto que parece un cáliz de flor, de ojos cambiantes y profundos como las aguas de la mar. Los amores enredados durante el verano en los paseos de la montaña, en los corredores de los hoteles, en los abandonos de la playa, entran ya, apretados por los fríos, a consagrarse en los templos de las poblaciones, elegantes como «una casa de comedias», que es como llaman graciosamente los aragoneses al teatro. Los que en Narragansett Pier y en Bay Harbor enseñaban sin miedo de mañana a tarde los trajes de baño más atrevidos y vistosos, ahora con arreos más honestos vuelven a sus hogares de la ciudad, a perder en las fiestas volcánicas del invierno, en las «cenas de *champagne*», en las meriendas, en los bailes suntuosos, las rosas que devolvieron a sus mejillas los aires del océano y el campo. La política, que ha preparado su campaña en los meses pacíficos de veraneo, vuelve con todo el fuego del estío a sus elecciones y combates. Las escuelas cerradas desde junio, abren de nuevo sus puertas generosas, estrechas para los enjambres de niños y niñas que acuden a ellas. Las más conmovedoras son las escuelas de noche, a donde van a fortificarse para la vida los jóvenes de alma fuerte que no se dejan cansar por el trabajo pesado del día: rejuvenece verlos desfilar: no son muchos, pero vale por muchos cada uno de ellos; tienen el rostro luminoso de los edificadores: andan de prisa y pisan firme, como quien no tiene miedo de poner la mano domadora sobre el porvenir.

No había más que salir esta mañana a primera hora para comprender que la vida norteamericana está de muda. Cubría el cielo un velo plomizo; despeinaba las ramas de los árboles un viento sutil: asaltaban los hombres

a paso premioso las estaciones del ferrocarril elevado, con gabanes al brazo: como abejas de colores salían de las bocacalles bandadas de criaturas, que iban llenas de libros a las escuelas a tomar sus puestos: muchos se detenían a ver en los cartones de las esquinas los anuncios gigantes de los teatros: las cabezas de negros *minstrels*, grandes como un hombre; las escenas de ferrocarril, de un drama que pasa en ellos; los terroríficos cuadros de *Teodora* de Sardou, una obra de estufa, a pesar de su fama francesa, una mera tragedia de oropel: otros de los chicuelos, caídas las medias, descabezados los zapatos, harapientos, sin sombrero, desesperados, huían como potros cerreros de los muchachos de más edad que los maestros habían echado a la calle a recoger a los escolares fugitivos. En los escaparates de las tiendas no se ven ya chalecos de dril, hamacas de henequén y sombreros de paja; sino capotes y gorras de goma, camisetas recias, guantes de pieles. Pero este espectáculo, que encoge lo poco que queda aquí de alma en los pechos tropicales, parece dilatar y revivir los de los hijos del país; y ya se oye en las voces alegres el ruido de los cencerros y campanillas de los trineos que inundan la ciudad, como pájaros de invierno, las primeras nieves: ya se ven lucir en el aire los penachos rojos, amarillos y azules con que engalanan sus caballos. Las escuelas, los teatros, las elecciones de otoño, elecciones de gobernadores de Estado, de jueces, de corregidores: esas son las grandes fiestas del mes de septiembre. Las escuelas nos interesan: allí se sazonan o se tuercen los hombres.

Las escuelas son muchas, pero no bastan a los que buscan asientos en ellas. En las clases que aquí llaman altas, aunque entre nosotros pasarían por elementales, los asientos sobran, porque acá, después de los catorce años son pocos los niños que van a las escuelas: en las clases menores es donde se aglomeran los hijos de los irlandeses y alemanes, que son aquí el grueso de la población escolar; a esa edad ni pueden servirse, ni los padres se atreven aún a servirse de ellos. Ciento cincuenta mil puestos hay en las escuelas de primera instrucción en Nueva York: cinco escuelas más van a fabricar este año: cuatro millones anuales gasta la ciudad en enseñanza; y cada año se quedan sin lugar, de cuatro a seis mil niños.

¿Cómo se educa aquí?—¿Debe imitarse ciegamente este sistema?—¿Lo que aparece es?—¿Cuáles son los defectos de esta manera de educar?—¿Qué lecciones pueden sacar nuestros países de los yerros que se cometen en ella?

Gran bendición sería esa asistencia numerosa a las escuelas públicas, si la educación que reciben los niños en ellas se asemejase en lo sólido,

amplio y espacioso a los edificios en que se distribuye: gran bendición sería si las escuelas fuesen aquí, como son en Alemania, casas de razón, donde con juiciosa guía se habitúa al niño a desenvolver su propio pensamiento, y se le ponen delante en relación ordenada, los objetos e ideas, para que deduzca por sí las relaciones directas y armónicas que lo dejan enriquecido con sus datos, a la vez que fortificado con el ejercicio y gusto de haberlos descubierto. En eso, en ese desenvolvimiento regular y propio de la inteligencia, está el secreto de la ductilidad y éxito con que los alemanes adelantan en el mundo, a pesar de su dureza y lentitud nativas.

Pero aquí las escuelas, con sus hermosos textos, con sus facilidades grandes, con sus pizarras y sus lápices, con sus gramáticas y geografías, son meros talleres de memorizar, donde languidecen los niños años sobre años en estériles delectos, mapas y cuentas; donde se autorizan y ejercen todavía los castigos corporales; donde los alumnos repiten en coro sendas lecciones de montes y ríos; donde no se enseñan los elementos vivos del mundo en que se habita, ni el modo con que la criatura humana puede mejorarse y servirse en el contacto inevitable de ellos; donde jamás se enciende, entre maestros y alumnos, aquel calor de cariño que agiganta en los educandos la voluntad y aptitud de aprender, y se les queda en el alma dulcemente, como una visión del paraíso, que les conforta y alegra la ruta en los desfallecimientos forzosos de la vida.

Las cosas no han de estudiarse solamente en los sistemas que las dirigen, sino en la manera con que se aplican y en los resultados que producen. La enseñanza es una obra de infinito amor. Las reformas solo son fecundas cuando penetran en el espíritu de los pueblos; y resbalan sobre ellos sin tocarlos, como la arena seca sobre las rocas inclinadas, cuando la rudeza, sensualidad o egoísmo del alma pública resisten el influjo mejorador de las prácticas que solo acata en forma y nombre.

¿De dónde viene que con ser tan patente el cuidado con que aquí se mira la instrucción pública, tan nobles y seductores los textos, tan numerosas y bien retribuidas las profesoras, tan amplios y bien provistos los edificios de las escuelas, se den por resultado general niños torpes y fríos, que después de 6 años de estudios dejan los bancos sin haber contraído gustos cultos, sin la gracia de la niñez, sin el entusiasmo de la juventud, sin afición a los conocimientos, sin saber por lo común más, cuando mucho saben, que leer a derechas, escribir vulgarmente, calcular en aritmética elemental, y copiar mapas? Viene del concepto falso de la educación pública; viene de un error esencial en el sistema de educar: viene de la falta de espíritu

amoroso en el cuerpo de maestros: viene como todos esos males, de la idea mezquina de la vida que es aquí la carcoma nacional.

Se mira aquí la vida, no como el consorcio discreto entre las necesidades que tienden a rebajarla y las aspiraciones que la elevan, sino como un mandato de goce, como una boca abierta, como un juego de azar donde solo triunfa el rico. Los hombres no se detienen a consolarse y ayudarse. Nadie ayuda a nadie. Nadie espera en nadie. No hay pueblo que premie, por lo que no hay estímulo a solicitarlo. Todos marchan empujándose, maldiciéndose, abriéndose camino a mordidas y a codazos, arrollándolo todo, todo, por llegar primero. Solo en unos cuantos espíritus finos subsiste, como una paloma en una ruina, el entusiasmo. No es malevolencia, no, sino verdad penosa, que acá ni en los niños siquiera se notan generalmente más deseos que los de satisfacer sus apetitos, y vencer a los demás en los medios de gozarlos. ¿Y esto será envidiable? ¿Debe temblarse de esto?

A eso va el hombre hecho; a eso va la mujer; a eso va el niño que nace de ellos. ¿Qué viene de afuera? ¿qué acrece este enorme caudal de egoísmo? ¿qué influjo tiene la inmigración en la educación pública? Vienen de afuera generaciones hambrientas de hombres abandonados a sí propios, que emplean con ansia la segunda mitad de su vida en librarse de la miseria en que han pasado la primera. No tienen aquí la patria propia, que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable de sus hijos. No tienen aquí el círculo de familia, que conserva al hombre en la fuerza de sí, con la certidumbre de no verse abandonado en la hora de la angustia. No tiene aquí el pueblo nativo, cuya estimación ayuda a vivir, y cuya censura espanta. Sin riendas, sin descanso, sin auxilio, sin más placer que el solitario de la casa, envenenado por la fatiga que cuesta mantenerla y por la cólera de no ver nunca el cielo patrio, se endurece el hombre en el miedo de los demás y en la contemplación de sí, y engendra en este estado de personalidad exaltada y enferma hijos que se crían en la presencia de sus ambiciones y sustos, y en el desconocimiento de los agentes nobles que dan a la naturaleza humana su energía y encanto. Colosales hileras de dientes son estas masas de hombres. Aquí se muere el alma, de falta de empleo.

Tal es aquí el concepto de la vida, y a él se acomodan los conceptos fraccionarios sobre su conducción que se derivan de él. En balde procura el antiguo espíritu puritano, acorralado con esta constante invasión de hombres ávidos y diversos, sujetar las riendas que se le van cayendo de las manos. En balde pretenden los hombres previsores, que saben que no

hay árbol sin raíces, dirigir por la cultura y el sentido religioso esta masa pujante que busca sin freno la satisfacción rápida y amplia de sus apetitos. En balde los innovadores generosos y los maestros interesados discurren planes para perfeccionar la instrucción pública, y prolongar sus cursos en clases superiores. El espíritu crudo de la masa arrolla esas tentativas de refinamiento, neutraliza o anula su influjo, e invade y empieza a corromper los cuerpos mismos encargados de dirigirla.

¿Qué vale que la ley tenga un espíritu, si tienen otro los encargados de realizarla? ¿Qué vale mejorar en la forma externa y en los recursos materiales la instrucción pública, que es obra de ternura apasionada y constante, si las maestras que la transmiten, ni aun con ser mujeres, han podido salvarse del influjo maligno de esta vida nacional sin expansión y sin amor? ¿Qué vale ordenar reglas, graduar cursos, repartir textos, levantar edificios, acumular estadística, si las que se ocupan en esta labor son mujeres vencidas en la batalla de la vida que endurece y agría, o jóvenes descontentas e impacientes que ven como los pájaros afuera de la escuela, y tienen su empleo en esta corno un castigo impuesto de su pobreza, como una prisión aborrecible de su juventud, como una carga incómoda?

De aquella concepción descarnada de la vida nace el modo imperfecto de preparar a los niños para ella. No solo se ve aquí la existencia principalmente por el aspecto de la necesidad de bastar con su trabajo a sus menesteres, sino que se la ve exclusivamente por ese aspecto. Esa es la preocupación de todos, el miedo, la fatiga. De eso han padecido sin cesar, de eso padecen, el legislador que dispone los cursos, el experto que los aconseja, la maestra que ha de enseñarlos. A eso proveen: a evitar la angustia que ellos han sentido, a dar al niño los medios rudimentarios de pelear por la vida con algún éxito. Se engañan en el medio; pero eso intentan Leer, escribir, contar: eso es todo lo que les parece que los niños necesitan saber. Pero, ¿a qué leer, si no se les infiltra la afición a la lectura, la convicción de que es sabrosa y útil, el goce de ir levantando el alma con la armonía y grandeza del conocimiento? ¿A qué escribir, si no se nutre la mente de ideas, ni se aviva el gusto de ellas? Contar sí, eso lo enseñan a torrentes. Todavía los niños no saben leer una sílaba, cuando ya les han enseñado ¡a las criaturas de cinco años! a contar de memoria hasta cien.

¡De memoria! Así rapan los intelectos como las cabezas. Así sofocan la persona del niño, en vez de facilitar el movimiento y expresión de la originalidad que cada criatura trae en sí. Así producen una uniformidad repugnante y estéril, y una especie de librea de las inteligencias. En vez

de poner ante los ojos de los niños los elementos vivos de la tierra que pisan, los frutos que cría y las riquezas que guardan, los modos de fomentar aquellas y extraer estas, la manera de librar su cuerpo en salud de los agentes e influencias que lo atacan, y la hermosura y superior conjunto de las formas universales de la vida, prendiendo así en el espíritu de los niños la poesía y esperanza indispensables para llevar con virtud la faena humana, ¡los atiborran en estas escuelas de límites de Estados e hileras de números, de datos de Ortografía y definiciones de palabras!—Y así, con una instrucción meramente verbal y representativa, ¿podrá siquiera afrontarse la existencia, la existencia difícil en este pueblo egoísta, que es toda de actos y de hechos? No en vano andan canijos y desorientados por las calles, reducidos a mandaderos de comercio, la mayor parte de los niños que sin más dote que una mala letra y un poco de lectura y aritmética salen a los trece o catorce años de las escuelas públicas.

De los que llegan de afuera, con el empuje que da la necesidad; de los que se forman y trabajan en el campo, con la pujanza que da el trabajo directo, de esos viene a esta tierra su crecimiento e ímpetu; no de estas hordas impotentes, criadas por padres ansiosos y maestros coléricos en escuelas de mera palabra, donde apenas se enseña más que el modo aparente de satisfacer las necesidades que vienen del instinto.

De raíz hay que volcar este sistema. La escuela es la raíz de la República. Un pueblo que ha de ser gobernado por todos sus hijos, necesita tener constantemente a estos en capacidad de gobernarlo. Criar un pueblo de egoístas es criar un gobierno despótico. Un pueblo no puede ser libre ni del extranjero ni de sí propio si no enseña a sus hijos en las escuelas, de modo que resulten hombres enérgicos, entusiastas y de juicio libre.

Ya esto se empieza a ver aquí confusamente. Se ve el fracaso y buscan el remedio. «¡Pongan al muchacho entero en la escuela!» («*Put the whole boy to school!*») acaba de decir con mucha razón en San Luis un defensor de la educación industrial, pero todavía eso no es bastante. El remedio está en desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que ha de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos. El remedio está en cambiar bravamente la instrucción primaria de verbal en experimental, de retórica en científica; en enseñar al niño, a la vez que el abecedario de las palabras, el abecedario de la naturaleza; en derivar de ello, o disponer el modo de que el niño derive, ese orgullo de ser hombre y esa constante y sana impresión de majestad y eternidad

que vienen como de las flores el aroma, del conocimiento de los agentes y funciones del mundo, aún en la pequeñez a que habrían de reducirse en la educación rudimentaria.

¡Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes! eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso. Eso hizo aquel santo Peter Cooper, que padeció de ignorancia y abandono, y levantó escuela donde se aprendiese la práctica de la vida en sus artes usuales y hermosas,—y la religiosidad y moralidad que surgen espontáneamente desconocimiento de ellas. Eso, a tientas aún, quisieran hacer aquí con el sistema de escuelas públicas los reformadores más juiciosos: reconstruirlo, de manera que no apague al hombre, y pueda salir al sol todo su oro.

JOSÉ MARTÍ

La República, Tegucigalpa, 13 de noviembre de 1886.

Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Sumario.—Estudio indispensable para comprender los acontecimientos venideros en los Estados Unidos.—Análisis del movimiento social, causas que lo producen y elementos que lo impulsan. Influjo de las prácticas de la libertad política en el carácter de la guerra social.—El movimiento social está ya en actividad definitiva en los Estados Unidos.—Descomposición de los factores que han producido la presentación de un candidato de los obreros al corregimiento de New York.—La historia viva.—La levadura de la Revolución Francesa fermenta en los Estados Unidos.—Causas especiales de la desigualdad social en Norteamérica.—La tierra y las ciudades.—Límite de acción de la libertad política: su eficacia y su deficiencia.—Razones del aspecto original del movimiento social en los Estados Unidos.—Influjo de la inmigración en el carácter del movimiento social.—¿Será la libertad inútil?—Problema nuevo en política: ¿los efectos de la educación despótica predominarán sobre los efectos de la educación liberal?—La libertad suaviza al hombre y lo hace enemigo de la violencia.—Aspecto presente del movimiento.—Fuerza definitiva del voto.—Los movimientos se concentran en los que poseen en mayor grado sus factores.—Razón de la candidatura de Henry George al corregimiento de la ciudad.

New York, 15 de octubre de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Se pudren las ciudades; se agrupan sus habitantes en castas endurecidas; se oponen con la continuación del tiempo masas de intereses al desenvolvimiento tranquilo y luminoso del hombre; en la morada misma de la libertad se amontonan de un lado los palacios de balcones de oro, con sus aéreas mujeres y sus caballeros mofletudos y ahítos, y ruedan de otro en el albañal, como las sanguijuelas en su greda pegajosa, los hijos enclenques y deformes de los trabajadores, en quienes por la prisa y el enojo de la hora violenta de la concepción, aparece sin dignidad ni

hermosura la naturaleza. Esta contradicción inicua engendra odios que ondean bajo nuestras plantas como la fuerza misteriosa de los terremotos, vientos que caen sobre las ciudades como una colosal ave famélica, ímpetus que arrancan a las naciones de su quicio y las vuelven del revés, para que el aire oreo sus raíces. Y cuando ya parece que son leyes fatales de la especie humana la desigualdad y servidumbre; cuando se ve gangrenado por su obra misma el pueblo donde se ha permitido con menos trabas su ejercicio al hombre; cuando se ve producir a la libertad política la misma descomposición, ira y abusos que crea la tiranía más irrespetuosa; cuando se llega a ver vendido por un ciudadano de la república a cambio de un barril de harina o de un par de zapatos el voto con que ha de contribuir a gobernar su pueblo y mejorar su propia condición; cuando parece que va a venirse a tierra al peso de sus vicios, con un escándalo que resonaría por los siglos como resuena el eco por los agujeros de las cavernas, la fábrica más limpia y ostentosa que ha levantado el hombre a sus derechos, ¡he aquí que surge, por la virtud de permanencia y triunfo del espíritu humano, y por la magia de la razón, una fuerza reestructora, un ejército de creadores, que avienta a los cuatro rumbos los hombres, los métodos y las ideas podridas, y con la luz de la piedad en el corazón y el empuje de la fe en las manos, sacuden las paredes viejas, limpian de escombros el suelo eternamente bello, y levantan en los umbrales de la edad futura las tiendas de la justicia!

¡Oh, el hombre es bueno, el hombre es bello, el hombre es eterno! Está en el corazón de la naturaleza, como está la fuerza en el seno de la luz. No hay podredumbre que le llegue a la médula. Cuando todo él parece comido de gusanos, entonces brilla de súbito con mayor fulgor, tal cual la carne corrompida brilla, como para enseñar la perpetuidad de la existencia, y la inefable verdad de que las descomposiciones no son más que los obrajes de la luz.

Sí: de esta tierra misma donde el exceso de cuidado propio sofoca en los hombres el cuidado público, donde el combate febril por la subsistencia y la fortuna exige como contrapeso y estímulo el placer acre, violento y ostentoso; donde se evaporan abandonadas las vidas de ternura, idea o desinterés que no han logrado la sanción vulgar y casi siempre culpable de la riqueza; de esta tierra misma, que cría con el grandor de sus medios y la soledad espiritual de sus habitantes un egoísmo brutal y frenético, se está levantando con una fuerza y armonía de himno uno de los movimientos más sanos y vivos en que ha empeñado jamás su energía el hombre.

Es hora de estudiarlo, hoy que se manifiesta en New York con inesperado brío, sustentando un candidato ingenuo al puesto de corregidor de la ciudad, de donde en manos de los políticos toda virtud parece haber huido. Vuelve a verse, para pasmo de intrigantes y soberbios, que en los grandes instantes de revolución y crisis, basta la voluntad de la virtud, tan tarda siempre en erguirse como segura, para acorralar a los que se disfrazan de ella. Un niño humilde, un aprendiz de imprenta, un grumete, un periodista, un mero autor de libros, ha estremecido con un volumen claro y sincero a toda la nación: y cuando los que se ven representados en él lo alzan por sobre su cabeza para que los conduzca en sus batallas, tiemblan a la simple presencia de este hombre sencillo los pecados públicos, el cohecho político, el falso sufragio, el tráfico en los empleos, el comercio en los votos, la complicidad de las castas favorecidas, la caridad interesada, la elocuencia alquilona, como viejos viciosos sorprendidos en su sueño por la luz del alba a los postres de una orgía. Se les ve por las calles despavoridos, cubriéndose las cabezas con los mantos, para que no se les descubra lo vil del rostro. Los formidables intereses ligados en paz criminal con los políticos de oficio, que prosperan con la venta y manejo del voto público, ven con estupor la aparición de un hombre honrado que les disputa el primer puesto de la ciudad, para inaugurar desde él las batallas ordenadas de votos y leyes que han de asentar la Constitución social de la República sobre nuevos cimientos de justicia.

Para ojos menores, esto que en New York sucede no es más que la candidatura de Henry George, autor del *Progreso y la pobreza*, al corregimiento de la ciudad; pero para quien tiene por oficio ver, y por hábito ir a buscar las raíces de las cosas, este es el nacimiento, con tamaños bíblicos, de una nueva era humana. Grandes son nuestros tiempos: es grande el gozo de vivir en ellos: y como se ha extinguido justamente la fe en las religiones incompletas que en su infancia deslumbraron el juicio y lo satisficieron; como el hombre, necesitado por su naturaleza de creer, padece de esa soledad mortal en que ningún cuerpo de creencias admisible a la razón ha venido a sustituir los mitos bellos que se la tenían oscurecida, es bueno, con las dos manos llenas de flores, señalar como una causa de fe perpetua ese poder de la naturaleza humana para vibrar como una novia a los besos viriles del pensamiento, y surgir con nueva virtud de su propia degradación y podredumbre.

¿Cómo se ha de decir bien en una mera carta de periódicos, escrita ahogadamente sobre la barandilla del vapor, toda la significación de un

movimiento que trata de cambiar pacíficamente las condiciones desiguales en que viven los hombres, para evitar con un sistema equitativo de distribución de los productos del trabajo [la] tremenda arremetida de los menesterosos por la igualdad social, que dejaría atrás, y que dejará donde no se la evite, la que cerró e iluminó el siglo pasado en busca de la libertad política?

La historia que vamos viviendo es más difícil de asir y contar que la que se espuma en los libros de las edades pasadas: esta se deja coronar de rosas, como un buey manso: la otra, resbaladiza y de numerosas cabezas como el pulpo, sofoca a los que la quieren reducir a forma viva. Vale más un detalle finamente apercebido de lo que pasa ahora, vale más la pulsación sorprendida a tiempo de una fibra humana, que esos rehervimientos de hechos y generalizaciones pirotécnicas tan usadas en la prosa brillante y la oratoria. Complace más entender en sus actos al hombre vivo y acompañarle en ellos, que redorar con mano afeminada sus hechos pasados. Pero cuando se vive en una ciudad enorme adonde el universo entero envía sin tregua sus más alborotadas corrientes; cuando se ve adelantar a la vez contra los mismos abusos sociales las lenguas encendidas de todas las naciones, y los pechos velludos, y los brazos alzados, y no se da por la ciudad un paso sin que salten a los ojos como voces que clamen, la opulencia indiscreta de los unos, y de los otros la miseria desgarradora; cuando no es posible desviarse de las calles cuidadas de los acomodados y los ricos sin que el calor de la batalla suba al rostro, y una ola empuje el pecho, y se enrosque en la mente una sierpe encendida, al ver degradarse en el vicio forzoso, en las cargas inicuas, en un trabajo sin paga ni descanso, en una vida que no da tiempo al amor ni a la luz, el espíritu de la especie y la nobleza del cuerpo que lo encarna; cuando aumentan día a día el refinamiento y provechos de los indolentes, la desesperación, la desocupación, la insuficiencia de salarios, el frío cruel, el hambre espantable de los que trabajan; cuando no hay sol sin boda de oro en catedral de mármol ni suicidio de un padre o una madre que por librarse de la miseria se dan muerte con todos sus hijos; cuando se habla mano a mano en las plazas con el desocupado hambriento, en los ómnibus con el cochero menesteroso, en los talleres finos con el obrero joven, en sus mesas fétidas con los cigarreros bohemios y polacos; cuando no se tiene el alma vendida a la ambición y el bienestar, ni se sufre del miedo infame a la desdicha, entonces vuelven a entrecerse con realidad terrible las escenas de horror fecundo de la Revolución Francesa, y se aprende que en New York, en Chicago, en San

Luis, en Milwaukee, en San Francisco, fermenta hoy la sombría levadura que sazónó con sangre el pan de Francia.

La libertad política no ha podido servir de consuelo a los que no ven beneficio alguno inmediato en ejercerla, ni conservan siempre su independencia de los empleadores que exigen el voto de los obreros en atención al salario que les pagan, ni tienen en su existencia acerba tiempo para entender, ni ocasión o voluntad de gozar, el placer viril que produce la participación en los negocios de la patria.

Pudiera haber influido suave e indirectamente la libertad política en las masas demasiado afligidas o ignorantes para ejercitarla, si el goce de ella hubiese creado en los Estados Unidos condiciones generales de seguridad y bienestar ignorados en los países donde impera una libertad incompleta o un gobierno tiránico. Pero la libertad política, considerada erróneamente, aún en nuestros días, como remate de las aspiraciones de los pueblos y condición única para su felicidad, no es más que el medio indispensable para procurar sin convulsiones el bienestar social: y siendo tal que sin ella no es apreciable la vida, para asegurar la dicha pública, no basta.

La libertad política, que cría sin duda y asegura la dignidad del hombre, no trajo a su establecimiento; ni crió aquí en su desarrollo, un sistema económico que garantizase a lo menos una forma de distribución equitativa de la riqueza; en que sin llegar a nivelaciones ilusorias e injustas, pudiese el trabajador vivir con decoro y sosiego, educar en honor a su familia, y ahorrar para su ancianidad como el legítimo interés de labor de toda su existencia, una suma bastante para librarlo del hambre, o de ese triste trabajo de los viejos que de veras es una ignominia para cuantos no hemos imaginado aún el modo de evitarlo: ¡los viejos son sagrados! cambiaron en detalles de importancia las leyes civiles con el advenimiento de las libertades públicas, pero no se alteraron las relaciones entre los medios y objetos de posesión y los que habían de disfrutarla. Luego, hubo que tomar la selva del Oeste, que fecundar los desiertos del Centro, que desnudar de árboles los montes para tender sobre ellos los ferrocarriles, que emplear para el sometimiento del país medios que por la importancia del objeto y el costo de lograrlo excluían la pequeña propiedad personal y requerían la acumulación de los recursos y la propiedad de muchos: todo tuvo que ser gigantesco, en acuerdo con los fines pasmosos de esta nueva epopeya, escrita por las locomotoras triunfantes en las entrañas de los cerros, sobre criptas, abismos, llanos y abras, escrita con las balas de los rifles sobre el testuz de los búfalos y el pecho de los indios.

La tierra, madre de todo bien y universal sustento, fue repartiéndose en forma y cantidades proporcionadas a los desembolsos y esfuerzos empleados en vencerla. Y a la raíz misma de aquella batalla de las familias con el suelo que se retorció bajo sus pies en el estío, que en invierno quedaba sepulto bajo silbantes y tormentosas nevadas, comenzó la desigual competencia de la propiedad personal del colono con la propiedad combinada. La tierra pública fue distribuida, con razón o pretexto de empresas de utilidad general, a compañías privadas. Si la seca, los hielos o la competencia arruinaban al colono, lo arruinaban por entero, en tanto que en las compañías solo comprometían los asociados el capital sobrante o parte de su capital. Así, con otras causas menores, fue en los campos quedando la propiedad en mano de asociaciones omnipotentes y el colono glorioso reduciéndose a agonizante arrendatario.

En las ciudades también caía el peso de la grandeza pública sobre los humildes, porque fuera de aquellos raros casos en que el genio individual se sobrepone a los obstáculos que impiden su desarrollo, exigía el consumo extraordinario de la nación empresas que lo abasteciesen, y no podía levantar frente a ellas las suyas infelices el obrero recién venido y solo que, a más de ganar en apariencia un salario mayor que el de su país nativo, entraba con tal júbilo en el ejercicio de su ser de hombre, que no hubo en mucho tiempo espacio en su mente más que para la satisfacción y la alabanza.

A esta embriagadora golosina de la libertad política acudieron, más que a las mismas de California y a las pródidas tierras del Oeste, los hombres de todas partes del mundo, y no los menos estimables e impetuosos, sino aquellos que aunque criados en aldeas oscuras en la humildad y en el miedo de lo desconocido, tienen en sí brío suficiente para abandonar el terruño que es toda su existencia, y desafiar el mar y el extranjero, más feroz y temible que el mar!

Pero con ser tantos los que llegaban de todas las aspas de la rosa de los vientos, los noruegos pelirrojos y espaldudos, los alemanes tenaces y tudentes, los italianos brillantes y mansos, los irlandeses caninos, todavía sobraba espacio para contenerlos en las ciudades en que vaciaba sus ubres la tierra recién cubierta, en las fábricas que no producían aún todo lo que la población necesitaba, en las abras y montes argentíferos, y en los llanos que no se cansaban de dar trigo y maíz. Y afanados los hombres en asegurar su prosperidad, fueron abandonando poco a poco la dirección de su libertad política a los que halagaban sus pasiones, o se hacían voceros

y patronos de sus intereses, hasta que con el hábito de venderlo todo, y de no dar valor sino a lo que tiene precio, llegó a ser costumbre en los estados enteros, aun entre la gente acomodada, vender al mejor postor el voto al que no veían un provecho palpable e inmediato. Los que no lo vendían, sin tiempo ni afición para educarse en los asuntos públicos, lo cedían a los más hábiles o locuaces.

Mientras el espacio excedió en las ciudades y en los campos a la muchedumbre que se aglomeraba en ellos, no hubo ocasión de notar la desproporción inconsiderada con que se había distribuido el territorio nacional, ni las condiciones falsas en que se estaban creando las industrias. Pero cuando las fábricas llegaron a producir más de lo que el país necesitaba; cuando la tierra que pedía el colono para trabajar en ella pertenecía de antemano a empresas que no la trabajaban; cuando el valor enorme dado al terreno de las ciudades por la obra común de los habitantes reunidos en ellas se volvía en daño de los mismos que lo producían, obligándoles a pagar por estrechas e inmundas habitaciones sofocantes rentas; cuando ni en la tierra ni en las industrias, poseídas por corporaciones privilegiadas o por herederos dichosos, podían abrirse camino los trabajadores compelidos a recibir como un favor el derecho de trabajar en condiciones impías a cambio de un salario insuficiente para su alimento y abrigo; cuando en los mismos campos vírgenes, solo el genio y el crimen podían abrirse paso, a tal punto que se volvían contritos a las repúblicas del Plata los emigrantes que retornaron de ellas para aumentar en su patria la fortuna adquirida en la ajena; cuando se palpó que los inventos más útiles, puestos en ejercicio con abundancia ilimitada en el país más libre de la tierra, reproducen en pocos años la misma penuria, la misma desigualdad, las mismas acumulaciones de riqueza y de odio, los mismos sobresaltos y riesgos que en los pueblos de gobierno despótico o libertad inquieta se han acumulado con el concurso de los siglos; cuando se observó definitivamente que la maravilla de la mecánica, la exuberancia del suelo, la masa de población, la enseñanza pública, la tolerancia religiosa y la libertad política, combinadas en el sistema más amplio y viril imaginado por los hombres, crean un nuevo feudalismo en la tierra y en la industria, con todos los elementos de una guerra social, entonces se vio que la libertad política no basta a hacer a los hombres felices, y que hay un vicio de esencia en el sistema que con los elementos más favorables de libertad, población, tierra y trabajo, trae a los que viven en él a un estado de odio y desconfianza constante

y creciente, y a la vez que permite la acumulación ilimitada en unas cuantas manos de la riqueza de carácter público, priva a la mayoría trabajadora de las condiciones de salud, fortuna y sosiego indispensables para sobrellevar la vida.

Ese es en los Estados Unidos el mal nacional. En otras tierras de menor pujanza, de más tradiciones, de más espíritu de familia, de más apego al suelo, las verdades balbucean largo tiempo antes de convertirse en fórmulas y en actos, cuando la pelea por ellas ha de acarrear trastornos públicos, de adelantarse contra hermanos, de lastimar costumbres venerandas: porque el hombre se ama tanto, que convierte en objeto de adoración y orgullo las faltas mismas del suelo en que ha nacido. Pero en los Estados Unidos, abandonado cada cual a sus esfuerzos propios, batallando los hombres en su mayoría en una tierra que no es suya o solo lo es desde una generación, habituados a poner en práctica, por lo fácil de los medios y lo apremiante de las necesidades, las soluciones que les parecen urgentes y útiles, las ideas arrollan a poco de nacer, arrollan, sin que las enfrene la tradición, que no existe en este pueblo de recién llegados, ni las suavice la bondad, apagada en el combate angustioso por la vida. Por fortuna, la lentitud forzosa en las determinaciones de las grandes masas de población, esparcida en territorios extensos, reemplaza aquí la paciencia, indispensable para preparar los cambios públicos con probabilidades de victoria.

Pero este conflicto social, que con solo enseñarse en su primer estado de organización ha purificado las relaciones políticas y empequeñecido las cuestiones transitorias que venían pareciendo principales, no es como aquellas ideas redentoras que bajan sobre los pueblos lentamente desde un senado de almas escogidas: no es despacioso, como todos los movimientos expansivos, imaginados por los espíritus de caridad para el bien común, sino batallados y violentos, como todos los movimientos egoístas, producidos por la masa ofendida en beneficio propio. Como este conflicto viene de un estado común a las regiones más apartadas de la República; como este pueblo es en su mayoría de hombres de trabajo, que ya se cansan de luchar en desorden por mejoras locales, en que los vencen casi siempre las empresas poderosas, por la privación, la fuerza o la astucia; como a esas causas generales se une la especial y grave de que los errores del sistema prohibitivo obligan a los empresarios a rebajar el salario de los obreros o el número de ellos en sus fábricas; como su mal es presente y agudo, es la renta del mes, es la ropa empeñada, es el pan que no alcanza; como ha entrado en su mente, devastándola por su misma fuerza de luz, la idea

impaciente de que existe un medio de vivir sin tanta zozobra e ignominia; como con hilos de fuego están atando los reformadores de un cabo a otro de la República las almas que estallan, parece ¡infelices! que la paloma anunciadora ha bajado de veras del cielo y que a todos les ha deslizado en el oído el mensaje que hace ponerse en pie, iluminarse el rostro y vestirse de fiesta, para recibir dignamente la bienaventuranza.

Los que no han respirado desde su niñez el aire sano de los pueblos libres; los que vienen febricitantes y torvos de los pueblos donde se persigue como un crimen la fatiga natural del hombre por asegurar su dignidad y bienestar; los que traen viciado el juicio con las ideas violentas que cría en los espíritus humillados y enérgicos la presión insensata del pensamiento y del derecho incontrastable a investigar las causas de la desdicha y buscar su mejora; los obreros que vienen de Europa sin la práctica de los hábitos de la república, con desconfianza en la utilidad y justicia de las leyes, con el conocimiento indigesto de teorías sociales en que la fantasía generosa, o cierto callado despotismo deslucen los más brillantes planes, esos, ansiosos de echar afuera su persona comprimida, condensados por la larga espera de su derecho y las agregaciones de la herencia en seres angélicos sedientos de martirio, o en criaturas de venganza, apremian a los obreros norteamericanos o a los que se han hecho ya a los hábitos libres del país para que intenten por recursos violentos, como los únicos eficaces, la reforma inmediata de las condiciones sociales que producen ese fenómeno vergonzoso e inhumano: la miseria. La miseria no es una desgracia personal: es un delito público. ¿Será ley para el hombre en la naturaleza lo que no lo es para los animales?

Resulta, pues, que la mayoría necesitada del país se ha dado cuenta del malestar que la rebaja y agobia: que palpando en sí misma sus efectos inquiere naturalmente sus causas: que como el hambre y el decoro no son tan pacientes como la filosofía, aun antes de conocer bien las causas se ha determinado a buscar su remedio: que la inmigración incesante de obreros coléricos incita a la mayoría inquieta de trabajadores a que vuelque la fábrica social edificada con tanta injusticia, que el hombre que más duramente trabaja en ella viene a ser reducido a una condición en que no tiene todo el alimento que necesita, ni lo tiene seguro, ni puede criar en honradez la familia que la naturaleza le permite engendrar, ni goza de la libertad y reposo necesarios para impedir que su espíritu, en vez de cumplir la ley universal de aumento y elevación, baje a los lindes mismos de apetito e instinto de la bestia. Estas masas crecen. Crece la inmigración que las azuza.

Los salarios no alcanzan a las necesidades. Aumenta la renta y el precio de los artículos de vida. El desarrollo de los grandes inventos solo aprovecha a las corporaciones que los explotan. Faltan los medios de desenvolver en paz y con éxito la persona del hombre. Faltan los medios de ahorrar y competir. Falta el trabajo. Falta la tierra. Los que padecen, se lo dicen. Los que vienen de afuera, avivan. Los que poseen, resisten. ¿Por dónde echará este mar de fuego? ¿Se aquietará en la paz, o se desbordará en la guerra? ¿Ni en los Estados Unidos siquiera podrá evitarse la guerra social?

¿Será la libertad inútil? ¿No hay virtud de paz, fuerza de amor, adelanto del hombre en la libertad? ¿Produce la libertad los mismos resultados que el despotismo? ¿Un siglo entero de ejercicio pleno de la razón no labra siquiera alguna mejora en los métodos de progreso de nuestra naturaleza? ¿No hacen menos feroz y más inteligente al hombre los hábitos republicanos?

El hombre, en verdad, no es más, cuando más es, que una fiera educada. Eternamente igual a sí propio, ya siga desnudo a Caín, ya asista con casaca galoneada, a la inauguración de la Estatua de la Libertad, si en lo esencial suyo no cambia, cambia y mejora en el conocimiento de los objetos de la vida y de sus relaciones. Todo el anhelo de la civilización está en volver a la sencillez y justicia de los repartimientos primitivos. Todo el problema social consiste acaso en eliminar los defectos y abusos de relación creados en la época rudimentaria de la acumulación de la especie, en que todavía vivimos, y restablecer en la población acumulada las relaciones puras y justas de las sociedades patriarcales. Pero si en lo esencial no cambia el hombre, no puede ser que produzcan en él igual resultado al despotismo que lo retiene dentro de sí, mordido por su actividad, abochornado por su deshonor, impaciente porque oye de su interior la voz que le dice que falta a su deber humano con no ser por entero quien es y ayudar a los demás a ser, y este otro dulcísimo sistema de la libertad racional del acto y el pensamiento, que no amontona la voluntad presa, ni estruja las sienas con ideas sin salida, sino que tiene al hombre en quietud armoniosa, en el decoro y contento de su ser entero y en el equilibrio saludable entre su actividad y los modos de satisfacerla. No del mismo modo emprenden a correr por el llano los potros sujetos dentro de la cerca que los acostumbrados a pacer libremente. El espíritu desahogado no obra con tanta violencia como el espíritu ahogado. El hombre habituado a ejercitar su fuerza no es tan impaciente, cegable y llevadizo como el que tiene hambre de emplearla. Es esencialmente distinta la disposición amigable y respetuosa de los hombres hechos a su soberanía, de la acción agresiva

y turbulenta de los que padecen de sed de ella. El delirio no puede obrar con la hermosura y fecundidad de la salud.

No: no parece que haya sido vano en los Estados Unidos el siglo de república: parece al contrario que será posible, combinando lo interesado de nuestra naturaleza y lo benéfico de las prácticas de la libertad, ir acomodando sobre quicios nuevos sin amalgama de sangre los elementos desiguales y hostiles creados por un sistema que no resulta, después de la prueba, armonioso ni grato a los hombres. Parece que la organización, aconsejada por la inteligencia y servida sin ira por la voluntad, suple con ventaja a la revolución, producto impaciente de la razón mal educada, u ordena la revolución, para el caso en que la provocación inicua la haga imprescindible, de modo que construya cada uno de los actos en que derribe; y no comprometa la suerte pública con los arrebatos de una cólera o los consejos de una venganza a que no tienen derecho los redentores. Parece que el hábito ordenado y constante de la libertad da a los hombres una confianza en su poder que hace innecesaria la violencia.

Obsérvese lo nuevo. Aquí se ofrece ahora un caso original en la vida de los pueblos: están frente a frente los resultados de la educación libre de la república en América, y los de la educación tradicional o intermitente de los pueblos de Europa. Cada uno de estos espíritus pugna por prevalecer, y aconseja medios radicalmente opuestos para llegar al fin que ambos anhelan. La infusión constante de inmigrantes europeos y los violentos hábitos que importan, no ha permitido al espíritu directo de los Estados Unidos desenvolverse en toda la entereza y extensión de su originalidad, que hubiera hecho más patente y decisivo el conflicto, y más pura su enseñanza histórica; mas ya se alcanza a ver que el hábito del éxito y la afirmación de la persona que vienen del ejercicio constante de la libertad política, no bastan a impedir las desigualdades consiguientes a una organización social imperfecta, pero suavizan dentro de ella los espíritus, crean el miramiento y respeto comunes, inspiran repulsión a la violencia innecesaria, y proporcionan los medios precisos para proponer y conseguir en paz las pruebas y cambios que allí donde no hay libertad política efectiva solo obtienen a medias la cólera y la sangre.

¡Oh, sí! De la libertad como de la virtud, está casi vedado hablar, por ser tantos los que las profanan que quien las ama de veras tiene miedo de ser confundido con ellos: y hasta de mal gusto está ya pareciendo ser honrado! Pero es cierto que la libertad favorece sin peligros la expansión y expresión de las cualidades más nobles del hombre, y más necesarias

para la grandeza y paz de los Estados: lo cual debe decirse,—por haber muchos que hacen argumento, para demostrar su ineficacia, de su aparente fracaso allí donde no se la ha aplicado con la sinceridad y tolerante espíritu que son su esencia; y porque en los mismos Estados Unidos, por causas nacionales ajenas a ella, han ido endureciéndose los caracteres, y avillanándose y perdiéndose las prácticas cívicas, a tal extremo que los que solo miran a la superficie pueden asegurar que las costumbres de la república engendran los mismos vicios de las monarquías privilegiadas y ociosas, sin mantener en cambio el ímpetu heroico y la deslumbrante brillantez que suelen estas inspirar a sus vasallos.

Pero no. En verdad que en los Estados Unidos el afán exclusivo por la riqueza pervierte el carácter, hace a los hombres indiferentes a las cuestiones públicas en que no tienen interés marcado, y no les deja tiempo ni voluntad para cumplir con su parte de deber en la elaboración y gobierno del país, que abandonan a los que hacen oficio de la cosa pública, por ver en ella desocupación desahogada y lucrativa. Mas la justicia irrepresible bulle en el espíritu de los hombres, de alma apostólica, y en los caracteres sencillos, que padecen y ven padecer por la falta de ella; y donde quiera que los hombres se juntan crecen los fariseos y se tomen las ciudades, pero por encima de todos ellos, como criatura de eterna luz que ningún suplicio agobia, surgen Jesús y su séquito de pescadores. Aquí han brotado, se han ungido, han abandonado oficios pingües para servir con más desembarazo a los menesterosos, han puesto en orden las razones descompuestas de los desdichados: y ese mismo espíritu de caridad que en los países oprimidos lleva por el calor de su fuerza divina a la batalla, aquí, por la fuerza más segura que viene al hombre del empleo constante de su razón, le conduce a buscar la mejora de sus males, la distribución equitativa de los productos del trabajo, por la agresión incontrastable de la palabra justa, por el uso inteligente y terco del voto,—gigante que deben criar con apasionado esmero los pueblos que acaso lo desdeñan porque no estudian su poder y no se toman el trabajo de educarlo. Pues bien: después de verlo surgir, temblar, dormir, comerciarse, equivocarse, violarse, venderse, corromperse; después de ver acarnerados los votantes, sitiadas las casillas, volcadas las urnas, falsificados los recuentos, hurtados los más altos oficios, es preciso proclamar, porque es verdad, que el voto es un arma aterradora, incontrastable y solemne; que el voto es el instrumento más eficaz y piadoso que han imaginado para su conducción los hombres.

Esa es la novedad considerable que el ejercicio de la libertad política parece haber traído a la resolución del problema social que se anunció

al mundo con tamaños tremendos a fines del siglo pasado, y ha venido naturalmente a plantearse en la plenitud de sus elementos al país donde se reúnen con menos trabas y mejores condiciones los hombres.

Pero con ser tanta esa novedad en la forma del problema, más importante es el modo original con que lo han entendido en los Estados Unidos los hombres acostumbrados a dominar los sucesos y los elementos. Si en cuanto a los métodos no pudo ser inútil el hábito firme de las libertades públicas, tampoco pudo serlo en cuanto a la concepción del problema. La costumbre dichosa del norteamericano de resolver prácticamente cada dificultad que va palpando, sin que el afán de cada día le dé tiempo para ofuscar su juicio de antemano con teorías confusas que a la vez rechazan su cuerpo fatigado del combate y su espíritu acostumbrado a lo directo.

Esa paz en el método, y esa genuinidad en la concepción del problema, han sido el servicio peculiar e inestimable de la libertad política, y la sana vida nacional que produce, a la causa del mejoramiento de la sociedad humana. Casi simultáneamente se produjeron en los Estados Unidos los efectos del malestar social, y los apóstoles, los estadistas, los organizadores, los agentes encargados de remediarlo. El hábito de oírlo todo aseguró desde el primer instante el respeto público a los que estudiaron el problema con más cariño para los humildes que miramiento para los poderosos. Y los hombres todos, hechos aquí a serlo, dieron muestra de sentir un legítimo orgullo de especie cuando otro hombre se ejerce y determina, aun cuando la preocupación o la propiedad misma le sean amenazadas.

Método, formas, corporación, lenguaje, todo es en este movimiento social de los Estados Unidos propio y diverso de cómo es en otras tierras. Los mismos sistemas han producido aquí y allí los mismos efectos; pero la diversa preparación política ha dispuesto a los hombres de diferente manera para remediarlos. Las masas, más educadas, no esperaron a que les marcasen el camino los pensadores generosos que en otros países han revelado a los obreros los males que estos sentían confusamente; sino que de sí misma, por brote espontáneo y unánime, se concertaron para buscar el modo de extirpar el mal, mientras que los meditadores esclarecían sus orígenes para ir sobre seguro a curarlo en ellos, y los espíritus de caridad ardiente, previendo el desorden natural en población obrera de tan varios elementos y cultura, se pone amorosamente de su lado para aconsejarles la acción acordada y pacífica que ha de acabar porque cada boca tenga un pan, y cada viejo ahorre para el fin de su vida una camisa limpia y una almohada blanda.

Un hombre hay en New York en quien dichosamente se reúnen los elementos de trabajo, juicio y amor que producen en los Estados Unidos, en robusto arranque, el combate social más bello, numeroso y breve que hayan visto los siglos: ¡así es, aunque los hombres se resisten, por soberbia y efecto de visión, a dar proporciones grandiosas a lo que ven con sus ojos! Y ese hombre junta a esas condiciones, para tener en sí todas, las de la pelea que simboliza la sosegada costumbre de las prácticas de libertad que dan carácter original y modo pacífico de éxito a la reforma social a que la mayoría de la nación parece determinada.

Enseña el estudio hondo de los movimientos humanos que estos tienden a concentrarse en quien reúne en sí los factores que los impulsan y que el éxito de los caudillos depende del grado e intensidad en que posean los caracteres del movimiento que encabezan. Rápido crece el movimiento obrero, en acuerdo lógico con las demás manifestaciones de la vida en este país de la acumulación maravillosa y la existencia directa. Anda confuso, como todo lo que nace, aunque para confirmar con esto la virtud de la libertad, más se han esclarecido aquí en cinco años los orígenes del mal social que en un siglo entero de planes europeos. Determinado, sin embargo, el movimiento obrero a intentar en paz sus proyectos de reforma, con la urgencia impuesta por la naturaleza y verdad de los males palpables y crecientes que lo producen, resulta que al presentarse en New York la primera ocasión de exhibir su poder y voluntad en una seria contienda política, se precipita rápido en sus actos y confuso en sus fines a pelear con ímpetu apostólico, con ala de águila, con júbilo de fe, por establecer su decisión e influjo, poniendo en la silla de corregidor de la ciudad al hombre de armoniosa cabeza y espíritu apacible que por su origen de trabajador, por la fuerza de su piedad, por lo directo y primario de su pensamiento, por el carácter agresivo de su meditación; por su hábito arraigado de las libertades públicas, reúne en su augusta sencillez, hasta en lo osado y discutible de sus planes, los elementos de fondo y forma de la revolución pacífica que representa.

Así ha venido, juntándose como en toda hora crítica la virtud y los que necesitan de ella, a ser Henry George, antes de un libro de fuerza bíblica, el candidato de los obreros de New York para el oficio de corregidor de la ciudad. Y de allí, al porvenir.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 4, 5 y 6 de noviembre de 1886.

Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Sumario.—La mujer norteamericana.—La «mulata» Lucy Parsons, mestiza de mexicano e indio.—Lucy Parsons recorre los Estados Unidos hablando en defensa de su marido, condenado a muerte entre los anarquistas de Chicago.—La sentencia no ha amedrentado a las asociaciones de anarquistas.—Lucy Parsons en Nueva York.—Su elocuencia.—Escena memorable en Clarendon Hall.—Carácter viril de la mujer norteamericana y su razón.—Una mujer decide el debate en una convención política.—La mujer como organizadora y empresaria.—La mujer en los teatros: Helen Dauvray, Lilian Olcott y la *Teodora* de Sardou.—Mrs. Langtry.

New York, 17 de octubre de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal*:

«Santo es el mismo crimen, cuando nace de una semilla de justicia. El horror de los medios no basta en los delitos de carácter público a sofocar la simpatía que inspira la humanidad de la intención. El verdadero culpable de un delito no es el que lo comete, sino el que provoca a cometerlo»: eso parecía decir ayer a los que la observaban de cerca la reunión de los anarquistas en New York. ¿Y se creía que la sentencia a muerte de los siete anarquistas de Chicago, los convictos en el proceso de la bomba, los había hecho enmudecer? ¡Como una condecoración llevan al pecho desde entonces hombres y mujeres la rosa encarnada! Ahora parecen más que antes: se reúnen con más frecuencia: afirman con más atrevimiento sus ideas: se ven injustamente miserables; desesperan de la posibilidad de reducir al mundo por la ley a un sistema equitativo; se sienten como purificados y glorificados por el espíritu humanitario de sus dogmas; se convencen de que la civilización que usa la pólvora para hacer cumplir su concepto de la ley, no es más legal ante el alma del hombre que la reforma,

que, para hacer cumplir la ley tal como la concibe, usa la dinamita, que no es más que pólvora concentrada. Y como cualquiera que sea el extravío de sus medios y la locura de su propaganda, es verdad que esta y aquellos arrancan de un espíritu de justicia ofendido en las clases humildes siglo sobre siglo, y de una compasión febril por los dolores del linaje humano, resulta, hoy como siempre, que el mundo se dispone a olvidar las manchas rojas que deshonran la mano, atraído por el rayo de luz que brota de la frente: y que un grano de piedad basta a excusar una tonelada de crimen.

En la certeza de sus móviles humanitarios toman fuerza para arrostrar el martirio estas criaturas de juicio desequilibrado, ya por la viveza e intensidad de sus penas, ya porque no es la fetidez de los agujeros de los artesanos buen lugar de cría para la divina paciencia con que soportan el ultraje los redentores. Si a duras penas concibe cada civilización un Jesús, ¿cómo se pretende que sea un Jesús cada uno de estos pobres trabajadores? Así al ver próximos a morir a siete de sus compañeros en la horca, no se paran a pensar en que de sus manos salió un proyectil de muerte, porque no ven su proyectil más criminal que la bala de un soldado, que también sale a matar en la batalla sin saber adónde: solo ven que van a morir sus siete amigos por el delito de buscar sinceramente el que ellos miran como modo de hacer feliz al hombre; y los arrebató, esa es la verdad, la misma voluptuosidad de sacrificio que poseyó cuando la iglesia virgen a los mártires cristianos. ¡Ah, no: no es en la rama donde debe matarse el crimen, sino en la raíz! No es en los anarquistas donde debe ahorcarse el anarquismo, sino en la injusta desigualdad social que los produce.

Aquí el aire está cargado de estos problemas: no hay otra cosa en el aire: se oye el ruido cercano de la cólera: en New York los trabajadores, partidarios de la nacionalización de la tierra, están a punto de sacar a su apóstol Henry George *mayor* de la ciudad: en Richmond hay un Congreso de Caballeros del Trabajo, que hace alarde de simpatía a la raza negra: en todos los estados los gremios de obreros entran en masa en la política, y en algunos triunfan de lleno y eligen casi sin obstáculos a la legislatura y al gobernador: todavía funcionan por encima, como actores segundones que entretienen la escena, los partidos y personajes que han perdido con el uso su eficacia y pureza; pero de todas partes se asiste a la elaboración de una fuerza tremenda: nadie se oculta la importancia de los nuevos sucesos: es preciso hablar de esto.

Sí: los anarquistas no temen al sacrificio, y aun lo provocan, como los héroes cristianos. Sus sufrimientos explican su violencia; pero esta misma

parece menos repugnante por la generosa pasión que los inspira. Y se ve aquí, como en aquellos tiempos de almas, que esa exuberancia de amor al hombre crea lazos más fuertes entre los que la sienten en común, y da al cariño de los amantes y a los deberes de familia una poesía e intensidad que les visten de flores el martirio.

Ayer mismo se asistió en New York a una escena de interés penetrante y extraordinario. En ninguna iglesia de la ciudad hubo ayer domingo un sacerdote más ferviente; ni una congregación más atribulada, que en Clarendon Hall, el salón de los desterrados y los pobres. Pugnaba en vano la concurrencia de afuera por entrar en la sala atestada, donde hablaba a los anarquistas de New York, alemanes en su mayor parte, la Lucy Parsons, la «mulata» elocuente Lucy Parsons, la esposa de uno de los anarquistas condenados en Chicago a la horca.

El sábado llegó. Anda hablando de ciudad en ciudad para levantar la opinión pública contra la ejecución de la sentencia a muerte. En la estación la esperaban un centenar de personas, y entre ellas muchas mujeres y niños. Todas las mujeres la besaron: lloraban casi todas: dos niñas le ofrecieron un ramo de rosas rojas: «La bandera roja, dice ella, no significa sangre: significa que las grandes fábricas donde hoy se asesina el alma y cuerpo de los niños, se convertirán pronto en verdaderos *kindergartens*». Sabe de evolución y revolución, y de fuerzas medias, de todo lo cual habla con capacidad de economista lo mismo en inglés que en castellano. «La anarquía está, según ella, «en su estado de evolución: luego vendrá la revolución, si es imprescindible: y luego la justicia». «La anarquía no es desorden, sino un nuevo orden». He aquí cómo ella misma la describe, con sus propias palabras: «Pedimos la descentralización del poder en grupos o clases. Los agricultores proveerán a la comunidad con un tanto de los productos de la tierra, con otro tanto de zapatos los zapateros, los sombrereros con otro tanto de sombreros, y así cada uno de los grupos, de modo que quede cubierto el consumo nacional, del que se publicará una cuidadosa estadística. La tierra será poseída en común, y no habrá por consiguiente renta, ni intereses, ni ganancias, ni corporaciones, ni el poder del dinero acumulado. No pesará sobre los trabajadores la tarea brutal que hoy pesa. Los niños no se corromperán en las fábricas, que es lo mismo que corromper a la nación; sino irán a los museos y a las escuelas. No se trabajará desde el alba hasta el crepúsculo y los obreros tendrán tiempo de cultivar su mente y salir de la condición de bestia en que viven ahora. El que trabaje comerá, dentro de nuestro sistema, y el

que no, perecerá, lo mismo que hoy: pero no se amontonarán capitales locos, que tientan a todos los abusos: no habrá dinero de sobra con que corromper a los legisladores y a los jueces: no habrá la miseria que viene del exceso de la producción, porque solo se producirá en cada ramo lo necesario para la vida nacional».

De todo esto, por supuesto, solo se puede considerar el buen deseo, y la verdad de los dolores punzantes que por serlo tanto llevan los planes de reforma a tal exceso. En esos planes falta el espacio preciso para el crecimiento irrepresible de la naturaleza humana, que es la base de todo sistema social posible; porque un conjunto de hombres, solo por transición y descanso puede ser distinto de como el hombre es: lo innatural, aun cuando sea lo perfecto, no vive largo tiempo. El hombre tratará de satisfacer siempre en lo tangible del mundo su ansia de lo desconocido e inmenso.

A Lucy Parsons le dicen mulata por su color cobrizo. Es mestiza de indio y mexicano. Tiene el pelo ondeado y sedoso: la frente clara, y alta por las cejas: los ojos grandes, apartados y relucientes; los labios llenos; las manos finas y de linda forma. Viste toda de brocado negro: usa largos pendientes: habla con una voz suave y sonora, que parece nacerle de las entrañas, y conmueve las de los que la escuchan. ¿Por qué no ha de decirse? Esa mujer habló ayer con todo el brío de los grandes oradores. Rebosaba la pena; es verdad, en los corazones de los que la oían: y auditorio conmovido quiere decir orador triunfante; pero a ella, más que del arte natural con que gradúa y acumula sus efectos, le viene su poder de elocuencia de donde viene siempre, de la intensidad de la convicción. A veces su palabra levanta ampollas, como un látigo; de pronto rompe en un arranque cómico, que parece roído con labios de hueso, por lo frío y lo duro; sin transición, porque lo vasto de su pena y creencia no la necesitan, se levanta con extraño poder a lo patético, y arranca a su voluntad sollozos y lágrimas. Momentos hubo en que no se percibía más ruido en la asamblea que su voz inspirada, que fluía lentamente de sus labios, como globos de fuego, y la respiración anhelosa de los que retenían por oírla los sollozos en la garganta. Cuando acabó de hablar esta mestiza de mexicano e indio, todas las cabezas estaban inclinadas, como cuando se ora sobre los bancos de la iglesia, y parecía la sala henchida, un campo de espigas encorvadas por el viento.

No desenvuelve la palabra graciosamente, sino la emite con la violencia de la catapulta. Los ojos ora le relampaguean, ora se le llenan de llanto: adelanta el brazo con lentitud, como si lo retuviese al extenderlo: todo

en ella parece invitar a creer y subir. Su discurso, de puro sincero, resulta literario. Ondeada sus doctrinas, como una bandera: no pide merced para los condenados a muerte, para su propio marido, sino denuncia las causas y cómplices de la miseria que lleva los hombres a la desesperación: dice que en la reunión en que estalló la bomba, la policía se echó encima de los hombres y mujeres con el revólver en la mano y el asesinato en los ojos: los anarquistas llevaron allí la bomba, para resistir, como la policía llevó el revólver, para atacar: «¡Miente, exclama, el que diga que Spies y Fischer arrojaron la bomba!» No se abochorna de confesar sus hábitos llanos: «Fischer, dice, estaba entonces tomando cerveza conmigo en un salón cercano. ¿Quién ha dicho en el proceso que vio tirar la bomba, a ninguno de los condenados? ¿Acaso los que van a matar llevan a ver el crimen, como llevó mi marido, a su mujer y a sus hijos?». «¡Ah, la prensa, las clases ricas, el miedo a este levantamiento formidable de nuestra justicia ha falseado la verdad en ese proceso ridículo e inicuo! Alguno, indignado por el asalto de los policías, lanzó la bomba que causó las muertes: ¿qué culpa tiene el dolor humano de que la ciencia haya puesto a su alcance la dinamita?».

Cuando habla de la miseria de los obreros, halla frases como esta: «Oigo vibrar y palpar las fábricas inmensas; pero sé que hay mujeres que tienen que andar quince millas al día para ganar una miserable pitanza». «Decid que no es verdad, a los que os dicen que aquí se adelanta. Cuando a mis propios ojos andaban en Chicago descalzos diez mil hijos de obreros, en Washington se presentaba en un baile una señora con todo el vestido lleno de diamantes, que valían \$850 000: y otra llevaba en el pelo \$75 000, y el pelo después de todo no era suyo! No! no es bueno que los ojos de vuestros hijos pierdan su luz puliendo esos diamantes!». «¡Oh, pobre niño de las fábricas;—seguía diciendo con el cuerpo inclinado hacia delante, con la voz convulsa, con las manos tendidas a su auditorio en gesto de plegaria,—oh pobre niño de las fábricas: las lágrimas que ahora hacen correr por tus mejillas la avaricia y la brutalidad, se transformarán pronto en caricias y en besos. Los hombres que las ven correr las secarán con sus robustos brazos. No los detendrá en su camino de justicia el hambre, la mentira ni la horca, sino se erguirán y padecerán como sus padres bravamente, y salvarán por sobre sus cabezas, si es preciso a sus hijos!».

En este instante, la concurrencia que se apretaba a las puertas, aprovechando el silencio de emoción que acogió estas palabras, braceó por entrar en la sala. No podían. «¡Hurrah, gritó una voz, «hurrah por los anarquistas de Chicago!» Por un impulso unánime saltó sobre sus pies la concurrencia.

Dicen que temblaban las mejillas de ver aquella escena. Les corrían las lágrimas a los hombres barbados. Las mujeres, de pie sobre los asientos, movían sus pañuelos. Las niñas gritaban «*hurrah*» alzando sus manecitas, subidas sobre los hombros de sus padres. ¡Hay tanto triste en el mundo que de recordar estas cosas se aprieta involuntariamente la garganta! *La Marsellesa* unió a ese arrebató sus notas eternas.

Singular espectáculo, el de esa mujer que recorre los Estados Unidos pidiendo desde los escenarios, desde las aceras, desde las plazas públicas, justicia para su propio esposo condenado a muerte. Pero no parece tan raro si se observa la prominencia curiosísima de la mujer en la vida norteamericana. No se trata solo de aquel rudo desembarazo y libertad afeadora de que aquí la mujer goza; sino de la condensación de ellas, con el curso del tiempo, en una fuerza viril que en sus efectos y métodos se confunde con la fuerza del hombre. Esta condición, útil para el individuo y funesta para la especie, viene de la frecuencia con que la mujer se ve aquí abandonada a sí misma, de lo mudable de la fortuna en este país de atrevimiento, y de lo inseguro de las relaciones conyugales. Aquella encantadora dependencia de la mujer nuestra, que da tanto señorío a la que la sufre, y estimula tanto al hombre a hacerla grata, aquí se convierte en lo general por lo interesado de los espíritus en una relación hostil, en que evaporada el alba de la boda, el hombre no ve más que la obligación, y la mujer más que su comodidad y su derecho. Ni cede la mujer tan dulce y ampliamente a su misión de darse, como se da a la noche la luz de las estrellas; sino que, por lo áspero e independiente de la existencia, el amor va quedando en ellas, cuando no muerto, amenguado hasta su expresión fea de sentido: y como solo se aperciben de él en esta forma tediosa e intermitente, tiénelo en mucho menos que la independencia que conviene a sus espíritus sin cariño. En otros casos desenvuelve la persona de la mujer su larga soledad, las pruebas de una vida sin simpatía ni apoyo, o el disgusto de un brutal marido. Y así se ve vencer a muchas mujeres en la lucha de la vida por su intrepidez y su talento, no solo en los gratos oficios de arte y letras que requieren delicadeza e imaginación, sino en la creación y manejo de empresas complicadas, en el desempeño trabajoso de empleos nacionales, y en la fatiga de los combates políticos. Pero esta victoria es genuina y absoluta, independiente de todo encanto de sexo y de la extravagancia y ridiculez con que aquí mismo se distinguían hasta hace poco las tentativas de la mujer por emplearse en los oficios del hombre.

No hay día en verdad, sin caso notable. Hace unas dos semanas luchaban con escándalo los partidarios de una convención política, y fueron vanos durante días enteros los empeños de calmarla, hasta que una señora que disfruta de buen nombre de abogado expuso con tal lucidez las quejas de una y otra parte, y los llamó a razón en un discurso tan lógico, que la convención votó con ella, y hoy la miran como árbitro de la política del estado, sin que la acuse nadie de «media azul», como llaman aquí a las marisabidillas, antes dicen que lleva su triunfo con sencillez y modestia.

En New York crece a ojos vistos la fortuna de una bella señora que se vio caer en un día de lo más alto de la riqueza a la miseria en su palacio vacío: le quedaban sus muebles inútiles, sus hijos sin pan, su puerta sin amigos y su marido en fuga. Sabía que en una tienda de objetos de arte apreciaban mucho el gusto fino de que había dado muestras cuando compraba en su hora de abundancia las lindas chucherías de que tiene aún llena su casa: y la aristocrática mujer que tenía fama en las mayores ciudades de Estados Unidos, de rica y hermosa, ofreció sus servicios como vendedora a la tienda de objetos artísticos. Llamaron pronto la atención a los parroquianos el tino de sus consejos, y la gracia con que disponía las compras en sus casas. Empezaron a comisionarla para que alhajase casas enteras. Se puso al oficio con una bravura de domadora. Con sus primeros ahorros imprimió circulares. Y en tres años apenas ha levantado con su industria tan amplio modo de vivir que ya puede habitar su casa propia, a donde ha vuelto por camino más seguro a manos de la mujer el lujo que se perdió en ella a manos del esposo.

Y hoy mismo se lee en los diarios otra curiosa noticia. Acá se ha zurcido una compañía de ópera americana, compuesta de alemanes, franceses, suecos, italianos, y una bailarina de Boston: y la verdad es que el año pasado no cantaron mal, y está en vías de formarse permanentemente con sus productos un conservatorio de música, donde de veras aprendan arte los aficionados americanos. En un año se puso en pie la empresa, contrató gran número de artistas, creó un cuerpo de baile; representó en los teatros mejores de los Estados Unidos, ganó lindamente ciento cincuenta mil pesos. Porque solo por ser americana, se llenaban los teatros de gente. ¿Y quién sacó sobre sus hombros toda esta obra? Una señora rica, que la concibió y puso en práctica; que reunió entre amigos la primera suma, que organizó a su modo la administración, y que ahora, dejando sin pena su casa de New York, está en San Luis agenciando la colecta de unos cincuenta mil pesos que necesita para llevar a término su empresa favorita.

En los teatros, no solo triunfan las damas como actrices, sino como organizadoras y dueñas. Helen Dauvray, que es americana a pesar de lo francés del nombre, ha establecido por primera vez, en un teatro en bancarrota, el drama nativo: un drama que dicen bello, aunque las escenas de más vida suceden en una estación de telégrafos, y descarrilamientos y telegramas figuran entre los recursos de la trama: dos trenes chocan en la escena: la heroína se decide en su deber de telegrafista a poner un despacho que ha de costarle su propia ventura. En otro teatro, Lilian Olcott, una actriz sin talento, compra a Sardou mismo en París e introduce aquí con pompa, esa rapsodia desconocida y brillante que morirá con Sarah Bernhardt y sus decoraciones, a quienes debe la majestad e interés aparente que la salvan, porque fuera de la habilidad de zurcidor que en algunas escenas maravilla, es *Teodora* una desmayadísima invención, en que no vibra la humanidad, ni el interés cubre los huecos de la armadura, ni se levanta un carácter. Y Mrs. Langtry, con su talle de flor, tiene lleno de aromas, y de música maga y sutil, el teatro de la Quinta Avenida donde, realzando con un talento verdadero su exquisita hermosura, representa con la compañía de que es cabeza esa finísima comedia de Sardou *Nos Intîmes*, que en inglés se llama *El peligro de una esposa*. No parece mujer, sino lira, o jazmín que anda.

El Partido Liberal. México, 7 de noviembre de 1886.

Las escuelas en los Estados Unidos

Nueva York, setiembre 23 de 1886.

Señor Director de *La República*:

Setiembre es un mes animadísimo en la vida norteamericana. A los baños de mar suceden las partidas de caza: a los conciertos acompañados de cañonazos a la orilla de las olas, reemplazan las comedias de Mrs. Langtry, esta inglesa de vaporosa hermosura, de un busto que parece un cáliz de flor, de ojos cambiantes y profundos como las aguas de la mar. Los amores enredados durante el verano en los paseos de la montaña, en los corredores de los hoteles, en los abandonos de la playa, entran ya, apretados por los fríos, a consagrarse en los templos de las poblaciones, elegantes como «una casa de comedias», que es como llaman graciosamente los aragoneses al teatro. Los que en Narragansett Pier y en Bay Harbor enseñaban sin miedo de mañana a tarde los trajes de baño más atrevidos y vistosos, ahora con arreos más honestos vuelven a sus hogares de la ciudad, a perder en las fiestas volcánicas del invierno, en las «cenas de *champagne*», en las meriendas, en los bailes suntuosos, las rosas que devolvieron a sus mejillas los aires del océano y el campo. La política, que ha preparado su campaña en los meses pacíficos de veraneo, vuelve con todo el fuego del estío a sus elecciones y combates. Las escuelas cerradas desde junio, abren de nuevo sus puertas generosas, estrechas para los enjambres de niños y niñas que acuden a ellas. Las más conmovedoras son las escuelas de noche, a donde van a fortificarse para la vida los jóvenes de alma fuerte que no se dejan cansar por el trabajo pesado del día: rejuvenece verlos desfilar: no son muchos, pero vale por muchos cada uno de ellos; tienen el rostro luminoso de los edificadores: andan de prisa y pisan firme, como quien no tiene miedo de poner la mano domadora sobre el porvenir.

No había más que salir esta mañana a primera hora para comprender que la vida norteamericana está de muda. Cubría el cielo un velo plomizo; despeinaba las ramas de los árboles un viento sutil: asaltaban los hombres

a paso premioso las estaciones del ferrocarril elevado, con gabanes al brazo: como abejas de colores salían de las bocacalles bandadas de criaturas, que iban llenas de libros a las escuelas a tomar sus puestos: muchos se detenían a ver en los cartones de las esquinas los anuncios gigantes de los teatros: las cabezas de negros *minstrels*, grandes como un hombre; las escenas de ferrocarril, de un drama que pasa en ellos; los terroríficos cuadros de *Teodora* de Sardou, una obra de estufa, a pesar de su fama francesa, una mera tragedia de oropel: otros de los chicuelos, caídas las medias, descazados los zapatos, harapientos, sin sombrero, desesperados, huían como potros cerreros de los muchachos de más edad que los maestros habían echado a la calle a recoger a los escolares fugitivos. En los escaparates de las tiendas no se ven ya chalecos de dril, hamacas de henequén y sombreros de paja; sino capotes y gorras de goma, camisetas recias, guantes de pieles. Pero este espectáculo, que encoge lo poco que queda aquí de alma en los pechos tropicales, parece dilatar y revivir los de los hijos del país; y ya se oye en las voces alegres el ruido de los cencerros y campanillas de los trineos que inundan la ciudad, como pájaros de invierno, las primeras nieves: ya se ven lucir en el aire los penachos rojos, amarillos y azules con que engalanan sus caballos. Las escuelas, los teatros, las elecciones de otoño, elecciones de gobernadores de Estado, de jueces, de corregidores: esas son las grandes fiestas del mes de septiembre. Las escuelas nos interesan: allí se sazonan o se tuercen los hombres.

Las escuelas son muchas, pero no bastan a los que buscan asientos en ellas. En las clases que aquí llaman altas, aunque entre nosotros pasarían por elementales, los asientos sobran, porque acá, después de los catorce años son pocos los niños que van a las escuelas: en las clases menores es donde se aglomeran los hijos de los irlandeses y alemanes, que son aquí el grueso de la población escolar; a esa edad ni pueden servirse, ni los padres se atreven aún a servirse de ellos. Ciento cincuenta mil puestos hay en las escuelas de primera instrucción en Nueva York: cinco escuelas más van a fabricar este año: cuatro millones anuales gasta la ciudad en enseñanza; y cada año se quedan sin lugar, de cuatro a seis mil niños.

¿Cómo se educa aquí?—¿Debe imitarse ciegamente este sistema?—¿Lo que aparece es?—¿Cuáles son los defectos de esta manera de educar?—¿Qué lecciones pueden sacar nuestros países de los yerros que se cometen en ella?

Gran bendición sería esa asistencia numerosa a las escuelas públicas, si la educación que reciben los niños en ellas se asemejase en lo sólido,

amplio y espacioso a los edificios en que se distribuye: gran bendición sería si las escuelas fuesen aquí, como son en Alemania, casas de razón, donde con juiciosa guía se habitúa al niño a desenvolver su propio pensamiento, y se le ponen delante en relación ordenada, los objetos e ideas, para que deduzca por sí las relaciones directas y armónicas que lo dejan enriquecido con sus datos, a la vez que fortificado con el ejercicio y gusto de haberlos descubierto. En eso, en ese desenvolvimiento regular y propio de la inteligencia, está el secreto de la ductilidad y éxito con que los alemanes adelantan en el mundo, a pesar de su dureza y lentitud nativas.

Pero aquí las escuelas, con sus hermosos textos, con sus facilidades grandes, con sus pizarras y sus lápices, con sus gramáticas y geografías, son meros talleres de memorizar, donde languidecen los niños años sobre años en estériles delectos, mapas y cuentas; donde se autorizan y ejercen todavía los castigos corporales; donde los alumnos repiten en coro sendas lecciones de montes y ríos; donde no se enseñan los elementos vivos del mundo en que se habita, ni el modo con que la criatura humana puede mejorarse y servirse en el contacto inevitable de ellos; donde jamás se enciende, entre maestros y alumnos, aquel calor de cariño que agiganta en los educandos la voluntad y aptitud de aprender, y se les queda en el alma dulcemente, como una visión del paraíso, que les conforta y alegra la ruta en los desfallecimientos forzosos de la vida.

Las cosas no han de estudiarse solamente en los sistemas que las dirigen, sino en la manera con que se aplican y en los resultados que producen. La enseñanza es una obra de infinito amor. Las reformas solo son fecundas cuando penetran en el espíritu de los pueblos; y resbalan sobre ellos sin tocarlos, como la arena seca sobre las rocas inclinadas, cuando la rudeza, sensualidad o egoísmo del alma pública resisten el influjo mejorador de las prácticas que solo acata en forma y nombre.

¿De dónde viene que con ser tan patente el cuidado con que aquí se mira la instrucción pública, tan nobles y seductores los textos, tan numerosas y bien retribuidas las profesoras, tan amplios y bien provistos los edificios de las escuelas, se den por resultado general niños torpes y fríos, que después de 6 años de estudios dejan los bancos sin haber contraído gustos cultos, sin la gracia de la niñez, sin el entusiasmo de la juventud, sin afición a los conocimientos, sin saber por lo común más, cuando mucho saben, que leer a derechas, escribir vulgarmente, calcular en aritmética elemental, y copiar mapas? Viene del concepto falso de la educación pública; viene de un error esencial en el sistema de educar: viene de la falta de espíritu

amoroso en el cuerpo de maestros: viene como todos esos males, de la idea mezquina de la vida que es aquí la carcoma nacional.

Se mira aquí la vida, no como el consorcio discreto entre las necesidades que tienden a rebajarla y las aspiraciones que la elevan, sino como un mandato de goce, como una boca abierta, como un juego de azar donde solo triunfa el rico. Los hombres no se detienen a consolarse y ayudarse. Nadie ayuda a nadie. Nadie espera en nadie. No hay pueblo que premie, por lo que no hay estímulo a solicitarlo. Todos marchan empujándose, maldiciéndose, abriéndose camino a mordidas y a codazos, arrollándolo todo, todo, por llegar primero. Solo en unos cuantos espíritus finos subsiste, como una paloma en una ruina, el entusiasmo. No es malevolencia, no, sino verdad penosa, que acá ni en los niños siquiera se notan generalmente más deseos que los de satisfacer sus apetitos, y vencer a los demás en los medios de gozarlos. ¿Y esto será envidiable? ¿Debe temblarse de esto?

A eso va el hombre hecho; a eso va la mujer; a eso va el niño que nace de ellos. ¿Qué viene de afuera? ¿qué acrece este enorme caudal de egoísmo? ¿qué influjo tiene la inmigración en la educación pública? Vienen de afuera generaciones hambrientas de hombres abandonados a sí propios, que emplean con ansia la segunda mitad de su vida en librarse de la miseria en que han pasado la primera. No tienen aquí la patria propia, que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable de sus hijos. No tienen aquí el círculo de familia, que conserva al hombre en la fuerza de sí, con la certidumbre de no verse abandonado en la hora de la angustia. No tiene aquí el pueblo nativo, cuya estimación ayuda a vivir, y cuya censura espanta. Sin riendas, sin descanso, sin auxilio, sin más placer que el solitario de la casa, envenenado por la fatiga que cuesta mantenerla y por la cólera de no ver nunca el cielo patrio, se endurece el hombre en el miedo de los demás y en la contemplación de sí, y engendra en este estado de personalidad exaltada y enferma hijos que se crían en la presencia de sus ambiciones y sustos, y en el desconocimiento de los agentes nobles que dan a la naturaleza humana su energía y encanto. Colosales hileras de dientes son estas masas de hombres. Aquí se muere el alma, de falta de empleo.

Tal es aquí el concepto de la vida, y a él se acomodan los conceptos fraccionarios sobre su conducción que se derivan de él. En balde procura el antiguo espíritu puritano, acorralado con esta constante invasión de hombres ávidos y diversos, sujetar las riendas que se le van cayendo de las manos. En balde pretenden los hombres previsores, que saben que no

hay árbol sin raíces, dirigir por la cultura y el sentido religioso esta masa pujante que busca sin freno la satisfacción rápida y amplia de sus apetitos. En balde los innovadores generosos y los maestros interesados discurren planes para perfeccionar la instrucción pública, y prolongar sus cursos en clases superiores. El espíritu crudo de la masa arrolla esas tentativas de refinamiento, neutraliza o anula su influjo, e invade y empieza a corromper los cuerpos mismos encargados de dirigirla.

¿Qué vale que la ley tenga un espíritu, si tienen otro los encargados de realizarla? ¿Qué vale mejorar en la forma externa y en los recursos materiales la instrucción pública, que es obra de ternura apasionada y constante, si las maestras que la transmiten, ni aun con ser mujeres, han podido salvarse del influjo maligno de esta vida nacional sin expansión y sin amor? ¿Qué vale ordenar reglas, graduar cursos, repartir textos, levantar edificios, acumular estadística, si las que se ocupan en esta labor son mujeres vencidas en la batalla de la vida que endurece y agría, o jóvenes descontentas e impacientes que ven como los pájaros afuera de la escuela, y tienen su empleo en esta corno un castigo impuesto de su pobreza, como una prisión aborrecible de su juventud, como una carga incómoda?

De aquella concepción descarnada de la vida nace el modo imperfecto de preparar a los niños para ella. No solo se ve aquí la existencia principalmente por el aspecto de la necesidad de bastar con su trabajo a sus menesteres, sino que se la ve exclusivamente por ese aspecto. Esa es la preocupación de todos, el miedo, la fatiga. De eso han padecido sin cesar, de eso padecen, el legislador que dispone los cursos, el experto que los aconseja, la maestra que ha de enseñarlos. A eso proveen: a evitar la angustia que ellos han sentido, a dar al niño los medios rudimentarios de pelear por la vida con algún éxito. Se engañan en el medio; pero eso intentan. Leer, escribir, contar: eso es todo lo que les parece que los niños necesitan saber. Pero, ¿a qué leer, si no se les infiltra la afición a la lectura, la convicción de que es sabrosa y útil, el goce de ir levantando el alma con la armonía y grandeza del conocimiento? ¿A qué escribir, si no se nutre la mente de ideas, ni se aviva el gusto de ellas? Contar sí, eso lo enseñan a torrentes. Todavía los niños no saben leer una sílaba, cuando ya les han enseñado ¡a las criaturas de cinco años! a contar de memoria hasta cien.

¡De memoria! Así rapan los intelectos como las cabezas. Así sofocan la persona del niño, en vez de facilitar el movimiento y expresión de la originalidad que cada criatura trae en sí. Así producen una uniformidad repugnante y estéril, y una especie de librea de las inteligencias. En vez

de poner ante los ojos de los niños los elementos vivos de la tierra que pisan, los frutos que cría y las riquezas que guardan, los modos de fomentar aquellas y extraer estas, la manera de librar su cuerpo en salud de los agentes e influencias que lo atacan, y la hermosura y superior conjunto de las formas universales de la vida, prendiendo así en el espíritu de los niños la poesía y esperanza indispensables para llevar con virtud la faena humana, ¡los atiborran en estas escuelas de límites de Estados e hileras de números, de datos de Ortografía y definiciones de palabras!—Y así, con una instrucción meramente verbal y representativa, ¿podrá siquiera afrontarse la existencia, la existencia difícil en este pueblo egoísta, que es toda de actos y de hechos? No en vano andan canijos y desorientados por las calles, reducidos a mandaderos de comercio, la mayor parte de los niños que sin más dote que una mala letra y un poco de lectura y aritmética salen a los trece o catorce años de las escuelas públicas.

De los que llegan de afuera, con el empuje que da la necesidad; de los que se forman y trabajan en el campo, con la pujanza que da el trabajo directo, de esos viene a esta tierra su crecimiento e ímpetu; no de estas hordas impotentes, criadas por padres ansiosos y maestros coléricos en escuelas de mera palabra, donde apenas se enseña más que el modo aparente de satisfacer las necesidades que vienen del instinto.

De raíz hay que volcar este sistema. La escuela es la raíz de la República. Un pueblo que ha de ser gobernado por todos sus hijos, necesita tener constantemente a estos en capacidad de gobernarlo. Criar un pueblo de egoístas es criar un gobierno despótico. Un pueblo no puede ser libre ni del extranjero ni de sí propio si no enseña a sus hijos en las escuelas, de modo que resulten hombres enérgicos, entusiastas y de juicio libre.

Ya esto se empieza a ver aquí confusamente. Se ve el fracaso y buscan el remedio. «¡Pongan al muchacho entero en la escuela!» («¡Put the whole boy to school!») acaba de decir con mucha razón en San Luis un defensor de la educación industrial, pero todavía eso no es bastante. El remedio está en desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que ha de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos. El remedio está en cambiar bravamente la instrucción primaria de verbal en experimental, de retórica en científica; en enseñar al niño, a la vez que el abecedario de las palabras, el abecedario de la naturaleza; en derivar de ello, o disponer el modo de que el niño derive, ese orgullo de ser hombre y esa constante y sana impresión de majestad y eternidad

que vienen como de las flores el aroma, del conocimiento de los agentes y funciones del mundo, aún en la pequeñez a que habrían de reducirse en la educación rudimentaria.

¡Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes! eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso. Eso hizo aquel santo Peter Cooper, que padeció de ignorancia y abandono, y levantó escuela donde se aprendiese la práctica de la vida en sus artes usuales y hermosas,—y la religiosidad y moralidad que surgen espontáneamente desconocimiento de ellas. Eso, a tientas aún, quisieran hacer aquí con el sistema de escuelas públicas los reformadores más juiciosos: reconstruirlo, de manera que no apague al hombre, y pueda salir al sol todo su oro.

JOSÉ MARTÍ

La República, Tegucigalpa, 13 de noviembre de 1886.

Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Sumario.—El millonario Stewart y su mujer.—Henry George.—El libro *Progress and Poverty*.—El movimiento obrero.—Lucy Parsons en Orange.—Muerte de la viuda de Stewart.—El carácter de Stewart.—Vida sombría de su viuda.—Un rico abominable.—Su palacio.—Sus cuadros: el *Napoleón* de Meissonier y *La playa de Pórtici* de Fortuny.—Henry George.—Cómo se pagan los gastos de las elecciones.—El libro de George: *Progress and Poverty*.—Sumario de sus teorías sobre la nacionalización de la tierra.—Su programa social.—Espíritu del libro.—El hombre.—Su apariencia.—Entusiasmo de los obreros.—Carros vestidos de flores.

New York, 27 de octubre de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Se amontonan los sucesos. Están en la ciudad los delegados para la fiesta de la Estatua de la Libertad. Como una curiosa, no como una entusiasta, se prepara la ciudad para la fiesta. Con actividad deslumbrante, con palabra moisiaca, con popularidad espléndida continúa Henry George su campaña de elecciones para corregidor de New York, contra Roosevelt, el joven millonario a quienes han sacado candidato los republicanos ricos, y Hewitt, el yerno opulento de Peter Cooper, hombre benévolo y respetable que se ha prestado por comidillas de partido a representar en su candidatura a las dos alas podridas del Partido Demócrata en Nueva York, Tammany Hall y la Democracia del Condado, asociaciones de políticos de oficio. Pero todavía hallan espacio los periódicos para reseñar con detención y asombro la campaña anarquista de la mulata Lucy Parsons.

Sigue de pueblo en pueblo exhalando las quejas de su clase, en discursos inspirados y dramáticos, abriendo de un empujón la puerta de la sala que tenía alquilada y le cerraba luego el dueño, haciendo caer con sus razones

el fusil de las manos del centinela que acude a poner la bayoneta al pecho de los que querían entrar en el salón. En Orange fue todo eso. Lucy Parsons hablaba de pie sobre un banco, en una esquina oscura de la sala: las manos le temblaban todavía, las manos con que acababa de hacer caer el fusil de la centinela avergonzada: unos doscientos curiosos habría en el salón, pero lejos de ella, para no confundirse con el grupo de anarquistas que la rodeaban: ella se destacaba sobre el grupo, el busto todo negro, el rostro encendido, el gesto ardiente y rápido: a sus pies, a un extremo del banco, estaba sentado un alemán de lívida palidez y pelo rojo, que la envolvía con la mirada adoradora: al otro lado estaba el banco lleno de rosas encarnadas. Así habló; habló hora y media: «Nuestra bandera roja, decía, es el símbolo de la sangre que corre igual en todas las venas de la especie humana!».

A esas mismas horas moría en Nueva York, en su palacio de mármol, una mujer también singular, pero por su soledad y sordidez: la mujer de aquel rico abominable y duro, que jamás secó una lágrima, de Stewart, el «príncipe mercader», el que levantó en Broadway una colosal casa de hierro para vender bajo una augusta rotonda sus terciopelos y sus cintas, el que de una vara de medir hizo florecer ochenta millones. Se secaba todo lo que Stewart veía. Le obedecía el dinero, como si fuera su perro. Pagaba sus cuentas puntualmente, como tanto hombre honrado, y tantos que no lo son. Jamás faltaba a sus contratos: pero aunque se muriese a sus pies—eso fue verdad—aunque se muriese a sus pies, cubierto de llanto un infeliz que no podía cumplirle el suyo, se lo exigía con frialdad satánica. Por donde quiera que se le tocara, era de piedra. ¡Debe estar pereciendo de sed, donde quiera que esté ahora!

Momificó a su mujer, que ha vivido y muerto como una prisionera. Ella parece haber sido como él, de alma hirsuta. Su mano, que sabía escoger colores, no sabía tenderse. La desgracia hallaba cerrado el camino de su corazón. Con su mano de hierro le había ido quitando su marido de la frente todas las gracias de la juventud. Cornelia Clinch no fue fea, ni pobre, ni mal educada, ni de escasa inteligencia: hija de un comerciante rico, parecían haberse concentrado en ella los hábitos de rapacidad y previsión que suele desarrollar el ejercicio del comercio, y ella adivinó y sirvió en la naturaleza buitral de su marido. Él, comido por la pasión de la riqueza, desarrolló con la posesión de ella una brutalidad fría, que junto a su poder de organización y su firmeza de cálculo, constituyó una persona pujante y extraña, a quien el éxito gigantesco dio apariencia de genio. Ay!

millones corrían diariamente sobre sus mostradores; manzanas de palacios eran suyas; suyos teatros y jardines suntuosos; suya la casa de mármol y oro donde su mujer ha muerto; suya la soberana colección de cuadros, de Meissoniers, de Munkácsys, de Rosa Bonheurs, de Madrazos, pobres cuadros presos que parece que se quejan en su galería desierta, donde la avaricia de los amos apenas deja penetrar mirada viva; ochenta millones tenía Stewart a su muerte hace diez años; pero cuando de su sepulcro robaron ladrones desconocidos su cadáver, dicen que en New York mucha gente reía como de un chiste, y era común oír por las calles aquel día: «le dieron su merecido!»

Algo de espectro va unido a su memoria. Recogía del suelo los alfileres que encontraba al paso; pero dar, jamás dio un alfiler a nadie. Todavía tienen cara de esclavos los dependientes que sirven en su tienda. Y cuando concibió la construcción de un edificio monumental para habitaciones de trabajadoras—un edificio de hierro como él—imaginó para las infelices inquilinas de su lóbrego palacio un reglamento tan impío, que las pobres criaturas huyeron de la jaula, espantadas de aquella grandeza de ataúd.

Por su mujer tenía un rudo respeto, y unos como estallidos de complacencia, que su áspero sentido de justicia le movía a mostrar en donaciones o caprichos ricos a la que le ayudó con el consejo y el trabajo en su juventud difícil: cuando él vendía sus lienzos sobre el mostrador, ella, en lo alto de la casa, sacaba al aire los colchones, cocinaba, barría, bruñía con su puño de mujer sana los muebles. En ella respetaba él las cualidades que aplaudía en sí y se amaba a sí propio en ella, como en todo lo que le pertenecía, por lo cual gustó de engrandecer, de iluminar, de decorar, de buir de oro todas sus pertenencias, su mujer como su casa! Lo agudo de su deseo se pinta en su decisión de que todos sus edificios fuesen del más puro blanco. Y como en la soberbia adoración de su persona en que vivía aquel gran patán, su mujer era entre sus propiedades vivas la que tenía más de él, y la ojeaba el mundo como a él mismo, construyó para ella una casa que parece un ara, toda cuadrada y blanca, los suelos de mosaico, las escaleras del mármol más fino, las alfombras con los mismos frisos que bordaban los techos, las paredes vestidas de lienzo de los pintores más famosos. Y allí vivió y ha muerto la solitaria señora, cautiva en su riqueza como en una red, defendida como un fuerte por los canes que esperan el bocado, subida en las alturas de su palacio como un alma montada viva, por arte de fantástico joyero, sobre una sortija negra. Una colosal mano secante parecía estar perpetuamente posada sobre esa casa blanca que

parece oscura. Por donde quiera que se acercase uno a la casa o a los que la guardaban, salía a recibirlo un erizo.

Como por entre púas de ellos era necesario pasar para conseguir ver de soslayo los pobres cuadros presos. El ujier vigilaba al privilegiado visitante como si se fuese a llevar con la mirada las figuras. Allí está el Napoleón de 1807, la más bella y humana persona del pincel duro y perfecto de Meissonier; allí está, en un lienzo incomparable, hermoso el Napoleón como un Júpiter joven, arrebatados y heroicos a su alrededor en grupos magníficos sus capitanes: el color mismo de aquella atmósfera triunfante, el caldeado azul, el luminoso vapor, están hablando de imperio y victoria: por la yerba se ve correr la savia: todo el ardiente poema está en la retina de cada caballo.

Y allí están de Fortuny esos dos pasmos de la perspectiva: su *Aquietador de serpientes* echado en medio de ellas sobre una alfombra al aire oscuro y tibio, por el que sube de la esbelta figura el pensamiento profundo, como surgiría un espíritu de esfinge de un cáliz de rosa: y su *Playa de Pórtici*, su cuadro gozoso, su cuadro fresco y libre, el cuadro de su alma, en el que se acercó tanto a la luz que cayó de ella para morir, como caen las mariposas, con las alas abrasadas. Murió sin acabarla. Su familia misma es la que pintó en el cuadro, su mujer cosiendo, su cuñada herborizando, sus hijas retozando, en un cantero abierto no lejos de la playa. Allá, en lo hondo del cuadro, una puerta que da a la ciudad, que por aquel agujero se adivina entera. Creciendo con soberbio atrevimiento viene de la puerta por un lado del lienzo un muro blanco, apenas interrumpido por un rosal en flor: y el cochero dormilón y coche y jaco que reposan a la espera, son todos juntos más pequeños que la flor amarilla que se abre a los pies de la linda señora en lo bajo del cuadro del otro lado, lleno de bañistas menudos como hormigas, se extiende el agua límpida, azul, fosforescente; pero la maravilla está en el modo, allí visible, con que Fortuny tendía y mezclaba sobre el lienzo las capas de color que, rebujadas y bruñidas luego con arte suavísimo, dan a sus telas aquel claror sereno y caliente en que parece que van a abrirse las rosas y a volar los pájaros: tal es como si se asistiera en una nube al nacimiento de la luz.

Entre esos tesoros languidecía oscuramente la desdichada señora. Mujer fue también, mujer de alas de fuego, Teresa de Jesús, la que dijo aquella sentencia sublime: «el desgraciado que no puede amar».

Un grupo de trabajadores salía ayer por la tarde de colgar de negro las ventanas del Palacio, y un curioso que tiene por oficio ir a ver por sí

toda cosa o persona típica en algún modo de los países en que vive, para sorprender a los pueblos en su hora de horror, notó que todos ellos llevaban colgando de una cinta blanca en la solapa una medalla de Henry George; Henry George pasó poco después por las cercanías de la casa, en su camino a una junta de cigarreros, a quienes había prometido ir a hablar a la salida del trabajo.

Y eso es diario, desde que comenzó la campaña de las elecciones, e improvisaron los obreros de New York su partido político. Antes, diez mil pesos por lo menos tenía que pagar cada aspirante a un puesto en el Congreso, a la asociación de su partido que lo escogía para la candidatura; y si la elección era para corregidor de la ciudad u otro oficio magno, de los que recaman de oro a los que los disfrutan, dicen que hasta cien mil pesos ha sólido pagar el candidato a la asociación; para las expensas de la campaña, en que se hace gran tráfico, porque por naturaleza son secretas: y lo más no es para los pagos lícitos, propagandas de ideas, impresión de boletos, alquiler de salones, transparentes, paradas, banderines,—sino para comprar votos: aunque la verdad es que solo para lo lícito se necesita una fortuna, porque durante todo un mes hay que tener a la ciudad atenta y viva en todos sus distritos con reuniones diarias, que improvisar periódicos, que distribuir folletos, que pagar en cada distrito una sala propia, que abejas día y noche por toda la ciudad, que mover un millar de hombres por carros y ferrocarriles para que exciten simpatías, domen rebeldes y acallen dudas en los doscientos mil votantes que se disputan diente a diente los partidos en liza. Y ahora, ¡oh entusiasmo que engendra montañas! todo eso lo está haciendo el Partido del Trabajo, el temidísimo Labor Party, sin que desembolse miles ni cientos su candidato honrado, que a duras penas se ha hecho con sus libros, sobre todo con *Progress and Poverty*, un mediano pasar: ¿quién no sabe que *Progress and Poverty* es una obra admirable, un examen hondísimo de los males humanos y sus causas, un libro vivo, con carne y con hueso, en que se estudian con bíblico espíritu las relaciones actuales de los hombres, y la razón innatural del divorcio en que, para la mayoría de los hombres útiles, andan el bienestar privado y el progreso público? Ya está la obra traducida a toda lengua viva; y ha recibido más encomio, y causado más sorpresa, que lo que en estos últimos tiempos haya publicado pensador alguno. Aquí está en todas las manos, y los trabajadores lo han hecho su libro de bolsillo. Ya desde hace años era libro de estudio para todo hombre de importancia al pensamiento. Como que tiene una idea nueva, que parece a pesar de

su osadía surgir naturalmente del examen cerrado que la precede: como que no esquiva faz alguna del problema social en los pueblos prósperos, y después de conocerlo en todas sus fases y raíces, procura remediar en paz las agonías que ya se echan encima con gritos de guerra: como que luego de exponer la triste manera en que el bienestar y el decoro de la masa de los hombres va reduciéndose, aun en los pueblos libres, a medida que progresa y aumenta la nación, llega a asentar que todo el mal viene de la acumulación de la tierra en manos privadas, y sostiene que el problema de la pobreza no tiene en estos pueblos grandes más remedio que ir convirtiendo pacíficamente por una reforma en la tarifa toda la tierra, que la naturaleza creó para todos los hombres, en propiedad nacional, por cuyo uso pague el ocupante a la comunidad, explótelo o no, el alquiler de la tierra que ocupa, el cual irá como contribución única, a pagar las legítimas expensas del erario, quien no tendrá de esa manera que agravar los costos de la vida con los derechos de aduanas, y aun podrá, con lo que ha de sobrarle, reunir en sus manos y gobernar por sí todos los medios de comunicación necesaria para la felicidad humana, que por no poder existir sin el elemento nacional de la tierra, pertenecen de derecho a la nación para el beneficio de sus habitantes.

Y así va, de lógica en lógica, engranándose y ensanchándose el sistema. Es todo médula y no cabe en extracto. Así, dice Henry George, no se crearía, sino por la misma nación que ha de beneficiarse de ella, esa acumulación de propiedad de naturaleza pública que priva al hombre, nacido con derecho a vivir, de condiciones naturales e iguales de lucha y existencia. Así, teniendo que pagar al erario alquiler por la tierra que retuviesen, no mantendrían los especuladores en ocio la tierra porque otros hombres gimen, hasta que estos hombres, en virtud precisamente de los adelantos traídos al suelo con su propio trabajo, tengan que pagar a mayor precio la tierra que mientras más la adelantan ellos, más va convirtiéndose en su azote. Así no se aprovecharían inmoralmente, creando cóleras enormes y justas los propietarios del suelo de la labor de la comunidad que le da más valor, y a la que obligan a pagar en renta por la tierra el mismo aumento de precio que la comunidad produce. Así todo el que pudiese compensar al erario el uso del terreno, levantaría sobre él su casa, y habría muchas casas, y a precio llano, y no tendrían que amontonarse como ahora los obreros a millares en esas cuevas gigantes y hediondas, porque lo alto del alquiler no les deja tener un rincón limpio, y el mantenimiento del suelo en pocas manos les priva de terreno donde fabricarlo propio. Así, resolviendo el

problema social sin catástrofe ni violencia, se resolvería el industrial, que está en la raíz de él, porque bastando con la renta de la tierra para todos los gastos del erario, los artículos de uso podrían entrar sin los gravámenes de aduana que los hacen caros y reducen el valor real del salario, y con el abaratamiento consiguiente de este en virtud del abaratamiento de la vida, sería dable, unido a la entrada libre de las materias de producción, producir para el comercio del mundo los precios bajos a que no es posible producir ahora. Así, en una nación de propietarios bien proporcionados y de trabajadores satisfechos, cada hombre gozaría en seguridad, sin ira ni envidia, de todo lo que es legítimamente suyo, porque lo puede producir con su mente o sus brazos, dejando solo de poseer aquello que desde Santo Tomás de Aquino hasta Herbert Spencer vienen reconociendo en principio los filósofos que no puede ser propiedad privada, por lo mismo ni que no lo es el aire, la tierra pública.

Bien se ve que el que propaga esas ideas, con tal medida que hasta hoy que empiezan a hacerse sentir solo hubo para él plácemes, no está hecho en los tiempos corrientes para agregar fortuna. También George paga renta, y vive de lo que le da la pluma que en él parece ser de paloma entrada en edad, por lo amoroso y tierno de su juicio; y más parece que ha de ser de paloma por lo apretado y puro del color, y porque como las plumas de ella es suave su argumento en forma y en sentido, solo que es paloma misteriosa, que trae en el seno a un águila. Porque pequeño de cuerpo como es, es tan robusto de pensamiento que le sale ciceroniana la elocuencia; y tan crecido en lo interior, que cuando habla de verdad los oponentes se le achican, y van desapareciendo por ensalmo, sin que haga él más que irse con cierto paso ligero sobre ellos, y apretar bien las dos manos por detrás de la cintura.

Ya le llaman de apodo «el pequeño gigante», *The Little Giant*. Todo él es de buen marco, y hecho como para quedar. En la fornida espalda le encaja enérgicamente la cabeza: la barba larga y entera es de un rojo castaño, y de ella hasta la nuca todo es claridad, porque el pensar deja pocos cabellos: las facciones son vivas y correctas, y firmes cuando la hostilidad las entusiasma: la frente, vista de perfil, se levanta como un hermoso domo: y los ojos claros y pequeños, preñados de cariño, acentúan el color y centellean cuando le ponen en duda su nobleza, o desconocen y ofenden el dolor del hombre.

Así aparece este ídolo de los obreros en la medalla que miles de ellos ostentan al pecho, y se acuñó para ayudar con su producto a los gastos

de esta elección improvisada. De eso vienen los fondos para la compañía del Partido nuevo del Trabajo; que comenzó por asegurar a su candidato treinta mil votos en declaraciones firmadas y juradas: vienen de la venta de medallas y retratos, de colectas espontáneas en los talleres, de óbolos voluntarios de los que simpatizan con la determinación de los obreros de asomar en cuerpo a la vida política, luchando por colocar a su mejor amigo y consejero; a un reformador serio y pacífico, en el puesto de corregidor de una ciudad, gobernada hasta hoy con abuso escandaloso por los representantes de los partidos meramente políticos, en cuyas manos ha venido a ser el sufragio un pantano, y el voto una franquicia inútil o un artículo de comercio vil.

Ya cuando hablemos a principios de noviembre de esta elección, la veremos en detalle, por su aspecto social y político. Lo que ahora hay que ver es lo brioso y unido de los artesanos, lo viril y mesurado de sus métodos, lo mucho que interesa a la gente de idea y bondad este movimiento de raíz, lo eficaz de la acción unánime de las masas dirigidas sin miedo ni exceso para un fin humano y justo, lo vivo de esta campaña que mueve de veras la inteligencia y los corazones, y lo impetuoso del candidato que más parece destinado a preparar una victoria futura que a obtenerla ahora: porque cada día, a más de la faena privada de la campaña electoral, habla en cinco o seis reuniones diversas, habla ideas, habla de improviso en diálogo con sus oponentes: y donde no hay tribuna ni salón, habla en la calle desde un carro de carga; que ayer era blanco, adornado por los obreros de luces y flores.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 12 de noviembre de 1886.

Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

La muerte del expresidente Arthur. Estudio político

Sumario.—Ojeada sobre la constitución interior de un partido político en los Estados Unidos.—La asociación en política.—Los logreros públicos.—Cómo puede un hombre elevarse por la intriga a la presidencia de los Estados Unidos.—Caudillos rivales.—Blaine y Conkling.—Hayes.—Análisis del carácter de Arthur.—Elección y muerte de Garfield.—Orígenes de la muerte de Garfield.—Transformación de Arthur en el gobierno.—Tentativas vanas de reelección.—La Casa Blanca en su tiempo.—Muere de despecho.—Su persona, su tiempo y su política.—¡Aquí también se sube por cábalas y se piden destinos para ahijados!

New York, noviembre 25 de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Apenas pasa día sin que haya aquí un suceso curioso o extraordinario. En país ninguno trabajan las fuerzas sociales con más claridad e ímpetu. Pugnan el arte y la literatura por hacerse una apariencia americana con retazos europeos. Se divide la iglesia católica con ocasión del considerable crecimiento del partido de trabajadores que sigue a Henry George en su empresa de convertir la tierra en propiedad de la nación. Una joven de veinte años, hermosa y honesta, cruza en un casco ovalado los rápidos del Niágara, el mismo día que un aprendiz de impresor se deja caer al Río Este desde lo alto del Puente de Brooklyn. Llega de Europa asombrado de lo egoísta y hueco de la vida en ella, el joven brahmán hindú, Babu Mohini, que sabe grandemente de filosofía y viene de ser muy celebrado entre los teósofos de Francia, Alemania e Inglaterra donde hay templos

de teosofía, cuyos devotos no comen nunca carne, como Babu Mohini. Los veteranos de Brooklyn levantan un monumento al tambor niño, que de los voluntarios de la ciudad fue el primero en morir cuando la guerra del Sur: y al mismo tiempo el Sur consagra el lugar donde nació Jefferson Davis, consagrando en él una suntuosa iglesia con imponentes ceremonias. En una iglesia de Brooklyn se reúne un congreso de mujeres, delegadas por las sociedades amigas del indio en los diversos estados, para proteger lo que queda de gente india y salvarle sus tierras de cultivo y sus derechos de hombre. Un estado más del Oeste concede a la mujer el derecho de sufragio libre. Dos señoras de distinción son nombradas miembros con sueldo de la Junta de Instrucción Pública en la ciudad de New York. La Patti canta. Los estudiantes de una universidad representan en griego ante un teatro repleto de curiosos la magnífica farsa de Aristófanes, *Los acarnios*. Todo New York se agolpa a las puertas de un templo convertido en teatro para admirar ese cuadro que de un suelo levanta el pensamiento a los tiempos perdidos del gran arte. El *Cristo ante Pilato* del húngaro Munckácsy, un Cristo que brilla de su propia luz, sin halo milagroso, ni belleza convencional, ni más divinidad que la natural del alma humana.

Pero en lo visible, el suceso de más significación ha sido la muerte de Chester Allan Arthur, que no hace todavía dos años era presidente de los Estados Unidos.

Solo resisten el vaho venenoso del poder las cabezas fuertes. El espíritu despótico del hombre se apega con amor mortal a la fruición de ver de arriba y mandar como dueño: y una vez que ha gustado de este gozo, le parece que le sacan de cuajo las raíces de la vida cuando le privan de él. Otros mueren, como murieron Greeley y Hancock, de desear la presidencia: Chester Allan Arthur murió de tener que abandonarla. Dicen los que le vieron en los días últimos de su poder, que era extraño y enfermizo el brillo de sus ojos, que había llanto profundo en su alegría forzada, que los desgajamientos de la caída se le veían en el color del rostro. Él no creyó que había de abandonar tan pronto la Casa Blanca. Él quiso continuar como propietario en el asiento a que había subido en una hora trágica como sustituto. Él había sacrificado su lealtad para con sus valedores más generosos y fieles, en la esperanza de conquistar por los actos con que se apartaba de ellos el renombre de imparcial que debía asegurar su elección de presidente en la inmediata campaña. Blaine le puso en el hombro su garra formidable, y con la candidatura le arrancó literalmente la vida. Aquel atlético y amigable caballero, fuerte como ninguno en cenas y galanterías,

comenzó a morir del corazón enfermo el día en que supo que Blaine y no él, era el candidato de su partido para la presidencia. Se le entró por alma y cuerpo como un tósigo aquel perfume de mujer hermosa que en los años de su gobierno desvaneció a Washington.

No mueren nunca sin dejar lecciones los hombres en quienes culminan los elementos y caracteres de los pueblos; por lo que bien entendido, viene a ser un curso histórico la biografía de un hombre prominente. En la elevación de cada hombre, por más que pueda parecer injusta y casual, hay causas fijas y de gran cuantía, ya residan por fuerza original en el encumbrado, ya dominen por fuerza nacional en el pueblo que lo encumbra: todo gobernante representa, aun en las formas más extraviadas y degradantes del gobierno, una fuerza activa y considerable, visible u oculta. Y cae, cualesquiera que sean su poder y aparato legal, cuando esta fuerza cesa, o él cesa de representarla. No hay en los pueblos cosa más real que sus gobiernos.

Las repúblicas tienen como excrescencias de su majestad y gusanos de su tronco, sus callejuelas y sus pasadizos. Y así como en las horas de tormenta el instinto seguro del pueblo le lleva a elegir por guía el águila que cruza con más serenidad el aire, sucede en las horas de calma, cuando las águilas reposan, que las ambiciones, hábiles de suyo y agresivas, se entran por donde duerme la verdadera grandeza, que solo da cuenta de sí cuando un peligro digno de ella viene a despertarla. Así aconteció que muerto Lincoln, quien hasta en la forma de la mano llevaba puesta por la naturaleza la insignia del poder, fue la política del Partido Republicano cayendo, de Grant a Hayes, en las rivalidades y apetitos por donde se pudren y perecen los partidos triunfantes. El Sur, domado, no inspiraba miedo. El Norte, próspero, solo pensó en gozar de la victoria. Y como los hombres necesitan de pelea, tan pronto como los republicanos no tuvieron enemigo contra quien pelear, pelearon entre sí, por el provecho los más viles, y los de espíritu superior por el triunfo. No había durado bastante la guerra para que el prestigio de los militares afortunados o valerosos predominara en el ánimo del país sobre el cariño y orgullo con que mira por sus libertades; y la fama de Grant, única que ofuscó el albedrío de sus conciudadanos, se deslucía en los oficios respetuosos de la paz, que repelen justamente la disciplina y arrogancia necesarias en la guerra. La idea misma que produjo al Partido Republicano, descansó después de haber vencido: con Lincoln, en quien resplandeció más vigorosamente, pareció morir lo mejor y más alto de ella. Y puesta para muchos años la mesa del poder, quedó entregado

el partido vencedor, con toda la gloria y recursos del triunfo, a la gula de los interesados y a los celos de los espíritus brillantes e inquietos que tienen gozo sumo, y meramente ambicioso, en demostrar a los hombres su capacidad para mandarlos. Ese aspecto de la república creó a Arthur.

Claro está que en un país de pensamiento, solo por las sorpresas de la guerra puede subir un hombre inculto al poder; y que por mucho a que lleguen los manejos ruines de los políticos de oficio, solo va creciendo al amparo de ellos ante la opinión el que más la corteja con más prudencia y gracia y no desfigura con la brutalidad del deseo manifiesto sus intenciones de cautivar para sí la simpatía pública. ¡Hasta puede decirse con razón que el vulgo prefiere a aquellos en quienes halla sus defectos propios, siempre que no los exhiban con tal desvergüenza que le quite la capacidad de publicar su apoyo! Y si a ese suave modo y cauta vestidura se une un grano de aquel valer esencial y genuino que lleva a los hombres en los instantes críticos a olvidar su interés por el de una idea generosa, he aquí que la persona política se condensa y consagra y queda en puesto para las más altas empresas, si los lances de partido, diestramente aprovechados, le llevan hasta ellas.

Arthur vino de quien suele engendrar los presidentes en los Estados Unidos: de un sacerdote protestante; fue buen padre, puesto que en su tiempo y país no reñían como riñen en otros, el ser buen padre y el criar a su hijo para abogado. Y el futuro presidente empezó su vida de hombre por esa santa tarea que parece preparar bien para la paciencia y justicia que requiere el gobierno, la enseñanza; siendo cosa curiosa que Arthur hubiese sido de director de la misma escuela en que dos años después entró a enseñar caligrafía James A. Garfield, por cuya muerte había de venir con el correr del tiempo a ocupar la presidencia. Sirvan esos modelos de castigo a los mozos que no hallan sabor al aprendizaje llano, y apenas barbados, quieren todos empezar en la vida de pontífices! Así anda el mundo, empedrado de Ícaros.—Precisamente se pagó los estudios de abogado con los quinientos pesos que ahorró trabajando como maestro de escuela. Ya titulado se estableció en New York; y como parece que sí hay hombres que enamoran a la fortuna, sucedió que a los pocos meses de tener su estudio abierto se le deparó uno de esos casos que ungen una vida.—Vino un bribón de Virginia con ocho negros esclavos, de paso para Texas; levantó el juez la cuestión de que por pisar estado libre eran en él libres los siervos; y Arthur abogó por los negros, frente al Sur que aullaba y ganó el caso en el tribunal inferior, y lo volvió a ganar en el tribunal

superior contra la elocuencia y habilidad de O'Conor: ¡pues hubo lenguas que no se saciaron al defender por la paga a los dueños de los negros! No hay espectáculo, en verdad, más odioso que el de los talentos serviles. Otro caso vino después a coronar este. Echaron de un tranvía a una pobre negra, y Arthur obtuvo entre grandes celebraciones la decisión que por primera vez autorizó a los negros en New York a entrar en todas partes por derecho propio a nivel de los blancos. Y esa fue la acción superior y generosa que mantuvo a Arthur, a pesar de sus compadrazgos y cábalas, en la dignidad de persona pública.

Aquella victoria le puso alas para la vida: y la seda del trato, que es aquí muy escasa, y lo arrogante [y] pulcro de su persona, le abrían las puertas con facilidad extraordinaria. Pero más que por estas condiciones se ganaba amigos por su aire de jovial franqueza, tan seductora para los hombres como la austeridad les es temible, y por cierta facilidad más dichosa que envidiable, de parecer como que necesitaba la guía ajena y se sometía a ella de buen grado: y así, haciendo como que obedecía, fue de cumbre en cumbre, tomando rango entre los que mandaban. Desde estudiante se le conocía ya ese poder; porque era tal su capacidad para dirigir sin que se lo sintiese, que él, que no hablaba nunca en los debates de sus compañeros, resultaba ser para todo lo de voto y mando un caimacán de cuenta. Quien lisonjea, manda.

Así, galante y suelto, se vino deslizado desde los oficios humildes de la política hasta su empleo más alto: y como tenía el arte de dividir con sus asociados la buena fortuna que sacaba de la asociación, y de trabajar ostensiblemente en beneficio de la camarilla a que pertenecía, esta no le escatimaba su apoyo, ni se en celaba de verlo ir subiendo entre todos aquellos a quienes se prestaba a servir: tanto que su habilidad suprema fue la de perfeccionar el sistema de la asociación para provechos políticos, y, convirtiendo a los que pudiesen ser sus rivales en sus cómplices, recoger en sí sin excitar sospechas, el poder que iba logrando para la asociación con ayuda de ellos. Privada su naturaleza de aquella ciega generosidad e ímpetu heroico que levantan sobre el nivel común a las almas mayores, comprendió a tiempo que domina a los hombres el que aparenta servirlos, y tiene más seguro el mando aquel que no deja ver que lo desea, ni lastima la ambición, orgullo o decoro de sus émulos con el espectáculo de su presunción y soberbia. ¡Y de ambición ha muerto ese hombre de apariencia tan suave que nadie hubiese dicho que de eso muriera! Pero le iba ayudando su misma pequeñez, porque, por mucho que él desease, no se

atreví a alzar la mira más allá de aquellos de que en sí se creía merecedor, y se contentaba con predominar por su gentil manera y reconocida astucia en las intrigas e influjo de la política de su ciudad y estado, siéndole de gran auxilio su figura hermosa, la cautela con que escondía sus fines, el gallardo abandono con que esparcía entre amigos sus ganancias, y esa indiferencia formidable que suele llegar a parecer una virtud, cuando no es en verdad más que el refinamiento del egoísmo. Sin nada que le preocupase más que su propia fortuna, no veía en las cosas públicas con la ira o la fe que ciegan a otros, sino iba sobre firme a lo que le convenía particularmente, y su misma frialdad y descuido de los intereses humanos le daban aquella calma infecunda que suele pasar entre los políticos miopes por espíritu de conciliación y sensatez. Y todas esas facultades menores las extremó y usó con tal cordura, que por su excelencia en ellas, que son parte viva de la política de la nación, y por representarlas más cabalmente que otro alguno, llegó a subir, en una época de política menor, al puesto de donde una bala trágica lo llevó a gobernar la república.

Toda la historia de Arthur está en la de las intrigas políticas de su partido. Nunca adelantó por sí, sino como representante de la camarilla en que servía. Cada caída o triunfo suyo, y cada acto notable de su existencia, no es un suceso de orden nacional, en que las ideas choquen y luzcan, sino de orden interno de partido, en que las personalidades rivales se arrancan el provecho y la honra diente a diente. Ya en los puestos, verdad es, se ganaba la voluntad por su moderación caballerisca, el blando modo con que suavizaba su energía, su bondad personal, que fue sincera, y aquellas gracias cortesés y llaneza digna que añaden tanto al mérito, y llegan a disimular su ausencia, y a suplirlo. Pero si con sus subordinados era afectuoso, y en el manejo de los fondos públicos irreprochable, nunca dejó de servirse del influjo que con esto mismo obtenía, para ir trenzando una organización política tan fuerte y estrecha, que no había en el estado distrito donde no tuviese de agente un empleado suyo, ni convención en que no sacara triunfantes a sus candidatos, ni cábala posible sin su voluntad, ni elección segura sino por sus manos. Él, como John Kelly entre los demócratas, se servía de los empleados públicos para favorecer en las elecciones, y mantener en oficios lucrativos al partido que les conservaba los empleos. Como una red tenía extendido, en la ciudad primero y luego en el estado, este sistema, y lo que en otros parecía repugnante por lo ofensivo de los modos o el escandaloso provecho que sacaban de su habilidad, en Arthur estaba disimulado por la apuesta sencillez con que llevaba sus victorias, y

porque no se echaba en diamantes y leontinas insolentes el fruto de ellas, sino las apetecía por lo que vigorizaban a su partido, y le acreditaban en él de jefe de hombres.

La virtud no liga a los hombres tan estrechamente como estos compadrazgos y cábalas oscuras. Dos que han pecado juntos, son eternos amigos. Obsérvase además que, cuando todas las noblezas se han oscurecido en el hombre, aún es capaz de la pasión de amigo, y se encarniza en ella, como para probarse que no es enteramente vil. Si hay algo sagrado en cuanto alumbra el sol, son los intereses patrios. Es natural y humano que el hombre piense constantemente en sí, aun en sus actos de mayor abnegación y descuido de sí propio, y procure conciliar su adelanto personal y la utilidad pública, y servir a esta de modo que resulte aquel favorecido, o no muy dañado. Pero no hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o levantar su fortuna. Esos son apóstatas de la gran religión del hombre, que en cada uno tiene una columna, y ya se va condensando en imágenes racionales y grandiosas, dignas por su poesía de las imágenes vencidas, y superiores a ellas por su amplitud y majestad. Ladrones del altar son esos comerciantes de opinión, y debían sacarlos por las calles con un sayal de lienzo y la cabeza llena de ceniza. De modo que no podemos aplaudir a los políticos de oficio, que no andan en la cosa pública para preservarla y trabajar por su bien, sino para servirse de ella en beneficio de su ambición o de su bolsa. Pero el ala, como se sabe, no entra por mucho en la composición del hombre, que parece tener más de uña y de diente.

Y si bien es cuerdo conservar siempre la hornilla encendida y los hierros en blanco para marcar a esos traficantes de modo que se vea, e impedir que corrompan y esclavicen la república, cuerdo es también reconocer la ambición impura y disfrazada como factor inevitable de las funciones humanas, y valerse de ella, ya que no puede suprimírsela, para mejor servir a la virtud. Y como guía y aviso en los países que se están formando, es de prudencia advertir que no basta salir a la defensa de las libertades con esfuerzos épicos e intermitentes cuando se las ve amenazadas en momentos críticos, sino que todo momento es crítico para la guarda de las libertades, y no bien se retiran de ella por noble altivez o pudorosa modestia, los honrados celadores, asaltan sus puestos como buitres que quieren hacer de águilas, los que tienen en sus pasiones agresivas de codicia o soberbia una fuerza permanente, y se adueñan con tenacidad formidable de lo que los virtuosos prepararon. Jamás debe apartarse de los cuidados públicos, ni

en los momentos de mayor paz, la gente honrada. Retener cuesta menos que desalojar. No debe abandonarse por descuido lo que deberá reconquistarse luego. Ni una vez comenzados a podrir, sanan completamente los cuerpos sociales.

De afuera no podrían entenderse bien las batallas de intriga a que Arthur debió su prominencia; pero es sabido, en globo, que no hay furia mayor que la de los caudillos rivales de un mismo partido. De tropezar constantemente unos en otros, llegan a ver el universo en la forma y aspecto del rival que les disputa el paso; y como en todos los caminos de la vida se nota en el hombre esa cobarde y feroz naturaleza que en unos pueblos lleva a lidiar toros, en otros gallos y perros, y hombres impuros en otros, sucede que estimulan en vez de sofocar esas peleas, y llega a ser motivo de mayor interés lo que cada caudillo dice o hace respecto a su rival que lo más vivo y urgente de la cosa pública. Así fueron surgiendo en el Partido Republicano los dos crestados caballeros en quienes año tras año ha estado todo el interés de la lidia, y Conkling de New York y Blaine de Maine han venido justando como tremendos enemigos sin aquellos tamaños nacionales que vienen a los hombres por diputación impalpable y mística, del país que se siente amado con generosidad y defendido con fuerza, pero con todo el luciente arreo y el grueso de armas de dos seres superiores a quienes solo falta el desinterés para llegar a la grandeza.

Blaine, con más años y ambición más activa, batallaba por sí y continúa batallando con pasmoso poder de supervivencia y versatilidad catilinaria. Conkling, más astuto o más leal, quería hacer de Grant una cabeza suma e imperante, ya porque él cree, con funesta y antipática equivocación, que la autoridad del poder se asegura con el aparato y misterio de la fuerza, ya porque a pesar de su elegantísima palabra y austera honradez, la misma pasión de su política le quitaba aquel carácter de superior criterio y anchas miras que los pueblos buscan como por instinto en los que han de ser sus jefes; y no quería ver en la cabeza de su rival los laureles que no se veía manera de pedir para sí propio. De esa lucha nació a la presidencia Arthur, que a la sombra de Conkling y Grant había venido adelantando en New York su fortuna política, y tenía cerca de ellos influjo fortísimo desde que, llevado al puesto de colector de la Aduana por complacencia de Grant hacia el colector saliente que se lo había ganado con regalos, se vio expulsado de su empleo so pretexto de pureza, por el presidente Hayes, que al privar del puesto a Arthur «para purgar la Aduana de la intriga política que tenía su centro en ella» cedía en realidad al interés de su secretario

Sherman, que veía en el creciente prestigio de Conkling y en el poder de Arthur sobre los republicanos de New York, un obstáculo temible para la candidatura a la presidencia que todavía hoy codicia.

Ni de intendente del ejército durante la guerra, ni de colector de la Aduana se deslució Arthur con indignos provechos, y si bien se valió de ambos empleos para recoger bajo su mano el voto de su partido por la agencia de sus subordinados y favoritos, ni entró a parte en contratos cuando intendente, ni se dejó comprar por los importadores cuando colector, ni necesitó de adláteres venales para desempeñar su oficio sino que atendió a ellos con mucha lucidez y aplauso, y como hay pocas cosas que en el mundo sean tan odiadas como los hipócritas, entre Arthur, partidario franco que trabajaba al sol por sí y los suyos, y Hayes, reformador pretencioso e incompleto que encubría sus venganzas y compromisos con disfraz de moralidad pública, se dio la razón a Arthur. Y con tanta dignidad llevó su caída, y tan bien la hizo valer ante Grant y Conkling, que cuando en la próxima convención de los republicanos para candidato a la presidencia, Blaine triunfó sobre Conkling, obligando a la convención a elegir a Garfield en vez de Grant ya que no podía hacer recaer la elección en sí propio, ya Arthur había cobrado tamaño suficiente para obtener de Conkling que le permitiera ser designado por la convención como candidato a la vicepresidencia para lavarse de la injuria recibida, cuando llegó a las puertas de la delegación de New York un emisario de Garfield, para rogar a los partidarios de Grant vencidos que nombrasen de entre los delegados neoyorquinos la segunda persona de la candidatura. Y por ese manejo de bastidores, por la impotencia de Blaine y Conkling para predominar uno sobre otro, resultaron nombrados, y como electos a los empleos más altos del país, dos hombres relativamente oscuros: porque Garfield, escogido para presidente por los enemigos de Grant y de Conkling, comprendió que su candidatura no podía vencer sin el apoyo enérgico del estado de New York, fortaleza de Conkling. Y Conkling abandonó a Arthur el puesto a que se asió tan pronto como lo puso a sus ojos la fortuna, porque vencido en Grant su orgullo de caudillo, determinó en aquel instante en su soberbia permitir que fuese vencido Garfield.

Aquellas luchas se enervaron de tal modo que vino a sombrearlas la muerte. Blaine, que en el gobierno de Garfield hacía de Mefistófeles como secretario de Estado, empeñó contra Conkling y sus favorecidos la misma lucha que Sherman por mano de Hayes, empeñó contra Arthur;

y compelió a Garfield a remover y sustituir el colector de la Aduana de New York sin consultar, como es de uso, a los senadores del estado en que se hacía este cambio importante. Presidía Arthur, en el interés de Conkling, el Senado de la República, adonde, en altivo arranque, envió con general asombro Conkling su renuncia, en la vana confianza de que ayudado por Arthur en su estado de New York, la Legislatura lo sacaría de nuevo senador, por sobre el influjo de los amigos de Blaine y Garfield que se oponían a su candidatura. Pero, también acá, el gobierno puede: la lucha fue tan reñida entre ambas facciones como si pelearan por grandes intereses nacionales: Conkling no fue reelecto: Arthur, el vicepresidente, quedó por enemigo confeso del presidente, y por semicabeza de la facción que le hacía guerra: y tan estruendoso y amargo fue el combate, que un hombre de espíritu deforme y ambicioso brutal, Guiteau, creyó que sería saludado salvador de la patria por dar muerte de un balazo al presidente Garfield, a quien los amigos de Conkling acusaban de conculcar a un senador ¡por no haber pedido parecer a un Senado hostil!, los liberales de la República.

Vinieron aquellos días en que la tristeza prestó la hermosura que usualmente falta a este pueblo afanoso de los Estados Unidos. Murió Garfield de la bala de Guiteau: pusieron una estrella en el lugar del pavimento donde apoyó la cabeza al caer herido: Arthur, sacudido en lo mucho que tenía su persona de bueno y generoso, no solo demostró sincerísimo anhelo de que Garfield se salvara, sino que se le vio muchas veces sollozar y estremecerse con la emoción todo su robusto marco, cuando veía el fin seguro, y cercano el instante de entrar a suceder en la presidencia al adversario muerto en consecuencia de la lucha en que él había sido parte principal. Allí recibió su espíritu audaz y ligero aquella consagración de pesar que sublima cuanto hay de puro en las almas; y les descubre horizontes no soñados e ignoradas alturas. Quiso prolongar por el espíritu de su política la vida que involuntariamente había contribuido a interrumpir. Entró en la presidencia acusado de asesino. Mirábanlo con aversión. Solo sus muestras de dolor sincero templaban el desagrado nacional. Fuego y espinas fueron para él los primeros meses de gobierno. Y tan lejos llevó su deseo de que no le motejasen de vender a sus amigos el poder que le había venido de la muerte, que a Grant mismo y a Conkling les volvió a los pocos días la espalda: a Conkling, a quien había servido de edecán, no le empleó siquiera de consejero, a Grant, por [cuyo] empeño consintieron los amigos de Conkling

en trabajar por Garfield y por Arthur en virtud de promesas que dicen quebró Garfield, le negó el favor de nombrar colector de la Aduana al ahijado para quien le pedía el puesto:—;que también acá, como en todas partes, hay compromisos; y triunfos y componendas, y comercios y ahijados! En suma, aquel adversario de Garfield ferventísimo, no consintió en repartir entre secuaces personales el poder que le venía de su enemigo, y respetando sin alarde cuanto había en el espíritu del muerto de sincero, lo puso en obra contra sus propios pareceres, trató de gobernar como su enemigo hubiera gobernado, y sin perder su natural llaneza revistió de tal decoro su persona y gobierno que ni sus amigos abandonados se atrevieron a moverle guerra, ni hubo para él [al] término de su poder, más que respeto y alabanzas.

Pero no bien se vio seguro del cariño público, y separado sin dificultad de aquellos a quienes debía su encumbramiento, surgió en él, levantado por los trágicos sucesos a su natural altura, una legítima ambición por entrar de propio mérito, por virtud de esa transformación gallarda, en el puesto a que lo acercó una mera intriga y le llevó un acontecimiento inesperado. Tomó para sí, como muchos gobernantes toman, la lisonja y acatamiento tributado en su persona al poder que ejercen. Vio su moderación estimada y aplaudida. Renovó con gusto exquisito la austera Casa Blanca. Sacó de ella lo feo y anticuado, y se fue poniendo en ella con los adornos y muebles con que la embelleció, a punto que la creía su natural morada. Mantuvo en el gobierno aquella suave autoridad, aquella manera caballeresca, aquella fina justicia, aquel aparente olvido de sí propio que le ayudaban a subir de puesto en puesto sin que lo estorbasen ni sintiesen. No era extraña su galante persona al placer de los amores. Realzaba la elegancia su hermosura. Y pudo creer, por lo nutrido del aplauso, que era general la sanción pública.

Pero aprendió que el decoro encalla donde la intriga sale ilesa, y conoció en sí, amargamente, como había hecho conocer a los demás, que donde se plantan podres no hay que esperar olores: que los que han ayudado a corresponder por el cohecho, franco o embozado, los cuerpos políticos, no pueden ser escogidos por ellos como representantes de las virtudes que antes profanaban; que el que subió por su arte de emplear los puestos públicos a la mayor altura política no podía mantenerse en ella cuando, en su novísima virtud, se negaba a comprometer los puestos nacionales en cambio de votos a los delegados reunidos para escoger el nuevo candidato de los republicanos a la presidencia. Tan grandes fueron, sea dicho en

verdad, su ansia de obtener la designación, como su decoro en la manera de pedirla: y se cree que salió de la Casa Blanca con el corazón partido, y la muerte sentada al lado en su carruaje, pero no quiso sacrificar a su ambición la honradez que iluminó su espíritu en la emoción de la catástrofe. Se ha muerto de deseo, celebrado por las gracias de su persona, y por haberla redimido.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 19 de diciembre de 1886.

Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Sumario.—Asuntos varios.—Los indios ciudadanos.—Indecisiones del Congreso.—La plata.—El sobrante anual de cien millones.—Librecambistas y proteccionistas.—Política de mujeres.—La mujer en las elecciones de Massachusetts.—Las mujeres contra las cantinas.—La política de cantinas.—Influjo de las cantinas en el gobierno de la ciudad.—Estudio de baja política.—«El gordito Walsh».—Un jugador alcaide.—Vicios de la política norteamericana.

Nueva York, 22 de diciembre de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal*:

La alegría de Pascuas es acá tan viva que todo lo penetra y hermosea. El Congreso interrumpe sus sesiones: las calles, del alba a media noche son un jubileo: es un lujo de compras, generosidades y regalos: ya contaremos las Pascuas de New York, que son bellas porque en esos días se deja ver la nobleza de las almas, y se sufre de no tener que dar. Los indios son los que estarán contentos estas Pascuas, porque antes de levantar sus sesiones para las fiestas de fin de año los hizo ciudadanos el Congreso,—ciudadanos con tierra propia y voto. Tal como el hombre que teme llegar a hablar de un asunto espinoso e indispensable procura agotar antes toda materia de conversación de menos interés, como para retardar el asunto ingrato, tal el Congreso, incapaz en la situación actual de sus partidos para determinar sobre las cuestiones más vivas y urgentes de la política y economía del país, se entretiene en problemas menores, muy justos en sí, pero tenidos por la opinión como bocados de poco peso con que sus administradores apurados le quieren engañar el hambre.

Se ansía el voto definitivo del Congreso sobre la suspensión del acuñamiento de la moneda de plata, acumulada sin empleo esa cantidad temible

en el Tesoro, pero los productores de plata, valiéndose de lo confuso del juicio público sobre esta materia compleja, hallan modo de impedir que el Congreso tome acuerdo alguno en favor o en contra de los consejos que acaba de dar en su Mensaje el Presidente.

No se ansía menos, sino más acaso, la rebaja del exceso anual de cien millones que paga el país por contribuciones innecesarias al Tesoro Nacional; pero como los librecambistas, conducidos por Morrison, proponen un modo de cortar el sobrante que entraña el abandono gradual del sistema de derechos altos, los proteccionistas capitaneados por Randall, presentan planes diversos para suprimir el exceso sin tener que rebajar los derechos subidísimos que se recaudan hoy, o en mero provecho de los fabricantes, so pretexto de favorecer las industrias del país: y Morrison, como en la sesión pasada, ha sido vencido: verdad que solo lo fue por unos cuantos votos, tanto que su mujer, que sabe de política, tan pronto como supo por Morrison la derrota del proyecto, le envió a decir por telegrama: «¡Pues vuelve a presentarlo!»

De la naturaleza humana, saben más las mujeres que los hombres. Precisamente lo que en ellas seduce las incapacita, no para la comprensión pero sí para el ejercicio constante, de las pascuas públicas; mas ellas saben lo que nosotros no sabemos sobre el mejor modo de vencer al hombre: y bien puede ser que las mismas artes que triunfan en lo privado, empleadas en la política triunfasen en lo público.

El hablar de esto hace pensar en las últimas elecciones de Springfield, en Massachusetts.

Allí hay guerra entre las mujeres del lugar y los cerveceros. Contra la virtud van muchos y vencen; pero en lo general, es necesario, aun para prosperar en el vicio, vestirse de virtuoso. Y eso se acaba de ver en Springfield. La propaganda de las mujeres, que ven que en las cantinas se crían la brutalidad y la desgracia, consiguió que la ley prohibiera el tráfico en bebidas, que era en aquel lugar descarado y excesivo; pero los bebedores, hechos ya a dejar solo en las noches el hogar, sin ver que la casa de noche es muy triste sin su jefe, hallaron manera de reunirse a beber en privado, y con la práctica que acá se tiene de la asociación, estimulada por el vicio que es ingenioso y activo, pronto fundaron sociedades de beber, donde privadamente satisfacen amparados por ley de los clubes, el gusto por los estimulantes que prohíbe satisfacer la ley contra los establecimientos de bebidas. Los clubes, por supuesto, no son más que bebederías disfrazadas. Pero como con este disfraz el vicio no sale tan al rostro de las ciudades

pudivundas de Massachusetts, todo el trabajo activo de las mujeres no ha bastado a triunfar de los cerveceros encubiertos con esta apariencia hipócrita.

Era sin embargo, interesante el día de la elección. Estaban llenas de mujeres las cercanías de las casillas. No eran las «blumeristas» ridículas de antaño, ni las «medias azules» de literatura y pretensiones, ni las que abogan por derechos viriles que riñen con el dulce sexo, hecho para menos doloroso e ingrato poder que el del sufragio: las madres eran, las esposas, las hermanas de los mismos que, con la insignia del club bribón clavada en el chaleco, marchaban sobre las urnas a pelear por la botella, como si fuesen de veras a una pelea digna de hombres.

Las casillas parecían una feria. Sedas y casimires alternaban con calicoes y paños pobres. Todas luchaban por «cerrar a sus maridos las puertas del infierno». Junto a cada casilla levantaron al aire libre improvisados fogones donde hervían el té y el café, cerca de la mesita llena de nueces y de emparedados. Las «amigas de la temperancia» ofrecían a cada ciudadano el tentempié y el té o café humeante, mientras a su alrededor mariposeaban todas como tenaces duendes, convenciéndoles de que era vil abandonar en esta campaña honrada a las mujeres, y votar por las «infames bebederías». Los votantes oían a las hadas, saboreaban el tentempié y el café o té aromoso, se iban sobre las urnas y votaban por las bebederías.

Incalculable es en estas ciudades el poder de esa inmunda política de cantina. No se puede en una mera carta de periódico ir hasta las raíces de este mal que está socavando la seguridad de las ciudades. Acá, en las clases obreras, el dinero se va todo de la mano a la boca: ni lo que queda de los gastos de la familia es bastante para el teatro, ni hay baratos en número suficiente para la población, ni lo sórdido burdo de la vida estimula la inteligencia de la gente llana a los entretenimientos del espíritu. El taller rudo y la casa miserable echan al obrero fatigado y torpe a buscar un estimulante en la cervecería. Allí engaña la noche, íntima con el cervecero, le toma fiado, y le paga en las elecciones con su voto.

El cervecero no pierde, porque le pagan de arriba los que del voto se aprovechan; lo cual puede acabar en que el dueño de la cervecería se vea con influjo y lo ejerza en su beneficio, ya para subirse él mismo a un puesto de regidor, donde se hacen negocios excelentes, ya para vender lo que él pueda a un camarada que se obliga a darle parte en las ganancias del puesto a que le encumbra.

Esas cervecerías son la escuela verdadera de la política de la ciudad, y han venido en mal hora a sustituir a aquellas casas de madera casi santas, y parecidas a templos, donde en los primitivos tiempos de la nación se reunían los ciudadanos a debatir las cosas públicas y preparar las elecciones. Crecen en las cervecerías los personajes de los barrios, como los hongos fangosos en los maderos corrompidos; y allí, como en las sociedades elementales, triunfa el más corpulento; porque deslumbra y aporrea a sus comensales, el más dadivoso, porque les satisface y mantiene agradecida la garganta, y el de menos escrúpulos, porque sin ellos se obtiene pronto la bolsa llena, que es acá entre los miserables como en los poderosos el certificado de superioridad y poder.

Así se ve que van subiendo de elección en elección a los puestos más encumbrados de la ciudad, y a veces a los del estado y la república, esos hombres rollizos y brijagos de mano pródiga y llena de sortijas que hablan su propia lengua bestialmente, solo saben del gobierno el modo de escalarlo y vender como granja propia la autoridad que gozan por él.

Así está compuesto de esos héroes de barrio el Ayuntamiento de New York, y el cuerpo entero de empleados de la ciudad, que apenas tiene en puesto de prominencia a un hombre honrado, porque acá todo poder emana del voto, y esos rufianes que disponen de él se coaligan para hacerlo ir por donde a todos conviene para viles fines, y lo niegan a los candidatos que de antemano no se prestan a atraérselo con dinero constante, y a obligarse a cederles parte del poder a que le llevan.

Así se viene a parar en que un pillero de oficio, un propietario de casas de juego, un dueño de un circuito de cervecerías, un rufián acusado de delitos contra la ciudad, un amigo tierno y encubridor solícito de roleteros y ladrones, haya sido nombrado, a petición de jueces y altos políticos, alcaide de la cárcel de Las Tumbas, cuyo nombramiento, que es acá de mucha consideración por su sueldo e importancia política, se ha celebrado con público regocijo en las bebederías y los garitos. Pues ¿no es *Fatty Walsh*, el *Gordito Walsh*, el fiador de todo jugadorzuelo, heridor o ratero que cae preso en su barrio? Pues ¿no son tuyas todas las cervecerías? Pues ¿no dispone de miles de votos, y tiene entrada de derecho propio en los tribunales de Justicia, en el Ayuntamiento, en las estaciones de policías? Pues ¿no es uno de los reyes de la ciudad de New York, con su vasallaje de desorejados y gritones, este pez-sol humeante y reluciente, con la camisa toda empedrada como morcilla ornada de diamantes? Pues el alcaide de Las Tumbas es, y lo ha recomendado, a pesar de sus garitos abiertos y

sus cervecerías, el Fiscal de la ciudad. ¡En Roma y Grecia no llegó a esta miseria la democracia, porque allí el arte, el teatro y la oratoria tenían constantemente levantado el espíritu público!

No hay que decir que el *Gordito* es generoso, y padre de su barrio, y libra de contribuciones a un frutero italiano, y de cárcel a un chino; dar es sembrar, y no hay jugador que no sea pródigo, ni popularidad en la plebe que se mantenga sin frecuentes dádivas.

Son de ver los festejos con que admira a sus barrianos el *Gordito*; porque dos veces al año les pone barco para que paseen en verano por el río, y les da gran banquete con carneros y toros de una pieza en medio de la plaza, y a cada hombre por silla un barril lleno. ¡El día de la elección, no falta un voto! La cerveza no se paga: el tentempié es homérico; el *Gordito* mismo, como mucho senador en día de votos, sirve de beber en mangas de camisa; al caer la noche, la calle es río de espuma, uno que otro puñal duerme en un muerto, el suelo de las cervecerías está alfombrado de votantes, de las cuevas de los chinos sale con brío de fiesta el hedor de opio. Y el *Gordito* es electo regidor. ¿Y quién sabe? Si en el hombre hubiese capa de cultura ¿por qué no, como otros, diputado, intendente, juez, senador? ¡Y todos los Walsh juntos, cuando se juntan los barrios en las elecciones nacionales, eligen o pesan en la manera de elegir, a los primeros magistrados de la nación! Debía negarse el voto a los hombres que no tuvieran reconocidamente una ocupación honrada. Y debe, sobre todo, cuidarse de reducir la brutalidad y cultivar el espíritu en las repúblicas.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 11 de enero de 1887.

Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Sumario.—Historia del último Congreso. El Congreso cierra sus sesiones.—Ojeada general sobre la política.—Fuerzas nuevas en la política norteamericana.—Recomposición social.—Causas palpables del descontento.—Los partidos antiguos y el partido de los trabajadores.—Programa impuesto al Congreso por la opinión.—Lo que ha hecho el Congreso, y por qué lo ha hecho.—Razones de lo que ha dejado de hacer.—Dejó de hacer lo más importante.—Atacó los monopolios, pero no alteró las condiciones económicas.—El sobrante.—La tarifa.—Librecambistas y proteccionistas.—Resumen de las leyes más importantes votadas por el Congreso.—Compromisos y rencores de los Representantes.—Los Representantes contra Cleveland.—Fallo de la opinión sobre la obra débil e incompleta del Congreso.

Nueva York, 8 de marzo de 1887.

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Cuarenta y nueve Congresos han tenido los Estados Unidos, desde aquel de Philadelphia, elocuente y bendito, de donde aún se destacan, con sus trágicas palabras y nobles cabezas, el impetuoso Patrick Henry, el cuerdo Washington, el previsor Dickinson, el elegante Lee. Hoy mismo ha cerrado sus sesiones el último Congreso; pero de él, desigual e interesado, no puede decirse lo que Chatham dijo del que declaró a Norteamérica libre: que «por su sagacidad genuina, por su sólida cordura, por su moderación singular, resplandecía como único el Congreso de Philadelphia».

Los hombres son como los tiempos en que viven y se adaptan con flexibilidad maravillosa a su pequeñez o su grandeza. Cuando se aprieta el corazón de angustia, porque la patria padece, cuando nos la amenazan, cuando nos la invaden, cuando nos la torturan, cuando nos la azotan,

cuando nos la niegan, se ve a los hombres brillar y sublimarse, la palabra magnífica retumba, no hay distancia del brazo a las hazañas, y es palpable la identidad del hombre y de los astros: se hacen cosas que van resonando por los siglos, y se dicen palabras que se alzan triunfantes en la sombra, como los ángeles de bronce arrodillados en las gradas del altar antiguo. Pero cuando los tiempos se allanan y empequeñecen, el hombre cae con ellos, y da pena verle poner en ruines intentos, en intereses impuros, en rencillas de aldea, en celos y rivalidades femeniles, la fuerza del corazón y la viveza de la mente.

Y no es porque se haya acabado la tarea, que nadie tiene el derecho de dormir tranquilo mientras haya un solo hombre infeliz; sino porque la virtud es costosa, y el espíritu humano la demora y esquiva, aunque en las horas supremas sea capaz de ella. Sucede también que el hombre es dramático, y los combates de la mera razón no le deslumbran ni estimulan tanto como aquellos que la pasión alegra y magnifica con sus fuegos. Los tiempos menores no favorecen la aparición de grandes caracteres; y el hombre, como la naturaleza, es más hermoso cuando los rayos lo iluminan y se desata la catástrofe.

En los Estados Unidos hierva ahora una humanidad nueva. Lo que ha venido juntándose, durante el siglo, estalla en fermento. Ya los hombres se entienden en Babel. Tal como de varios retratos superpuestos va eliminando el fotógrafo las facciones desiguales e indecisas de diversos individuos de edad, ocupación o vida análogas, hasta que quedan en uno final los rasgos enérgicos y dominantes en el tipo, tal en esta hornada grandiosa, que flaqueará acaso por falta de levadura de bondad, razas, credos y lenguas se confunden, se mezclan los misteriosos ojos azules a los amenazantes ojos negros, bullen juntos el *plaid* escocés y el pañuelo italiano, se deshacen, licúan y evaporan las diferencias falsas y tiránicas que han tenido apartados a los hombres, y se acumula, aquilata y acendra lo que hay en ellos de justicia.

Por la ley o por el diente, aquí ha de haber justicia. Los que la desean, los que se quejan de falta de ella, las clases desacomodadas, suelen pedirla mal, o tomarla por su mano; pero se les ve ya moverse en la cosa pública como en morada propia, y los que quisieran resistirles, o aplazar su advenimiento, andan delante de ellos como Tartufos despedidos, que vuelven la cara lívida y sonriente, saludando y ofreciéndose con exagerada solicitud, cuando ya tienen la bota en los faldones, y el palo se cierne sobre sus cabezas, buscando el lugar por donde quedará mejor muerta la hipocresía.

Pero este trance nuevo del hombre, del cual saldrá, como de todos los suyos, mejorado; esta entrada, probablemente violenta, en un estado social amable y justo; esta eliminación de dejos turbios de edades y de pueblos, y acendramiento de sus cualidades libres y puras; este adelanto en la libertad y en la dicha, no han llegado aún, con correr ya tan cerca de la superficie que la tierra tiembla, a aquella determinación e ímpetu que despertarán otra vez, como en las grandes épocas, la naturaleza humana, y volverán a enseñarla en toda su estatura. Los pensadores, los veedores, los escuchas del pensamiento, observan el cambio y lo anuncian; pero los pueblos son como los convidados de Baltasar, que no se deciden a abandonar el festín hasta que la cólera flamea en el muro.

El trabajador, que es aquí el Atlas, se está cansando de llevar a cuestras el mundo, y parece decidido a sacudírselo de los hombros si no le alivian el peso, para poder andar sin tanta sed y sudores por la vida. Los acaudalados, los que viven a su sombra, los que esperan llegar a serlo, en vez de pedir que se alteren las leyes conforme a justicia, sobornan a los legisladores para que se les acuerden en su exclusivo beneficio, y les pongan atadas a los pies, como esclavas negras, las libertades públicas: ¡hay hombres para tales cosas, para pervertir y vender las libertades públicas! Otros, fatigados ya de su combate propio, solo ansían que un invierno benigno les lleve al fin la vida, y no aman ya más patria que la muerte. Otros, criados a pechos puritanos, creen que ese vuelco social se hará sin sangre ni sacudimiento, y que «Dios volverá a marchar», como en los días de la guerra del Sur, pero sin más armas que la ley. Mas en lo visible y aparente no se nota aún este formidable movimiento de entrañas. Los antiguos partidos políticos, aunque alarmados, atienden más a sus conveniencias, rencores y apetitos, que a este elemento nuevo que amenaza su existencia o ha de alterar, por lo menos, profundamente su constitución y su forma. Aquí, como en todas partes, se ha dejado crecer la miseria, y la miseria, que es enérgica, levanta su partido. Los que temen su acción, se agruparán frente a ella, bien sean republicanos o demócratas! ¡No se ha sabido aquí evitar el odioso conflicto! La prensa, que vive de las castas creadas, teme perder su simpatía si les revela la importancia del peligro; y el Congreso, compuesto principalmente de hombres criados al favor de ellas, tiende a captarse con leyes indirectas y menores la voluntad de esa masa nacional que todos ven aumentarse en la sombra, pero sirve en las leyes reales e inmediatas a las empresas, a los capitalistas, a los bancos, a los poderes que protegieron su elección, que podrían impedírsela y que poseen y dispensan la fortuna.

El Congreso que acaba de terminar no ha hablado con franqueza un solo día, ni ha previsto, ni ha obrado con desinterés. Lo que ha hecho, lo ha hecho de miedo, por cortejar el favor de la masa trabajadora a quien ya temen. Lo que no ha hecho era precisamente lo que la República le pedía. No ha atacado los males públicos en su raíz,—en el exceso de contribuciones; en la existencia de un sobrante enorme que tienta a empresas innecesarias, a sueños de fuerza, a criminales merodeos, a intrigas de partido, a perennes abusos; en la tarifa proteccionista que cierra el país al comercio extranjero por favorecer una comarca ambiciosa,—y por sustentar los falsos beneficios de un número reducido de industriales, mantiene la vida cara, las fábricas sin trabajo suficiente, el comercio desigual y rastroso, y los ánimos en la exasperación y descontento que preceden a las guerras.

En los Estados Unidos, como en todas partes, crecen la indignación y el malestar conforme se van viendo en peligro los derechos privados y las libertades nacionales; pero la cólera no se condensa y estalla hasta que el efecto de estas violaciones y descuidos lastima el interés y acorta los recursos de vida de los menesterosos, o les priva de ellos.

Se disfruta aquí de tanta libertad, que solo un ojo ejercitado puede ver lo que se va perdiendo de ella, por la indiferencia o las pasiones de los extranjeros naturalizados, por los manejos egoístas de los políticos de oficio; y por el abandono de los ciudadanos, absortos en la fatiga de la fortuna.

Una de las salvaguardias de la libertad, aunque no la más eficaz, es la frecuencia, grande en los Estados Unidos, de las ocasiones de ejercerla. Las violaciones del espíritu y letra de la República, la perversión y sutil envenenamiento del sufragio que la sustenta, son ya sobrados para alarmar a los ciudadanos celosos de sus libertades, más no bastante visibles para que se levanten unánime y ardientemente a defenderlas estas masas, formadas de extranjeros que jamás las gozaron en tal plenitud; y de hijos del país que en su mayor parte ni las entienden ni las aman.

Tampoco sería causa para ese levantamiento la soberbia ridícula de los neorricos, de los advenedizos del caudal, de esta nobleza que se avergonzaría de ostentar en sus cotas de armas las únicas insignias que la honran, el remo del pescador, el escoplo del carpintero y la lanza del arado. En las bestezuelas de los circos se piensa forzosamente al verlos copiar las brutales costumbres del señorío inglés; al ver a las mujeres vanidosas echar al mercado de Londres su fortuna, como cebo de lores hambrientos y entregarse

voluntariamente al adulterio inevitable, a cambio de un título, al ver a estos primogénitos de artesanos montar con casaca roja en caballos de sangre que no los respetan. Pero esa cruda vanidad, ese desdén de los infortunados, esa injuriosa arrogancia de los enriquecidos son poco conocidas todavía de aquellos a quienes pudieran lastimar, aunque perceptibles para los que los tratan de cerca en sus casas doradas.

La causa de esa rebelión de los espíritus, que les ha dado energía para protestar contra su propia iglesia; de ese fervor creciente con que en peregrinaciones ya históricas acogen las ciudades a los que predicán el nuevo evangelio; de esa aparición portentosa de setenta mil votantes compactos en New York cuando las elecciones de Henry George en el otoño; de la candidatura de representantes de los trabajadores para el corregimiento de las ciudades más asentadas y populosas; del triunfo de los diputados de los obreros en comarcas nunca disputadas antes a los demócratas o republicanos; del desarrollo súbito de una asociación de trabajadores, organizada como una nación dentro de otra, dueña ya de palacios, de prensas, de gobernadores, de legislaturas, de la iglesia católica misma, que no osa oponérsele, porque se suicida; la causa de todos esos sucesos que acaban de culminar en la formación de una nueva organización política, el Partido del Trabajo Unido, el *United Labor Party*, está en que el trabajo falta, en que la vida encarece, en que las grandes compañías, enriquecidas por el goce exclusivo de los derechos y terrenos públicos, impiden la competencia libre y feliz del trabajador aislado, en que la tierra nacional está pasando a manos de señores extranjeros o corporaciones ricas, que compran con moneda contante o con papel de sus empresas el voto de los diputados a quienes se entrega en depósito la patria!

¿Qué ha hecho el Senado, donde ya los millonarios, los grandes mineros, los grandes ferrocarrileros, los grandes terratenientes componen mayoría, aunque los senadores son aquí electos por las legislaturas, elegidas directamente por el pueblo, que no tiene las minas, ni la tierra, ni los ferrocarriles, o solo tiene una parte pequeñísima de ellos? ¿Por qué mágico tamiz sale filtrada la representación popular, de modo que al perfeccionarse en el senador, que es su entidad más alta, resulta ser el senador la contradicción viva de las opiniones e intereses de los que, por medio de la legislatura, lo eligen? ¿Los senadores compran las legislaturas!

¿Qué ha hecho la Casa de los Representantes, electos de manera que aunque el país los nombra por sí, no hay elección sin que la mayoría de

votos sea comprada, y no se ha alzado en la Casa aquella voz robusta y generosa, aquella nota de tenor de Lincoln, que deben marcar siempre en los congresos las horas de peligro de la patria? Pasa con las ideas lo que con las desdichas: se las siente venir, vagas y ciertas. Cuando un problema requiere una solución, acude la solución de todas partes, ocurre a todos, más o menos confusa, y los cuerdos no deben desdeñarla. Así las fieras, cuando husmean el peligro, cambian de asilo y buscan como por instinto el más seguro y apartado. Así se ve en el aire que, cuando quiere aquietarse la tormenta, los átomos se agrupan lentamente, se arremolinan en círculos cada vez más estrechos, y descienden, y se posan.

El instinto público avisa esta vez el remedio inmediato, ya que no la cura definitiva, de los desasosiegos nacionales. ¿A qué cien millones de más en el Tesoro, y tanto pan de menos en las casas? ¿A qué seguir pagando las contribuciones creadas para sostener la guerra, si hace veinticinco años que se vive en paz? ¿A qué agravar la entrada de frutos indispensables para la vida, porque en un rincón del país se empeñen en producirles unos cuantos cultivadores privilegiados? ¿A qué mantener con esas cargas innecesariamente cara la existencia? ¿A qué impedir so pretexto de proteger las industrias nacionales, que entren libres de derechos las materias primas necesarias para producirlas? ¿A qué hacer imposible con esa carestía de la vida del trabajador y de la materia del trabajo, que las industrias nacionales, funestamente protegidas, produzcan a precios que les permitan competir en los mercados del mundo con los productos de las naciones manufactureras?

Todo es cierto, no se logrará con eso. Ha de idearse un sistema de justicia en que el que trabaje más, no sea el que coma menos. El trabajador debe ganar lo necesario para cubrir las necesidades de su casa, y tener a mano un fondo modesto de reserva, para cuando el trabajo falte, para cuando los dientes de una rueda le lleven un brazo, para cuando entre en su casa la muerte. Los representantes que administran la hacienda del país, han de ser hombres honrados. Las corporaciones deben devolver las tierras públicas adquiridas por soborno tácito o expreso. Los señores de afuera no deben poseer tierra en los Estados Unidos. Los derechos públicos, las vías públicas, las tierras públicas, no deben ser cedidas en propiedad a empresas privadas. La tierra americana debe ser para los ciudadanos americanos. Pero lo urgente es abaratar la vida, para que no falte el trabajo! Urge devolver al país en obras útiles lo que se ha cobrado de él innecesariamente. Urge reducir los gastos del gobierno a las expensas legítimas de decoro y

seguridad de la nación. Urge, puesto que el malestar nacional es patente, despejar la primera causa de él, poniendo a las industrias, con la rebaja de la tarifa, en capacidad de elaborar a precios humildes los productos de cuya venta necesita el país para que sus habitantes vivan sin sobresalto y sin ahogo.

¿Qué menos, siendo tan clara la necesidad, que acudir a ella? ¿qué menos que estudiarla? Acosado de cerca el Congreso por la reconvencción unánime, no ha podido desatender, ni las probabilidades de reelección de sus miembros, que dependen de las masas exasperadas, ni el miedo de los que ven los movimientos de estas con espanto. Lo menos eficaz y urgente es lo que ha hecho el Congreso; pero basta para ver cuánto influjo tiene, en su mero advenimiento a la vida pública, ese partido nuevo de los trabajadores, cuyo triunfo depende solo de la solidez de su organización. En los acuerdos del Congreso, como en los de las legislaturas, en los mensajes de los gobernadores y en los discursos de los candidatos, se ve el afán de satisfacer al partido terrible!

Más que entre republicanos y demócratas, el Congreso está dividido entre proteccionistas y librecambistas. En los asuntos menores, los miembros votaban con su partido, y para desacreditar al contrario; pero en la reforma de la tarifa, en el empleo del sobrante, en la ley del cuño de la plata, las líneas de partido desaparecían, y los librecambistas, que son los menos, votaban reunidos, lo mismo que los proteccionistas, bien fuesen demócratas o republicanos. El Congreso no se determinó a afrontar la censura nacional, empleando, como quería, el sobrante en enormes fortificaciones, en una armada temible, en pensiones vergonzosas que ya recibieron paga cuando defendían la patria y no quedaron inválidos en su servicio. Votó leyes que devuelven al dominio público cincuenta millones de acres de tierras mal dadas. Dispuso el examen de las concesiones pendientes. Satisfizo el clamor popular sujetando la administración de los ferrocarriles, que son vías públicas en tierra pública, a la investigación e imperio de una Junta del Estado. Prohibió que los extranjeros posean tierras en los Estados Unidos. Prohibió, en beneficio de los obreros americanos, que se traigan de afuera obreros por contrata, ni que se trabaje para contratistas en las prisiones. Fijó el orden de sucesión a la presidencia entre sus secretarios, en caso de que falten el presidente y vicepresidente. Estableció el recuento de los votos de los electores presidenciales en sesión pública de la Casa de Representantes y el Senado. Por complacer a los productores del azúcar

nacional, desechó una nueva tentativa para realizar el tratado con México. Rechazó el proyecto de subvencionar con \$ 500 000 anuales el servicio de correos a las Repúblicas del Plata. Se desatendió de varios planes para traer a los pueblos hispanoamericanos a un congreso en Washington, que ninguno de ellos desea, ni aun los que se han manchado ofreciéndoles tierra propia, o ayuda para hacerse de tierra hermana, a cambio de una protección negada siempre, u otorgada como una limosna!

Todo eso ha hecho el Congreso pero no ha devuelto al país en obras útiles el sobrante, ya que tampoco se decidió a emplearlo en las colosales obras de fortificación que se proyectan, bien para dar empleo a las empresas del hierro, hoy sin trabajo, bien para defender las costas de enemigos soñados o invisibles. No ha levantado las contribuciones de guerra. No ha rebajado los artículos indispensables. No ha permitido la entrada libre de las materias primas. No ha puesto a la masa obrera en condiciones de vivir con baratura, ni de obtener el trabajo que necesita para «tener el lobo lejos de la puerta».

Encarnizadas eran las discusiones cuando los republicanos vencidos se regocijaban en mostrar la confusión reinante entre los demócratas, que no han sabido realizar en dos años de gobierno el programa nacional y prudente por el que fueron llamados al poder. Rebosaban los discursos de los demócratas energía y rencor cuando, mordiendo mal el freno que les tiene puesta la opinión pública, intentaban derrotar la ley de examen y ascenso en el servicio de empleos públicos, que Cleveland defiende, y cierra el paso a los que trabajan en la política por los provechos y puestos que vienen de ella. De un lado se ha mantenido el Presidente cediendo solo para facilitar el camino a los que le ceden. De otro lado se han mantenido sus enemigos en su propia casa demócrata, probando en vano la fuerza de sus puños sobre una cabeza que no se deja abatir sino por lo que estima ser razón. En esa batalla íntima y odiosa de los partidarios interesados contra su caudillo justo y patriótico, las palabras han sido afiladas, y el odio tan vivo que parecían estar de frente dos enemigos mortales. Pero jamás tuvieron esa animación, elocuencia y viveza las grandes cuestiones públicas. Cada representante tiene su interés, y su obligación con las empresas o industrias que le ayudaron a ser elegido. Si vota con la patria, vota contra su interés. Las discusiones eran breves, malhumoradas y confusas. La votación era vergonzante y sorda. Salían de ella con la cabeza gacha, como canes apaleados.

Así, imaginando fortificaciones gigantescas y armadas o ejércitos permanentes y armadas invencibles, acaba, frente al Presidente que honró con su malquerencia, el Congreso electo por la nación desasosegada para administrar modestamente la riqueza pública, sustituir los intereses patrios a las parcialidades políticas, e impedir con leyes justas la ira de la miseria.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 23 de marzo de 1887.

[Mf. en CEM]

Cartas de José Martí

Movimiento social y político de los Estados Unidos

Historia del último Congreso.—Ojeada sobre la situación social y política.—Una humanidad nueva.—Significación y alcance del partido nuevo.—El Partido del Trabajo Unido.—Los trabajadores, los políticos y los advenedizos.—La opinión y el Congreso.—Actos del Senado y de la Casa de Representantes.—El Congreso desatiende la opinión.—Peligros del problema social y modo de evitarlos.—El Congreso ante el partido nuevo.—Resumen de los actos del Congreso.—Medidas que la opinión le ha pedido en vano.—Proteccionistas y librecambistas.—El Congreso, las empresas y el pueblo.—Medidas que interesan a los países hispanoamericanos.—La opinión censura al Congreso.—Cleveland va venciendo a sus partidarios.

New York, marzo 15 de 1887.

Señor Director de *La Nación*:

Cuarenta y nueve Congresos han tenido ya los Estados Unidos, desde aquel de Philadelphia, elocuente y bendito, de donde se destacan, con sus trágicas palabras y nobles cabezas, el impetuoso Henry, el cuerdo Washington, el previsor Dickinson, el elegante Lee. Ahora ha acabado sus tareas el último Congreso; pero de él, indeciso e interesado no puede decirse lo que el conde de Chatham dijo del que hizo a la América del Norte libre: que «por su sagacidad genuina, por su sólida cordura, por su moderación singular, brillaba sin rival, el Congreso de Philadelphia».

Los hombres son como los tiempos en que viven, y se adaptan con flexibilidad maravillosa a su pequeñez o grandeza. Cuando se aprieta el corazón de angustia, porque la patria padece; cuando nos la amenazan,

cuando nos la invaden, cuando nos la azotan, cuando nos la torturan, se ve a los hombres resplandecer y sublimarse, la palabra se inflama y centellea, no hay distancia del brazo a las hazañas, y es palpable la identidad del hombre y de los astros: se hacen cosas que van resonando por las edades, y se dicen frases que se levantan en la sombra, como los ángeles de bronce arrodillados en las gradas del altar antiguo. Pero cuando los tiempos se allanan y reducen, el hombre cae con ellos, y da pena verle poner en ruines intentos, en intereses impuros, en rencores de aldea, en celos y rivalidades femeniles, la fuerza del corazón y la viveza de la mente.

Y no es porque se haya acabado la tarea,—que nadie tiene el derecho de dormir tranquilo mientras haya un solo hombre infeliz; sino porque la virtud es costosa, y el espíritu humano la demora y esquiva, aunque en las horas supremas sea capaz de ella. Sucede también que el hombre es dramático, y los combates de la mera razón no le deslumbran ni estimulan tanto como aquellos que la pasión alegra y magnifica con sus fuegos. Los tiempos menores no favorecen la aparición de grandes caracteres; y el hombre, como la naturaleza, es más hermoso cuando los rayos lo iluminan y se desata la catástrofe.

En los Estados Unidos hierve ahora una humanidad nueva: lo que ha venido amalgamándose durante el siglo, ya fermenta: ya los hombres se entienden en Babel.

Tal como de los retratos superpuestos de un grupo de individuos de sexo, edad y vida análogos, va eliminando el fotógrafo las facciones desiguales e indecisas, hasta que quedan en uno final los rasgos enérgicos y dominantes en el tipo, tal en esta hornada grandiosa,—que estallará acaso por falta de levadura de bondad,—razas, credos y lenguas se confunden, se mezclan los misteriosos ojos azules a los amenazantes ojos negros, bullen juntos el *plaid* escocés y el pañuelo italiano, se deshacen, licúan, y evaporan las diferencias falsas y tiránicas que han tenido apartados a los hombres, y se acumula y acendra lo que hay en ellos de justicia.

Por la ley o por el diente, aquí ha de haber justicia. Los que se quejan de falta de ella, la clase desacomodada, suele pedir la mal, o tomarla por su mano, pero se les ve ya moverse en la cosa pública como en morada propia; y los que quisieran resistirles, o retardar su advenimiento, andan delante de ellos como Tartufos despedidos, que vuelven la cara lívida y sonriente, saludando y ofreciéndose con exagerada solicitud, cuando ya tienen la bota en los faldones.

Pero este trance nuevo del hombre, del cual saldrá, como de todos los suyos, mejorado; esta entrada, probablemente violenta, en un estado social amable y justiciero; esta eliminación de dejos turbios de edades y de pueblos, y acendramiento de sus cualidades libres y puras; este adelanto en la libertad y en la dicha, no han llegado aún, con correr ya tan cerca de la superficie que la tierra tiembla, a aquella determinación e ímpetu que despertarán otra vez, como en las grandes épocas, la naturaleza humana, y volverán a enseñarla en toda su estatura.

Los pensadores, los veedores, los escuchas del pensamiento, observan el cambio y lo anuncian; pero los pueblos son como los convidados de Baltasar, que no se deciden a abandonar el festín hasta que la cólera flamea en el muro.

El trabajador, que es aquí el Atlas, se está cansando de llevar a costas el mundo, y parece decidido a sacudírselo de los hombros, y buscar modo de andar sin tantos sudores por la vida.

Los acaudalados, los que esperan serlo, los que prosperan a su sombra, no se ocupan en atender a estas reclamaciones en justicia, sino en sobornar a los que dictan las leyes, para que les pongan atadas a los pies, las libertades públicas. Hay hombres para tales cosas: para pervertir y vender las libertades públicas!

Otros, fatigados de la batalla por la vida, esperan con ansia que un invierno benigno se los lleve, sin fuerzas ya para sufrir por el dolor humano; los más, habituados al ejercicio pacífico de su derecho, confían en que ese vuelco social se hará sin sangre, y que «Dios volverá a marchar», como en los días de la guerra del Sur, pero sin más armas que la ley. Mas en lo visible y aparente no se nota aún este formidable movimiento de entrañas.

Los partidos políticos, aunque alarmados, atienden más a sus apetitos y rencores, que a este elemento nuevo que amenaza su existencia. La prensa, que vive de las castas creadas, teme perder su clientela, si les denuncia la verdad del riesgo; y el Congreso, compuesto en su mayoría de hombres criados al favor de ellas, tiende a captarse con leyes indirectas y menores la voluntad de esa masa nacional que crece, pero sirve en las leyes reales e inmediatas a las empresas, a los bancos, a las corporaciones, a los poderes de quienes dependen su elección y fortuna.

Este último Congreso no ha hablado con grandeza un solo día, ni obró con desinterés. Lo que ha hecho, lo ha hecho de miedo, por cortejar el favor de la masa trabajadora a quien ya teme. Lo que no ha hecho era

precisamente lo que la República pedía. No ha atacado los males públicos en su raíz, en el exceso de contribuciones; en la existencia de un sobrante enorme que tienta a empresas innecesarias, a sueños de fuerza, a intrigas de partido, a perennes abusos; en la tarifa proteccionista, que cierra el país al comercio extranjero por favorecer una industria ambiciosa, y por sustentar los falsos beneficios de un número reducido de empresarios mantiene la vida cara, las fábricas sin trabajo suficiente, el comercio desigual y rastrero, y los ánimos en la exasperación y el desasosiego que precede a las guerras.

En los Estados Unidos, como en todas partes, si bien se ve crecer la indignación y el malestar conforme se ven peligrando los derechos privados y las libertades nacionales, la cólera no se condensa y estalla hasta que el efecto de estos abusos y abandono lastima el interés o priva a los menesterosos de medios de subsistencia.

Se disfruta aquí de tanta libertad que solo un ojo ejercitado puede ver lo que se va perdiendo de ella, por la indiferencia o las pasiones de los extranjeros, por el manejo interesado de los políticos de oficio, y por el descuido de los ciudadanos, absortos en la fatiga de la fortuna.

Una de las salvaguardias de la libertad, aunque no la más eficaz, es la frecuencia, grande en los Estados Unidos, de las ocasiones de ejercerla. Las violaciones del espíritu y letra de la República, la perversión y sutil envenenamiento del sufragio, son ya sobrados para alarmar a los ciudadanos celosos; más no bastante visibles para que se levanten a defender las libertades abatidas estas masas compuestas de extranjeros naturalizados, que jamás las gozaron tan completas, y de hijos del país que en su mayor parte ni las aman ni entienden su eficacia; un vaso de cerveza y una mujer vendida parecen a estos mozos de ahora la más gustosa de las libertades.

Tampoco sería causa para ese levantamiento la soberbia ridícula de los neorricos, de los advenedizos del caudal, de esta nobleza que se avergonzaría de ostentar en sus cotas de armas las únicas insignias que la honran, el remo del pescador, el escoplo del carpintero y la esteva del arado. En las bestezuelas de los circos se piensa forzosamente al verlos remedar las brutales costumbres del señorío inglés; al ver a las mujeres vanidosas echar al mercado de Londres su fortuna como cebo de lores hambrientos, y entregarse fríamente al adulterio inevitable a cambio de un título; al ver a estos primogénitos de artesanos montar con casaca roja en caballos de sangre que no los respetan.

Pero esa cruda arrogancia de los enriquecidos es poco conocida aun de aquellos a quienes pudiera lastimar, aunque perceptible para los que los tratan de cerca en sus casas doradas.

La causa de esa rebelión de los espíritus, que les ha dado energía para protestar contra su propia iglesia; del fervor religioso y creciente con que en peregrinaciones ya históricas acogen las ciudades a esos nuevos cruzados; de la aparición de setenta mil votantes compactos en New York cuando las elecciones de George en el otoño; de la candidatura de representantes de los trabajadores para el corregimiento de las ciudades más acaudaladas y famosas; del triunfo de los diputados de los obreros, o de sus favorecidos en comarcas no disputadas antes a los republicanos y demócratas; del crecimiento pasmoso de una asociación de trabajadores, dueña hoy de palacios, de prensas, de gobernadores, de legislaturas, de la Iglesia misma, que no osa ponérsele de frente porque ve que se suicida; la causa de todos esos sucesos, que acaban de culminar en la formación de un nuevo partido, el Partido del Trabajo Unido, en la fogosa convención de Cincinnati,—está en que el trabajo falta,—en que la vida encarece,—en que las compañías, enriquecidas por las concesiones de los derechos y bienes públicos, impiden la competencia libre y feliz del trabajador aislado,—en que la tierra nacional está pasando a manos de señores extranjeros o corporaciones ricas que compran con moneda contante o con papel de sus empresas el voto de los diputados a quienes se entrega en depósito la patria.

¿Qué ha hecho para atajar esos males el Senado, donde los millonarios, los grandes terratenientes, los grandes ferrocarrileros, los grandes mineros componen mayoría, aunque los senadores son electos por las legislaturas, elegidas directamente por el pueblo, que no tiene las minas, ni la tierra, ni los ferrocarriles? ¿Por qué mágico tamiz sale filtrada la representación popular, de modo que al perfeccionarse en el senador, que es su entidad más alta fuera de la presidencia, resulta ser el Senado la contradicción viva de las opiniones e intereses de los que, por medio de la legislatura, los elige? Los senadores compran las legislaturas!

¿Qué ha hecho la Casa de los Representantes, electos ya por tan viciados métodos que, aunque el país vota por ellos directamente, no hay elección que no resulte forzada por el uso de recias sumas de dinero, ni se ha alzado en la Casa una voz sola que denuncie el peligro y clame por los necesitados?

A las ideas se las siente venir, como a las desdichas.

Cuando un problema impone una solución, viene esta de todas partes más o menos confusa, y ocurre vagamente a todos. Los cuerdos no deben

desdeñar el instinto público. Así las fieras cuando husmean el peligro, cambian de asilo, y buscan el más seguro y apartado. Así se ve en el aire, que cuando quiere aquietarse la tormenta, los átomos se agrupan lentamente, recógense en remolinos densos y estrechos, y bajan y se posan.

El instinto público avisa esta vez el remedio inmediato de los desasosiegos nacionales. ¿A qué cien millones de más en el tesoro, y tanta angustia, tanta desigualdad, tanta tirantez en la existencia de los más meritorios, tanto pan de menos en las casas? ¿A qué estar pagando las contribuciones creadas para sostener la guerra, si hace veinticinco años que se vive en paz? ¿A qué gravar la entrada de frutos indispensables para la vida del país, porque en un rincón de él se empeñen en producir los mismos frutos unos cuantos cultivadores privilegiados? ¿A qué impedir, so pretexto de proteger las industrias nacionales, que entren libres de derechos las materias primas necesarias para producirlas? ¿A qué hacer imposible con esa carestía de la vida del trabajador y de la materia del trabajo, que las industrias nacionales, funestamente protegidas, produzcan a precios que las permitan competir en los mercados del mundo con los productos de las naciones manufactureras?

Todo, es cierto, no se logrará con eso. Los representantes han de ser hombres honrados.

Las corporaciones deben devolver las tierras públicas adquiridas por soborno tácito o expreso.

Los señores de afuera no pueden comprar tierra en los Estados Unidos. Los derechos públicos, las vías públicas, las propiedades públicas, no deben ser cedidas en propiedad a empresas privadas. La tierra americana debe ser para los ciudadanos americanos. Pero lo urgente es abaratar la vida, para que no falte el trabajo.

Urge devolver al país en obras útiles lo que se ha cobrado de él innecesariamente. Urge reducir los gastos del gobierno a las expensas legítimas que requieran el decoro y la seguridad de la nación. Urge, puesto que el malestar nacional es patente, quitarle la principal razón, poniendo a las industrias, con la rebaja de los aranceles, en capacidad de elaborar los productos de cuya venta necesita el país para que sus habitantes puedan vivir con desahogo.

Acosado de cerca el Congreso por la reconvención unánime, no ha podido desatender ni sus probabilidades de reelección, dependiente de las masas exasperadas, ni el miedo de los que ven los movimientos de estas con mal disimulado espanto. Lo más remoto, lo menos eficaz, eso ha hecho

el Congreso; pero basta para ver cuánto influjo tiene desde su aparición, en este país de trabajo, el partido nuevo de los trabajadores. ¿Quién se le opondrá cuando, suavizadas las esquinas después de los choques inevitables en las agrupaciones nacientes, adelante organizado y compacto? En las decisiones del Congreso se ve el mismo afán de aquietar con dádivas y halagos el partido temible, a quien cortejan los candidatos en sus cartas, las legislaturas en sus proyectos, y en sus mensajes los gobernadores.

Más que entre republicanos y demócratas, el Congreso estaba dividido entre proteccionistas y librecambistas.

En los asuntos menores, cada miembro votaba con el partido; pero en los proyectos de reforma de los aranceles, de empleo del sobrante, de las leyes del cuño de la plata, las líneas de partido desaparecían y los librecambistas, que son los menos, votaban reunidos, lo mismo que los proteccionistas, bien fuesen demócratas o republicanos.

El Congreso no se decidió a afrontar la censura nacional, empleando, como quería, el sobrante en enormes fortificaciones, en armada temible, en pensiones vergonzosas a los soldados que ya recibieron paga cuando defendían la patria, y no quedaron inválidos en su servicio. Votó leyes que devuelven al dominio público cincuenta millones de acres de tierras mal dadas. Decretó el examen de las concesiones de tierra pendientes a los ferrocarriles. Satisfizo el clamor popular sujetando el manejo de los ferrocarriles al examen e imperio de una junta del Estado. Prohibió que los extranjeros posean tierras en los Estados Unidos. Prohibió en beneficio de los obreros americanos, que se trajesen de afuera trabajadores por contrata, y que en las prisiones públicas trabajasen los penados, para contratistas. Dictó medidas prudentes, tales como la que establece por orden fijo la sucesión de la presidencia entre sus secretarios, caso de que faltasen el presidente y vicepresidente, y la que, para evitar fraudes como el inicuo de Tilden, dispone el recuento de los votos de los electores presidenciales en sesión pública del Senado y la Casa de Representantes. Aprobó la concesión de garantía oficial al canal de Nicaragua. Repelió un plan para llevar a efecto el tratado de reciprocidad con México. Desatendió el proyecto, compuesto a las claras para favorecer a determinada compañía de vapores, de subvencionar con medio millón de pesos anuales el servicio de correos al Río de la Plata. Desechó varios planes, pueriles todos e indiscretos, para traer a las repúblicas hispanoamericanas a un congreso en Washington, que ninguna de ellas desea, ni aun las que a cambio de una protección concedida como limosna, cuando no negada, se han manchado ofreciendo

a los Estados Unidos pedazos de la tierra nacional, o ayuda contra sus repúblicas hermanas. ¡Para todo hay en este mundo imbéciles y viles!

Todo eso ha hecho el Congreso; pero no ha devuelto al país en obras de utilidad legítima el sobrante, ya que tampoco se decidió a emplearlo en las gigantescas obras de defensa que proyecta contra enemigos soñados o invisibles. No ha levantado las contribuciones de guerra. No ha rebajado los derechos de los artículos indispensables. No ha permitido la entrada libre de las materias primas. No ha puesto a la masa obrera en condiciones de vivir con baratura, ni de obtener sin miseria y humillaciones el trabajo que requiere para su sustento.

Cuando trataban ambos partidos de deslucir a sus contrarios, para ir cada uno con mejor historia a las nuevas elecciones; cuando los republicanos, disciplinados en la oposición, echaban en cara a los demócratas, que componen la mayoría, su incapacidad para resolver las cuestiones vivas, que ellos tampoco durante su gobierno resolvieron; cuando los demócratas airados contra Cleveland, porque no los reconoce como dueños y les reparte los empleos públicos, acusaban a su Presidente de terco y desleal, porque es virtuoso, o le clavaban con un voto enemigo la daga en el costado; cuando, vencidos los representantes por la opinión unánime, acataban mordiendo los vetos justos y sesudos que el Presidente ha opuesto a sus inexcusables despilfarros, a sus abusos de poder constitucional en pro del partido o de amigos personales, a sus proyectos demagógicos de pensiones, que hubieran costado lo mismo que cuesta a los pueblos monárquicos su ejército permanente, entonces sí era vivísima la esgrima de los debates del Congreso, y la frase era ardiente, y fluía la elocuencia enemiga y bastarda. Pero cuando como lacayos sumisos tenían que obedecer a las corporaciones que los pagan, o los sobornan, o los ayudan a mantenerse en sus puestos; cuando en las cuestiones vitales del país, turbado por el exceso de poder de las empresas, habían de votar por abatírsele y preferían comer su pan a darlo a su pueblo; cuando azuzados por el clamor público sacaban a debate las leyes vivas que han de reformar la hacienda y devolver el sosiego a los espíritus, entonces las discusiones eran breves, veladas y confusas. Si votaban por la patria, votaban contra su interés. Son siervos, a quienes se manda con látigo de oro. La votación era vergonzante y sorda. Salían de ella con la cabeza gacha, como canes apaleados.

Así acaba el Congreso, bajo la censura pública. En vez de alejar, facilitando el trabajo y abaratando la vida, el problema social, lo ha agravado. Y el Presidente, seguro de que obra bien limpiando los establos, ni baja

la cabeza, ni se aturde porque se la golpeen, porque está decidido a ser honrado.

Los mismos que lo abominan lo respetan. «Haz lo que debas, y suceda lo que quiera», dice él, como la casa de Borgoña. ¡Y ya dicen los mismos que le injurian que votarán por él si el partido, como parece inevitable, lo declara otra vez su candidato!

Bien dice el árabe: «Señor: hazme ir por el camino recto».

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 4 de mayo de 1887.

Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Sumario.—Revista de los últimos sucesos.—Descripción de la primera votación de las mujeres en Kansas.—Objeto de la ley que concedió el sufragio a la mujer.—Helen Gongar.—Cómo condujeron las mujeres su campaña.—Espíritu y métodos: heridas en la honra.—Blancas y negras.—Escenas del día de elecciones.—Resultados.—Reseña de las elecciones que han demostrado el considerable progreso del partido obrero.—Victorias y semivictorias.—Se pide que sea un partido americano.—Chicago derrota a los obreros, por haberse ligado con los anarquistas.—La «nueva cruzada» del padre McGlynn.—Ovación a McGlynn en el Teatro de la Ópera.—Espíritu y forma de su cruzada.—«Por la nacionalización de la tierra, y por la conciencia».

Nueva York, 10 de abril de 1887.

Sr. Director de *El Partido Liberal*:

Asesinatos misteriosos, desfalcos de cajeros, millonarios que mueren, jurados vendidos, farsas aristofánicas, nadadores indómitos, paseos de Pascua en la Quinta Avenida: ¿qué son esas burbujas de una hora, comparadas a los grandes sucesos en que se ve cambiar el mundo? Cierto es que suceden en estos Estados Unidos menudencias muy interesantes:—Catharine Wolfe, soltera sexagenaria, luego de haber ayudado en vida a muchas caridades, deja su colección de cuadros, que vale como un millón de pesos, al Museo de New York:—los judíos, simples mercaderes, cuando no prestamistas en los países donde se sienten malqueridos, fundan aquí al seguro de la libertad grandiosas escuelas de artes y oficios, más útiles y amables que el comercio, que «el camarada de la noche»;—los obreros de Bessemer encienden a una todas las hornallas, desatan las válvulas todas, repican sobre sus yunques con todos sus martillos, levantan con sus potentes fuelles

columnas de chispas de cien metros de alto, enrojecen el cielo nocturno con el resplandor de su formidable bienvenida, para festejar la cura del rico obrero, del escocés generoso, del autor de *La democracia triunfante*, de Andrew Carnegie:—los indios amansados en la escuela de Hampton componen, con su lengua de colores y gracia abrupta y nueva, una comedia matizada de himnos, para celebrar con el concierto de todas las tribus, con discursos de sus mujeres, con versos ingenuos de sus mancebos ocupados en la labranza, con patéticos coros que acaban clavando la bandera de los estados en una ventana floreada para recibirla, el día de emancipación, en que la ley de repartimiento de las tierras ha sacado al indio de su puesto en el rebaño común para levantarlo a ciudadano terrateniente y cabeza libre de familia;—Charles Dana, el amigo constante de la libertad, imagina publicar un diario de la tarde a centavo, un *Evening Sun* travieso y resplandeciente, donde la vida entera, en sus fases variadas y movibles, se desborda de los párrafos vivos y robustos, como *champagne* bueno de copas de oro labradas a martillo;—Herndon, el amigo y socio de Lincoln en sus días primerizos de Springfield, anuncia que va a revelar en un libro curioso todo aquello por donde la vasta naturaleza del «Honrado Abraham» es más pintoresca, ignorada y profunda: sus comienzos rugosos, sus varios amoríos, su hogar inquieto y triste, lo interior de su ánimo, punzado a veces por la pasión hasta privar de fuerza al cuerpo hercúleo: se verá como un grande sicomoro abierto por un lado de un hachazo, por otra parte vencido por el viento, pero con luz por entre las hojas y con pájaros revoloteando por las ramas!

Que Cleveland pasea a caballo todos los días para traer a menos sus carnes presidenciales; que un amigo del arte ofrece trescientos pesos cada año al artista joven que pinte el mejor paisaje; que Sarah Bernhardt, fatigada con el esfuerzo de complacer a los bostonianos, estos atenienses con armadura, se desmayó al salir de Boston; que el gentío se agolpa en las vidrieras a ver el retrato en que aparecen juntas la Langtry y la Bernhardt, bonaza y sentada la una, y fogueante y en pie la otra:—pero ¿qué es todo eso comparado a las barcadas de inmigrantes que se desgranán al sol de abril por las calles repletas, a las peleas de los católicos por sacar de una vez la mano de la iglesia de sobre la libertad, al derrumbe visible de los grandes partidos políticos que han pervertido en el mando y los ideales que les dieron vida, al alzamiento victorioso de la clase trabajadora en un partido nuevo que aprende en sus errores la manera de no volver a caer en ellos, a la creación espontánea de una masa resistente en que se

amalgaman sin miramiento ni rencor los de opuestos partidos que ven sus privilegios atacados por los gigantes a quienes tenían sujetos con frágiles ligaduras? Ya cruje bajo el peso de una inmigración innecesaria y excesiva, esta República que comienza a pensar en cerrarle sus puertos. Ya se nota el decidido propósito entre los católicos criados en tierra libre, de abandonar la iglesia antes que ceder de su libertad. Ya se ve cómo van deshaciéndose, por no entrar en los tiempos con desinterés y previsión, los partidos políticos antiguos, atentos solo al bienestar de sus secuaces. Ya se agrupa en dos parcialidades enormes la población norteamericana, de un lado «las masas», como se llaman a sí mismos, de otro lado «las clases»;—los «ciudadanos», republicanos o demócratas,—los partidarios de la «Ley y el Orden». Pero ni aun eso iguala en novedad y riqueza de color a la primera elección política en que han votado las mujeres en el estado de Kansas:—notable bullicio, nerviosa energía, los modos muy agresivos, el fin puro y confuso, la originalidad poca, un instrumento—esta vez al menos de las pasiones e intereses—de los hombres.

La legislatura del estado, compuesta contra lo usual de republicanos, necesitaba ensanchar el sufragio de modo que favoreciese a su partido, arrollado siempre en Kansas por la mayoría demócrata: por eso acordó conceder el ejercicio del sufragio a las mujeres «nacidas en el país», asegurando con esta condición en su provecho el voto femenino, puesto que a la vez que excluía a las naturalizadas, en su mayor parte demócratas, se allegaba a las negras, que ven a los republicanos como sus libertadores y habían de asir con júbilo, como han asido, la ocasión de encararse ante las urnas con las que veinticinco años hace eran sus dueñas. La gente de Kansas, como toda la del Sur, es demócrata.

Helen Gongar, una agitadora del estado vecino, era el alma de esta nueva empresa. Ella esgrime la pluma política, trata en secreto con el partido que la ayuda, defiende con elocuencia los «derechos de la mujer» y la urgencia de purificar con su intervención el sufragio pervertido: ella propaga, viaja, organiza, ensaya sus huestes, da puntos a sus oradoras, aterra con sus denuncias a sus enemigas. «Nadie me detenga, porque voy con la verdad». «La inmundicia desaparecerá ante mí, como ante el huracán el polvo». ¿Por qué ha de espantar a esta mujer la política?: la política, tal como se la practica ahora, ¿qué es más que mujer?: todo se hace en ella a hurtadillas, con insinuaciones, con rivalidades, con chismes: los hombres entran en ella con colorete y polvos de arroz, como las máscaras: al que asoma en ella con amor a la patria y franca lengua, lo escarnecen, lo aíslan,

lo acorralan, lo expulsan: ya no es coraza la que usa la política, sino corsé flexible: bien está la mujer en este arte de mujeres! Helen Gongar conoce a sus hombres. «Votadme, les dijo, en vuestra legislatura republicana, esta ley que he redactado yo misma, concediendo el sufragio a las mujeres, y yo os ayudaré en las elecciones a sacar triunfantes a los candidatos republicanos». De lejos pueden verse estas cosas como maravilla; pero a esta, como a todo lo maravilloso, ha de vérselo de cerca. Adelanta en los Estados Unidos, aunque con lentitud, la idea de conceder el voto a las mujeres; pero en Kansas no fue adoptada la ley por razón de alta humanidad, sino en virtud de ese trato mezquino. La política, que debía ser el arte de salvar a los pueblos ¿no es el arte de los servicios mutuos?

Helen Gongar cumplió bien su palabra. En nada ha tenido que envidiar a la de los partidos experimentados la organización de las mujeres. En cada ciudad se creó una junta directora. Las juntas visitaron los salones de beber y las casas odiosas. Redactaron su programa de moralidad: la verdad es que de vez en cuando los hombres necesitan sentir en la espalda el hierro encendido: «¡Publíquense, dice el manifiesto de las juntas, los nombres de los que abandonan de noche sus hogares para convertirse en brutos babeantes ante los mostradores de las cervecerías! queremos casarnos con hombres a quienes podamos respetar, no con cuadrúpedos: publíquense los nombres de los que asisten a las casas de vicios!» «La hacienda la dejaremos a nuestros hermanos los hombres». Ellas crearon comisiones de distrito, fueron casa por casa procurando votos, congregaron en reuniones privadas a las votantes antes de la elección, para conocer sus fuerzas y disponerse a parar los golpes enemigos. Como saben que la honra es lo más caro a la mujer, atacaban a sus contendientes en la honra. El odio, rezago inevitable de la esclavitud, envenenó el combate. «Las de abajo», las negras ¿cómo no habían de aprovechar la ocasión de hermanarse con las que un día las azotaban, y hoy mismo las esquivan y desdennan? «Las de arriba», las «dueñas», ¿cómo habían de llevar en paz que su lavandera, su cocinera, su esclava de ayer, pudiese, por una hora al menos, lo mismo que ellas pueden? Así fue que comenzaron a desacreditar a Helen Gongar, a preguntar por sus moralidades, a hacer ascos a la masa de negras que habían acudido con júbilo al registro, a ofrecer a sus criadas favor o dinero en cambio de sus votos, a luchar por el triunfo de los demócratas, los «dueños» de ayer, contra los republicanos, ayudados por las antiguas esclavas. Eso echó a volar todas las cortinas de las casas: no quedó fama viva: «vuestras moralidades sí son impuras!» les grita en un discurso Helen

Gongar: «estas negras mías lavan y planchan, pero su hombre es su hombre, y no tienen dos puertas en su casa, una para el marido que paga las cuentas y otra para los lindos oficiales!» La ofensa era graneada, de un bando y de otro. Las de arriba, convencidas por la ira, se inscribieron al fin en el registro, de que al principio se apartaron. Se oía en las ciudades la noche antes de las elecciones, abejas la cólera.

Con el sol se abrieron las casillas de las urnas, cuyos alrededores están en Kansas limpios de grupos, porque la ley, para evitar querellas, manda que haya un espacio de cincuenta pies entre la casilla y los votantes. Esta vez hay dos hileras, una de mujeres y otra de hombres. Se hablan poco, porque se temen. Hay muchos rostros descompuestos, porque la ira saca al rostro todo el cieno del alma. Van y vienen cargados los carruajes que los republicanos pagan a las negras. Son damas y han de ir en carruaje! Las negras ostentan en toda su pompa los trajes de domingo. Las «dueñas», que van llegando en sus carruajes propios, toman puesto detrás de sus criadas en la hilera:—«¡Eh, Atanasia!» grita un negro travieso a su mujer, que espera en la otra fila: «¿votas por el demócrata?»—No: «¡por el republicano!»—«Pues mira, vámonos a casa porque mi voto mata el tuyo: el brazo, Atanasia!» Y alegremente se van de bracero; pero Atanasia vuelve sola y vota por el republicano. Dos señoronas quieren comprar el voto a una negra: los hombres intervienen: los puños acentúan pronto las palabras: espárcense, como el maíz por el aire las votantes. Vota una anciana de ochenta años: «¿qué he de hacer, mi señor?» responde a un cronista el lindo viejo que fuma su pipa en el portal, junto a una silla vacía: «¿qué he de hacer,—repite mirando a la silla:—«la mujer fue a elegir porque el cura le dijo que votara». Estallan los aplausos, es que pasa la oradora elocuente, la mulata Stevens, que habló en la tribuna pública, acompañada de dos jueces y señoras de rango, ¡pues no todas han de apartarse de los humildes, y hay quien goza en irlos levantando!

Al fin, la batalla cesa: no se ha peleado a lo púgil, sino a lo serpiente: hay brazos que llevan para toda la vida la mordedura. En la pelea se notó demasiado encono. Para el olvido no hubo la noble rapidez con que en el gozo común por el triunfo de la libertad, suelen ahogar los hombres sus contiendas. Las mujeres, como los hombres, ayudaron al que las ayudó. Las negras, como los negros, votaron por aquellos que miran como sus emancipadores. En la propaganda se ha notado más ahínco, más fuego, más inquina, más fuerza apostólica que las usuales entre hombres. Lo nuevo que hicieron—la denuncia de las casas odiosas—lo hicieron con

brío. Muchas mujeres obtuvieron puestos públicos. Una había que aspiraba a la presidencia del municipio. En Stockton, a poco sale nombrado un ayuntamiento de mujeres. En Garden City una mujer ha sido electa tesorera municipal para el entrante año. Un candidato al corregimiento, que tiene fama probada de galantería, ganó la elección por considerable número de votos.

Véanse ahora otras elecciones: las que han estado a punto de poner en manos de los trabajadores las ciudades más poderosas de la república: Chicago, San Luis, Cincinnati. El partido que asomó hace ocho meses con la candidatura de Henry George en Nueva York, ya se insinúa en el campo, arrebatando falanges enteras a los partidos antiguos decrepitos, y en su segundo esfuerzo reaparece organizado y triunfante en las capitales de más riqueza e influjo. Sucede lo que en estas cartas se ha previsto: los trabajadores, los reformadores vehementes que los dirigen o combaten a su lado, están decididos a luchar juntos por las vías de la ley para obtener el gobierno del país, y cambiar desde él las relaciones de los elementos sociales. Lo que les falta para el triunfo, o para estar en disposición de aspirar con probabilidades favorables a él, es su constitución definitiva como partido americano, libre de ligas con los revolucionarios europeos.

Y eso adelanta, porque Powderly, el jefe de los Caballeros del Trabajo, se sacó de sobre el pecho hace pocas noches una bandera de los Estados Unidos, y ondeándola entre aplausos por sobre su cabeza, declaró que esa era la única bandera «digna de ser seguida por los libres norteamericanos».

Asombra a los que no conocen la virtud de la libertad esta confianza del país en que ninguno de sus hijos ha de comprometer su gloria. Acá el hombre se siente orgulloso de la fábrica nacional, y no atenta contra ella porque ha ayudado a crearla. Le saca lo podrido, le humedece las cerraduras, la oreja de vez en cuando, levanta paredes nuevas, repone sus puntales; pero no la echa abajo! Ese es el arte secreto de la libertad: que ha puesto al servicio de la virtud el egoísmo. Hasta lo que se ha hecho mal se le ama, porque se le ha hecho.

Acaso se ven aquí con gozo, no por inconsciente menos eficaz, estos sacudimientos periódicos de la conciencia pública, estas apariciones pujantes y agresivas de los grandes problemas. Todo prepara aquí a eso. Los debates continuos, brutales a puro francos, de la contienda política, robustecen en el hombre el hábito de expresar su opinión y atender a la ajena. Enorme es el beneficio de vivir en un país donde la coexistencia activa de diversos cultos impide aquel estado medroso e indeciso a que

desciende la razón allí donde impera un dogma único e indiscutible. El espectáculo constante de la pujanza, antes incita a desearla que a temerla, tanto, que puede decirse que acá es delito, en las ideas como en los hombres, presentarse sin ella: un puñetazo les inspira respeto, pero al saludo, le enseñan la espalda. Y en cuanto a lo súbito, place a este pueblo ocupado, salir de una vez de lo que le embaraza.

Pero si la nación no desconfía de lo que en ella puedan hacer sus propios hijos, sí se la nota reacia a que le pongan mano irreverente los que no entienden su estructura, los que traen en los huesos odios extraños, los que no han creado su juicio en las instituciones a que intentan aplicarlo. Crecen rápidamente, con energía tal que el Papado mismo se les pliega, los Caballeros del Trabajo. Vese adelantar con inesperado favor la teoría de George sobre la devolución al Estado de la propiedad de la tierra. Acatan a McGlynn, el Pedro de la nueva cruzada, los diarios y magnates que antes de conocer lo numeroso de sus huestes le ofendían. Vencen, ya vencen, en ciudades tan populosas como Milwaukee los trabajadores, que en su primera aparición como cuerpo político han sacado triunfante a su candidato. Por unos quinientos votos, acaso por un fraude en el recuento, ha sido derrotado el candidato obrero en la ciudad soberbia que disputa a Chicago el imperio del Oeste, en Cincinnati. En San Luis, otro emporio, tuvieron cerca el triunfo. Pero en Chicago les volvió la espalda el voto, y demócratas y republicanos, unidos con júbilo en la aversión común al destructor advenedizo, obraron como un partido solo, el partido de los que conservan, contra los trabajadores imprudentes, que por miedo a perder el voto de los anarquistas, consintieron figurar al lado de los que destruyen.

No hubo en Chicago pases ni ocultamientos. Quedó en veinte mil el voto obrero, que se esperó ver llegar, como en New York, a setenta mil. El candidato para corregidor de la ciudad, un talabartero inteligente, se enajenó la confianza pública, por no haber osado condenar en un discurso, brillante por cierto, la bandera roja, cuyos pliegues albergaron la bomba que esparció la muerte entre los heroicos policías, cuando los motines de la otra primavera. Los trabajadores mismos se volvieron contra el talabartero. Los «ciudadanos», olvidando en el peligro de lo esencial las diferencias menores, se reunían en las calles en patrullas, como cuando se prevee guerra; y en masa depositaban su voto unánime contra el candidato favorecido por los anarquistas. Los rencores políticos se olvidaron ante la alarma social. Hombres de opuestos partidos se abrazaban en las calles al publicarse la derrota del candidato de los obreros. Allí, donde se ve

de cerca el riesgo, donde los descontentos se encuentran por docenas de millares, donde se oyen en los sótanos los pasos de los ingratos huéspedes que se disponen para vomitar la muerte sobre la ciudad que les abrió sus brazos, donde se ha visto ya el humo y la sangre; allí se juntan por instinto contra los invasores todos los que tienen algo que defender de ellos, la hacienda o la libertad. Eso se vio en New York en el otoño, cuando confundiendo malignamente la reforma que George capitaneaba con el programa de los anarquistas, obtuvo Hewitt, el candidato demócrata al corregimiento, que votase por él, gran número de republicanos. Eso se ve en cuanto dice Chauncey Depew, que tenía a Grant en reserva, mimado por los ricos, como campeón de ellos en la venidera lucha, y ahora que Grant ha muerto, se pone en lugar suyo, agrupa a su alrededor las clases que tienen qué temer, y es su jefe en la milicia de la palabra. Eso se ha visto en Chicago, donde legiones de «ciudadanos», olvidando querellas recientes de republicanos y demócratas, marchaban sobre las urnas a votar contra los anarquistas con el mismo paso marcial, la misma mano pronta, la misma mirada encendida con que los soldados marchan al combate.

Sí, hay mucha noticia menor. Sullivan, el pugilista, ha visitado en la Casa Blanca a Cleveland. Blaine, que anda encendiendo votos por el Oeste, ha caído enfermo. Dos *yachts*, el *Coronet* y el *Dauntless*, han cruzado a toda vela el Atlántico de marzo en una regata famosa. La Langtry, que vive en una casa encantada, pinta a la hora en que sus amigos la visitan, los vasos de porcelana que realzan luego el escenario de su teatro. Recogen fondos para poner techo de hierro a un colegio africano. Descubre una compañía de ferrocarril que todo un departamento de empleados, ochenta empleados tenían organizada una asociación de robos al camino. Aumentan entre los republicanos los partidarios de la candidatura de John Sherman a la presidencia, de John Sherman que habla como hablaba Grant, de que «el águila extienda sus alas!», de que «América», esto es los Estados Unidos, «anime y ayude a nuestras repúblicas latinas». Los demócratas acogen en público con grandes festejos a uno de sus candidatos a la presidencia, a Hill, que gobierna ahora el estado de New York, merced al arte menguado de administrar el puesto público para el provecho exclusivo de los que en consideración de esta paga lo encumbran. Pero enano queda todo eso ante la apasionada ovación con que los católicos neoyorquinos recibieron al cura McGlynn, cuando les predicaba la otra noche sobre «La Cruz de la nueva Cruzada». «El discurso—dice un diario hostil al sacerdote—fue una de esas soberanas oraciones que mudan la faz de los pueblos, y abren

época en la historia». Allí predicó, como la cura de la agonía social en estos grandes pueblos, el retorno de la propiedad de la tierra a la nación, tal cual se hacía en la vieja Irlanda; allí resplandeció su rostro benigno como solo el rostro de los oradores cuando se sienten amados de su pueblo, resplandece allí, con palabras que hendían y lucían como hierro encendido, marcaba, entre coros de vivas, a esos cegadores de la luz que andan poniendo librea a la dignidad y caperuza a la conciencia. ¡A la felicidad, hombres humildes, porque el himno más grato a Dios es la dicha de todas sus criaturas! Mientras haya un hombre infeliz, hay algún hombre culpable! ¡Antes se levantaban cruzadas de guerra para rescatar el Santo Sepulcro: ahora levantaremos cruzada de paz para que no sea un sepulcro la vida! Y si os dicen que yo, cura católico, no tengo el derecho de hablar con los hombres sobre la manera de que sean más felices, yo, cura católico, os digo, en el umbral de esta era nueva de la humanidad en que ha de ser vencida la miseria odiosa, que por sobre púrpura y por sobre mitra, por sobre cónclave y sobre tiara, por sobre domos y espiras eminentes, está, en las cosas del hombre, la conciencia humana! En sustancia, eso dijo. Lo mismo va diciendo a enormes asambleas, por las ciudades populosas. Aquella noche retemblaba el teatro. Como lanzas han quedado clavadas las frases. No sabía aquel frenético concurso estar sentado. Duraba minutos el ondear de los pañuelos. McGlynn vestía levita cerrada, no sotana. Muchos curas católicos, muchos, aplaudían con ardor: uno había, a quien todos besaban la mano, de barba muy blanca. Y tres niñas pusieron a los pies del amado pastor, del párroco depuesto por el Arzobispo, tres cestos de rosas.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 30 de abril de 1887.

La religión en los Estados Unidos

El carácter moral en la República.—La religión oficial y la popular.—Las Hijas del Rey.—Historia extravagante.—Escenas extraordinarias.—Himnos.—Lágrimas.—Gritos.

Nueva York, abril 8 de 1888.

Señor Director de *La Nación*:

Dice Clark en su libro sobre el «Derecho original del hombre a una parte inalienable de dominio en los beneficios de la naturaleza», que a seguir como van los monopolios, acaparando la riqueza pública, concentrando en pocas manos la privada, acorralando a la nación trabajadora, como un pugilista a su rival, sobre la última esquina del circo «no aseguraría por un cincuenta por ciento los negocios de los Estados Unidos, y las vidas no las aseguraría por un noventa». Se ve ahora de cerca lo que *La Nación* ha visto, desde hace años: que la república popular se va trocando en una república de clases: que los privilegiados, fuertes con su caudal, desafían, exasperan, estrujan, echan de la plaza libre de la vida a los que vienen a ella sin más fueros que los brazos y la mente; que los ricos se ponen de un lado, y los pobres de otro; que los ricos se coligan, y los pobres también; que la inmigración, no bien destilada ni contenida, aporta más de sus vicios europeos que lo que adquiere de virtudes americanas; que el lujo, el lujo descompuesto y casi bestial, obliga la mente a tales agudezas y el honor de ambos sexos a tales sacrificios, que la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco remunerativa; que la libertad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil no bastan a salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento, ni hallan condición más estimable que la riqueza, ni asimilan al carácter nacional las masas indiferentes u hostiles que se les unen.

Se ve que no bastan las instituciones pomposas, los sistemas refinados, las estadísticas deslumbrantes, las leyes benévolas, las escuelas vastas, la

parafernalia exterior, para contrastar el empuje de una nación que pasa con desdén por junto a ellas, arrebatada por un concepto premioso y egoísta de la vida. Se ve que ese defecto público que en México comienza a llamarse el «dinerismo», el afán desmedido por las riquezas materiales, el desprecio de quien no las posee, el culto indigno a los que las logran, sea a costa de la honra, sea con el crimen, ¡brutaliza y corrompe a las repúblicas!; debiera sin duda negarse consideración social, y mirarse como a solapados enemigos del país, como a la roña y como a Yagos, a los que practican o favorecen el culto a la riqueza: pues así como es gloria acumularla con un trabajo franco y brioso, así es prueba palpable de incapacidad y desvergüenza, y delito merecedor de pena escrita, el fomentarla por métodos violentos o escondidos, que deshonran al que los emplea, y corrompen la nación en que se practican. Debieran los ricos, como los caballos de raza, tener donde todo el mundo pudiese verlo, el abolengo de su fortuna.

Todo eso se ve aquí ahora; pero así como del estudio de la naturaleza, tenido por hostil al espiritualismo, surge este, podado de supersticiones y acorazado con hechos, más enérgico y resplandeciente; así como las grandes opresiones engendran los grandes rebeldes; así como las tierras de menos poesía natural producen, por la vehemencia con que la desean, los poetas más profundos y sensibles; así, por la falta general de las condiciones más finas del carácter, surgen aquí propagandistas fervorosos, entusiastas, ardientes, maniáticos santos, redentores callejeros, apóstoles de salón, sacerdotisas intensas, toda suerte de trabajadores espirituales, con las variantes más caprichosas y risibles. Y puede decirse a boca llena que el clero oficial, que muestra hoy en servir a los ricos la rivalidad que mostró antes en la interpretación de la Escritura, es quien menos ayuda a esta obra de reconstruir el alma nacional caída. Es el clero improvisado el que remueve más ideas, ve más de cerca la desdicha, y exhorta con más elocuencia a la caridad para con el hombre y la fe en Dios; es el sacerdote campesino, ayer vendedor de medicinas de patente, que llega a la ciudad, a «predicar el Evangelio» con botas de montar, levita a los talones, nariz y ojos de águila, labio de arriba raso, y barba al pecho: es el rufián arrepentido, que levanta una iglesia donde tuvo primero otra de vicios; es un peón de albañil, un botero inspirado, un dependiente de muelle, una buena mujer tan conocedora de la desventura que la gente infeliz acaba por hacer de su casa como un templo, donde entran a que les cure las llagas del corazón con su palabra balsámica y caritativa.

Así se fundan aquí las religiones, se levantan templos nuevos bajo la advocación cristiana, se renueva el carácter moral amenazado y a medio podrir, se escogen por una especie de sufragio no estricto los educadores religiosos. Siempre lo impuesto es vano, y lo libre es vivífico.

Y esta es la ocasión propicia para notar lo numeroso, ya que no lo eficaz, de estos esfuerzos, que por esa misma descompuesta manera de nacer, y por el influjo insidioso de cultos más deslumbrantes y amañados, no vienen a ser más que ventarrones cargados de semillas, y como sacudimientos que sacan a los espíritus de su letargo, mas sin extinguir en las almas, abiertas un instante a la piedad y la resignación, aquella falta de desinterés, aquel amor enconado de sí, aquella vida carnal y grosera que desluce acá el trato y afea la vida de los más míseros como de los más elevados del país.

Ahora, con el Sol que se acerca, con los frescos de marzo y abril, con la primavera pascual, parecen renacer la elocuencia y la fe, y ser mayores y más lúcidas las potencias del alma. Ahora, con la cuaresma, las iglesias disponen fiestas memorables, los pastores repasan sus mejores discursos, los sacerdotes populares congregan a los transeúntes en las plazas y en los atrios, los evangelistas levantan tiendas de conversión en los rincones más fétidos e infelices.

El pastor famoso de la Iglesia de la Trinidad castiga los vicios de la gente alta de Nueva York, de las jóvenes ricas que solo procuran atraer a los hombres por los atractivos de su cuerpo, y asisten a almuerzos de doce platos y no menos de seis vinos, y van al teatro vergonzosamente vestidas, a que refocilen los ojos y contenten las manos los galanes jovenzuelos o calvos que les pagan después la exhibición con cenas de Delmónico o de Brunswick, donde se sirven anguilas menos resbaladizas que los cuentos, y salsas menos picantes que la conversación ordinaria.

Otro pastor, vecino de Sharp, de aquel sobornador que compró los votos de los regidores para su tranvía de Broadway,—cuando todavía está caliente en el ataúd el cadáver del infeliz, denuncia ante su iglesia, como tipo abominable de su especie, la vida de aquel hombre que de cocinero de una balsa de maderas ascendió, sin más ayuda que la propia, a contratista afortunado, pero llegó a tener por el dinero tal pasión, y a ver junto a sí tan venales a los hombres, que se pasó treinta años comprando jueces, senadores, regidores, como compraba antes sus papas y sus carnicerías en el mercado.

Un sacerdote de pueblo, de ochenta y cuatro años, censura en una serie de sermones el apetito exagerado de las riquezas como raíz de todos los

males de la nación, de los que el menor no es por cierto el miedo que van teniendo los hombres a decir la verdad, por temor de ofender a aquellos a quienes les conviene tener por amigos en los negocios y en la política. «Y el horror que tengo a la mentira es tal, que el domingo que viene voy a predicar en mi iglesia, delante del que será mi ataúd, mi propia oración fúnebre». Y la predicó: fueron a oírlo de todos los pueblos a la redonda.

El ataúd estaba al pie del estrado, y la familia en su banco, vestida de luto como en las ceremonias funerales. Se cantaron los himnos mortuorios. Y el pastor Pridgeon flageló en un discurso de dos horas sus «groserías carnales», y encomió las «victorias de su espíritu». La multitud lloraba unas veces, y reía otras. He aquí una de sus frases: «Ningún hombre debe vivir soltero un solo instante, cuando hay tanta buena mujer deseosa de encontrar buenos maridos».

Uno predica sobre el influjo de la ciencia en la religión, y ve, en Darwin mismo, como el albor de una religión científica, no sin razón, puesto que Darwin fue quien dijo que le era intolerable el pensamiento de que el ser humano tardase tanto en adquirir su condición actual para que de un soplo lo apagase el viento. Otro con un barril de harina que va distribuyendo entre los pobres de su barrio, da a las mujeres y a los niños durante todas las cuaresmas unas lecciones pintorescas sobre la *Biblia*, que él les enseña de modo que ellos lo puedan entender, con su lenguaje sin gramática, y con ejemplos de su propia vida: los niños lo oyen con interés: a las madres suele ir a sacarlas de la clase el marido colérico, porque no ha hallado al volver la mesa puesta: el orador defiende a la culpable con un chiste, y el marido le contesta con un terno, y se lleva a empujones a aquella «picara holgazana». Otro congrega a gentes distinguidas para pedir, en nombre del obrero y del americanismo acorralado, que se restituya la santidad del domingo a su vigor antiguo, y no haya en domingo trabajo, ni teatro, ni ferrocarriles, ni correos: «¡que el trabajador no tenga un día suyo, es bueno para países de esclavos! ¡para que el domingo sea fiesta es necesario que para una gran parte de la población sea día de trabajo! ¡nos están envenenando la sangre nacional, y debemos empezar la cura por las raíces!»—Otros vienen del colegio de Yale, donde hay escuela célebre de divinidad, y cómo tratan de convertir a los rufianes del Bowery, de cara lampiña y llena de costurones, sombrero a la oreja, y camisa sin cuello ni corbata, «recemos amigos» les dicen «porque el rezar es cosa buena: en Yale tenemos un gran tirador de pelota, que gana siempre, porque antes de entrar en el juego, reza»: en este templo, encaramado en el sotabanco

de una cervecería, hasta el jarro de beber agua está sujeto por una cadena, y en los muros musgosos hay letreros así: «El Señor es mi pastor, y cuidará de su oveja», al lado de este otro: «Los concurrentes se servirán no mascar tabaco en este cuarto». Pocas calles más arriba rodean unas cincuenta señoras a una anciana bella que les habla con sencillez patética del Nuevo Testamento, y les descubre con maternal destreza los consuelos que el alma tiene en el orgullo de su virtud contra las más grandes desdichas: «en el conocimiento y ejercicio de lo que hay de más noble en el alma hay tal fuerza para la vida y tal esplendor para el rostro, que no habrá belleza de aventurera que pueda competir con la de la esposa que ha descubierto el gozo inefable de domar el dolor, y convertirlo en caridad cristiana». Las damas más ricas de Nueva York favorecen estas conversaciones caseras de Margarita Bottome; se la disputan las ciudades; asiste a una de sus pláticas la mujer de Cleveland; once mil mujeres llevan ya la cruz de plata de su Orden, que es la de «Hijas del Rey», obligadas a tratarse con bondad y saludarse en público aunque pertenezcan a las clases sociales más opuestas, a prestarse ayuda mutua y consolar a los necesitados, a soportar en calma la desdicha y reprimir la cólera: ¡suele una dama de la Quinta Avenida bajar de su carruaje a dar la mano a una vendedora de flores!

Pero para ver esta faena cuaresmal en toda su pujanza, ha de irse a los bosques de los alrededores, donde con preces de siete días esperan el descenso del espíritu divino, ya golpeándose los muslos, como los hebreos cuando juraban, ya desgarrándose los vestidos, ya orando largas horas con la cabeza baja; ha de irse a la plaza pública donde una cohorte de ex bribones, a tambor batiente y con los estandartes en alto, cuenta a su público de vagos y tahúres como ellos lo fueron, hasta que vieron en sueños el estandarte, o pasó por delante de su madriguera el tambor y «como de trago de agua fresca cuando se acaba de dar una puñalada» se les entró por el alma la gracia de Dios: y los tahúres y vagos los oyen sin burlarse, les compran el periódico que venden, y les echan centavos en las gorras; ha de irse a los caserones de los barrios bajos, dispuestos en pocas horas para templos donde a palmadas, lloros y gritos «se llama hacia Dios» a la multitud, desde que sale el Sol hasta muy adelantada la noche: ha de irse a la bahía, donde los que creen en la fuerza de la fe para curar los males del cuerpo se bautizan el domingo, de brazo del pastor, en el río helado. Tienen su templo, que llaman del Monte Sión, y es una barca de canal, consagrada de antiguo, porque anduvo trayendo y llevando los misioneros suecos, que iban Hudson arriba condenando la impureza del amor

escoriatorio y describiendo, con la lengua de llamas de Swedenborg, la fusión de los sexos en los ángeles.

Salen del templo los catecúmenos, cambian en una barraca vecina sus vestidos por ropones de franela, lo mismo que el pastor, y ya reunidos en la orilla ante el concurso de creyentes, caen de rodillas sobre la nieve, mientras que, sin cuidarse de que el viento le echa la barba por encima del hombro, pide el pastor a Dios que «caliente el agua que ha de recibir a los neófitos, y ahuyente el diablo del alma grosera de los mozos que se ríen, y de los periodistas que quieren contar con burlas el santo bautismo». Y a tiempo que el concurso entona un himno, uno tras otro va llevando el pastor consigo al agua a cada bautizante. El primero es un anciano: hasta el pecho lo tiene ya sumergido el pastor, cuando por fin le hunde en el agua la cabeza por pocos instantes. «¡Gloria a Dios!» dice, levanta al inmerso, le limpia la sal de los ojos, lo saca a la playa, y mientras vuelve el pastor a su río con una ponderosa sesentona, el anciano, dando diente con diente, echa a correr hacia la barraca, agitando los brazos en alto, y gritando: «¡Aleluya! ¡Aleluya!» Una tísica se desmaya en el agua. Un mocetón sale bufando, y voceando «¡gloria!» y dice que nunca se ha sentido «con tanto calor». Una irlandesa desvanecida sale del baño en brazos. Un concurrente, tocado de fe súbita, quiere bautizarse, y como no hay ropón para él, entra en el baño con su vestido de domingo. «¡La *Biblia* lo dice!» Va repitiendo el pastor, a quien le cae el agua a chorros de la franela pegada a los huesos: «la *Biblia* en tal versículo dice que para curarte de los males del cuerpo te bastará tener fe en Dios!»

¿Y eso qué es, comparado con «conversiones», las mil conversiones que en una semana ha obtenido como si con sus propios brazos sacara a los conversos del infierno, el metodista Harrison? ¿Quién sabe de dónde viene ese niño predicador de treinta años, que desde que tenía ocho está en el oficio de salvar almas con el fervor de su elocuencia, ese hombre larguirucho, perdido en su traje negro, lampiño, marmóreo, de cabellera selvosa, de mirada ya negra, ya verde, ya gris, ya chispeante y terrible, ya estática y anegada en lágrimas? Principia a convertir por la mañana; y a viva fuerza tiene la policía que cerrar el templo a la una de la noche. Los de afuera empujan a los de adelante.

El servicio, aquel servicio extravagante y titánico, solo termina para comenzar de nuevo. «¡Déjenlo venir, déjenlo venir!» Es un anciano que viene sin aliento, abriéndose paso por el gentío, para que el sacerdote «le imponga las manos». «¡Oh, uno más, uno más, una presa al demonio, una

estrella para el cielo, una llama azul en el camino de la salvación!» «Eran ochocientos, dice, y ya son ochocientos uno».

Y el metodista rompe a llorar. Lloran las mujeres. Dan con los pies los hombres en el suelo. Se echan los unos en brazos de los otros. Se cuentan en voz alta sus pecados. Vuelve a empezar el servicio. «¡A orar!», y se van sofocando los gritos y sollozos. Silencio no hay jamás, porque ya no saben de él aquellas almas desencadenadas: sube al estrado un diácono de levita y pantalón negro. Oran tres, el diácono, arrodillado de espaldas a la concurrencia: el teniente del predicador, de espaldas también, pero de pie, con la frente apoyada en una columna: el predicador a medio caer de rodillas sobre el lectuario. El rezo es brevísimo. Ahora vienen los himnos. «Este himno», «aquel». Unos suben al estrado, otros bajan. Llevan recados. Del estrado invitan a voces a los de atrás a que se acerquen. El predicador y su teniente, dando palmadas, diciendo chistes recios, mandando a brazo tendido, recorren el tablado de un cabo a otro: ¡ya cantan el himno! ¿Qué es, que Harrison, el predicador, se detiene, saca la pierna derecha, tiende el cuerpo adelante, se pone a oír como si lo que oyera viniese de lejos, se mesa la cabellera, se oprime la frente con las palmas hasta que parece que van a salirse de las órbitas los ojos?

Al fin da un paso, tiende los brazos, los sacude como arrebatado de un temblor, y levantándolos por sobre su cabeza, une al himno su voz, que es la más alta. El canto acabó, no los lloros y suspiros, y aleluyas, y amenes: Harrison, reclinado en la *Biblia* abierta sobre el lectuario, va a pronunciar el sermón. Elige un texto. Comienza en voz baja. Está hablando de las «cosas buenas de la mesa de Dios», y se interrumpe para decir que abran una ventana: «la luz a nadie hará daño». Sigue hablando, pero como para sí, y ya no se le entiende lo que dice, cuando apartándose de un salto del atril, como si fuera a caer sobre la concurrencia apiñada a sus pies: «¿No han oído lo que he dicho?», pregunta con gritos estridentes. «¿De Dios lo acabo de saber! ¿no han oído lo que he dicho?». Y el concurso solloza; con la cabeza baja, como cuando un amo le pega a su perro. Entonces se desata aquella elocuencia singular, no por lo que dice, que es la jerga teológica, sino por aquellos cambios súbitos de voz, aquellas anécdotas que interpola en el punto divino, aquel parecer que se saca de los ojos las lágrimas y las riega como perlas sobre sus adeptos convulsos, aquel volver misterioso sobre una frase insignificante que de puro repetida llega a parecer llena de sentido profético y pavoroso: aquel detenerse de pronto para decir una frase, como leería a su Estado mayor el parte de un triunfo un general

en campaña: «Ya somos mil: ¡ahora, al campamento, de rodillas todo el verano! y volveremos en otoño, a conquistar la ciudad». De grado en grado va levantando una pintura del sillón de luz donde se sienta el Eterno, que comenzó casi tendido sobre el estrado, como si poco a poco la fuera arrancando del suelo, y cuando está para terminarla, levantado sobre la punta de los pies, y con ambos brazos hacia el cielo, los baja de repente, se adelanta sobre el público, hiere el tablado con el pie: «Me informan, dice, que hoy mismo cesarán de usar blasfemias los dependientes de tiendas».

El estrado le vendrá estrecho. Se echará de él entre la multitud: «¡De pie los salvados!». «¡A mí los que se quieran convertir!». El llanto le corre a hilos. Su teniente anima los gritos. El los abraza. El se arrodilla junto a ellos. Le palpan los vestidos. Le besan la mano. Materialmente se ve crecer al hombre. Y cuando de un salto de tigre vuelve al estrado lleno de conversos, va a hablar y no puede: el color se le va del rostro, y el cuerpo va ya a ceder: su teniente lo lleva hasta la silla, donde lo deja con la cabeza entre las manos; sollozando: ¡ha recibido «el choque de la gloria»!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 17 de mayo de 1888.

[Copia digital en CEM]



La linterna

José Martí en tiempos de reenquiciamiento y remolde

“Desatar a América y desuncir al hombre”

I

Impulsado probablemente por su amistad con el venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde, residente también en Nueva York, José Martí escribió a principios de 1882 el Prólogo a una larga creación de este titulada *Poema del Niágara*, texto que constituye sin dudas una de las piezas fundamentales para conocer su cosmovisión, y que más de una vez ha sido calificado con acierto como la primera comprensión crítica desde Hispanoamérica de lo que llamaríamos luego modernidad.

Allí escribió Martí lo siguiente:

“No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes, vislúmbrense apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques. (...) Se anhela incesantemente saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria.”

Repito que esta escalofriante descripción que acabo de leer corresponde al penúltimo decenio del siglo XIX y no al último del XX, que acabamos de terminar.

Era aquella una época en que la filosofía del progreso echada a andar por la Ilustración y los románticos afianzaba su credibilidad bajo la óptica

cientificista del naciente positivismo. La revolución científico-técnica estaba en marcha, y complementaba a maravillas el desaforado impulso del capitalismo industrial hacia la concentración monopolística y la formación del capital financiero. Una nueva fase del capitalismo se iniciaba entonces, sobre la base de la mundialización geográfica del mercado internacional.

Dos años después de este escrito de Martí, las potencias europeas trazaron el mapa de África siguiendo prácticamente los meridianos y paralelos para repartirse aquel continente y los diversos pueblos que los habitaban. Dos años antes de este Prólogo martiano, el Maghreb árabe también había sido repartido.

Los esfuerzos bélicos de aquellas potencias daban los últimos empujones al anticuado imperio turco, y comenzaban su asedio sobre el milenar imperio chino. Se aceleraba, sin dudas, el reparto territorial del mundo.

En la América Latina independiente las viejas oligarquías terratenientes se apresuraban a ocupar un espacio en el creciente intercambio: las patrias criollas y clericales fueron sustituidas en la segunda mitad del siglo XIX por las repúblicas liberales que se separaban de la tutela eclesiástica en pos de la modernidad. Parecía para aquellas generaciones actuantes que el Continente saldría de su letargo colonial, de los viejos sistemas productivos disminuidos, de la disgregación política y del caudillismo.

La expansión territorial y comercial del Occidente capitalista no se hacía en nombre de la fe religiosa, sino en el de la ciencia, los derechos humanos y el progreso: se trataba de expandir aquella civilización y sus valores. Y una joven potencia, cautelosa pero decidida, intentaba ya por aquellos años ochenta de aquel siglo XIX, avanzar hacia el sueño que había constituido su aparición como Estado nacional: Estados Unidos de América debía cubrir desde Alaska hasta la Tierra del Fuego; todo el Nuevo Mundo debería ser abarcado por la democracia pujante que transformaba a ritmo inigualable el Norte del continente.

El optimismo y el cinismo se daban de la mano con la arrogancia en la psicología social de los países hegemónicos y en sus clases y grupos dominantes. Y hasta buena parte del revolucionario proletariado europeo comenzó a ser cooptado por ese espíritu de confianza ilimitada en un futuro de bonanza y de progreso incesantes y eternos.

Muy pocos políticos objetaban lo que sucedía, y fueron solo algunos sectores de artistas e intelectuales los críticos de aquel mundo que les parecía hedonista, aburrido, hipócrita, falso en sus valores y en sus actos. Los primeros casos los ejemplificaron los llamados poetas malditos, y los

pintores y músicos impresionistas, quienes abofetearon a la república francesa, burguesamente conservadora que cubría su vergüenza por la derrota frente a Prusia con aventuras militares en el norte y el centro de África, y en Indochina, mientras sus banqueros prestaban dinero por toda Europa.

Al igual que esa enorme parte del planeta que luego sería llamada Tercer Mundo o el Sur sucumbía ante el empuje del mercado mundial impuesto mediante las armas, el dominio de la cultura artística y literaria también se veía asaltado por las ciegas leyes del mercado. La inspiración, el ángel o el demonio del creador, eran incorporados a toda marcha al tren del progreso: el escritor se convertía en asalariado del periódico; el dibujante se hacía ilustrador y el pintor tenía que vender las escenas y retratos que le compraba la satisfecha burguesía; el músico entregaba óperas, valeses de salón y piezas amables para pasar el tiempo con tranquilo solaz; la escena podía llevar el drama hacia el pasado porque en aquel presente no lo había y ese presente solo admitía la comedia de enredos y la santificación de la familia monogámica.

Por eso encontraba Martí aquella, su época, tiempos de reenquiciamiento y remolde, cuyas obras artísticas no eran permanentes, sino mudables e inquietas.

Comenzaba la *belle époque* y culminaba la era victoriana, que se vendría al piso con la Primera Guerra Mundial y el formidable estallido revolucionario europeo que solo triunfaría en Rusia. Estados Unidos, por su parte, vivía lo que los contemporáneos llamaban la *Golden Age*.

II

Mientras escribía el prólogo del *Poema del Niágara*, Martí se alistaba en el pequeño grupo de los patriotas emigrados que buscaban los caminos para reanudar la pelea por la independencia de Cuba. El adolescente patriota que sufrió cárcel, trabajos forzados, deportación y exilio, se convertía ya en un dirigente maduro y sagaz, que con su maravillosa Lectura de Steck Hall había ofrecido en 1880 a los emigrados en Nueva York una fórmula nueva: a la revolución de la reflexión en lugar de la revolución de la cólera. Se trataba para aquel joven que había adquirido experiencia de conspirador dentro de la masa popular durante su breve regreso a Cuba, de pensar la revolución, de disponer de un proyecto, de renovar la sociedad

colonial, y no simplemente de un estallido ante la opresión colonial y el despotismo político.

Los fracasos del Zanjón y de la Guerra Chiquita evidenciaron a Martí —tanto como sus experiencias ante los regímenes liberales de México, Guatemala y Venezuela—, que no cabía improvisar en la solución del problema cubano, y que en esta el verdadero jefe sería el pueblo.

La atalaya neoyorquina anchó sus horizontes para entender el problema nacional cubano como parte del problema de la humanidad moderna. Y como Martí no quería hepatar al burgués, sino —son sus palabras— “desatar a América y desuncir al hombre”, aquel emigrado cuya calvicie se hizo notar en la urbe del Norte se enfrascó, consciente y concienzudamente, en una tarea ciclópea: nada más y nada menos que marchar contra la lógica histórica que se establecía en su época.

Desde los mismos años ochenta fue diseñando un proyecto de alcance continental cuya ejecución repercutiría desde luego a escala planetaria, y cuya estrategia elaboraría y pondría en práctica durante los años noventa.

Estados Unidos fue el laboratorio social en que Martí vio, estudió y denunció los problemas del mundo moderno. Siguió los análisis que efectuaban los sectores antimonopolistas y el rebelde movimiento obrero norteamericano de entonces para explicar la lógica del desenvolvimiento de aquella sociedad. La tremenda expansión económica de base industrial que caracterizó la Reconstrucción en Estados Unidos luego de la Guerra de Secesión, impulsada además por la enorme ola migratoria venida de Europa, ya evidenciaba en los años ochenta del siglo XIX una fuerte tendencia a la formación de monopolios —en el acero, el petróleo, los ferrocarriles y (ojo para Cuba) la refinación de azúcar—, pero el mercado interno no crecía ya a similar ritmo que la productividad y la producción industriales, y esta tendía a quedar estancada.

Se requería de mercados consumidores y de materias primas, y la región más apta para ello era América Latina, en especial México, Centroamérica y las Antillas hispanas, pues no estaba copada por los intereses de las grandes potencias europeas, además de ofrecer la ventaja de la cercanía a Estados Unidos. La región del Pacífico también resultaba atractiva para los intereses de la costa oeste, y la anexión de Hawai marcó el inicio de una era de expansión territorial con el punto de mira en territorios chinos, que en América se intentó extender a las penínsulas de Samaná y San Nicolás en República Dominicana y Haití, respectivamente, a los estados nortños de México y que culminó con las ofertas de comprar a Cuba.

La vuelta del Partido Republicano al gobierno en 1888 y la designación de James Blaine como secretario de Estado —quien retomó una vieja idea suya de convocar a una conferencia panamericana—, hicieron comprender a Martí que el sector más agresivamente expansionista había llegado al poder. Por eso siguió con singular atención, juicio crítico alerta y denuncia abierta las sesiones de la Primera Conferencia Internacional Americana, en la que supo prever y detener la maniobra anexionista hacia Cuba.

La década finisecular se abría, a juicio de Martí, con la marcha económica y territorial de Estados Unidos hacia el sur del Continente, por lo que la independencia de Cuba y de Puerto Rico cobraba actualidad y urgencia decisivas. Descomunales empresa en la que se metía aquel hombre: como él mismo dijo, se trataba de impedir ese desborde de Estados Unidos, que aprovecharía el estatus colonial de las Antillas españolas. Expansión que era favorecida por necesidades económicas, espíritu imperial y mercantilista de siempre, y desconocimiento y desdén de la identidad latinoamericana.

El artista que descubrió a sus lectores hispanoamericanos el arte impresionista, el poeta que supo traer a nuestra lengua los colores de los simbolistas y parnasianos franceses, el periodista que dio noticia por primera vez de Walt Whitman —un poeta maldito en su país— y del filósofo Ralph Waldo Emerson, cuyo trascendentalismo se acercaba a muchas de las ideas martianas, comprendió que en su proyecto renovador la creación cultural era parte imprescindible. Por eso defendió vigorosamente la necesidad de escribir de manera diferente para aquella época que ya era diferente, lo cual lo convirtió en la vanguardia de lo que después se llamaría el modernismo en la historia de la literatura en lengua española.

Su proyecto alcanzaba todos los órdenes, como él lo explicó en su ensayo cenital titulado “Nuestra América”. Para impedir la entrada del tigre de afuera, había que eliminar al de adentro: había que poner fin a aquella colonia que perduraba en la república, situarse al lado del “hombre natural” —el indio, el negro y el campesino— y crear una estructura socioeconómica y un sistema político de acuerdo con los requerimientos y características de nuestra región. “No hay batalla entre la civilización y la barbarie sino entre la falsa erudición y la naturaleza”, proclamó.

El proyecto para “desatar a América” significaba andar por los verdaderos caminos de un desarrollo económico y social propio e independiente, sin subordinaciones exteriores y en favor de las clases populares. Pensar ese proyecto hacía necesaria una manera nueva de expresarlo mediante la palabra y el sentimiento artístico. Pero Martí no aspiraba a que nuestra

América se convirtiese en una nueva potencia hegemónica y conquistadora. Su proyecto era defensivo de nuestra independencia y soberanía, de nuestro desarrollo propio, de la autoctonía de nuestra cultura y de nuestro modo de ser.

La república nueva en Cuba libre y América Latina renovada contribuirían a desuncir al hombre de todas las dominaciones; sobre todo se trataba de liberar su espíritu. Ese era su gran objetivo de alcance universal.

Por eso en el Manifiesto de Montecristi, en el documento en que explicaba por qué los cubanos habían vuelto a tomar las armas, decía que lo habían hecho por “el bien mayor del hombre”, “la confirmación de la república moral en América y el equilibrio aún vacilante del mundo”. No hay dudas, pues, de su conciencia acerca del alcance mundial y epocal que confería a aquella independencia antillana.

Su pelea era, por consiguiente, contra una lógica que preveía, pero que no estimó inexorable, como una fuerza ciega, sino mudable a tenor del esfuerzo de los hombres que se le opusieran. El proyecto martiano iba contra el desarrollo de la fase imperialista, y no es descabellado imaginar que, de haber triunfado, el mundo hubiera sido otro.

En sus tiempos de reenquiciamiento y remolde, José Martí buscaba otro reenquiciamiento y otro remolde, distintos a los que imponía la lógica histórica.

De ahí que su estrategia para implementar ese proyecto fuera de amplia base popular y buscara la alianza con todos los afectados por los elementos hegemónicos en cualquier parte que estuvieran. Por eso se planteó la alianza con lo que quedaba de republicanismo honesto en Estados Unidos; por eso trató allí de ganar adeptos y simpatías para la independencia de Cuba; por eso se alineó junto a los granjeros y a los obreros de Estados Unidos en el enfrentamiento de estos contra los monopolios.

Delectación de artista evidencia la ejecución de su estrategia. Paciencia, tacto y cuidado exquisito junto a originalidad derrochó en la organización del Partido Revolucionario Cubano como vehículo de unidad patriótica y en los preparativos para el alzamiento armado.



Tres columnas son el basamento que sostienen la arquitectura del pensamiento martiano y el cauce por el que siempre transcurre su acción. La

una, su ética de servicios; la otra, su sentido de la autoctonía, de lo propio; la tercera, su permanente toma de partido por las clases populares.

Esta tríada inseparable, firmemente compactada, es lo que da sentido a su pensar y a su vida.

Su ética parte de la tradición cristiana asumida en el ambiente de la cultura familiar y social en que se formó desde niño. Pero no es la ética de la caridad individual sino la del servicio para hacer ascender a los demás, aunque este imponga el sufrimiento y el dolor para cumplir una obra de bien humano.

Su sentido de la autoctonía es apreciable desde su precoz adolescencia y lo llevó a concebir la necesidad de ajustar todos los aspectos de la vida social e individual a ella.

“Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar”, escribió. Y solo la honda conciencia de ese alineamiento le situó siempre en la perspectiva de los oprimidos lo mismo al tratar el tema cubano, que el enfrentamiento al colonialismo en África y Asia, que al plantearse la necesidad de satisfacer las necesidades del hombre natural de nuestra América, preteridas tras la independencia.

Aunque pueden establecerse momentos o etapas en el estudio de su pensamiento, Martí es un caso poco frecuente de pensador que no muestra cambios en las grandes líneas de su ideario. No hay cambios de terreno, ni cortes epistemológicos, ni hay pasos de una a otra problemática. Podemos encontrar que sus propósitos se perfilan mejor y se interrelacionan con mayor efectividad dentro de su concepción del mundo con el paso del tiempo, según los nuevos elementos que va conociendo e incorporando. Pero se mantiene siempre fiel a sí mismo desde sus orígenes.

Al mismo tiempo, aunque es factible y hasta necesario hablar de aspectos de su pensamiento según los temas de estudio y las diferentes disciplinas desde las que se le aborde, lo cierto es que se trata de un pensamiento no solo de plena coherencia interna sino que solo se hace inteligible y pleno cuando se le enfoca como una totalidad. Podemos referirnos a su ideario económico, político, estético, jurídico, sociológico, histórico, etc., pero se hace verdaderamente comprensible cuando lo abordamos como una totalidad.

Ello es así, en primer lugar, porque Martí no fue ni pretendió ser un especialista de alguna disciplina, no fue en modo alguno un científico social, sino un hombre bien práctico que intentó atrapar su época y su mundo para transformarlo. Fue un revolucionario cabal, un político que

empleó la escritura de alto vuelo artístico para explicarse ese mundo y moverlo en bien y al servicio del hombre.

Ello se debe también, en segundo lugar, a que expresó su pensamiento a través de una variedad de escritos que abarcan desde la poesía hasta el periodismo, desde el discurso hasta la epístola personal, desde el documento del partido hasta la declaración pública. No fue un expositor de o para la Academia, y nunca escribió alguno de los tantos libros que imaginó para ofrecer sus ideas organizadas en una exposición sistemática. Sin embargo, quizás esa diversidad de sus escritos sea lo que le otorga riqueza singular a su pensamiento, que se vale una y otra vez de la metáfora y la polisemia para atrapar la multiplicidad, variedad y hondura de los asuntos que trató.

La expresión de su pensamiento se alejó, pues, de la lógica expositiva imperante en su tiempo. Martí no nos dejó un sistema filosófico cerrado ni una teoría sociológica que explicase el funcionamiento de la vida social. Inclusive se manifestó opuesto a las ideas en tal sentido de Comte y Spencer, que ganaban adeptos por todas partes.

Demostró en sus escritos que era un abanderado de los avances tecnológicos y los descubrimientos científicos, insistió en la necesidad de impartir una enseñanza de base científica, y hasta escribió que no había poesía mejor que la que encontraba en un libro de ciencias, pero su lógica no era científicista y polemizó abiertamente con los positivistas en Cuba y otros lugares donde residió. En ellos, como en lo que después sería llamado el materialismo vulgar, le era insatisfactorio lo que estimaba su olvido del lado espiritual del hombre, y, por tanto, apreciaba lo que diríamos el papel activo del conocimiento y de la voluntad humana.

Para algunos que se han acercado a sus escritos, esas han sido razones para descalificarlo como pensador: no expuso ni organizó sus ideas en un sistema, no se ajustó a las normas del pensar que imponía el positivismo. Se le ha encasillado por ello como idealista o espiritualista con evidente sentido peyorativo, y hasta hay quien ha encontrado que su pensamiento metafórico es solo propio y válido para la expresión literaria, pero no permite otorgarle la categoría de un pensamiento racional.

Sin embargo, no solo Martí entregó en sus escritos lo que podríamos calificar como su cosmovisión sino que también fue el expositor consistente y sistemático de su tiempo y, sobre todo, se encargó de entregar un proyecto para transformar aquel tiempo a cuya implementación en la práctica histórica concreta dedicó su vida.

Sí llevan razón sus críticos pasados y contemporáneos cuando se quejan de que Martí no responde al canon ni a las normas del pensamiento hegemónico en su tiempo. Martí no quiso ser ni pretendió ser un pensador de tal tipo. Lo que hay que preguntarse es si solo admitiremos como pensamiento aquel que sigue y se expresa dentro de aquel canon y aquellas normas expositivas. El pensamiento latinoamericano desde los tiempos de la primera emancipación —recordemos solamente a Simón Bolívar— discurrió por otros cauces. De acuerdo a sus necesidades, intereses y tradiciones. Por eso ha parecido a algunos excesivamente frondoso; marcadamente literario, narrativo o ficcional; y hasta se niega aún la existencia de un ejercicio filosófico entre nosotros.

De ese modo se pretende descalificar nuestro pensamiento, lo cual se inserta en la tradición de descalificar todo lo que no se ajuste a la expresión de base europea occidental, y hasta nos ronda el juicio peyorativo por comparación: somos inferiores porque no podemos expresarnos de igual manera.

Por tal camino, hoy se afirma que Martí fue la cabeza de una corriente irracional en la cultura cubana frente a la razón instrumental iniciada por Arango y Parreño, continuada por los autonomistas y traída hasta el presente por el pensamiento liberal. Tales planteo y análisis se insertan sin dudas en la óptica que he descrito, marcadamente colonizadora o colonizada según donde se exponga, expresión de dependiente en sus propósitos. No es del caso ahora polemizar más allá, solo quiero insistir en que se trata de una forma de considerar al pensamiento, que excluye al que se aparta de la lógica de la razón occidental, como le ocurre a Martí.

Como se ha constatado por más de uno de sus estudiosos, la filosofía martiana se asienta en la armonía y el amor, como una especie de actualización de las esferas pitagóricas, con un indudable sentido dialéctico, que veía el cambio y la mudanza de los contrarios entre sí. Sin dudas que Martí conoció las fuentes y la actualidad de su época del pensamiento occidental, pues ha de recordarse que se graduó de Filosofía y Letras en España y que impartió clases de historia de la filosofía en Guatemala.

Pero es indudable también que ni los sistemas ni el discurso filosófico al uso entonces satisfacían la necesidad de conocer y transformar a nuestra América. Por eso, siguió la tradición autóctona y original del pensamiento cubano desde José Agustín Caballero, Félix Varela y José de la Luz y Caballero, sintetizada por este en la filosofía electiva. Se trataba para Martí justamente de elegir sin ajustarse a una escuela. Por eso escribió

que cuando conoció el krausismo en España le pareció que decía lo que él venía pensando desde antes, o cuando estudió a Emerson halló que su trascendentalismo se asemejaba en muchos ángulos a sus propias ideas.

Autoctonía, originalidad y pensamiento creador caracterizan la visión martiana del mundo, animada por una intención otra: la de abrir ancho cauce al alma latinoamericana, como él mismo decía. Su lógica de análisis y expositiva no fue ni podía ser la de las minorías ilustradas que veían a sus tierras desde la óptica que les imponía la lectura del libro inglés o yanqui. Tal cultura, calificada por él peyorativamente de literaria, desconocía a su juicio las particularidades y requerimientos propios de la naturaleza y el alma continentales. Y al igual que dijo que para gobernar en pueblos nuevos había que ser creador, también afirmó que para conocer y pensar a esos pueblos nuevos había que ser también creador, por lo que rechazó al intelectual de librerías, que conocía muy bien lo que escribía el inglés, el francés o el alemán, pero no hablaba las lenguas indias y desconocía al hombre natural.

La lógica de su pensamiento buscó conscientemente atrapar aquellas realidades diferentes, propias, y especialmente trató de expresar los intereses de sus clases populares: “América se salvará con sus indios”, escribió. Escribía en los periódicos de las clases ilustradas porque no se enajenó de ellas, sino que trató de inducir las a su perspectiva, y les fustigó una y otra vez por su apego al modelo, la norma y la lógica ajenos. Puso esperanzas en educar una nueva generación intelectual bien informada de lo que acontecía y se pensaba en el resto del mundo. Por eso quiso editar su periódico en que diera noticia de lo que estimaba imprescindible conocer y hasta asimilar de Europa y de Estados Unidos. Cuando dirigió el periódico *La América*, en Nueva York, decía a sus lectores latinoamericanos que para acceder con las producciones agrícolas a los mercados internacionales, era imprescindible aprender en las haciendas del Norte técnicas de cultivo y empresariales.

No fue un pasatista que quiso cerrar Cuba y América Latina al mundo, sino todo lo contrario: su deseo y su acción fueron para insertarlas privilegiadamente en ese mundo, desde sus propios intereses y necesidades. Sintetizó esa idea en frase paradigmática: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”. Fue un hombre de su presente, desde el cual previó e intentó diseñar el futuro.

No puede calificársele de premoderno ni de antimoderno, sino que se planteó una modernidad para nosotros, adecuada a nuestra América, y

no en función de los grandes centros hegemónicos como efectivamente ocurrió en los términos históricos.

Fue, además, una voluntad encaminada a los fines que se trazó, que discurrió por los cauces moralmente rígidos que se autoimpuso. Estilo, carácter y personalidad los modeló armónicamente en función de los objetivos que señaló a su vida y a su pensamiento.

IV

En sus tiempos de reenquiciamiento y remolde Martí no se amilanó por las diferencias que apreciaba entre su América y el mundo moderno. Sin complejo de inferioridad, orgulloso de su historia y de su identidad continentales, buceó a fondo para conocer qué pasaba y hacia dónde marchaba aquel mundo, no para adaptarse a él en un escalón secundario y dominado, sino para enrumbar a nuestra América por el camino propio. “Hay que prever y marchar con el mundo”, dijo. Pero no para aceptar el reino de las injusticias acrecidas sino para acertar en la pelea para alcanzar toda la justicia, como insistió varias veces.

Previsores por excelencia fueron su pensamiento y su acción, que no quisieron forzar los acontecimientos con idealismo voluntarista. Ir contra la lógica histórica que se imponía era para Martí acto profundamente racional y ético por humano: no podía admitirse la antihumana lógica que en nombre del progreso y la civilización única y hegemónica condenase a la humanidad a nuevas y más profundas dominaciones y desequilibrios. Ir contra la lógica histórica era para Martí la verdadera sensatez (“Los locos somos cuerdos”, escribió) porque se trataba no de conquistar a la naturaleza ni a los otros hombres, sino de ajustarse armónica y equilibradamente para el bien del hombre.

De ahí, pues, que la lógica de su pensamiento no siguiera los caminos del bien pensar impuestos por el racionalismo, sino que apelara a la imagen desbordada y apasionada para convencer a través de los sentimientos, de las emociones, para él, formas expresivas de la espiritualidad americana. Y que, al mismo tiempo, como un torrente impetuoso característico de su estilo literario, entregara a una multitud de elementos en sus análisis. Intento consciente por atrapar la realidad en junto, como él decía. Esa, su lógica, que rechazó la definición con pretensiones de exactitud, que se sustentó en la polisemia y que basó el ejercicio de la

síntesis en el aforismo: la palabra, la razón, el pensar solo tenían sentido si trabajaban por el bien.

En sus tiempos de reenquiciamiento y remolde aquel hombre débil y enfermo, que no dispuso del control del poder de Estado alguno ni del poder del dinero, fue un batallador optimista e incansable que supo adecuar sus sueños a las condiciones que le imponía su realidad histórica, pero que, sin dejarse aplastar por esta, se empeñó —por previsión y humanismo— en mover esa realidad por otros rumbos. Para muchos fue un soñador o un loco, pero su acción cuidadosa, sensata, de pasos lentos y seguros hacia su fin, logró el portento de unir a los patriotas cubanos y de organizar e iniciar el nuevo combate por la independencia, lo que parecía imposible en 1882, cuando se publicó el prólogo del *Poema del Niágara*.

Sabemos que aquellos eran los primeros pasos dentro de la estrategia para avanzar hacia el programa liberador de alcance continental. Era hermoso por bueno aquel intento de transformar al mundo, de tomar el cielo por asalto. El pensamiento y la vida de Martí demuestran que, además de necesario, ello era posible. Porque las posibilidades en la vida social se crean; el cambio social no aparece solo, espontáneamente. El hombre no es juguete inerte de un destino prescrito aunque le llamemos las leyes de la historia, sino que escoge entre las muchas opciones que le abre la época. Parafraseando a Martí, podemos decir que no se puede hacer como los frailes con Colón, sino que hay que lanzarse a buscar el nuevo mundo, no el del navegante, sino el de la liberación del hombre de todos los yugos.

Esta es la utopía martiana, asentada firmemente en el conocimiento íntimo de su tiempo histórico y puesta en marcha con finura, decisión y entrega.

De ahí, probablemente, el creciente interés universal, ya no solo el cubano y el latinoamericano por el ideario de José Martí, expresión de la búsqueda de valores ante la crisis civilizatoria actual, que amenaza al planeta y a la propia especie. No es que la utopía esté cercana a su realización: es que nos resulta imprescindible hoy para remodelar una civilización que agota al planeta y a nuestra propia supervivencia. Y para ello el mensaje martiano resulta útil, apropiado y necesario. De su lección hemos de aprender todos los días para garantizar la república moral con todos y para el bien de todos, contribuir al equilibrio del mundo y alcanzar el bien mayor del hombre.

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

La república cubana de Martí⁹

POR RAMÓN DE ARMAS

El anticiparse al resto de América Latina en la configuración del cuadro de dependencia con respecto a Estados Unidos que acabamos de analizar, ha sido factor principalísimo en la conservación de Cuba como colonia española durante la casi totalidad del siglo XIX.

Cuba fue un país en desarrollo —el desarrollo dependiente y específico inherente a las estructuras latinoamericanas— durante una parte considerable del siglo. La exclusividad imperialista en este cuadro de dependencia excluyó para ella las alternativas que en el resto de América Latina —en la mayoría de nuestros países— fueron permitidas por el período proteccionista de la metrópoli *mercantil* inglesa, y por el inicio —después— del relevo al imperialismo inglés por el norteamericano. Ambos factores favorecieron en tierras latinoamericanas un relativo desarrollo industrial, siempre dentro de la esfera de la producción para la exportación, durante las últimas décadas del XIX, en la frontera misma de ambos siglos, y en las primeras décadas del siglo XX. En el plano político, este desarrollo dio lugar a expresiones burguesas nacionalistas o seudonacionalistas que llegaron en ocasiones a concretarse en ejercicios temporales del poder.

Sucedido aquel desarrollo temprano en Cuba —y excluidos para ella los períodos de relativo relajamiento de la dependencia que tuvieron vigencia para una parte considerable de América Latina—, en los momentos en que las últimas décadas del siglo XIX abren a la producción nuevas riquezas y otros países de entre los nuestros, se inician erija explotación y exportación de nuevas producciones, el azúcar cubano está casi llegando a los límites posibles de saturación de su principal mercado, y el complejo industria que lo produce está deviniendo como hemos visto, suministrador de materia prima semielaborada al monopolio norteamericano de refinación.

9 Este trabajo no aparece publicado en la edición de 1971, salió por primera vez en la revista *Casa de las Américas*, 76: 44-50, ene.-feb., 1973 y se incluyó en la versión de 1975, realizada por la Editorial de Ciencias Sociales (*N. del E.*).

El país se halla, de hecho, prisionero de su propia estructura productora —dentro de cual el dominio, la explotación y las limitantes a la producción impuestos por España¹⁰ desempeñan solamente el papel de agravante. Y las soluciones, distintas en alcance y eficacia, a que puede dar lugar esta coyuntura, se ubican necesariamente en dos áreas diferenciadas y opuestas. Una inserción más completa en el sistema (norteamericano) de relaciones, que elimine al menos los obstáculos real o aparentemente debidos a la interferencia española —o lo que es lo mismo: un perfeccionamiento del sistema de dominación económico-social, a cargo, de las clases que lo ejercen. Otra, la sustitución del sistema de dominación.

Que la burguesía cubana productora para la exportación no haya podido tomar cómo expresiones políticas de sus intereses las variantes consecuentes de independencia (como fue el caso de sus similares en el resto de América Latina, a la hora de su emancipación) o de anexión, y se haya visto obligada a emascular la primera variante, limitándola, como la limitó, a una demanda autonomista vergonzante —ello ha sido consecuencia, precisamente, del grado de maduración alcanzado, dentro de características estructurales en lo fundamental iguales, por los factores internos y externos que afectan a la colonia cubana. Y consecuencia de ello es también, que la república a que a su hora aspiraron estas mismas clases en las otras naciones de nuestra América, no pueda ser aspiración ahora de la clase exportadora cubana.

Que las clases y grupos sociales no participantes de, o no beneficiados por, el sistema de dominación vigente, incluida aquella modalidad de la burguesía no involucrada en la producción de azúcar para la exportación y reprimida por el contrario por ella, no hayan podido limitarse a aceptar una aspiración independentista con respecto: a España (como a su hora aceptaron sus similares en los otros pueblos de nuestra América) y se hayan visto ahora en la situación de perseguir verdaderas reformas en el ordenamiento económico y social, el alcance y profundidad de las cuales: va a estar en dependencia del grupo social de que en cada momento se trate —ello ha sido, también, circunstancia condicionada por los rasgos estructurales que Cuba ya ha alcanzado en el período en cuestión, y por los del sistema de relaciones del que ya está formando parte. Como igualmente lo será que los modelos republicanos norteamericano y europeos seguidos en la inauguración de las nuevas repúblicas no pueden ser ya ni considerados ni

10 Ver, por ej.: Merchán: ob. cit., pp. 55-58, 65-72.

propuestos para una futura república cubana —y sean además objeto de rechazo severo y de la crítica radical por parte de la vanguardia política del movimiento revolucionario cubano.

En capítulos anteriores hemos visto, en lo que consideramos sus rasgos principales, cuáles han sido los factores que en nuestra opinión han incidido de manera determinante en el devenir continental y en el caso particular cubano, y que han configurado el cuadro político vigente en las últimas décadas del siglo XIX. Es dentro de ese conjunto de circunstancias, y solamente dentro de él, que: resulta posible comprender, en nuestra opinión, tanto el rejuergo político de la burguesía cubana productora para la exportación, y las esperas y aparentes abstenciones del surgiente imperialismo norteamericano (que trataremos de analizar en otro lugar del presente trabajo —por una parte— como el papel y la trascendencia de José Martí en la dirección de la política revolucionaria cubana, en la inauguración —al menos, en nuestro continente— de una política antimperialista susceptibles de ser caracterizada como una política de liberación nacional¹¹ y como, también, la consiguiente inviabilidad de toda otra línea independentista que no cumplieron con las exigencias específicas que la condición continental le imponía.

Martí ha estudiado y denunciado las consecuencias de la organización republicana vigente en América Latina durante la casi totalidad del siglo XIX, y ha condenado los dos factores que aparecen como principales en el fracaso republicano de nuestra América: el colonialismo cultural europeo y norteamericano, que lleva a la importación de formas de organización republicana no ceñidas a las realidades específicas nuestras; y la exclusión oligárquica de las capas y grupos sociales más humildes y populares —exclusión que va vinculada a una determinada estructura de la propiedad sobre la tierra.¹² Ha analizado vigilantemente la conversión sigilosa y disfrazada de la república norteamericana en potencia agresora y expansionista, ansiosa de extender su dominio, con nuevos métodos de colonización, a la parte nuestra de América —y de disputarle a Europa

11 Sobre dicha caracterización ver también: Pedro Pablo Rodríguez: ob. cit., y Jorge Ibarra: ob. cit., pp. 183-193.

12 La culminación —y solo la culminación— de este análisis que se origina en sus primeros contactos políticos con la realidad latinoamericana, y antes aún, a partir de la oposición de la república española a la república cubana durante su fallida gestación en la Guerra de los Diez Años; y que ha ido definiendo la visión y el pensamiento originales y raigalmente latinoamericanos de Martí, lo constituye el trabajo “Nuestra América”, publicado en 1891, y al cual remitimos encarecidamente al lector, en José Martí: ob. cit., t. 6, pp. 15-23.

su poderío y su influencia. Y, como hemos esbozado más arriba, ha desarrollado una concepción acerca del organismo republicano, dando al concepto de república connotaciones englobadoras que trascienden el plano político y afectan e involucran la totalidad de las relaciones sociales. La república y la colonia están, para él contrapuestas, como *estructuras* sociales muy nítidamente diferenciadas, y que se excluyen mutuamente.

A través de este análisis ha llegado Martí a lo que constituye, en nuestra opinión, la comprensión cabal del problema central americano: en la situación particular cubana, la alternativa es una: o república verdadera —en la acepción martiana del concepto—, o asimilación de nuestra nacionalidad por Estados Unidos. En la situación general latinoamericana, o la república supera por vía de reforma su condición aún colonial (y en algunos casos aislados, parece estarlo haciendo), o la América nuestra caerá progresivamente bajo el dominio de la nación voraz y avariciosa que la desprecia. La *república* cubana, entonces, o surge respetable y fuerte por la unión de todas las fuerzas que dentro de ella puedan estar interesadas en su surgimiento (y, por la fuerza adicional inherente a la propia fundación, más apta para su función americana) a fin no solo de solucionar sus graves males sociales; sino de servir de valladar y presa a la parte norte de América en su intentada expansión hacia la parte nuestro cae, y tendrá entonces Estados Unidos a su favor esa fuerza más de “las dos tierras de Cuba y Puerto Rico, que son, precisamente, indispensables para la seguridad, independencia y carácter definitivo de la familia hispanoamericana en el continente donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el istmo, y apretar luego con todo este peso por el Sur”.¹³ El resto de América Latina quizá no comprendió nunca —o solamente mucho después— el llamado martiano de entonces: Cuba, “al salvarse, salva”... “Si quiere libertad nuestra América, ayude a hacer libres a Cuba y Puerto Rico.”¹⁴

Las armas con que cuenta Martí, son la que puede ofrecerle el momento histórico en que se mueve la vanguardia revolucionaria cubana: “EL interés de lo que queda de honra en la América Latina —el respeto que impone un pueblo decoroso— la obligación en qué esta tierra [Estados Unidos] está de no declararse aún ante el mundo un pueblo conquistador —lo poco que queda aquí [en Estados Unidos] de republicanism sano— y la posibilidad de

13 *Ibíd.*, t. 2, p. 373, 1893.

14 *Loc. cit.*

obtener nuestra independencia antes de que le sea permitido a este pueblo por los nuestros extenderse sobre sus cercanías, y regirlos a todos: he ahí nuestros aliados, y con ellos emprendo la lucha”.¹⁵

Y su primer paso en la tarea que su condición de revolucionario le ha impuesto será, entonces, “fundar en la Isla un pueblo de verdadera libertad, seguro para sus moradores, respetable para quien pudiera codiciarlo, amparado del desorden por la práctica de la justicia, y apto para ocupar, cuando aún es tiempo, su puesto de lucro y honor entre los pueblos trabajadores de América”; crear la república necesaria, en un pueblo cuya única otra alternativa es llegar a ser “provincia ruinoso de una nación estéril o factoría y pontón de un desdeñoso vecino”.¹⁶

Tales son las opciones a que conducen las variantes entonces conocidas de ordenamiento político, y entre las cuales se halla el eventual desenlace del caso cubano: de un lado, autonomía o anexión, como distintos caminos conducentes a un mismo fin de aniquilamiento de la nacionalidad. Del otro, fundación republicana verdadera a través de una guerra —a través de una revolución—, y con el riesgo de que si la guerra no es acertadamente llevada, si no nace, desde su inicio, con las posibilidades todas de triunfo por el apoyo de todos los elementos componentes de la realidad (de la sociedad) cubana que puedan desearla y defenderla, “tal vez sea nuestra suerte que un vecino hábil nos deje desangrar a sus umbrales, para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sus manos egoístas e irrespetuosas”.¹⁷ Y la guerra debe ser preparada de modo que conjugue exitosamente tanto los factores internos, cubanos, como los factores externos: la precipitación, o un grado insuficiente de madurez, en la preparación del país para la guerra pudieran hacer abortar no solo la salvación de la nacionalidad cubana, sino la salvación eventual de toda la América nuestra. De ahí la importancia de “saber cuál es la posición de ese vecino codicioso, que confesamente nos desea, antes de lanzarnos a una guerra que parece inevitable, y pudiera ser inútil, por la determinación callada del vecino de oponerse a ella otra vez, como medio de dejar la isla en estado de traerla más tarde a sus manos, ya que sin un crimen político, a que solo con la intriga se atrevería, no podría echarse sobre ella cuando viviera ya ordenada y libre”.¹⁸

15 *Ibíd.*, t. 6, p. 122, 1889.

16 *Ibíd.*, t. 2, pp. 348-349, 1893.

17 *Ibíd.*, t. 1, p. 196, 1886.

18 *Ibíd.*, p. 250, 1889.

No hay otra opción, del peligró. Toda gestión pacífica que pudiera conducir a la emancipación con respecto a España, está de hecho excluida: “¿quién la habría de garantizar, sino la única nación en América que puede hacerla efectiva? Y una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella?”. La libertad de Cuba por la paz “no se obtendrá, o se obtendrá para beneficio ajeno. El sacrificio oportuno es preferible a la aniquilación definitiva. Es posible la paz de Cuba independiente con los Estados Unidos, y la existencia de Cuba independiente sin la pérdida, o una transformación que es como la pérdida, de nuestra nacionalidad”.¹⁹ Por ello, la guerra es necesaria, y es justa, además, porque es la forma única de solución —en la creación de la república— a los graves problemas sociales que afectan la nación cubana.

La viabilidad de la revolución no puede estar ya vinculada, desde luego, a la participación en ella de la burguesía cubana productora para la exportación. Podrán, quizá, ser atraídos representantes aislados de la clase a la labor de independencia con respecto a España que es condición primera e indispensable de la revolución y de la república. Pero para Martí está definido el papel desempeñado por la burguesía azucarera —fundamentalmente, la burguesía azucarera occidental— en la contienda anterior, y su alta dosis de culpabilidad en el fracaso revolucionario que culmina en el Zanjón. Fueron ellos “los que en algunos instantes parecieron más deseosos de entregar la patria al extranjero que de auxiliar a su independencia”,²⁰ los que, si en algo sintieron los efectos de la guerra, con la mayor seguridad y ampliación de su producción, fue en beneficio propio,²¹ los que “cedieron por la esperanza de reponer su fortuna”²² en los casos —excepcionales en la región occidental, de la Isla— en que su fortuna fue afectada. Para ellos, la guerra fue más un negocio., y una lucha entre Oriente y Occidente.²³ Y ellos dieron nacimiento, muy pocas semanas después de abandonada la guerra, al Partido Autonomista: al “grupo político que ha convertido hoy en cuestión de finanzas azucareras todas las graves cuestiones de la Isla”, y ha hecho exclusivamente “cuestión de dineros aquella” que es cuestión primera de honra y vida”.²⁴ En la nueva situación revolucionaria, su oposición a las

19 *Ibid.*, p. 251, 1889.

20 *Ibid.*, p. 292, 1892.

21 *Ibid.*, t. 4, p. 197, 1880.

22 *Ibid.*, p. 205, 1880.

23 Ver, por ej.: *ibid.*, pp. 191-199, 1880.

24 *Ibid.*, p. 197, 1880.

aspiraciones cubanas de transformación social expresara otra vez —como veremos en el siguiente capítulo— la postura antirrevolucionaria de esta modalidad productora para la exportación de la burguesía cubana “que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta solo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, —la masa mestiza, hábil conmovedora, del país, —la masa inteligente y creadora de blancos y negros”.²⁵

No podrá estar vinculada tampoco la viabilidad de la revolución a la acción independentista de aquella modalidad de la burguesía que es excluida por la estructura productora y que, asumiendo posiciones potencialmente nacionalistas en el plano político, pudiera aspirar a una reestructuración o reforma parcial del ordenamiento económico y social. Es precisamente esta modalidad de la burguesía —en virtud de la exclusión a que la somete— el grupo social de más inhibido desarrollo dentro de una sociedad organizada en función de un intercambio que ahoga, necesaria e inevitablemente, toda posibilidad productiva no exportadora.

Ni puede estar *todavía* vinculada a la acción independiente y exclusiva de los sectores y clases más desposeídos de nuestra sociedad —una sociedad cuyo proletariado está compuesto, en su grueso, por los esclavos liberados .hace escasamente un lustro en la mitad occidental de la isla (la más poblada), y que solamente dos décadas atrás son aún reportados como “bolzales que no entienden el castellano”.²⁶

La república será resultado de la unión de todas las fuerzas allegables de la sociedad cubana —y en la función de juntarlas y encauzarlas se ha reconocido Martí²⁷ buscando “el modo de ir poniéndole alma segura a la pelea”. Porque desde el fracaso de la Guerra Chiquita al iniciarse la década de los ochenta, sabe que “la guerra no es más que la expresión de la revolución, y que sin que esta hubiese ya madurado no sería posible”. “Hemos de pelear, si de pelear se ha, de manera que al desceñirnos las armas, surja un pueblo”.²⁸ Ha iniciado desde entonces la labor de

25 *Ibíd.*, p. 168, 1895.

26 Ver al respecto: Juan Pérez de la Riva: *Aspectos demográficos y su importancia en el proceso revolucionario del siglo XIX*, “Desde Yara hasta la Sierra”; Conferencias UPEC, La Habana; Ibarra: *ob. cit.*, p. 19.

27 José Martí: *ob. cit.*, t. I, pp. 303-304, 1892.

28 *Ibíd.*, p. 182, 1885.

unión de las emigraciones “abandonadas hoy a su acción suelta y lenta”, de modo de poder surgir “ante el país como un cuerpo compacto de propósito republicano y fin político²⁹ que comporte las garantías vitales de participación y representación de las que temen verse excluidas cada una de las fuerzas vocadas a participar y suscribirse a la tarea de transformación social.

Desde entonces, ha estado gestionando el acercamiento de las principales emigraciones cubanas que —con Composición y pertenencia social diversas e incluso opuestas— se agrupan principalmente en Gayo Hueso, Tampa y Nueva York. Los dos primeros —y muy particular Cayo Hueso— constituyen de hecho verdaderos enclaves cubanos donde ha venido a tener su considerable desarrollo el proletariado no azucarero cubano de finales del siglo XIX, y que han mantenido durante años, por cuenta e iniciativa propias una acción independiente e infructuosa por reiniciar la guerra revolucionaria en el país.

La fórmula que viabiliza la unión, la representatividad, el equilibrio y la equidad indispensables la encuentra Martí en la creación del Partido Revolucionario Cubano. “La república en la guerra, y después de la guerra”³⁰ es, de hecho, la única posibilidad de agrupamiento de las fuerzas opuestas y disímiles que, dentro del país y en la emigración, desean —a la vez que temen el advenimiento de una organización republicana., Y tiene que ser, por lo tanto, el germen y el preámbulo de la propia república que debe posibilitar. La garantía de la participación en la república, debe venir dada por la propia participación y representación en el Partido.

La organización republicana de partido es entonces, la garantía que hace viable la organización republicana nacional. Y no solo porque es forma de allegar, de nuclear y de dirigir hacia un mismo objetivo las clases opuestas vocadas a la revolución y la república; sino porque es, al mismo tiempo la forma de garantizar la afectiva solución de los problemas sociales que afectan a la porción mayoritaria de la población: a los humildes junto a los cuales ha tomado partido Martí, desde los inicios mismos de su acción política revolucionaria.

El partido es, de ese modo, el primer ensayo y la primera demostración del proyecto republicano: su amplitud es, de hecho, la amplitud de la futura república. La amplitud de “mañana, en las horas de asamblea libre,

29 *Ibíd.*, p. 215, 1887.

30 *Ibíd.*, t. 4, p. 331, 1892.

cuando se recuente él trabajo de la república y se le abran nuevas vías”.³¹ La amplitud de “los días buenos, los días de trabajo después de la redención, los días de la reedificación, en el contento de un derecho igual, los días de aquella ardiente labor de paz que ha de seguir a la labor de guerra, en que allá en el palacio de nuestra ley... nos contemos, paseando entre las estatuas de los héroes —los sagaces junto a los fanáticos, qué son tan útiles como el sagaz, los buenos junto a los viles, que son tan necesarios, como los buenos, para indignarlos, y levantarlos y sacarles las chispas—, nos contemos los errores de ambas Américas, de la nuestra y de la otra, para no caer en ello, —ajustemos las leyes de nuestra tierra original a su composición histórica, y a sus defectos, y a su naturaleza, fundamos en el concepto uno y superior del país común, —que unió con el sacrificio lo que el déspota procuró apartar con la astucia— las quejas de vecindad y las pequeñas lealtades regionales. —¡Ah, los días buenos, del trabajo después de la redención, del trabajo continuo y de buena fe, para evitar el exceso de política de los desocupados ambiciosos, o de los aspirantes soberbios, o de los logreros de la palabra y del valor, —y para reparar, estando como estamos a las puertas de un crítico goloso e impaciente, la época larga de desigualdad y languidez que pudiera darle razón para echarse sobre el pueblo incapaz, o darnos razón para desconfiar de nosotros mismos!³²

No se trata de una conciliación de clases, de una identificación de intereses o de una erradicación supuesta de diferencias clasistas. Hay conciencia y reconocimiento en toda la obra de Martí, de las diferencias sociales existentes y de las contraposiciones de intereses de clase entre las fuerzas sociales involucradas en la gestión republicana. Y no se trata, mucho menos, de una ingenua o deshonesto ocultación de partidismos clasistas a ser manifestados *a posteriori* de la fundación de la república. De lo que se trata, eso sí, es de forzar la subordinación temporal de la lucha entre esos intereses al interés mayor de la consecución de la independencia que posibilite la creación de la república, sobre la base de garantizar que esa lucha será llevada a cabo una vez inaugurada aquella. Porque “independencia es una cosa, y revolución otra”.³³ Y “moriremos por la libertad verdadera; no la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el goce excesivo, y a otros en dolor innecesario. Se morirá por la república

31 *Ibíd.*, t. 2, p. 198, 1893.

32 *Ibíd.*, t. 4, pp. 264-265, 1891.

33 *Ibíd.*, t. 2, p. 196, 1893.

después, como se morirá por la independencia primero. Desde los mismos umbrales de la guerra de independencia, que ha de ser breve y directa como el rayo, habrá quien muera —¡dígame desde hoy!— por conciliar la energía de la acción con la pureza de la república. Volverá a haber, en Cuba y Puerto Rico, hombres que mueran puramente, sin mancha de interés, en la defensa del derecho de los demás hombres”.³⁴

En efecto: hay contraposición, y hay otras luchas, Pero “es necesario, para ser servido de todos, Servir a todos. ¡Que hay otras batallas que librar, santas y vitales! Pues primero es ensanchar las condiciones del combate, para poderlo librar más fácilmente”.³⁵ Y lo que importa *ahora* es impedir, que la revolución “fracase por precipitación o la mala dirección nuestra... o caiga por no haberla sabido dirigir nosotros en un grupo de cubanos egoístas, que no la han deseado jamás, ni comprenden su espíritu, ni llevan la intención de aprovechar la libertad en beneficio de los humildes que son los que han sabido defenderla”.³⁶ La función de la organización de partido es, precisamente, garantizar que la república, cuya estructura está en las propias manos de los que la logran y fundan, haga posible la lucha de intereses en las más amplias condiciones de igualdad para esa lucha, y de acuerdo con las circunstancias peculiares del país. Porqué gobernar es eso: “dirigir hacia lo posible el país, con sus elementos reales” y no “aplicar a un pueblo, siquiera sea con buena voluntad, instituciones nacidas de otros antecedentes y naturaleza, y desacreditadas por ineficaces donde parecían más salvadoras”.³⁷

La república habrá de hallar las nuevas formas republicanas que se ajusten a nuestra realidad, y que no habrán de ser un fin en sí mismas, sino tan solo el medio —el instrumento— que asegure el cumplimiento de los objetivos centrales de justicia social por los cuales se lanza la gran masa del país a la lucha —y que han constituido y constituyen el compromiso fundamental y el motor principal de la acción política de Martí.

Ese es el contexto. Y es, en nuestra opinión, el plano principal del proyecto republicano de Martí —que si bien no lo agota, condiciona y somete todos los demás planos posibles. No hay abstenciones por parte de Martí, ni hay concesiones. La independencia es la tarea del momento, la principal y la determinante. A ella pueden acercarse, incluso, los que

34 *Ibíd.*, p. 255, 1893.

35 *Ibíd.*, t. I, p. 337, 1892.

36 *Ibíd.*, p. 212, 1887.

37 *Ibíd.*, t. 4, p. 248, 1890.

tengan intereses contrarios a ella, pero sobre la base de la aceptación de las condiciones republicanas propias en las que *no* puede ni va haber claudicación. Y ahí se ubica la trascendencia y la vigencia ulterior de Martí —y su penetración en nuestra contemporaneidad—: *en dejar abiertas las especificidades de nuestra inauguración republicana a las exigencias de la realidad —y de las masas que han de fundar la república, y moldearla*. La coyuntura cubana aún no pide más.

Es precisamente porque en la república todo estará por construir y por fundar, y porque será factible en las circunstancias de su inauguración, que en la obra de Martí aparecen muy escasos análisis de las circunstancias económicas cubanas —a diferencia de los profundos y frecuentes trabajos en que analiza y efectúa la crítica de las estructuras republicanas latinoamericanas. En Cuba, en la iniciación del país, aquello que en el resto de nuestra América escasamente puede ser planteado como objetivos a lograr en una transformación reformista del ordenamiento republicano, será, en cambio, el punto de partida de la nueva república a fundar.

Y es únicamente porque el Partido es garantía de representación y participación para el cubano *de la emigración* —mientras que la garantía equivalente para los cubanos del país, para los cubanos “de dentro”, está dada fundamentalmente por la presencia de los jefes militares de la contienda anterior que son, para la población rural mayoritaria, la certidumbre de su presentación local y regional— que en los números de *Patria* destinados a profusa circulación en la Isla, y en los documentos dirigidos al cubano del país,³⁸ aparecen concreciones del proyecto republicano relativas a la desactivación, mediante la instauración de la república, de la estructura vigente. “Mañana, cuando se viva eh patria palpitante, y se disputen el triunfo la tradición soberbia y la equidad previsora... cuándo opongamos a una política recortada de preocupaciones con miras al extranjero... la política autóctona y veraz, que está en la explotación inmediata de la riqueza virgen por un pueblo cuyos hijos todos vean seguros sus derechos de hombre...”, entonces ya estará fundándose “un pueblo trabajador y de propia suficiencia”³⁹ y “bregaremos por poner la tierra abierta, con el trabajo inmediato y diverso, a la vida natural, que es la república la única garantía del derecho del hombre y de la independencia del país”.⁴⁰

38 *Ibíd.*, t. 1, p. 398, 1892.

39 *Ibíd.*, t. 2, pp. 296 y 258, 1893.

40 *Ibíd.*, t. 1, p. 479, 1892.

Porque “ancha es la tierra en Cuba inculta, y clara es la justicia de abrirla a quien la emplee, y esquivarla de quien no la haya de usar; y con buen sistema de tierras, fácil en la iniciación de un país sobrante, Cuba tendrá casa para mucho hombre bueno, equilibrio para los problemas sociales, y raíz para una República que, más que de disputas y de nombres, debe ser de empresa trabajo”.⁴¹

Allá, “crece la yerba espesa en los campos inútiles; cunden las ideas postizas entre los industriales impacientes; entra el pánico de la necesidad en los oficios desiertos del entendimiento, puesto hasta hoy principalmente en el estudio literario e improductivo de las civilizaciones extranjeras, y en la disputa de derechos casi siempre inmorales. La revolución cortará la yerba; reducirá a lo natural las ideas industriales postizas; abrirá a los entendimientos pordioseros, empleos reales que aseguren, por la independencia de los hombres, la independencia de la patria”.⁴² “¡Allá, en el bullicio y tropiezos del acomodo, nacerá por fin un pueblo de mucha tierra nueva, donde la cultura previa y vigilante .no permita el imperio de la injusticia...”⁴³

41 *Ibíd.*, t. 2, p. 346, 1893.

42 *Ibíd.*, t. 1, pp. 319-320, 1892.

43 *Ibíd.*, t. 2, p. 380, 1893.

El concepto de República en José Martí⁴⁴

POR IBRAHIM HIDALGO PAZ

“El 10 de abril” es el único texto de José Martí publicado en *Patria* en dos ocasiones, muestra de la importancia y significado de esta fecha para el Maestro. La primera edición coincidió con el vigesimotercer aniversario de la aprobación de la Constitución de Guáimaro, en el día propuesto por el Apóstol para la proclamación del Partido Revolucionario Cubano. Todo induce a pensar que el director del periódico deseaba que ambos hechos quedaran grabados en las mentes y los corazones de los cubanos como una muestra del vínculo entre el primer intento de los patriotas por organizar la república en medio de la guerra, y la voluntad de los revolucionarios del último decenio del siglo XIX de continuar el camino desbrozado por quienes pusieron todo su empeño no solo en independizar a su país del colonialismo español, sino en guiarlo del modo más acertado para lograr que todo el pueblo disfrutara los derechos de hombres y mujeres libres. Se propuso la coincidencia de aquel momento con la “fecha gloriosa [...] en que se proclamó la constitución de nuestra República”, pues le “pareció oportuno *reanudar* en ese día la acción que ha de *continuar*”.⁴⁵ Esta idea la encontraremos en múltiples escritos martianos: la nueva guerra sería continuadora de la gesta de los Diez Años, y no debían olvidarse los ejemplos de patriotismo que nos legaron sus participantes, ni los aciertos y errores en que incurrieron.

44 Este trabajo fue publicado originalmente en *Cuando la luz del mundo crece. Sesquicentenario de la Asamblea de Guáimaro (1869-2019)*, Luis Álvarez Álvarez (comp.), Prólogo de Eusebio Leal Spengler, Colección Esencias, Ediciones El Lugareño, Camagüey, 2019.

45 José Martí: Carta al presidente del club Los Independientes, New York, 2 de abril de 1892, en *Obras completas*, t. 1, p. 361, La Habana, 1963-1973. [En lo sucesivo las referencias en textos de José Martí remiten a esta edición, representada con las iniciales OC, y por ello, solo se indicará tomo y paginación]. Ver, además, José Martí: Carta a Francisco María González, New York, 23 de marzo de 1892, OC, t. 1, p. 345-348. [Los destaques en cursivas son del autor].

El autor relata lo ocurrido aquel día de modo vibrante, con tanta fuerza plástica que nos parece estar ante un documental cinematográfico sobre la entrada a caballo de los orientales, los camagüeyanos, los villareños y los representantes de occidente a la ciudad libre, cuyo nombre quedaría plasmado en la historia. La adjetivación precisa ofrece la imagen colorida de los patriotas congregados en los momentos gloriosos. Pasan ante nuestra imaginación Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Fernando Figueredo, Miguel Jerónimo Gutiérrez, José Joaquín Palma, Salvador Cisneros y, junto a ellos, como muestra de la lucha sin fronteras por la libertad, el polaco Carlos Roloff, “hijo fanático y errante de la libertad”.⁴⁶ En aquellos momentos de 1869 se imponía la necesidad de la unión ante un enemigo que avanzaba con sus tropas experimentadas y provistas de equipamiento bélico moderno contra hombres carentes de instrucción militar, devenidos guerreros en medio de los combates, a los que acudían, en su mayor parte, solo con los instrumentos de labor entre sus manos.

Aquel día de abril fueron aprobados los veintinueve artículos del documento que dio cuerpo legal a la república nueva. *Patria*, en el número citado, lo reproduce bajo el título “Constitución de la República de Cuba”, e incluye grabados de Céspedes y Agramonte.⁴⁷ Fue refrendado “un código donde puede haber una forma que sobre, pero donde no hay una libertad que falte”.⁴⁸ Algunos pondrían más empeño en destacar los defectos de aquel documento y las motivaciones diversas y encontradas de sus gestores; pero Martí hizo énfasis en lo alcanzado en Guáimaro, y valoró acertadamente: “En los modos y en el ejercicio de la carta se enredó, y cayó tal vez, el caballo libertador; y hubo yerro acaso en ponerles pesas a las alas, en cuanto a formas y regulaciones, pero nunca en escribir en ellas la palabra de luz.”⁴⁹ Por primera vez en la historia cubana se ejerció el voto popular, prevaleció la igualdad de todos los ciudadanos y el ascenso militar por méritos de guerra, razón por la cual durante la década gloriosa se formó un Ejército Libertador en cuyas filas se hallaban combatientes de diferentes nacionalidades, como el mejor de sus generales, el dominicano

46 José Martí: “El 10 de Abril”, *Patria*, 10 de abril de 1892 [e igual fecha, de 1894], en *OC*, t. 4, p. 384, La Habana, 1963-1973.

47 Texto y grabados se encuentra en la página 2. En el número de 1894, a estas dos ilustraciones se unen las de Salvador Cisneros Betancourt, Manuel de Quesada y Honorato del Castillo, incluidas todas en las páginas 2 y 3.

48 *Ibídem*, p. 386.

49 *Ibídem*, p. 383.

Máximo Gómez, y se integraron blancos, negros y mestizos, al igual que en su oficialidad.

Se hizo tangible el nacimiento de la república en Cuba, y desde entonces fue inconcebible otra forma de gobierno para nuestro país. El Apóstol proclamó la decisión de fundar “una república justa, con toda la vida adentro, sin exageración de un solo derecho, y sin olvido de ninguno: la revolución que proclamaron en la constitución del 10 de Abril nuestros padres”.⁵⁰

El citado texto martiano fue reproducido en *Patria* dos años más tarde, cuando su autor consideraba cercano el alzamiento armado, aplazado por el mayor general Máximo Gómez, quien indicó la espera del momento adecuado. El experimentado veterano se hallaba en Nueva York precisamente cuando se realizaban las elecciones para los cargos de dirección del Partido. Quizás algún desconocedor de la forma de hacer política característica del Maestro, y de su capacidad para redactar lo adecuado para cada momento, considere que apeló a un artículo ya publicado por carecer de otro a tono con la fecha. Por el contrario, si tenemos presente la valoración martiana de los símbolos patrióticos, y su intencionalidad como líder político, comprenderemos que era oportuno reiterar lo impostergable del esfuerzo unificador en los inicios de la Década Heroica, cuando se estaba abocado a una nueva contienda; debía insistirse en la necesidad del apego y respeto a las leyes, aun en la República en Armas, en momentos de gestación de un nuevo ordenamiento republicano durante la preparación de la guerra; mostrar a las nuevas generaciones el patriotismo de quienes tuvieron que desistir de algunos de sus criterios sobre la forma de conducir esta en aras de alcanzar la urgente e inaplazable coincidencia en los aspectos esenciales que podrían dar nuevo aliento a los combates. Martí reiteraba el deber de continuar la obra inconclusa, al reseñar que, cuando los patriotas incendiaron Guáimaro para que no cayera en poder del enemigo, “en la tierra escondió una mano buena el acta de la Constitución”, y conminó: “¡Es necesario ir a buscarla!”⁵¹ para continuar la obra democrática de los predecesores, y no recaer en los errores conocidos, dispuestos a establecer el equilibrio imprescindible entre las fuerzas diversas, coincidentes en el propósito de eliminar el colonialismo y sus secuelas.

50 José Martí: ‘Aniversario sagrado’, *Patria*, Nueva York, 10 de abril de 1892, *OC*, t, 28, p. 301.

51 *Ibidem*, p. 389. Sobre la visita de Gómez ver Diana Abad: “De las conmemoraciones patrióticas en las emigraciones y de un 10 de abril en Nueva York: Gómez y Martí”, en su *De la Guerra Grande al Partido Revolucionario Cubano*, p. 226-250, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995.

La rememoración del pasado, cercano en el tiempo y vivo en la memoria, nos indica que las más notables referencias del concepto de república elaborado por José Martí las encontramos tanto en los pensadores que lo precedieron y fueron sus coetáneos, como en quienes guiaron a su pueblo al combate contra la opresión. Es cierto que en la formación inicial de su pensamiento político, como en la de generalidad de los cubanos desde principios del siglo XIX, el Apóstol recibió las influencias de las ideas de la Revolución francesa y de los ideólogos de la independencia de los Estados Unidos, pero estas fueron tempranamente superadas, al percibir mediante sus estudios las deficiencias presentes en aquellas, y al asimilar el ideario y el ejemplo de los próceres latinoamericanos, encabezados por Simón Bolívar, lo que resumió en la expresión: “¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!”.⁵² En lo más cercano y raigal, se hallaban el pensar y el hacer de los independentistas cubanos —el iniciador Félix Varela, los batalladores Céspedes y Agramonte—, así como las manifestaciones de respeto a la ley y el orden constitucional de hombres de la talla de los mayores generales Antonio Maceo y Máximo Gómez, paradigmas de los ciudadanos de todos los tiempos,⁵³ a los que se unían otros oficiales que expresaron, en carta dirigida al Delegado, su decisión de, “al preparar una república, poner en todos los actos de su preparación el equilibrio y disciplina indispensables en la constitución republicana.”⁵⁴

Los estudiosos de la vida y la obra de Martí situamos el concepto de *república* en el centro de su pensamiento y su actuar político e ideológico, por lo cual ha sido objeto de análisis y valoraciones desde diversos ángulos, perspectivas y proyecciones por autores que a lo largo del siglo XX, y en

52 José Martí: Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893, en *OC*, t. 8, p. 244. En su ensayo cenital de 1891 había dicho: “Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india”. (José Martí: *Nuestra América*, p. 14, Edición crítica, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000). Sobre las influencias ideológicas ver Paul Estrade: “José Martí y la Revolución Francesa”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 12: 175-185, La Habana, 1989.

53 Ver Armando Hart Dávalos: “Cultura jurídica de la nación cubana”, en *Honda*, 20: 3-5, La Habana, 2007.

54 Carlos Roloff *et al.*: A Sr. José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano, Key West, 14 de julio de 1892, en *Destinatario José Martí*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual, 2.^a ed., p. 303, Casa Editorial Abril, La Habana, 2005. (El texto fue escrito por Martí).

la actualidad, han prestado atención al mismo, y de los cuales solo mencionaré aquellos más frecuentemente releídos y citados por quien escribe estas páginas, pues de otro modo la relación sería muy extensa. Emilio Roig de Leuchsenring ocupa lugar principal, como uno de los pioneros en el estudio del término en todos sus aspectos, tratados de modo profundo y radical en libro de 1943;⁵⁵ dos años antes, Jorge Mañach había abordado el tema en un folleto dedicado al pensamiento martiano;⁵⁶ el asunto fue retomado por Ramón Infiesta en una publicación de 1953.⁵⁷ Otros autores, a partir de 1959, han profundizado y sistematizado aún más en el proceso de formación del concepto, y entre ellos considero de especial importancia los trabajos de Ramón de Armas, por su análisis de las diversas aristas de tan complejo tema;⁵⁸ de magnitud similar, por sus resultados, es el capítulo dedicado por Paul Estrade a la república democrática, en una de sus obras más abarcadoras;⁵⁹ se destacan, asimismo, los trabajos de José Cantón Navarro, Pedro Pablo Rodríguez, Jorge Ibarra, Carlos Rafael Rodríguez, Eduardo Torres-Cuevas y otros.⁶⁰

55 Emilio Roig de Leuchsenring: *La República de Martí*, del ciclo de conferencias martianas organizado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, ofrecida en el Palacio Municipal, el 16 de julio de 1941, La Habana, 1943.

56 Jorge Mañach: *El pensamiento político y social de Martí*, Edición Oficial del Senado, La Habana, 1941.

57 Ramón Infiesta: *El pensamiento político de Martí*, Cátedra Martiana, III Curso, 1952, Imprenta de la Universidad de La Habana, 1953.

58 De Ramón de Armas solo mencionaré dos de los trabajos sobre el tema: el capítulo dedicado al mismo en *La Revolución pospuesta. Contenido y alcance de la revolución martiana por la independencia*, p. 57-63, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975 y “La República cubana de Martí”, en *Casa de las Américas*, 13: 44-50, La Habana, ene.-feb., 1973.

59 Paul Estrade: *José Martí. Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*, Ediciones Doce Calles, S. L., Madrid, 2000.

60 La relación de los textos de estos autores relacionados con el tema haría muy voluminosa esta nota, por lo que sólo menciono los indispensables: de José Cantón Navarro, el cap. VI de *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo*, Dirección Política de las FAR, La Habana, 1970; de Pedro Pablo Rodríguez: “La idea de la liberación nacional en José Martí”, en *Anuario Martiano*, 4, Publicado por la Sala Martí, Dpto. Colección Cubana, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1972; de Jorge Ibarra, el cap. V de *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario*, Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 1980; de Carlos Rafael Rodríguez: “Martí, guía de su tiempo y anticipador del nuestro” en *José Martí, guía y compañero*, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, La Habana, 1979; y de Eduardo Torres-Cuevas: “Las clases sociales en Cuba y la Revolución Martiana”, en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 1, La Habana, ene.-abr., 1983.

Los aportes de estos autores me exigen de la necesidad del tratamiento de los múltiples aspectos comprendidos en el concepto martiano de *república*, por lo que centraré mi atención en aquellos que considero pueden constituir motivo de ampliación o de ratificación.

Debe insistirse en las circunstancias históricas en la que Martí concibió el ordenamiento republicano de su país. Era necesario guiar la actuación de hombres y mujeres que en la Isla y en las emigraciones radicadas en varios países se habían formado un ideal de la patria libre, fundado en la tradición de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y en los conceptos, criterios, opiniones o vivencias adquiridos en el estudio, la lectura, los discursos y comentarios leídos y escuchados, o por el contacto directo con realidades positivas y negativas en las naciones donde se vieron obligados a vivir.

En su intensa formación como dirigente político, Martí comprendió que aquellas ideas, en su mayor parte difusas, imprecisas y a veces contradictorias podían encontrar cauce, si no hallaban a tiempo otra vía, en las dos corrientes político-ideológicas que de antaño pretendían ganar para sí las conciencias mayoritarias: el reformismo-autonomismo y el anexionismo. Por tanto, el independentismo no debía continuar apareciendo ante el pueblo cubano solo como una opción alternativa al coloniaje hispano, sino también a cualquier otro criterio, idea o proyecto. Debía ganarse el sentimiento patriótico y, a la vez, el pensamiento de los más amplios sectores de la población, incluso, el de quienes no tenían hacia Cuba el amor que movía a la entrega y el sacrificio.

Se imponía el enfrentamiento a las concepciones que contradecían, sutil o abiertamente, la aspiración a la plena y absoluta independencia de la mayor de las Antillas, que concebían formas de organización económica y política que solo traerían nuevas dependencias y la continuación, al frente del país, de la oligarquía explotadora, con la consiguiente exclusión de las amplias masas. Era necesario elaborar un proyecto alcanzable, enraizado en el ideal y las tradiciones republicanas del pueblo, capaz de unir tras de sí no solo a quienes deseaban la independencia y luchaban por ella, sino a todos los que concebían el sacrificio patriótico como un modo de lograr la justicia social, la equidad, el respeto a los derechos fundamentales y a la dignidad plena del hombre.

Martí se propuso que la mayoría de la población conociera y compartiera la nueva concepción revolucionaria, pues: “Un pueblo, antes de ser llamado a guerra, tiene que saber tras de qué va, y adónde va, y qué le

ha de venir después”.⁶¹ La convocatoria al enfrentamiento bélico debía estar precedida por una compleja y paciente labor de convencimiento, mediante la cual se fueran anulando las dudas sobre la posibilidad de la victoria militar, a pesar de los dolorosos fracasos de las dos guerras pasadas y los otros intentos infructuosos; se lograra además la unidad de las distintas tendencias dentro del movimiento patriótico; coincidieran los elementos fundamentales que conformaban la nacionalidad cubana; y, en fin, se generalizara el convencimiento de la capacidad de los cubanos para el gobierno propio, sin tutelas hispanas o estadounidenses.

El ideal de *república* fue una de las principales motivaciones que sustentaron el apoyo mayoritario de las emigraciones cubanas y puertorriqueñas al llamado a una nueva etapa de confrontación bélica. Los postulados del Maestro lograron la unidad requerida porque respondían a los reclamos de los diferentes sectores políticos, económicos y sociales, representativos de la nacionalidad cubana y de los españoles honestos —cuyos intereses no dependían del gobierno ibérico, y afincaban sus raíces en la realidad autóctona—, y porque aspiraban a darles soluciones propias a los problemas autóctonos. Se opuso en todo momento a seguir las fórmulas empleadas en países europeos, en Nuestra América o en los Estados Unidos, pues concebía una forma de organización diferente a las que existían en su época, una sociedad a la que “no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano.”⁶²

Los aspectos que definen la concepción martiana de *república nueva* deben ser considerados integralmente, como una unidad, pues constituyen un sistema de transformaciones que traerían aparejados no solo una forma de gobierno opuesto al de la colonia, sino un orden social diferente al impuesto por el poder hispano. Ello implicaba un cambio radical en la esencia de los métodos y objetivos de la dirección estatal, que se propondría liquidar los vínculos de dependencia económica, para cuyo logro se distribuirían las tierras ociosas, con el fin de ampliar la pequeña

61 José Martí: Carta a J. A. Lucena, New York, 9 de octubre de 1885, en *OC*, t. 1, p. 186. Para la elaboración del resto del trabajo tomo fragmentos de los textos “El Partido Revolucionario Cubano: guerra y democracia”, “Democracia y participación popular en la República Martiana” y “Reconquistar al hombre. *Notas sobre la Revolución de José Martí*”, recogidos en mi libro *Partido Revolucionario Cubano: independencia y democracia*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010.

62 José Martí: “Los pobres de la tierra”, *Patria*, Nueva York, 24 de octubre de 1894, *OC*, t. 3, pp. 304-305.

y mediana propiedad agrarias en detrimento del latifundio. Esta medida propiciaría la ampliación de los renglones productivos y la potenciación del mercado interno. Por otra parte, se desarrollaría la industrialización basada preferentemente en los recursos propios, así como la recepción de inversiones extranjeras que no afectaran la soberanía nacional, todo lo cual haría posible el comercio con los países del mundo en condiciones favorables, basadas en el respeto mutuo. Paralelamente, como base esencial, se democratizaría la vida política, social y cultural del país, haciendo prevalecer la plena igualdad de derechos, a fin de propiciar el equilibrio entre las distintas clases sociales, la abolición de toda forma de discriminación, y el pleno acceso a la educación y las manifestaciones de la cultura. Para que estos cambios fueran realizables, era indispensable el establecimiento de mecanismos de participación de los ciudadanos, esencial en todo el proceso de cambios iniciado desde el período de preparación de la contienda,⁶³ tema en el que insistiré más adelante.

La garantía de la unidad nacional para el enfrentamiento a los retos que la especial situación de Cuba presentaba al movimiento revolucionario se hallaba precisamente en el ordenamiento político, económico y social, basado en el pleno respeto a las leyes que el país se diera, elaboradas por un gobierno en el que todas las fuerzas sociales tuvieran una equitativa representación, como aparece esbozado en anotaciones del Maestro: “Ha de tenderse a una forma de gobierno en que estén representadas todas las diversidades de opinión del país en la misma relación en que están sus votos”.⁶⁴ La minoría tendría también representantes, como portadora de criterios, aunque no adoptaría necesariamente la actitud de obligada oposición, sino de consejera amiga.

Una dirección política así estructurada y elegida actuaría, sin dudas, al servicio de los intereses mayoritarios de la nación, y las disposiciones

63 Los aspectos fundamentales de la república martiana han sido abordados por diferentes autores, entre los que destacaremos a Pedro Pablo Rodríguez: “La idea de la liberación nacional en José Martí”, en *Anuario Martiano*, 4, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1972, y “Prólogo” a José Martí: *El Partido Revolucionario Cubano y la guerra*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978; Eduardo Torres Cuevas: “El proyecto inconcluso de José Martí”, en Eduardo Torres Cuevas *et al.*: *El alma visible de Cuba. José Martí y el Partido Revolucionario Cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984; Ramón de Armas: “José Martí: su república de mayoría popular”, en *Revista de Ciencias Sociales*, 1-2, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico, enero-junio 1990; y Jorge Ibarra: ob. cit., cap. V.

64 José Martí: Fragmentos 185 y 186, *OC*, t. 22, p. 108-109. Ver: Jorge Ibarra: ob. cit., pp. 218-220.

legales que de ella emanaran favorecerían el desarrollo e independencia del país. No era este un propósito que alcanzaría éxito sin enfrentar a quienes deseaban continuar en el ejercicio del “señorío vejatorio”. Martí había advertido que el pueblo está hecho “del acomodo, que acapara, y de la justicia, que se rebela”,⁶⁵ de las opiniones y derechos de todos sus hijos, y no solo de los de una parte de ellos, y que “la condición única de paz [...] es aquella en que no haya un solo derecho mermado”.⁶⁶ Los cubanos tenían ante sí el poder de la metrópoli, contra el cual podrían luchar y alcanzar la victoria; pero con esta no quedaría el país limpio de las lacras que cuatro siglos de dominación colonial habían entronizado en las costumbres y en las conciencias de la mayoría. El “empedernido espíritu colonial, que quedará hoceando en las raíces mismas de la república” era un peligro real, que podría conducir al debilitamiento interno y, por tanto, hacer vulnerable la nación ante los avasalladores apetitos del vecino norteño. Por ello, Martí expresó, radicalmente: “A quien merme un derecho, córtesele la mano”.⁶⁷

El empeño común que nucleaba a las grandes masas de las emigraciones y de la Isla era la libertad de la patria; pero esta sería nula si al día siguiente del triunfo revolucionario se establecía una renovada forma de dominio despótico. En la base constitutiva de la *República nueva* se halla el respeto al individuo: “Su derecho de hombres es lo que buscan los cubanos en su independencia; y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre”.⁶⁸ En el ideal martiano, el mejoramiento humano, la potenciación de las virtudes ciudadanas, solo puede alcanzarse mediante “el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre”,⁶⁹ con lo cual se fortalecería la nación frente a quienes solo aspiraban a sustituir a los mandatarios hispanos, a continuar la mala tradición de despreciar las necesidades y opiniones de las mayorías y a generalizar la desconfianza paralizante desde posiciones autocráticas y dogmáticas.

65 José Martí: “Los cubanos de afuera y los cubanos de adentro”, *Patria*, 4 de junio de 1892, *OC*, t. 1, p. 480.

66 José Martí: “Los pobres de la tierra”, ob. cit., *OC*, t. 3, p. 304.

67 José Martí: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución y el deber de Cuba en América”, *Patria*, 17 de abril de 1894, *OC*, t. 3, p. 140.

68 José Martí: Discurso en el *Liceo Cubano*, Tampa, 26 de noviembre de 1891, *OC*, t. 4, p. 273.

69 José Martí: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano [...]”, ob. cit., *OC*, t. 3, p. 139. En otra ocasión el Apóstol expresó: “Solo el ejercicio general del derecho libra a los pueblos del dominio de los ambiciosos”. “Cartas de Martí”, *La Nación*, Buenos Aires, 27 de enero de 1884, *OC*, t. 9, p. 488.

El riguroso respeto a los principios enunciados garantizaría el equilibrio social indispensable para la prosperidad general, imposible de lograr sin una adecuada distribución de la riqueza. Con el advenimiento de la libertad racional —en la que el hombre encontraría un equilibrio armónico entre sus necesidades materiales y espirituales y el modo de satisfacerlas— quedaría establecido “un sistema equitativo de distribución de los productos del trabajo”, y satisfechas de ese modo las aspiraciones a la justicia social, lo que no significaba “llegar a nivelaciones ilusorias e injustas”, sino que “pudiese el trabajador vivir con decoro y sosiego”.⁷⁰

Pero esto sería insuficiente. La defensa del derecho del ser humano a una vida digna en lo económico es inconcebible sin su plena participación en la vida política del país, sin la posibilidad real de expresar sus opiniones en cuanto atañe a la toma de decisiones, la fiscalización y el control de la aplicación de estas, y a su actuación al respecto. No se trata solo de la movilización de los ciudadanos durante la fase del cumplimiento de proyectos ya concebidos, sino del acceso a los espacios de discusión de estos, a fin de contribuir con sus experiencias e ideas a su elaboración.⁷¹

No esperó el Apóstol a que la independencia trajera aparejadas todas las condiciones propicias para el máximo despliegue participativo. Desde los primeros pasos organizativos de la guerra de liberación estableció mecanismos conducentes hacia tal objetivo, pues solo de este modo podía lograrse el sentido de pertenencia a una obra donde debían aunarse voluntades y esfuerzos. Un efecto contrario hubiera ocasionado asumir modos elitistas de establecer las relaciones entre dirigentes y dirigidos, con la primacía de la burocratización, la excesiva centralización y formalismos que paralizarían el intercambio de proposiciones, preocupaciones y soluciones, con la consiguiente marginación y el retraimiento de las masas en la práctica cotidiana, ámbito donde se forman realmente los ciudadanos. La falta de flujo y reflujo informativo aísla a las dirigencias en una cúpula inaccesible que solo genera instrucciones verticalistas y descendentes, con total alejamiento de las palpitaciones contradictorias de la vida real. Hay que “aparearse de la fantasía, que echar pie a tierra con

70 José Martí: “Correspondencia particular de *El Partido Liberal*”, *El Partido Liberal*, México, 4, 5 y 6 de noviembre de 1886, en *Otras crónicas de Nueva York*, investigación, introducción e índice de cartas de Ernesto Mejía Sánchez, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1983, pp. 67-68 y 69; ver pp. 74 y 76.

71 Ver Rafael Hernández y Haroldo Dilla: “Cultura política y participación popular en Cuba”, *Cuadernos de Nuestra América*, 15: 111-115, La Habana, julio-diciembre de 1990.

la patria revuelta”,⁷² expresó el Maestro, quien hizo cuanto pudo a fin de evitar tales deformaciones.

Para llevar a cabo aquel *ensayo de república* en las emigraciones, Martí propició la fundación del Partido Revolucionario Cubano, estructurado y dirigido de modo que, a la vez, formara a los combatientes para la guerra de liberación y a los ciudadanos para la *república nueva*. Por iniciativa del Maestro, para ingresar al Partido cada club existente o de nueva creación debía someter a discusión y análisis las *Bases* y los *Estatutos secretos*, y recibir de sus asociados la aceptación de los objetivos programáticos, la estructura organizativa y los novedosos métodos de dirección establecidos en ellos.

No obstante la claridad expositiva de los *Estatutos*, fue preocupación del Apóstol aclarar aún más su contenido, e insistir sobre los mecanismos para fiscalizar la actuación de los funcionarios electos, derechos inalienables de los clubes y de los Cuerpos de Consejo. En una de las comunicaciones al respecto, explicó que la creación de estos últimos como instancia intermedia respondía a la idea democrática de someter al ejecutivo del Partido a “la revisión continua de sus actos por muchos ojos a la vez”, pues la actuación del Delegado “no debe prescindir del examen y vigilancia a que le sería fácil escapar en el trato con las Asociaciones aisladas”. Gracias a la estructura creada, y a la rendición de cuentas anuales, estas podían conocer y someter a crítica la actuación de los dirigentes. Por otra parte, los clubes tenían reservados “sus derechos totales de inspección, proposición y reforma”, y por medio de sus presidentes ejercerían “los derechos de objetar, proponer y deliberar [...] en los asuntos generales del Partido”.⁷³

Aquellas formulaciones no eran aisladas u ocasionales, sino parte integrante de su concepción de la vida democrática de la organización en su vida pública, abierta, pues era evidente que en todo lo referente a la preparación de la guerra no podían utilizarse procedimientos que pusieran al enemigo al tanto de los avances conspirativos. Resumió su visión de la diferencia en breves frases: “La república, sin secretos [...] En revolución, los métodos han de ser callados; y los fines, públicos”, por lo cual incitaba a los funcionarios de las organizaciones de base para que no se abandonasen a la presentación del “deber seco, y al deseo vago de la independencia”.⁷⁴

72 José Martí: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano [...]”, ob. cit., *OC*, t. 3, p. 140.

73 José Martí: A los presidentes de los *clubs* del Partido Revolucionario Cubano en el Cuerpo de Consejo de Key West, New York, 16 de mayo de 1892, *Epistolario*, t. III, pp. 102 y 103.

74 José Martí: “Las expediciones, y la revolución”, *Patria*, 5 de agosto de 1892, *OC*, t. 2, p. 93.

Les pedía congregar a los afiliados “para pensar en estas cosas, para cultivar este ideal”, y hacer de los clubes entes vivos, “penetrados de esta idea entusiasta y nueva”.⁷⁵

Procedimientos conocidos por su eficacia para estos objetivos eran el desarrollo del diálogo y el debate era una constante preocupación del Maestro. Por su amplio conocimiento de la naturaleza humana, el Apóstol sabía que la unanimidad de criterios es imposible, y que la unidad de pensamiento solo podría alcanzarse mediante el libre intercambio de opiniones y la confrontación de argumentos, pues la coincidencia de ideas en modo alguno supone “servidumbre de la opinión”, sino la concordancia en los propósitos esenciales y en la actuación personal y colectiva para lograrlos. Al respecto, señaló: “las garantías firmes de la paz [...] son el debate franco de las aspiraciones del hombre, siempre al fin conformadas a la realidad y a su naturaleza, y el deseo brioso de toda especie de mejoramiento, por donde los pueblos se salvan de la anemia y de la tiranía. Solo la opresión debe temer el ejercicio pleno de las libertades”.⁷⁶

El diálogo es indispensable para la formación y transmisión de nuevos valores, con los que se lograría el cambio de percepción de determinadas ideas prevalecientes en la sociedad, como la discriminación y la represión a la libertad de pensamiento. Del primero de estos temas se destaca el antirracismo martiano, pues no era solo un factor político imprescindible para la unidad nacional en un pueblo formado por las variadas mezclas de seres humanos de las más diversas regiones geográficas, con una infinita gama de matices en el color de sus pieles, y recién salido del régimen esclavista, sino también formaba parte de su concepción humanista: “Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de razas”,⁷⁷ dijo en un ensayo trascendental; y en otro expresó: “Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro”.⁷⁸

El racismo, elemento corrosivo del movimiento revolucionario, había estado presente en la Guerra de los Diez Años, fue uno de los factores del fracaso de la Guerra Chiquita y constituía un arma en manos del astuto

75 José Martí: A los Sres. Presidentes de los *Clubs* en el Cuerpo de Consejo de Key West, New York, Dic. 30, 1893, *Epistolario*, t. III, p. 495.

76 José Martí: “El Partido Revolucionario a Cuba”, *Patria*, 27 de mayo de 1893, *OC*, t. 2, p. 346.

77 José Martí: “Nuestra América”, *La Revista Ilustrada de Nueva York*, Nueva York, 1.º de enero de 1891, reproducido en *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891, *OC*, t. 6, p. 22.

78 José Martí: “Mi raza”, *Patria*, 16 de abril de 1893, *OC*, t. 2, p. 299.

régimen colonial. La campaña sobre una supuesta “guerra de razas” era permanente, y contra ella mantuvo el Apóstol un enfrentamiento sin tregua. Cuando en los campos de Cuba ya se luchaba por la libertad de todos los hombres y mujeres de cualquier color de la piel, denunció una vez más el supuesto miedo a la “raza negra” como una forma de encubrir la cobardía personal y el verdadero temor a una revolución triunfante, que barrería con las causas de la marginación de una parte imprescindible de nuestro pueblo. “Solo los que odian al negro ven en el negro odio”,⁷⁹ escribió entonces.

Pero la discriminación no desaparecería en la república futura solo por la aprobación de las mejores leyes y disposiciones, sino mediante un proceso lento de transformaciones de las conciencias. Durante las etapas de confrontación bélica se habían estrechado las relaciones entre los seres de las más diversas pigmentaciones y nacionalidades en un gigantesco crisol nacional: blancos, negros, mulatos, asiáticos, europeos, estadounidenses, caribeños y latinoamericanos unieron acción y pensamiento, sangre y sudor en el noble objetivo de hacer independiente a la mayor de las Antillas.

De modo semejante había ocurrido este proceso en las emigraciones durante la Década Heroica y la Tregua Fecunda. En esta última etapa, Martí estuvo presente en todo proyecto que propiciara la organización política y las relaciones humanas, como en la Sociedad de Instrucción *La Liga*, de la cual apreciaba particularmente la posibilidad de contribuir a elevar la cultura y la autoestima de los negros y mulatos cubanos y puertorriqueños, no solo porque les permitiría el acceso a un mundo espiritual vedado por la ignorancia, sino porque, al encontrarse en las aulas, podrían obtener de los libros sus lecciones “con los fuegos y choques de la conversación”,⁸⁰ así como aprender y enseñar en el intercambio vivo de información y experiencias.

Con la mirada puesta en la república futura, Martí abordó el tema de la discriminación racial también desde las consideraciones del Derecho. Toda forma de discriminación atenta contra la justicia: “La paz pide los derechos comunes de la naturaleza: los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz”; por ello son igualmente erróneas las posiciones de quienes se abroquelan en la defensa de las personas de un color u otro, pues los esfuerzos deben dirigirse a sustentar los

79 José Martí: *El Manifiesto de Montecristi [...]*, ob. cit., p. 16.

80 José Martí: “Los lunes de ‘La Liga’”, *Patria*, 26 de marzo de 1892, OC, t. 5, p. 253.

derechos humanos: “El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos”.⁸¹ Y cuando aparezcan manifestaciones de discriminación, sea quien fuere el que las practique, por erróneas consideraciones personales o valiéndose de una autoridad mal ejercida, los fundamentos democráticos de la República encauzarán las denuncias pertinentes, impedirán las prácticas equivocadas o abusivas, y posibilitarán el verdadero ejercicio de los principios humanistas, en bien de la patria indivisible, multicolor en su única etnia cubana.

Así debían formarse todos los ciudadanos de la *república nueva*, en el amor a su país, en el conocimiento de sus deberes y derechos y en el convencimiento de que la independencia de la nación solo estaría garantizada con la del individuo. Al inicio de su labor patriótica había expresado que “ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse”.⁸²

Uno de los más deleznable vicios que podría heredar la república, y que debía enfrentarse desde la preparación de esta, era la represión colonialista contra las manifestaciones diferentes a la política oficial. Tanto las temían, que ni siquiera los autonomistas disfrutaron de las libertades necesarias para el cuestionamiento de los males imperantes en su época. La censura se ejercía de modo particular cuando eran abordados temas como la abolición de la esclavitud —hasta su eliminación legal en 1886—, la presencia de la Iglesia católica como un elemento del poder colonial, el derecho a la propaganda sobre la creación de un gobierno realmente autonómico, o acerca de la independencia.

Por el contrario, Martí insistía en la tolerancia a las opiniones disímiles: “El respeto a la libertad y al pensamiento ajenos [...] es en mí fanatismo”.⁸³ Desacertaba quien excluyera a los que concibieran las soluciones con tibieza o buscaran estas con ansias desenfrenadas, pues no se trataba de imponer un pensamiento, sino de servir a la patria con el estudio adecuado de los elementos que la componen, y hallarse dispuestos a comprenderlos y encauzarlos en lugar de despreciarlos por soberbios o menguados, por cultos o ineducados. Con las capacidades y limitaciones que las caractericen, cada persona puede formarse un juicio, y debe encomiarse la honradez de

81 José Martí: “Mi raza”, ob. cit., *OC*, t. 2, pp. 299 y 298, respectivamente.

82 José Martí: “El *Poema del Niágara*”, 1882, *OC*, t., 7, p. 230.

83 José Martí: Carta al general Máximo Gómez, New York, mayo 12, 1894, *OC*, t. 3, p. 166.

expresarlo con franqueza, sin temor al error, pues este puede rectificarse. Deshonesto es quien “desea para su pueblo una generación de hipócritas y de egoístas”,⁸⁴ incapaces o temerosos de decir lo que sienten y piensan, con la mente puesta solo en sus intereses personales, sin tener en cuenta los de la colectividad.

Es necesario propiciar la participación, el diálogo, el intercambio sincero de puntos de vista, pues en la sabiduría colectiva se encuentran soluciones mejores que las elucubradas en una sola mente, por muchas dotes que posea. A la diversidad de opiniones no hay que temer, sino a la falta de ellas, muestra de pobreza espiritual y sumisión del pensamiento, con las cuales no se forjan naciones fuertes, sino colectividades aborregadas. Conocedor de estas verdades, el Apóstol dedicó lo mejor de sus años y de su intelecto a fundar una república democrática, cuya garantía de sobrevivencia se halla en la plena participación del pueblo.

En la concepción martiana, el elemento esencial de la nación es el ser individualmente considerado, cuya unión constituye el pueblo, que deviene así no un ente abstracto y amorfo, sino un conglomerado de personas, cada una digna de respeto: “ese respeto a la persona humana que hace grandes a los pueblos que lo profesan y a los hombres que viven en ellos, y sin el cual los pueblos son caricaturas, y los hombres insectos”.⁸⁵ Considerado de este modo, el concepto de pueblo gana una dimensión concreta que hace factible el mejor entendimiento del criterio de la relación individuo-sociedad.

Con tales principios se construiría la república justa, democrática, “con todos, y para el bien de todos”. No es casual que el discurso de Martí conocido por su frase final se halle al comienzo de la etapa de fundación del Partido Revolucionario Cubano, organizador de la guerra necesaria para alcanzar la independencia. En estas pocas palabras se resume lo esencial del programa de la nueva ordenación política concebida por el Maestro.

Con todos los integrantes de la nación debía alcanzarse la patria independiente. Solo quedarían excluidos quienes se apartaran por soberbia o por

84 José Martí: Lectura en Steck Hall, Nueva York, 24 de enero de 1880, *OC*, t. 4, pp. 188-189. Ver Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868 en Masonic Temple, Nueva York, 10 de octubre de 1887, *OC*, t. 4, pp. 218-220.

85 José Martí: “Carta a *La República*”, *La República*, Honduras, 14 de agosto de 1886, *OC*, t. 8, p. 20. En el “Discurso en Tampa” señala: “Su derecho de hombres es lo que buscan los cubanos en su independencia; y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombres”, *OC*, t. 4, p. 273.

apego obediente al amo extranjero. La obra de unidad exigía el esfuerzo máximo, pues habrían de juntarse cubanos y españoles, negros y blancos, hombres y mujeres, obreros y propietarios, civiles y militares, los de la Isla y los de las emigraciones. Se hallaban en juego tanto la independencia del país como la nacionalidad cubana; la libertad política como la cultura autóctona; el peligro de continuar siendo colonia de España, como el de convertirse en una dependencia de los Estados Unidos. Y ante peligros de tal magnitud no cabía la ensoñación de lograr la unanimidad en cada propuesta, sino la unión en los objetivos inaplazables: el logro de la independencia nacional, la soberanía popular y la justicia social.

Con todos los que compartieran estos fines se haría el esfuerzo común. Cuba debía salvarse “de los peligros de la autoridad personal y de las disensiones en que, por falta de la intervención popular y de los hábitos democráticos en su organización, cayeron las primeras repúblicas americanas.” La garantía del éxito radicaba en la incorporación de las grandes mayorías de patriotas a la empresa de romper todas las ataduras al régimen colonial ibérico. Y quien convocaba a tal fin, no podía comenzar por tratar de imponer condiciones inaplicables al conglomerado heterogéneo que constituye el pueblo. Solo el pensamiento creador posibilitaría el acceso al gobierno propio, en el que no creían los políticos imitadores, de prosapia antinacional.

No buscaba el nuevo sacrificio “la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yanqui, sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro, sin miedo canijo de unos a la expresión saludable de todas las ideas y el empleo honrado de todas las energías”. El Maestro advirtió sobre los peligros internos: la presencia de hábitos coloniales en la preparación de la contienda, y la perpetuación de la colonia en la república futura: “De España hemos de ser independientes [...] Y de los vicios sociales, tales como el despotismo y soberbia de nuestra opinión, la falta de respeto a la opinión ajena”.⁸⁶

El bien de todos no es una frase ocasional en el discurso martiano. Constituye un objetivo programático. El bien no alude solo al bienestar material, sino además a las condiciones favorables para la plena realización espiritual del individuo y la colectividad. Pero es obvio que sin los recursos

86 Este y el fragmento anterior han sido tomados de J. Martí: “Cuatro clubs nuevos”, *Patria*, 14 de enero de 1893, en *OC*, t. 2, pp. 196 y 195, respectivamente. El primero de este párrafo corresponde a “Discurso en Tampa”, *OC*, t. 4, p. 273.

que garanticen la subsistencia es difícil alcanzar la plenitud del ser humano. Como apunta Medardo Vitier, “el bien supone bienes, o, de otro modo, queda infecundo en la contemplación no más.” En la proposición martiana lo material está conciliado con lo moral, pues su logro no se proyecta hacia fines egoístas, sino para la satisfacción de todos, expresión que no alude a “la colectividad abstracta sino [a] la suma de los individuos”. Al expresar los objetivos a alcanzar en la república, Martí habla —agrega Vitier— sobre “el bien de cada uno, no la referencia vaga a lo colectivo”.⁸⁷ La revolución habría de propiciar que cada ciudadano alcanzara una vida digna, no mediante un ilusorio igualitarismo económico nivelador, sino por el trabajo y el esfuerzo de cada cual. La revolución habría de lograr, al mismo tiempo, que el bien sea de todos, no de un grupo de favorecidos que justificaría su encumbramiento por supuestos servicios a la sociedad, y en realidad verdaderos portaestandartes del más feroz individualismo, porque se practicaría a nombre del colectivismo.

Para lograr la movilización de las masas tras un proyecto emancipatorio, este ha de tener en cuenta la lección política del Maestro: la sociedad democrática que se postula ha de organizar la producción y la distribución de la riqueza de modo que sean satisfechas las necesidades materiales y espirituales de cada individuo, y ha de alcanzar la genuina solidaridad, al superar el individualismo mediante la potenciación de los valores humanos. El núcleo central del aludido discurso martiano se resume en las siguientes palabras:

yo quiero que la Ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre [...] O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre,—o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños.⁸⁸

Hagamos que cada día sus ideas se conviertan en realidad.

87 Esta y la primera cita en el párrafo son de Medardo Vitier: “Doctrina social. III”, en *Valoraciones*, Universidad Central de Las Villas, Departamento de Relaciones Culturales, 1960, t. I, p. 424 y 425, respectivamente; el otro fragmento es de “Doctrina social. I”, en p. 420.

88 José Martí: “Discurso en Tampa”, *OC*, t. 4, p. 270.

Con Cintio Vitier sobre José Martí: Cosmovisión Humanista Americana

Félix Guerra (F. G.): Ni Cintio, al internarse en los asuntos, ni yo al emplazar, pensábamos en un grupo de preguntas ni en el cuestionario al uso. Creyó Cintio y coincidí yo, que se trataba de interrogantes, algunas implícitas desde hace mucho y suspendidas en la atmósfera finisecular de estos años. Descubríamos en los diálogos, en estas indagaciones en que se trasmutan ciertas charlas, que una mayoría de respuestas debían reformularse y que las interrogantes se reformulaban incesantes en un caldo de conceptualizaciones que de forma silvestre y optimista me atreví a llamar renacentista. ¿Es la posmodernidad —me cuestionaba— lo que nos impele, como ayer fue la modernidad y antes los aires de cada ciclo de la historia? ¿La posmodernidad es solo lo que nos afirman que es, o es además y sobre todo lo que nosotros en cada latitud queramos que sea, agregando y relegando, interpretando y priorizando, ya que ningún post, pasado ni futuro, es producto divino o previamente definido en laboratorios sacros de pensamiento? Quizás, hemos intuitido, cada uno con matices y sesgos diferentes, que posmodernismo o como se llame, significa entre nosotros también la ocasión oportuna para «reciclar» a Martí (o cualquier otra suma en letargo en la historia), para decirlo en jerga ecológica, y es además la necesidad epocal, imprescindible siempre, de colocar en los grandes diálogos contemporáneos de la nación y la humanidad las palabras mayores pronunciadas por los fundadores de culturas, la nuestra, la americana, la hispanoamericana, la mundial. Solo volver sobre Martí y releer con ojos renovados y renovadores, justifica y nos hace agradecer cualquier post de reciente estreno, en particular si para salir a recibir no vestimos levitas o alguna otra prenda escolastizada. Tanto al interrogar como al intentar abordar algunas de las visiones posibles, se advierte de inmediato que los asuntos tratados no son de dos criaturas ni de una mañana, sino que

resultan tareas colectivas, de la nación, multidisciplinarias, con futuridad inminente y urgencia de replanteos corales.

F. G.: El humanismo, en sus tradiciones griegas y romanas y después en su conversión a doctrina del Renacimiento es, sobre todo, si olvidamos los enunciados de culturas y religiones llamadas orientales, un producto europeo. El humanismo de Martí, edificado en una coyuntura de separación entre Europa y América, de independencia del Nuevo mundo de las metrópolis del Viejo mundo, en una situación en que el hombre que protagoniza con el verbo y la pluma, tanto en versos como en prosa, encarna nuevos idearios y es un ser unitivo, conectivo, universalizado con toda sustancia planetaria puesta a su alcance, ¿qué retiene y en qué se aleja de los patrones europeos?

Cintio Vitier (C. V.): El humanismo europeo de Martí, en cuanto a información y disfrute, se pone de manifiesto en textos como su elogio de Cecilio Acosta, donde revela un enciclopedismo a la altura del sabio venezolano. Recientemente apareció el estudio de Luis Álvarez sobre la oratoria martiana (Premio Casa de las Américas) en que se demuestra e ilustra exhaustivamente su creadora recepción de las enseñanzas latinas. En años de helenismos ornamentales, a propósito de la poesía de Francisco Sellén, puso el acento en lo griego fundamental; y si repasamos su olvidada traducción juvenil de Anacreonte sentiremos el sabor de un vino que no supieron destilar en español, respetando el zumo primigenio, ni Meléndez Valdés ni... Quevedo. Del tránsito de la Edad Media al Renacimiento su figura tutelar fue Dante, que ilumina sus *Versos libres* y todo lo secretamente autoral de su prosa mayor, desde el Prólogo a «*El Poema del Niágara*» de Pérez Bonalde. Lo que él retiene de la herencia humanística europea es lo que puede continuar y crecer en América: el Eros universal, la integración de lo dionisiaco y lo apolíneo, las semillas de libertad. Lo que rechaza es la retórica, los dogmas, la preceptiva, el neoclasicismo.

F. G.: ¿Cómo modifican otras corrientes del humanismo, por ejemplo la que se ha definido como encuentro de la fe cristiana con la virtud estoica, la percepción humanista de Martí? ¿Cuánto del patriotismo martiano, de su credo de la nación que emerge como ara y no pedestal, proviene de ese estoicismo y cristianismo esenciales?

C. V.: Sabemos que desde sus orígenes la ética cristiana se mostró amistosa con el estoicismo grecolatino, alianza favorablemente acogida por el talante hispánico. Entre nosotros José de la Luz —en ese oculto libro fundador que son sus aforismos y apuntes— escribió en 1845. «Hállome

pendiente como el socarrón entre el imán del estoicismo y del cristianismo. Para mí el estoicismo, para el prójimo el cristianismo: bien que todo lo bueno del estoicismo se transfundió en el cristianismo.» Ese reparto de actitudes se reprodujo en Martí, estoico en la resistencia, cristiano en la entrega. Significativamente fue el primero, el de «la lluvia pura sufrida en silencio» del *Diario de campaña*, el que más impresionó a María Zambrano, memorable intérprete de Séneca. Siempre recordamos que Lezama hablaba con misteriosa reverencia del fino estoicismo de la familia media cubana, calidad serenamente expresada en los retratos de

Aristides Fernández. Mi padre fue un ejemplo vivo de esa fineza estoica, temple que él a su vez reconocía en la imperturbable *ecuanimitas* de mi abuela paterna. ¿Y qué decir del cristianismo popular cubano, tan distinto al de Martí, más de la Virgen de la Caridad que del Cristo de la Cruz? Se nos escapa de las manos como un cristianismo niño.

F. G.: ¿Cuánto recoge su humanismo de los sentimientos y prédicas e ideas de José María Heredia, José Agustín Caballero, Félix Varela, José Antonio Saco, Felipe Poey, Tomás Romay, José de la Luz y Caballero, Eusebio Guiteras, Rafael María Mendive? ¿Y cuánto debe, en suma, a aquella forja de cubanía que se llamó Seminario de San Carlos?

C. V.: Unos más, otros menos, los hombres que citas fundaron el linaje al que Martí perteneció y rindió tributo siempre. En ocasión de la muerte de Antonio Bachiller y Morales ese tributo adquirió caracteres de sentencia histórica:

Abajo, en el infierno, trabajan los esclavos, cadena al pie y horror en el corazón [...] pero siempre será honra de aquellos criollos la pasión que, desde el abrir los ojos, mostraban por el derecho y la sabiduría, y el instinto que, como dote de la tierra, los llevó a quebrantar su propia autoridad, antes que a perpetuarla.

De aquellos próceres, formados en el Seminario de San Carlos, o de sus discípulos (y no olvidemos a Domingo del Monte, a quien llamó «el más real y útil de los cubanos de su tiempo») procedió aquella «forja de cubanía» cuya materia prima la suministraba el tejido social anónimo de la colonia en ebullición, y cuyas manifestaciones culturales alimentarían rápidamente las urgencias políticas —vinculadas al sustrato económico— que desembocaron en el 68. A aquella forja su humanismo debe la previa configuración patriótica de un pensamiento y una sensibilidad que llevaban en su seno la necesidad del acto. En aquellos hombres sintió Martí, y sentimos nosotros, una especie de aura moral irreplicable. Pensando en

ellos y en sus hijos espirituales, los primeros combatientes por nuestra libertad, exclamaba en la mencionada evocación. «¡Oh flor de la patria, no se puede recordarte sin llorar!»

F. G.: ¿El antiesclavismo pensado de sus preceptores y las propias experiencias con respecto a la esclavitud y el problema racial, tan presentes y exacerbados en ese siglo XIX americano, cómo penetran e influyen el humanismo clásico y el humanismo cristiano que le llegan por vía de la Ilustración? ¿Se podría considerar ello un rasgo, todo un importante rasgo, del redentor humanismo martiano, opuesto precisamente a una tradición humanística europea?

C. V.: Si de experiencias personales se trata, el humanismo martiano debió nacer en el Hanábana, a sus nueve años, ante el cadáver de un negro ahorcado, y se consagró en su autoliberación del odio en el presidio político. «Alma naturalmente cristiana», para usar la expresión de Tertuliano, el mensaje de Cristo crecería libremente sobre esa tierra ya abonada. Del humanismo clásico, en cambio, tuvo que descontar siempre su connivencia con la esclavitud, justificada por Aristóteles como suceso natural en el mismo texto en que por primera vez se configuraba la *polis* de ciudadanos libres. Esa connivencia de la democracia, desde sus orígenes atenienses, con la esclavitud, así como su temprana conversión al imperialismo en tiempos de Tucídides, observada por Ortega y Gasset, presagiaban otras metamorfosis políticas contemporáneas, lideradas por la democracia norteamericana. El humanismo martiano, cuyo centro es «la gran pena del mundo» en sus múltiples formas (incluyendo la esclavitud íntima de las malas pasiones) no es conservador como el clásico, ni meramente crítico y reformista como el de las utopías del Renacimiento, sino, como tú dices, «redentor». Con el Siglo de las Luces y sus consecuencias, por lo demás, no obstante la deuda indudable en filosofía, ciencia y progresos políticos, fue cauteloso. Buscaba, o intuía, la universalidad en la raíz autóctona americana. He señalado coincidencias con el humanismo indígena precolombino a partir del libro de Laurette Sejourné *El universo de Quetzalcóatl*. Seguir indagando en esa dirección me parece necesario, sin caer en un indigenismo a ultranza ni en un antieuropeísmo antihistórico.

F. G.: Martí, por habitar un territorio de tantas confluencias en un tiempo de colosales giros de la historia, se adelantó a pensar en América y en nuestra América, colocando piedras fundadoras para el advenimiento del modernismo en este continente. ¿No es fundador igual, en similar o

mayor magnitud, de un humanismo integrador, reivindicador de la Naturaleza y que, al paso, restituye al hombre no solo como abstracción y generalidad sino además como individualidad e individuo?

C. V.: Martí, el integrador, fue mi punto de vista desde «Martí futuro» (1964) y «El Poeta» en *Poetas cubanos del siglo XIX* (1969). El primero de esos trabajos terminaba afirmando: «ninguno como él regó con su sangre la tierra verdadera del hombre: del hombre completo, carnal y espiritual, profano y sagrado, temporal y eterno». Aludía allí, sin desmentir la raíz cristiana, al ecumenismo de su pensamiento religioso, «un pilar en Oriente y otro en Occidente». No estaría de más, por ejemplo, precisar lo que supo, asimiló y rechazó del budismo, al que llamó «generosa, conciliadora, suma, justa, tolerante, amorosa filosofía»; y por cierto se mostró complacido ante la tesis de que el monje budista Hwin Shan fuera el primer descubridor de América, del cual dice, «se volvió a Asia sin más almirantazgo que su conciencia satisfecha, ni más trofeos que sus honradas barbas». En el segundo trabajo me refería a sus integraciones del verso y la prosa, del Arte y la Vida (ya indicada esta en *Lo cubano en la poesía*), de la palabra y la acción, de las imágenes y los hechos, del individuo y el pueblo, de la historia y la naturaleza. Esta última integración, vastamente argumentada en toda su obra, alcanza dimensiones sobrecogedoras en lo que pudiéramos llamar la topografía espiritual del *Diario* de campaña. También allí la individualidad de la que fue pintor maestro (véanse ilustraciones en mis páginas «Los hombres en Martí»), llega en la entraña popular a la plenitud de una especie de equivalencia verbo-persona, de un rescate anagógico de lo efímero, que la literatura no conocía.

F. G.: En Martí hay una comprensión de la globalidad, «el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera», dice en «La historia del hombre, contada por sus casas», y una comprensión de diversidad y desemejanza, al narrar en ese mismo texto y entre muchos ejemplos cómo en Europa el hombre levantaba una columna que «llamaban Menhir [...] y que los indios mayas llaman Katún», o cómo «hay pueblos que viven, como Francia ahora, en lo más hermoso de la edad de hierro con su torre de Eiffel que se entra por las nubes: y otros pueblos que viven en la edad de piedra, como el indio que fabrica su casa en la rama de los árboles», o cómo en el Indostán, uno de los pueblos más viejos del mundo, «tienen templos de oro», mientras «hasta en la casa del eslavo y del ruso se ven las curvas y revueltas y los techos de puntas de los pueblos hindús». ¿No es acaso esta comprensión de la vastedad y la

particularidad, de la antigüedad y la contemporaneidad, de las similitudes y las influencias, de la esencialidad y la diferenciación, de la inclusión sin exclusiones, una incorporación del humanismo americano y de la visión indivisa de Martí?

C. V.: No olvidemos que quiso fundar su filosofía en el sentido etimológico de la palabra universo: *versus uni*, lo diverso en lo uno, y que quiso llamarla Filosofía de Relación. Con esto queda dicho que era una filosofía metafórica, analógica, poética, y debemos alegrarnos de que no la expusiera teóricamente como un sistema, pues hubiera perdido en evidencia lo que ganara en claridad. Aunque respete siempre los senderos de la razón (sin que pierda nunca de vista los de la intuición), Martí no es principalmente un razonador sino un «presentador» de realidades. En esto era más católico de lo que posiblemente creía: su intelección era por imágenes, con las que continuamente estaba presentándonos el mundo, el Gran Teatro del Mundo, el calderoniano y claudeliano escenario del drama universal que América, desgarrada, redondeó. Cuando traducía *El canje* (Orígenes, 1955) todo el tiempo pensaba en que mientras Claudel escribía aquella obra en Nueva York y Boston (1893-94) Martí se movía vertiginosamente por los territorios de Thomas Pollock Nageoire, personaje emblemático del pragmatismo norteamericano. ¿Qué hubieran podido decirse aquellos dos seres de vocación planetaria, entrando ya uno en la madurez de su destino, veinteañero el otro, vibrando ya su flecha hacia la descomunal apertura del *Libro de Cristóbal Colón*? Los dos coincidieron en el espacio whitmaniano. Ese espacio (con su tiempo simultáneo), pertenece, en lo esencial poético, no ciertamente en su contagio imperialista, al humanismo americano que tuvo en Martí a su más ecuménico sustentador.

F. G.: Aunque parezca redundante, que sin duda lo es, desearía otro acercamiento a un fenómeno o suceso que ya de alguna forma y varias maneras subyace en lo dicho, pero lo implícito no siempre alcanza lo categórico, porque en estos territorios de sobreabundancias, la majestad de la idea solo se completa con inagotables añadidos. ¿El humanismo de Martí queda en una visión de la vida espiritual y material del hombre y la humanidad, o se extiende sin excepción a todo lo que se estremece y vive?

C. V.: Se extiende «a todo lo que se estremece y vive», ya que es un humanismo que en última instancia procede de la inspiración de la Naturaleza, y «Naturaleza», para él, «es todo lo que existe», abarcando el «mundo tangible», estudiado, dice el apunte, por la física a partir de Aristóteles, y el «mundo intangible», estudiado por la metafísica desde Platón,

afirmado por «el divino Jesús», intuido por la Poesía. Y en otra página dirá: «Hay en el hombre un conocimiento íntimo, vago, pero constante e imponente, de *un gran creador*. [...] La religión está, pues, en la esencia de nuestra naturaleza.» Su humanismo «natural» es, simultáneamente, un humanismo «a lo divino». Este humanismo es el que está en el Evangelio. La humanidad de Dios se llama Jesucristo. Por eso Martí dijo ser «pura y simplemente cristiano». Pero tiene también una visión humanista de la naturaleza física, porque desde muy temprano (antes de leer a Emerson) percibió la analogía entre los hechos físicos y los «hechos del espíritu», y porque, como se verifica en sus últimos Diarios, la Naturaleza que lo recibía para el combate redentor llegó a ser para él un libro tan abierto, sabio y elocuente como misterioso.

F. G.: ¿En ese humanismo donde hombre universal y humanidad se jerarquizan, cómo Martí conjuga nación, nacionalidad, nacionalismo y además los conceptos patria y patriotismo?

C. V.: En su juventud Martí recibió el indudable influjo de Karl Christian Krause, muy en boga en España en aquellos años. José Ferrater Mora resume así el pensamiento político krausista:

Rechazando decididamente la teoría absolutista del Estado tal como es sustentada por el hegelianismo, Krause acentúa la importancia de las asociaciones llamadas de finalidad universal, como la familia o la nación, frente a las asociaciones limitadas como la Iglesia o el Estado [...] El verdadero fundamento de la moralidad se encuentra en las primeras y por eso el ideal de la humanidad no es el dominio de un Estado sobre los restantes, sino la federación de las asociaciones universales sin sacrificio de su peculiaridad (*Diccionario filosófico*, 1968).

Estas ideas, propicias a la fundamentación de un nacionalismo anti-colonialista «natural» (que incluso corregirá el proyecto federativo bolivariano) y de un antimperialismo no previsto por Krause, se integrarán en el humanismo político de Martí desde «La república española ante la Revolución cubana» hasta «Nuestra América» y la última carta a Mercado.

Poco antes de su último viaje a Cuba para iniciar la guerra de independencia, Martí resumió la dialéctica patria-humanidad con estas palabras cuya cita fragmentaria a veces las hace ininteligibles:

Cada cual se ha de poner, en la obra del mundo, a lo que tiene más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior a lo ajeno, y más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor, y *más naturalmente* [subrayamos], en aquello que conoce, y de dónde le viene inmediata pena

o gusto: y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de la patria. [...] Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer.

No hay, pues, ninguna contradicción, en la dialéctica martiana, entre «hombre universal» o «humanidad» y nación, nacionalidad, nacionalismo, patria o patriotismo. Todo lo que hizo Martí por sus compatriotas lo hizo «por el bien mayor del hombre».

F. G.: Al decir «Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar», ¿Martí da un sesgo clasista a su humanismo, a su visión del drama que ocurre entre los hombres sobre la Tierra?

C. V.: Si alguien fue siempre justo con los que llamó «ricos benévolos», «ricos honrados», «ricos útiles», sin sombra de oportunismo, fue Martí. Si alguien rehuyó en su prédica revolucionaria la lucha de clases, fue Martí. Puede afirmarse que su doctrina social se asentó durante casi toda su vida en la armonización de las clases, aunque ya en 1891, en «Nuestra América», refiriéndose a la liberación bolivariana, sentenciaba: «Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.» Basta recordar la dramática diferencia entre el primer y el último artículo sobre los anarquistas de Chicago (1886-1887) para entender cuánto torturaba a Martí el tema de la «guerra social», que vio de diverso modo cuando se trataba del obrerismo europeo trasladado a los Estados Unidos o de los problemas autóctonos de nuestra América. Incluso cuando dice que quiere echar su suerte con los pobres de la tierra, no está proponiendo la liquidación violenta de los ricos, sino el compromiso urgente con los más necesitados. Ahora bien, el pensamiento de Martí, partiendo de principios inmutables (la libertad, la justicia, la belleza), es hijo de la realidad. Y cuando empezó a vislumbrar en el horizonte de la patria el peligro de una inevitable «lucha doméstica» entre la oligarquía proyanqui y la masa productora de blancos y negros, según se comprueba en el manifiesto al *New York Herald* y más aún en la última carta a Mercado, lo que había formulado como decisión personal en *Versos sencillos* comienza a configurarse como necesaria doctrina social. Si esto significa darle «un sesgo clasista a su humanismo», con mayor razón pudiera decirse de las sentencias de Amós y Jesús sobre los ricos. La universalidad del humanismo cristiano (tan distante en sus fines del humanismo pagano) se relaciona con un mandato de justicia y amor entre los hombres, que favorece por igual a explotados y explotadores, aunque estos no lo

entiendan así, como la guerra que Martí concibió quería también salvar «el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa».

F. G.: ¿La ausencia de intolerancias en sus modos y opiniones, tanto en lo concerniente a credos filosóficos, ideológicos, doctrinas políticas, sexualidad, nacionalidades, religiones, culturas, como en cualquier otra esfera del sentimiento o las ideas, se afinca en ese humanismo ilimitado y universal? ¿O es el desplazamiento hábil del político que busca apoyos, contenciones y equilibrios?

C. V.: Las dos cosas. Nunca se dio caso semejante. Místico en cuanto siempre buscó *la unión* con el principio creador del universo, con el universo mismo y con los prójimos; político siempre en cuanto nunca olvidó el peso de las circunstancias, de lo inmediato, de lo relativo, y las necesidades tácticas y estratégicas. Hay el místico que, como San Juan de la Cruz, al regresar cuenta o canta (y aun trata de explicar) el viaje indecible. Hay el místico que, como Santa Teresa (tan relacionada por Juan Marinello con Martí), va y viene de sus visiones a sus fundaciones. Martí dice: «Soy un místico más. Padedí con amor.» Su padecimiento fue por el hombre, sin, desde luego, excluirse. Su amor fue trabajar por el hombre. Su política fue la forma, el procedimiento, el proceso mismo de su amor.

F. G.: En algún instante de nuestras charlas usted ha dicho que Martí, entre elogios, ha sospechado que el Cristo de Munkacsy no era el Cristo verdadero. ¿Puede ampliar o aclarar el criterio?

C. V.: En efecto, el final de esa crónica me parece ambiguo. Diríase que Martí se pronuncia totalmente por una tesis que muchas veces defendió: «¡lo divino está en lo humano!». Sin embargo, enseguida dice para terminar: «Pero el cariño por el dulce error es tan potente, y tan segura está el alma de un tipo más bello fuera de esta vida, que el Cristo nuevo no parece enteramente hermoso.» Creo que la versión del Cristo «racional y fiero», aunque lo atrajo, en el fondo no agotaba su propia imagen, que me aparece más auténtica cuando en el Prólogo a «*El Poema del Niágara*» dice: «Como en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto de que se partió, se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, el de los pies desnudos y los brazos abiertos»; o en la apasionada cristología de sus versos, desde «Muerto» en la *Revista Universal*, de México, pasando por el «Cristo roto» de los *Versos libres*, hasta el asumidor de toda culpa, con el que identifica su palabra, en el último poema de *Versos sencillos*, culminación de su poética de la encarnación.

F. G.: Cuando Martí en los titánicos textos sobre Emerson, Pushkin, Whitman, Wilde, Longfellow, Byron, se explaya y no se deja atrapar por lo anecdótico, por estrecheces y prejuicios, ¿más que su rigor de crítico no es, sobre todo, su generosidad y bondad humanista lo que lo eleva sobre envidias y maledicencias en boga?

C. V.: He pensado y dicho siempre que Martí solo practicó, cuando de grandes creadores se trataba, la crítica de participación, antítesis de la normativa (y, desde luego, de la chismográfica y escarnecedora). Es decir que sin renunciar a sus propios principios, pero reservándolos como guardianes respetuosos, asume los principios del otro, reproduce amorosamente su argumentación espiritual, entiende el vínculo irrompible de la forma con el fondo, defiende ante un juez invisible, que puede ser él mismo, la grandiosa pluralidad de los hijos del Arte y los amantes de la Sabiduría. Hay en todo esto, en efecto, «generosidad y bondad humanista». Dicho de otro modo: amor al Hombre, como ensayo incesante y proyecto inagotable.

F. G.: Al escribir en Versos sencillos aquello de «para el cruel que me arranca el corazón con que vivo, cardo ni oruga cultivo: cultivo la rosa blanca», ¿Martí humanista no colocaba el amor definitivo sobre los odios circunstanciales y pasajeros?

C. V.: Sí. Durante toda su vida, Martí libró una tenaz batalla íntima y pública contra el odio. Como todas sus convicciones, esta de la necesidad de combatir el odio se movió en dos planos conexos: el de la espiritualidad de la conducta y el de la eficacia política. Su primera y definitiva victoria sobre el odio la obtuvo en el presidio político, donde descubrió que la «reacción» del odio, por legítimo que sea, es una forma profunda de esclavitud, una ganancia del enemigo, un lastre para la verdadera «acción» revolucionaria, que debe partir de una raíz de libertad interior. Allí comprendió que también los flageladores de las canteras de San Lázaro, en cuanto víctimas inconscientes de un sistema embrutecedor, merecían piedad. Comparando a aquellos esbirros con sus propios padres y con las virtudes del «sobrio y espiritual pueblo de España», distinguió nítidamente entre el régimen colonial y el pueblo español. De ahí surgió la concepción de la «guerra sin odio» porque, además, el odio «no construye», su obra es siempre «reaccionaria», los que odian «son la ralea», hay que aprender a «domar el odio». Dos hechos le daban la razón en la historia inmediata: el odio a España, la hispanofobia, había nutrido subjetivamente el anexionismo; en la isla y en la emigración, las animadversiones internas

entre los regionalismos, entre militaristas y civilistas, entre los jefes, entre aldamistas y quesadistas, habían minado desde adentro la Guerra del 68. Pero en lo que en la pregunta se llama «amor definitivo», lo que Martí en un discurso fundador llamó «la fórmula del amor triunfante», va mucho más allá de una rectificación o superación política. Se trata de un amor cognoscitivo («El amor es quien ve») y del amor como sol de la vida, el que hay que conquistar, no solo políticamente, «con todos, y para el bien de todos»: «No se bata/ Sino al que odie el amor ¡Únjanse presto/ Soldados del amor los hombres todos:/ La tierra entera marcha a la conquista/ De este rey y señor, que guarda el cielo!».

F. G.: En el ensayo que escribe a la muerte de Emerson, Martí, asumiendo toda la arrebatada y lógica apreciación del difunto, afirma: «El arte no es más que la naturaleza creada por el hombre». ¿Por cuántas vías el humanismo martiano se encuentra con la Naturaleza? ¿También su arte y su concepto de lo creado y el creador, es otro argumento para integrar hombre y naturaleza, es decir, impedir disensiones entre lo que no es dable separar, porque uno es el otro y ambos una sola entidad?

C. V.: Sin que ello signifique comprometerlo excesivamente con el hinduismo, a veces Martí nos parece próximo al resumidor dicho hindú *Tattvamasi*, que se traduce: «Ello (la realidad última) es lo que tú (un ser humano) eres». Tal es la sentencia del llamado budismo septentrional (*Mahayana*), superador de la aniquilación nirvánica al afirmar el ser individual en su proyección hacia el ser universal. Especialmente en el ensayo sobre Emerson, se siente esa proximidad al exaltar la virtud liberadora, purificadora y unitiva de la naturaleza. Pero allí mismo reitera que «el Universo es siervo y rey el ser humano», y no deja de reprocharle a Emerson su excesivo apego a «aquella filosofía india» que «embriagaba, como un bosque de azahares», en la que se siente el hombre «dulcemente aniquilado» y al cabo descubre su falacia, con lo que tal vez alude a la extinción absoluta del yo propuesta por el budismo meridional (*Hinayana*). De todos modos la Naturaleza, creada y perennemente creadora (*Natura naturata y natura naturans*, que dijera la Escolástica), es siempre la clave del pensamiento martiano, en el que antropomorfismo y teomorfismo se confunden.

F. G.: Más que ético y psicológico y filosófico, sin que falten, el humanismo de Martí revela siempre, creo, un hábito de espiritualidad (suerte de intuir el nosotros universal a través del itinerante yo íntimo) y una yema poética (sentimiento de revelación insólita de lo natural cotidiano). ¿Cómo usted lo aprecia?

C. V.: ¿Por qué no llamarlo sencillamente humanismo religioso, en los dos sentidos etimológicos de la palabra «religión»: de *religare*, religación a lo trascendente y de los hombres entre sí; de *religens*, lo contrario a *negligens*: escrupuloso cumplimiento con los deberes (con los dioses, pensaban griegos y romanos) de la *polis*? Ni lo psicológico ni lo filosófico me parecen de mayor relevancia en Martí. Lo ético sí está en el centro, inseparable de lo poético, eje de su humanismo. En cuanto a «la revelación insólita de lo natural cotidiano», es su gracia mayor y más inexplicable, acentuadamente en sus últimos Diarios y cartas.

F. G.: ¿El humanismo que piensa Martí es también una mirada poética al hombre como el inventor del arte y el generador de arte, como creador de la realidad, virtud que completaría la imagen que la ciencia del siglo XIX recomenzaría a diseñar con la irrupción de la concepción evolucionista y entonces la importancia de la postura erecta del Homo, la utilización de herramientas y el desarrollo de la mano, el progresivo crecimiento del cerebro, la aparición del lenguaje, etcétera? Es decir, ¿a la síntesis antropológica, racional, práctica, acordada también con las ciencias sociales y estudiada en el propio laboratorio social, al hombre visto como conclusión reciente del tiempo y las adaptaciones, como productor y reproductor, se agrega una visión del hombre como criatura que «desde que vino al mundo le gustó [...] copiar en dibujos las cosas que veía», con la sensibilidad espiritual del ser que llega a observar e historiar la identidad material o divina de las cosas?

C. V.: La obra fundamental del humanismo martiano, desde el punto de vista pedagógico, es *La Edad de Oro*. Si la tontería del editor no lo hubiera impedido, en su mayor despliegue hubiéramos tenido un insuperable *vademécum* del humanismo martiano para todas las edades. Tal como quedó en sus cuatro números cardinales, allí está la brújula para responder a la acumulada interrogación. El *homo faber* campea en cada una de sus páginas haciendo historia, cuentos, poemas, juegos, casas, ruinas, artes, industrias, civilizaciones, denuncias, epopeyas, utensilios, miniaturas, máquinas.

Haciendo siempre arte, es decir, la otra naturaleza, la creada por el hombre, quien solo así, sin soberbia, puede reconocerse a sí mismo. Todo el mundo de Martí tiene las huellas dactilares de los hombres de todas las regiones y épocas. Es el mundo de los industriales, de los artesanos y artistas de la realidad o la imaginación, que se alimentan una a la otra, sospechando en esa mutua caridad la filiación divina, el sello de semejanza.

F. G.: Una aspiración martiana, expresada en ocasiones y de diversas formas, parece ser no la de una cultura o una religión o una filosofía sino todas, para no sentirse embriagado o para que el hombre y la humanidad reinen desde cada una de ellas y aun sobre la totalidad, de forma plena, armoniosa, tolerante. ¿Esta multivisión y esa concepción de la libertad espiritual y convivencia humana como suprema y magistral relación del hombre consigo y los entornos, se la insufla Martí sin falta al humanismo americano? ¿Es otra muestra de su esencia integradora, interconectiva, que pone a un tiempo en pie de igualdad el pensamiento de un mundo provisionalmente eurocentrista con otro más dilatado, inmemorial y eventualmente periférico, que fluye de las autoctonías de África, Asia y la más recién descubierta y conquistada América?

C. V.: La aspiración a una cultura o una religión que las integre a todas parece evidente en Martí, pero sin nada que ver con la globalización sin rostro que hoy nos amenaza. Ni siquiera en la estrategia política de la América del Sur frente a la del Norte, y aunque ello implicara disentir de una tesis bolivariana, fue partidario Martí de sacrificar «el gobierno de la casa propia». Perder la individualidad de las culturas sería perder la cultura misma. En «La Exposición de París» vio algo más que un espectáculo vistoso, sintió y nos hace sentir una visión profética de la fraternidad, de la armonía de los pueblos del mundo, cada uno con sus modos nacidos de sí propio. No la globalización, sino la coralidad de las culturas. En cuanto a lo que muchas veces llamó «la religión verdadera», partiendo del hecho de que todas las religiones, por reveladas que sean para sus fieles, se manifiestan y actúan en la historia, la concibió como aquel punto futuro en que el hombre llegue a ser capaz de ir a lo esencial e innato de su apetencia trascendente, lo que San Pablo llamara, como Martí, «la religión natural», o lo que Juan el Evangelista llamara «la luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo». Esa religión verdadera, sin perder la pluralidad de sus manifestaciones culturales, saldaría sus deudas con la razón y con la libertad: esa «razón nueva», tan rigurosa como abierta a lo desconocido, negada a convertirse en el renovado fanatismo de una ciencia dogmática y amoral; una libertad cuyos límites estuvieran únicamente en el respeto a «la dignidad plena del hombre». No presenta Martí estas ideas como utopías, ni siquiera como esperanzas realizables, sino como resultado de las leyes del espíritu y la historia. Su inspiración, diríamos hoy, tercermundista, está limpia del resentimiento del colonizado o del perteneciente a un mundo «periférico». No podía desconocer esa situación quien llevaba

en el cuerpo las marcas de la esclavitud. Su obra y su vida, sin embargo, fueron una dádiva libre a todos los hombres.

F. G.: ¿Es lícito sospechar que la cosmovisión humanista americana encuentra en Martí una expresión no sobrepasada, que se proyecta al siglo XXI con una vocación planetaria y una capacidad de diálogo realmente muy abarcadoras? Y, Cintio, ¿es de alguna manera posible definir o indefinir el humanismo de Martí, desde esta perspectiva finisecular americana?

C. V.: Decididamente prefiero «indefinirlo», dejarlo como el día radiante o la noche estrellada que nos acoge, iluminándonos sin explicaciones, invitándonos a vivir para la justicia y a creer en el amor.

Temas, 7, La Habana, julio-septiembre, 1996.

Datos de los compiladores

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ (La Habana, 29 de junio de 1946). Historiador y periodista. Doctor en Ciencias Históricas, miembro efectivo de la Academia de la Historia de Cuba de 2000 a 2006 y académico de mérito electo en 2006, miembro de número y secretario de la Academia de la Historia de Cuba, desde 2010 hasta 2015, vicepresidente de la Academia de la Historia de Cuba, investigador titular del Centro de Estudios martianos, profesor auxiliar de la Universidad de La Habana y profesor titular del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona, miembro del Tribunal Nacional de categorías científicas, miembro del Tribunal Nacional de grados científicos (Historia). Premio Nacional de Ciencias Sociales (2009), Premio Nacional de Historia (2010), Premio de la Academia de Ciencias de Cuba por los resultados obtenidos con la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí (2010), Reconocimiento La Gitana Tropical (2012), Premio a la dignidad (UPEC, 2012), premio Periódico *Patria* (líder en la investigación de edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí; premio Maestro de Juventudes (2020), Premio Nacional de Investigación Cultural (2017). Ostenta, además, la Distinción por la Cultura Nacional (1996), premio Abril de la UJC (1994), Medalla de la Alfabetización (1986), premio Ramiro Guerra (1996), Distinción Raúl Gómez García (2000), Medalla Alejo Carpentier (2003), Orden Carlos Juan Finlay (2005), premio Martiano de la crítica Emilio Roig de Leuchsenring (2007), premio Félix Varela de la Sociedad Económica de Amigos del País por la obra de ciencias sociales (2009).

Tiene publicado, entre otros, los libros siguientes: *Antología del pensamiento revolucionario cubano* (coautor, 1970), *La primera invasión* (1987, Editorial de Ciencias Sociales, 2012), *El despliegue de un conflicto. La política norteamericana hacia Cuba entre 1959 y 1961* (1996), *Enrique José varona, política y sociedad* (coautor, 1999), *De las dos Américas* (2002, Premio de la Crítica en 2003), *Los variados caminos de la historia* (coautor, 2011). Asimismo ha publicado varios libros de José Martí en edición crítica,

entre ellos, *En los estados Unidos, periodismo de 1881 a 1892; Al sol voy. Atisbos a la política martiana; De todas partes. Perfiles de José Martí; Un caudillo útil. San Martín en José Martí; Pensar, prever, servir. El ideario de José Martí; Ensayos de mi mundo; Nación e independencia económica; Un caudillo útil. José de San Martín en Martí.* Ha publicado también numerosos artículos y ensayos en publicaciones periódicas cubanas y extranjeras, entre otras, *Pensamiento Crítico, Anuario Martiano, Anuario del Centro de Estudios Martianos, Casa de las Américas, Temas, Debates Americanos, Contracorriente, Anales del Caribe, Universidad de La Habana, Economía y Desarrollo, Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, Cuadernos de Nuestra América, Revista Cubana de Ciencias Sociales, Revolución y Cultura, Islas, Honda, Caminos, Cuba Socialista, Cuban Studies, La Nueva Revista Venezolana*, etcétera.

CARLOS TABLADA PÉREZ (La Habana, 1948). Doctor en Ciencias Económicas (1986). Licenciado en Filosofía (1970) y en Sociología (1974). Profesor Titular e Investigador Titular. Profesor Invitado en 155 universidades de 35 países de América Latina, Norteamérica, Europa y África. Premio Casa de las Américas 1987 con el libro *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*. De él se han hecho 43 ediciones en 10 idiomas, editándose más de 600 000 ejemplares hasta la fecha en Norteamérica, América Latina, Europa, Medio Oriente y Asia. Jurado Casa de las Américas 1992. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Ha participado en múltiples eventos internacionales académicos y de la Organización de Naciones Unidas (ONU). Ha sido invitado por gobiernos y parlamentos latinoamericanos, británico, europeos e instituciones culturales, sociales, sindicales y religiosas de cinco continentes. Investigador Titular del Centro Tricontinental (CETRI) y redactor (febrero 1996-marzo 2004) de su revista en francés *Alternatives Sud*, Universidad Católica de Louvain-la-Neuve, Bélgica. Fundador y miembro de la dirección de esta revista en su edición italiana, en Milán. Colaborador e Investigador Titular del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM) 1981-2013. Creador y cofundador de “El Otro Davos”, y del Foro Mundial de Alternativas (FMA), responsable de publicaciones y director general del sitio web, en ocho idiomas, del Foro Mundial de Alternativas. Co organizador y cofundador del Foro de Porto Alegre. Fundador y director general de **RUTH Casa Editorial**; director general de **RUTH Cuadernos de Pensamiento Crítico**.

Libros escritos y publicados:

El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara, 1987. 43 ediciones. “Globalizzazione e crisi globale”, en *Globalizzazione e transizione*, Edizioni Punto Rosso, Milano, 1998 (escrito junto a Samir Amin, Elmar Altvater, Bruno Bosco, Giovanna Ricoveri, Giovanni Arrighi, Bruno Amoroso e István Mészáros); “Le istituzioni dell’ordine economico mondiale capitalistico”, en *L’orizzonte delle Alternative*, Edizioni Punto Rosso, Milano, 2000, (escrito junto a José Saramago, Ricardo Petrella, Susan George, François Houtart, Samir Amin, Bruno Amoroso y otros); *Cuba Transición... ¿hacia dónde?*, Editorial Popular, Madrid, 2001; “Produire et nourrir. Fondements et perspectives de l’agriculture” (en coautoría con Aurelio Alonso), en *Alternatives Sud*, L’Harmattan, Louvain-la-Neuve y París, 2002; *Cultura, comunità umane e folklore latinoamericano*, Editorial Libreria di Comunicazione Cuesp/IULM, Milano, 2003; *Petróleo, poder y civilización*, 2003 (en coautoría con Gladys Hernández) 5 ediciones; *Guerra global, resistencia mundial y alternativas* (en coautoría con Wim Dierckxsens), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003, del cual han visto la luz posteriormente cuatro ediciones en Latinoamérica; *Comercio mundial: ¿incentivo o freno para el desarrollo?*, 2006 (en coautoría) 2 ediciones. *África codiciada. El desafío pendiente*, 2007 (en coautoría) 2 ediciones; *La Historia de la Banca en Cuba. Siglos XIX al XXI*. Tomo I La Colonia, 2007 (en coautoría) 2 ediciones; *El marxismo del Che y el socialismo en el siglo XXI*, 9 ediciones; *Dólar y hegemonía: ¿Un orden monetario en el siglo XXI?* (en coautoría con Faustino Cobarrubia y Jourdy James), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009; *El alma en la tierra. Memorias de François Houtart*, 2010; *América Latina: de la integración del capital a la integración de los pueblos* (en coautoría con José Ángel Pérez), Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2011. *Las claves del desarrollo social en Cuba*, 2011 publicado por la Unión Europea; *De acero y de nube. Biografía de Viengsay Valdés*, 2014, 3 ediciones. *The Decline of Certainties. Founding Struggles Anew. The Biography of François Houtart*, Global University Hong Kong, 2018. *Ocaso de las certidumbres. Refundación de las luchas. Biografía de François Houtart*. 2020.

Viene de concluir el tomo 2 de la *Historia de la Banca en Cuba*. En preparación el tercer tomo.